

EL SILENCIO MÁS NOBLE

Susana López



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

Agosto de 1925

Lucía

Elvira

Renata

Enero de 1937

Lucía

Elvira

Renata

Agosto de 1937

En el lavadero

De vuelta a casa

Pacto de silencio

La fuente de hierro

La carta

De camino a Castro

La detención

El dilema

La visita más difícil

El regreso

En el embarcadero

Ocho días después

Septiembre de 1937

Lucía

Elvira

Mayo de 1940

Renata

Elvira

Lucía

Junio de 1940

A bordo

El encuentro

[La merienda](#)

[Diciembre de 1941](#)

[Lucía](#)

[Elvira](#)

[Renata](#)

[Abril de 1942](#)

[Renata](#)

[Elvira](#)

[Lucía](#)

[Septiembre de 1942](#)

[Lucía](#)

[Elvira](#)

[Renata](#)

[Lucía](#)

[Elvira](#)

[Noviembre de 1953](#)

[Elvira](#)

[Lucía](#)

[Renata](#)

[El banquete](#)

[Diciembre de 1978](#)

[El cortejo fúnebre ascendía...](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

EL SILENCIO MÁS NOBLE

Susana López Pérez

Click
EDICIONES

A mi «amuma» Teresa.

A mi abuela Lali.

A mi madre, a ella en especial.

NOTA DE LA AUTORA

A muchos lectores vascos, especialmente a los euskaldunes, les habrá extrañado que los nombres, apellidos y lugares que aparecen en la novela estén escritos en castellano. Acostumbrada desde hace mucho tiempo a verlos escritos en la grafía vasca, a mí misma me ha costado decidirme por esta opción. No ha sido una resolución arbitraria, sino adoptada a conciencia. Euskaltzaindia, la Academia de la Lengua Vasca, distingue entre la grafía académica actual y la grafía tradicional. Teniendo en cuenta que la novela comienza en la década de los años veinte, he optado por recoger la grafía tradicional. Esta decisión se ha visto corroborada al consultar documentos de la época, como son los registros sacramentales del Archivo Eclesiástico de Bizkaia o los fondos del Archivo de Eusko Ikaskuntza. Por poner un ejemplo, el acta de la reunión del Comité Ejecutivo de la Sociedad de Estudios Vascos, que habla de los preparativos para el II Congreso de Estudios Vascos de 1920, recoge las siguientes formas: Vizcaya, Oñate, Guernica y Guipúzcoa. Y el propio lehendakari Aguirre titulaba así su libro publicado en 1943: De Guernica a Nueva York pasando por Berlín.

Respecto al lugar en el que se desarrolla la novela, Ibaya, no corresponde a ninguno de los pueblos o barrios ribereños de la ría del Nervión. Parece ser una forma derivada de la palabra en euskera ibaia (río), que curiosamente da nombre a un monte de La Rioja. Escogí ese nombre porque me gusta su sonoridad y su grafía y también porque al no definir un lugar real me permitía muchas licencias descriptivas.

Esta no es una novela histórica, ni pretende serlo. Sin embargo, el hecho de enmarcarse en un momento histórico concreto me ha exigido ser escrupulosa con los hechos y con los datos. Por este motivo he tenido que bucear en la prensa de la época y acompañar los acontecimientos reales con el devenir de mis protagonistas. Si he cometido algún error, pido disculpas de antemano.

Agosto de 1925

LUCÍA

Aquel verano de 1925 nadie en Ibayá imaginaba que once años más tarde la Guerra Civil trastocaría sus vidas. Las bombas iban a provocar muerte y dolor, a destrozar casas, pueblos, ciudades y monumentos, pero sobre todo estaban programadas para barrer los sueños de un futuro mejor. De haber vislumbrado ese porvenir de tinieblas, los vecinos no habrían podido disfrutar de sus fiestas patronales en honor a san Lorenzo. Pero nada sabían y, como cada año, durante una larga semana, la villa pasaba de su rutina cotidiana de gentes trabajadoras del campo, el comercio y la industria al jolgorio de la música y el baile. Ibayá parecía entonces un ameno hervidero de hombres y mujeres que se arremolinaban en la plaza y en las calles aledañas, excitados como las hormigas ante un terrón de azúcar. Los lugareños se sentían parte del mismo escenario colectivo que ellos mismos engalanaban para la ocasión con banderolas de colores, dispuestas de balcón a balcón a través de un hilo invisible. Y bajo las orlas de papel, hombres, mujeres y niños paseaban sin prisa.

El 10 de agosto era el día grande, y tras la misa de doce los parroquianos llegaban con sus trajes recién almidonados a la plaza del Ayuntamiento. Se situaban en corrillos alrededor del quiosco de la música, un hongo de hierro forjado y piedra, de inspiración modernista, que constituía uno de los orgullos de los ibayatarras, quienes, a falta de lujos estéticos en sus humildes moradas, se relamían de gusto cuando los vecinos de otras localidades cercanas mostraban su envidia ante tan magnífica obra. Ibayá no era un pueblo bonito, a pesar de que su trazado, sobre un amplio terreno llano, era regular y armonioso y de que tenía el privilegio de asomarse a la ancha ría de la que era localidad ribereña. Y si con estas iniciales cualidades orográficas y urbanísticas no se había transformado en una villa acicalada, era porque sus casas, aunque bien alineadas, resultaban pobres de fachada, de portaluchos estrechos y ventanas angostas, de un rancio color gris de mampostería que disimulaba la suciedad de los humos emanados por los altos hornos de la orilla opuesta, evitando, sin pretenderlo, engorrosos encalados.

Tampoco se parecía a otros pueblos de la provincia. Nada en su fisonomía recordaba a los núcleos pesqueros de casitas blancas y traviesas verdes, azules o rojas que tanto alegraban la vista; tampoco era comparable a los nuevos barrios donde residía la burguesía adinerada, que construía sus palacetes con costosa piedra y los adornaba con vistosas enredaderas que abrazaban los muros en un estilo muy inglés.

Unos años antes el núcleo contaba con poco más de cuatro casas alrededor de la iglesia, casitas humildes rodeadas de huerto, a cuyas puertas, en verano, se sacaba la silla para recoger los rayos de luz que tanto escaseaban en cuanto septiembre desaparecía del calendario. Alrededor

del minúsculo pueblo se extendían las tierras de labranza, donde se asentaban los caseríos de los aldeanos, que eran igualmente humildes pero de bella arquitectura, aunque sin las dimensiones ni el poderío de aquellos otros de valles más ricos como los del Txorierri o Achondo.

En los últimos tiempos, la aldea se había transfigurado a paso acelerado, al compás de una febril, desordenada y algo tardía industrialización. Antes que la zona de Ibaya, otros enclaves de la margen opuesta de la ría conocieron un desaforado proceso de caótica urbanización, surgida al albur de unas ricas minas que socavaban su suelo de tripas de hierro. Alrededor de aquellas instalaciones mineras, con las que unos pocos ingleses, franceses, belgas y vascos se llenaban los bolsillos a espuestas, se fueron asentando gentes de todas partes de España, hombres y mujeres nacidos pobres de necesidad que llegaban un día a la tierra prometida para dejarse el alma y el cuerpo por un escaso jornal. La riqueza minera trajo consigo el desarrollo de otras industrias y de la metamorfosis urbanística, demográfica y cultural de toda la comarca. Ibaya carecía de minas, pero estaba bien situada y comunicada, cualidades que los inversores supieron apreciar: astilleros, suministros navales, fábricas de herramientas, plantas químicas y otra serie de complejos fabriles fueron construyéndose, atrayendo a nativos y foráneos, quienes con sus familias incrementaron el padrón en poco tiempo. La iglesia, que durante muchos años vivió rodeada de esas cuatro casas y, sobre todo, de extensas campos de hierba verde, fue quedando encajonada entre nuevos edificios de dos o tres alturas, construidos para cobijar a los recién llegados. En paralelo a la ría se había construido un ferrocarril de cercanías que lamentablemente dividía el pueblo en dos, pero que fue recibido con alborozo por los vecinos, ya que les permitía llegar en poco tiempo a Bilbao o acercarse los domingos hasta la zona de las playas. Sin duda eran las casas levantadas con prisas y materiales de escasa calidad las que afeaban la villa, amén de unas calles sin asfaltar que en días de lluvia se embarraban, desluciendo su aspecto.

Frente a estos males, el municipio contaba con algunas perlas: a la belleza que aportaba el quiosco modernista se sumaba la nobleza de su ayuntamiento, grande pero de líneas armoniosas, pensado además para el disfrute de los paseantes, ya que, levantado sobre amplios soportales, servía para resguardarse de la lluvia y el viento en invierno y como agradable sombra en verano. Y frente a la casa consistorial se había inaugurado recientemente un nuevo cine, el Abra, que junto al baile y el poteo en las numerosas tabernas, constituía el entretenimiento preferido de los ibayatarras, desde que varios años atrás, en 1902, un vasco francés llegara con sus bártulos a mostrarles cómo las fotografías cobraban vida cuando se accionaba la manivela del cinematógrafo. Una pretenciosa escalinata daba acceso al edificio de dos alturas, de un moderado estilo renacentista, en cuyo interior albergaba un patio de butacas, el gallinero y una pantalla de cine con escenario que permitía al exhibidor contratar no solo películas, sino también, de vez en cuando, alguna compañía de zarzuela o de teatro.

Sobre la escalinata del cine, apoyando el codo en la balaustrada de piedra, una joven observaba el ambiente de su pueblo en fiestas. Sin querer movía el pie derecho siguiendo el compás del acordeón que con maestría tañía Ángel Muguruza. La muchacha ya había cumplido los

dieciocho años el 13 de diciembre, el día de Santa Lucía, patrona de las modistillas, en cuyo honor llevaba el nombre. Los muchachos que pasaban cerca de la escalinata miraban a Lucía Elejalde, y ella se daba cuenta, pero no les hacía caso. Solo tenía ojos para Carmelo Gómez. Para la fiesta del patrono se había puesto especialmente guapa. No llevaba pañuelo en la cabeza, y así dejaba a la vista su precioso pelo azabache recogido en un bonito moño trenzado. Los pendientes que fueron de su madre, dos lágrimas negras de piedra, adornaban su terso y bello rostro, donde resaltaban unos ojos castaños brillantes, vivarachos, que se comían el mundo y que hablaban de un carácter vivo, de mujer que no se amilana y disfruta de la vida. Lucía era menuda y de escasa altura. Bajo su vestido malva y gris se escondía un cuerpo prieto de carnes, de sólida musculatura, pero de poco pecho. La largura del vestido y las mangas hasta las muñecas le impedían enseñar más piel que la de sus manos, aunque, al caminar, un observador avezado contemplaría también sus finos tobillos, embutidos en los únicos zapatos de medio tacón que poseía y que reservaba para la misa del domingo y días especiales, cuando las alpargatas negras quedaban arrinconadas con desprecio en el arcón.

Lucía levantó la mano para saludar a Mila, que se acercaba apresuradamente. Las hermanas tenían un gran parecido físico. Mila era más alta y delgada, aunque menos guapa. Entre ellas hablaban en vascuence, la lengua de sus padres.

—¿Me vas a decir quién es ese chaval que te acompañaba hace un momento? —le preguntó Mila sin siquiera saludarla.

—¿De qué hablas? —respondió Lucía haciéndose la despistada.

—Vamos, Lucía, que llevo un rato observándoos y tú te reías. A ti ese te gusta.

—Está bien, pero no se lo digas a nadie. Se llama Carmelo Gómez y trabaja en la fábrica, con *aita*.¹

Lucía evitaba ir de visita al caserío familiar. No se llevaba bien con su madrastra. Por eso, cuando sus obligaciones se lo permitían, se acercaba hasta las instalaciones de La Temple y se sentaba junto a su padre, mientras este reponía fuerzas a la hora del bocadillo y escuchaba a su hija. En otras ocasiones se asomaba a la puerta de la taberna de Braulio y, sin entrar, le avisaba para que saliera un momento. Entonces él dejaba a los amigos para beberse en la calle el vaso de vino en su compañía.

—¿Y *aita* no sabe nada? —preguntó Mila extrañada.

—Todavía no, y además no creo que le guste la idea —respondió un tanto *alicaída*.

—¡Qué dices! ¡Si está deseando que formemos una familia! Ya ves que cuando yo le presenté a Jesús se puso la mar de contento.

—Pero Jesús es vasco, y Carmelo es *maketo*² —contestó mirando fijamente a su hermana.

Mila se quedó un momento pensativa. Luego agarró del brazo a su hermana mayor y con un gesto de confidencialidad le dijo:

—Nuestro padre es un hombre comprensivo; si el chico es bueno y trabajador, al final consentirá, ya lo verás. Que una cosa es la teoría, y otra la práctica.

—¡Qué más quisiera yo!

—Mira, Lucía, por mucho que aita se pase media vida en el *batzoki*³ no creo que vaya a despreciar al pretendiente de su hijita preferida porque sea maketo. Que una cosa es hablar de la patria y otra sacrificar la felicidad de los suyos en nombre de esa patria. Por encima de todo, a nuestro padre le puede su familia.

En realidad, ni Tasio Elejalde ni los demás miembros del partido nacionalista podían reunirse ya en el batzoki, sede oficial del PNV. La dictadura de Primo de Rivera había prohibido los partidos políticos. Pero en los años previos, los nacionalistas vascos supieron entretejer una sólida estructura de asociaciones y grupos culturales y recreativos, algunos de los cuales seguían funcionando y ejerciendo soterradamente labores de captación ideológica, sobre todo entre los jóvenes. Cerrado el batzoki, las asambleas y reuniones políticas se hacían en el caserío de Martín Uribarri, camufladas como jornadas gastronómicas, lo cual obligaba a que los debates se acompañaran de suculentos platos de bacalao al pilpil o de copiosas alubias, por si a la guardia civil se le ocurría asomar por la casa.

Lucía suspiró, agarró la mano de su hermana y la dirigió escalinata abajo, hacia un banco de la plaza que había quedado libre.

—Estamos mejor aquí sentadas, que me duelen los pies. Llevo demasiadas horas con estos zapatos —dijo Lucía.

—¿Te aprietan?

—Cuando se me hinchan los pies, sí, y hoy con el calor que hace los tengo como botas.

Las hermanas se entretuvieron observando el ambiente festivo de la plaza. Unos niños traviesos y mal vestidos lanzaban por turnos una trompa, sin hacer caso a las amonestaciones de los ancianos que temían tropezar con el juguete rodante. Uno de los viejos comentó:

—Malditos críos desvergonzados, ¡maketos tenían que ser!

Lucía miró a Mila como diciendo: «¿Ves como no va a ser fácil?». Se levantó muy ufana con la intención de recriminarles por el insulto. Mila la agarró. Entonces, uno de los chiquillos, el más alto, se encaró al hombre:

—Maketo, sí, y a mucha honra, que mi padre vino aquí a ganarse honradamente el pan y a sacar a los vascos de la miseria.

—¡Serás desgraciado!

El aldeano se quitó la *txapela*⁴ e hizo amago de ir a sacudir al crío, pero este y sus amigos salieron corriendo, riéndose a carcajadas.

Las hermanas siguieron conversando, comentando, a veces con malicia, sobre las personas que desfilaban de fiesta. Un codazo de Mila advirtió a Lucía para que dejara de hablar en vascuence. Acababa de ver a la pareja de la guardia civil que deambulaba entre los corrillos para cerciorarse de que en Ibaña solo se utilizaba el castellano. A los vascohablantes les resultaba difícil obedecer el decreto aprobado por el directorio militar dos años antes, por el cual se prohibía usar cualquier lengua que no fuera el castellano. Había aldeanos que apenas sabían expresarse en el idioma de

Cervantes, y mucho menos escribirlo; otros se pasaban el día traduciendo mentalmente del vascuence al castellano lo que iban a decir, lo cual les suponía un esfuerzo titánico; incluso a aquellos que se manejaban bien en el idioma oficial les costaba evitar que las frases en la lengua familiar les salieran espontáneamente. En cualquier caso, los vascos seguían usando el vascuence en sus conversaciones, pero con precaución, no fuera que les cayera una multa.

Al poco de pasar la guardia civil delante de su banco, las muchachas vieron a su padre caminar hacia ellas, sonriendo, agarrando de la mano a Marichu y a Vicenta, las dos medias hermanas pequeñas. Ni Mila ni Lucía se levantaron, no fuera que otros vecinos, tan cansados como ellas, les quitaran el banco.

—¡Qué guapo está aita! —exclamó Mila.

—Y tanto. Parece un galán, ¡y fíjate qué bien planchada y qué blanca lleva la camisa! Otro mérito no tiene, pero por lo menos la Bruja sabe de limpieza.

La Bruja no era la madre de Marichu y Vicenta, sino la tercera esposa de Tasio, un hombre agraciado físicamente, pero con mala suerte. María Inchausti fue su gran amor, uno de esos amores nacidos en la niñez, entre juegos y escapadas por el campo. Al despertar la pubertad, la amistad surgida entre los dos niños se fue transformando, hasta que un día Tasio se atrevió a besar con delicadeza, por primera vez, los labios de una María de 16 años. Aquel beso fue el sello de un cariño que adoptó forma de noviazgo, esperado y aplaudido por las familias de ambos y por los vecinos, que al verlos pasar no dejaban de exclamar que los dos chicos más guapos de la aldea formaban una pareja preciosa. Ciertamente, Tasio era más alto de lo normal, de hombros anchos y piernas largas, con una cara angulosa y un pelo oscuro que le daban un aspecto muy varonil. Junto a Pacho Goicurria y Pedro Lopategui, era considerado uno de los mozos más guapos de la zona, y cuando los tres amigos se juntaban para ir de romería, las chicas de las otras anteiglesias no les quitaban los ojos.

La belleza de su primera mujer no se sabía de dónde venía. Nada más nacer, alguien la abandonó en el portalón del caserío de Miguel y Nieves Inchausti, a quienes Dios no había bendecido con el don de la procreación. Eran las seis de la madrugada, justo antes del alba, cuando Miguel dijo a su mujer:

—Alguna gata anda por ahí.

El llanto hambriento del bebé sonaba como un maullido, pero de una intensidad tan grande que Nieves se inquietó, así que se puso la bata y salió de la casa. Envuelta en una toquilla gris y con el pelo revuelto, cruzó el umbral y, en el suelo, a la derecha de la puerta, vio un capazo de mimbre por cuyos lados asomaban unas puntillas blancas. Estaba segura de que era una canastilla de recién nacido —cuántas veces y con cuánta pena había arreglado las de sus sobrinos y las de los hijos de las vecinas—, pero tuvo que acercarse para comprobar que lo que había en el interior era un niño y no un gato. Primero se santiguó, «Jesús, María y José», y luego, mientras asomaban de sus ojos unas tímidas lágrimas de emoción, se quitó la toquilla, sacó a la niña del capacho, la envolvió con la pañoleta y la apoyó contra su pecho mientras llamaba, muy nerviosa, a su marido.

—¡Miguel, Miguel! ¡Baja y mira esto!

Era un bebé precioso, primorosamente vestido. Bajo unas sábanas de hilo y una manta de pura lana, Nieves pudo atisbar una carita enrabetada, enmarcada por las finísimas puntillas de una capota de piqué que cubría su diminuta cabeza; el faldón era de batista suiza, y sobre el pecho llevaba bordada una letra eme; bajo el vestido, unas polainas de algodón, muy suaves, protegían a la niña del frío. Cuando Miguel llegó al portalón, al igual que unos minutos antes había hecho su mujer, se santiguó, «Jesús, María y José», miró un instante al bebé, acarició su mejilla ahora calmada y rozó con ternura la cara húmeda de Nieves.

—Es de buena cuna.

—Y tanto —respondió la mujer con la emoción en la garganta, balanceándose de un lado a otro para acunar a la chiquilla—. Fíjate qué ajuar trae, de lo mejorcito, te lo digo yo. Pobre criatura.

—¿Es hembra o varón?

Nieves levantó los faldones.

—Una niña, y necesita que la cambiemos. Así que vamos dentro, mira si en la canasta han metido comida y pañales de repuesto.

En efecto, bajo el colchón encontraron un neceser con lo imprescindible: un biberón lleno de leche y un par de mudas. También, un sobre blanco. Miguel lo abrió mientras entraban al caserío:

—«Yo no puedo hacerme cargo. Sé que ustedes la cuidarán bien». Es lo único que dice, no va firmada. ¿Qué hacemos?

Se la quedaron. Entonces se entendía que, al dejar el capazo en el umbral de una casa, la madre, seguramente soltera, pensaba que allí la criatura sería bien recibida y bien tratada. Y su voluntad se respetaba. Otras dejaban a su bebé a las puertas de una iglesia, con la esperanza de que el párroco se encargase de encontrarle un hogar. Pocos recién nacidos iban al hospicio, solo aquellos que eran abandonados en el hospital o en medio de la calle, pero eran los menos. El orfanato se nutría sobre todo de huérfanos que habían dejado de ser bebés y que llevaban los apellidos de sus padres.

La niña se quedó en el caserío de los Inchausti. El matrimonio le dio los apellidos y la llamaron María, como muestra de agradecimiento a la Virgen por haber escuchado las plegarias de Nieves y para satisfacer también el deseo de la madre natural, que, estaban seguros, había bordado una eme en la pechera del faldón pensando que su hija debía llevar el nombre de la madre de Dios.

En contra de lo que pudiera pensarse, María no fue una niña consentida, fue educada igual que el resto de los chiquillos de su comunidad, a base de una equilibrada mezcla de cariño y trabajo tenaz, receta puesta en práctica durante generaciones para lograr unos adultos buenos, trabajadores y duros frente a las inclemencias de la vida. Las familias humildes no podían permitirse criar niños débiles. La debilidad del pobre era su certificado de defunción.

Como todo el pueblo conocía la historia de María, a nadie llamaba la atención el contraste entre unos padres tan poco agraciados y una hija que, incluso con delantal y alpargatas, recordaba

más a una princesa que a una aldeana. El pelo castaño, muy brillante, de puntas ensortijadas, la tez sonrosada, los ojos de color miel con motitas verdes y una manera mágica de moverse sin hacer ruido y de tocar las cosas sin apenas rozarlas le conferían una belleza poco común entre las gentes de labranza. De niña, recordaba a las criaturas que paseaban con sus años por la playa de Ereaga, sobre todo cuando el Domingo de Ramos Nieves le ponía un vestido blanco para ir a misa. De muchacha siguió siendo igualmente bella, aunque los cabellos se le oscurecieron hasta adquirir un tono moreno, y sus manos, de trabajar la tierra y la casa, perdieron la tersura de la que solo pueden presumir las mujeres que ni friegan ni barren ni cogen la azada.

Fueron muchas las mentes de la aldea que se pusieron frenéticamente a discurrir sobre la familia de abolengo de la que podía proceder. A los Inchausti no les importaba el origen de su niña y esperaron con paciencia y en silencio a que las infructuosas pesquisas y los chismorreos se apagaran por sí solos.

Con la edad, María se dio cuenta de que ese origen enigmático formaba parte de su atractivo y decidió transmitírselo a sus hijos. Por eso, a Lucía, a Mila y a Sabino les contaba la historia del capacho y les decía, con cierto orgullo, que ellos procedían de alta cuna y que por eso debían cultivar unos modales más refinados, no fuera que, algún día, un hombre elegante, con sombrero, bajara de su carruaje y se presentara como su abuelo rico. Nadie se presentó jamás, y los niños dejaron de soñar el 30 de abril de 1914, cuando su madre murió de neumonía, pero María Inchausti logró con sus cuentos que sus tres hijos destacasen en la vida por sus buenas maneras y por un orgullo que se convirtió en seña de identidad de los Elejalde-Inchausti.

La pequeña Marichu, una regordeta criatura que acababa de cumplir los nueve años, se soltó de la mano de su padre y corrió, alocadamente, hacia sus hermanas. Se abrazó a Lucía, por la que profesaba un amor incondicional, y la llenó de besos. Cuando la niña solo tenía cuatro años, su madre, Sole Zurbaran, segunda esposa de Tasio, también abandonó este mundo al dar a luz a Pedrito, que nació muerto, y desde entonces Marichu se refugió en su hermana mayor.

—¡Jesús, Marichu, qué amores! —le dijo Lucía.

—Es que hace mucho que no te veo.

—Tres días, exagerada, que estuvimos juntas el jueves. ¿Es que no te acuerdas?

—Sí, pero es mucho tiempo. Quiero estar contigo todos, todos, todos los días.

—¿Va todo bien en casa? —le preguntó Lucía.

—Como siempre, ya sabes, con la mandona de la Bruja, que haga esto y lo otro, que esto está mal, que parezco tonta. Pero no he llorado, te lo prometo.

—Pues más te vale, que ya sabes que no debemos darle ese gusto.

El padre estaba más cerca y dejaron el tema. No querían disgustarle; bastante tenía con soportar a Casilda, su tercera mujer.

Cuando su primera esposa falleció, Tasio Elejalde se encontró con que a las dificultades de una vida de labrador que a duras penas daba para sobrevivir se le sumaba la tarea de cuidar él solo de sus tres pequeños. El mayor, Sabino, aún no había cumplido los diez años, y Mila, la menor, solo

tenía seis. El párroco, don Aurelio, decidió tomar cartas en el asunto y echar una mano al viudo: al principio pidió a algunas buenas feligresas que fueran a ayudar en el caserío y que enseñaran a las niñas las labores propias de las mujeres: planchar, cocinar, lavar en la pila, ordeñar las vacas... Pero el favor de las vecinas no era más que un parche, y el caso de Tasio Elejalde, un hombre de fe y cumplidor con la Iglesia y los santos sacramentos, requería una solución definitiva. Así que un día envió a uno de sus monaguillos a la casa de los Elejalde con un recado: Tasio debía acudir a la sacristía en cuanto le fuera posible. El aldeano terminó la faena en la huerta, se aseó, se puso una camisa recién planchada y se presentó ante el cura.

—Buenas tardes, padre, me han enviado recado para que venga a verle.

—Así es, hijo mío. Y voy a ir directo al grano, que ya sé que no tienes mucho tiempo para charlas.

—Usted dirá.

—Anastasio, necesitas una mujer. No puedes criar a tres chavales y sacar adelante el caserío. Los chiquillos son un quebradero de cabeza y, aunque los tuyos son buenos y muy trabajadores, tampoco podemos esperar que se deslomen.

—Pero, padre, aún estoy de luto como para ponerme a mirar a otras mujeres.

—Lo sé, hijo, y eso te honra, pero en algunos casos el luto se convierte en un impedimento para cumplir con obligaciones más importantes. Ya sé que tú querías mucho a María, Dios la tenga en su gloria, y que probablemente por ninguna otra mujer vas a sentir el amor que sentías por ella. Pero hay muchas clases de amor, y también muchos motivos diferentes para casarse. A veces el matrimonio se impone por necesidad, porque a ambos cónyuges les conviene, y luego, ya sabes, el roce hace el cariño. O sea, que hay matrimonios que nacen del amor y amores que nacen del matrimonio.

Tasio se quedó callado, esperando a que don Aurelio desvelara finalmente sus intenciones, aunque él ya se las imaginaba.

—Hay una muchacha —continuó el cura—, de un caserío del barrio de Goierri, que te vendría bien como esposa.

Tasio seguía con la boina entre las manos, estrujándola nervioso.

—Se llama Sole Zurbaran, es hija de Miguel Zurbaran y de Espe Gorostidi.

—Al padre le conocía un poco, de verle en algún ferial, pero no era hombre que alternara ni se relacionara mucho, me parece. Me dijeron que había muerto, ¿no?

—Así es, vivía de puertas adentro, sobre todo desde que enviudó; además, ha estado los últimos cinco años postrado en la cama, enfermo e inútil. Su única hija, Soledad, de la que te hablo, le ha cuidado todo este tiempo, y llevaba la huerta y un par de vacas. De vez en cuando a la muchacha le ayudaban los primos. En fin, que ella es trabajadora como una mula, y la pobre no ha tenido tiempo ni para romerías ni para conocer a ningún mozo. Por eso está soltera.

El cura hizo una pausa y se acercó a Tasio, que seguía de pie, tieso como una vela.

—Tampoco te voy a engañar, Anastasio, no es una mujer guapa, mucho menos si la

comparamos con la pobre María, que era como un ángel, pero es buena chica, todo corazón y generosidad, y además le gustan los críos.

—¿Ha hablado usted ya con ella?

—No, hombre, no. No le voy a poner el caramelo en la boca antes de tiempo. Primero quería saber si estabas interesado en conocerla y trabar relación. Te advierto que es tan pobre como tú. Así que no te va a arreglar el bolsillo. No ha heredado nada más que las dos vacas, los aperos, un buey y el ajuar de la madre. El caserío no era propiedad de los padres, sino en renta, y los dueños quieren otros inquilinos; creen que la mujer sola no podrá hacer frente a los gastos. A ella no le han dicho nada todavía. Les he pedido que esperen, por caridad cristiana: no se puede dejar a una buena mujer sin techo ni alimento de la noche a la mañana. Y conste que no te cuento estas desventuras para presionarte, que ya sabes cómo me las gasto, y si no consientes en contraer matrimonio, ya me encargaré yo de que los amos esperen, como me llamo Aurelio.

El padre de Lucía decidió pensarlo. Una semana más tarde, el domingo después de misa, habló con el cura.

—Espera aquí —le dijo don Aurelio.

Al poco rato volvió con Sole, una mujer rechoncha, de cara rosada, muy sonriente. Sonreía con la boca, y con sus ojos chispeantes e infantiles, y con sus manos nerviosas y reseca. Tasio pensó que don Aurelio tenía razón; no se la podía comparar a su María del alma: la mujer era poco favorecida. A pesar de ello, pronto se dio cuenta de que la soltera emanaba una dulzura especial, la bondad de los que son guapos por dentro, de los generosos, de los inocentes, y eso le gustó. El cura les presentó y les invitó a dar un paseo.

Los niños habían vuelto al caserío siguiendo las órdenes del padre, quien se fue con Sole a caminar por el sendero que llevaba a la fuente de hierro. Detrás les seguía don Aurelio, vigilante, con su sotana azabache y las manos enganchadas por detrás, como un pingüino panzudo. Por la noche había caído rocío y la tierra olía a sana humedad, a hierba fresca, y el sol que templaba el ambiente despertaba a los pájaros de sus nidos, los llevaba a las copas de los árboles y los hacía trinar, convirtiendo el valle en un espectáculo de colores, aromas y sonidos. «Este paisaje es un regalo —le comentaba el cura a Dios por lo bajini—, este buen tiempo es el mejor escenario que podías proveer para que estos dos que pasean por delante hagan buenas migas. Guíales, señor, guíales, que los dos se necesitan, y los críos no digamos.»

Delante del sacerdote, Sole hablaba, y Tasio, al principio, se limitaba a asentir. Él era un hombre tímido, sobre todo en circunstancias tan forzadas; necesitaba su tiempo, superar la vergüenza de una cita concertada; le costaba más que nunca seguir la conversación. Nada parecido le había ocurrido con la madre de sus hijos, porque a ella la había tratado desde niño. Sole, sin embargo, se mostraba entusiasmada y hablaba por los codos, como si quisiera recuperar todos los años de enclaustramiento. La muchacha desbordaba energía, exudaba vitalidad, y se la veía fuerte. Lo que más le gustó a Tasio fue su candidez cuando de sus labios brotaron palabras tan sinceras

que seguramente ninguna otra mujer se habría atrevido a formular en una primera cita, menos aún sin saber si el muchacho consentiría en seguir acompañándola.

—Si las otras se enteran de que estoy aquí contigo, se mueren de envidia. Alguna seguro que se reiría de mí y diría: «¡Mira Sole: con lo poco que vale y anda por ahí con el chaval más guapo del valle!». ¡Cómo me gustaría verles la cara! —dijo entre risitas nerviosas.

Tasio la miró y sonrió.

—Con tres hijos pequeños, lo de guapo ya no vale. Y además se me pasó la juventud. Las muchachas no quieren viudos que lleven carga.

—¡Jesús, María y José! ¡Llamar carga a los críos! ¡Qué barbaridad!

—Oye, oye —se apresuró a aclarar Tasio—, que para mí no son una carga, sino una bendición, pero ya imaginarás que muy pocas mujeres están dispuestas a criar a los hijos de otra.

—Igual tienes razón. Pero a mí me gustan tanto los niños que me puedes poner delante a una cuadrilla entera.

Hablaron un rato de los niños, de Lucía, que era muy lista, y de Mila, que aprendía rápido, ya que imitaba en todo a su hermana mayor. Él le confesó que pensaba empezar a trabajar en la fábrica de La Temple, ahora que Sabino tenía edad para ayudarle en la huerta. Don Aurelio escuchaba complacido el sonido lejano de las palabras, sin entender lo que se decían, pero contento porque había conversación y eso era, seguro, muy buena señal. Al rato Sole se paró, se puso frente al hombre, que le sacaba una cabeza de altura, y, mirándole con sus castaños ojos brillantes, le dijo:

—Mira, Tasio, eres un buen mozo. Yo ya sé que valgo poco y entiendo que don Aurelio te ha puesto en un aprieto. No pasa nada si no quieres volver a verme, lo entiendo y no me voy a ofender. Le hemos dado gusto al cura y yo he disfrutado con el paseo. Eres un buen padre, un buen hombre, y sacarás adelante a los niños.

Él simplemente le sonrió y le dijo:

—Anda, mujer, lleguemos hasta la fuente, que tengo sed.

Se dejaron guiar por la senda que trazó el párroco. Tres meses después de conocerse, Tasio Elejalde y Sole Zurbaran se casaron en la parroquia, sin más invitados que los hijos de él, su hermana, que hizo de madrina, y el primo mayor de Sole, que la acompañó como padrino. No hubo convite, ya que el luto de rigor se lo habían saltado; al cura no le pareció oportuno, y ellos no quisieron dar que hablar.

La música paró un momento, pero la algarabía de la fiesta seguía en la plaza. Mientras el padre hacía corrillo con unos amigos a unos metros del banco, Marichu, plantada frente a Lucía, cantaba una canción que le había enseñado su amiga Esti:

Marixtu nora zoaz eder galante hori.

Iturrira Bartolo nahi ba duzu etorri.

A la niña le hacía gracia que la protagonista del verso se llamara igual que ella, y por eso no

podía parar de sonreír pícaramente mientras hacía su representación. La hermana mayor escuchaba embelesada a la criatura, que tenía una voz prodigiosa y que con mucha gracia entonaba la melodía popular mientras balanceaba su cadera con los brazos en jarras. Al oírla se acordó de la que fue su segunda madre, Sole, ya que madre e hija se parecían mucho y tenían la misma voz limpia y melodiosa. Pensó entonces en cuánto hizo sufrir a aquella buena mujer, a la que le costó mucho tiempo admitir en la casa.

Después de aquel primer paseo acompañados por el párroco, Sole y Tasio siguieron congeniando. Sin embargo, el hombre no hizo durante todo ese tiempo ningún comentario a sus hijos. Sabino, Lucía y Mila esperaron, impacientes y temerosos, que su padre les notificara sus intenciones con la mujer, pero hasta que todo estuvo decidido no se habló del asunto en el caserío. Un mes antes de la boda, el mismo día en que el cura, muy satisfecho, colocó las amonestaciones en el tablón de la iglesia, Tasio empezó a hablar del asunto. Era la hora del almuerzo.

—Dentro de un mes me caso. Tendréis una nueva madre que os cuidará bien.

Lucía se quedó mirando aquellos brazos robustos y peludos, imponentes, tostados por el sol y el trabajo al aire libre, colocados sobre la mesa de mármol, mientras pensaba que su padre no había soltado la cuchara para hablar, sino que la mantenía en la mano y la mecía al compás de sus terribles palabras, lo que sin duda, en vida de María Inchausti, le habría costado una recriminación. Los tres hermanos se miraron sorprendidos. Solo Lucía se atrevió a abrir la boca:

—¿Es esa mujer que te acompaña últimamente?

—Sí, y se llama Sole.

—¡Pero si todavía estamos de luto! —protestó Lucía.

Tasio Elejalde miró a su hija mayor con dureza: sus decisiones como cabeza de familia no debían ser cuestionadas por los hijos, mucho menos por unos críos. Sabino dio una patada a su hermana por debajo de la mesa; él tampoco estaba contento por el hecho de que una extraña entrara en sus vidas, pero el respeto a su padre estaba por encima de sus deseos. Así que Lucía calló y, bajo ese silencio impuesto, mantuvo guardado durante mucho tiempo un hondo enfado. Fue a la boda con desgana. Despreciaba a aquella aldeana que le parecía tosca, fea y gorda. Cómo había podido elegir el hombre más guapo de Ibayá a una mujer así, tan distinta a su madre. Él no la podía querer, de eso estaba convencida, y solo se casaba para quitarse trabajo. Con lo bien que podían habérselas arreglado ellos solos.

La misma noche de la boda, cuando Sole se instaló en el caserío después de haber traído las vacas, el buey, los aperos, unas pocas gallinas y un par de conejos, empezó a ganarse el afecto de Sabino y de Mila, que, siguiendo su instinto infantil, se dieron cuenta al instante de que era buena y cariñosa. Pero el afecto de Lucía se le resistió más tiempo. Sole era de esas personas convencidas de que quien siembra amor recibe amor y de que el cariño se extiende con más facilidad sobre las almas cándidas de los niños, seres agradecidos que lo devuelven con creces. Por eso la frialdad de Lucía la inquietaba, aunque no se dio por vencida, segura como estaba de que era cuestión de tiempo. Comprendía que la niña siguiera aferrada al recuerdo de su madre y

que a ella la considerara una usurpadora. No hizo falta que la segunda esposa de Tasio escuchara una tarde de septiembre las palabras que Lucía dijo a su hermano Sabino en la cuadra: «Que no piense que la voy a llamar *ama*,⁵ que madre es la que te ha parido». La mirada rencorosa y la indiferencia de la pequeña eran suficientemente elocuentes.

La verdad era que Lucía no había logrado digerir la marcha de su madre, a pesar de que en aquellos tiempos los niños convivían desde sus primeros años con la muerte, una realidad que no se les ocultaba y que aprendían a asumir con naturalidad en la mejor escuela de aprendizaje: la vida que les rodeaba. No solo conocían de primera mano el ciclo de la vida, los terneros nacían ante sus ojos, y las vacas y los perros morían también junto a ellos, sino que estaban habituados a rezar por niños que fallecían de tífus, por madres que dejaban su vida en un parto o por hombres que desaparecían demasiado jóvenes. El luto de los pobres se vivía de muy distinta manera al de los ricos: es verdad que la fuerza de la tradición les obligaba a vestir de negro una larga temporada, igual que las señoras y los caballeros de postín, pero la pena de los humildes solo se mostraba en la intimidad, en los pocos ratos que quedaban de asueto, tras jornadas larguísimas de trabajo que ocupaban la mente en otros menesteres alejados del lamento.

Lucía, Sabino y Mila lloraron la muerte de su madre, pero la fuerza de la necesidad les obligó a espabilar rápidamente. Había que atender el caserío, y las lágrimas no permiten cumplir bien con las labores cotidianas. Con tanto quehacer la escuela se cerró definitivamente para ellos. Mientras pasaba la escoba al portalón o ayudaba a su padre a sallar la huerta, Lucía no dejaba de recordar a su madre, sus caricias, su parloteo, su cara. Y la echaba de menos. Sentía además una enorme punzada cuando rememoraba los días de su enfermedad y odiaba a todos los adultos que le prohibieron entrar en su habitación por miedo al contagio. Hubiera querido pasar los últimos días junto a ella, dormir bajo sus mismas sábanas, apretarse contra su pecho blando y cálido, apurar al máximo el tiempo que le quedaba, pero no pudo ser. La habitación estaba cerrada y solo los adultos se acercaban a la enferma.

María Inchausti falleció mientras dormía. La tía Micaela la amortajó. La familia marchó en procesión, junto a vecinos y amigos, detrás del pobre féretro de pino, primero hasta la iglesia y más tarde hasta el cementerio, donde fue enterrada junto a sus padres adoptivos, sin desgarros de los asistentes, en una ceremonia sencilla y recatada. Los que lloraban, incluidos los niños, lo hacían en silencio. Los lamentos y los suspiros exagerados hubieran sido mal vistos en una comunidad que no estaba habituada a mostrar su dolor en público.

Para justificar el rechazo a la nueva esposa de su padre, Lucía buscó razones a las que sujetarse, sobre todo porque en ese rencor se sentía muy sola, ya que sus hermanos pronto aceptaron a la intrusa. A los ojos de aquella niña, los defectos de la mujer se percibían con la distorsión del exceso: demasiado gorda, demasiado tosca, demasiado tonta y demasiado sucia. Sole no era desde luego una mujer estilizada. Aunque resultaba entradita en carnes, no era lo que se llama una mujer gorda; sus maneras eran más rudas que las de su predecesora, pero parecidas a las de la mayoría de las aldeanas de Ibaya. Si en algo tenía razón la afilada percepción de la niña

era en que su nueva madre no resultaba demasiado avispada. Efectivamente, era lenta de sesera, aunque este defecto lo compensaban su generosidad y su noble corazón; y desde luego, en comparación con María, que en vida hizo de la pulcritud virtud, Sole no superaba el rasero de la anterior, porque a esta aldeana le gustaba más trajinar en la huerta y en las cuerdas, enredar en la cocina o jugar con los chiquillos que arrodillarse sobre la tarima para sacar con un cepillo de púas la porquería incrustada. Tal vez por eso, y para hacer más llevaderas las ingratas tareas de limpieza, se pasaba el día canturreando con su voz armoniosa de soprano, inundando el caserío de melodías tan bonitas que quienes pasaban por allí se paraban a escucharlas, y en las reuniones de vecinos le pedían:

—¡Anda, Sole, cántanos una canción de esas que tú sabes!

Hubo de pasar un año para que Lucía se encariñase, poco a poco, de Sole. Y el milagro vino de la mano de Marichu. Cuando su nueva madre anunció que estaba embarazada, Lucía sintió aún más rencor. Una criatura significaba la llegada de otro intruso, pero, al nacer la niña, algo se removió en sus entrañas y aquel ser diminuto y angelical vino a colmar su sed de cariño. Su afán por proveer de cuidados al bebé la fue acercando sin darse cuenta a Sole, que la dejaba hacer, y con infinita paciencia y con palabras amables y afectuosas le enseñaba cómo debía cambiarle los picos, cómo bañarla sin peligro, y casi siempre le permitía llevarla de paseo. Empujando el carrito de su hermana se henchía de orgullo al mostrar al bebé gordo y rosa que pronto empezó a gorjear y a sonreír. Las conversaciones referidas a Marichu crearon un nuevo vínculo de afecto con Sole, a la que nunca llegó a llamar «ama», pero a la que al final quiso sinceramente con un amor lleno de agradecimiento. Sole nunca hizo de menos a los hijos de Tasio (Sabino, Lucía y Mila) frente a Marichu y Vicenta. No había distingos: caricias y reprimendas se repartían por igual a unos y otros, en un difícil equilibrio que solo se entendía porque aquella mujer los quería a todos de la misma manera y con la misma intensidad. Para ella tan hijos eran los que había parido como los que Tasio le regaló el día que se casaron.

La voz de Sole se apagó el 15 de noviembre de 1920. Al alba, los niños se despertaron por los gritos de la parturienta. Se levantaron asustados y fueron a la cocina: Marichu, que tenía cuatro años, empezó a llorar angustiada, y la pequeña Vicenta, de dos, se pasó un rato observando a sus hermanos hasta que finalmente también rompió a llorar. Sabino, que ya era un muchacho de quince años, intentó calmarlas. Ordenó a Mila y a Lucía que tranquilizaran a las pequeñas y dijo que iba a ver dónde estaba su padre. Se acercó al dormitorio de la pareja y llamó a la puerta. Tasio salió y le explicó que el parto había empezado, pero que se estaba complicando. Dos horas después, arremolinados alrededor del fuego donde habían entretenido a las pequeñas, conocieron por boca de Tasio que Sole y el niño habían muerto, que el bebé se había asfixiado con el cordón umbilical y que una hemorragia muy fuerte se había llevado a la madre en un torrente de sangre. Lucía sintió mucho más de lo que nunca hubiera imaginado la ausencia de la buena mujer. De nuevo desfilaron tras el féretro. Tasio decidió que el hijo muerto y la mujer reposasen juntos en el mismo ataúd, y

una vez más el dolor de la familia caminó silencioso, con el único desahogo de unas lágrimas que descendían sin ruido por los rostros de los hijos.

Al margen de sus caricias y atenciones, la ausencia de Sole se notó en la marcha del caserío: Sabino, Lucía y Mila vieron cómo su trabajo se multiplicaba. El muchacho se pasaba las jornadas de la huerta al establo; Lucía, entre fogones, cepillos y trapos, y Mila cuidaba de las pequeñas y llevaba al día la colada. Lo hacían porque había que hacerlo, sin protestar, sin preguntarse siquiera qué les había hecho merecedores de tanto infortunio. Los niños que vivían a su alrededor tampoco tenían mucha mejor suerte y, aunque ciertamente la mayoría conservaba a sus padres, también les tocaba arremangarse y, como ellos, sudaban y caían agotados en la cama. En Ibayá abundaban las familias humildes, acostumbradas a la escasez y al trabajo severo, con niños que pasaban del destete a asumir paulatinamente obligaciones de adultos, tareas que para cualquier chiquillo del centro de Bilbao hubieran sido impensables, pero que otras criaturas de las zonas mineras, industriales y agrícolas conocían bien. Desde la muerte de Sole los tres hijos mayores de Tasio Elejalde se empeñaron como nunca en cumplir, y lo hicieron creyendo que si el caserío marchaba bien, su padre no volvería a traer otra mujer a la casa.

La música cesó en la plaza del pueblo cuando el alcalde se subió al quiosco. La voz empezó a surgir, profunda y seca, desde su micrófono. Era un hombre gordo, calvo, que trataba de compensar su baja estatura con una exagerada rectitud en su postura, como si dentro de su traje de domingo se estuviera estirando hacia el cielo. Todos los habitantes de Ibayá intuían que sus palabras iban a ser huecas y que su intervención obedecía sobre todo al afán de protagonismo del edil, que no dudaba en aprovechar cada ocasión para obtener su minuto de gloria. El alcalde no había sido elegido por el pueblo, sino nombrado por ser el mayor contribuyente, lo cual no significaba que fuese el más apto para el cargo, y, de hecho, no lo era.

—Queridos convecinos —empezó a decir—. Hoy es un gran día, una jornada de orgullo para esta nuestra localidad que celebra con fervor cristiano la festividad de su patrono.

La voz empezó a perderse entre los ruidos ensordecedores que emitía el micrófono, aparato adquirido recientemente por orden del alcalde, quien ansiaba que su timbre estudiado se amplificara para llegar a cada rincón del foro. Los vecinos se tapaban los oídos, y los más osados se atrevían a reír. Un técnico del consistorio se acercó al aparato por ver si podía arreglarlo, pero, tras unos minutos dando vueltas al instrumento, hizo un gesto a don Crespo de que aquello, de momento, no tenía remedio. «Aparato del demonio», masculló el alcalde antes de retomar, a voz en grito, su insípida perorata. Pocos podían escuchar con claridad a don Crespo, que se había puesto rojo de tanto desgañitarse, así que los murmullos empezaron a crecer y el hombre finalmente se dio por vencido. Levantó la mano derecha en señal de saludo y, muy altivo, se marchó por donde había venido. Debajo del quiosco, su esposa Gertrudis lloraba sobre su pañuelo de hilo, tan grande era su disgusto. ¡Con lo que había ensayado!

Las hermanas Elejalde observaron, divertidas, la escena. Lucía tenía a Marichu sentada sobre sus piernas. Era demasiado ingenua. Tan simple y tan cándida como lo fue Sole. Tanta inocencia

enternecía a la hermana mayor y despertaba ese instinto de protección que surgió cuando Marichu vino al mundo. No imaginaba entonces que, con los años, la paciencia le iba a fallar muchas veces a la hora de soportar la escasez de luces de su hermana pequeña.

—¿A que los angelitos nos cuidan por la noche? —preguntó la niña sin venir a cuento.

—Claro que sí, cariño —le contestó Mila, quien, sin esperar lo, recibió un codazo de Lucía—. ¿Qué haces, burra?

Y en un susurro, para que Marichu no la oyera, le contestó.

—Mira, Mila, ese que habla con aita es él. ¡Ay, Señor! ¡Qué le estará diciendo!

—¿El de antes? —Mila miró con descaro al grupo que estaba con su padre.

—El mismo, y no mires, que se va a notar que estamos hablando de él. Disimula.

—Pues aita le sonrío; ya ves, parece que el chaval le cae bien. ¡Si hasta se ha despedido dándole una palmada en el hombro!

Ambas siguieron con la mirada a Carmelo Gómez. Lucía notaba un revoltijo de cosquillas en las tripas.

—Guapo, guapo, no es, pero si a ti te gusta... —dijo Mila.

—¿Y para qué quiero yo un hombre guapo, si puede saberse?

—La verdad, los feos tienen sus ventajas. Las otras mujeres no les miran, y tú siempre parecerás, a su lado, el doble de guapa.

Carmelo seguía en su punto de mira. No era un hombre alto, pero sus espaldas resultaban firmes y caminaba con seguridad. Por su forma de moverse se veía que no era de los que se esconden, y por cómo saludaba a los conocidos parecía un tipo simpático, agradable y querido. Todo esto ya lo sabía Lucía. Y mucho más. No hacía falta ser guapo cuando se tenían unos ojos tan sinceros y una sonrisa tan dulce, no era necesario ser alto y espigado cuando uno se había ganado el respeto y el afecto de los demás. Solo hacía falta que su padre también fuese capaz de apreciar tantas virtudes.

Le parecía injusto que Tasio tuviese que aprobar esa relación cuando él había metido, sin el consentimiento de los hijos, a dos nuevas esposas en el caserío. Sole, la madre de Vicenta y Marichu, resultó una bendición, pero mejor hubiera hecho en consultar a sus cinco hijos sobre la Bruja. Ella, desde luego, se habría opuesto, no solo porque nada más conocer a Casilda Echevarria se le accionó una señal de alarma, sino porque sus indagaciones le advirtieron de que aquel era un mal partido: el lobo en la guarida del conejo. En primer lugar, el muy despierto instinto de la joven le advirtió de que una mujer que traía consigo dos hijos propios no iba a ser justa con los vástagos de Tasio. Además, Lucía preguntó sobre la novia a algunas de las aldeanas que vendían en el mercado de Portugalete, donde vivía Casilda. Y ninguna tuvo palabras amables para ella. Al contrario, disfrutaron de lo lindo despellejando a una clienta a la que detestaban. Decían que se creía más que nadie, y eso que lavaba la ropa de los señoritos de Portugalete para dar un bocado a los hijos. Pero su padre no les consultó y, por más que Lucía intentó convencerle de su equivocación, no le dejó apenas abrir la boca.

—¡Malas lenguas! ¡Si sabré yo con quién ando! —gritó Tasio la única vez que se trató el tema en el caserío.

Y Casilda Echevarria llegó, y con ella un hijo de dieciséis años y una muchacha de dieciocho. Lucía estaba segura de que su padre había quedado hechizado por la belleza de la mujer. Tenía que reconocerlo, era muy guapa: alta, rubia, de pómulos pronunciados, labios perfilados, fino talle y pecho esbelto. Era más atractiva que Sole, de eso no cabía duda, y, siendo sinceros, más bonita que su propia madre. Pero toda la perfección de sus formas se desvanecía ante su gesto adusto, su ceño fruncido, su escasa sonrisa y un velo de amargura que la afeaba, pero que Tasio no supo o no quiso ver hasta pocos meses después de haberse casado.

Esta vez no hubo intermediación de la santa madre Iglesia, no cumplió su función celestina ningún cura, sino que fue el azar quien puso en relación al viudo y a la viuda. La final del campeonato de Copa de 1921 entre el Athletic de Bilbao y el Atlético de Madrid se celebró en el estadio de San Mamés, en la capital vizcaína. Tasio no era socio del club rojiblanco: no tenía ni tiempo ni dinero, pero seguía con orgullo sus hazañas, sobre todo desde que tomó las riendas de su dirección el británico William Barnes. A Tasio, como a tantos otros, le emocionaban especialmente los aciertos y el buen hacer del delantero Pichichi, y, por ver al jugador y porque era una final, se unió a algunos compañeros de trabajo para ir al estadio. No se imaginaba que allí iba a conocer a su tercera esposa, sobre todo porque las mujeres que acudían a San Mamés casi podían contarse con los dedos de las manos, a pesar de que también a las bilbaínas les emocionaban los colores del equipo. De hecho, Casilda no tenía intención de ir al evento, pero su hermano José Mari, que era cura además de un enamorado del balompié, le compró una entrada. Y allá fueron los dos, ella muy bien vestida, para algo iba a la capital, donde después del partido pensaba merendar en un café junto al teatro Arriaga. A Tasio y a Casilda les tocó sentarse uno al lado del otro, y él no pudo evitar fijarse en una mujer tan guapa. Tampoco a ella el buen porte de Tasio le pasó inadvertido. El partido era emocionante. Al concluir el primer tiempo, el estadio llevaba ya un rato eufórico. El equipo local iba ganando. Tal vez por ese estado de embriaguez emocional se atrevió a hablar con su compañera de grada, aprovechando que el cura había salido a comprar unas gaseosas. Y lo hizo sin titubear y ante la mirada atónita de sus amigos, que le lanzaban miradas maliciosas sin que a él pareciera importarle. A ella le gustó que la cortejase. Debió de ser también fruto del entusiasmo colectivo que la mujer no se amilanase cuando el cura regresó a la grada con las bebidas y que siguiese hablando con Tasio y que hiciese las presentaciones, sin rubor, entre su hermano y el vecino de asiento. La camaradería que brota entre los seguidores de un equipo de fútbol, por el sencillo motivo de que todos comparten, durante el tiempo que dura el encuentro, el sueño del triunfo, sirvió de coartada para el flirteo entre una mujer que acababa de pasar los cuarenta y un hombre que con treinta y ocho ya llevaba a cuestas dos matrimonios y cinco hijos. Tasio supo que la mujer vivía en Portugalete, que era viuda y que tenía dos hijos. Datos suficientes para convencerse de que debía forzar un nuevo encuentro, sin cura de por medio. Así que, mientras Beguiristain se disponía a sacar de esquina, le preguntó:

—¿Sigue habiendo en Portugalete tan buenos bailes como cuando yo era joven?

Ella le miró y su sonrisa, entre pícaro y triunfal, indicó a Tasio que su respuesta debía traducirse como una cita.

—Ya lo creo, los mejores. Yo, aunque no sea más que por ver cómo se divierten los demás, bajo cada sábado a la plaza, a eso de las siete.

Así que el sábado siguiente Tasio fue, esta vez solo, a la plaza de Portugalete. Cruzó la ría en un bote, eludiendo las preguntas del barquero, al que conocía desde niño, quien no paraba de interrogarle sobre el motivo de su visita a la villa ribereña.

Sabino Elejalde, el primogénito de Tasio, vestía pantalón azul y una camisa blanca arremangada que dejaba a la vista sus antebrazos morenos y fuertes. La cabeza, a pesar del calor estival, la llevaba cubierta con una txapela negra de la firma tolosana Elosegui. A su lado, sonriente, caminaba Juana, con la que iba a casarse en septiembre. Lucía vio a la pareja y pidió a Marichu que se acercara corriendo hasta ellos y les avisara de que toda la familia estaba reunida en el banco. Lucía adoraba a Sabino; le parecía el muchacho más guapo de Ibayá, un hombre que a su entender había sacado lo mejor de sus padres, mientras que ella se había quedado sin la altura de Tasio, y Mila había heredado sus facciones más duras. A toda la familia le gustaba Juana: era alegre, cariñosa, muy trabajadora y bastante bonita, pero sobre todo hacía feliz a Sabino. También era vasca por los cuatro costados, del caserío Menchaca, famoso por la envergadura que alcanzaban los bueyes que allí se criaban. Al pensar en ello, Lucía se dijo a sí misma que más le hubiera valido enamorarse de otro pura sangre. Su padre no iba a aceptar su compromiso con Carmelo Gómez con la misma despreocupación que recibió la relación de su hermano. «Buenos vascos», dijo Tasio cuando supo que su primogénito andaba con la hija de Telmo Menchaca. Después de dos años de noviazgo, decidieron casarse ese otoño. Como Juana era la única hija de los Menchaca, irían a vivir al caserío. Sabino dejaría la fábrica porque se ahogaba entre aquellos muros y porque su suegro le había ofrecido la oportunidad de trabajar con él en las tierras y en la cría de ganado.

Marichu corría como una loca. Al llegar hasta la pareja se lanzó sobre su hermano, que la aupó con cierto esfuerzo y le dio dos besos. A Juana estas muestras de cariño la emocionaban. Los hombres de Ibayá no eran muy dados a exhibir su afecto de forma tan expresiva, ni tan siquiera a los pequeños. Marichu se descolgó de los hombros de Sabino, le agarró la mano y empezó a arrastrarlo por medio de la plaza en dirección al banco.

—A esta chiquilla le va a tocar sufrir en la vida —le comentó Lucía a Mila.

—¿Por qué dices eso? ¡Pues sí que le auguras un buen futuro a la hermana!

—Porque es muy inocente, Mila, muy inocente.

—¡Mujer! Si solo es una cría.

—Ya, pero sigue como cuando tenía cuatro años, y eso me da mala espina. No se hace mayor; no sé si porque no puede o porque no quiere.

—Pues ya ves, igual al final es más lista que todas nosotras: ha decidido quedarse niña más

tiempo para evitarse preocupaciones y responsabilidades.

—Bueno, ya veremos, pero tú fíjate.

Sabino llegó arrastrado por Marichu, riendo con ella.

—Aquí os lo traigo —dijo a sus hermanas exhibiendo su regordeta cara, ahora intensamente sonrosada a causa de la carrera—. Ya estamos todos.

—¿Y aita? —preguntó Sabino a la vez que se daba la vuelta buscando entre el gentío a su novia, que por no correr se había quedado atrás.

—Lleva más de un cuarto de hora en el corrillo, hablando con los amigos. Aquí estamos esperándole —contestó Mila.

—¿No han venido Casilda y sus hijos?

—¿Quién? ¿La Bruja? —dijo Marichu entre risas.

—Marichu, no la llames así, que aita se enfada —la regañó su hermano.

—Pues estas dos —respondió la niña señalando a Lucía y a Mila— también la llaman Bruja.

—Mal hecho —Sabino contestó serio mientras guiñaba el ojo a sus hermanas.

—Se ha ido a Portugaleta —explicó Marichu buscando refugio en el regazo de Mila—. Y mejor para todos, que a aita hoy se le ve más contento que nunca, hasta nos ha comprado rosquillas a Vicenta y a mí. ¿Verdad, Vicen?

—Zi —respondió la menor, que aún no había corregido su ceceo y que era muy callada.

Fue Lucía quien apodó «la Bruja» a Casilda Echevarría, aunque ninguno de los hermanos solía aplicarle el nombre delante del padre. Hacía ya cuatro años que la viuda y sus hijos, Venancio e Irene, dejaron su piso oscuro de Portugaleta y se instalaron en el caserío. Nada más llegar, la nueva esposa de Tasio se hizo la dueña del lugar: cambió los muebles de sitio, las vajillas y cacharros los movió de unos cajones a otros, puso una colcha nueva sobre la cama matrimonial y vistió las ventanas con cortinas azules. La limpieza general, que duró tres días, en la que los niños tuvieron que colaborar, fue sentida por Mila y Lucía como un insulto. Poner en marcha semejante zafarrancho era una manera de llamarlas cochinas.

Así que desde el primer día tuvieron que acostumbrarse al ordeno y mando de Casilda, y lo único que les consolaba era que sus propios hijos estaban tan sometidos como ellos a sus deseos. Pero había una diferencia: si bien toda la chiquillería debía colaborar y sudar la camisa para que las cosas estuviesen a su gusto, el tratamiento que recibían era muy distinto. Las reprimendas, las palabras más altas, los insultos eran sobre todo para Mila, Lucía y Marichu. Con Sabino apenas trataba, porque a sus dieciséis años ya había comenzado a trabajar en la fábrica como pinche de almacén. Su hijo Venancio, de la misma edad que Sabino, era débil de salud, muy flacucho y un poco lelo, y tal vez por todas estas características había desarrollado un carácter tímido y poco comunicativo. Aunque se notaba que la madre no aceptaba las limitaciones del hijo, tampoco lo amonestaba, como si no pudiese esperar nada de él, así que simplemente lo ignoraba. Pero a Tasio el muchacho sí le preocupaba, y por eso llamó a varias puertas antes de lograr colocarlo de aprendiz en la fábrica de gaseosas, donde un trabajo fácil y repetitivo, que consistía en colocar las

botellas dentro de las cajas antes del reparto, le reportaba un humilde jornal. Irene era una muchacha de aspecto fuerte, pero tan callada como su hermano, y con tan solo dieciocho años se movía con desgana, como vencida por la vida. La joven había aprendido a sortear el mal carácter de Casilda y evitaba ser su foco de atención, lo cual le resultó mucho más sencillo tras el escudo que le proporcionaban sus nuevas hermanas. En los cuatro años que llevaba viviendo en el caserío jamás intentó defenderlas o frenar la lengua sucia de su madre. Lo único que deseaba era buscarse la manera de salir de allí, sin importarle el sufrimiento silencioso de las demás.

Casilda tenía la inteligencia de los seres egoístas, y por eso sabía manejarse muy bien en las distintas situaciones, lo que le exigía un talento interpretativo de primer orden y una habilidad sibilina a la hora de lograr de su hombre el cumplimiento de sus deseos, incluso cuando estos estuvieran en clara contradicción con los intereses de él y de su familia. Por eso reservaba los gritos y los insultos para las horas en que Tasio estaba fuera, sin llegar a parecer delante de él una madre extraordinariamente indulgente. Sabía que su esposo, habiéndola visto corregir e imponer disciplina a los niños, interpretaría las quejas de estos hacia ella como meras exageraciones de unos hijos que, al fin y al cabo, no quisieron desde el principio ese nuevo matrimonio. Si, por el contrario, se hubiese mostrado como la buena madre de un cuento infantil, algo se habría podido encender en la cabeza de Tasio en señal de alarma, por no cuadrar los lamentos de Mila, Lucía o Marichu con una bondad excesivamente expuesta.

Los hijos vivieron atónitos la metamorfosis que fue sufriendo su padre desde la llegada de la Bruja. Eran detalles aparentemente insignificantes que, acumulados, transformaron paulatinamente el ambiente y las relaciones de la familia entre aquellas cuatro paredes. Así, si Marichu acudía sobre el regazo del padre, la Bruja enseguida llamaba a su hombre para que la ayudara en alguna estúpida faena, desde alcanzarle un tarro de la parte alta del armario hasta mirar si una de las gallinas le parecía enferma. Cuando Mila o Lucía se sentaban a su lado y trataban de conversar como tiempo atrás, Casilda reclamaba la atención de estas para que lavasen los platos o recogiesen unas migas. Lucía no sabría decir cómo, pero la madrastra consiguió que en aquella casa se cenase en dos turnos: primero la prole, y luego el matrimonio a solas. Poco a poco, aquella familia compacta, de la que se sintieron tan orgullosos en tiempos de María Inchausti y Sole Zurbaran, se fue convirtiendo bajo el poder de Casilda Echevarria en una terrible dualidad: los hijos y las hijas formaban un grupo, y la pareja de adultos, otro. Aunque no tenían más pruebas que los placenteros sonidos nocturnos, tanto Sabino como Mila y Lucía estaban seguros de que el poder que esa mujer ejercía sobre su padre procedía de la brujería de sus habilidades maritales, que sorbían el seso de Tasio hasta hacerle perder el horizonte y la cordura. De ahí surgió el apodo.

El tiempo pone las cosas en su sitio y mitiga los ardores. Aquellos primeros meses de fogoso acaloramiento animal y nula claridad mental remitieron, procurando a Tasio un sosiego paulatino que a su vez le fue abriendo su sesera anquilosada. Entonces las quejas empezaron a ser escuchadas. Tasio llamó la atención a su mujer sobre el trato a los hijos, grandes y pequeños. Ella

no reconoció nada y se limitó a agriar más su carácter, ahora ya no solo con las hijastras, sino también con Sabino y con su propio esposo. El padre de Lucía se pasaba las horas tratando de suavizar el ambiente, con escaso éxito, hasta que tuvo que reconocer ante sus hijos que aquella unión fue un error, el más grande que había cometido, y que, no habiendo remedio, debería cargar con aquella mujer para el resto de su vida. Entonces un mal pensamiento cruzó la mente de Lucía y le pidió a Dios justicia. Si se había llevado a dos buenas madres demasiado jóvenes, bien podría hacer un esfuerzo para llevarse, más pronto que tarde, a quien más que madre era bruja.

A Lucía se le hinchaba el pecho de orgullo cuando recordaba aquella mañana en que su padre les dio la razón y, desde entonces, todos, como una orquesta bien sincronizada, se esforzaban por colaborar para que la vida en el caserío familiar fuese más llevadera. Pero la obsesión de Casilda por Lucía fue creciendo y a la muchacha le costaba lo indecible evitar contestarle. Así que un día se acercó a la fábrica a la hora del almuerzo.

—Me marchó de casa, aita. Ya no aguanto más, y será mejor para todos.

—¿Y adónde vas a ir tú con tan solo dieciséis años?

—Consuelo Ybarra me ha ofrecido que me quede en su casa. Dice que le viene bien, que dos gemelos recién nacidos dan más trabajo de lo que esperaba, y que al pobre Lalo, con solo dos añitos, no le puede tener abandonado.

Lucía llevaba desde los diez años ayudando a las aldeanas a cuidar de sus niños pequeños a cambio de alguna propina. Mientras las mujeres se afanaban en las tareas domésticas y en las huertas, echaba un ojo a sus vástagos, les cambiaba los pañales cuando eran bebés y jugaba con ellos si eran un poco mayorcitos. Con Consuelo llevaba dos años, desde el nacimiento del pequeño Lalo, pero ahora, recién llegados los gemelos, sus visitas matinales no resultaban suficientes para la ocupada madre. No era una mala idea trasladarse al caserío de los Ybarra: comida y cama gratis, una propina de vez en cuando y una distancia considerable de la Bruja. Su padre, a pesar del dolor que la decisión le producía, sintiéndose culpable, admitió que era lo mejor para todos, sobre todo para ella. Por eso Lucía veía menos a los suyos de lo que le gustaría; por eso visitaba a su padre en la fábrica; por eso se sentía tan feliz el día de San Lorenzo, en la plaza de su pueblo, oyendo las risas de Tasio, acariciando a Marichu y a Vicenta, conversando con Mila, Juani y Sabino, y, sobre todo, sabiendo que Casilda Echevarría no les aguaría la fiesta.

Por fin el padre se acercó al banco donde estaba su familia. Besó a sus hijas y a su futura nuera y propinó un abrazo a su hijo.

—Da gusto estar aquí, con tanta fiesta, tan buen tiempo y rodeado de mis hijos —dijo Tasio con cierto orgullo mientras cogía a Vicenta en brazos.

Hablaron un rato de cosas sin importancia. Nadie nombró ni a Casilda ni a sus hijos. Al rato les propuso ir a tomar algo a la taberna de Braulio.

—Habrá que celebrar el día del patrón, así que nos vamos todos a comer unos chorizos y a beber unos mostos adonde Braulio.

Caminaba la familia hacia la calle San Martín, vía principal que atravesaba el pueblo de punta

a punta y donde se situaban la mayor parte de los comercios y bares de Ibaya. En el trayecto, Tasio se encontró con su amigo Pacho Goicuria, quien, con los años, había echado barriga y ya no resultaba tan atractivo como cuando era mozo.

—¿Adónde va la familia al completo?

—A tomar algo a la taberna de Braulio —respondió Tasio—. Y Glori, ¿dónde anda? ¿La has dejado encerrada en casa?

—¡Qué va! He salido con ella a misa, pero me ha dado plantón. Se ha encontrado con unas amigas y se ha puesto a hablar y a hablar. Se ve que estaba a gusto y me ha despachado. «¿Qué pasa, Pacho? ¿Es que hoy no quieres ir a tomar unos vinos con la cuadrilla?», me ha dicho, y yo le he tomado la palabra, porque entre tanta mujer no pintaba nada. Así que ando buscando compañía.

—Pues la has encontrado, hombre. Ven con nosotros, que hoy invito yo.

—Se agradece, pero la segunda ronda corre de mi cuenta.

Los hijos de Tasio se alegraron de que Pacho les acompañara. Le tenían mucho afecto. Era un hombre campechano, muy alegre, que siempre les contaba chistes y anécdotas exageradas, de él y de otras personas del pueblo. Mientras María y Sole vivieron, acostumbraba a ir cada semana al caserío familiar, pero desde que Casilda se hizo dueña y señora de la casa, el hombre había espaciado mucho sus visitas. Lucía estaba segura de que él también se alegraba de que la Bruja no estuviera presente. El grupo caminaba relajado, charlando y riendo.

—Mira esos —indicó el amigo a Tasio.

Una carreta cargada de muebles y otros enseres avanzaba lentamente por la calle San Martín, esquivando a los transeúntes, que, entretenidos en el festejo, apenas se percataban del vehículo. En el pescante viajaban sentados dos hombres. El de mayor edad tenía el rostro surcado de arrugas, era enjuto y pequeño y gobernaba con paciencia las riendas de la bestia. El más joven, bien parecido y corpulento, llevaba un cigarrillo colgando de los labios. No hablaban, simplemente esperaban con resignación a que la gente les fuese dejando paso. En la parte trasera, apretujada entre cajas y sillas, iba sentada una mujer menuda, muy joven, cuya palidez se acentuaba por su pelo oscuro, sencillamente peinado con un moño a la nuca. Viajaba con el semblante entre serio y preocupado, observando con severidad el gentío y la jarana. No era guapa: la nariz, chata y ancha, los ojos, grandes y negros, las facciones, excesivas y poco armoniosas y un ceño fruncido que le marcaba dos pronunciadas líneas en el entrecejo. Bajo su delantal se adivinaba una barriga prominente, exhibición de una gestación avanzada. El grupo familiar los observó. Lucía pensó que mientras los hombres parecían aceptar la dificultad del avance con cierta dosis de mansedumbre, a la mujer le estaba costando una úlcera soportar el trance. Se podía ver el enojo en sus grandes ojos. De tanto observar la escena, la hija de Tasio cruzó la mirada con la de la desconocida y, al hacerlo, sintió que todo el mal humor de aquella madre en ciernes le golpeaba en la cara, como si le hubieran arrojado un litro de vinagre. Lucía no bajó la vista, y la otra tampoco la desvió. Solo perdieron el tenso contacto cuando la mula, de nuevo, pudo reemprender la marcha.

—¿Has visto, Tasio? —dijo Pacho señalando el carro.

—Esos no están de fiesta, ¿eh? —contestó su amigo.

—No paran de llegar. Otra familia de maketos para Ibayá. Se nos está llenando el pueblo de extraños. Nos comen, Tasio; te digo yo que esta gente de fuera nos acaba por comer. Empezaron a venir a las minas, y ahora te los encuentras en cualquier parte.

Al igual que Tasio, Pacho Goicuría estaba afiliado al Partido Nacionalista y, siguiendo a pies juntillas la doctrina de su fundador, odiaba a los inmigrantes. Los culpabilizaba de todos los males que a su entender asolaban la tierra de los vascos: la pobreza, la pérdida de valores cristianos, la ligereza de las costumbres... Para Goicuría, como para el resto de los nacionalistas, mezclarse con los inmigrantes significaba cometer un auténtico pecado contra la patria. Claro que a Pacho le resultaba fácil evitar a los nuevos obreros procedentes de Burgos, La Rioja o Galicia, porque él seguía trabajando exclusivamente en el caserío familiar. Para Tasio el asunto era más complicado, ya que en la fábrica le tocaba faenar codo a codo con muchos peones venidos de fuera, y a varios de ellos les había tomado afecto.

Lucía seguía con atención la conversación de los dos adultos. Le sorprendió la respuesta de su padre:

—Si lo piensas despacio, Pacho, son tan pobres como nosotros.

—En eso tampoco te doy la razón. Es verdad que nosotros ricos no somos. ¡Pero, hombre, por Dios! ¡Vas a comparar! Si ellos son unos muertos de hambre, que por algo se han tenido que marchar de su tierra para venir a la nuestra. Esta gente se parece a los vascos como el agua al vino.

La carreta se paró otra vez. La mujer embarazada miró hacia atrás para volver a fijar sus ojos, poco amistosos, en la familia de Lucía. En una postura algo desafiante, la joven vasca le devolvió la mirada poniéndose en jarras, sin perder de su punto de mira a aquella descarada que había llegado a Ibayá en carreta. La mañana de San Lorenzo de 1925 ninguna de las dos mujeres podía imaginar que en el futuro ambas se reencontrarían por casualidad en el lavadero público y que ese azar marcaría sus vidas para siempre.

ELVIRA

Encaramada en una de las sillas de enea que pensaba colocar en la cocina de su nueva casa, Elvira soportaba el peso de su tripa prominente. Incómoda, viajaba enfurruñada entre los enseres apilados en la vieja carreta. Desde que salieron de Gallarta su irritación fue creciendo al compás del traqueteo del viejo carro de su vecino Eustaquio. Manuel había insistido para que cogiese un tranvía hasta Ibaya, pero ella se había negado. Desconfiaba de los hombres, que no pondrían suficiente cuidado en evitar que sus arreos pudieran romperse. Qué sabían ellos de la delicadeza de una vajilla de Sargadelos, su pieza de ajuar más valiosa, la que los señores de Aranzadi le regalaron por su boda. También merecía especial trato la benditera de porcelana que le dio la yaya Angelines la mañana que abandonó la aldea de Tobal de la Sierra, en Burgos, para buscar trabajo en Bilbao. La figurita de la Virgen probablemente no tenía mucho valor, pero era un objeto que la engarzaba con sus abuelos maternos, quienes la criaron y le enseñaron todo lo que sabía. A su abuela debía su destreza con la costura, y esa fue precisamente la habilidad que convenció a la señora de Aranzadi para contratarla en su casa cuando era poco más que una chiquilla. De alguna manera, moverse con soltura entre hilvanes, hilos y pespuntos le sirvió también para entenderse enseguida con Manuel.

Fruto del cansancio y de la incomodidad del viaje, Elvira notaba crecer su disgusto. Le costaba dominarlo. Puesto que no existía culpable sobre quien descargar su enojo, se mantuvo callada. Si se quejaba, Manuel le respondería, y con razón, que eso le pasaba por no haber tomado un tranvía, y comenzaría una discusión inútil que solo serviría para acrecentar su enfado.

A primera hora de la mañana, los dos hombres bajaron por las escaleras del viejo y mísero edificio que fue su hogar los pocos muebles que tenían y unas cuantas cajas donde habían embalado la vajilla, la ropa de cama, las sartenes y los pucheros. A buen recaudo guardaba bajo sus piernas la fotografía de boda, la única instantánea que poseía: los dos muy serios, muy estirados, algo asustados, no se sabía si por el temor de comenzar una vida en común o por el desconocimiento del arte fotográfico. Debido a la tensión que vivieron en el estudio, ninguno de los dos salió bien parado en la imagen, más bien al contrario: su circunspección, sus miradas exageradamente fijas y la negrura de sus trajes les otorgaban un aspecto algo siniestro. Elvira, sin embargo, no percibía la fotografía como una representación desfavorable de la pareja. La imagen nupcial era prácticamente igual a tantas otras que colgaban en las paredes de muchas casas. En un futuro lejano, cuando sus hijos mayores se lo hicieran notar una y otra vez al pasar frente al cuadro, acabaría reconociendo que más que los rostros de dos recién casados parecían un par de muertos vivientes. A los niños les regañaría por hacer bromas a costa del retrato, pero una tarde

cualquiera decidiría sustituir la imagen por una labor de punto de cruz confeccionada por su hija en el colegio.

Aquella mañana de San Lorenzo, mientras entraba en el pueblo de Ibayá por la calle principal, soportando el alboroto de la música y el griterío jovial de la gente en fiestas, Elvira guardaba con mimo la estampa nupcial, sin sospechar que algún día ella misma la descolgaría de la pared. Por más empeño que pusiese en planificar su vida, no era adivina. Tampoco una ilusa; al contrario, tenía la certidumbre de que hay circunstancias impredecibles que alteran el esquema establecido. Aun así, estaba convencida de que sin un buen guion se corren más riesgos de convertir la existencia en un caos.

Desde el pueblo minero de Gallarta descendieron lentamente hasta el puente de Portugalete, seis kilómetros de caminos rurales y huertas. Cuando alcanzaron el transbordador, Manuel se puso firme y la obligó a bajarse del carro y viajar en la barquilla de pasajeros, mientras él y su vecino lo hacían en el pescante, dominando a la mula, que podía ponerse nerviosa en el momento en que la barcaza diese el tirón de arranque. En cuanto cruzaron la ría, Elvira subió otra vez a su silla con una torpeza que no pasó desapercibida a su marido y, aunque Manuel insistió para que tomara el tranvía, ella volvió a negarse. El hombre suspiró. Conocía bien la terquedad de Elvira y, como era persona a la que no le gustaban los conflictos, se encaramó al asiento y siguió el camino en silencio. A partir de ahí el trayecto lo realizaron por la carretera que discurría entre el agua y la línea del tranvía. Les adelantaron unos pocos coches de motor, muy elegantes, de un negro reluciente, en cuyo interior viajaban hasta Bilbao sus acaudalados ocupantes, procedentes de los barrios de Las Arenas o Neguri. Cuando un flamante Panhard les sobrepasó, Eustaquio rompió su silencio:

—¡Vaya coche! —exclamó con fruición.

—¡Bonito de verdad! —contestó Manuel.

Y ahí terminó la conversación. Inmersos de nuevo en su mutismo, como quien saborea el regusto de un buen vino, ambos mantuvieron presente durante un rato la imagen del magnífico automóvil, cuyo sonido primero les deleitó los oídos, para recordarles luego que entre obrero y patrono existía un abismo, el que hacía que el Panhard fuera un bien inalcanzable, como lo eran las villas de los grandes señores de la zona, o sus trajes, sombreros y zapatos ingleses, el tamaño de sus chequeras o la calidad del *brandy* que bebían. Había una resignación aprendida. La envidia interior que experimentaron durante ese instante no se tradujo más que en una especie de pesadumbre que les acabó cubriendo de cierta melancolía.

Durante los seis kilómetros que había desde el transbordador hasta el pueblo de Ibayá las vistas de la ría mantuvieron a los tres viajeros muy entretenidos con el paisaje. Grandes barcos, monstruos de hierro flotantes, se hallaban amarrados junto a las dársenas, a la espera de ser cargados de mineral o de otras mercancías. Una actividad febril podía adivinarse en ambos márgenes. Aunque en Ibayá era fiesta patronal, el resto de los pueblos estaba de faena. El movimiento laborioso de los obreros se adivinaba en el ruido de las fábricas, en el bufido de los

barcos, en el humo gris y negro que desprendían las chimeneas y en el imponente vaivén de las grúas. El trabajo no faltaba. La ría y sus riberas semejabán un enjambre laborioso en el que las manos de muchos se volvían ásperas mientras las de otros pocos firmaban sin titubear cheques con muchos ceros.

A Elvira le gustaba ese paisaje industrial porque mostraba la tenacidad, la lucha, el esfuerzo y el sacrificio de hombres y mujeres venidos de todas partes con la esperanza de salir adelante. Vizcaya siempre estaba en movimiento. La acción y el empuje eran la seña de identidad de esta tierra que la había acogido, un verdadero contraste con la pasividad del valle que la vio nacer, donde, a su juicio, las gentes, carentes de empuje, vivían una existencia aletargada, resignadas a su destino, salvo aquellos que como ella se arriesgaban por un futuro mejor. No se le escapaba que el precio de ese desarrollo desaforado de fábricas humeantes y buques descomunales había de ser la injusticia. Los obreros y sus familias pasaban penurias en esa tarea de proporcionar a sus hijos una biografía mejor dotada, mientras que otros, sin mancharse las manos ni dejarse la espalda en la obra, residían en palacios y se trasladaban en coches como el que acababa de adelantarles. Cuando salió de su aldea ya imaginaba, aunque solo tuviera catorce años, que habría de encontrarse con tales diferencias. En el campo también las había. Allí los señoritos de la comarca comían los mejores platos gracias a las rentas que les abonaban religiosamente los campesinos arrendatarios, en una situación de endémica desigualdad. Pero a Elvira las injusticias del campo le parecían más graves. Las grandes familias de casona de piedra y jardín amurallado no creaban nada, se limitaban a recibir lo que sus antepasados les habían dejado en herencia, sin más mérito que llevar sus apellidos ilustres, pudiendo incluso ser menos listos que una gallina. Al menos, pensaba, en Bilbao los ricos creaban puestos de trabajo, aunque siendo tan cristianos bien podían subir los jornales y cuidar mejor a sus peones. Lo que no imaginaba cuando llegó era esa otra injusticia que la sacaba de quicio: la de aquellos vascos que despreciaban a los inmigrantes tachándoles de desharrapados, de escoria, de maketos, palabra esta que aprendió al poco de llegar y que odiaba como el peor de los insultos. En más de una romería tuvo que presenciar, apretando los puños y mordiéndose la lengua, las peleas entre mozos castellanos y jóvenes de caserío. En más de una ocasión escuchó comentarios obscenos y mentiras sobre «los de fuera», y se los escuchó a ricos y a pobres: los vascos en esa consideración sobre lo foráneo no conocían distingo de clase. Para ser justa, debía reconocer que algunos vizcaínos se sentían avergonzados de semejantes actitudes, pero eran la minoría, precisamente los que trabajaban codo a codo con la llamada «escoria social». En cierta ocasión, Elvira escuchó una conversación entre su señora y algunas amigas, una de las cuales hizo el siguiente comentario:

—Mira, querida, donde esté una aldeana de Arratia o de Durango que se quiten todas estas, que de limpieza tienen poca idea y de entendimiento andan más bien escasas. En casa no entra ni una maketa más, ya me lo ha dicho mi marido. ¡Ni una más!

Y lo dijo tan ancha, delante de la burgalesa, que en ese momento le estaba sirviendo el café. Dio gracias a Dios por haber varado en casa de Angustias Aranzadi, que sin levantar la voz

defendió a sus sirvientas, todas venidas de fuera.

—Será que has tenido mala suerte, Bego; buenas y malas sirvientas las hay en todas partes. Yo, sin ir más lejos, tengo a Elvira, que es una joya, y sin embargo no me quedó más remedio que despachar a Espe, la muchacha de Durango: además de perezosa, resultó muy contestona.

—Pero ¿a que has tenido que enseñarle a esta cómo se limpia una casa?

—Le he tenido que enseñar cómo me gustan las cosas, nada más. A ella, a la de Durango y a todas las que han pasado por aquí. No creo, sinceramente, que la bondad, la laboriosidad y la virtud dependan, como tú crees, del lugar donde uno ha nacido. Es más, alabo su mérito, que tiene que ser muy duro salir de tu tierra para ganarte el pan.

Esa tarde Elvira quiso abrazar a su ama; sin embargo, no dijo nada. Sabía que era mejor aparentar que la cosa no iba con ella, que era un mueble más en medio del salón. La bondad de doña Angustias no debía traducirse ni en un exceso de confianza ni en una creencia errónea de que ambas podían ser confidentes o amigas. Saber mantener las distancias era una de las lecciones que no le había hecho falta aprender, la llevaba en sus genes de mujer humilde y trabajadora.

—¡Cuidado con ese socavón! —gritó la embarazada a los hombres temiendo que su fina carga acabara rota.

—Ya, ya... —contestaron ambos al unísono en un tono de santa paciencia.

El bebé se volteó en su útero con tanto ímpetu que el regazo de Elvira bailó. En un gesto instintivo acarició su estómago y sonrió. Le emocionaba sentir que la vida se agitaba dentro de ella. Y cada vez que eso ocurría, a menudo desde hacía un par de meses, sus pensamientos adquirían la forma de una conversación que fluía serena de madre a hijo. Elvira prometía repetidamente a su vástago que siempre cuidaría de él y que nada ni nadie los separaría. «No haré como mis padres, nunca», juraba a la criatura que vendría al mundo en un mes.

Los padres de Elvira vivían en un pueblo elevado sobre el valle de Tobal, una aldea de difícil acceso y nulo futuro, compuesta por una cincuentena de casas expuestas a los vientos y a la nieve, una bonita iglesia y una pequeña escuela donde aprendían la cartilla de lectura los niños de La Fresca y otros que llegaban caminando desde el núcleo vecino, situado a dos kilómetros. El padre de Elvira era panadero; además cultivaba un huerto y, cuando alguno de los propietarios forestales lo requería, se empleaba en la tala de árboles. En épocas de trabajo como jornalero era la madre quien tenía que ocuparse de hacer las hogazas y despachar a las vecinas, cuidar de los hijos y llevar la casa. Y aun así pasaban penurias, sobre todo en los helados inviernos, cuando las hortalizas escaseaban y el dinero apenas llegaba para comprar algo de carne.

Elvira juzgaba duramente a sus progenitores. En su opinión, una palabra en vascuence que utilizaban mucho las aldeanas, *ganorabakos*, y que podía traducirse como insustancial e irresponsable, definía a sus padres como ninguna otra del castellano. Este juicio sin piedad derivaba de una máxima que ella defendía a ultranza, la de que solo se deben traer hijos al mundo cuando los garbanzos y la atención están garantizados. Y ella tenía siete hermanos. La experiencia le había demostrado que la inclinación de sus padres por procrear sin medida era un error en el

que caían casi todas las parejas humildes. Siendo una mujer adulta comprendió que la fornicación era probablemente el único entretenimiento de los pobres, el escaso solaz de las clases trabajadoras, el único momento de calor compartido. Ni siquiera esta triste certeza le ablandó el corazón para perdonar a los suyos por haberla enviado a vivir a casa de los abuelos con tan solo seis años.

Sus padres, Marcial Contreras y Carmina Ayala, contrajeron matrimonio a un paso de terminar el siglo. El primer año, y a pesar del empeño puesto en la alcoba marital, el vientre de Carmina pareció estar seco. Y se preocuparon tanto que a punto estuvieron de acudir a la consulta de un médico. Justo entonces llegó el primer embarazo, que fue como abrir la veda. Desde que nació Matías, el primogénito, cada año hubo una preñez en aquel hogar de pobres, de tal manera que en lo que dura una década nacieron en total cuatro niñas y cuatro niños. Elvira fue la segunda y, aunque apenas le quedaban recuerdos de esa primera infancia, guardaba momentos de niños ruidosos. Cuando el padre marchaba a talar los bosques, la madre, permanentemente abultada, se levantaba antes del alba para preparar el pan; después despertaba a los niños, les daba leche y un chusco para desayunar y se pasaba la mañana entre la tahona y su cocina, comunicadas por una puerta. Los más pequeños se quedaban a buen resguardo en una especie de corral cercado de tablones que su esposo había construido con sus propias manos y que evitaba que se escaparan gateando o tambaleándose sobre sus pasitos de bebés. El cerco daba tranquilidad a Carmina. Solo así podía vigilarlos, cocinar y atender a las clientas al mismo tiempo. Desde los tres años permitía a los chiquillos salir a la calle a jugar, en la confianza que dan los pueblos de que siempre hay una vecina echando un vistazo a las criaturas.

Elvira solo se recordaba como niña durante aquellos años que vivió junto a sus hermanos, porque a los seis se hizo mayor sin remedio. Nunca entendió que se deshicieran de ella, que la desterrasen a casa de los abuelos. Qué más daba una boca más o menos en medio de aquella jauría de enanos hambrientos. Sus padres tomaron la decisión sin haberle preguntado, y no hubo tiempo ni para lamentos, ni para lloros, ni para quejas, ni para súplicas: pocos minutos después de que su madre le anunciara que debía irse a vivir a Tobar, los abuelos llegaron en carreta a recogerla. Las explicaciones de Carmina no convencieron a la niña. Para ella estaba muy claro: no la querían. La madre le habló de que eran pobres —eso ya lo sabía ella—, de que en casa de los abuelos comería mejor, de que a la tía le venía muy bien tenerla como ayuda y de que además podría ir al colegio. Ella ya había empezado la escuela parroquial. De hecho, a sus seis años sabía leer, todavía con tropiezos, pero entusiasmada por haber descubierto el fantástico mundo que esconden las letras. Lo que no le dijo su madre entonces fue el verdadero motivo de tan difícil decisión: que Marcial se había empeñado en que la niña no continuara en la escuela. Había mucho trabajo y le tocaba ayudar en la panadería y con los pequeños. Carmina estaba segura de que Elvira era muy lista, más que los demás, más que el resto de los niños del pueblo. Hasta el cura, que hacía de maestro, se lo había comentado, y eso que era un hombre, y los hombres no se mostraban propensos a reconocer la inteligencia de las mujeres. ¿Por qué no le dijo la verdad entonces?

Porque Carmina respetaba a su marido, aunque fuera un poco tosco, y no tenía intención de que su hija culpase de su marcha a la cerrazón del padre. Así que ofreció a la niña las mismas razones que esgrimió ante su esposo, quien se resistió mucho. No quería ver a su hija de Pascuas a Ramos: habría una boca menos, los abuelos estarían encantados, y Micaela, la segunda hija, podría hacer las mismas tareas que Elvira.

—¿Y por qué ha de irse Elvira y no Micaela? —quiso saber el marido, más por curiosidad que por preferir a una o a otra.

—Porque Micaela es más pequeña, y más débil, le hacemos más falta. Elvira es fuerte, es lista, es independiente y se adaptará mejor.

Y para sus adentros la mujer pensaba que la segunda no era ni la mitad de espabilada que la hija mayor, y que si alguno de sus hijos mayores tenía posibilidad de sobresalir en la vida, esa sería Elvira. En sus fantasías de madre, Carmina soñaba con una hija maestra o con una hija modista, y lo que tenía muy claro era que en aquel lejano villorrio nunca lograría nada. La escuela era solo el primer paso, pero sin él las posibilidades de éxito quedarían definitivamente frustradas.

Por eso, cuando a los catorce años Elvira subió a la aldea de sus padres para anunciarles que se trasladaba a Bilbao a buscar un empleo, la madre se sintió muy orgullosa. Aquella tarde de despedida, Carmina le confesó los motivos reales que le habían llevado a tomar esa decisión. Para Elvira, sin embargo, siguieron siendo excusas, y nunca le perdonó la sensación de abandono. Se mantuvo seca frente a su madre. La despidió con un par de besos en las mejillas, sin abrazo. A pesar de la frialdad de su hija, la mujer pensó que todo su sufrimiento empezaba a dar sus frutos. Estaba segura de que su hija triunfaría en Bilbao.

Incómoda sobre la carreta de Eustaquio, meditaba sobre lo ilusa que había sido su madre con esos estúpidos sueños de grandeza para su hija, y que si la viera en ese momento, casada con un hombre tan pobre como ella, encaramada sobre un viejo y desvencijado carronato, se llevaría un auténtico chasco. No sabía Elvira que, aunque Carmina conocía bien su situación gracias a las cartas que de vez en cuando ella misma le enviaba desde Gallarta dándole cuenta de su vida, la madre continuaba empeñada en que el futuro acabaría dándole la razón: nadie le iba a discutir que su niña valía un potosí y que llegaría lejos, bastante más lejos que ella.

Fue una hija de visita. Los abuelos la acompañaban a ver a su familia todos los domingos que el tiempo y los caminos lo permitían. Pero la distancia aleja, y la niña creció sintiéndose una extraña en aquella casa que ya no era suya. Su verdadero hogar fue el de la tía Angelines y el tío Federico. Durante el tiempo que vivió en Tobal pudo ir a la escuela, hasta los doce años, y la abuela le enseñó a cocinar y a coser. Su abuelo se dedicaba a la albañilería, fundamentalmente a arreglar paredes, muros y tejados, pero de vez en cuando también construía alguna casa. Siempre con un lapicero sujeto sobre la oreja, Federico dibujaba en papel de estraza los planos de las casas, establos y cobertizos que proyectaba. Sin más estudios que los elementales, pero con muchos años de experiencia sobre las espaldas, una aptitud innata para el dibujo y las magistrales

enseñanzas de un maestro de obras que le enseñó todo lo que sabía, el abuelo levantaba pequeños edificios que nunca se venían abajo. Y de paso ponía sus conocimientos de dibujo al servicio de sus dos mujeres, para las que sacaba patrones de vestidos y pantalones mediante la primitiva técnica de deshacer un traje y copiar las piezas sobre el papel. De vez en cuando conseguía revistas de moda, cuyos modelos eran estudiados al detalle por sus mujeres, a pesar de que a ninguna de ellas se le pasó por la imaginación lucir semejantes galas. La abuela de Elvira confeccionaba los vestidos de novia de las muchachas del valle, algunos trajes de caballero para los entierros y bastantes faldones para bautizos. Era una modista hecha a sí misma, aunque, en su modestia, ella siempre decía que era costurera.

¿Qué harían ahora sus abuelos? Seguramente estarían sentados en sus sillas a la entrada de la casa; la abuela bordando, si la vista aún se lo permitía, el abuelo leyendo o dibujando con su lapicero. Así se los imaginaba, trabajando cada día un poco menos, porque la edad no perdona. Se alegraba de que, tras su marcha, su madre hubiera enviado a Tobal de la Sierra a su hermana menor, Azucena, que era una niña muy alegre, sin duda una buena compañía para los ancianos. Dejarlos para ir a Bilbao fue una dura decisión, pero ellos mismos la animaron.

Desde el día de su catorce cumpleaños empezó a rondar por la cabeza de Elvira la idea de salir de esa sierra que la ahogaba. Estaba en boca de toda la región que los muchachos emigraban a la ciudad, muchos a Bilbao, y ella empezó a pensar que también podría haber oportunidades para una mujer. Una noche, sentados a la mesa de la cocina, mientras cenaban unas verduras, dijo a los yayos:

—Estaba pensando que también yo podría buscar trabajo en Bilbao.

Los abuelos se miraron entre ellos y luego Federico tomó la palabra.

—Nada es tan fácil como lo cuentan. Empezar en otro lugar es muy duro, más para ti, que eres muy joven.

—Yo no tengo miedo, abuelo, y si otros, como el primo José Antonio, lo hacen, ¿por qué no yo?

La abuela intervino.

—Es decisión suya. Tiene a su favor que sabe cocinar..., y leer, y sumar y restar, y también coser. No creo que tenga muchos problemas para encontrar un trabajo. Pero piénsatelo, hija mía. Lo que decidas bien estará. Si te vas, te ayudaremos, y si después te arrepientes, vuelves con nosotros.

No tardó en decidirse. A su modo de ver, Tobal no le ofrecía nada. Lo único que la ataba a aquel pueblo eran los abuelos, pero no vivirían eternamente, y ella había de labrarse un futuro. El abuelo enseguida se puso manos a la obra: primero habló con el cura, que era vasco, y este le consiguió un empleo como criada en una casa de Bilbao. Después habló con su sobrino José Antonio, un muchacho de veinticinco años que pensaba marchar a las minas de Bilbao para trabajar una temporada.

—Irás con José Antonio —le dijo el abuelo—. Y también viajarán con vosotros el hijo del

Rodiles y el sobrino de don Ignacio. El chaval se marcha a estudiar el bachillerato a un colegio de curas. José Antonio se encargará de velar por ti. Le tengo dicho que te acompañe hasta la casa en la que vas a servir y que te dé señas de dónde estará él por si tienes algún problema —le explicó Federico.

Un lunes a primera hora de la mañana los cuatro jóvenes emprendieron el camino montados en un carro, cada uno con una maleta. Les acompañaba el cura, que vestido con su sotana y su bonete guiaba a los caballos. El grupo componía un atípico cuadro costumbrista que llamó la atención de aquellos con quienes se cruzaron.

A Elvira la despedida le dolió más de lo que imaginaba. La víspera estuvo en la aldea de sus padres, pero decir adiós a su casa de adopción le resultó mucho más difícil. Al salir con la maleta, la tía la detuvo:

—Espera, Elvira. Ten, para que te proteja. Está bendecida, y si la llenas de agua bendita y te santiguas a diario con ella, nada malo podrá ocurrirte.

—Calla, calla, mujer, que nada le va a pasar ni con benditera ni sin ella —protestó el marido, mucho menos devoto que su esposa—. Pero no faltes a la iglesia, hija mía, que mal no te va a hacer. Además, así los señores de la casa tendrán un buen concepto de ti.

La benditera y la manta de retazos que la abuela y la nieta confeccionaron juntas en las largas tardes de invierno frente a la chimenea eran todo lo que le quedaba de aquel tiempo y lugar. Ambas cosas tenían ya su espacio reservado en la nueva casa: una sobre el cabecero de la cama, la otra a los pies de la misma.

El incesante vaivén de la vieja carreta condujo a Elvira por la senda remota de aquella mañana en la que José Antonio, el sobrino del cura, el otro muchacho y ella salieron de Tobal de la Sierra, nerviosos e ilusionados, con destino a Bilbao. Durante buena parte del viaje hasta la estación de ferrocarril de Miranda de Ebro permanecieron en silencio, ensimismados en sus pensamientos, imaginando lo que les acontecería al llegar a la ciudad, proyectando futuros insospechados, adelantándose a las contingencias que les pudieran suceder en ese nuevo mundo desconocido. También es verdad que callaron más de lo habitual. La presencia del párroco no les dejó comportarse de manera natural, sino midiendo gestos y palabras. A ello se añadió la desazón que les suponía viajar junto al sobrino del cura, cuyo mutismo era producto de una timidez exagerada, acentuada irremediablemente cuando tenía cerca una muchacha. Vivir en la casa cural, sin más compañía que el párroco y con el seso sorbido de tanta lectura, le generó un carácter enfermizamente introspectivo y la consiguiente dificultad para relacionarse con otras personas. Siendo un mocoso llegó a Tobal de la Sierra de la mano de su tío el cura, quien al adoptarlo evitó que tras la muerte de los padres acabara en un orfanato. No todos los vecinos creyeron la historia oficial de Angelito, que así se llamaba el chiquillo. Las malas lenguas afirmaban que, en realidad, era hijo natural de don Ignacio, quien, al morir la madre, una muchacha soltera de las Vascongadas, lo había acogido en calidad de sobrino. ¿Y quién tenía pruebas de esta otra versión?

Nadie, al menos en el pueblo, pero todos conocían a alguien que a su vez era amigo de otro que había sabido la historia de buena tinta por boca de uno que se lo contó.

El trayecto resultó largo y pesado, entre caminos de tierra, a cuyos bordes se extendía el amplio valle que en primavera deslumbraba por el verdor de los campos de cereal que brotaban al compás de la estación. Bajo un cielo azul muy limpio se recortaba la sierra, cuyas montañas abrazaban la llanada con sus elevados picos cargados de árboles y arbustos multicolores: pinos, hayas, robles, rebollos, bojés, acebos y toda suerte de plantas aromáticas como el estragón, la lavanda, el laurel, la menta, el orégano, el anís, el romero, el tomillo o la manzanilla, especies salvajes que despedían sus olores al aire, provocando placenteras sensaciones a los viajeros. A Elvira le quedó el apego a esa flora que conocía bien, y su cocina pecó, a veces, de demasiado condimentada para el gusto de los comensales de Bilbao. Se llevó consigo, también, el conocimiento de sus propiedades terapéuticas, para alivio de los que a su alrededor cayeron enfermos o indispuestos. El viaje fue silencioso, tranquilo y bastante agradable gracias a que lució el sol con escasa fuerza.

Llegaron a Miranda de Ebro a mediodía. Sacaron los billetes y se quedaron a aguardar el próximo convoy en la sala de espera. El párroco permaneció con ellos. Pensaba dormir en la ciudad para reemprender el viaje de vuelta a la mañana siguiente. Después de reponer fuerzas con el bocadillo que cada uno de los viajeros extrajo de su hatillo, fueron llamados por el cura de uno en uno. Se trataba de ofrecer un último consejo. Don Ignacio tenía muy asumido su papel de guía espiritual, de maestro de aquellos jóvenes, pero, sobre todo, sentía la necesidad de decirles algo y desearles suerte, como si de sus propios hijos se tratara. Elvira no olvidaría nunca las palabras de aquel buen hombre al que volvería a ver un par de ocasiones en Bilbao. Las dos veces que don Ignacio bajó a la villa contactó con todos los mozos de Tobal de la Sierra para avisarles de su visita y encontrarse con ellos. En el andén de Miranda el cura miró a Elvira a los ojos y le dijo:

—Sé que eres muy lista y trabajadora, hija mía. Además de valiente. Si no te apartas de Dios y de sus mandamientos, sé que te va a ir bien. En la ciudad es más fácil olvidarse del Señor; anda con cuidado, no dejes tus oraciones y frecuenta la iglesia. La familia que te acoge es muy devota, eso me tranquiliza. Sigue sus costumbres, no te dejes engatusar por esos que andan por ahí blasfemando. Cuídate de esa gente, hija mía, que son fanáticos y peligrosos, unos resentidos que no se dan cuenta de que son precisamente los pobres quienes más necesitan estar cerca de Dios. Y otra cosa. —Aquí al cura le tembló un poco la voz y las palabras le salieron con dificultad—: Guarda tu virtud, sin ella no eres nadie.

A Elvira le asomaba una sonrisa involuntaria cada vez que se acordaba del apuro de su maestro, pero le gustó recibir su bendición. Al final, formando un corro, justo antes de que el silbato llamara a los pasajeros, don Ignacio y sus muchachos rezaron un padrenuestro y un avemaría, se dieron la mano y embarcaron en su vagón de tercera clase.

Avanzada la tarde, los jóvenes bajaron en la terminal. En un primer momento se sintieron perdidos. Acostumbrados a su pequeño pueblo, la ciudad que se abría tras la puerta de la estación

les resultó inmensa, inabarcable y caótica. Personas de todo tipo iban y venían de un lado para otro, algunos con prisa, atareados y cargados. La ría, atiborrada de barcos, grúas y carga, les impactó por su desenfadada actividad, y los edificios, de varias plantas, algunos tan majestuosos como el teatro Arriaga, les dejaron atónitos. Pero ninguno dijo nada, y cada cual fue asimilando poco a poco la ciudad que sería a partir de entonces su residencia.

—Saca la dirección —pidió José Antonio a la muchacha.

De su bolso de paja extrajo Elvira dos papeles: la carta de presentación que el cura había redactado para que la mostrara al llegar a la casa adonde iría a servir y la misiva remitida por el Instituto de los Santos Ángeles Custodios, institución benéfica que se había encargado de buscarle el empleo. En ella estaba anotada la dirección.

—Voy a preguntar dónde está el Campo Volantín —dijo el joven.

Un portero de finca, pulcramente vestido con traje azul marino cruzado, ribeteado por dos franjas amarillas en las mangas y una gorra de plato a juego, le dio las explicaciones. La casa no estaba muy lejos, debían cruzar el puente y girar a la izquierda. El Campo Volantín era el paseo que se veía al otro lado de la ría, y el número indicado quedaba próximo al edificio del ayuntamiento.

José Antonio despidió allí mismo al sobrino del cura, que debía tomar otra dirección, deseando perderlo de vista para sentirse más cómodo en la compañía de Elvira y del hijo de Rodiles.

—Mira que es raro el muchacho —comentó el amigo.

—Vamos —animó José Antonio, cansado de tanto viaje y ansioso por llegar cuanto antes a la zona minera.

El portero de la finca les indicó que la chica subiera por la escalera de servicio y que ellos la aguardaran en el paseo. Las personas de su clase solo podían acceder a la propiedad si llevaban consigo una buena justificación. La carta del cura fue el salvoconducto. Así que Elvira ascendió tres pisos por las escaleras de madera y tocó el timbre. Una doncella abrió la puerta de la cocina, una estancia que a Elvira, desde el umbral y sin ser invitada a pasar, le pareció inmensa.

—Un momento, espera aquí —le dijo con aspereza la sirvienta, una chica joven de aspecto sano, tez sonrosada y un poco entradita en carnes.

Se asomó a la entrada otra joven muy bien vestida, que tampoco la invitó a pasar, leyó la carta del cura y se la devolvió.

—¿Así que no llegó la nota que le escribí mi madre a don Ignacio?

—¿Qué nota?

—Esa en la que le avisaba de que ya no te necesitaba porque al final la muchacha que nos había dejado volvió.

La joven entrecerró la puerta de servicio a su espalda y en un susurro de mujer cotilla se prodigó en explicaciones que nadie le había exigido.

—Te hablo de la doncella que te ha abierto. Fíjate: se quedó embarazada, soltera, ya ves, y

claro, mi madre la tuvo que echar, porque aquello era un escándalo. Después de haberla tenido en casa tantos años hubiera sido una deshonra. Pero, lo que son las cosas, nos llama una semana después para decir que se le ha malogrado el embarazo y que quiere volver. Y mi madre, que es una santa, la readmitió. Y esto es lo que hay, muchacha.

Empujó la puerta con la espalda, dando por terminada la conversación, sin mostrar la más leve preocupación por aquella niña de catorce años que había viajado desde muy lejos para quedarse plantada en el umbral de su casa. Antes de que le diera con la puerta en las narices, Elvira logró articular una pregunta:

—¿Y qué hago yo ahora?

—Tú sabrás, no es mi problema, pero bueno, supongo que en los Ángeles Custodios te podrán ayudar, digo yo.

Y sin más se volvió al interior del piso y cerró. Elvira iba bajando las escaleras cuando una voz la llamó desde arriba. Era la sirvienta de antes. En medio del descansillo le entregó un papel en el que estaba anotado el teléfono del Instituto de los Santos Ángeles Custodios.

—Ahora no te abrirán, es muy tarde. Llama mañana por la mañana y pregunta por Magdalena. Ella te ayudará, seguro. ¡Ah! Y no hagas mucho caso de lo que te digan las señoras, a veces mienten más que hablan, sobre todo cuando hablan de nosotras.

Elvira le dio las gracias y salió a la calle pensando qué habría de verdad en la historia que la joven rica le acababa de contar sobre la doncella.

El carro en el que viajaban tuvo que parar en medio de la calle San Martín. Un grupo de *txistularis*¹ había hecho corro para tocar una melodía que a Elvira le tronaba de forma desagradable, pues le parecía demasiado aguda, chirriante y escandalosa. Para su disgusto, los que estaban de fiesta disfrutaban del sonido, y hombres, mujeres y niños saltaban y bailaban al compás de las flautas vascas y los tamboriles. Los temas populares no eran de su agrado; de hecho, hasta conocer a Manuel, no había sentido sensibilidad por la música. Su marido escuchaba con verdadero deleite todos los repertorios de zarzuela, orfeones, bandas municipales y coros eclesiásticos que, de vez en cuando, se podían escuchar en los cines de pueblo y en los quioscos de las plazas. Se emocionaba sobremanera cuando conseguía captar algún concierto desde Londres o París a través de su radio (cuya adquisición fue un auténtico dispendio para su escuálida cartera), aunque tamaña emoción no se sabía si le venía tanto por la sinfonía que llegaba a sus oídos como por el milagro de haber sido capaz de detectar una emisión en aquellos inicios del medio radiofónico. Alguna sensibilidad especial debía haberse adosado a sus genes, ya que el hombre, además, cantaba como los ángeles con su portentosa voz de bajo, y en comidas y reuniones de amigos o familiares siempre le pedían que entonara algo conocido. Y como todo se pega, contagió a su mujer el fervor por el arte de la armonía y la modulación. Pero si lo clásico penetraba con facilidad en los oídos de la joven, la música popular le producía urticaria.

La futura madre puso cara de perro cuando se vio atrapada en la vía principal de Ibayá. Durante un instante se entretuvo echando un rápido vistazo por los comercios, así se iba haciendo

una idea de dónde podría adquirir los comestibles y las cosas de limpieza. Pasado el interés, la rabia de Elvira fue creciendo, sobre todo porque se sentía observada. Nadie disimulaba. El carro y los enseres apilados llamaban la atención de los vecinos allí congregados. La sensación de ser examinada le fue calentando su mal genio. Se dio cuenta de que un grupo de aldeanos, vestidos con sus mejores galas para la fiesta, les escrutaban, y juraría que hablaban de ella. Una de las muchachas del grupo la observó más fijamente. Ella entendió su mirada como un reto, así que, en lugar de amilanarse, de bajar la cabeza o de hundir los hombros, alzó su cuello y sostuvo los ojos de la desconocida. «¡Pues no se me pone en jarras la descarada esta!» En contra de lo que pudiera parecer, no le gustaban los conflictos ni enzarzarse en discusiones que a ella le parecían inútiles, pero sabía que los gestos, sin necesidad de palabras, establecen territorios y límites. Y en ese momento de su vida quiso dejar claro que por muy nueva que fuera en el pueblo no le debía nada a nadie.

Elvira despreciaba a aquellos vascos, pobres o ricos, que miraban por encima del hombro a los trabajadores venidos de lejos. Le costaba un esfuerzo no caer en el mismo maniqueísmo de quienes criticaba, y por ello a veces frenaba sus impulsos y reflexionaba: «Piensa, Elvira, piensa, que no todos estos vizcaínos son iguales, que también hay muchas personas generosas y de buen corazón». Pero en ese instante, en medio de la algarabía festiva, la desconfianza anidó en su espíritu. Esa suspicacia la llevó a retar gestualmente a la aldeana, sin preguntarse si otros motivos, como la mera casualidad, les había llevado a cruzar las miradas. Estaba convencida de que los que hablaban tan despectivamente de los forasteros no querían aproximarse a ellos para conocerlos, ya que desde el desconocimiento resultaba más sencillo tacharlos de sucios, apestosos y vagos, de escoria, de majaderos. O sea, de maketos. «Si supieran cómo es la vida en las minas», reflexionaba a menudo.

Aunque su destino en Bilbao fue perfectamente perfilado por el abuelo con la misma exactitud que los planos que dibujaba a carboncillo, la primera semana no le quedó más remedio que alojarse en la zona minera. Tras el desaire sufrido en la vivienda del Campo Volantín, José Antonio no lo dudó ni un solo instante y se la llevó a la comarca minera. Los lazos familiares habían de funcionar. La casa en la que los muchachos iban a hospedarse era de unos tíos segundos, quienes seguro buscarían un hueco para dar cobijo a una muchacha del pueblo que además solo tenía catorce años.

Era noche cerrada cuando, sucios de barro y agotados del viaje, llegaron a la casa de la señora Gracia. La oscuridad no permitía captar el entorno, pero, a la luz de las escasas y pobres farolas que se desperdigaban por la barriada, Elvira, José Antonio y Rodiles pudieron darse cuenta de la miseria del lugar. Sus botas se llenaban de lodo a cada paso, y eso que el día había sido soleado; las casas que se alineaban a ambos lados de la calle ofrecían un aspecto lamentable; la intimidad parecía un bien olvidado: a través de las finas paredes de las chabolas se oían las conversaciones o los gritos de una discusión doméstica. Pasaron frente a la taberna, donde unos cuantos hombres con algunos restos de mineral entre las arrugas, apoyados sobre unas traviesas de ferrocarril

dispuestas a modo de banco, bebían vino, alguno con síntomas de embriaguez. Les indicaron dónde se encontraba la casa de Gracia Pedrea. Uno de ellos, con la voz temblorosa a causa del alcohol, les gritó cuando ya marchaban:

—¡Bienvenidos al paraíso, chavales!

Ni la muchacha que se había puesto en jarras ni la mayoría de los vascos conocían su propia tierra. «¡Qué van a saber estos, que no han salido de su aldea ni han puesto la vista más allá de su plaza!», reflexionaba Elvira. Ella, en cambio, se consideraba muy versada en la variopinta realidad de una Vizcaya cambiante y en constante crecimiento. Primero descubrió la zona minera, en una de cuyas casas se alojó una semana, adonde volvió muchas veces y vivió el último año. Después conoció el estilo de vida de los barrios elegantes del centro de Bilbao, al servicio de la señora Angustias. También frecuentó el ambiente rural. Como sirvienta, tuvo que vérselas con las aldeanas que bajaban de sus caseríos con su vendeja, y, siendo soltera, frecuentó las romerías rurales más famosas de la comarca. Esa era la forma de Vizcaya, un triángulo formado por el hábitat rural, el desafiante mundo de la industria y la minería y el opaco espacio de los ricos y poderosos. No se trataba de un triángulo equilátero desde ningún punto de vista. Una selecta minoría pertenecía a la clase pudiente, mientras la población trabajadora crecía a pasos agigantados. Paradójicamente, las ventajas de los primeros parecían infinitas. El resto, la gran mayoría, vivía constreñida en sus derechos y oportunidades.

La duras condiciones de vida en el poblado minero de Gallarta la impresionaron. La primera noche cayó dormida sobre el jergón que la señora Gracia dispuso para ella, pero al día siguiente tuvo que asimilar muchas novedades impactantes de la rutina y los sacrificios de las familias mineras.

La casa de su pariente lejana era de las mejores de Gallarta. Se trataba de un edificio pequeño, de dos plantas, con un pequeño huerto en la parte trasera. El marido de Gracia pertenecía a una familia de mineros que llevaba tres generaciones extrayendo el codiciado hierro de la mina Concha, y ese arraigo a la tierra férrea le había servido para que, al casarse, la compañía minera accediera a alquilarles la casita, que disponía de cuatro habitaciones. Al igual que otras familias obreras, subarrendaban dos de las alcobas a los «pivis» o «avefrías», labradores de provincias cercanas que venían a trabajar por temporadas, habitualmente en invierno, cuando las faenas del campo eran escasas. La habitación más pequeña tenía una cama amplia donde dormían los tres hijos de la pareja, unos críos que de momento iban a la escuela, aunque el mayor, de once años, pronto empezaría en la mina como «pinche». La alcoba de la planta baja la ocupaba el matrimonio. En las otras dos daban cobijo a seis pupilos.

La familia de mineros no puso ningún reparo en acoger a la muchacha. Y eso que tenían la casa completamente ocupada. La señora Gracia era una mujer llena de recursos, con un carácter fuerte, acostumbrada a mandar y a ordenar.

—Tú no te preocupes, hija mía. Para mí es una alegría conocer a una nieta de Angelines. ¡Qué buena gente, tus abuelos! Vivirás con nosotros hasta que se solucione lo tuyo. No hay habitaciones

libres, pero tengo un jergón y podrás dormir con los críos. No será muy cómodo, pero al menos estarás bajo techo.

Elvira siguió a la señora Gracia por toda la casa, como una sombra, en parte porque quería ayudar y mostrar su buena disposición, y en parte porque no le apetecía quedarse con los hombres en la cocina. La anfitriona, gustosa de tener una mujer con la que hablar, se extendió en explicaciones.

—Con el jornal del marido no llegamos. ¡Tú me dirás, con poco más de cinco reales y tres niños! No vamos a salir de pobres, pero esto del hospedaje nos viene bien. El año pasado tuvimos a un matrimonio con su criatura durante unos meses; acababan de llegar desde Soria, buena gente. Se marcharon cuando encontraron una casa. Casi siempre son hombres que vienen solos. Y que me dan mucho trabajo: les limpio la ropa, se la zurzo, les arreglo el cuarto, les preparo las comidas y se las llevo al tajo. ¡Un no parar! Pero este es un trabajo mucho más llevadero que el que hacía en la mina; allí trabajé antes de tener a los hijos, en los lavaderos de la *txirta*.² Muchas horas de pie con las manos a remojo y cobrando un salario más miserable que el de mi marido. ¿Para qué iba a seguir allí? Lo del hospedaje es trabajoso, pero no tiene comparación; además, así puedo atender a mis hijos.

—Yo le pagaré en cuanto reciba mi primer jornal.

—¡Quita! De eso nada, que tú eres como de la familia, y buenos favores hicieron tus abuelos a mi madre, que en paz descansa. Mira, con que me ayudes con las faenas y llesves el rancho a los mozos me doy por pagada.

—¿Y no habrá en la zona algún trabajo para mí?

La señora Gracia la miró fijamente, extendió su brazo y su dedo índice y, muy seria, le contestó:

—Ni se te ocurra quedarte en las minas. Esto no es para nadie, mucho menos para una muchacha sola. Coge un empleo de sirvienta, que es para lo que has venido. ¡Me matarían tus abuelos si te dejase aquí para siempre! Aunque..., si quieres ganarte unos reales hasta que te llamen de los Custodios esos, pues ya trataré de encontrarte algo por aquí cerca. ¡Pero no en la mina, redió!

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, las dos mujeres prepararon el desayuno a los hombres. Mientras los seis huéspedes y el marido de Gracia sorbían unas sopas de pan, llamaron a la puerta. Era un muchacho bastante alto, algo mayor que Elvira. Al entrar en la casa, la joven se dio cuenta de que cojeaba ligeramente.

—¡Hombre, Manuel! —le saludó efusivo el marido de Gracia.

—Buenos días a todos. Traigo recado de mi padre. Que dice que tienen trabajo en el pozo para los nuevos, que no anden buscando, que les espera en el cruce.

—Está bien, sobrino. ¿Les acompañas tú?

—¿Cómo anda tu hermana de faena? —le preguntó rápidamente Gracia.

—Se queja de que no da abasto.

—Pues tengo yo aquí una pariente que cose de lo lindo. Así que dile a mi sobrina que luego paso por casa.

Al irse los hombres al tajo, y mientras ellas desayunaban, Gracia se enfrascó en un monólogo que empezó por la cojera del sobrino y siguió por la senda de su familia política.

—¿Has visto la cojera del chaval? Es el hijo de mi cuñado Paco. Tiene tu edad, más o menos. Hace dos años le atropelló una vagoneta de carga. La rodilla se le quedó tonta y desde entonces cojea. En el fondo ha tenido suerte, porque no ha podido volver a la mina. Y como la familia de mi marido es muy apreciada por el patrón, le consiguieron un trabajo de aprendiz en una sastrería. Va todos los días a Portugalete a aprender el oficio. Y dicen que tiene buena mano. La familia de mi marido es de las más antiguas en la zona. Tiene mucho arraigo y es muy trabajadora. Mi suegro, el abuelo de Manuel, era del valle de Mena. Un huérfano que fue acogido por sus tíos. Cuando estos murieron, la tierra la heredaron los primos, y él se vio sin futuro. Así que vino a Bilbao a trabajar en las minas de carbón de Santa Ana de Bolueta. Yo creo que fue de los primeros. Después de casarse con mi suegra, una pobre lavandera de Trucíos, le despidieron porque no había trabajo y se vino a las minas de Gallarta. Ha conocido un montón de huelgas; es socialista, pero muy católico. Lo mismo que los hijos. Los cinco que tuvo, todos mineros, y los nietos también. Y este chaval también iba para lo mismo, pero con lo del accidente pues le ha cambiado la suerte.

—¿Y la hermana qué hace?

—Petra cose para fuera. Arreglos para tiendas y para algunas familias con posibles. En las casas del minero todos deben arrimar el hombro, si no el jornal no llega. El mismo sastrero con el que está el hermano le manda trabajos menores. Y hay temporadas que la mujer no puede con todo. Antes la ayudaba la madre, ahora la vista no la acompaña. Tú le vendrás muy bien estos días. Es una mujer muy maja, y lista, ya verás.

—Y usted, ¿cómo vino a parar a este pueblo? —preguntó Elvira más por seguir la conversación que por curiosidad.

—Mi padre nos trajo. Fue el primero que emigró del pueblo. Entonces las cosas aquí eran peores. Cuando llegó, el pobre tuvo que vivir en un barracón de la compañía con otros treinta hombres. Decía que olía a demonios allí dentro. Luego, a raíz de las protestas obreras, la situación mejoró un poco. Y al cabo de tres años tuvo oportunidad de arrendar una chabola y nos mandó llamar a mi madre y a mí. No fue fácil, nada lo es en las minas. Mi difunta madre completaba el jornal de mi padre cargando cestos de mineral, la espalda deslomada, y a mí desde bien chiquita me mandaron a faenar. Un día le pregunté a mi padre que para qué habíamos venido desde Tobal si seguíamos igual de pobres. ¿Y sabes lo que me contestó?: que al menos aquí no nos moríamos de hambre, que ya se le habían muerto allí dos hijos bien pequeños y que no quería que me pasara lo mismo. Ya ves qué vida, ¡Jesús!

Antes de ir al pozo con el rancho para los mineros, Elvira y Gracia se acercaron a la casa de Petra. Era un pequeño y humilde edificio de tres plantas donde vivían seis familias. Unos

pequeños balcones, con barandales de madera ajada por el viento y la humedad, adornaban la fachada, y en ellos la ropa tendida exhibía ciertas intimidades. La puerta del portal era tan baja que un hombre alto necesitaba agachar la cabeza levemente para evitar el marco, y la estrechez del paso delataba el escaso interés del constructor por la armonía de una arquitectura pensada para gastar lo menos posible. Dentro olía a humedad y a comida de puchero. Por el aroma que provenía de las plantas superiores y que llegaba hasta la calle, Elvira adivinó que en alguno de los pisos tendrían berza cocida para almorzar. Subieron una estrecha escalera de madera, áspera a causa de los cepillos que la arenaban cada semana, y como las puertas de las viviendas estaban abiertas, la muchacha pudo observar en cada rellano parte del interior de las casas, amén de escuchar las conversaciones y canturreos de las mujeres que allí vivían. Al sentir pasos subiendo, algunas vecinas salieron a sus umbrales por ver quién iba y saludaron con confianza a Gracia. La casa del cuñado estaba en el último piso. Como la puerta también estaba entornada, Gracia entró sin llamar.

—¡Petra, Petra! —llamó a voz en grito.

—¡Pase, tía, que estoy en la cocina!

La cocina era amplia. Sentada en una silla de enea baja, junto a la ventana, se encontraba Petra cosiendo. Al ver a la nueva, dejó la labor y se levantó a saludarla con una amplia sonrisa. Era mayor que Elvira, había pasado la veintena, y resultaba una mujer muy atractiva. Delgada pero abultada de pecho, más alta que las dos mujeres, todo en ella destilaba feminidad. Tenía el pelo muy oscuro recogido en un moño bajo, ojos negros muy brillantes y con pobladas pestañas, la boca amplia y de labios sonrosados, tanto que parecían llevar carmín, y unas manos delgadas de ágiles dedos largos. La muchacha pensó que se parecía mucho a su hermano el cojo.

—Bueno, Elvira, faena hay, y mucha, esta semana estoy apurada. Tengo que entregar todos estos arreglos para el viernes. Pero como estoy también con parte de un ajuar para una señorita de Bilbao, pues no llego. ¡Me vienes como agua de mayo!

—Pues ahora la chiquilla me va a acompañar a la mina a llevar el almuerzo, que tiene que conocer el camino, porque yo mañana no podré ir y le tocará a ella. A la vuelta se queda contigo, sobrina.

Siguieron camino arriba, hacia los montes. No hubieron de andar mucho. El poblado estaba a un paso de la mina. Recorrieron la calle principal de Gallarta, pasaron junto a la pequeña escuela y escucharon a través de las ventanas las tablas de multiplicar en las voces infantiles. Se santiguaron al pasar por la parroquia, tan escasa de ornamento como el resto del barrio obrero, y la sensación que se llevó consigo fue que la miseria se había enquistado en el paisaje y en las gentes. Aquello era definitivamente feo, una especie de grano negro en medio de un entorno verde vivo y salvaje que iba desapareciendo engullido por la dinamita, los socavones y el trajinar de la poderosa maquinaria de la empresa minera.

Los hombres esperaban su comida sentados sobre unas vigas de madera. Aunque sucios y con aire cansado, charlaban animadamente y reían. Este contraste entre la dureza de la vida obrera y el

espíritu alegre de sus gentes, que aquel día podía tener su origen en un sol que deslumbraba en una tierra de cielo casi siempre grisáceo, llamó la atención de Elvira.

De vuelta, recogieron a los críos en la escuela. Elvira se marchó a casa de Petra. Aquella primera tarde de costura ninguna de las dos mujeres imaginó que con los años acabarían siendo cuñadas. La tarea se hizo llevadera. Ambas charlaron todo el tiempo, sin distraerse de lo suyo; la costura es lo que tiene: permite trabajar y disfrutar a la vez de una buena conversación. Fue esa primera tarde en casa de Petra cuando Elvira conoció a la mujer cuyas andanzas seguiría a lo largo de los años a través de la radio y de la prensa. Dolores Ibárruri entró sin llamar. Su llegada provocó una inusitada alegría en su amiga.

—¡Qué alegría, Dolores! ¿Qué hace por aquí la recién casada?

—He venido a ver a los míos, que allí en Somorrostro a veces me siento sola.

Petra las presentó. Dolores había sido su vecina y amiga desde la infancia, hasta que se fue a servir a una casa de Bilbao. Ahora vivía en el pueblo de Somorrostro con su esposo Julián.

—¿Y en qué andas metida, «marilíos»? —le preguntó Petra con sorna—. Esta es más valiente que cien hombres; no se está quieta, es la primera en las manifestaciones, la primera en repartir pasquines, y tiene un pico de oro.

La Ibárruri rio con ganas, soltando una sonora carcajada, la feliz expresión del volcán que guardaba dentro.

—Colaboro con la Agrupación, pero ¡hay tanto que hacer!

La vecina, vestida de negro, cogió una falda, aguja e hilo y se puso de inmediato a ayudar a las mujeres.

—¿Qué tal lleva tu padre lo de las habladoras? —preguntó a Petra.

Elvira la miró con gesto de interrogación; al instante bajó la vista hacia su labor, temiendo estorbar en una conversación demasiado confidencial. Petra, que se dio cuenta de la situación embarazosa que estaba pasando Elvira, se explicó sin ambages.

—No hay nada raro, Elvira. Pasa que en estos pueblos tan pequeños siempre hay malas lenguas. Y desde que mi hermano entró de aprendiz en la sastrería algunos han empezado a decir que él mismo provocó el accidente para no tener que seguir en la mina. La envidia, que es mala consejera. Mi padre, que es muy suyo, ya les ha callado. ¡Si supieran lo que tiembla este hermano mío cada vez que hay que curarle una herida o darle un jarabe, no se les habría ocurrido lanzar semejante infundio! Menos mal que ya nadie dice nada, por la cuenta que les trae.

—Y, de haber sido así —añadió Dolores—, no iba a ser yo quien le juzgase. Es una forma desesperada de evitar el destino. Los hijos de Quique y Anselmo, el dinamitero, se cortaron los dedos a los diez años, pobres infelices. ¿Les vamos a culpar por ello? ¿A quién traicionaron? ¿A la empresa? ¿A la mina? Yo misma, si alguien me hubiera dicho que amputándome una mano o un pie habría llegado a maestra, no lo habría dudado. ¡Vaya si lo habría hecho! —rio de nuevo la vecina.

Mientras cosía, Dolores Ibárruri se interesó por la nueva ayudanta y le explicó que ella

también había sido sirvienta en una casa de ricos, aunque recalcó que le hubiera gustado enseñar, pasarse la vida entre niños y niñas, rodeada por una pizarra, un mapamundi y un montón de libros y lapiceros.

—Pero no pudo ser, es lo que tiene nacer pobre. Y tú de los señores no te fies, que van a lo suyo, son de otra calaña. Todo el día en misa, y luego fastidiando a los obreros.

A Elvira no le gustaba que le dieran lecciones. Por eso respondió sin amilanarse:

—Digo yo que también habrá ricos buenos. ¿Acaso no tenéis aquí al doctor Areilza? Gracia me ha contado que dirige el hospital de Triano y que trabaja duro para mejorar la vida de los mineros.

—Él fue quien arregló a mi hermano la pierna, hizo lo que pudo —dijo Petra exhalando un suspiro.

—¡Ay, chiquilla! —se dirigió Dolores a Elvira—. Areilza es la excepción que confirma la regla. Y aunque haya otros como él, las familias obreras no tenemos por qué depender de la bondad de los ricos, mucho menos de su caridad, porque vivir como seres humanos es un derecho y no una concesión de los patronos.

Cuando la Ibárruri, que ya entonces hacía proselitismo allá donde fuera, se enteró de que una de las aficiones de Elvira era la lectura, le indicó que en las agrupaciones obreras podía tomar libros en préstamo.

—Las novelas están bien para pasar el rato, pero hay libros más interesantes. Libros que enseñan, que nos ayudan a comprender el mundo y sus injusticias y que nos muestran que la resignación cristiana no sirve más que para que las cosas sigan igual. No hay más camino que la rebeldía, Elvira.

Por un momento, mientras un creciente enojo se apoderaba de ella en medio de la algarabía de las fiestas de San Lorenzo, Elvira se acordó de aquella mujer que tan fuerte impresión le produjo al llegar a Gallarta. La admiraba por su fuerza y por su entrega. La firmeza de sus ideas y su apabullante personalidad la habían convertido en una activista que escribía artículos en periódicos mineros bajo el seudónimo de La Pasionaria, y lo hacía mejor que muchos hombres. Elvira no lograba entender cómo una mujer que era madre podía compaginar su labor doméstica con la actividad política. Ella no habría sido capaz, mucho menos en un mundo hostil hecho por y para los hombres; a buen seguro que algún día Dolores tendría que pagar un precio alto por su osadía. Todos esos aldeanos que bailaban al son del acordeón seguramente no sabían nada de la lucha de aquella hija de minero, y los que la conocieran se empeñarían en desprestigiarla. La vio en otras ocasiones, pero de pasada, o en compañía de la familia de Manuel, y nunca volvió a tener con ella una conversación tan provechosa. Pero la primera vez que se reencontraron, a los pocos meses de empezar a trabajar en Bilbao, Elvira le dijo:

—Estabas equivocada, Dolores. También hay ricos buenos.

Y Dolores la miró con condescendencia mientras pensaba que otra candidata al socialismo activo se le quedaba en la cuneta.

Desde el pescante, Manuel se dio la vuelta y miró con resignación a su mujer.

—¡Vaya fiestas que se gastan en este pueblo!

—Espero que acaben pronto de bailar, que estamos aquí como pasmarotes —respondió Elvira irritada.

—¿Estás bien?

—Sí. ¡Pero tengo unas ganas de ver la nueva casa!

Elvira observó las anchas espaldas de Manuel. Mantenía su cojera, pero hacía mucho tiempo que había dejado de ser un muchacho escuálido. Mientras ella se quedaba anclada en una corta estatura, él siguió creciendo, y poco a poco se le amplió el torso; y los brazos, antes delgados, adquirieron la forma de dos ramas recias. Elvira pensaba que si no hubiera sido por el defecto de su rodilla, Manuel habría resultado un hombre muy atractivo para la mayoría de las muchachas. Tenía una piel muy morena, el pelo oscuro muy tupido, unos ojos castaños de mirada penetrante, y además era alto y fuerte. Pero su cojera le convirtió en un ser inseguro frente a las mujeres, un chico que no se atrevía a bailar, y ese hecho supuso un freno muy serio a la hora de establecer relaciones con las féminas. En su mundo, el baile constituía una de las principales formas de cortejo. De alguna manera, Elvira daba gracias a la pierna lisiada de Manuel por haberle allanado el camino: ella no era guapa, ni siquiera había cultivado una pizca de coquetería, y, de haber podido caminar con normalidad, el muchacho habría crecido más seguro de sí mismo y habría aspirado a una moza más apuesta. ¿Cuándo se enamoraron? Ni Elvira ni Manuel sabrían decirlo. Su relación avanzó sosegadamente por la senda de la amistad, lentamente, paso a paso, de manera imperceptible, desde el día que se conocieron en la casa de Gracia.

Cuando, pasados unos días, Elvira recibió aviso del Instituto de los Ángeles Custodios de que debía presentarse allí porque ya le habían asignado otra casa en la que trabajar, Gracia encargó a Manuel que la acompañara hasta Bilbao. Se despidió de Petra, de Gracia y de los niños, prometiendo que volvería a visitarles, y juntos emprendieron camino. Apenas hablaron. Él respondía con monosílabos, y la muchacha se dio por vencida. Elvira se fijó bien en las sucesivas paradas del tren, memorizando el itinerario, ya que tenía la intención de volver a Gallarta en cuanto tuviera ocasión. Bilbao le infundía desconfianza, y sabía que en el pueblo minero encontraría siempre buena acogida. A la puerta del Instituto se despidieron con un simple «Gracias» y «Hasta luego». Elvira se quedó plantada frente a la entrada del edificio, respiró hondo y llamó. Esa misma noche durmió en la residencia de los señores Aranzadi.

Don Ignacio Aranzadi era un abogado de prestigio, pero el lujoso edificio de atrevido estilo modernista en el que vivía junto a su mujer y sus cinco hijos era propiedad de su esposa, hija de un financiero. En el inmueble, situado en pleno centro de Bilbao, residían varias familias. Los viandantes solían pararse a admirar la lujosa y llamativa fachada, por la que asomaban balcones torneados decorados con múltiples motivos realizados en la propia piedra. El suelo del portal estaba revestido con piezas de mármol que dibujaban formas geométricas en tonos marrones y blancos; la puerta de doble hoja, realizada en madera noble y tallada con historiadas filigranas, provocaba en el visitante la sensación de penetrar en un bosque de fantasía. El portero acompañó

a Elvira hasta el segundo piso. Fue la primera vez que subió en ascensor; después tendría que acostumbrarse a la escalera de servicio.

Observó maravillada cada detalle y pensó: «¡Si el abuelo pudiera ver estas joyas!». Al mismo tiempo que sus ojos se abrían inmensos ante tanta belleza, le sobrevino una gran inquietud al imaginarse que en semejante escenario de ostentación únicamente podrían residir unos señores engreídos y pretenciosos, porque, por muy bonito que fuera todo, nadie con un mínimo de sensatez, aunque fuese rico, convertiría aldabas y pasamanos en obras de arte, debido al dispendio inútil que tales lujos ocultaban.

Elvira equivocó su juicio. Aquella familia distinguida y rica la trató muy bien. El señor resultó algo distante, aunque siempre fue respetuoso con las chicas de servicio. Los niños, lejos de ser unos malcriados, estaban bien educados y eran un poco traviosos. Cinco chicos, todos seguidos, todos rubios y todos sanos, generaban revuelo a la fuerza, pero a Elvira le gustaba aquel bullicio infantil que a duras penas podía controlar la señorita Ann, venida de Londres para cuidar de los vástagos, hablarles en inglés y enseñarles buenas maneras.

Además de *miss* Ann, que se dedicaba exclusivamente a los herederos y se cuidaba de mantener cierta distancia con las chicas de servicio, estaban la cocinera y una doncella, que fue quien le abrió la puerta.

—Espera aquí un momento.

Dos minutos después, con su morral en la mano, Elvira se encontró de pie en medio de un fastuoso salón, donde la señora Angustias la recibió con una amplia sonrisa. «Esta es toda una señora», pensó Elvira al verla. Para su sorpresa, la mujer se levantó, se acercó a su nueva sirvienta y le dio la mano en señal de saludo. No esperaba Elvira semejante atención, mucho menos después de la desagradable experiencia en el piso del Campo Volantín y de las desalentadoras palabras de Dolores. Ambas se quedaron de pie. Invitarla a sentarse hubiera sido excesivo.

—¿Has encontrado fácilmente la casa? —le preguntó con amabilidad.

—Sí, señora.

—Pues seas bienvenida. Te explico en un momento cuáles son tus obligaciones y luego puedes retirarte. La doncella Filo te enseñará la casa y tu habitación. Es muy importante el reparto de tareas para que todo funcione a la perfección. De los niños nos ocupamos *miss* Ann y yo. De la cocina, nuestra querida Rosa, y de la limpieza, Filo. A ella la ayudarás un rato por las mañanas. Para que Filo pueda empezar el arreglo diario de la casa a primera hora, te encargarás de servirnos el desayuno, el almuerzo y la cena. Pero tu principal cometido es la ropa; lavar, tender, planchar y coser, que me han dicho que tienes muy buena mano. Y también harás la compra. Rosa te acompañará los primeros días. La mujer está mayor y ya no puede con las cestas. ¿Lo has entendido bien? ¿Alguna pregunta?

Elvira dudó un momento si sería oportuno abrir la boca y al final se decidió a hablar.

—Sí, señora. ¿Podré ir de vez en cuando a visitar a unos familiares?

—Por supuesto, Elvira. Tienes libres los jueves por la tarde y los domingos después de la misa, a la que vamos todos juntos. Los domingos es día de guardar, y nosotros, además, comemos en casa de mi madre. Ese día la casa se queda vacía hasta las ocho de la tarde. Y sobre el jornal, mañana hablarás con el administrador.

—Gracias, señora.

—Puedes retirarte.

Elvira se sintió a gusto durante los nueve años que vivió al servicio de los Aranzadi. A pesar de que el trabajo era constante, a la muchacha le gustaba la sensación de seguridad que sentía bajo aquel techo. La casa, de enormes dimensiones, había sido proyectada para una familia que debía cobijar bajo su techo a toda una pirámide social: junto a la cocina había dos dormitorios, el que compartían la doncella y Elvira, y otro, en el que dormía la vieja Rosa; a la derecha de la amplia entrada principal se encontraba la zona infantil, que se distribuía en cuatro estancias repartidas en dos dormitorios infantiles, una sobria alcoba para *miss* Ann y un gran cuarto de juegos y estudio, empapelado con dibujos de payasos, donde no faltaban juguetes de hojalata y varios balancines de madera. A la izquierda del recibidor, y tras un largo pero espacioso pasillo con luz natural procedente de unas altas vidrieras de colores, se hallaba la zona reservada a los señores: el dormitorio, el vestidor, un baño de mármol y un despacho para el abogado. Así diseñada, la vivienda ofrecía a cada pequeña comunidad el aislamiento necesario para hacer que la convivencia no se viese alterada y para que los asuntos de cada grupo no se interfirieran.

A las seis y media de la mañana sonaba el despertador en la zona de servicio. Las muchachas se aseaban a diario, por orden expreso de doña Angustias, que no escatimaba en gastos de jabón de tocador y agua de colonia, y luego desayunaban sobre la mesa de mármol, que era el centro de reuniones de las sirvientas y de los niños a la hora de la merienda. A las siete y media, y tras recoger el periódico y los bollos que el portero subía cada mañana, Elvira servía el desayuno al señor en el comedor. Cuando este estaba a punto de salir al trabajo, se levantaba la señora, que, enfundada en su bata de batista suiza, se despedía de su esposo con un beso suave en la mejilla; después entraba en la cocina para dar los buenos días a las chicas y les pedía, por favor, que le sirvieran un café en el comedor. Los niños y *miss* Ann eran los últimos en amanecer. Aparecían relucientes, vestidos con sus uniformes de los escolapios, a eso de las ocho, y, acompañados por su institutriz y por su madre, montaban jaleo a diario alrededor de la mesa. Todos querían hablar a la vez.

Cuando los escolares abandonaban la casa con *miss* Ann, el ambiente de paz en el que se sumía el piso permitía que el trabajo de limpieza se realizase con la exactitud de un reloj. Así, entre tareas rutinarias fueron pasando los años, aunque también hubo algunos cambios que se tradujeron en una acumulación de obligaciones para Elvira. Cuando tres años después la cocinera abandonó la casa para retirarse, la muchacha se hizo cargo de los fogones. Eso supuso una mayor responsabilidad, pero también le permitió liberarse de las tareas de limpieza que Filo empezó a compartir con una nueva sirvienta, una joven andaluza que llenó de alegría la zona de servicio.

Los jueves por la tarde, si no llovía, Elvira salía a pasear por el parque o por las calles del centro, a veces sola, a veces con Filo o con Rocío. Otros, menos de los que había prometido, se acercaba hasta Gallarta a visitar a Gracia y a Petra, y a veces, ensimismada por el traqueteo del tren, se sorprendía pensando que le gustaría toparse con Manuel. Solía ocurrir con frecuencia; entonces se saludaban, cruzaban unas pocas palabras, y nada más. Seguía siendo tan tímido como cuando le conoció. Al contrario que la mayoría de las chicas de su edad, Elvira no era aficionada ni a los bailes ni a las romerías, y solía ir en contadas ocasiones, casi obligada por sus compañeras. A los dieciocho años fue por primera vez al baile de Portugalete, por hacer un favor a Rocío, que se había enamorado de un mozo de aquel pueblo y quería verle a toda costa. Plantada allí, esperando a su amiga, que bailaba en aquel momento con el muchacho de sus sueños, mientras masticaba unas almendras garrapiñadas, Elvira escuchó con sorpresa una voz de hombre:

—Hola, Elvira, no esperaba verte aquí.

Era Manuel. Mientras Rocío coqueteaba con su galán, los amigos hablaron y hablaron; no salieron a bailar, pero estuvieron a gusto. Y así, sin mariposas en el estómago, sin aspavientos, sin sofocos, Manuel y Elvira empezaron a quedar y se hicieron novios, lo cual provocó una gran alegría en casa de él, cuya familia entendió que un milagro había hecho vencer la timidez del muchacho.

Al año siguiente de hacer oficial su relación, Elvira tuvo que irse todo un verano a Madrid con la familia Aranzadi, que se llevó consigo a todo el servicio para que nada les incomodase. La casa de la capital, propiedad de los padres de doña Angustias, estaba junto al parque del Retiro, y si la de Bilbao le había parecido a Elvira un auténtico lujo, esta se asemejaba a un palacio. Las chicas de servicio viajaron en tren. Un larguísimo viaje que se les hizo eterno, pero que al final mereció la pena. No era la primera vez que la muchacha salía de Bilbao. Cada verano se trasladaba con la señora y los niños a Biarritz, pero aquellos veraneos no le gustaban. Pasaba calor, no entendía a los franceses, que además le resultaban antipáticos, y en el palacete de verano había demasiada gente. Más que una vivienda, la casona parecía un hotel; además de la señora Angustias y sus hijos, se alojaban sus dos hermanas, sus respectivos vástagos y los abuelos. Cada familia se instalaba en un piso, y la servidumbre en el semisótano, junto a las cocinas, el lavadero y la despensa. A Elvira le tocaba guisar para toda la parentela, trabajo agotador e interminable que hacía en compañía de la cocinera de doña Flora. Filo se ocupaba de las dependencias de doña Angustias, y *miss Ann*, de los niños. Rocío y Rosa se quedaban en Bilbao, al cuidado de la casa y del señor, que tenía que trabajar en su despacho. Cuando Rosa se jubiló, doña Angustias contrató a una vieja cocinera para los solitarios veranos del marido, no fuera que en su casa ocurriese lo que en tantas otras: que el amo se encaprichaba de la joven sirvienta y luego pasaba lo que pasaba. No es que la mujer sospechase del esposo, que era recto y muy católico, pero no se fiaba de la débil carne del macho, la cual, a su juicio, se dejaba arrastrar con facilidad por la senda oscura de las tentaciones, de tal forma que hasta el hombre más digno podía deslizarse sin frenos en un momento de calentura. De buen grado se hubiera quedado Elvira cocinando para el

señor en la villa —ella no iba a ser percibida por la señora de Aranzadi como un peligro, ya que carecía de atractivo y sensualidad—, pero sus guisos, especialmente los que cocinaba para los críos, eran muy apreciados por la dama.

A pesar de que Madrid resultaba bochornoso en pleno verano, a Elvira aquel calor le gustó. Tal vez fuera porque el aire seco, muy parecido al de la sierra burgalesa que la vio nacer y en la que se crio, alejaba de su piel la pegajosa humedad de las ciudades que crecen a orillas del mar. La experiencia del Madrid a medio gas que conoció en junio de 1920 la embriagó. Las vistas del parque, los paseos por sus alamedas, bajo los árboles frondosos, los edificios imperiales, las callejuelas estrechas junto a la plaza Mayor, los escaparates, los cafés donde vendían churros incluso en agosto, los automóviles, mucho más habituales que en Bilbao, las fuentes, los jardines, los museos, todo aquel enjambre de gentes, cosas y ruidos la impactaron gratamente. También es verdad que pudo disfrutar de Madrid mucho más que de Bilbao. Allí la señora se encontró más dispuesta a que las chicas saliesen durante más horas. Quería que aprovecharan la oportunidad de conocer la capital del reino y, de hecho, les dio más tardes libres de las que les correspondían, mientras sus hijos se quedaban con *miss Ann* jugando con los primos. Cada vez que iban a salir, doña Angustias les recomendaba lugares dignos de ser visitados. Fue así como Filo y Elvira conocieron el museo del Prado, el paseo de Recoletos, los alrededores del Palacio Real y el café Comercial, en la glorieta de Bilbao, donde no se atrevieron a entrar, pero cuyo interior observaron a través de las cristaleras. Madrid se convirtió para Elvira en un tesoro guardado hasta la eternidad, su experiencia más valorada, la más narrada a lo largo de los años. Aunque no hubiese sido más que por aquel verano, mereció la pena servir en casa de los Aranzadi. En más de una ocasión se le pasó por la cabeza volver a hacer el hatillo y lanzarse a la aventura de Madrid, pero era mujer de principios firmes, y la lealtad era uno de ellos: hacia la señora que había sido tan buena y generosa con ella y hacia el que ya había sido declarado oficialmente su novio.

En 1924, en medio de una conversación sosegada, Manuel le dijo a Elvira que era hora de casarse. Se despidió de la familia Aranzadi sin mostrar sus emociones, a pesar de que les había tomado afecto. Las mujeres que se casaban dejaban de servir en casas ajenas para dedicarse al esposo, era lo natural. De todos modos, en el hogar de los Aranzadi no querían sirvientas a media pensión. La señora Angustias le regaló la porcelana de Sargadelos y tuvo el detalle de acudir junto a Filo a la misa que se celebró en Gallarta. Enseguida se corrió por el pueblo que una dama de Bilbao estaba en la iglesia. Doña Angustias parecía una reina en el poblado minero. En pocos minutos el templo se llenó de curiosos que en lugar de mirar a los novios la miraban a ella. Nada más terminar la ceremonia, doña Angustias tuvo unas palabras con el párroco, a quien entregó un donativo sustancioso. Tras despedirse de los novios, se volvió a Bilbao en el automóvil de su padre. Sin quererlo ni buscarlo, la boda de Elvira y Manuel se convirtió en un acontecimiento social.

A falta de una vivienda propia, el nuevo matrimonio arrendó una habitación con derecho a cocina en la parte baja de Gallarta. A Elvira, acostumbrada a llevar una casa inmensa y llena de

gente, le sobraba tiempo, y se puso a coser para fuera. Doña Angustias la recomendó a sus conocidas, razón por la que realizó varios ajuares para jóvenes casaderas de Bilbao.

Se quedó embarazada seis meses después de la boda, periodo que a la pareja le pareció una eternidad, hasta el punto de que el pobre Manuel llegó a pensar que la vagoneta, aun cuando solo le había aplastado la rodilla y el muslo, de algún modo le podía haber malogrado también sus partes. Elvira se reía de aquellas ocurrencias y le decía: «¡Ay, Dios mío, qué mala es la ignorancia!». Sin embargo, ella compartía esa preocupación. Era tan grande la obsesión de su marido que cuando dejó de menstruar se cuidó de comentárselo inmediatamente, por si se trataba de una falsa alarma y el hombre se le venía abajo con la decepción. ¡Qué extrañas reacciones tienen los seres humanos! La noche en que, estando bien segura, le confesó que estaba preñada, él no mostró ninguna emoción, solo dijo:

—Menos mal, ya era hora.

No obstante, Manuel dejó entrever su ilusión sacando cada poco el tema del niño que iba a venir. El nombre que le pondrían, a quién pedirían prestada una cuna, dónde lo bautizarían... Elvira sabía que si doña Angustias se enteraba de su embarazo les obsequiaría con algo costoso. Pero no hizo nada para que la noticia llegara a la casa de Bilbao, no quería abusar ni pedir favores.

A los siete meses de gestación, el niño mostró el pan que traía bajo el brazo.

—Tengo que contarte algo, Elvira.

—¿Algo malo?

—No, no es malo, pero me pone en un brete. Don Eusebio, el sastre, tiene un amigo, que también es sastre. Más que a los trajes a medida, se dedica a confeccionar ropa de trabajo: pantalones y camisas para los obreros, delantales y batas para las chicas de servicio. Tiene un taller en Ibayá, al otro lado de la ría, con tres mujeres que cosen a máquina. Él hace los patrones y dirige el negocio. Le va bien, tiene clientes fijos: algunas fábricas de la zona y algunos almacenes de Bilbao.

Manuel hizo una pausa tan larga que Elvira se empezó a poner nerviosa.

—¿Y qué? ¡Continúa, que me tienes en ascuas!

—Pues que me quiere vender el negocio.

—¿A ti? —respondió ella con incredulidad.

—Sí, a mí. ¿Tan raro te parece? —Elvira no le contestó—. No tiene hijos, y a los sobrinos no los puede ver ni en pintura.

—Ya, y tú y ese hombre os creéis que dos infelices como nosotros podemos ir al banco, pedir un préstamo y convertirnos de la noche a la mañana en propietarios de un taller —respondió malhumorada haciendo un gesto de desaire con la mano.

—Es un buen hombre. Me ofrece que me lo quede, pagándole un fijo cada mes y un porcentaje de las ventas. Y dice que a los diez años le doy una cantidad y el negocio pasa a ser nuestro.

—¿Y si se muere antes, qué? ¿Te va a dejar su viuda quedarte con el taller?

—Habrá un contrato de por medio.

—¿Y por qué a ti? ¿Por qué no se lo vende directamente a alguien que tenga dinero para invertir?

—Le conozco desde hace años, y siempre me ha tenido aprecio. No se lo vende a cualquiera: le tiene cariño al taller y no se fía. Dice que cualquiera puede comprarlo y convertirlo luego en una fábrica de muelles o de clavos, y que él quiere una garantía de que quien lo va a llevar es un amante del negocio. Que lo va a conservar y que, además, va a mantener el nombre de la firma.

—¿Y cómo se llama?

—¿Quién, el hombre o el taller?

—Pues los dos.

—Él se llama Mariano Jauregui, y el taller se llama Manufacturas M & J.

—¡Vaya por Dios, qué casualidad, si son tus iniciales!

—Eso digo yo —contestó apesadumbrado, como si una losa muy grande le estuviese presionando la cabeza.

No pegaron ojo en toda la noche, pero al alba ya estaban decididos. Manuel fue a ver las instalaciones, cerró el trato con el sastre y se dieron un apretón de manos. Apareció más tarde en casa muy contento:

—Ya está, Elvira. El mes que viene nos trasladamos. Y ¡otra cosa! ¡Tenemos un piso encima del taller para nosotros solos! Es donde están las oficinas, pero sobra un montón de espacio.

—¿Tiene cocina?

—¡Claro, mujer!

—Como dices que son las oficinas...

—La oficina solo ocupa un cuarto, lo que antes debía de ser el comedor, que está comunicado con el taller, pero a nosotros con la cocina nos vale.

—¿Y baño, tiene baño? —preguntó ella esperanzada.

—De momento solo un retrete en el mirador trasero, pero todo se andará, ya buscaremos dónde meter una bañera.

En un impulso impropio de él, Manuel agarró a Elvira de la cintura y la hizo girar sobre el pavimento de la cocina para bailar un renqueante pasodoble sin música.

Por fin la carreta reemprendió la marcha. Elvira suspiró aliviada. Los riñones le dolían y las piernas, recogidas entre tanto cachivache, se le estaban entumeciendo. Además, ansiaba desaparecer de aquella calle abarrotada por una multitud que les observaba con curiosidad. Desde que salió de Tobal de la Sierra había vivido muchas cosas, pero, por primera vez, Manuel y ella ya no tendrían que rendir cuentas a nadie. Probablemente, su madre se sentiría orgullosa.

RENATA

Desde la ventana de la cocina, Renata observaba a su padre leyendo las hazañas del torero Juan Belmonte en una revista ilustrada que le enviaban desde España cada dos meses. Ella pelaba patatas, lentamente, como tomando conciencia de lo importante que puede ser, en determinados momentos de la vida, una simple tortilla. La elaboración de ese sencillo y humilde plato a base de huevos y patatas constituía todo un acontecimiento cada 10 de agosto, cuando los Acosta celebraban la festividad de San Lorenzo con una comida muy española. Nadie más que su familia conmemoraba en el pueblo de Portovenere la onomástica, a pesar de que la iglesia principal llevara el nombre del santo. La aldea de pescadores prestaba pleitesía a la Madonna Bianca, cuya imagen, con el niño en el regazo, era objeto de culto, sobre todo el 17 de agosto, cuando además de misa mayor se celebraba una verbena.

La muchacha, en la plenitud de los quince años, dejaba caer suelta sobre la espalda su melena larga y brillante, de color negro, de un liso equino. La mezcla de padre gallego y madre italiana dio como resultado una belleza de raza latina y mirada celta. Los ojos azules, que contra todo pronóstico de la genética heredó de su padre, le otorgaban una sensualidad original, fruto de la confluencia de unas formas femeninas torneadas y de un iris cargado de misterio.

Observaba con ternura a su padre, quien cada día de San Lorenzo se ponía un poco triste a causa de la «morriña», que era el vocablo gallego que él usaba para definir la nostalgia de la tierra que acompaña a los que un día se alejan del lugar que les vio nacer. Lorenzo abandonó su pueblo natal de Lugo y, por mucho que lo echara de menos, no pensaba volver, aunque a veces se sorprendía soñando con llevar a los suyos a su Galicia natal a pasar unos días para que conocieran la tierra de su niñez. No había rencor en esta renuncia, simplemente no veía la necesidad de retornar, y solo se permitía un rato de melancolía cada atardecer del 10 de agosto. Sabía que al día siguiente volvería a pensar que la patria de uno es la que da de comer a la familia. La morriña que más le costaba superar era la de sus dos hijos varones, que ya no estaban en Liguria, ni siquiera en Italia, sino en la lejana Argentina, hacia donde embarcaron un año antes. Como hiciera él hacía una eternidad.

Aunque no hubiera en su biografía ningún hecho especialmente destacable como salvador, redentor o libertador, Lorenzo Acosta era a ojos de su hija un héroe anónimo. Había sobrevivido a la Primera Guerra Mundial tras pasar tres meses encajonado en una fétida y pestilente trinchera y, además, tuvo la osadía de emprender un largo, incierto y solitario viaje con solo trece años. Una aventura reservada a los más valientes. El villorrio de Lugo, que contaba con poco más que una iglesia y media docena de caseríos, le ahogaba. No había aprendido a leer ni a escribir, y miraba

con envidia al cura cuando con sus regordetes dedos pasaba las finas páginas del misal sobre el atril de la iglesia. En su aldea no había escuela, ni agua corriente, ni buenos caminos que llevaran a pueblos más grandes. En invierno, cuando nevaba copiosamente, se quedaban aislados, y Lorenzo mataba el aburrimiento junto a sus dos amigos, Suso y Nando, con quienes pasaba las tardes jugando a las canicas o inventando historias de miedo. En la aldea de Lorenzo no pasaban hambre: tenían sus huertas, sus gorrinos, gallinas y conejos, y amasaban su propio pan de maíz. Pero su futuro estaba condenado a ser igual que el de sus padres: una boda con alguna muchacha de la montaña, previamente concertada, traer hijos al mundo, ver cómo se te muere más de uno por falta de médico y de boticas, seguir arando y cosechando, haciendo la matanza, hasta morir sin salir de aquel paisaje cuya belleza radicaba precisamente en su hostilidad. Por eso, una noche de primavera, acompañado por la luna llena que le alumbraba el camino, se marchó de casa. Como no sabía escribir, no pudo dejar una nota, pero encargó a su amigo Nando que al día siguiente, cuando en el pueblo dieran la voz de alarma, dijera a sus padres que se había ido, que pensaba conocer el mar y enrolarse en un buque mercante y que le perdonasen, que los quería mucho, pero que probablemente no volvería jamás. Que iba a aprender a leer y a escribir para enviarles noticias suyas.

Cuando se enteraron de la huida por boca de Nando, la madre creyó volverse loca y pensó en salir inmediatamente a buscarle, pero el marido, un hombre taciturno pero de decisiones firmes, le dijo:

—Mujer, déjalo. Si le va mal, volverá; y si no lo hace, es que habrá encontrado mejor vida. No es el primero que marcha a la aventura, ni será el último. Los hijos, como los pájaros, abandonan el nido antes o después. Este se nos fue pronto, pero aún nos quedan otros cuatro, y bien *nenos* que son.

Lorenzo llegó al puerto de Vigo con un zurrón en el que llevaba una hogaza de pan, algo de jamón asado y un queso. Se quedó boquiabierto al descubrir aquel mundo grande, dinámico y ruidoso, atiborrado de personas, cajas, cajones, cuerdas, cestas, redes, carros, carretas, puestos, toldos... Y al ver el mar sus piernas se paralizaron. ¿Hasta dónde alcanzaría esa infinita masa de agua? ¿Qué habría tras la línea del horizonte? Durmió tres días sobre redes apiladas y, tras mucho preguntar, consiguió embarcar como pinche de cocina en un buque mercante que se dirigía hacia el Mediterráneo, un mar que él no sabía ubicar en el mapa. El barco costeó Portugal, cruzó el estrecho de Gibraltar y se adentró en aguas mediterráneas hasta arribar en Génova. Al llegar al puerto italiano se despidió de la tripulación. Demasiadas jornadas sin otear tierra firme le provocaron cierto desasosiego y algún que otro mareo, así que para cuando atracaron ya tenía decidido disfrutar de la belleza del mar sin perder de vista la costa. Era hora de probar fortuna en Italia.

Estuvo trabajando en el puerto dos años, descargando y cargando mercancías, y saliendo de vez en cuando a pescar. Su desparpajo le llevó a hacerse amigo de un compañero de pensión, un viejo periodista borrachín que, a cambio de vino, le enseñó a hablar italiano y a leer. Un día,

cuando volvía cansado del trabajo, se topó con un hombre de La Spezia, un armador que acababa de adquirir un barco de pesca en Génova a precio de saldo. El hombre le dijo:

—¡Eh, muchacho! Estoy buscando marineros para mi barco. ¿Conoces quien quiera trabajar para mí en Portovenere?

—Yo mismo, y otros que le busco enseguida si usted quiere.

Y así fue como el gallego Lorenzo Acosta acabó en Portovenere. Se sintió identificado con el pueblo nada más verlo desde el barco. La dificultad de su orografía le hizo pensar en su propia vida, una difícil escalada que por fin daba sus frutos. Las casas de colores, levantadas en la escarpada tierra, y las calles, escaleras empinadas que trepaban por las paredes del promontorio, parecían un canto a la esperanza y a la alegría. Sobre el núcleo urbano en pendiente pudo apreciar también las terrazas de cultivo, terruños de olivos y vides. Y esa mezcla perfecta de mar y tierra, de pesca y agricultura, de verde y azul, le cautivaron definitivamente. Cuando el patrono se acercó a él en cubierta le explicó:

—Ahí tienes mi pueblo. Bonito, ¿verdad? ¡Mira! Esas son nuestras tres islas: Palmaria, Tine y Tinetto. Y aquella pequeña iglesia, la que sobresale y parece estar incrustada en la roca, es San Pedro. Al fondo está el castillo de Doria, y más abajo, ¿la ves?, la iglesia de San Lorenzo. ¡Ya es casualidad que tú te llames igual!

Al oír el nombre de la iglesia, se dio cuenta de que ya no cabía la vuelta atrás: Portovenere había de ser el punto sobre el que echar raíces.

Renata había escuchado, con deleite, más de mil veces la historia del gallego. También conocía al dedillo cómo logró conquistar a su madre, quien, a juicio de Lorenzo, era una de las chicas más bellas del lugar, pero también de las más difíciles. Y cuando contaba estas cosas, Anna Bernardi lloraba de risa y decía:

—¡Era tan pesado, tan insistente, que al final me dio pena!

Nada de aquello era verdad. Quien se declaró al español fue ella, enamorada perdidamente desde la tarde que le vio bajar del barco cargado con una caja de anchoas. Ella remendaba redes de pesca junto a otras mujeres y, al cruzar la mirada con aquellos enigmáticos ojos azules, se dijo: «Este es para mí». A la señora Bernardi y a su hija les gustaba mucho que Lorenzo fuese español y que contase cosas de Galicia. Fue idea de su mujer dedicar un día a la lejana madre patria para recordar sus orígenes y a la familia que dejó atrás, de la que volvió a tener noticias poco después de que el periodista borracho le enseñase que la «m» y la «a» juntas dicen «ma».

—¿Hay alguna fiesta española que quieras celebrar? —le preguntó nada más casarse.

—En España tenemos muchas fiestas. Algunas grandes, como la de Santiago o la de María Inmaculada. Pero la fiesta que más recuerdo es la de San Lorenzo, el 10 de agosto, patrono de mi pueblo. Lo pasábamos en grande. Probablemente porque era el único día del año que venían a nuestra aldea gentes de otros pueblos. ¡Como había romería!

—Pues en esta casa celebraremos San Lorenzo cada año, ¡que para algo es tu santo! ¡Y cocinaremos platos de España y cantaremos canciones de tu tierra!

Renata terminó de pelar las patatas y, tras lavarlas en la pila de mármol, comenzó a cortarlas en cuadraditos, como le había enseñado su madre, a quien muchos años antes Lorenzo dio unas clases de cocina española. Observó a su padre dejar la revista a un lado y fijar la mirada en el horizonte. La casa de la familia Acosta era de las más elevadas. Junto a la entrada tenía una pequeña terraza protegida del vacío por una balaustrada, un magnífico mirador que gozaba de una vista espléndida al mar. Siguiendo la pendiente de la montaña, los edificios contiguos quedaban más bajos, y por esa razón no había nada que obstaculizara el espectáculo de los barcos arribando al atardecer sobre el fondo de la puesta del sol. La muchacha intuyó que en ese momento Lorenzo no observaba el paisaje, sino que buscaba lo que no podía ver, a Pietro y a Marco, que vivían más allá de la línea del horizonte, en la lejana Argentina. Al decir adiós a sus hijos, Lorenzo comprendió el dolor de sus propios padres: el sentimiento de soledad que procura la ausencia de un hijo es difícil de sanar. También Renata sintió como un desgarró la despedida de sus hermanos. Ella se habría marchado con ellos, pero era demasiado joven y, además, no podía dejar solos a sus padres.

Renata fue una hija tardía, un susto a los cuarenta años, recibida sin embargo con una enorme alegría. Cuando Renata se presentó en este mundo, sus hermanos tenían ya diez y doce años respectivamente. Y por eso fue una niña muy querida. Ahora echaba de menos las bromas y caricias de Pietro y Marco y soñaba con su reencuentro, algún día, en la Argentina. También deseaba conocer España. Sentía como si una soga tirase de ella desde la península ibérica, una cuerda invisible que había crecido al albur de las historias que le contaba su padre y que ella escuchaba con devoción desde niña, primero acurrucada sobre su regazo, ahora sentada a sus pies.

Por primera vez, los hermanos no estarían en la cena festiva, y eso la apenaba, pero vendrían los abuelos maternos y la tía Nicoletta, el tío Fabio y los primos. Y ella cantaría para su padre *La violetera*. El hombre suspiraba por la cantante Raquel Meller. Pero antes debía preparar la tortilla de patata y hacerla bien jugosa, como le gustaba al español.

Anna Bernardi entró a la cocina con un pulpo recién cogido.

—Voy a preparar este bicho —le dijo a su hija—. ¿Cómo está tu padre?

—Yo le veo triste.

—Siempre se pone un poco triste este día.

—No sé si este año lograremos hacerle reír, madre.

—Cuando te disfraces de cupletista y cantes *La violetera* se le pasarán los males, ya verás.

—Es que piensa mucho en mis hermanos.

—Todos pensamos en ellos, Renata. Pero debemos superarlo. Además, dicen que están bien en aquellas tierras, que ya tienen trabajo. Y eso nos tiene que alegrar.

—¿Crees que volveremos a verlos algún día, madre?

—No lo sé, hija, pero a tu padre debemos hacerle creer que sí, si no, se nos muere.

—¿Y tú no te mueres de pena?

—Solo por dentro. —Una lágrima quiso deslizarse por la mejilla de la mujer. Entonces respiró

hondo y se apartó la gotita salada de un manotazo—. ¡Vamos a seguir con la cena! ¡Si nos vieses tus hermanos tan tristes se enfadarían, y con razón!

Renata rompió varios huevos y empezó a batirlos con mucho ímpetu, como si sobre las claras y las yemas pudiese desahogar la tristeza. Miró de nuevo a su padre, que ahora liaba tabaco sin dejar de observar el mar. La tarde de agosto era luminosa, y, lejos del sofocante calor de la semana anterior, una suave brisa marina proporcionaba una temperatura agradable que, con seguridad, exigiría para la noche una prenda sobre los hombros. El padre saludó a alguien que pasaba junto a la casa y luego entró a la cocina.

—¿Cómo va la cena? —preguntó en español.

—Bien, padre. Creo que estará a tu gusto.

Renata solía dirigirse a Lorenzo en su idioma; su madre también lo entendía, aunque no lo hablaba.

—Me parece que hay un muchacho que te ronda.

Anna Bernardi miró a su esposo con desaprobación, pero él le devolvió una sonrisa guasona. Le divertía poner en aprietos a la muchacha.

—¿Qué dices, padre? —contestó Renata con la cara encendida de vergüenza.

—Berto Sandrini acaba de pasar. Me ha saludado, y hasta me ha felicitado por San Lorenzo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que es así de amable porque le gustas.

—¡Qué cosas tienes, padre! ¡Te piensas que todos los muchachos me rondan!

Lorenzo se sirvió un vaso de vino de la Cinque Terre, cosechado en las terrazas de Portovenere por sus suegros. Se apoyó en la mesa de la cocina y miró con picardía a su hija.

—Eres muy guapa, Renata. Si yo tuviese su edad, también suspiraría por una chica como tú. Y este Berto no se pondría rojo como un tomate al verme si no estuviera loco por ti.

Renata sabía de muy buena tinta que Berto Sandrini estaba enamorado de ella. Se lo había confesado a Fabio, y este no tardó en ir a su prima con el cuento. Pero a Renata el muchacho, aunque bien plantado, no le gustaba. Desde luego no tanto como Bruno Gaetano, su compañero de escuela desde el parvulario. A la vista de los demás, eran solo amigos, pero a los diez años ella descubrió que Bruno era su príncipe azul. Mantuvo silencio sobre sus sentimientos hasta los doce, por temor a que el niño se asustase y dejase de ser su amigo, pero en la Nochevieja de 1922 ella le cogió la mano y se lo llevó al puerto. Le hizo subir a una de las barcas que estaban varadas esperando a ser restauradas. Y allí, arrebujados en sus abrigos porque hacía un frío intenso, le dijo lo que sentía. Bruno sonrió con sus dientes perfectos, estiró el brazo y le acarició la mejilla. Ella le tomó la mano y le preguntó impaciente:

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que somos novios.

Y el corazón de Renata, que había latido aceleradamente toda la noche a causa de los nervios, se calmó de golpe, como si un peso enorme la hubiera abandonado. Entonces, Bruno cubrió los

hombros de la muchacha con sus brazos torpes y le dijo:

—Mejor que sea nuestro secreto. No quiero que los demás se rían de nosotros o que tus padres te prohíban verme. Para los demás seremos solo amigos, hasta que tengamos edad de casarnos.

—Será bonito tener este secreto.

Y sellaron su amor con un casto beso en los labios.

Bruno fue su consuelo tras la marcha de sus hermanos. Y si hubiese tenido oportunidad de irse a Argentina, se lo hubiera llevado con ella. No concebía su vida sin él. Soñaba que algún día ambos embarcarían, ya casados, en un buque de pasajeros, rumbo a América, tal vez con sus padres, tal vez solos, y allí les recibirían Pietro y Marco, que serían ya unos potentados, y montarían en esos fastuosos caballos que tenían en la Argentina, o irían a los teatros de Buenos Aires. Desde que sus hermanos comunicaron su intención de emigrar, por la casa circularon mapas, noticias y libros sobre el país andino. Renata sabía más de aquella nación que de la propia Italia. Otras veces soñaba que paseaba por alguna ciudad española del brazo de Bruno, o que llegaban a la aldea de Galicia y conocían a los hermanos de su padre. En cualquier idea de futuro, por arriesgada o descabellada que fuese, estaba Bruno, su compañero de juegos y confianzas, su amor adolescente.

Aquel día de San Lorenzo de 1925, Renata no imaginaba que su vida iba a dar un vuelco y que sus ilusiones morirían como se desvanecen los sueños al despertar. A los quince años es difícil figurarse que la muerte puede volver la vida del revés. En 1925 Renata era una niña feliz, a pesar de la ausencia de sus hermanos. Dos años después, una funesta tormenta acabaría con sus planes y le haría derramar millones de lágrimas saladas. El barco pesquero de Bruno acabaría engullido por unas olas furiosas alzadas en rebeldía, mientras su amor, al poco de ser revelado, se convertiría en un sueño imposible de realizar. En el instante en que echaba en la sartén un buen chorro de aceite de oliva tampoco podía imaginar que acabaría casada con Berto Sandrini y que a partir de entonces empezaría su más negra pesadilla, de la que solo la casualidad conseguiría despertarla.

Enero de 1937

LUCÍA

La mujer caminaba con paso enérgico por las calles encharcadas, envuelta en un abrigo de paño negro sobre el que se había echado una toquilla de lana gris para combatir un frío más intenso de lo habitual. Parecía que el cielo quisiera desplomarse sobre la tierra. Lucía alzó la vista y lo escrutó sobrecogida. No le gustaba la nieve, mucho menos en tiempo de escasez y tristeza, y aquellos nubarrones negros, grises y violetas no presagiaban nada bueno. Había tenido que salir de casa a la fuerza, aunque el aire gélido le golpeará la cara, aunque se hubiese quedado tan a gusto recogida frente al calor de la cocina encendida.

Su hermana Marichu, que vivía en su casa desde la marcha de Carmelo, se había quedado al cuidado de los cuatro niños. En noviembre, en contra de su opinión, su marido se alistó voluntario en un batallón de *gudaris*,¹ siguiendo la llamada del recientemente creado Gobierno vasco. Ella le repitió una y otra vez que su patria era la familia, que había que dar de comer y proteger a cuatro niños y que, en medio de una guerra y bajo un cielo amenazador por el que transitaban aviones cargados de bombas asesinas, su obligación era quedarse en casa a defender a los suyos, que para las trincheras ya estaban los militares, y que nada conocía de armas ni de combates. Él ni siquiera discutió, sabía que con Lucía lo mejor era mantenerse en silencio y luego hacer lo que creyera conveniente; solía contar a sus amigos que su mujer era como la gaseosa, espuma explosiva que se deshace en cuanto se abre la botella. Y así fue. La víspera de marchar al campamento de instrucción, perdida la batalla doméstica, Lucía sacó bandera blanca y se despidió de su marido con un abrazo tan largo y cálido que la dejó otra vez embarazada. En cuanto subió al camión con su macuto, ella, todavía sollozando, caminó hasta el caserío del padre. La madrastra estaba en la cocina y ni siquiera se saludaron.

—Padre, necesito que Marichu se venga a vivir conmigo. Carmelo ha marchado al frente y no quiero quedarme sola con los chiquillos.

Marichu, que acababa de cumplir veinte años y seguía teniendo el corazón y el cerebro de una niña, miró a su hermana mayor con una alegría no disimulada. Luego esperó impaciente la respuesta de su padre.

—Marichu, ya has oído a tu hermana. Así que prepara una bolsa con tu ropa y vete con ella.

Y desde entonces las hermanas compartían techo, temores y tareas.

Lucía avanzaba rápidamente por las calles húmedas, mirando a veces al suelo para evitar los charcos, a veces al cielo, un techo que percibía como un peligro, no solo porque anunciaba nieve, sino sobre todo porque los aparatos enemigos podían asomar sus panzas en cualquier momento. Quienes vivían en Ibaya sabían que los bombardeos acabarían llegando, y por eso las autoridades

habían acondicionado refugios antiaéreos, uno de ellos cerca de su casa. El bombardeo que sufrió Bilbao el día 4 de enero, que se escuchó con espantosa claridad desde los refugios de Ibaya, hizo que las mujeres, los niños y los hombres de la retaguardia tomaran conciencia de que la guerra no era solo escasez y miseria, sino también muerte y destrucción. El miedo se instaló para quedarse.

Era difícil ver a Lucía caminar a paso tranquilo, ni siquiera en tiempos de paz, pero el ritmo que llevaba esa mañana revelaba un especial nerviosismo. No era que tuviese prisa, al menos no más que cualquier otro día, pero ansiaba llegar a la fábrica y aclarar cuanto antes la cuestión. Bastante tenía con sacar a sus hijos adelante en tiempos tan difíciles como para que le viniesen con más problemas. Además, una rebeldía interior le aceleraba el paso: acababa de visitar a don Juan, el médico, y este le había asegurado que estaba otra vez embarazada. Aunque en su fuero interno ya lo sabía, albergaba la esperanza de que la zozobra de la guerra le hubiera alterado sus ciclos de mujer y que la cosa quedara en una falsa alarma. No se trataba de que Lucía no quisiera al bebé, al contrario; las cuatro veces que había estado preñada disfrutó viendo cómo su tripa cedía hasta convertirse en una montaña de vida, pero el alzamiento militar lo trastocaba todo, y lo que en cualquier otro momento hubiera sido causa de felicidad se convertía ahora en preocupación. ¿Cómo podía traer una nueva criatura a un mundo que se había vuelto loco? ¿Cómo iba a garantizar su seguridad en medio de una guerra cruel y absurda? ¿Cómo iba a lograr alimentarlo si cada día que pasaba faltaban más cosas en los comercios? ¿Y si se ponía enferma? ¿Y si el parto se torcía y dejaba solos en el mundo a sus hijos? Sentía rabia contra Carmelo porque se había ido y la había dejado encinta otra vez. Sentía rabia contra sí misma por no haber tenido cuidado y haberse dejado hacer. Sentía rabia contra los militares sublevados que le habían perturbado una vida bien encaminada, la existencia que Carmelo y ella habían ido construyendo a base de esfuerzo y amor y que empezaba a dar sus frutos. Hasta que el 18 de julio el ejército decidió poner patas arriba la República y, de paso, asolar el país.

Todo lo que tenía y que ahora veía peligrar por culpa de los fascistas lo habían atesorado ella y Carmelo con bastante arrojo y mucho sudor. Consiguió casarse con el maketo. Su padre vio la honradez y bondad del muchacho y este hizo méritos para ganarse su afecto. El día en que le pidió permiso para formalizar su noviazgo, Carmelo le dijo a Tasio que quería afiliarse al Partido Nacionalista Vasco: dar ese paso era la mejor forma de empezar a derribar barreras y prejuicios.

—Pero tú no eres vasco —le respondió secamente Tasio.

—Nací aquí, trabajo aquí y no conozco más patria que esta tierra.

—No será tarea fácil, habrá que convencer a mucha gente.

Y juntos iniciaron un lento camino hacia la aceptación del maketo en el batzoki del pueblo. Carmelo contaba con algunos puntos a su favor: no solo era oriundo de Ibaya, sino que, además, su madre, la buena de Juliana, era muy querida en el pueblo, aunque hubiese nacido en La Rioja. Se trataba de una mujer alegre, amable, generosa, que disfrutaba echando una mano a las aldeanas de manera desinteresada. Cuando estas daban a luz, Juliana tenía la costumbre de presentarse en los caseríos con algo de comida y ponerse un delantal para echar una mano. Aquellos gestos le salían

de dentro, y las vecinas lo agradecían. Le gustaba el ambiente de la plaza del mercado, hablar con las vendedoras que bajaban de los caseríos con sus enormes cestos de hortalizas. Solo por verla entretenida, su hijo Carmelo solía comprar en un almacén de Bilbao frutos secos para que ella también pudiese tener un puestito, que no era más que una pequeña mesa portátil sobre la que disponía cacahuètes, pistachos y almendras. La mayoría de las veces no llevaba una peseta a casa: los niños la rodeaban y ella les regalaba aquellos caprichos del paladar. A Carmelo no le importaba, era poca cosa a cambio de su felicidad. Cuando no tenía producto que mostrar, se ofrecía a vigilar a los hijos de las tenderas mientras estas regateaban con las alubias o las lechugas.

Juliana y su familia eran, además, fervientes católicos y no faltaban a misa los domingos. Este rasgo favoreció mucho a Carmelo. Mientras otros obreros españoles renegaban del Señor y se hacían comunistas o socialistas, la familia Gómez tenía en común con los vascos una devoción sin fisuras. La intermediación del párroco, que se apellidaba Elorduy y defendía las demandas políticas de Aguirre, fue el aval definitivo para que el partido hiciese una excepción con Carmelo y al final le diese el carnet de afiliado. También se tuvo en cuenta que el pretendiente de Lucía, sin ser del partido, acudía desde hacía tiempo al local a jugar al mus con sus compañeros de trabajo o a celebrar algún triunfo del Athletic, que muchos domingos se iba de excursión con los del grupo de montaña y que, entre todos los afiliados entrevistados, ninguno pudo decir que de su boca hubiera salido jamás una palabra en contra de los vascos ni tampoco una blasfemia. Tasio se sintió tranquilo cuando encontró tantos avalistas entre los suyos y se emocionó profundamente el día en que entregó la mano de su hija. Incluso su amigo Pacho le dio el beneplácito.

—Has avalado a un maketo —le dijo Tasio al salir del batzoki.

—Ya ves, ¡lo que se hace por los amigos!

El hombre se paró, miró a Tasio a los ojos, le puso su gran mano sobre el hombro y con una sonrisa añadió:

—Si te digo la verdad, tampoco me ha costado esfuerzo. ¡Es que cada vez que oigo hablar a tu yerno del Athletic pienso que, vete tú a saber cómo, este muchacho debe tener algún litro de sangre vasca en las venas!

En su fuero interno, Lucía se alegró más de lo que aparentaba de que Carmelo entrara a formar parte del PNV. Aunque no había puesto reparos a enamorarse de un español, en el fondo de su corazón deseaba que se sintiera tan vasco como ella. Lo que ignoraba Lucía era que, desde el principio de conocerse, Carmelo intuía esa contrariedad: supo que ella le quería de verdad, y que lo hacía a pesar de sus orígenes. Ser maketo era para la muchacha un defecto con el que debía tragar. A su novia le daba igual que no fuera ni guapo ni alto, pero le costaba erradicar esa molestia irracional que le producían sus raíces. Carmelo nunca le dijo lo que sospechaba. Ella tampoco comentó nunca sus reservas, entre otras cosas porque cada vez que le nublaban el pensamiento las exorcizaba rápidamente. Quien sí le hizo un comentario al respecto fue su hermana Mila. En el otoño de 1925, Lucía todavía se veía a escondidas con Carmelo, por más que

este le insistiese en que debían formalizar su relación. Una tarde de domingo, mientras paseaban sobre un suelo alfombrado y mullido por las hojas otoñales de los plataneros, Mila le preguntó:

—¿Cuándo piensas hablar con aita?

—Ya veré. Todavía es pronto.

—A mí no me parece pronto, y el muchacho va en serio. Ya verás como aita supera lo de que sea riojano.

Lucía saltó enfadada.

—¡Que no es de La Rioja, que nació aquí!

—¡Ay, amante!² Me parece a mí que a quien más le fastidia que sea maketo es a ti.

—¡No digas bobadas, Mila!

—Tú verás, hermana. Pero cuando se quiere a un hombre se le acepta como es, y el que a ti te gusta es bajito, feúcho y tiene sangre española.

Lucía, muy airada, se soltó del brazo de su hermana.

—Calma, hermana. —Mila la atrajo hacia sí—. Lo que te digo es lo que hay, y lo que hay a mí me gusta. Carmelo no es guapo, es bajito y no lleva apellidos vascos. Pero es un hombre honrado y muy trabajador, de buena familia, que no se mete en líos y que tiene muchos amigos. ¡Si hasta los del batzoki le tienen aprecio! Y te trata como a una reina. ¡Con este te ha tocado la lotería!

—Sí que me trata bien, eso es verdad —contestó Lucía ya calmada.

—Pues deja de pensar en esas tonterías inventadas por los hombres y afronta la realidad. ¡Con lo valiente que tú eres!

A pesar de los consejos de Mila y de que en su batalla interior decidiera que el origen de Carmelo no le iba a importar, una minúscula ampolla hecha de prejuicios siguió adherida a su piel y, aunque no creciera, tampoco acababa de desvanecerse.

Que Carmelo solicitara el carnet del partido nacionalista fue a sus ojos una prueba de amor. Al principio no estuvo muy segura de la sinceridad política de su novio y pensó que se trataba de una estratagema para ganarse al padre. En cualquier caso, era un bonito gesto que además limaba en parte su carácter de extranjero. Más tarde descubrió que no hubo falsedad ni apariencia en su iniciativa. El apego de su marido a la tierra vasca era tan verdadero como el suyo o el de cualquiera de los que sí podían presumir, ante la tumba del mismo Sabino Arana, de tener una lista interminable de apellidos vascos. La mejor demostración de su vasquismo fue alistarse voluntario. Eso le produjo a Lucía un efecto contradictorio: por una parte, se sintió orgullosa de la valentía y el compromiso de Carmelo; por otro lado, pensó que mejor se hubiera mantenido alejado de la política y siguiese en casa. Al oír estas dudas, su padre le explicó:

—Ya sé, hija mía, que te duele su marcha. Pero de cualquier modo algún día le iban a llamar a filas, más pronto que tarde. Con su edad y su salud no se iba a librar de ir al frente. Así que mejor estará con los nuestros, a las órdenes de Aguirre.

Tasio también se sintió reconfortado cuando su yerno recibió el carnet del partido. Pero antes de conocer sus intenciones políticas ya tenía decidido dar su bendición a la pareja. No había para

él nada más importante que la felicidad de los suyos, ni siquiera la patria. No todos sus compañeros de partido, entre ellos su amigo Pacho, mantenían la misma escala de valores. Tasio necesitaba ver a los suyos contentos, en gran parte para perdonarse a sí mismo el haber sido causante de tanta desdicha. La decisión de casarse con la Bruja —él ahora también la llamaba así en sus pensamientos— fue un error fatal que sobre todo habían pagado sus hijos. Era momento de procurarles felicidad, al menos la que estuviese en sus manos.

Tuvieron una boda muy sencilla, un sábado por la mañana en la ermita de Andra Mari, la que estaba en el alto, la que frecuentaban los aldeanos. Solo acudieron los familiares más directos: los padres de Carmelo, su hermano Juventino, sus tres hermanas y sus cuñados, Tasio, sus hijos y su nuera. A pesar del desdén que sentía hacia la novia, Casilda también fue a la celebración, acompañada de sus dos hijos. Durante los preparativos, Lucía le comentó a Carmelo que no quería que fuesen, que le iban a amargar el día.

—¿Y no te amarga más el disgusto que le vas a dar a tu padre? —contestó él.

Y pensando que, al fin y al cabo, ella iba a comenzar una nueva vida mientras su padre habría de seguir soportando a la Bruja, zanjó la cuestión sin el más mínimo comentario. Tragó por él, hasta se tragó la bilis cuando Casilda le plantó un frío beso en la mejilla. Celebraron el acontecimiento, acompañados del cura, en los mismos soportales de la ermita aquel día de julio de 1926, mientras algunos chiquillos del pueblo merodeaban por los alrededores esperando que algún dulce acabara en sus barrigas. La madre de Carmelo los vio y los convidó al ágape, mientras Casilda decía que le dolía la cabeza y que iba a regresar al caserío. Lucía temió que la madrastra le aguara la fiesta, que estuviera haciendo teatro para obligar al padrino a retirarse. Sin embargo, Irene se acercó a su madre, la cogió del brazo y le dijo:

—Vamos, yo te acompaño.

Y desde ese momento Lucía se sintió más relajada. Bebieron vino y mosto, y al rato los novios escucharon música. Por la cuesta se acercaron Pacho, Pedro y cinco críos, todos vestidos con pantalón blanco y alpargatas de cuerdas. Llegaron hasta la ermita. Mientras el mayor de los chiquillos alzaba las piernas hasta el cielo en la danza del *aurresku*,³ los otros hacían sonar el *txistu*⁴ y el tamboril.

—Este es nuestro regalo —anunciaron Pedro y Pacho a los novios cuando terminó la exhibición—. Los críos son de la escuela de danza del batzoki, así que no os los podéis quedar. —Soltaron una carcajada.

Todos aplaudieron. Lucía y su suegra lloraron emocionadas y, al verles, también Marichu soltó unas lágrimas. Brindaron y ofrecieron tarta a los *dantzaris*.⁵ Con tanto niño alrededor, más que una boda aquello pareció una fiesta de cumpleaños.

Después bajaron a Ibayá. La pareja de recién casados entró en su nuevo hogar, una minúscula casa de alquiler situada a las afueras, con un huerto en la parte trasera, una cocina, dos habitaciones y un retrete. El fin de semana anterior la habían acondicionado. Con ayuda de los hermanos, Carmelo pintó el interior y la fachada de color blanco y los marcos de verde oscuro.

Las paredes de las habitaciones también se sanearon. Lucía y sus hermanas hicieron limpieza general. Seguía oliendo a lejía y a cera cuando entraron. No había más muebles que unas baldas en la cocina, una cama y un ropero en uno de los cuartos; lo demás seguía vacío: los ahorros se habían esfumado en la pintura y en el convite. Carmelo consiguió tres cajas de madera, una grande y dos más pequeñas, que durante dos meses les sirvieron como mesa y taburetes. A Lucía aquella ocurrencia le hizo gracia e inmediatamente sacó de un baúl un mantel de cuadros, lo puso sobre la caja más grande, cogió unas flores del camino, las metió en un vaso y colocó el ornamento sobre el mantel. Le pareció entonces que la cocina ya era suya.

—Ahora la casa parece una caja de bombones —dijo Carmelo mientras la abrazaba.

—Es nuestra —suspiró ella llena de satisfacción.

Lucía saboreaba cada día la libertad ganada: ahora solo limpiaba y cocinaba para ella y su marido, nadie le decía lo que tenía que hacer, y le gustaba organizarse por sí misma. Su padre le regaló simiente para la huerta y pronto tuvo lechugas, calabacines, calabaza, acelgas, perejil, cebolletas, tomates, pimientos, judías y patatas. Muy poco de cada cosa, pero suficiente para los dos.

Cada tarde esperaba la llegada de Carmelo con la mesa —que finalmente habían comprado de segunda mano— dispuesta para la cena. Y hablaban todo el rato, primero de lo que había deparado el día, de asuntos rutinarios, y, cuando el tiempo lo permitía, salían a la entrada a tomar el fresco mientras hacían planes, proyectando un futuro que siempre imaginaban superior. Estaban de acuerdo en que una vida mejor pasaba por el ahorro, que se convirtió, mes a mes, en una meta. Y entre las horas extras de él en la fábrica, los apaños de ella, la economía que suponía la huerta a la hora de la comida y la ausencia de gastos superfluos, la pareja pudo ir ahorrando poquito a poco.

Un año después de la boda llegó el primer hijo, Telmo. Luego vinieron muy seguidas Adela y Tere. Y cada embarazo fue celebrado con júbilo por el joven matrimonio. Cuando en 1934 nació Íñigo, Lucía y Carmelo decidieron que debían cambiar de casa. Ya no cabían en la cajita de bombones. Tenían tres niños de siete, cinco y dos años durmiendo en la misma habitación, y un bebé que compartía dormitorio con los padres. Para algo habían estado ahorrando con tanto tesón. Con el fin de mejorar habían trabajado con empeño. Él había ascendido en la fábrica a jefe de taller, y ella había cultivado la huerta en su afán de evitar cuentas de la tienda de comestibles. El 7 de abril de 1936 Carmelo llegó a casa exultante.

—¡Lucía, Lucía! —la llamó desde el camino.

—¡Hombre, por Dios! ¡Qué gritos son esos!

Los niños se acercaron corriendo a abrazar a su padre. Con los tres mayores rodeándole las piernas, le dijo:

—¡Que tenemos casa, mujer! ¡Es grande y muy bonita!

La familia al completo salió esa misma tarde a conocer su nuevo hogar. No habían ahorrado suficiente para comprarla, pero sí podían permitirse un alquiler más caro. Al verla, Lucía se llevó

un disgusto. Tenía razón Carmelo al afirmar que la casa era grande: dos plantas, cuatro dormitorios, una cocina amplia y hasta una sala. Además tenía un baño completo, con bañera y lavabo. Pero todo estaba viejo y resultaba triste. ¿Quién podía haber vivido allí en esas condiciones? Cuando Carmelo vio el rostro apesadumbrado de su esposa sonrió de oreja a oreja, la tomó por los hombros y, mientras le hacía dar una vuelta sobre sí mismos, le explicó:

—Lo mejor es que está vieja.

—¿Lo mejor, dices? ¿Te has vuelto loco?

—Mira, Lucía. Por estar así de vieja nos dejan el precio del alquiler muy ajustado durante los dos primeros años. Y nosotros nos encargamos de acondicionarla. Tú y yo, con ayuda de la familia, vamos a dejarla preciosa, como una caja de bombones, ¡pero de las de kilo!

—¡Claro, menudos son los dueños! ¡Y a los dos años o nos echan o nos ponen el alquiler por las nubes!

—O la compramos.

—¡Tú sueñas!

—No sueño, mujer. ¿Sabes de quién es esta casa?

—Ni idea. Creo que aquí vivía antes una mujer mayor.

—Vivía de alquiler, como nosotros. Pero la casa es de un conocido de Pacho, de uno que vive en Bilbao. La compró como inversión para sacarle una renta. Pero se ha cansado de ella. Por eso está así de desarreglada. No la quiere conservar, y me ha ofrecido un buen acuerdo: la arreglamos, vivimos de alquiler por lo menos un par de años, y luego, si queremos, la compramos a buen precio. Nos descontaría lo que hemos adelantado con el alquiler.

—¿Y si luego no nos llega para la compra?

—Hablo con él y prorrogo el alquiler. O nos vamos a otra.

—¿Qué os parece, niños? —preguntó la madre a los chiquillos.

—Que está sucia —contestó Adela.

—Y vieja —añadió Tere con su incipiente lengua de trapo.

—Pero es muy grande y podremos tener dormitorio de chicas y dormitorio de chicos. ¡Y bañarnos cuando nos dé la gana! —gritó Telmo a sus hermanas.

Detrás del edificio había un terreno más grande que el de la cajita de bombones. Y junto al huerto, una construcción amplia, diáfana, donde antaño se debieron guardar carruajes. Aquello terminó por convencer a Lucía: podría seguir cultivando verduras y hortalizas, e incluso criar conejos y gallinas.

A finales de mayo ocuparon la vivienda. La ilusión de la familia Gómez chocaba con una realidad convulsa. Tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero, los periódicos ofrecían la imagen de un país con las aguas revueltas: disturbios, tiroteos y decenas de muertos; asaltos a iglesias y a sedes de partidos políticos eran noticias habituales en sus páginas. Los ciudadanos de Ibayá vivían con cierta preocupación, pero como ya habían superado el trauma de la aciaga semana de la huelga general de octubre de 1934, que se cobró más de cuarenta muertos

en el País Vasco, el clima revuelto que anunciaban los noticiarios era visto como otra enfermedad que se curaría en poco tiempo. No imaginaban que toda esa violencia era el preludio de una guerra civil que habría de marcarles para siempre. Mientras los políticos debatían y discutían airadamente, mientras los falangistas y anarquistas sacaban sus balas y explosivos, las familias trabajadoras continuaban con sus quehaceres. La vida no podía pararse.

Y la de Carmelo y Lucía caminaba por la senda de un futuro que no les iba a ser regalado, sino que habría de ser horadado con esfuerzo y que anhelaban con todas sus fuerzas, hasta el punto de que él decidió emprender un negocio en el edificio anexo a la casa. La idea surgió una mañana de 1936, antes de iniciarse la guerra, cuando se enteró de que una máquina de etiquetado que La Temple había fabricado por encargo para un industrial de Bermeo iba a ser devuelta por falta de pago. La máquina en cuestión era una copia de la que hacía tres años había inventado el industrial Stanton Avery en Estados Unidos. Se trataba de una verdadera novedad, de la que don Evaristo tuvo noticia a través de una revista especializada. El empresario vasco no tuvo empacho en copiar el aparato, aunque pidió a su ingeniero que introdujera algunas modificaciones a fin de eludir el pago de la patente. La fábrica en la que trabajaba Carmelo se dedicaba a producir maquinaria y tenía pedidos de la región, pero también de Francia y de otras zonas de España. Al saber de la devolución de la máquina, Carmelo se presentó en el despacho del director y le propuso comprarla. Su idea era servir etiquetas adhesivas a los propios clientes de La Temple que tenían sus conserveras en Vizcaya, colocar la máquina en el edificio del huerto de su casa y contratar un operario para su manejo. El dueño de la fábrica sentía afecto por Carmelo y vio con buenos ojos la iniciativa del empleado, sobre todo cuando este le aseguró que no pensaba dejar su puesto de jefe de taller: suponía un jornal fijo bien pagado del que no pensaba prescindir. Llegaron a un arreglo en la forma de pago, que se realizaría a plazos, y don Evaristo le prometió que le recomendaría a sus clientes.

El apretón de manos se produjo en junio de ese año. Ahora, en medio de una Navidad terriblemente triste, fúnebre en los platos casi vacíos, pesarosa por el recuerdo de los que estaban lejos, lánguida por falta de alegría y tormentosa a causa del miedo, un camión había aparcado junto a la casa de Lucía para depositar el artilugio. ¿Cómo se le había ocurrido a don Evaristo que seguirían interesados en ese aparato del demonio en semejante situación? ¿Para qué, si su marido estaba luchando en el frente? ¿Con qué iban a pagarla si no podían ponerla en marcha? ¿Acaso se creía que en esas circunstancias iba ella a contratar un operario?

Con el revuelo de la contienda, Lucía se olvidó de la etiquetadora y, al parecer, Carmelo también, porque antes de su partida no le comentó nada. Al llegar a La Temple el conserje la saludó:

—Buenos días, Lucía. ¿Qué sabes de tu marido?

—Poca cosa. En su última carta decía que estaba bien. ¿Sabes si me puede recibir don Evaristo?

—Espera aquí.

Diez minutos después subía las escaleras principales del edificio de oficinas. Una secretaria mayor, enjuta y con gafas, la acompañó hasta el despacho del director. Ella se sintió menguar: aquel hombre tan poderoso, tan bien trajeado y tan educado la hacía sentirse incómoda. Era el jefe de su marido y, aunque le conocía del tiempo que sirvió en su casa, no se sentía a gusto en su presencia.

—Buenos días, señora Gómez. ¿Trae nuevas de su esposo? —Desde que se casó con su empleado, él había dejado de tutearla.

—Dice que está bien, pero no vengo por eso, don Evaristo.

—Pero siéntese mujer, siéntese. —Lucía se sentó frente al escritorio y estiró la columna como si al verse más recta pudiese afrontar con mayor valentía lo que tenía que decir—. El día de Navidad estuvieron sus críos en casa. Están muy crecidos.

—La señora y usted son muy amables. A los chiquillos les hace mucha ilusión el aguinaldo. Yo no pude ir a felicitarles las fiestas. Por eso mandé a mi hermana. Pero les doy las gracias.

—No es nada, mujer. Hay que celebrar la Navidad como Dios manda, y ya sabe que es costumbre. Pero ¿no habrá venido hasta la fábrica solo para darme las gracias?

—Verá, don Evaristo. —Le costaba encontrar las palabras y el tono. Estaba tan airada que temía resultar ofensiva o grosera, y por nada del mundo le hubiera gustado mostrar su malestar, no fuera que después el amo, como ella le llamaba, tomara represalias—. Que me han dejado en casa la máquina de etiquetar y yo pensé que como Carmelo se había ido al frente, pues que no me la mandarían.

—¿Le estorba la máquina en su casa?

—No es eso, don Evaristo. Pero ¿para qué quiero yo una máquina si no está Carmelo con nosotros?

—Su marido volverá, y seguro que le gustará encontrarse la etiquetadora esperándole. ¡Le ha puesto tanta ilusión al proyecto!

Lucía no sabía cómo afrontar la cuestión de los pagos. Y entonces el hombre, un cincuentón de pelo blanco y lentes de contacto, un poco gordo y de sonrisa fácil, apoyó los brazos sobre la mesa y se acercó para adoptar un tono algo más confidencial.

—Le preocupan los plazos, ¿no es eso?

Lucía asintió con la cabeza, sin abrir la boca.

—Pues ya se puede ir tranquila, que hasta que la máquina no empiece a funcionar con Carmelo al mando, yo no le voy a cobrar nada. De estas cuestiones usted no se preocupe, son cosa de él y mía. Ya tiene usted bastante con sacar a los críos adelante. Si ordené que enviaran la máquina a su casa es porque en estos tiempos no me fío y lo mismo acaba perdida por ahí. Tampoco he querido traerla a nuestro almacén, ya que igual alguno empieza a enredar y la rompe. Creo que en su casa está mejor, si no le molesta, claro.

—No, no. Si a mí no me importa, solo que estaba preocupada, que usted bien sabe que ni a Carmelo ni a mí nos gusta deber nada a nadie. Somos cumplidores.

—Lo sé, lo sé —confirmó don Evaristo riendo con amabilidad.

Entonces, ya serena, Lucía recobró su arrojo.

—Yo quería proponerle otra cosa.

—Usted dirá.

—Mire, patrón, yo no sé cuánto va a durar esta guerra, ni cuánto tiempo va a estar mi marido luchando. Y tengo muchas bocas que alimentar. Los ahorros poco a poco se nos van a agotar, y por eso me preguntaba si no tendría usted un trabajo para mí. Puedo limpiar, nunca tuvieron queja, que yo sepa, o hacer alguna otra cosa que se le ocurra. Tareas de hombre, también.

Lucía ocultó que estaba embarazada. Para cuando se le notase la barriga ya habrían pasado un par de meses y, aunque entonces la despidieran a causa de su estado, al menos habría llevado algo de dinero a casa durante un tiempo.

—Ni lo sueñe, señora —contestó don Evaristo poniéndose en pie.

El corazón le empezó a latir desbocado. Pensó que el hombre se había enojado con ella. Había abusado de su confianza, debía haber meditado la oferta antes de darle rienda suelta. Mira que se lo repetía Carmelo: «Que no piensas bien las cosas antes de abrir la boca, que te pierde ese carácter impulsivo». Debía haber aprendido la lección que él tanto le remarcaba cuando le decía: «¡Ay, Lucía!, cuántas veces tengo que decirte que eres dueña de tus silencios y esclava de tus palabras». «Una vez más —se dijo— me he dejado llevar por este carácter impetuoso. ¡Si antes de venir a tratar el asunto de la máquina ni siquiera se me había pasado por la cabeza solicitar un empleo! Menuda ocurrencia.»

—¿Es que no ha recibido usted el jornal desde que Carmelo se fue?

—No, señor.

—Pues alguien en administración ha cometido un error. Yo transmití la orden de que a las familias de determinados empleados, entre ellos su marido, se les hiciera llegar el jornal base mientras estén en el frente. Luego, cuando vuelvan, ya me arreglaré yo con ellos. Pero, de momento, no voy a dejar que sus hijos pasen más penurias de las necesarias. Así que usted se pasa ahora por administración para que le den un sobre. Y cada viernes vuelve a la hora de la paga, o, si lo prefiere, se la entrego a su padre para que se la haga llegar.

—Mi padre se hará cargo. Gracias, es usted muy bueno...

Lucía se puso de pie con intención de irse. Al lado de don Evaristo parecía más menuda, y eso que la maternidad le había redondeado las formas. El dueño de La Temple la acompañó hasta la puerta.

—Espero que, a pesar de los tiempos que corren, haya tenido una feliz Navidad, Lucía.

—Lo mismo, don Evaristo. Que Dios le bendiga.

De vuelta a casa, con el sobre marrón en el bolsillo del abrigo, Lucía caminaba muy contenta, y esa alegría la conducía sin remedio a acelerar el paso. Sus movimientos no delataban el nerviosismo del trayecto de ida, sino una especie de jovialidad casi danzarina, una expresión corporal que decía mucho de su renovado estado de ánimo y que contrastaba con el andar lento y

arrastrado de otros viandantes que cargaban el cuerpo hacia delante en una postura de derrota. Mientras atravesaba las calles del pueblo se paró a saludar a algunas conocidas y estuvo más habladora que nunca, aunque a ninguna le contó su entrevista con el patrón. Era consciente de las dificultades que pasaban otras madres, y contar su buena nueva le parecía fuera de lugar. Como si cuando la miseria y la tristeza lo cubren todo, los pedazos de felicidad personal hubieran de vivirse de puertas adentro, en secreto, para no provocar mayor pena a los que están alrededor.

Tuvo que esperar una larga cola en el ultramarinos de Amancio y Araceli. Al igual que las demás mujeres, se había enterado por la prensa de que ese día se repartirían azúcar, patatas y aceite. Todas llevaban el monedero en una mano y las libretas de racionamiento en la otra. La de Lucía era de color rosa, categoría C, para más de tres raciones. Otras llevaban la cartilla morada, para tres personas, y unas pocas mostraban la libreta amarilla, para una o dos bocas. Las mujeres habían aprendido rápidamente las reglas que regían esta nueva forma de comprar. Por eso, dentro de cada cartilla guardaban los cupones, el número uno para el aceite, el número dos para el azúcar y el número tres para las patatas. Sabían que sin la cartilla esos cupones no servían, y también conocían de antemano lo que les iban a cobrar por cada producto y la cantidad que les asignarían. Ese día habrían de pagar el kilo de patatas a 0,75 pesetas, el azúcar a 1,80 y el aceite, lo más caro, a 2,20. Con seis bocas que alimentar, a Lucía le entregarían más de un kilo de azúcar. Las mujeres sentían cómo el frío subía desde sus pies y les recorría el cuerpo y trataban de entretenerlo conversando las unas con las otras. Algunas se mostraban impacientes. Temían que, como en otras ocasiones, el tendero se quedara sin género, lo cual les obligaría a pedir de nuevo la vez en otro establecimiento e incluso a tener que trasladarse a otro pueblo para adquirir los productos protegidos por el Gobierno vasco. Cuando le tocó el turno, Lucía se sintió desolada. Las estanterías, en otro tiempo cargadas de apetitosos productos, se hallaban ahora semivacías; la ausencia de alimentos como la mantequilla o el chocolate le generaban una profunda tristeza. Adquirió el aceite, las patatas y el azúcar, y compró unos pocos garbanzos y un pequeño trozo de bacalao a precio no tasado. No quiso hacer dispendio, no fuera que alguien llegara a comentar el gasto. En un bolsillo llevaba el sobre, con una mano sujetaba las patatas y en la otra cargaba el resto. Con la mirada al frente y el paso rítmico reemprendió el camino a su casa.

No pudo evitar encontrarse con su amiga Carmen. Ella y su marido, Alfredo, formaban una de las parejas con las que el matrimonio Gómez pasó más tiempo antes de la guerra. Durante años acudieron juntos a las romerías, a las meriendas campestres, al cine cuando se podía y a los bailes antes de que nacieran los hijos. La amistad venía de los hombres, que se criaron en la misma casa de vecindad. Sus novias pronto congeniaron y se hicieron buenas amigas. Mucho era lo compartido. Por eso a ambas les dolía más.

Aquella mañana Lucía habría cruzado de acera si se hubiera dado cuenta de su presencia. Pero se topó con su amiga de frente y no tuvo más remedio que pararse. La relación se había ido enfriando varios meses antes de la guerra, cuando las discusiones políticas de los hombres

alcanzaron un tono de enfrentamiento. Y la distancia se convirtió en abismo el domingo que Alfredo apareció con la camisa azul de los falangistas. Carmen intentó salvaguardar su amistad:

—Lo que piensen Alfredo y Carmelo no debe separarnos —le dijo una tarde que se presentó muy apurada en casa de Lucía.

—Tal vez, pero las cosas que dice tu marido a mí me duelen tanto como a Carmelo. Ya sabes de qué pie cojea, Carmen.

—Pero eres mi amiga.

—No es suficiente. La política es más fuerte.

—Algo podremos hacer.

—Nada. Porque yo no voy a ir en contra de Carmelo, y él ya no quiere saber nada de vosotros. Y conste que le duele, que él apreciaba mucho a Alfredo. Antes. Ahora es distinto.

—¿No está la amistad por encima de estas cosas?

—Así debería ser, pero la camisa que lleva tu marido los domingos no es de fiar.

—¡Solo es una camisa! ¿O no llevan los vuestros sus símbolos?

—Carmen, no seas ingenua. ¿Es que no escuchas la radio?

—No todos van pegando tiros por ahí. Alfredo es un hombre pacífico.

—Por eso no entiendo que se haya hecho fascista.

—Porque...

—No me lo cuentes. No me interesa.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

Al encontrarse en medio de la calle, una frente a otra, Carmen se paró y la saludó con una sonrisa.

—Hola, Lucía, ¿qué tal en casa?

—Bien, gracias —respondió secamente.

—¿Sabes algo de Carmelo?

—Ahí sigue.

—¿En el frente?

—¿Dónde si no?

Carmen era una mujer paciente.

—Pero ¿está bien?

—Eso dice.

Ante la infinita paciencia de su amiga, Lucía se dio por vencida, dejó que se calentase su hielo y preguntó por Alfredo, quien desde el alzamiento estaba desaparecido.

—¿Y tú qué sabes de tu marido?

—Sigo sin saber dónde anda. Probablemente esté en Burgos, pero no me ha llegado ninguna carta.

Carmen se echó a llorar, silenciosamente, para no llamar la atención. Al verla tan afectada, Lucía le tomó el brazo, en un gesto instintivo de consuelo. No era nada fácil ser la esposa de un

fascista en territorio fiel a la República.

—¡Esta maldita guerra! —suspiró.

—Estará bien, mujer, no te apures. Si ha llegado a Burgos, los suyos le protegerán. Y seguro que no te manda noticias porque tiene miedo de que te pase algo. ¿Tú has tenido problemas?

—Han venido a casa dos veces a buscarlo. Yo ya les he dicho que había huido, que se había marchado al frente con los nacionales. A mí me han dejado en paz.

—No te harán nada. No son salvajes, solo defienden lo suyo.

—Nadie me saluda, Lucía. Y es terrible. Ni siquiera tú querías pararte a hablar conmigo.

—Tu marido está con los sublevados, y el mío con los gudarís. No puede ser de otra manera. Nosotros no provocamos la guerra.

—Tampoco yo.

—Vamos a dejarlo —quiso zanjar la cuestión Lucía.

Se hizo un incómodo silencio entre ambas. Lucía iba a emprender su camino cuando Carmen, ya sosegada, la paró de nuevo.

—¿Los niños están bien?

—Sí, muy bien, creciendo. ¿Y tu hija?

Carmen empezó de nuevo a sollozar, ante la mirada incómoda de su amiga.

—¡Ay, Lucía! ¡Que se me ha puesto enferma! ¡Y los boticarios no me han querido despachar la medicina, que no me fian!

—¡Jesús, por Dios! ¡Adónde vamos a llegar! ¿Qué medicina necesitas?

—Un jarabe. Aquí llevo apuntado el nombre.

Lucía cogió el papel.

—Espérame en la plaza.

La mujer de Carmelo Gómez se acercó hasta la farmacia, pidió el jarabe y lo pagó. Al volver se encontró a su amiga sola, sentada en un banco, muerta de frío.

—Toma.

—¿Te han fiado?

—No ha hecho falta.

—Dios sabe que te lo pagaré.

—Ahora preocúpate de la niña. Y si te hace falta más, me lo haces saber. Pero mejor que no aparezcas por mi casa.

—Gracias —dijo Carmen en un susurro.

—La niña no tiene culpa —respondió Lucía.

—Ni nosotras tampoco —contestó Carmen con tristeza mientras se alejaba hacia su calle.

Las dos mujeres se separaron, llevándose consigo, cada una, un regusto amargo, la sensación de que la vida les había jugado una mala pasada. Ambas se fueron con nostalgia de otro tiempo de paz, de aquellos lejanos años de juventud donde nada parecía tan serio ni tan tremendo como para romper una amistad sincera.

Tras el encuentro con su antigua amiga, la alegría que le había producido el sobre marrón se disipó. Últimamente las pequeñas dichas duraban poco, la niebla de los pensamientos grises se abatía a cada momento por su mente. Cuando eso ocurría rezaba un padrenuestro, como quien recita un conjuro, aferrándose a la inocente idea de que la oración habría de actuar como una pócima que curaría el mal de la guerra. Iba recitando el «líbranos del mal» cuando pasó frente al taller de ropa. Allí estaba Elvira frotando con un trapo los cristales de la puerta. Se conocían de vista, pero nunca se habían tratado. Cuando levantó la cabeza para saludarla, Elvira se dio la vuelta sin responder al gesto y se metió para dentro. «¡Será antipática esta mujer!», pensó. Lucía Elejalde no entendía cómo Amancio y Araceli hablaban tan bien de la esposa del sastre. En su opinión, era ruda y seca; no había conseguido cruzar con ella más que unos obligados «buenos días» o «buenas tardes» en todos los años que llevaba viviendo en Ibaya y, a pesar de ello, los propietarios del ultramarinos seguían afirmando que esa arisca señora era una buena persona.

Lucía siguió su camino ofendida por el desaire. No podía imaginar que Elvira ni siquiera había notado su presencia. Una profunda inquietud la mantenía tan absorta que sus ojos y sus oídos estuvieron durante un largo rato ajenos a lo que sucedía a su alrededor.

ELVIRA

Cuando la preocupación o el enfado la asaltaban, Elvira buscaba remedio en la soledad de las tareas domésticas: lavaba ropas que nadie había ensuciado, planchaba trapos de cocina o fregaba suelos. En tiempos de abundancia prefería cocinar para varios días, pero la escasez de aquel enero de 1937 hacía inviable la tarea culinaria, y por eso prefirió buscar sosiego repasando los cristales del taller hasta pulirlos. A pesar de que en la calle el frío era intenso, ella ni lo notaba, sumergida como estaba en sus tribulaciones.

No recordaba unas navidades más tristes que las de 1936. Durante meses se vivió una relativa calma en Vizcaya. Los puntos calientes de la contienda permanecieron enquistados en otras zonas; aun así, las consecuencias de la guerra se fueron posando como el polvo del hollín, poco a poco, paso a paso, desluciendo el paisaje cotidiano. Primero empezaron a escasear los alimentos. El conflicto armado iba rompiendo las comunicaciones a su antojo, al compás del avance de los frentes; ya no llegaban los productos que se cultivaban en el interior de la península, y por eso el aceite, la harina o el azúcar eran ahora objetos de culto y deseo, perlas preciadas por las que había que pagar un dineral. Al semivacío de las tiendas se sumó el sonido de los motores roncós y soberbios de los primeros aviones alemanes que sobrevolaron días antes el cielo encapotado de su tierra. La Legión Cóndor lanzó inmisericorde sus bombas letales sobre Bilbao. Y aunque no hubo más que tres muertos, uno de ellos un piloto alemán de veintisiete años que murió linchado tras caer en zona enemiga, el ataque sembró sobre Elvira y sobre el resto la semilla del miedo. Aquel 4 de enero la guerra abrió sus fauces, mostrando su capacidad de destrucción, exhibiendo a cara descubierta su crueldad. A los bombardeos de las tropas enemigas se añadió el asalto a las cárceles de Bilbao, donde más de doscientos presos carlistas, falangistas y monárquicos murieron a manos de la violencia brutal de los manifestantes republicanos, que, ciegos por la ira y el ansia de venganza, se proveyeron de machetes y palos y corrieron en masa a los conventos y prisiones donde los partidarios del alzamiento estaban encarcelados. El miedo, la angustia y el terror se fueron enquistando en Ibaña y su entorno. Sobre todo cuando tocaba correr al refugio antiaéreo.

A Elvira no dejaba de asombrarle la capacidad de adaptación de los niños a las situaciones nuevas, por muy difíciles que fueran. La noche de Navidad sus hijos pusieron la mesa con mantel y vajilla de fiesta, aunque no hubiera manjares especiales para servir en los platos. Manuela, que era ya una mujercita de once años, organizó una función: ella representó a la Virgen María, a su hermano Alberto lo disfrazó de san José y le puso en la mano derecha el bastón de su padre. Javier mostró sin rubor unas alas de ángel hechas con papel de estraza, y el pequeño Ignacio, que acababa de cumplir un año, se convirtió en el niño Jesús. A pesar de que la escena provocó las

alabanzas y los aplausos de su madre, Manuela, que era muy lista, se dio cuenta de que un tul de tristeza ensombrecía su rostro. Para después de la representación religiosa, la niña guardaba una nueva sorpresa: leyó una plegaria que ella misma había escrito, en la que rezaba por todos los que sufrían y pedía a Dios que la guerra acabara pronto y que la familia permaneciese unida. A pesar de que su corazón de madre se reblandeció como la mantequilla al calor, Elvira no lloró. Las lágrimas no formaban parte de su repertorio. Ni siquiera lloró de impotencia, que era precisamente el sentimiento que dominaba sus días desde hacía meses.

A Elvira, que había dejado su pueblo con solo catorce años, nada la amedrentaba en la vida, al menos nada en tiempos de paz. Había salido adelante, primero sola, trabajando con denuedo, lavando la porquería de los ricos y cuidando de los hijos de estos, y más tarde junto a Manuel, dejando las horas en el negocio de costura que en su día les vendió el señor Jauregui. Entre sus clientes se encontraban algunas fábricas de la zona y los almacenes más grandes de la villa. El negocio marchaba tan bien antes del alzamiento que llegaron a tener contratadas a siete costureras y a dos patronistas, además de contar con la ayuda de otras mujeres que cosían en sus casas a destajo. Ahora pasaban apuros: la mayoría de los pedidos se habían anulado. ¡Quién iba a querer renovar los uniformes de trabajo cuando el futuro resultaba tan impredecible! Sin embargo, ese no era el problema que acaparaba los pensamientos de Elvira aquella mañana —la miseria estaba ya asumida—, sino la visita de su cuñada Petra.

El día de Reyes, la hermana de Manuel estuvo en su casa. Era habitual que apareciera por allí. Llenó de besos y abrazos a sus sobrinos y, un rato después, les dijo:

—Bueno, niños, ahora la tía Petra tiene que hablar con vuestros padres de asuntos de mayores. Así que a jugar un rato.

Elvira y Manuel se miraron alarmados. Aunque Petra siempre traía noticias frescas, nunca hasta entonces había evitado que los críos estuvieran presentes. A pesar de que resultaba paradójico que a su cuñada la guerra le hubiese abierto las puertas de la felicidad, estaba a la vista que desde el golpe de Estado una nueva mujer había renacido. Petra, que a pesar de su belleza seguía soltera, salió de su cocina doméstica y de sus tareas de costura para servir a la causa republicana. Durante las primeras semanas trabajó en los comedores sociales que las mujeres de las agrupaciones socialistas organizaron para atender a los hijos de los milicianos. Fue entonces cuando conoció a Jesús López, un concejal del partido obrero que fue a la agrupación a dar ánimos a las voluntarias. Al constituirse en octubre de 1936 el primer Gobierno vasco, presidido por el nacionalista José Antonio Aguirre, Jesús consiguió para su novia un trabajo remunerado en el Departamento de Asistencia Social, que estaba dirigido por el socialista Juan Gracia. En tres meses se pusieron en marcha comedores, alojamientos colectivos y servicios médicos. Petra se dedicaba a buscar cobijo a los miles de refugiados que venían de Guipúzcoa huyendo de los sublevados y, en medio de tanta desgracia, sentía, sin embargo, una felicidad que hasta entonces le había sido negada.

Trabajar en el departamento y ser la novia de un concejal le permitía enterarse antes que los

demás de lo que se cocía en las altas esferas.

—Dicen que el Gobierno vasco está pensando en sacar a los niños de aquí, llevarlos al extranjero. A Jesús le han comentado que el presidente está en contacto con los ingleses, los franceses y los belgas para que los acojan. No hay nada oficial todavía, pero si queréis, en cuanto el asunto esté organizado, yo me ocupo de que los niños tomen el primer barco.

—¿Y por qué habrían de marcharse? —preguntó alarmada Elvira.

—Las cosas se están poniendo feas, cuñada. Los aviones alemanes ya no se andan con chiquitas, y el Gobierno quiere proteger a los niños.

—Pero no será obligatorio, ¿digo yo!

—No, mujer, obligatorio no, pero conveniente parece que sí. Si los alemanes y los nacionales llegan hasta aquí, puede haber muchos muertos. Se trata de protegerlos hasta que pase el peligro. Luego los repatrían y vuelven con vosotros.

—No sé, no sé —fue todo lo que acertó a decir Manuel.

—Mirad —añadió la hermana—, todavía no hay nada cerrado. Yo os aviso para que os lo vayáis pensando y no tengáis que tomar una decisión de la noche a la mañana. Si decidís que sí, me lo decís y yo los coloco en el primer barco. En cuanto sepa algo más os cuento. De momento solo son rumores. Pero ya se sabe que cuando el río suena, agua lleva.

Cuando Petra se marchó después de despedirse de sus sobrinos, el matrimonio no planteó el asunto. Manuel y Elvira formaban una pareja silenciosa, que solo hablaba cuando era necesario y que no abordaba las cuestiones difíciles hasta haberlas madurado de forma individual. Desde el anuncio de Petra, Elvira vivía con un runrún interior que no la dejaba en paz. Pensaba, por un lado, que una buena madre debía, ante todo, salvaguardar a sus hijos. Por otro lado, recordaba la sensación de abandono cuando a ella la enviaron, por su propio bien, a casa de los abuelos. Aquel desgarró la había marcado profundamente, dejando una cicatriz que no terminaba de curar, y no quería que sus hijos sintieran lo mismo ni por un instante. Además, le venía a la cabeza de manera insistente la imagen de Manuela recitando la oración de Nochebuena en la que dejaba bien claro que agradecía a Dios que la familia permaneciese unida. Tras esa plegaria se escondía el miedo que pasó su hija el día en que se presentaron en el taller dos hombres uniformados con una carta para su padre. Manuel, nervioso con la misiva, se la leyó a su mujer en voz alta, sin darse cuenta de que la chiquilla estaba delante. Manuela no solo entendió lo que decía aquel papel, sino que pudo percibir con claridad la alarma de los mayores. Y tuvo miedo de que su padre tuviera que marchar al frente y se lo imaginó abatido en una trinchera o herido y solo en un hospital. La niña alimentaba estas escenas dramáticas a partir de los retazos de conversaciones que oía por la calle y de los comentarios de sus compañeras, cuyos padres habían sido llamados a filas. La carta instaba a Manuel Jiménez a presentarse de inmediato en la oficina de reclutamiento. Elvira le acompañó.

—¿Por qué no se ha presentado antes? —le preguntó el soldado que estaba tras una mesa llena de papeles.

—Nadie me avisó. Antes vivía en Gallarta, tal vez por eso —dijo Manuel.

—Es probable que se le buscara en la antigua dirección, pero eso tampoco le disculpa. Los llamamientos se han hecho públicos, y en situación de guerra usted debería haber estado atento, como todos —le contestó el soldado de malas maneras.

—Es que yo no hice el servicio militar.

—¿Y eso por qué?

—Porque estoy impedido.

—¿Trabaja usted?

—Claro, tengo un taller de costura.

—Pues si trabaja también podrá luchar, digo yo.

—Aquí tengo el documento que me envió el ministerio, donde dice que no soy apto.

—No será usted el primer no apto que acaba empuñando un fusil. ¿O la República no merece su esfuerzo?

Manuel no contestó. El soldado puso un sello a un documento y se lo entregó.

—Ahí tiene la dirección del cuartel al que debe dirigirse. Como muy tarde, la semana próxima.

Apesadumbrado, incrédulo, con el papel en la mano, salió de la fila. El mundo se le caía encima. Se acercó a Elvira, que esperaba en un banco corrido junto a otras mujeres, y le enseñó el papel. Mientras ella se santiguaba en un gesto nervioso, le dijo en un tono de voz más alto del que acostumbraba:

—Pero ¿cómo vas a ir tú al frente si no puedes correr? ¿Es que se han vuelto todos locos?

Justo en ese momento pasó junto a la pareja un capitán. Al oír a Elvira se paró:

—Perdone, señora, ¿le ocurre algo?

Elvira fijó sus ojos, interrogante, en las estrellas de la guerrera. El militar comprendió que la mujer no sabía cómo dirigirse a él.

—Capitán —aclaró señalándose el bordado de la chaqueta.

—Perdone usted, capitán —intervino Manuel, que no quería que ella hablara por él—. Mi esposa se ha puesto nerviosa porque a mí, de joven, me dieron por inútil debido a la pierna, y ahora el soldado dice que me presente en el cuartel.

Sin que el capitán se lo pidiera, Manuel le enseñó los dos documentos.

—¿Qué le pasó en la pierna?

—Siendo un muchacho, me la aplastó una vagoneta en la mina.

El capitán observó el bastón que llevaba Manuel.

—¿Todavía lo necesita?

—A ratos, cuando me canso.

—Venga conmigo.

Adelantaron la fila hasta la mesa del oficinista. Cuando vio a su superior, el soldado se puso de pie y saludó marcialmente.

—Descanse, soldado. ¿Se puede saber por qué ha tramitado orden de alistamiento a un hombre

que ya en su día fue calificado como no apto?

—Tengo órdenes del sargento, capitán.

—Pues ya hablaré yo con su sargento, ¡menudo ejército que vamos a organizar si nos llevamos a todos los tullidos! Ahora hágame el favor de expedir el documento de dispensa a este hombre. ¡Es una orden!

Aunque no les hizo gracia el calificativo de «tullido», en ese momento tampoco les importó demasiado. Manuel y Elvira no podían creer que hubiese ocurrido semejante milagro. Le dieron las gracias al alto mando, y Elvira, en un arrebato de agradecimiento, le preguntó:

—Muchas gracias, ¿capitán...?

—Soy el capitán Mauricio Escondrillas, señora. Y no les he hecho un favor, solo he enmendado un error de nuestro ejército. Cumpló mi obligación, nada más.

—Pues yo le tendré en mis oraciones cada día, mientras dure esta guerra.

—Agradecido, señora.

El capitán, que no era creyente, pensó que, tal y como iban las cosas, Dios debía estar del lado de Franco, pero no dijo nada. En el fondo le conmovió que aquella desconocida tuviera el sustento de su fe.

Así pues, pensaba Elvira, el destino se había esforzado para mantenerlos juntos. ¿No había sido aquella coincidencia una señal de que su familia debía permanecer siempre unida, incluso en tiempos oscuros y difíciles como aquellos, incluso en el escenario peligroso de la guerra? ¿O era la suya una postura egoísta, la de una madre que no va a soportar estar lejos de sus hijos? El conflicto interior de Elvira era el mismo que sufría su esposo, ambos en silencio, ambos afligidos por la duda. Terminó de limpiar el último cristal decidida a entrar en la casa y abordar el asunto con Manuel. Acababa de resolver que esperarían juntos lo que les deparase esa maldita guerra, y sostendría con firmeza su postura. Estaba convencida de que él tampoco deseaba separarse de sus hijos, aunque era más que probable que las palabras de su hermana le hubieran calado hondo. No podía dar a Petra la oportunidad de explicar minuciosamente todo el plan de evacuación, no le convenía que Manuel escuchara las garantías y promesas sobre el bienestar de los chiquillos, porque acabaría cediendo. Y Elvira sabía muy bien que Petra, más socialista que nunca, hablaría del éxodo como de un plan perfecto, y que lo haría con la misma elocuencia que la Ibárruri o la Kent en sus discursos parlamentarios, en los grandes mítines o en las alocuciones radiofónicas. Cegado por el entusiasmo de Petra, él acabaría dando su consentimiento. Por eso debían abordar el asunto cuanto antes, rebatir de antemano los argumentos de su cuñada, construir en la cabeza de Manuel una creencia tan fuerte que ninguna frase pronunciada con ardorosa pasión pudiera destruir. Con ese ánimo, su entrada en el taller resultó acelerada. A grandes zancadas atravesó los pasillos de las mesas de costura y se encaminó a la oficina, donde esperaba encontrar a su esposo. No estaba.

—Julita, ¿sabes dónde está mi marido?

—Salió para la casa, doña Elvira.

Elvira atravesó el patio interior que comunicaba con la vivienda. Era un espacio precioso, un pulmón de oxígeno en medio de aquel ambiente fabril de Ibayá. Fue la parte de la propiedad que más le gustó aquel día de San Lorenzo en que se instalaron. Entonces estaba desangelado, al fin y al cabo no era más que una terraza interior que formaba parte de un taller, pero, al convertir las oficinas del piso superior en su hogar, Elvira quiso que la estancia abierta al cielo pasara a formar parte de su existencia cotidiana. Al poco de tener a Manuela convenció a su marido de que había que embaldosarlo y, entre los dos, con sus propias manos, realizaron la faena. Ella dirigió el trabajo. Recordaba muy bien cómo lo hacía su abuelo, aunque necesitaron informarse sobre las proporciones adecuadas para obtener la mezcla de cemento y sobre el tiempo de secado. La faena quedó tan pulcra que más adelante se animaron a alicatar las paredes; escogieron unos azulejos con motivos campestres en verde y blanco para cubrir los muros hasta la mitad, dejando las partes altas encaladas. El patio fue cobrando el aire andaluz que Elvira deseaba y que imitaba la escena de un cuadro que colgaba en el salón de la casa de doña Angustias. Aquel lienzo de grandes proporciones le dio mucha alegría en sus tiempos de sirvienta, tal era la luz que desprendía, y, mientras servía el café a las visitas, ella miraba el cuadro y pensaba que en lugares tan claros las miserias apenas se notarían. Más de cincuenta tiestos con flores, que en un clima tan poco propicio solo despertaban en primavera y verano, decoraban el terrado. Cuando los días se alargaban, sacaban una mesa y unas sillas y allí pasaba la familia los ratos de ocio, que no eran muchos.

Mientras subía la escalera, apoyada en la barandilla de hierro, observó su patio y le pareció más desolado que nunca. No había flores como cualquier mes de enero, pero su pesadumbre lo había llevado a un abandono que le empezaba a producir vergüenza. Las hojas del otoño seguían acumuladas por las esquinas y las malas hierbas crecían a sus anchas en las macetas. Pensó que esa misma tarde, si no nevaba, se pondría manos a la obra y lo adecentaría. Entró en la casa, que estaba fría. Racionaban el carbón: todavía las autoridades no habían anunciado cuándo se realizaría el reparto. Toda la familia esperaba ansiosa el momento en que la carbonera estuviese cargada con los veinte kilos del preciado mineral que se asignaba a cada hogar. Manuela estaba cambiando el pañal al pequeño. Alberto lanzaba canicas contra un lápiz. La niña era como una pequeña madre para sus hermanos: los cuidaba a todas horas, y lo hacía sin protestar. La diferencia de edad entre Manuela y Alberto, el segundo hijo, era de seis años, demasiado grande para el gusto de sus padres, pero nada se puede hacer cuando un embarazo de gemelos se pierde a los cinco meses de gestación. La herida que aquella doble pérdida produjo en el alma de Elvira la dejó seca durante un tiempo, hasta que la sabia naturaleza supo que la mujer había recuperado su fuerza de espíritu y concibió a Alberto.

—¿Qué le pasa al chiquillo, Manuela?

—Nada, madre, que se ha cagado. Luego lavaré el trapo.

—Ya lo haré yo, hija. ¿Y tu padre?

—Está en el baño, hace un rato ya.

—¡Jesús, parece que os ha dado a todos por hacer de cuerpo a la vez! ¿Y Javier?

—En la escalera, ¿no lo has visto?

—En la escalera no está. Y en el taller tampoco, que de allí vengo. ¡Javi, Javi!

Elvira recorrió toda la casa buscando al niño.

—¡Madre, que en la casa no está, que yo le he visto salir a la escalera! ¿Verdad, Alberto? — chilló la niña desde la cocina.

—Sí, está en la escalera —repitió Alberto sin dejar de tirar canicas.

—¡Que no está en la escalera os digo!

Manuela se echó a llorar, sintiéndose culpable. Apareció Manuel abrochándose los botones del pantalón.

—¿Qué os pasa? ¿Por qué gritáis?

—¡Que Javi no está!, que dicen sus hermanos que se ha ido a la escalera a jugar, pero no está. Ni en casa ni en el taller, en ninguna parte.

Elvira no podía disimular su nerviosismo. Manuel cogió al pequeño en brazos para dejar que su hija se secara las lágrimas con el delantal.

—Tranquila, mujer. Habrá salido a la calle, estará ahí mismo. Ahora vamos a buscarlo y se va a enterar. ¡Es que mira que es trasto este chaval!

Las palabras de Manuel quedaron en un segundo plano cuando el sonido de las sirenas de alarma empezaron a sonar. Con gesto de inquietud, pero sin gritar, para no asustar más a sus hijos, el hombre ordenó:

—Venga, todos al refugio, y sin despistaros.

—Yo sin Javi no voy. Tú quédate con los críos, que voy a buscarle. Nos encontramos allí.

Manuel quiso replicar que él se encargaría de encontrar al niño, pero no tuvo ocasión. Para cuando fue a dejar al bebé en brazos de su hija, Elvira ya había salido de la casa y bajado las escaleras de dos en dos.

—Vamos, niños. A correr. Y no os separéis de mí —ordenó Manuel a sus hijos, quienes se agarraron a la pernera de su pantalón mientras las lágrimas inundaban sus caras. Lloraban de miedo, de angustia, y sobre todo lloraban porque los aviones enemigos podían atacar Ibaya y su hermano se encontraba perdido.

Cuando Elvira atravesó el taller ya no quedaba nadie. Desde el bombardeo del día 4 todos se tomaban más en serio los avisos de las defensas antiaéreas, y las empleadas habían salido corriendo en cuanto el primer aullido mecánico se dejó oír. Entre las gentes que corrían, Elvira gritaba desesperada el nombre de su hijo. «¡Javi, Javi!» En lugar de buscarlo en dirección al refugio, lo buscó en sentido contrario, pensando que, si el niño se encontraba cerca, algún conocido se haría cargo de él, mientras que, si se había perdido por otra zona, tal vez nadie se percataría de que estaba solo. Avanzaba como una loca por toda la calle. A pesar del frío, varias gotas de sudor le resbalaban desde la frente. No llevaba abrigo, y los pies, en zapatillas, los tenía calados después de pisar varios charcos. Pasó por delante de la taberna Serantes, en cuyos

cristales se anunciaba el «Plato único» de sopa y cocido a 1,50 pesetas. Ella ni se fijó. Giró a la derecha, hacia una zona de casas diseminadas, por ver si estaba en los descampados. Cada vez se veía menos gente. De pronto lo encontró en la esquina de una casa. La piedra enorme que parecía habersele incrustado en el pecho durante los minutos más largos de su vida se deshizo y se convirtió en aire. Elvira respiró profundamente. Su hijo Javier hablaba con una mujer que, agachada, lo miraba fijamente a los ojos.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó la desconocida.

—En casa —contestó el niño con un dedo metido en la boca.

—¡Javi, Javi! —le llamó Elvira aliviada.

La otra mujer le gritó desde lejos. Solo a voz en grito las palabras podían entenderse por encima de las sirenas.

—¿Es su hijo?

—¡Sí! —contestó Elvira a distancia aflojando la marcha porque se había quedado sin resuello.

Lucía no esperó a que la madre llegara a su lado y también empezó a correr. Mientras emprendía la marcha, agarrando las cestas con la compra, le gritó:

—¡Vaya a resguardarse con el niño, que yo voy a buscar a los míos!

Agarrados de la mano, madre e hijo corrieron hacia el refugio municipal. Elvira no paraba de amenazar al chiquillo, «¡Ya verás, ya verás!», mientras Javier iba en volandas, más temeroso de la reprimenda que de la amenaza de los aviones enemigos. La boca del albergue estaba protegida con montones de sacos. Para acceder al interior debían bajar una escalera empinada que descendía unos ocho metros. Los refugios de la capital eran más grandes, profundos y seguros, pero con la premura de la situación las autoridades locales del pueblo se dieron por satisfechas con la construcción en tiempo récord de ese espacio subterráneo de unos ciento cincuenta metros cuadrados de superficie. Era una nave estrecha con forma de cruz, de techo abovedado, que disponía de un rudimentario sistema de ventilación a base de tubos de metal que conectaban con la superficie. A los críos del barrio les gustaba introducir guijarros por las rejillas de ventilación, sobre todo porque le habían cogido gusto al arte de incordiar a las personas mayores, que les reñían por no respetar un bien público en cuya excavación colaboraron muchos vecinos de forma voluntaria. No tenía baño, pero de momento las alarmas no duraban más de veinte minutos, y, salvo para alguna criatura, la carencia no suponía mayor problema. Paradójicamente, y en previsión de posibles estancias más largas, se habían almacenado cajas de galletas y tinajas de agua potable que se renovaban cada semana a fin de que el líquido no perdiera su potabilidad. A lo largo de las cuatro galerías había bancos de madera que ocupaban las personas más mayores y las que tenían dificultad para sentarse en el suelo. El resto establecía sus posaderas sobre la solera de tierra. Al salir se sacudían unos a otros hasta desprender los restos de tierra marcados en las nalgas. Además de este refugio existían otros dos más pequeños a las afueras. Se sumaban también los de aquellos vecindarios y fábricas que, siguiendo las indicaciones de las autoridades, acondicionaron los sótanos más espaciosos. Las órdenes de la Junta de Defensa exigían que los

refugios, públicos o privados, dieran cobijo a cualquiera que lo necesitase, aunque no le correspondiese por razón de vecindad.

El niño y la mujer bajaron las escaleras y observaron que el sótano estaba atestado de gente, la mayor parte mujeres y niños, una afluencia muy superior a la de otras veces, que Elvira se explicó por el temor que había provocado el bombardeo alemán de Bilbao. Hasta entonces la guerra la habían sentido más lejos, ahora su aliento les rozaba la nuca. Al fondo vieron a Manuel y a sus tres pequeños.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el hombre mientras le pasaba el bebé a su mujer. ¿Dónde estaba?

—Muy lejos, casi en los descampados que están más allá de la calle Bizkarra. Una mujer lo tenía, una a la que conozco de vista, clienta del ultramarinos.

—Y tú, Javi, ¿por qué has salido sin permiso? ¿Es que no sabes que no puedes marcharte solo, y menos sin avisar? ¡Nos has dado un buen susto!

—Es que el gatito... —dijo el niño en un hilo de voz, con la mirada en el suelo.

—¿Qué gatito ni qué ocho cuartos? —contestó Elvira enfadada.

Entonces Javi sacó del bolsillo interior de su chaqueta un cachorrillo de gato, una bolita gris medio asfixiada.

—¡Jesús!, si casi lo ahogas. ¿Dónde lo has encontrado?

—Le oí decir «miau» desde la escalera. Estaba en la puerta del patio y salí a buscarlo, pero se escapó.

—Claro, y luego lo seguiste —dijo el padre, más comprensivo.

Manuela y Alberto empezaron a acariciar al gatito, que al contacto con el aire fue recobrando su maullido.

—¡Qué bonito es, y qué pequeño! —exclamó la niña emocionada.

—¿Nos lo podemos quedar? —preguntó esperanzado Alberto.

—Ni hablar —respondió rotunda la madre.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar Javier.

—Se morirá de hambre.

—Pues le damos leche —replicó Manuela muy resuelta.

—¿Es que no os dais cuenta de que apenas tenemos para daros de comer decentemente a vosotros? —contestó Elvira a sus hijos.

—Por un poco de leche... Yo le daré de la mía, por favor, por favor... —suplicó Javi sin dejar de acariciar al minino.

—Déjales, mujer, que les da alegría —terció el padre.

—Javi, se te va a morir, te lo advierto, y luego no quiero lloros —cedió vencida.

—*Pos* por lo menos lo tendremos hasta que se muera, y si se muere, *pos* le hacemos un funeral *mu* bonito y lo enterramos.

—Si va a ser un miembro de la familia, habrá que ponerle un nombre —dijo Manuel.

Los tres niños empezaron a decir nombres: Bolita, Gris, Pepín... Hasta que Manuela tuvo su ocurrencia:

—¡Ya sé! Le llamaremos Disgusto.

—¿Y eso por qué? —quiso saber su padre.

—Porque por su culpa por poco tenemos un disgusto, y así el gato nos recordará que no debemos hacer tonterías que puedan disgustaros.

Disgusto maulló muerto de hambre. Se empezaron a oír los motores de los aviones sobrevolando el cielo. Todos los que estaban en el refugio miraron instintivamente hacia el techo. Se hizo un silencio sobrecogedor. Algunos chiquillos se dieron cuenta del peligro y se echaron a llorar agarrados a sus madres. Una mujer muy gorda, que tenía ocho criaturas a las que abrazaba como podía, comenzó a cantar:

*Al pasar la barca
me dijo el barquero...*

Sus hijos la corearon.

Las niñas bonitas no pagan dinero...

Y enseguida el resto de chiquillos y de adultos se unieron con sus voces, tratando de olvidar que los motores de los aviones estaban sobre sus cabezas.

*Yo no soy bonita
ni lo quiero ser.
¡Arriba la barca, una, dos y tres!*

Elvira observó que la mujer que había atendido a Javi no estaba en el refugio. Sabía quién era. La estirada, la que se creía el centro del universo, la que se le puso un día en jarras. La aldeana no le caía bien, pero le agradecía que se hubiera preocupado por su hijo.

—Oye, Manuel, que no veo a la mujer que ha cuidado de Javi. Me dijo que iba a buscar a sus hijos. A ver si les ha pasado algo.

—Estará en otro refugio.

—Eso espero.

Mientras oía cantar a los niños y a sus madres, que ahora entonaban «Desde Santurce a Bilbaoooo, vengo por toda la orillaaaa, con la falda remangada, luciendo la pantorrillaaaa...», Elvira volvió a pensar en la oferta de Petra. Con el susto acababa de perder su determinación y de nuevo llegaron las dudas acerca de si debía embarcar a sus hijos en caso de que se llamase a la evacuación. Por primera vez se veía incapaz de tomar una decisión en solitario. Necesitaba que fuera su propio marido quien la convenciese de la necesidad de permanecer todos juntos. Esa misma noche hablaría con él y zanjaría la cuestión, a ver si acababa de una vez por todas con ese maldito runrún que le estaba martilleando el cerebro.

RENATA

El niño gorjeaba feliz mientras jugaba con una pelota de trapo que llevaba cosido un cascabel, cuyo sonido le provocaba espasmos de alegría y sorpresa. Era un bebé rollizo, de esos chiquillos mofletudos de ojos enormes que lo observan todo, que degluten con avidez una realidad que a cada instante les presenta cientos de novedades. Todavía no andaba, aunque a sus nueve meses se las componía muy bien gateando a una velocidad de crucero, lo que exigía a Renata mil ojos vigilantes. Por eso se lo llevaba consigo a todas partes: si tenía que cocinar, le colocaba en una trona que el abuelo había encargado a su amigo el carpintero; si se tenía que asear, le sentaba en el suelo del baño, sobre una manta mullida; cuando limpiaba la casa, lo acarreaba en su costado, de un lado a otro, depositándolo en el piso de cada una de las habitaciones que le tocaba arreglar.

Su esposo había exigido que el crío se llamara como el abuelo paterno y, en cierto modo, Renata respiró aliviada, pues, aunque hubiera preferido que su vástago llevara el nombre español de su padre, Claudio tampoco le disgustaba. Al menos no tanto como Benito, el nombre del Duce, a quien Berto idolatraba.

La joven iba llenando una maleta abierta sobre la cama. Y mientras doblaba calzoncillos y camisas, sin dejar de vigilar al pequeño, experimentaba sentimientos contradictorios de alegría y culpabilidad. ¡Era tan feliz con la marcha de Berto! No podía sentir un júbilo más grande en su corazón que el que le proporcionaba el viaje de su marido, que se iba a luchar a España. Su felicidad no surgía del orgullo de tener un esposo valiente e idealista; muy al contrario, su descabellada gesta la avergonzaba, porque el italiano había escogido el bando equivocado y, pavoneándose con su camisa negra, combatiría junto a los que la familia de Renata, y ella misma, consideraban traidores a la República española. Pero, a la vez que le sonrojaba el fanatismo de Berto, experimentaba un inmenso alivio al pensar que estaría a más de mil kilómetros de distancia, que no tendría que soportarlo durante el día, y mucho menos por la noche. Y soñaba con una vida futura sin él, ella y Claudio solos, para siempre. Era precisamente en esos delirios mentales cuando le rozaba, levemente, el sentimiento de culpa. Pensaba que solo una mala persona podría desear la muerte de otro, que solo una mujer monstruosa podría acariciar con deleite la imagen de un proyectil atravesando la cabeza del propio marido. Mientras buscaba un par de pijamas en la cómoda del dormitorio conyugal, fue exactamente esa bala imaginaria, dorada y brillante, la que le arrancó una sonrisa llena de esperanza.

Había escuchado decir muchas veces que de los errores se aprende. ¿Qué había aprendido ella de un matrimonio convertido en una espeluznante pesadilla? Que había hombres, como Berto, a los que era mejor no acercarse. ¿Y de qué le servía ahora la lección si ya no había marcha atrás, si

estaba destinada a vivir bajo el yugo de su carcelero doméstico? Su madre, a la que últimamente veía muy poco a pesar de tenerla tan cerca, trataba de consolarla haciéndole ver la parte positiva de su equivocada decisión: su hijo Claudio. Renata no replicaba, pero no compartía su visión de las cosas. Su mente le decía que sin Berto no habría nacido Claudio, pero sí otro hijo diferente, al que habría amado igual. Y que, mientras tanto, su vida podría haber sido menos penosa. Su error era de órdago, palabra española que usaba su padre cuando algo le parecía enorme, gigante, colosal o inabarcable.

¿Cómo había acabado en esa situación? Era la pregunta que cada noche, desde que se casaron, Renata se hacía a sí misma. Y hallaba respuestas diversas. Unas veces pensaba que era culpa del fascismo. Desde que empezaron a salir juntos, Renata supo que Berto, como tantos otros jóvenes italianos, tenía puestas sus esperanzas en Mussolini, pero entonces al muchacho, como a ella, la política no le interesaba demasiado. A su padre sí. Lorenzo, que en privado despotricaba del Duce, se mostró entusiasmado el día que el rey Alfonso XIII tuvo que exiliarse y se proclamó en España la República. En aquella época hablaba abiertamente de política delante del novio de su hija, y este escuchaba pacientemente para acabar siempre con la misma frase: «A mí solo me preocupa Italia». Cuando Lorenzo comprobó la simpatía de su futuro yerno por el Duce decidió no volver a mostrar su oposición al fascismo, y no porque tuviera miedo del muchacho, que entonces era un mero simpatizante, sino porque no quería que se abrieran fisuras entre ellos que menoscabaran la felicidad de su hija.

Cuando trataba de explicarse su situación, Renata establecía un silogismo: «Como los fascistas son violentos y Berto es fascista, mi marido se ha ido transformando en una bestia». Otras veces daba la vuelta al razonamiento y pensaba que la naturaleza agresiva de su esposo le llevaba a sentirse como pez en el agua entre sus camaradas «camisas negras».

Creía que el fascismo se nutría de hombres débiles. Se lo había oído decir a su padre muchas veces, antes de que empezase a relacionarse con Berto: «Solo los jóvenes inseguros y acomplejados se unen a Mussolini. Se creen mejores y más fuertes al formar parte del grupo; no piensan, actúan como borregos, y con sus camisas negras se creen importantes, ya que en sus vidas particulares no son nada». Durante su noviazgo, la pareja apenas habló de política, aunque ella siempre le dejó claro que los camisas negras no le gustaban. Él apenas la contradecía. Con su alma aparentemente cándida se limitaba a defender a los jóvenes italianos por sus motivaciones patrióticas. Ahí quedaba todo.

Renata fue percibiendo que esa primera y tibia simpatía política iba enraizando, poco a poco, en Berto. Derivó en compromiso a partir de la visita de Paolo Botelli, el tío de Berto, de eso hacía dos veranos. El camisa negra vino de Roma, con su bigote y sus andares marciales, con sus aires de superioridad y una misión propagandística que incluía la creación de una sala de cine. Desde que llegó a Portovenere no se separó de su sobrino, a quien por otra parte apenas conocía, ya que Paolo Botelli había estado muchos años fuera de la región. Se les unieron enseguida otros muchachos, a los que convenció rápidamente del renacimiento de una Italia guiada por el Duce.

Botelli había participado en 1922 en la marcha de Roma, y narraba aquel momento con gran pasión patriótica una y otra vez. Describía al Duce como un mesías, el gran líder que estaba devolviendo a Italia el lugar que le correspondía en Europa. Y los jóvenes de Portovenere y de otros pueblos vecinos, que se acercaban a escuchar las charlas de Paolo, se quedaban boquiabiertos, imantados por sus discursos y sus promesas de justicia social, de trabajo y de orgullo nacional. En el pueblo mariner, rozado apenas hasta entonces por la gripe fascista, se dejaron ver pintadas con las consignas del partido, «creer, obedecer, combatir», «vivir, combatir, morir», y comenzaron a proliferar las proyecciones cinematográficas propagandísticas del Instituto Luce que mostraban al Duce en vivo y en directo, al líder carismático que desde la pantalla primero hablaba con firmeza al pueblo para exhibir poco después una cara amable y sonriente. En la recién estrenada sala de Portovenere se mostraron también los célebres *Giornale Luce*, noticieros que difundían imágenes de salas de maternidad rebosantes de madres fuertes y abnegadas, niños heroicos uniformados y fábricas modelo en las que se construía el progreso. Y algunos se contagiaron de esta imagen idílica, sobre todo Berto, que además se sintió poderoso por ser el sobrino de tan destacado militante. La mañana de domingo en que, por primera vez, su marido se vistió con la camisa negra, Renata le miró con sorpresa, pero no dijo nada. Luego se encerró en el baño y lloró sin hacer ruido. Más le valía guardar silencio y aguantar.

Renata rechazaba el fascismo, pero no le quedaba más remedio que reconocer que el comportamiento de Berto no se debía a sus convicciones políticas; como mucho, su nueva marcialidad acentuó su bravura. Ya antes de hacerse camisa negra la trataba mal. La había engañado con su cara de cordero, como al resto del pueblo, donde la mayoría apreciaba a Berto por ser un muchacho encantador, divertido y amigable, aunque ahora provocase también recelos a causa de su atuendo paramilitar.

Muchas veces pensaba que Berto la había pillado con la guardia baja. Solo así podía encajar su propia estupidez. Quedarse con el muchacho más indeseable de Portovenere fue, más que un error, una verdadera estupidez. Y era así como se sentía, estúpida. También solía sentirse temerosa, avergonzada, impotente, mutilada, acobardada, humillada. Pero sobre todo se sentía estúpida. Y ahora pensaba que quizás, teniéndole en la lejana España, volvería a ser la misma de antes y recuperaría fuerzas para enfrentarse a él. Regresaría su combativa energía, la que se le consumió de golpe el día del naufragio.

Cada vez que en el interior de su cabeza sonaba, sin permiso, la palabra «naufragio», Renata se acercaba a Claudio, le cogía y le abrazaba. El cuerpo regordete, blanco y cálido del bebé la consolaba de su más terrible recuerdo, aquel del que todavía no se había curado por completo. A veces, si Berto no estaba cerca, lloraba en silencio, pero eran lágrimas breves, lentas, tan saladas como el agua del mar que engulló a Bruno.

Había en la aldea pesquera mujeres de marineros que al perder a sus seres queridos terminaban odiando el mar. Ella no podía. Necesitaba amar el espacio donde reposaban, perdidos, los restos de su amado. Y se pasaba horas mirando desde la atalaya de la iglesia de San Pedro la inmensidad

azul. La culpa no era del mar, la culpa la había tenido una tempestad traidora que se había presentado de sopetón, sin mostrar ni uno solo de los elementos que ponen en alerta a los experimentados hombres del mar. La prueba de esa alta traición de la madre naturaleza era que aquel día todos los barcos de Portovenere salieron a faenar bajo un sol radiante y una brisa suave y fresca. Dos pesqueros no volvieron, y el resto lo consiguió a duras penas. Perecieron ahogados seis hombres, el más joven, su novio Bruno.

Cuando en cuestión de segundos un viento helador que tiraba macetas, revolvió los guijarros de los caminos, torcía los troncos de los árboles, destrozaba las vides y picaba el agua convirtiendo el Mediterráneo en una batidora alertó a los vecinos, Renata salió de casa y, agarrándose a las paredes, consiguió con gran esfuerzo alcanzar el puerto. Había allí muchas mujeres llorando, rezando avemarías mientras oteaban un horizonte cada vez más oscuro en busca de una sombra que tuviese forma de barco. El temporal arreciaba con tal fuerza que la gente congregada hubo de guarecerse en las lonjas. En las calles se corría peligro: las tejas caían sobre el empedrado, las contraventanas golpeaban con fuerza las paredes de las casas, todo volaba. Cada vez que se veía arribar un pesquero, meciéndose en un difícil equilibrio, las gentes de Portovenere preguntaban:

—¿Cuál es?

—El Pietro.

—El Nostra Madonna.

—El Angélica.

El Cartago no llegaba. Renata se mordía las uñas mientras una sensación de angustia atenazadora le oprimía el estómago dificultándole la respiración. Estuvo allí hasta el amanecer, cuando el viento despiadado dejó paso a una calma sobrecogedora. Nadie regresó a sus casas, ni siquiera los hombres que tras combatir contra las olas gigantes llegaron agotados. Renata vivió aquellas horas como una vida entera, entre la esperanza y la decepción. Hasta que el jefe de la cofradía dijo:

—Es hora de salir a buscarlos, ahora hay buena mar.

Los barcos que no habían sufrido daños abandonaron el puerto. Renata, no. Ni ella ni las familias de los marineros desaparecidos. En el fondo de su conciencia supieron que la batalla estaba perdida, eran demasiadas generaciones de pescadores como para creer realmente en otra posibilidad. Pero Renata, con solo diecisiete años, sí creía, necesitaba creer, no podía imaginar que Bruno ya no volviera, con todo lo que les quedaba por hacer.

Los padres de Renata no se separaron de ella ni un momento, salvo cuando Lorenzo fue a la taberna para traerle un café y un trozo de pan que ella apenas probó. Querían al muchacho, y sobre todo la querían a ella. Verla sufrir era su propio sufrimiento. Sabían cuánto amaba a Bruno, desde niños, siempre juntos a todas partes. Habían sido tan inseparables de chiquillos que cuando se presentaron en la casa y anunciaron su noviazgo se llevaron una sorpresa. No se esperaban que de aquella inocente amistad fuera a surgir un amor de otro signo. Pero les gustó la idea. Era una

relación sólida, como la de dos semillas que se siembran muy juntas y crecen a la par, uniéndose hasta formar una sola planta de dos raíces.

Por la noche volvieron los equipos de rescate. Se habían encontrado algunas piezas de los dos barcos, se daba a los marineros por muertos. Entonces en el puerto se escucharon gritos de dolor, pero no el de Renata, que, cabizbaja y con la cara inundada de lágrimas, se dio la vuelta y se marchó silenciosa a su casa. Los padres la siguieron, apesadumbrados y muy preocupados por la reacción de su hija. «Hubiera sido mejor que gritara en aquel momento», solía decirle Anna a Lorenzo cada uno de los días que Renata pasó postrada en su cama con la mirada dispersa en algún punto del espacio.

Desde aquel día de tormenta, y todavía entonces, cada despertar Renata decía «Buenos días, Bruno» y se acostaba con un «Buenas noches, Bruno». Y de vez en cuando subía a la roca de San Pedro y le hablaba a él, mirando al mar, como lo hacen las viudas ante la tumba del esposo. En aquellos tiempos los males de la tristeza no se arreglaban con la psiquiatría, al menos no entre las clases humildes, y la depresión que sufrió Renata y que duró dos largos años la trataron sus padres a base de caldos calientes, tisanas de albahaca, toronjil y manzanilla, chocolate en el desayuno y colonia de lavanda en la ropa de cama. Aderezado todo ello con mucha paciencia.

Durante esos dos años apenas salió de casa, se enfrascó en la lectura de novelas y en la costura. Se pasaba en silencio la mayor parte del día, y sus amigas, al final, desistieron de visitarla. Salía los domingos para ir a misa: quería rezar por Bruno. Cada vez que iba a la iglesia, Berto Sandrini, el joven que siendo un niño se ponía colorado cuando la veía, corría a saludarla. Ella le devolvía el saludo y luego regresaba a su casa. No hubo un solo día de guardar que Berto no acudiera a su lado para invitarla a dar un paseo. Y ella, durante dos largos años, dijo que no. Hasta que ocurrió.

Una mañana se dio cuenta de que su herida interior, aunque seguía ahí, había dejado de sangrar. Y desde dentro algo le dijo que debía reemprender la marcha, retomar su vida, aunque fuera con escasa ilusión. Así que, como cualquier domingo, se aseó, se peinó y agarró el brazo de sus padres para escuchar al cura, pero esta vez lo hizo con la firme determinación de darle una oportunidad a Sandrini.

Berto Sandrini tenía un don, al menos antes de casarse: la hizo reír. Y esa cualidad a ella le pareció suficiente. Por eso se casó con él a los veintidós años, una mañana de abril de 1932. No era ni tan guapo ni tan listo ni tan atento como Bruno, pero nadie podría serlo nunca. Y se conformó con que las gracias de Berto le devolvieran la capacidad de sonreír y lanzar al aire, de vez en cuando, una sonora carcajada.

Las risas se convirtieron muy pronto en lamento. De hecho, desde la noche de bodas, Berto mostró el aspecto de un ser que no era en absoluto gracioso. Como el lobo de Caperucita. Ella no había estado con ningún hombre antes, ni siquiera con Bruno, y no por falta de deseo, que lo tenía, sino porque sus firmes convicciones católicas le hacían de freno. Antes de la boda, Anna Bernardi

trató de darle algunos consejos que, por lo embarazoso de la situación, le salieron de su boca maternal a trompicones:

—La primera vez..., esto..., te puede doler un poco..., pero... pero... bueno, no te preocupes, que es poca cosa, y además..., ejem..., él te recompensará con sus caricias... Luego se aprende, entre los dos, y en poco tiempo le coges el gusto. Ya verás. ¡Tú déjate guiar por tu instinto y todo saldrá bien!

Nada salió bien. Mientras yacía boca arriba sobre la cama, con las piernas abiertas y el camisón levantado, Renata se preguntó dónde estaban las caricias de las que le había hablado su madre. Más que con torpeza, Berto la embestía como un animal enloquecido, ansioso, bramando, sin importarle el dolor que pudiera estar causándole. Y más que el dolor físico, incluso más que la humillación, Renata sintió asco. Se resguardó en sus pensamientos más íntimos, se refugió en el recuerdo de Bruno y aprendió a aislarse del acto cuando él, impetuoso, la tiraba sobre el colchón y la poseía sin miramiento.

Nunca más la hizo reír. Solo llorar, y no de pena, ni de lástima de sí misma, sino de miedo. A la violencia que ejercía cuando practicaba el sexo, con el tiempo se fue sumando otro tipo de violencia, sobre todo desde que abrazó el fascismo. Renata solía pensar que el hombre empleaba la fuerza con ella, precisamente, porque era de carácter débil. Muy poco hombre, a fin de cuentas. Los insultos comenzaron cuando, pasados varios meses de la boda, el vientre de Renata se negó a concebir.

—¡Si yo fuera Bruno, ya estarías preñada!

Y lo decía mirándola con un odio profundo que paralizaba a la mujer. Sin embargo, al rato volvía y le pedía perdón:

—Lo siento, Renata, vida mía, es que me pongo nervioso, es esta ansiedad...

Y entonces ella aflojaba su miedo y hasta sentía cierta lástima por él. Pero cada vez que le bajaba la regla, la mujer temblaba, sobre todo a partir de aquella mañana en que el rencor se destapó con toda su virulencia.

—¡Dime qué coño te estás metiendo para no darme un hijo! —le gritó mientras la empujaba brutalmente contra la silla de la cocina—. ¡A Bruno ya se lo habrías dado! ¿Eh? ¡Putá!

Salió de la estancia dando grandes zancadas, se tropezó con una silla, gritó «Me cago en la puta» y pegó un puñetazo a la pared. Al rato volvió calmado, con los nudillos ensangrentados. Le acarició la cara, manchándole la mejilla de sangre:

—¿Qué he hecho, amor mío? ¿Sabrás perdonarme?

Y ella dijo que sí, sin convencimiento, temblando.

Nada volvió a ser igual entre ellos. Si, a pesar del desastre de sus relaciones sexuales y de los esporádicos ataques de ira que surgían cada veintiocho días, hasta entonces el resto de su vida cotidiana había fluido de una manera cordial, con sus saludos de «buenos días» y «buenas noches», con conversaciones banales alrededor de la mesa y sus paseos al atardecer, desde el primer empujón a plena luz del día el silencio invadió la casa. Y el lecho conyugal se hizo

insoponible. No solo la embestía como una fiera, sin clemencia, sino que además encontraba un enfermizo placer al pellizcarla con saña en los brazos y en las piernas, nunca en la cara. Berto no quería que los demás supiesen de su carácter; para él era importante que en el pueblo siguieran creyendo que era un buen hombre. Por eso, cuando en la taberna le preguntaban que para cuándo el niño, él adoptaba su papel de persona paciente:

—Ya llegará, no hay prisa, somos jóvenes.

Llegó un día en que tras zarandearla ya no le pidió perdón. Y ella temió que cruzara la frontera donde el maltrato deja huellas visibles. Sin embargo, no llegó a más, no la abofeteó nunca, aunque cada vez que la agarraba por las solapas de su bata o apoyaba las manos sobre sus hombros para sacudirla como a una muñeca de trapo, mirándola con los ojos inyectados en sangre, ella se sentía tan magullada como si hubiera recibido una auténtica paliza. Renata estaba convencida de que si lograba quedar encinta las amenazas y los moratones cesarían. Su cuerpo tardó cuatro largos años en concebir, pero acertó al pensar que durante el embarazo la dejaría en paz. Al fin y al cabo ella guardaba en su seno el tesoro que él tanto había anhelado. Tuvo que seguir soportándolo, de vez en cuando, en la cama, pero al menos dejó de pellizcarla con crueldad y cesaron las escenas matinales en la cocina. Durante el día, entre las paredes de su casa, los gritos dieron paso a la indiferencia, mientras que por la calle él la llevaba de la mano, mostrándose como el buen marido que todos creían que era.

Como Renata nunca salió marcada, sus padres no sospecharon de la brutalidad de su yerno, aunque desde muy pronto supieron de la infelicidad de su hija. La falta de brillo en sus ojos, el gesto cabizbajo, la ausencia de sonrisas les llevaron a pensar que el matrimonio no iba bien.

—¿Hay algo que no marcha, Renata? —se atrevió a preguntarle un día su madre.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estás triste —respondió su padre mirándola fijamente a los ojos.

Ella permaneció en silencio. No quería hablar: si abría la boca acabaría contándolo todo. Y no podía. No quería dar un disgusto a sus padres, sobre todo a Lorenzo, que padecía del corazón. Además, sentía vergüenza de sí misma, de haber dejado que las cosas llegaran tan lejos, de su cobardía, tan reñida con la fortaleza de los suyos, tan ajena a ella misma. Y, sobre todo, tenía miedo de las represalias de Berto y hasta de las miradas de los vecinos de Portovenere, que no la creerían: tan buena imagen se había forjado él con sus dotes de actor. Cuando nació el niño se sintió mejor. Volcar toda su energía en el bebé la reconfortaba y, mientras le dio pecho, Berto la dejó en paz. Ni siquiera la tocaba por las noches. Renata llegó a pensar que su marido tenía una amante, y esa idea la tranquilizaba; rezaba para que el adulterio le mantuviera alejado de ella el resto de su vida, con una o con otra, ya que mientras el hombre pudiera desfogarse en lecho ajeno ella respiraría tranquila.

Pero hacía tres meses que todo había vuelto a ser como al principio. De nuevo la tortura de cada noche, el polvo rápido y brusco, acompañado la mayoría de las veces por sus siniestros pellizcos e insultos. Si se mantenía quieta y en silencio, él la agarraba de la cintura, la elevaba, le

apretaba con mucha fuerza las nalgas, la embestía y la volvía a tirar sobre el colchón mientras le decía:

—Eres como un saco de piedras. ¡Qué asco de mujer! ¡Ni siquiera sabes follar! ¡Muévete un poco, colabora, cojones!

Si ella simulaba que aquello le gustaba y trataba de moverse al compás de él, la tiraba de la cama, la obligaba a poner las manos sobre el colchón y la penetraba como a una perra.

—¿Te gusta así, puta?

Renata ya no lloraba. Sabía que su llanto excitaba aún más a su marido. Se limitaba a abstraerse y hacía listas mentalmente. «Esta semana pondré para comer: el lunes, estofado y sopa, el martes, pasta y pescado...», «las fechas de cumpleaños de mi familia son: mi madre, el 20 de mayo...», «las personas que fueron conmigo al colegio se llamaban: Sofia, Pietro...». Concentrando sus pensamientos en cadencias sin significado se dejaba llevar por el ritmo de las palabras y así no sentía el dolor ni el desprecio, aunque a la mañana siguiente se levantara con el cuerpo magullado y la humillación cargando sobre sus hombros.

La violencia marital no resultaba, sin embargo, tan dolorosa como el aislamiento. Desde que Berto se confundió la camisa negra, la relación de Renata con sus padres se debilitó y se hizo distante. A la fuerza. Una mañana, al poco de nacer Claudio, Lorenzo se acercó a casa de su hija, ansioso por ver al chiquillo, que le había devuelto una alegría inusitada, y se encontró a su yerno en la puerta. Al español le repugnaba ver a Berto así vestido y, aunque no dijera nada para no complicar la situación de Renata, se le notaba el disgusto en la cara.

—Buenos días, Berto.

—¿A qué viene? —contestó el yerno impidiéndole el paso.

—Pasaba por aquí y me he dicho: voy a ver a la hija, que siempre es ella la que viene a visitarnos.

—Pues así ha de seguir la cosa. Que no quiero que usted vuelva por mi casa. Ya irá ella de vez en cuando.

—¿Y eso?

—Mire, Lorenzo, sobran las explicaciones, que ya sé de qué pie cojea, y a mí los amigos de los comunistas me hacen vomitar. Y no se queje, que podría denunciarle y ya vería en qué lío se metía usted.

—¿Y por qué no lo haces?

—¡Pues vaya pregunta! ¡Por su hija! ¿Por qué va a ser? Pero no se fie —añadió señalándole con el dedo—, que si me toca los cojones y da que hablar, ni su Renata querida le va a salvar. Así que ya sabe, guárdese sus opiniones en el forro de los pantalones y no me busque líos.

Lorenzo se aguantó las ganas de contestarle, sabía que tenía las de perder y se limitó a insistir:

—Entonces, ¿no puedo verla?

—Ya irá ella a su casa en otro momento.

Armándose de valor, con el llanto amenazando con salir a borbotones, el viejo Lorenzo no

pudo más y al oído le dijo:

—¡En mala hora falleció el bueno de Bruno! ¡Maldito seas!

Berto soltó una carcajada mientras observaba triunfal cómo su suegro se volvía renqueante por donde había venido.

A pesar de las vicisitudes que le había deparado su larga vida, el padre de Renata no había llorado desde niño. Pero mientras subía la cuesta empedrada que llevaba a su casa, las lágrimas comenzaron a humedecer sus ojos. Era un llanto apenas contenido, un lloro de rabia y de impotencia. De buena gana le habría asestado un puñetazo al marido de su hija, de mil amores se habría enzarzado en una sonora disputa con aquel niño que se creía superior por llevar el atuendo fascista. Pero a toda costa quería proteger a su niña, y algo le decía en su interior que su yerno se había convertido en un tipo peligroso y que cualquier enfrentamiento podría resultar nefasto para todos. Le creía capaz de denunciar a su propio suegro, de enviarle a la cárcel, de dejar sola a Anna. Y estaba convencido de que una postura desafiante acabaría apartándoles a Anna y a él de su hija. Por eso se limitó a aquel único exabrupto y, cabizbajo, volvió junto a su mujer.

Anna estaba en la cocina. Al verle llegar en ese estado se asustó:

—¿Qué te pasa? —le preguntó alarmada.

—Berto me ha dicho que no volvamos a su casa, que no somos bien recibidos. ¡El muy hijo de puta!

—Bueno, Lorenzo, cálmate y respira hondo, deja que tu corazón descanse y me cuentas poco a poco. ¿Habéis discutido?

—¡Qué va! Lo debía tener pensado de antes, porque ni me ha dejado pasar. ¡Fascista, hijo de la gran...!

—No te sulfures. Está claro que no soporta tus ideas políticas.

—Ni las soporta ni le conviene codearse con un suegro que está en contra de Mussolini.

—¿No podremos ver a la niña?

—No ha llegado a ese extremo, de momento. Renata puede venir a vernos, pero nosotros no somos bien recibidos —explicó Lorenzo mientras ella le pasaba un vaso de agua.

—Y tu hija ¿cómo ha reaccionado?

—Él se ha cuidado muy bien de que no escuchara sus palabras. La muchacha estaba dentro, ni siquiera me ha visto.

—¡Pues habrá que contarle qué clase de marido tiene!

—De eso nada, Anna. Bastante desgracia tiene con soportar a ese energúmeno bastardo del Duce. No echemos más leña al fuego. Que venga ella a visitarnos.

—¡Se extrañará de que no vayamos!

—No tanto, no creas. Ya sabe que a mí las ideas de Berto me dan asco. Le diremos, simplemente, que en nuestra casa estamos más a gusto, que nos gusta más estar con ella en nuestra cocina, que en su casa nos sentimos como de visita. Y le dejaremos claro que es por la diferencia

de opiniones entre él y yo. Pero ni una palabra de que ha sido él quien nos ha negado la entrada. Renata es capaz de hacer la maleta. Y no es que yo quiera que ella siga con ese desgraciado, que mejor sola que mal acompañada, pero tienen un hijo. Y mucho me temo que el niño acabaría apartado de su madre. Por ahí no paso. Callaremos y aguantaremos este desprecio para hacerle a ella la vida más llevadera.

Anna apoyó las manos en los hombros de Lorenzo, que tras el desahogo había dejado de llorar. Le acercó la cara al cuello y se lo besó con dulzura.

—Lorenzo, ¿sabes quién me ha venido a la cabeza ahora mismo?

—Lo sé, bella: Bruno.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a mí me ha ocurrido lo mismo. Y últimamente, será por tantos años juntos, no sé, cada vez ocurre más veces, cuando yo pienso una cosa tú estás pensando lo mismo.

—¡Igual te has casado con una bruja! —respondió ella tratando de devolverle la sonrisa.

Lorenzo la agarró del brazo y la sentó sobre sus piernas. Mirándola profundamente a los ojos le respondió:

—No sé si eres bruja, quizás sí, pero no lo digas en voz alta, que estos fascistas de mierda lo mismo te queman en la hoguera. Y chamuscadita ya no me vas a gustar.

Y mientras la abrazaba con cierta desesperación añadió:

—Lo que sí sé es que me tienes embrujado desde hace un montón de años.

Renata aceptó sin rechistar las explicaciones de Lorenzo y Anna y se limitó a visitar a los suyos de vez en cuando. Menos veces de las que hubiera deseado. La mujer no era estúpida e intuía que sus padres le ocultaban alguna disputa con Berto. Y su marido, cada vez que ella volvía de verles, le reprochaba su apego a su hogar de soltera y se burlaba de ella.

—¿Otra vez con papá y mamá, Renata? ¡¿Cuándo vas a crecer?! ¡¿Cuándo te vas a despegar de una vez y te vas a hacer adulta?!

Y se lo decía él, que vivía a las faldas de su madre, otra fascista convencida que se movía por la casa de la pareja como si fuese su feudo, añadiendo sal a la herida en que se había convertido la vida de Renata.

Aquella mañana de enero de 1937 Renata había vuelto a sonreír. Todo su martirio iba a terminar con la partida de Berto: pensaba recuperar el calor de sus padres en cuanto su esposo cogiese el autobús que le llevaría al cuartel de instrucción, por fin Lorenzo y Anna se iban a enterar por su boca de la verdad de su matrimonio y confiaba en que ellos buscarían una solución. Por todo eso, mientras colocaba de manera ordenada la ropa en la maleta, la comisura de sus labios se despegó devolviendo a su cara una luz que creía haber perdido. Pero al dejar volar su imaginación, la sonrisa se le acentuó tanto que acabó en un gesto grotesco que la afeó, pues su fantasía desbocada le brindó gratuitamente un sinfín de posibilidades en aquella guerra lejana: una bala certera, una bomba estallando a su paso, una amnesia sin retorno que le impediría encontrar el camino de vuelta a casa, una amante española que le retendría al otro lado del mar. España era

la oportunidad de acabar con su suplicio. Súbitamente, antes de que ese leve sentimiento de culpa cristiana volviese a aflorar, se le nubló la vista y dejó de sonreír cuando tuvo el convencimiento de que nada de eso iba a ocurrir. Siempre son los buenos, los mejores, quienes mueren, mientras los villanos, los indeseables, los maltratadores, los malos hombres como Berto se salvan para seguir pudriendo el mundo con sus miserias.

Agosto de 1937

EN EL LAVADERO

Lucía había pasado casi toda la noche en vela. Se había acostado a las once, después de recoger la cocina y separar, con ayuda de Marichu, unas lentejas para poner a remojo. Al principio logró conciliar el sueño, pero a eso de la medianoche su bebé, que aún no había cumplido un mes de vida y que no conocía a su padre, tuvo hambre. Se colgó a Jone del pecho y durante casi una hora madre e hija estuvieron pegadas la una a la otra: la niña succionaba el pezón con tanta ansiedad que su madre tuvo que apartarla varias veces. Era como si adivinase que después de la etapa de amamantamiento la comida iba a ser un bien escaso. La madre miraba tiernamente a su hija y luego se perdía en sus pensamientos. Mantuvo a la niña erguida junto a su hombro, esperando pacientemente a que eructara, luego le cambió el pañal y la acostó. A las tres horas volvió a reclamar su ración de leche. La madre, que había tardado en dormirse a causa de las preocupaciones, doblegada por la angustia de saber que Carmelo estaba preso, despertó de un sueño profundo cuando la niña entonó un tímido sonido gutural, sin estruendo, antesala del llanto instintivo del hambre. Otros ruidos procedentes de la calle no la habrían despertado, pero la docta naturaleza regala a cada madre, durante el alumbramiento, una especie de alarma interior que se activa en cuanto el recién nacido emite desde su cuna el más leve rumor. Eran las cinco de la madrugada cuando tras el ritual del pecho devolvió por segunda vez a Jone a su capazo.

Como ocurría en todas las zonas en conflicto, durante la guerra las noches se hicieron largas en las casas de Ibayá. El miedo a los ataques aéreos, la incertidumbre del futuro, la soledad de las mujeres cuyos hombres permanecían en el frente, la escasez de alimentos, el temor a que las malas noticias llegaran al propio hogar en forma de misiva militar anunciando el luto y el pesimismo que se iba instalando en el bando republicano formaban un mosaico de desordenados pensamientos que compartían todos los vecinos del pueblo. Por eso las noches eran parecidas en la mayoría de los hogares. El desasosiego se instaló entre los pobladores de Ibayá el día 19 de junio, cuando, sumidos en la desesperación, presenciaron cómo las tropas rebeldes remontaban el curso de la ría, desfilando frente a sus casas en dirección a Bilbao. La misma tarde de ese aciago día, la ikurriña fue arriada de todos los centros oficiales, mientras las botas militares de las tropas nacionales y de la guardia mora hacían tronar el suelo de Bilbao en un desfile de la victoria que acongojó a los vascos derrotados. Fue entonces cuando la población civil dejó de temer a los bombardeos y empezó a temblar por otras cosas: por los uniformes caqui y los camisas azules que se paseaban altivos y sin miramientos, por las detenciones, por las amenazas y por las denuncias de algunos curas o vecinos mal avenidos, fomentadas por las propias autoridades militares de ocupación, que hacían llamamientos para entregar a los enemigos de España. Por eso, mientras

aquella noche de agosto de 1937 Lucía luchaba por conciliar un sueño reparador que tanta falta le hacía, en otra calle, en otra casa, en otra alcoba, también Elvira mantenía los ojos abiertos. Las dos mujeres con el pensamiento a rebosar, ambas cabezas como ollas de alubias en ebullición, la una y la otra acompañadas de la respiración de otro ser humano. Lucía con su bebé, Elvira con el leve ronquido de Manuel, que por una vez dormía plácidamente junto a ella, aunque para lograrlo hubiese tenido que beber media jarra de melisa.

Tal vez porque su marido había ido a luchar al frente, o porque se creía todo lo que decían las radios republicanas y nacionalistas, a Lucía no se le pasó por la cabeza que pudieran perder la guerra. Ella, como todos los que se mantuvieron fieles a la República, deseaba con todas sus fuerzas que esa cruzada injusta, dolorosa e inútil, que ellos no habían iniciado y que les iba a partir la vida en dos, acabase de una vez, pero soñaba también con que terminase cuando sus gudarís desfilaran triunfantes por las calles de la villa. Incluso después de conocer el horror del bombardeo de Guernica, que sumió a la mayoría en un estado de pesimismo derrotista, Lucía se aferró a la esperanza como quien se mueve a tientas en la oscuridad de una caverna profunda tratando de encontrar la luz: la esperanza de que llegarían refuerzos, la esperanza de que nuevas armas y buques de guerra detendrían a los alzados, la esperanza de que el cinturón de hierro convertiría a Bilbao en fortaleza, la firme creencia de que sus hombres demostrarían que la hombría más aguerrida lleva a la gloria cuando uno está convencido de defender los valores supremos de la libertad y de la tierra amada. Pero el 19 de junio los nacionales entraron arrogantemente victoriosos en Bilbao. Decían que la villa se sumió entonces en un silencio de voces humanas, desconocido y sobrecogedor, que contrastaba con el ruido atronador de los vencedores al desfilarse por la Gran Vía. También Ibaye se quedó congelado en sus quehaceres, el mundo pegado a las pocas radios que no habían sido requisadas, las lágrimas vertidas de puertas hacia dentro. Cuando ella se enteró de la terrible noticia se agarró la enorme tripa, la acarició y se dijo para sí: «Qué mundo te espera, criatura». La niña nació diez días después en una tierra apaleada y vencida y sin un padre que la abrazara en su primer día de vida.

Pero el ahogo que esa noche cálida de agosto atenazaba a Lucía era otro. No le quedó más remedio que abandonar momentáneamente en la retaguardia de sus preocupaciones la miseria, el sentimiento de derrota y la tristeza de su soledad. Un asunto perentorio exigía toda su atención. Por la tarde, una noticia cambió sus prioridades. Volvía de pesar a la niña en la farmacia y caminaba hacia el colmado, confiando en encontrar un cuartillo de aceite, cuando su amiga Eugenia llegó hasta ella corriendo.

—Coge aire, mujer, que te vas a ahogar.

—¡Ay, Lucía, que sé dónde está Carmelo!

—¿Qué sabes? —le preguntó inquieta.

—¡Qué guapa la niña! —comentó la otra mientras miraba al bebé que estaba en brazos de su madre.

—¡Deja a la niña en paz y habla, que me tienes en ascuas, por Dios!

—Ven a mi casa, que te lo cuento —la invitó Eugenia con cierto misterio mirando a su alrededor con desconfianza.

Caminaron por la calle a paso ligero. Las paredes de los edificios componían un paisaje nuevo de consignas a las que aún no se habían acostumbrado. Aquellos carteles del Gobierno vasco que animaron a la población civil en los meses de lucha habían dado paso a otros. Junto al portal de Eugenia se había colocado uno que decía: «Arriba España. Ya puedes ensanchar los pulmones con ese grito bendito. Se lo debes al Ejército que te ha liberado», y cada mañana, al salir de casa, Lucía se topaba con la siguiente frase: «Franco, Caudillo de Dios y de la Patria». Los dibujos de las flechas de la Falange y las imágenes del rostro de Franco proliferaban en los muros del Ibayá vencido. Estos eslóganes recordaban a cada paso la derrota y la sumisión, y a los lugareños les costaba reconocer la fisonomía de su pueblo. Eran las mismas casas, las mismas paredes, la misma fuente, la misma plaza y el mismo quiosco de música, pero la nueva decoración propagandística de los vencedores los habían transformado. Como si el pueblo que antes les daba cobijo con una tranquilizadora sonrisa se hubiera metamorfoseado en un ser hostil, distante y amenazador.

Ya en el piso, alejadas de miradas y oídos indiscretos, Eugenia le explicó que su hermano había estado preso en Castro Urdiales, en un colegio que los fascistas habían convertido en cárcel. Que allí había coincidido con Carmelo, quien le encargó que comunicara a la familia que se encontraba bien, que estuvieran tranquilos y que les mandaba besos. También le había pedido al vecino de Ibayá que explicara a Lucía los pasos que debía seguir para sacarle de allí. Eugenia cogió un papel de estraza arrugado y, con dificultad, logró leer lo que su hermano le había apuntado para que no se olvidara: «Hay una Comisión Clasificadora del Campo que puede dejar libre al preso si su familia presenta informes favorables de la Falange local, de la policía, de la guardia civil, del párroco o de otros vecinos no sospechosos de ir contra el nuevo orden. Recuérdales a Lucía que debe buscar estos papeles lo más rápido posible. Si no, podrían trasladar a Carmelo a un campo de concentración a hacer trabajos forzados o a un tribunal militar, y eso no es bueno. Es más sencillo salir de un campo provisional que cuando el preso ya ha sido destinado a una cárcel fija».

—¡Virgen Santísima! ¡Carmelo preso! ¡Ay, Jesús, María y José, lo que estará pasando este hombre!

Eugenia le acarició el brazo en un gesto tranquilizador.

—Le vas a sacar de allí. Tú haz lo que dice mi hermano y seguro que sale antes de que te dé tiempo a poner un puchero.

—¡Dios te oiga, Eugenia! ¡Tengo que buscar esos papeles cuanto antes!

—No vayas todavía, Lucía. Será mejor que primero te serenes y pienses muy bien a quién y cómo los vas a pedir, que tú tienes un pronto que te pierde y a la mínima les vas a saltar. Te juegas mucho, mujer, así que guárdate el orgullo para otra ocasión, como se lo guardó mi padre, el pobre,

que para sacar a mi hermano de la cárcel tuvo que prometer al nuevo párroco que se haría de la Adoración Nocturna. ¡Él, que se pone malo cada vez que pisa una iglesia!

Eugenia apoyó las posaderas en el borde del fogón de baldosas blancas, cruzó sus rollizos brazos bajo el pecho y miró fijamente a su vecina.

—Nos han ganado, Lucía, y nos toca tragar. Debes pensar muy bien a quién dirigirte y qué les vas a decir en el caso de que te pongan pegas, cómo vas a convencer a todos esos cabrones, que van ahora de chulos por la vida, de que tu marido es una buena persona, de que no es ningún peligro para Franco.

—No soy tonta, Eugenia. Me tragaré la bilis, no me queda otra.

—Bueno, pero luego no la pagues con la pobre Marichu.

Lucía se puso seria, ofendida, con cara de pocos amigos.

—¿Y a qué viene eso? ¿Es que trato yo mal a mi hermana?

—No digo eso, mujer, no te sulfures; a veces te he visto reñirla...

—¿Y qué quieres que haga? Si no la regaño no espabila. Ya sabes que nos salió un poco...

—¿Tonta?

—No diría tanto, pero... Fuerte para el trabajo, buena con los críos, pero más inocente que ellos. No tiene culpa, ya lo sé, aunque quiero que espabile todo lo que pueda. Si por pena la dejo tranquila, si no la azuzo, pues más atontada se me queda. Y una cosa te voy a decir, Eugenia, que este mundo no está hecho para los inocentes. ¡Mucho menos ahora, que menudos tiempos nos vienen encima! ¿Acaso se te ha quejado?

—¡Qué dices, mujer! ¡Si bebe los vientos por ti y por tu marido! ¡Y de los chiquillos ni te cuento, habla de ellos como si fuesen suyos! ¡Fíjate qué gracia! El otro día me la encuentro en el manantial, empezamos a hablar y, por darle conversación, le cuento que mi Irene me ha hecho un dibujo.

Eugenia se separó del fogón, fue hasta la alacena, abrió un cajón y extrajo un papel.

—Este, mira.

El dibujo infantil representaba la ría, por la que navegaban unos barcos gigantes.

—Muy bonito.

—Sí que es bonito, tiene arte esta hija mía con los lápices. Bueno, como te decía, le cuento lo del dibujo y va y me contesta tu hermana: «Pues la chiquilla nuestra, la mayor, canta ahora en el coro de la iglesia». «Nuestra» dijo, ¡y lo dijo con un orgullo...!

—La verdad es que mis hijos son su vida. Y me ayuda mucho con ellos. Pero no puedo dejar que se me atonte más, es como una burra: o la pinchas o se duerme en los laureles. ¡Qué le vamos a hacer!

Al escuchar el suspiro de placer que acababa de emitir el bebé dormido en sus brazos, Lucía le besó la frente en un gesto maternal que llenó de envidia a Eugenia, cuyos hijos hacía mucho tiempo que habían dejado de ir en brazos.

—Que conste que la riño lo justo —añadió—, y si yo tengo que aguantar sus despistes, ella

bien podrá aguantar mi mala leche. ¿O no? ¡Que donde hay confianza da asco! ¡Y que para algo somos hermanas, demontre!

Lucía se dio cuenta de que con tanto nerviosismo y tanto parloteo todavía no había preguntado por Vicen, el hermano de Eugenia.

—Y tu hermano, ¿cómo está? ¿Por qué no ha venido él a contarme todo esto?

—Bien, está bien. Triste, como todos. Ha preferido que yo hablara contigo, porque cree que le pueden estar vigilando y no quería que te relacionaran con él. Ya es bastante mancha ser la mujer de un gudari preso como para que crean que también tienes trato con los de Azaña.

Lucía se dirigió hacia la puerta.

—Pues dale recuerdos. Y a tus padres también.

Y mientras recordaba al padre de Eugenia, que tantas bromas les había gastado a ambas cuando eran niñas, añadió con una sonrisa maliciosa:

—Y dile a tu padre que ya que no le queda más remedio que ir a la Adoración Nocturna durante una temporada, que aproveche y que rece por todos nosotros, a ver si Dios, al ver a un ateo en su casa, se ablanda un poco y se pone más de nuestro lado. Que falta nos hace.

Eugenia rio con ganas y, al igual que su amiga, se sumió momentáneamente en la nostalgia de aquella niñez perdida, de aquella infancia tan humilde y sin embargo tan feliz y cálida.

Llegó a casa con la determinación de no hacer caso a su amiga y ponerse de inmediato manos a la obra, salir corriendo para tocar algunas puertas que le ayudasen a sacar a Carmelo de la cárcel. No le quedó más remedio que aplazarlo. Al cruzar el umbral se encontró con un desaguisado descomunal que la puso histérica y le impidió seguir adelante con su plan. Nada más acercarse a la casa escuchó algunos gritos nerviosos y pisadas rápidas que iban de un lado a otro.

—¡Qué pasa aquí, si puede saberse!

—¡En la cocina! ¡Ven a la cocina! —oyó gritar a Marichu.

Con la niña todavía en brazos, se encontró a su hermana agachada y rodeada de un palmo de agua. Sus hijos mayores estaban con ella, cada uno con una jarra en la mano, tratando de achicar aquel lago en que se había convertido el suelo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Pues qué va a pasar! Que el tonto de Marcelino, el fontanero, nos puso algo mal aquí abajo y no para de salir agua.

—¡Habrá que cerrar la toma general, Marichu! —Y mientras dejaba a la pequeña en brazos de su hija Adela y se iba a la terraza a cerrar la llave siguió gritando—. ¿Es que no piensas? ¿De qué sirve achicar el agua si dejas que siga corriendo?

—¡Y yo qué sé! —protestó Marichu.

Adela se empezó a reír. Aquella escena le pareció muy graciosa: la tía Marichu así agachada parecía toda ella un enorme culo, y pensó que en el mar no tendría ocasión de flotar. Su madre bufaba fuera de sí. Al pasar delante de ella la agarró de la oreja y mirándola fijamente la riñó.

—Y tú no te rías, que no tiene gracia. ¡Todos a ayudar, vamos! Lleva a la niña a la cuna, luego

vas donde la vecina y le pides un par de baldes. A ver si entre todos acabamos pronto.

Tardaron una hora en retirar el agua. Luego vino Marcelino, cabizbajo, disculpándose, diciendo que lo había hecho bien, pero que a veces las juntas fallan, o que alguien podría haber dado un golpe a la tubería. El fontanero era como de la familia, primo de su marido, un hombre bueno, paciente y muy niño.

—¿Qué golpes ni qué demonios? ¡Para golpe el que te daría yo a ti! —le contestó Lucía muy airada.

—Qué mala leche te gastas.

—¿Y de qué me sirve si luego hacéis todos lo que os da la gana?

—Mujer, pero si los chiquillos han disfrutado de lo lindo. ¡Menuda alberca que han tenido esta tarde!

—Calla, calla —respondió Lucía disimulando la sonrisa que ya empezaba a asomar—, que tengo más ropa para secar que cuerdas en el tendedero.

—Ya será menos —siguió hablando Marcelino, agachado bajo el lavabo—. ¿Sabes algo de Carmelo?

Lucía no tenía ganas de hablar del asunto. De momento prefirió guardarse la noticia.

—Nada. Habrá que esperar.

—No te apures, mujer. Más pronto que tarde volverá. Las malas noticias corren rápido y, de haberse producido, ya te habrían llegado. Andará por ahí escondido, o quizás esté lejos y tarde un poco en regresar a casa.

—Eso pienso yo, Marcelino.

La noche se les echó encima. Después de que el fontanero terminara la faena tuvieron que secar a conciencia cada rincón, recoger toallas mojadas, devolver los baldes y finalmente poner la cena. No eran horas para llamar a ninguna puerta. Durante sus ratos en vela se alegró. La tregua marcada por el desatino de la cañería le había servido para decidir, con frialdad y cálculo, cómo llevar a cabo la empresa más difícil que le había tocado afrontar hasta entonces: devolver a su marido a casa, tragándose el orgullo y las palabras.

En otra calle, en otro piso más humilde, la noche se desplomó sobre la alcoba de Elvira, pero el sueño no llegaba. También en su caso, tras la derrota militar, el miedo a la muerte había cedido paso a otros miedos. Su marido estaba preocupado por su hermana Petra, cuya activa militancia socialista y su relación con el concejal Jesús López la convertían en diana del nuevo régimen. No sabían si había logrado pasar a territorio republicano o a Francia, o si se hallaba escondida, y esta incertidumbre les estaba socavando la moral. Esa mañana, la visita del falangista les había dejado absolutamente abatidos y provocaba el desvelo de la mujer. Sobre todo porque el asunto no tenía remedio: no había forma de rebatir aquella decisión que venía de arriba, so pena de morir en el intento.

Al poco de conocer a Jesús López, Petra le pidió que mediara para que el taller de Manuel se encargase de confeccionar pantalones y camisas para los milicianos. Por un lado, quería colaborar

activamente en la campaña a favor de la República y, por otro, pensaba que aquel encargo serviría para ayudar a la mermada economía de su hermano, cuya empresa había visto caer los pedidos en picado a causa de la guerra. El Gobierno republicano pagó bien hasta que pudo. Las facturas del último pedido no se abonaron y, una vez que los republicanos fueron vencidos, no hubo autoridad en Vizcaya a la que reclamar. En el taller se quedaron varias cajas de camisas sin enviar, y en cuanto los alzados proclamaron su triunfo en Vizcaya, Elvira y Manuel las quemaron.

De poco sirvió. Las nuevas autoridades supieron desde el primer momento que el taller de Ibaya había suministrado uniformes a las tropas enemigas. Y esa mañana un miembro de la Falange se había presentado en su casa. Al verlo entrar, tieso como un árbol, vestido con una odiosa camisa azul y una boina cuyo color rojo recordaba a la sangre, caminando con aire marcial, mostrando un bigote fino y negro que se le movía al compás de sus airadas palabras, la mujer temió una detención. No era esa la intención del paramilitar, pero sí la amenaza.

—¿Su esposo?

—Ahora le llamo —dijo Elvira casi temblando.

Le dejó allí, en la entrada, y al llegar al pasillo obligó a sus hijos a meterse en una habitación. No quería que vieran la escena. La violencia formaba parte de la naturaleza de los falangistas, y Elvira temía represalias en su propia casa. Habían colaborado con las tropas republicanas, y su cuñada era una socialista relacionada con un hombre de cierto renombre en el partido. Se imaginó lo peor.

Temblorosos, marido y mujer se presentaron ante el falangista. Sin decir siquiera buenos días, el paramilitar se dirigió a ellos en un tono autoritario.

—Soy Torcuato Rivera Yáñez, ayudante del jefe local de la Falange. A mí no me conocen porque no soy de Ibaya, aunque supongo que al camarada Alfredo Cortázar, jefe local, sí le conocerán. —Manuel y Elvira asintieron con la cabeza—. Ya sé que ustedes han colaborado con las tropas enemigas suministrando ropa de faena. También sé que Petra Jiménez, la querida de Jesús López, es su hermana. Supongo que no saben dónde están esos dos pájaros.

A Manuel le dolió profundamente que el hombre calificara a Petra de «querida», como si fuese una puta. Irremediablemente, se calló.

—No sabemos nada de ellos —contestó Manuel en un hilo de voz.

—Eso mismo piensa mi jefe. Y ya le pueden dar las gracias, porque si por mí fuera ya estaban ustedes detenidos. El camarada Alfredo asegura que ustedes nunca estuvieron metidos en política y que son buenos católicos. ¡Como si eso fuese suficiente! En fin, el caso es que a partir de ahora aquí van a cambiar las cosas. Su taller va a empezar a colaborar con nuestra gloriosa cruzada.

Elvira y Manuel temieron que su negocio fuese incautado. No iba a ser el primero en salir por la fuerza de la mano de sus propietarios. El triunfo de los alzados había llevado a muchas familias significadas en los partidos de izquierda o nacionalistas a perder sus propiedades: lonjas, comercios, talleres, periódicos, barcos, automóviles y pisos pasaban a golpe de decreto urgente a manos de los vencedores. Así había ocurrido con el noticiario del pueblo, cuyo propietario, de

Izquierda Republicana, además estaba preso. Hacía tan solo unos días que los locales de los nacionalistas habían sido ocupados para albergar las oficinas de la Falange, y hasta el cine, propiedad de un militante socialista, se lo habían cedido a un falangista que ni siquiera era de Ibay.

—A partir de ahora van a realizar uniformes para las fuerzas victoriosas. Se les pagará adecuadamente, aunque por supuesto los precios y la forma de pago los fijará la Jefatura. —El falangista comenzó a pasear por la sala mirando con ojos escrutadores. Elvira y Manuel permanecían en silencio—. Por supuesto, su colaboración será voluntaria, claro, nadie les obliga, aunque ya saben que si se niegan podrían pasar cosas desagradables. ¿Alguna pregunta?

Manuel y Elvira sintieron la amenaza como si un puñal carcomido penetrase sus vísceras. Las cosas desagradables de las que hablaba aquel hombre podían ir desde la confiscación definitiva de su negocio hasta la detención. Armándose de valor, Elvira habló.

—¿Y tendremos que trabajar en exclusiva para ustedes o podemos seguir confeccionando para nuestros clientes habituales?

—A mí me la trae floja si quieren trabajar para la industria o hacer trajes de novia, siempre y cuando cumplan los plazos de entrega. Les enviaremos a una camarada que les mostrará los modelos que deben confeccionar y que controlará todo el proceso. Por supuesto, ustedes se encargarán de abonarle el jornal. Es una modista de la Sección Femenina, de Bilbao; se llama Rosario Cárdenas. A partir de mañana la tienen aquí.

El falangista se encaminó en dirección a la puerta. Cuando agarró el pomo dijo:

—Y mucho cuidadito, que les tenemos bien controlados. —Elevó el brazo y mirándoles fijamente con gesto de desdén gritó—: ¡Arriba España!

Manuel y Elvira se quedaron quietos, no repitieron el lema. El falangista se fue de inmediato. Aunque si se les hubiera quedado mirando un segundo más, si les hubiese retado, ambos habrían elevado el brazo y hubieran dicho, aunque fuese en un murmullo, ese «Arriba España» que tantas veces iban a escuchar a partir de entonces. Dos palabras como dos truenos, una exclamación que les habría de herir el alma, una escueta herramienta del lenguaje que les recordaría que habían perdido la guerra, que eran menos que nada, que deberían conducirse de puntillas, muy quietos, muy callados, a la sombra.

Desde la visita, el matrimonio Jiménez no había dejado de sentirse incómodo, preso en su propia casa. Por un lado, iban a estar en boca de todos sus vecinos: empezaría a colaborar con los nacionales y no podrían andar por ahí diciendo que lo hacían bajo amenaza. Era mejor no dar explicaciones, no fuera que al tratar de justificarse la Falange acabara juzgándoles contrarios a la colaboración y, por tanto, enemigos del régimen. Por otro lado, sabían que la llegada de la mujer de la Sección Femenina no era más que una artimaña para infiltrar en su vida cotidiana a un topo, a una chivata que informaría continuamente de las entradas y salidas de los trabajadores y de los clientes, de las palabras dichas y de las conversaciones espiadas tras una puerta. Estaba claro que el matrimonio resultaba sospechoso a los ojos de las nuevas autoridades y que, en última

instancia, la Falange esperaba averiguar si Petra y Jesús estaban escondidos. Ambos estaban seguros de que el jefe local de la Falange no era, como así lo había presentado su camarada, un hombre benévolo con ellos, sino que detrás de su decisión de no apretarles las tuercas se ocultaba el intento de atrapar a su cuñada. Y en cierto modo se sentían contentos, porque si Petra y Jesús hubieran sido detenidos o fusilados, ya lo sabrían. En los pueblos pequeños, donde todos se conocían, a los falangistas les gustaba vanagloriarse de sus logros y disfrutaban al anunciar a sus vecinos la noticia de que sus padres, madres o hermanos habían sido presos o ejecutados. La visita del camisa azul y la inminente llegada de la mujer de la Sección Femenina corroboraban que la joven pareja socialista había huido. Pero ¿cómo hacerle llegar a la hermana un mensaje advirtiéndole de la nueva situación? ¿Adónde acudir? Tenían miedo de acercarse a otros conocidos del clandestino Partido Socialista por si alguien les seguía. Pero era preciso que Petra y Jesús supiesen que no debían ponerse en contacto con ellos. ¡Si supieran dónde se encontraban!

Mientras su marido por fin descansaba inmerso en un sueño aparentemente plácido, Elvira daba vueltas y vueltas a la nueva situación. Todo su empeño era encontrar la manera de advertir a su cuñada del peligro. Para eso tendría que llegar hasta Gallarta sin levantar sospechas. ¿Cómo? La cabeza parecía una peonza. Pensó en ir de noche, pero saltarse el toque de queda entrañaba un peligro demasiado alto. Además, a esas horas ya no circulaba el bote para cruzar la ría. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo dar el aviso? No hallaba una postura cómoda sobre la almohada; la frente le hervía. Parecía que la única solución pasaba por granjearse la confianza de la tal Rosario Cárdenas con el objetivo de que la viera como una madre de familia normal, con sus obligaciones habituales, entre las que debía estar, por supuesto, una visita de vez en cuando a los familiares que dejaron en Gallarta. Aunque ganarse su confianza requeriría un tiempo, y ella no lo tenía. Debía hacer partícipe a Petra cuanto antes de que había un topo en el taller. La cabeza le iba a explotar. Eran las cinco de la madrugada cuando se levantó de la cama, harta de darle vueltas al asunto, sin hallar una solución que la convenciera, rabiosa por los derroteros que estaba tomando su vida, por haber perdido la libertad de acción, porque ya se sentía vigilada, porque con la llegada de la falangista iba a sufrir un sometimiento que no encajaba con su carácter. La impotencia la dominaba, la impotencia de saber que no les quedaba otra. Tenían unos hijos a los que proteger, aunque para ello la humillación se instalara en sus vidas.

Y no solo Petra ocupaba sus pensamientos. El negocio estaba en peligro. ¿Quién le aseguraba a ella que las autoridades le iban a pagar los pedidos? De momento se verían en la obligación de comprar las telas. ¿A cuánto ascendería la cuenta? ¿Podrían pagarla? Por imperativo de las autoridades militares habían cambiado por billetes nuevos el poco dinero que guardaban. Cuando llegó la orden que invalidaba toda la moneda emitida entre el 19 de julio de 1936 y la victoria de los nacionales sobre Bilbao, corrieron a casa a abrir la caja de caudales para comprobar qué billetes tenían validez y cuáles no. Y de inmediato se fueron a guardar cola a la Caja de Ahorros, convertida por unos días en sucursal del Banco de España. Descartaron el dinero del Gobierno del País Vasco, pero apenas sumaba unas pesetas. Del resto, la mitad no tendría ya ningún valor.

De todos modos, salieron mejor parados que otros: a Elvira nunca le gustó guardar dinero en casa y fue ingresando en el banco lo poco que consiguieron facturar a lo largo de los meses que duró la guerra. Debido a la falta de trabajo, el dinero ahorrado prácticamente se había esfumado. El miedo a la ruina y a la miseria le ensombrecían el pensamiento. También temía perder a sus antiguos clientes si estos se enteraban de que las tropas nacionales se iban a convertir en un cliente prioritario. Algunos, contrarios al nuevo régimen, acabarían anulando sus encargos, y otros, aunque no se sintieran molestos por esa colaboración, podrían pensar que el taller no cumpliría con los plazos, ya que darían prioridad a los trajes de los reclutas.

Se quitó el camión y se puso un vestido de andar por casa. Lo hizo a tientas, para no despertar a Manuel. Salió al patio y cogió un balde de zinc lleno de ropa sucia. Metió una pastilla de jabón, la última que pudo adquirir con la cartilla de racionamiento del Gobierno vasco, y abandonó la casa. Una vez más buscaba el sosiego en los quehaceres domésticos, y como no quería despertar a los suyos decidió hacer la colada inmersa en la soledad que esperaba hallar a horas tan tempranas en el lavadero público.

Cuando la niña, sin demasiado esfuerzo, recuperó el sueño, Lucía se vistió, luego deshizo la cama y enrolló las sábanas y la manta en un hatillo. Lo había manchado todo de sangre; sus pérdidas eran intermitentes, llegaban sin avisar, y en ocasiones de forma tan abundante que ni la compresa de algodón evitaba que la mácula traspasara su ropa. A otras mujeres no les importaba que sus vecinas fueran testigos de sus inmundicias, pero a ella sí. Por eso, cuando aparecía una mancha reveladora en la manta o en la colcha, madrugaba mucho para ir al lavadero, en la confianza de que estuviera desierto. Si la suciedad solo impregnaba las sábanas, bajaba a la cocina y las frotaba en su pila, pero la manta y la colcha eran demasiado grandes para lavarlas en la artesa de la casa, así que no le quedaba más remedio que colocarse, en increíble equilibrio, una palangana en la cabeza y caminar hasta el lavadero municipal.

A media mañana y por la tarde el pilón de Ibaya era lugar de reunión y cháchara para las mujeres, pero al amanecer siempre se encontraba vacío. Las rutinas domésticas llevaban un horario que rara vez se alteraba, y al alba las madrugadoras amas de casa se dedicaban a preparar desayunos y a poner los pucheros al fuego. Solo después de haber garantizado el alimento de los suyos y de haber aseado la casa se encaminaban a realizar la pesada tarea de lavar. Del mismo modo, la plancha quedaba reservada a los atardeceres. Las mujeres, recogidas entre cuatro paredes y en aquellos hogares donde el jornal había dado para comprar un aparato receptor, acompañaban su monotonía de camisas y pantalones con un sonido radiofónico de fondo, generalmente musical, aunque desde el estallido de la guerra viniera cargado, también, de boletines propagandísticos. Y donde no había galena, el sonido suave del hierro caliente deslizándose sobre la ropa limpia se acompañaba de canciones, canciones armoniosas que procedían de mujeres que, como Marichu, entonaban cantares populares, una bilbainada, una habanera, una copla, un villancico, una pieza de zarzuela.

Lucía dejó entornada la puerta de su alcoba y se dirigió al cuarto donde roncaba Marichu. Se

acercó a su hermana. Le tocó el hombro; no hubo respuesta, así que la zarandeó un poco. Aturdida, Marichu abrió los ojos, se los frotó, miró a su hermana y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Está mal la niña?

—Tranquila, que ya ha tomado el pecho y duerme. Me voy al lavadero.

—¿A estas horas?

—Es que no puedo dormir. Y además ¡ni que fuera la primera vez! He manchado la manta.

—Si quieres voy yo más tarde.

—No. Que ya sabes que no me gusta que las demás vean nuestra porquería. Tú duerme un poco más, pero quédate pendiente de la niña.

Aún faltaba un buen rato para el amanecer. Las calles permanecían casi a oscuras. Leves zonas de luz procedentes de farolillos pobres de escasa intensidad le abrían el camino y le daban seguridad. En esos días no eran raros los cortes de electricidad, unas veces en el interior de las casas, otras veces en las calles, a ratos en todas partes. Lucía recordaba la angustia que pasaron el día 20, nada más proclamarse el triunfo de los nacionales, cuando durante más de veinticuatro horas Bilbao y sus alrededores se quedaron sin suministro de agua y luz. Estuvieron sumidos en la penumbra, al amparo de la lumbre del fogón, los niños, asados de calor, hasta que llegó la hora de acostarse. Aquella oscuridad acentuó la tristeza de saberse vencido y el temor a un futuro negro.

En Ibaya había dos lavaderos. El más grande se encontraba en dirección al monte, en un descampado que terminaba en las lindes de un pequeño bosque de hayas. Era el más antiguo y el que utilizaban las aldeanas de los caseríos. Se trataba de una vieja construcción abierta, aunque protegida por un techo de teja de barro. Tenía dos grandes pilones, uno a cada lado, y en medio un pasillo donde las mujeres se agachaban para frotar la ropa. El pilón más profundo lo utilizaban para lavar mantas, sábanas y colchas. El otro estaba destinado a restregar la ropa menuda. El agua, cristalina y siempre fría, no dejaba de manar sobre cada una de las pilas. Cuando el pueblo creció, el ayuntamiento construyó otro más céntrico y más frecuentado. Lucía, por costumbre, casi siempre acudía al lavadero viejo. Por el contrario, Elvira prefería el nuevo. Le quedaba más cerca de casa. Sin embargo, aquella madrugada de agosto buscaba un poco de soledad, un lugar donde desmontar sus miedos, y esa necesidad la llevó a emprender una larga caminata hasta las campos alejadas. Además, el paseo le vendría bien. Las mujeres no se cruzaron en el trayecto porque Elvira salió más tarde y la distancia era mayor. De haberse encontrado, Lucía se habría dado la vuelta y, con mucho esfuerzo e incomodidad, habría realizado la tarea en su propia casa. Sin toparse con nadie, llegó al lavadero y, al verlo vacío, se dispuso a preparar la colada.

Elvira caminaba a paso ligero, con el balde de ropa apoyado sobre su costado. No dejaba de pensar en lo que se les venía encima, y sufría al augurar meses de congoja y miseria. Ya había tenido que rebajarse a enviar a sus niños a la cola de los soldados italianos que servían cada día un rancho en el patio de la escuela. A Manuel y a ella aquello les resultaba humillante, pero la inactividad del taller y la práctica ausencia de ingresos no les dejaban otra alternativa. Ante el hambre de los hijos no hay orgullo que valga. Elvira respiraba profundamente, le gustaba sentir en

los pulmones el aire fresco de la mañana naciente, le parecía que la purificaba por dentro, que le renovaba el espíritu y le daba nuevas fuerzas para enfrentarse a un futuro tan poco halagüeño. Tal como esperaba y deseaba, no se cruzó con nadie. Las persianas de las casas, cada vez más diseminadas, seguían echadas. Era lo habitual en domingo. La primera misa se celebraba a las nueve de la mañana, y, como era día de descanso obligado —los curas exigían guardar las fiestas—, los vecinos de Ibayá aprovechaban para dormir. Seguramente el nuevo párroco la habría sermoneado por faenar en el día del Señor. ¡Pero qué sabía ese cura de las necesidades y del dolor de las familias pobres!

Uno de los primeros cambios que se vieron en Ibayá tras el triunfo alzado fue la marcha obligada de don Aurelio, el párroco querido y admirado por su dedicación y trabajo, que fue generoso y comprensivo con los foráneos, a pesar de sus tendencias nacionalistas. El padre Elorduy fue un sacerdote cercano, tan campechano que hasta los vecinos más contrarios a la Iglesia lo habían respetado, entre otras cosas, porque siendo tan vasco de apellido, sangre y pensamiento, buscó la moderación de los suyos y la confraternización entre las comunidades autóctona y foránea. Cuando alrededor de una partida de dominó o de cartas algunos de los militantes más radicales interpretaban las teorías de Sabino Arana al pie de la letra, don Aurelio les decía que el ideólogo, un buen cristiano, habría acogido en sus brazos a cualquier extranjero que fuese temeroso de Dios, y que sus soflamas en contra de los maketos iban contra aquellos trabajadores españoles que renegaban de la fe. Esta singular visión de la doctrina sabiniana, que el cura adaptó a su medida, sirvió para que en Ibayá los llamados maketos fueran mejor considerados en la vecindad, al menos no tan despreciados como en otros pueblos de Vizcaya. Es verdad que, además, la población de origen español era menor, estaba menos organizada políticamente, trabajaba en industrias que les ofrecían unas condiciones mejores que en las minas o en la siderurgia y, al sentirse más arropada, resultó menos combativa. A esa altura del paseo, Elvira pensaba en el cura y sentía una gran pena por su injusto destino. Le había quedado claro que a partir de entonces mandarían los militares y una suerte de obispos muy poco cristianos, por eso los pocos sacerdotes que defendieron al gobierno constitucional habían sido arrinconados. Unos, como don Aurelio, habían ido a parar a la cárcel de El Carmelo, donde el pobre hombre esperaba un juicio por traición. «¿Traición a qué?», se preguntaba Elvira. ¿A sus feligreses? ¿A la tierra que amaba? ¿A los pobres? ¿A Dios? Otros religiosos habían sido deportados a distintas regiones de España. En cualquier caso, don José, el nuevo párroco, no era del agrado de Elvira ni de la mayoría. Y prefería que no la viese portando la colada un domingo por la mañana.

Desde la linde del bosque de hayas el hombre podía ver el lavadero. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre un tronco, bebía directamente de una botella de licor. Estaba harto de la guerra, añoraba su tierra, el orden glorioso que allí reinaba. Despreciaba a ese pueblo vasco que se creía superior. ¿Superiores? ¡Menudo hatajo de inútiles! Qué fácil les había resultado derrotarles. Le fastidiaba que todos los laureles fueran para los alemanes, considerados los artífices del triunfo en Vasconia, por mucho que Franco y sus perritos falderos propagaran que sus

huestes gloriosas habían conquistado Vizcaya. El ejército español no hubiera conseguido nada de no ser por la ayuda extranjera. En el bando alzado la mayoría de los soldados opinaba que la aviación de Hitler había resultado decisiva. ¿Y ellos qué? ¿Cuántos de los suyos se habían dejado la vida en esa cruzada contra el comunismo? Sumido en estos pensamientos, el hombre no dejaba de observar desde su escondite la tenue luz parpadeante del lavadero. Le recordaba al que había en su pueblo, y volvía a rememorar con añoranza sus años de adolescente cuando se ocultaba para mirar con lascivia la abertura de los escotes femeninos al agacharse para frotar la ropa. Entonces se le ponía dura. Y luego se tocaba hasta alcanzar el éxtasis.

La pequeña bombilla parpadeaba insegura. Lucía encendió el candil que, previsoramente, había acarreado colgado del delantal. Fue entonces cuando sintió una presencia, como si algo se hubiese movido a su alrededor. Se volvió, pero no vio nada y se dijo a sí misma que la guerra la había hecho una timorata. Se agachó al suelo para coger la manta sucia y de pronto sintió que unas manos enormes y unos brazos peludos le rodeaban la cintura con fuerza, impidiéndole cualquier movimiento. Intentó desasirse, pero su cuerpo menudo parecía un juguete frente a la corpulencia de su agresor. Trató de gritar. El sonido fue taponado por la mano del hombre. Pudo ver las botas militares. Cuando con inusitada brusquedad el extraño le dio la vuelta, tuvo frente a sí a un fascista que olía terriblemente a alcohol. Aunque estaba presa del pánico trató de defenderse, pero la fuerza del borracho la mantenía inmovilizada. El soldado, vestido con una camisa negra militar llena de lamparones, comenzó a hablarle con la dificultad de quien se encuentra en estado ebrio. Lucía no entendía una sola palabra. El asaltante le hablaba en italiano mientras le lanzaba densos escupitajos a la cara, asquerosos restos de saliva que se le adherían a la piel. El militar arrastraba penosamente las sílabas, incapaz de hilar una frase. «Putana, putana», eso sí lo entendió Lucía, y supo que lo que vendría después sería una violación. La tiró al suelo y se tumbó sobre ella. El italiano trataba de desabotonarse la bragueta y levantar la falda de la mujer, pero aquella operación, tantas veces repetida durante la guerra, le estaba resultando ardua. Tal vez estaba más borracho de lo que pensaba. Le faltaban manos: la derecha la tenía ocupada en sus partes bajas, la izquierda taponaba la boca de Lucía, quien al ver que sus brazos habían quedado libres empezó a hacer aspavientos y a golpearle en la espalda. Por su cabeza pasaron sus hijos, su marido preso y su bebé. Tenía que buscar un reducto de clarividencia entre la amalgama de sentimientos que la poseían: el terror, la ira, la incredulidad, la impotencia, el odio. Durante un instante barajó la posibilidad de dejarse hacer y acabar cuanto antes aquel acto repugnante que seguro la iba a marcar de por vida. Pero Lucía era lista, como un animal que instintivamente mide los peligros, y entendió que aunque cediera a las exigencias de su atacante, aunque obviara la repulsión que le producía, tampoco se libraría de la muerte. Estaba segura de que, tras poseerla, ese bruto malnacido la mataría para asegurarse su silencio.

Al escuchar unos gemidos en medio de una oscuridad cargada de sombras, Elvira estuvo a punto de darse la vuelta y dejar la colada para otro momento. De lejos vio una silueta, la imagen borrosa de dos figuras retozando sobre el suelo. Ya se iba cuando el candil que daba vueltas sobre

la solera del chamizo iluminó la escena durante un breve segundo. Elvira tiró el balde al suelo y fue corriendo hacia el lavadero. Antes de entrar, cogió una piedra del camino y a escasa distancia de la entrada frenó su acelerado paso para proseguir sigilosamente. Se colocó detrás del hombre, que, babeando sobre su víctima, se agarraba indecentemente el colgajo y trataba de penetrar a la aldeana. Lucía la vio y, mirándola con los ojos aterrorizados, hizo un leve gesto de asentimiento con la barbilla. Entonces Elvira levantó la piedra con las dos manos y, con una fuerza que nunca hubiera imaginado, golpeó el cráneo del violador. El soldado cayó desplomado, inerte como un saco, sobre el cuerpo medio desnudo de Lucía. El golpe fue certero. Una mancha de sangre manaba por el pelo del agresor. Elvira apartó con dificultad el cuerpo inmóvil para liberar a su vecina de aquel bulto maloliente, sucio y pesado. Sin decirse una palabra, ambas lo observaron, le tomaron el pulso y le abrieron los ojos. Entonces Elvira sentenció:

—Está muerto.

Miró alrededor para asegurarse de que no había nadie más, de que no merodeaban otros fascistas, de que ningún vecino había sido testigo.

—Vamos a tirarlo al pilón, que sean otras quienes lo encuentren.

Lucía ni siquiera lloraba. Primero se recompuso la ropa, luego rebuscó entre los bolsillos de la guerrera y extrajo una cartera. Quería saber quién era el hijo de puta que había tratado de violarla.

—¿Qué hace? —le preguntó Elvira nerviosa—. ¡Deje eso!

—Tengo que saber su nombre.

—¿Por qué?

—Tengo que saber su nombre, tengo que saber el nombre de este cabrón —repetía sin sentido.

Ante las prisas de Elvira, se guardó la cartera en el delantal y cogió al soldado de los pies mientras su salvadora lo hacía por los sobacos. Con mucho esfuerzo consiguieron introducir el cadáver en la pila profunda hasta hundirlo totalmente. Fuera quedaban un macuto y una botella de licor.

—¿Los tiramos también? —preguntó Lucía completamente desorientada.

—Claro. Tal vez así crean que estaba tan borracho que se cayó solo. Ahora vámonos. ¿Sabe alguien que ha venido? ¿Se ha encontrado con algún vecino?

—Le he dicho a mi hermana que venía a lavar, pero por ella no se preocupe. Y nadie me ha visto.

—Está bien: ninguna de las dos ha venido esta mañana al lavadero. ¿Queda claro? Nadie debe saber lo que ha pasado, nadie es nadie, ni siquiera nuestros maridos. ¿Estamos?

Lucía asintió con la cabeza, no había manera de que las palabras fluyeran de su boca, y notaba que se le estaba formando un nudo en la garganta, que la tensión acumulada, el miedo pasado, la violencia vivida dejaban paso a la humillación. Su sufrimiento empujaba desde dentro para exhibirse en un incontrolable raudal de lágrimas. Elvira se dio cuenta, la agarró del brazo y le dijo:

—Ahora nos tenemos que ir, deprisa, usted por un lado y yo por otro. Sea fuerte. Podría haber

sido peor. Y recuerde: ni usted ni yo hemos estado aquí. Y no sabemos nada de este pájaro.

Empezaron a caminar por senderos distintos. A escasos pasos todavía la una de la otra, Lucía despertó a la realidad y miró a su salvadora:

—Gracias.

—Deshágase de esa cartera. ¡Por el amor de Dios, quémela en cuanto llegue!

DE VUELTA A CASA

Nunca en su vida había tardado tan poco tiempo en llegar a casa desde el lavadero viejo, y eso que lo hizo por un trayecto más largo, entre campas, oculta entre las zarzas, lejos de las calles, para evitar toparse con algún madrugador que la viera con su balde de ropa. Se reprimió las ganas de correr. No quería parecer una loca, pero sus pasos eran tan largos y acelerados que le provocaban un fuerte dolor en las pantorrillas. A lo largo del camino no logró quitarse de la mente la expresión inerte del italiano al desplomarse sobre ella con la cabeza cubierta de sangre. Sus ojos, borrosos por el llanto, contemplaban un paisaje conocido y sin embargo extraño, como si todas las cosas familiares se asemejasen a una proyección fantasma. Estaba allí, pero se sentía ausente, como una simple espectadora. El intento fallido de violación y la muerte del italiano la habían impactado de tal manera que entre ella y la realidad cotidiana se había abierto un abismo de miedo y vergüenza. Cuando cruzó el umbral, sudorosa, se topó de bruces con Marichu. De alguna manera la figura regordeta de su hermana la hizo reaccionar, aunque siguió sin percibir de forma completa la realidad de la escena. Desde su lejanía mental consiguió hablar:

—¿Qué haces levantada?

—La niña, que ha berreado un poco. Se ha cagado, pero ya la he cambiado y está dormida. ¡Angelito! ¿Y a ti qué te pasa que vienes tan sofocada? —Marichu vio la mancha en la manta—. ¿No has ido al lavadero?

—¡Pues sí que haces preguntas! He ido, sí, pero al nuevo —mintió— y como había un par de cotorras y no tenía ganas de hablar me he vuelto.

—¿Y ese sofoco?

—Pues que he venido corriendo, he empezado a notar otra vez pérdidas y me he apurado.

—¿Y por qué llevas la ropa sucia? Mira cómo traes la espalda del vestido.

—Pues no sé, me habré apoyado en algún sitio. —Lucía empezaba a ponerse nerviosa. No podía arriesgarse a contar la verdad a su hermana, no porque la fuera a delatar deliberadamente, sino porque era tan inocente que, sin querer, podría decir algo inoportuno que despertara sospechas. La inocencia de Marichu presentaba, por el contrario, una gran ventaja: aceptaba como cierto todo lo que Lucía dijera, incapaz de cuestionar sus palabras. Su mente simple no le alcanzaba para captar posibles contradicciones en el relato.

—Eres muy burra, Lucía, no te has recuperado bien de este parto. Como no descansaste lo suficiente cuando pariste... Terca como una mula, y claro, ahora lo pagas.

—¡Qué sabrás tú! Las pérdidas son normales durante el primer mes. Y yo estoy bien. Solo que se me olvidó protegerme la braga y pensaba que se me iba a ir todo por las piernas.

—Yo te lavaré la manta.

—Ni sueñes con ir al lavadero.

—¡Que no! Ya me lo has dicho más de mil veces. —Y en un tono infantil, marcando las palabras con pausas exageradas, como hacen los niños cuando expresan una orden materna machaconamente repetida, añadió—: ¡Que no debemos... mostrar... nuestras intimidades... delante de las vecinas! ¡Que ya lo sé! La extenderé en el patio y primero frotaré la mancha. Luego me ayudas a aclararla, y si no se va el jabón, la llevo al lavadero mañana.

—Está bien, Marichu. Ahora voy a asearme; tú prepara café, si se le puede llamar así a ese brebaje que compré ayer.

Lucía se encerró en el baño, se despojó de su ropa sudorosa y sucia y se miró en el espejo. Dejó que en silencio las lágrimas limpiaran sus mejillas. No podía olvidar el rostro de aquel demonio vestido de fascista, pero, poco a poco, al compás del llanto, fue volviendo a la tangible realidad. Había oído rumores sobre esos voluntarios de Mussolini. Algunas vecinas decían que eran peores que los alemanes, más brutos, menos disciplinados y más mujeriegos. Que les gustaba cortejar a las mujeres, diciéndoles palabras bonitas como *bella signorina*, con sus falsas sonrisas que ocultaban a las bestias en celo que llevaban dentro. Y que más de una había caído atrapada por sus voces melifluas. Como una especie de advertencia para todas, transitaba entre las conversaciones femeninas el convencimiento de que algunos italianos abusaban de las mujeres, de que incluso lo hacían en grupo, tapándose los unos a los otros el pecado de su barbarie. Pero hasta esa mañana, que siempre iba a quedar en su recuerdo como una cruz más pesada que la que portó el mismo Jesucristo, Lucía no había sabido de ninguna que pudiera atestiguar esa violencia. Ahora conocía el motivo: cualquiera que hubiera sufrido una agresión como la suya callaría, igual que lo haría ella. Y si alguna hubiera muerto en ese trance —empezaba a estar segura de que esa suposición podía ser muy real—, ya se habrían encargado las nuevas autoridades de disfrazar el hecho.

Al dejar el delantal cayó al suelo la cartera del soldado. Lucía la miró aterrada, como si ese objeto tuviera vida y fuera a devolverle a su atacante. Enseguida se recompuso y le pudo la curiosidad. La tomó entre sus manos con cierta aprensión, la abrió y sacó lo que había dentro. En un sobre había bastante dinero español. Parecía que el italiano hubiera cobrado recientemente su soldada, por eso, probablemente, estaba tan borracho, pensó Lucía. Sin la más leve duda, se lo guardó en el escote. Le serviría para dar de comer a sus hijos durante unos días. Se sentó en la taza del váter y respiró hondo antes de seguir con la inspección de la cartera. Pensó en la vecina, en esa mujer que a lo largo de los años le había parecido tan antipática y que, sin embargo, le había salvado de una violación y una probable muerte. Daba gracias a Dios por haberla llevado hasta allí. «Gracias, Señor; gracias, Virgen Santísima», repetía en un murmullo una y otra vez, buscando en esa letanía un poco de consuelo. De no haber surgido de la madrugada, ella no estaría ahora en casa, segura, con sus hijos, y pronto con su marido, al que iba a sacar de la cárcel como fuera. Pensó que debía entregarle el botín a la mujer del sastre. Lo volvió a meditar y decidió que

le daría la mitad. También sus hijos necesitaban comer. En cuanto pudiera, se presentaría en el taller y le daría su parte.

Volvió a abrir la cartera. Observó atentamente la documentación del camisa negra. Su fecha de nacimiento le indicaba que era más joven de lo que pensaba. Probablemente el alcohol y la guerra le habían envejecido el rostro. Se llamaba Berto Sandrini y era de un pueblo de Italia del que nunca había oído hablar. Qué sabía ella de Italia, únicamente que su capital era Roma, que allí vivía el papa y que el jefe de Gobierno era un fascista llamado Mussolini. Quemaría en el fogón ese carnet. De un bolsillo extrajo dos fotografías: una mostraba la cara de una mujer mayor, en cuyo dorso una dedicatoria en italiano decía en letra muy cuidada: «*Buona fortuna, mio figlio. Tua madre*», y solo pensó que aquella figura en blanco y negro había parido a un animal. En la otra aparecían una mujer muy guapa y un bebé. Dio la vuelta a la instantánea; no encontró dedicatoria. Se figuró que serían la esposa y el hijo. Y por un brevísimo instante una sombra de pena por la viuda entristeció su alma. Duró solo un segundo.

Aquel desgraciado incidente, por muy grave, trágico y desgarrador que fuera, no la podía frenar. No ese día ni los que vendrían a continuación. Tenía la obligación de dejar su dolor, su vergüenza y su lamento para más adelante. La guerra había modificado el orden de las cosas, y lo verdaderamente acuciante era sacar a Carmelo de la cárcel. Tiempo habría de revolverse por dentro, de sentirse sucia, de reflexionar sobre la escena más atroz que le había tocado vivir. De perdonarse a sí misma y de olvidar. Si podía. Y el miedo que sentía no debía frenarla en su empeño.

Las horas en vela le habían aclarado las ideas y a media mañana ya sabía a quién debía pedir las cartas de recomendación. En primer lugar hablaría con el párroco al acabar la última misa, la de doce, aunque no estaba segura de que la recibiera, pues don José era un cura distante, soberbio y antipático con los feligreses humildes. En cambio bebía los vientos por las nuevas autoridades locales y por los dueños de las empresas que, de vez en cuando, acudían a la misa de Ibayá en vez de a las de sus barrios ricos. En opinión de Lucía, la eventual presencia de los grandes señores en la ceremonia dominical obedecía a un fin nada honroso, por mucho que los señoritos pretendieran vender la escena como un acto de confraternización con las familias obreras: hacer ostentación de su situación privilegiada. Se apeaban ellos muy dignos de sus flamantes automóviles ante la mirada curiosa de la plebe, y presumían sus esposas con sus extraordinarios vestidos y mantillas. Si lo que pretendían era parecer más cercanos, iban mal encaminados. Lo único que conseguían con sus teatrales apariciones era que al día siguiente las mujeres de Ibayá los despellejasen vivos, en parte por envidia y en parte por orgullo de pobre. «Cada cual en su sitio», ese era el lema de la aldeana. No obstante, de todos los patronos que de vez en cuando compartían oración con sus trabajadores, uno quedaba mejor parado en su juicio: el jefe de su marido y de su padre, don Evaristo de Landry. Para empezar, el empresario seguía residiendo en el municipio de Ibayá, en una casona alejada del centro que miraba al paseo de la ría y que estaba ubicada en los mismos terrenos de la factoría, así que por derecho le correspondía la parroquia de San Lorenzo. La

verdad era que solo de vez en cuando acudía a la iglesia del pueblo. Frecuentaba la de San Nicolás, en Bilbao, donde cumplía con sus obligaciones dominicales antes de reunirse con sus padres en su chalet de la villa. Además, era un hombre recto y, aunque para llegar al templo utilizara también un coche alemán conducido por Remigio, el chófer, no resultaba tan presuntuoso como otros. Ni él ni su mujer, doña Bárbara, ni sus cinco vástagos. A todos ellos Lucía recordaba en sus oraciones.

Esto que le pasaba a Lucía les ocurría a otras mujeres, que a la vez que criticaban a los patronos de los demás guardaban cierta admiración por los empleadores de sus maridos. Eran los empresarios más paternalistas los que obtenían mayor respeto de sus empleados, frente a aquellos que ejerciendo su mandato de forma despótica solo lograban acrecentar el resentimiento y acababan siendo objeto de chanza en el lavadero. Lucía no conocía lo que don Evaristo solía decir en las reuniones con los suyos, «un obrero agradecido es un obrero productivo», o «al buen operario hay que cuidarlo para que no se vaya a la competencia», pero, aunque lo hubiera sabido, probablemente le habría dado la razón, ya que no habría querido ver en tales pronunciamientos segundas intenciones. Mucho menos después de que don Evaristo le enviara, mes a mes, el jornal del marido ausente. Un día, mientras esperaba turno en un puesto del mercado, escuchó una conversación. Una mujer le decía a otra:

—Pues dice mi amiga que las mujeres de los empleados de La Temple reciben el jornal mientras ellos están por ahí luchando.

—¡Qué va, mujer, eso es imposible! ¿Dónde se ha visto un patrón que pague al obrero si no trabaja?

—Pues eso dice, y que en la tienda son las de La Temple las que más gastan. Ya ves tú. No como nosotras, que estamos a verlas venir, con la porquería esa de soldada que cada vez llega más tarde.

—¿Sabes qué te digo? Que si eso es cierto, ya sacará algo el amo más adelante. ¡Estos no dan nada gratis! Cuando van de buenos, acaban siendo peores.

—O sea que el amo ese será otro zorro vestido de cordero.

—¡Él, un zorro, y la mujer será otra zorra! ¡Ja, ja, ja!

Lucía se mordió la lengua, aunque se hubiera quedado muy a gusto de haber podido responder a esas dos descaradas. No las conocía; seguramente pertenecían al grupo que cruzaba la ría en bote para comprar hortalizas en Ibaya, donde había más aldeanas y más género. No defendió entonces a su patrón. A nadie le importaba lo que su familia cobraba o dejaba de cobrar, y tampoco quería despertar envidias. ¿Y, además, para qué? Estaba convencida de que muchos obreros vivían cegados por el resentimiento, tanto que no podían admitir que pudiesen existir buenos amos.

Probablemente a aquellas deslenguadas les habría alegrado saber que el beneficio de los obreros de La Temple solo duró hasta el mes de mayo, cuando la fábrica, a pesar de contar con algunos pedidos procedentes del sur de Francia, tuvo que cerrar debido a la situación de excepcional peligro que suponía el asedio de las tropas franquistas, amén de la dificultad para

conseguir materia prima y operarios. Siguiendo una orden de las nuevas autoridades de ocupación, La Temple reanudó su actividad, como la mayoría de las factorías, y los obreros fueron llamados a reincorporarse. No todos podrían hacerlo, pues don Evaristo, como el resto de patronos, tuvo que enviar la lista de sus trabajadores a la Delegación Provincial, donde examinaban con lupa cada nombre antes de otorgar permiso para su contratación. La llamada «depuración» iba extendiendo a toda prisa sus venenosos tentáculos: las escuelas, los ayuntamientos, los organismos públicos y las empresas privadas se iban deshaciendo de todos aquellos que fuesen sospechosos de ir contra los intereses del régimen. Y a veces, para demostrar esa oposición, resultaba suficiente la delación interesada de un vecino, que con su chivatazo quería ganarse el plácet del ejército nacional o saldaba la venganza de una afrenta lejana. Si lograba liberar a Carmelo, ¿quién le aseguraba a ella que le dejarían volver a su puesto?

Don Evaristo era un buen jefe, tanto que estaba convencida de que firmaría el aval para sacar a su marido de prisión. No había dudado en pedirle ayuda, si bien era un favor que podía ponerle en un compromiso con las nuevas autoridades. Tratándose de un asunto tan delicado, decidió visitarlo en su casa. Doña Bárbara era muy amable, y si hablaba delante de ella contaría con una buena aliada.

La última puerta a la que pensaba llamar era a la de su antigua amiga Carmen. Lo haría el lunes a la hora de cenar, así se aseguraba de que el falangista estuviera en casa y no en sus odiosas ocupaciones públicas. Una carta de recomendación del jefe local de la Falange abriría sin más las rejas de la prisión para Carmelo. Pero en este caso no las tenía todas consigo. Por eso y porque enfrentarse a un camisa azul adornado de flechas y galones, con poder para hacer y deshacer, para decidir el futuro de cada uno a capricho, según su arbitraria voluntad, le hacía temblar. Era verdad que en sus tiempos mozos Alfredo y Carmelo fueron buenos amigos, pero también era cierto que la política los había distanciado hasta tal punto que ni el saludo se dirigieron mientras duró la República. Con Carmen ya había hablado, y le había prometido mediar a su favor. A las ocho y media de la mañana, con el susto todavía metido en el cuerpo, se acercó a la parroquia esperando hallar a la mujer del falangista, que tenía por costumbre confesarse antes de la primera misa. Como un reloj, Alfredo llegaría justo a las nueve. Para entonces ella ya se habría escabullido. Era conveniente para su propósito que la esposa del camisa azul le allanase el camino. ¿Qué haría él? ¿Y si sabía que Carmelo se había alistado como voluntario? Una cosa era firmar un informe favorable para un vecino que hubiera sido llamado a filas y otra muy distinta hacerlo para alguien tan abiertamente comprometido. Teniendo en cuenta que Alfredo se había pasado un año alejado de Ibayá, existía la posibilidad de que desconociera ese detalle. Lucía se aferraba a esa esperanza. Se le ocurrió llevar a Jone en brazos para ablandar a aquel hueso tan duro, y también a Tere, su pequeña de cinco años. La niña era una preciosidad, sin duda la más guapa de sus hijos. Su pelo rubio ensortijado, sus preciosos ojos azules, que no se sabía de dónde venían, su timidez y su piel sonrosada la hacían parecer un querubín, un ser cálido e indefenso que ablandaba los corazones de los adultos. Carmelo y Lucía solían bromear sobre el aspecto de la niña y decían que

si la pusieran a mendigar, con su carita de ángel, les haría ricos. Cuando nació la criatura pensaron que el rubio de su pelo y el tono de sus ojos desaparecerían en cuanto dejara el pecho, pero no fue así, y entonces se preguntaron por esa herencia genética. Marido y mujer pugnaban porque sus respectivos antepasados fueran los causantes de semejante belleza. Carmelo afirmaba que en la tierra de sus padres se contaban muchos vecinos de pelo y ojos claros y que, según decían en la región, se debía a que siglos atrás los godos se asentaron en la zona. Lucía le contestaba «¡Bobadas!», afirmando con su habitual rotundidad que el aspecto de la criatura tenía que proceder necesariamente de la abuela materna, quien siendo un bebé quedó bajo el cuidado de los Elejalde y cuyos orígenes constituían un misterio. Era en esas elucubraciones cuando resurgía el mito de María Inchausti.

—Mi madre era de buena cuna, eso seguro —le explicaba convencida a Carmelo—. Y ya sabes que la mayoría de los ricos de este país están emparentados con gente del extranjero. ¡Si no hay más que pasear por Bilbao o por Neguri para ver cuántos niños rubios tienen!

—Pero tu madre no era rubia, ¿no? —respondía Carmelo, a quien le divertía el asunto: llevándole la contraria, le hacía rabiar.

—¡Porque habría heredado los rasgos de la familia de aquí! —se enrabieta ella.

Fuese cual fuese el origen de esa singularidad, en ese difícil trance la niña podría serle útil para ablandar el corazón del falangista. Lucía se vistió, respiró hondamente y se dijo a sí misma: «Ahora no debo pensar en mí, no debo darle vueltas a lo sucedido». La urgencia le exigía dejar de lado el drama personal que acababa de padecer. Además, con Carmelo en casa, todo lo sobrellevaría mejor. Incluso la imagen de la cara ensangrentada de aquella bestia, que se le había adherido como una lapa en una zona de su cerebro.

Cuando Elvira llegó a casa con la ropa sin lavar, no encontró a nadie despierto. Se alegró; prefería no tener que dar explicaciones a su marido para no mentir. Cansada, se sentó en la escalera del patio, con el balde de ropa a sus pies. No pudo evitar volver al asunto, sin soltar una lágrima, aunque exudando sudor por cada poro de su piel. Le dolía la cabeza, retumbaban tambores en sus sienes, y la duda asomaba sin su consentimiento. ¿Podría haber evitado esa muerte? ¿Habría sido posible defender a su vecina de otra forma? ¿La había instigado el odio del derrotado? ¿Habría influido en su conducta la visita del falangista? ¿Habría pagado aquel fascista todos sus sinsabores, sus miedos, su ira? Se frotó la cara con fuerza y decidió poner punto final a la tortura a la que se estaba sometiendo. Ella no era una mujer impulsiva, era cabal, y tenía a gala anteponer el razonamiento a cualquier otra cuestión. Esa era la lógica que debía aplicar. El fascista estaba tratando de violar a otra mujer y merecía que una piedra puntiaguda le aplastase los sesos. No había sido un asesinato. Lo había hecho para defender a una madre de familia, a una vecina honrada. No había sido la venganza la que dio fuerza a sus brazos. La había guiado la mano de la justicia. Sí, simplemente había hecho justicia. Pero como el mundo que la rodeaba había olvidado el significado de esa palabra, lo mejor sería guardar silencio. El silencio sobre lo sucedido sería a partir de entonces su consigna. Sobrevivir significaba callar, porque aquello que

se calla deja de tener consistencia y al final se diluye. Estaba segura de que si confesaba la muerte del soldado, aunque solo fuera a Manuel, el episodio se convertiría en una verdad imposible de asumir. También trataba de convencerse de que cuando encontraran el cuerpo pensarían en un accidente, lo enterrarían y ahí acabaría todo. Y su silencio la protegería de los dedos acusadores, e incluso de sí misma. Se quedó más tranquila, aunque le obsesionaba pensar que el rostro ensangrentado de aquel malnacido pudiera perseguirla en sus sueños.

PACTO DE SILENCIO

Después de otra noche sin apenas descanso, Lucía salió de casa en dirección al taller de Elvira. Por más que la operación de sacar a Carmelo de la cárcel de Castro se hubiera convertido en su prioridad, el drama vivido en el lavadero viejo la perseguía en los momentos en que el silencio se asentaba en su hogar. Tenía miedo. El terror la visitó esa noche y la visitaría desde entonces en sus pesadillas, donde reviviría la agresión una y otra vez, sin descanso, percibiendo el olor fétido del aliento ebrio sobre su cara, tan verídico que le produciría náuseas. Esa misma madrugada, dormida, se apartó del rostro los escupitajos de su agresor, lanzándose las manos sobre la cara con la misma agresividad y los mismos aspavientos que una loca en plena crisis; sin embargo, al despertar, se dio cuenta de que aquellos salivazos soñados eran en realidad un río involuntario de lágrimas. Se sentó con el camisón y el cuerpo sudados, se frotó la cara, miró a su pequeña y se dijo a sí misma que todo se cura, salvo la muerte.

Sus pensamientos la abstraían en cuanto se quedaba sola. Tenía miedo de que las descubrieran, de que alguien desde la oscuridad hubiese sido testigo y se decidiera a contarlo. Lucía estaba convencida de que aquella muerte había sido necesaria y justa. Las bestias no merecían compartir el territorio de las buenas gentes. Pero no se fiaba de la justicia de los vencedores: cualquier disculpa les valía para mandar a los desafectos a la tapia del cementerio. Si llegaba a sospecharse que la esposa de un nacionalista y la cuñada de una destacada socialista habían estado envueltas en la muerte de un servidor de la causa nacional, su fin y el de sus familias quedaría sentenciado. Por más que las dos mujeres gritaran su inocencia, por más que se desgañitaran para probar el intento de violación, las nuevas autoridades las señalarían con su firme dedo acusador. Y entonces se imaginaba a un hombre agrio, de bigote oscuro, piel blanca y sudorosa, arremetiendo contra ellas y poniéndolas en un apuro cuando les planteara a voz en grito que si eran tan inocentes por qué habían escondido el cuerpo y ocultado los hechos a la policía. Y el secreto que les había servido de protección podría volverse contra ellas. Se quedarían sin más argumentos que el del miedo, el que les infundían los militares, la policía y los flechas rojas. Esa no sería una razón a tener en cuenta. Al contrario, serviría para criminalizarlas todavía más, por desconfiar de un sistema que se había presentado ante España entera como la cruzada de la salvación, como el baluarte de la protección ciudadana.

Ya había pasado un día. Nadie había hallado el cuerpo. ¿Qué ocurriría cuando lo encontrasen? Soñaba con que el cadáver no fuese descubierto nunca, con que una fuerza extraordinaria, un milagro, lo mantuviera oculto en el fondo del pozo por los siglos de los siglos, fantaseaba con su desintegración y alcanzaba a ver cómo los restos iban siendo tragados por el sumidero. Por otro

lado, ansiaba que el hecho fuera conocido; solo así sabría qué harían los alguaciles y si aceptarían la idea de un accidente, tal y como la mujer del sastre había supuesto. A ratos el miedo la dominaba, condicionando su rutina, su manera de moverse y de dirigirse a los demás. A veces se mostraba ensimismada, tanto que sus hijos le tenían que repetir las cosas dos veces para que se diera por enterada. Había pasado el domingo tan alterada que sus inexplicables cambios de humor hicieron temblar a los niños. Por la noche, Marichu se atrevió a decirle:

—¡Ay, Lucía, qué rara estás hoy! ¿Te preocupa algo?

Consciente del desconcierto que estaba provocando en su familia, y arrepentida por haber pagado con todos ellos su conmoción, decidió exhibir su mejor coartada.

—Pues sí, claro que estoy preocupada —respondió Lucía—, y ahora que los críos están en la cama te lo voy a contar. Carmelo está en la cárcel.

—¡Señor, Señor! —exclamó la hermana echándose las manos a la cabeza.

—No te apures tanto, que lo tengo todo planeado. Le voy a sacar de allí, pero debo organizar el viaje, y eso me está alterando los nervios.

—¿Y cómo lo vas a sacar?

—Tranquila, hermana, que yo ya sé cómo hacerlo.

No quiso darle más explicaciones; con Marichu era mejor no ofrecer demasiados detalles, eso la confundiría. Mostrarse segura era la forma de infundirle sosiego.

Tocó el timbre del taller a media mañana. En un primer momento, la cancela se franqueó solo parcialmente, como lo hacen los miedosos y los desconfiados, dejando a la vista tan solo una parte del rostro de la costurera, pero cuando Elvira descubrió quién estaba al otro lado puso cara de sorpresa, y de golpe desplegó la hoja de par en par, con la intención de dejar la figura de la falangista en el campo de visión de Lucía. En cuanto la aldeana viera el uniforme inconfundible de la infiltrada sabría solventar la incómoda y peligrosa situación. O eso esperaba. Con el poder comunicativo de los ojos, Elvira le indicó que le siguiera la corriente:

—Buenos días, señora. La envía la mujer del tendero, ¿verdad?

—Sí, sí, la había avisado, ¿verdad? —Lucía supo seguirle la ocurrencia—. Y buenos días a la compañía —añadió mirando a las tres empleadas y a la falangista.

—Venga, doña Rosario —se dirigió Elvira a la intrusa—. Es una vecina, y está de enhorabuena, que acaba de tener una criatura. Una niña, ¿verdad?

—Sí, una niña sana y preciosa, la quinta ya.

Rosario Cárdenas se acercó un poco al umbral, encantada de poder meter baza en la conversación. Con un sonrisa de oreja a oreja preguntó a Lucía.

—¿Y qué nombre le ha puesto?

—Juana. —Su instinto le hizo traducir el nombre de la niña al castellano.

—¡Como santa Juana de Arco! —exclamó triunfal la de la Sección Femenina.

—Voy a dejarle el capazo, que le vendrá muy bien —improvisó Elvira.

—De maravilla me va a venir, ya lo creo que sí, y no sabe cómo se lo agradezco. Es bueno

tener tan buenas vecinas en estos tiempos difíciles.

Lucía creyó haber cometido una imprudencia al calificar de difícil la nueva situación. Seguramente la tal Rosario se sentiría en ella como pez en el agua. No pasó nada.

—Son precisamente estos gestos caritativos y generosos los que nos van a sacar de esta difícil situación —sermoneó Rosario—, los que deben proliferar en la nueva España y que alentamos desde la Falange. Las mujeres, que somos generosas por naturaleza, debemos servir de ejemplo a los hombres, y ya verá, ya, que guiados por el Generalísimo y por el espíritu de José Antonio, los tiempos difíciles pronto acabarán.

—Dios la oiga —respondió tímidamente la joven madre.

Elvira las dejó charlando en el quicio y se dio prisa en buscar el viejo capazo; temía que su vecina dijera algo inapropiado, que dejara caer cualquier detalle que pudiera despertar sospechas. Apenas conocía a Lucía, no sabía de su carácter; podía ser una mujer blanda, pusilánime, acobardada, que por la cosa más nimia se viniera abajo en el momento menos apropiado. Sin embargo, el porte altivo de la aldeana, que a ella siempre le había desagradado, también la invitaba a sospechar que se trataba de una mujer de carácter fuerte. Cogió primero el moisés y después un lápiz y un papel de estraza. Escribió un mensaje para Lucía y lo escondió bajo el colchoncillo. Lo hizo tan rápido que dudó de que la letra fuera legible.

—Aquí tiene. Ya me lo devolverá cuando la niña no quepa en él.

—Pues se lo agradezco mucho. Le debo un favor.

«¡Y que lo digas!», pensó Elvira mientras cerraba la puerta.

Era un lunes soleado. Las calles de Ibaya desbordaban actividad. Algunas mujeres guardaban cola frente a las tiendas de comestibles. No se había implantado todavía la nueva cartilla de racionamiento, pero las viandas de precio establecido resultaban escasas —ya había quien se había empezado a lucrar almacenando azúcar, aceite o patatas para vender el género en el mercado negro—, y las amas de casa tardaban lo suyo en realizar el pedido. Las quejas se multiplicaban. «¡Hasta dónde vamos a llegar!», decían todas al enterarse de que el precio del café no bajaba de las dieciséis pesetas el kilo.

Después del impacto recibido por la visión de la falangista, el corazón de Lucía iba recobrando poco a poco un ritmo más tranquilo al compás de unos pasos decididos que la llevaban directamente hacia su casa. Demasiado abrumada para acometer tareas que la obligarían a entablar conversación con sus vecinas, decidió dejar la compra para más tarde. En un primer momento, al ver a la falangista en el taller, sintió pánico y creyó que el cuerpo del italiano habría sido hallado y que las pesquisas la habrían llevado hasta allí. Pero el delantal de trabajo que tapaba su vestido le hizo pensar que se trataba de una costurera más. No entendía por qué la habían contratado. En el pueblo todos sabían quiénes eran afectos al régimen, y la familia del sastre no se encontraba entre ellos.

Al llegar a su calle vio a sus hijos jugando con otros niños. Telmo tiraba la trompa junto a los hijos de su vecina. Teresa y Adela saltaban a la comba con Isabelita, la hija del panadero. Íñigo,

de tres años, estaba sentado en el suelo haciendo rodar sus canicas, cerca de sus hermanas, que no le quitaban ojo. La escena cotidiana terminó de sosegarla.

—¡Qué bien vivís sin escuela! ¿Ya habéis hecho vuestras tareas?

Adela y Tere dejaron de dar a la cuerda.

—Sí, ama. La tía nos dijo que pasáramos el polvo a los muebles, y yo además he tendido la colada —respondió orgullosa la mayor.

—¿Y cómo llegas hasta las cuerdas?

—Con un taburete. Tere me pasa la ropa y las pinzas, y yo la cuelgo.

—Muy bien, hijas. Poco a poco podréis ir haciendo más cosas.

—Y tú, Telmo, ¿qué has hecho?

—He regado la huerta, ama, y he llevado carbón a la cocina. Además, la tía me ha pedido que restregara el fogón.

—Y tú, ¿ángel mío? —preguntó al pequeño Íñigo.

El niño se levantó de un salto y se abrazó a las piernas de su madre, que ya no parecía enfadada como el día anterior.

—¡He cuidado a Jone! Y le he cantado una nana para que se duerma. Pero se ha cagado y olía muy mal.

—¿Y le has cambiado tú los pañales?

—¡Noooo! ¡Qué asco! La tía le ha limpiado el culo. —El crío soltó una carcajada y como vio que los demás reían comenzó a exagerar sus risotadas y a agarrarse la tripa.

—Teresita, hija, ¿no me dices nada?

La niña se mantuvo en silencio sonriendo.

—¡Qué poco hablas, corazón!

Y la cría se unió entonces al abrazo de Íñigo.

—¿De quién es ese capazo, ama? —quiso saber Adela.

—Me lo ha dejado una vecina para Jone.

—¡Pero si Jone ya tiene capazo!

—Ya, pero la mujer tenía tanta ilusión por dejárnoslo que no le he podido decir que no.

—¡Pues ahora tiene dos! —habló por fin Teresa.

—Sí, así, si lo mancha de cacas, tendrá uno de repuesto —dijo Telmo.

—Bueno, me voy a casa, a ayudar a la tía. Portaros bien y no os manchéis la ropa.

Al ir hacia la cancela, Telmo la siguió.

—Ama, el padre de mi amigo Juan ya ha vuelto de la guerra. ¿Cuándo va a volver el nuestro?

—Enseguida, hijo, y como tú ya has cumplido los diez, me vas a acompañar a buscarlo.

—¿De verdad?

—Sí, pero no digas nada a tus hermanos. —Lucía observó emocionada la cara de entusiasmo y asombro de su hijo—. En cuanto sepa algo más, os lo cuento a todos.

—¡Tengo tantas ganas de que esté en casa!

—Todos tenemos ganas, hijo, pero ya queda poco. Y ahora vete a jugar, que hace muy buen tiempo.

Como un ritual, lo primero que hizo Lucía al entrar a su hogar fue ir a ver a la niña. Dejó el capazo de Elvira sobre la cama y avisó a Marichu de que había regresado. Las paredes de la cocina estaban impregnadas de un exquisito olor a puerros cocidos, que hervían lentamente junto a las patatas y las zanahorias sobre el fogón de leña.

—¿Qué queda por hacer?

—La plancha, pero la dejaré para la tarde.

—La dejas para el anochecer, que hoy hace mucho calor. A ver si sacamos un rato para pasar los azulejos.

—Y habrá que limpiar también las cortinas.

—Sí, pero eso lo haremos la semana que viene. Prefiero jabonar las puertas, que están más necesitadas. ¿Has echado lejía al baño?

—¡Pues claro! ¿Qué cosas me preguntas!

—Bueno, bueno, no te ofendas tanto, mujer. ¿Qué ponemos después de la porrusalda?

—¿No habías ido a la compra?

—Había una cola tan larga y hacía tanto calor que me he vuelto. He pensado que nos apañamos con algunas sobras que haya por aquí, y así nos ahorramos unas pesetas.

—En el corral hay dos huevos. Y ya han asomado algunos pimientos verdes.

Los huevos procedían de la única gallina que a lo largo de los meses de escasez no sacrificaron para caldo, y de otra que su hijo mayor había robado en la calle y a la que los críos llamaban la Tronchada. No había sido un hurto premeditado, aunque es probable que incluso así Lucía lo hubiera perdonado, siempre y cuando no se la hubiera quitado a otro tan pobre como ellos. Según las palabras del muchacho, la gallina había sido un regalo que la divina Providencia les había puesto en bandeja a él y a sus amigos. Hacía cosa de dos semanas, la cartola de una camioneta cargada de animales requisados en varios caseríos se rompió, y durante unos cuantos metros el conductor no se percató. Varias cajas fueron a chocar contra el camino y gallinas y pollos empezaron a salir de sus jaulas y a dar vueltas sin sentido, desconcertados por el golpe y mareados por el viaje. Antes de que el conductor se diera cuenta, sin pensar en ningún momento en las posibles consecuencias, los transeúntes se pusieron a perseguirlos, entre ellos Telmo y sus amigos. Los escondieron debajo de la camisa y echaron a correr como alma que lleva el diablo cuando el conductor, un peligroso camisa azul, paró el camión y bajó pegando gritos a recuperar la carga. Tres gallinas y un pavo fue todo lo que pudo recoger entre el desaguisado de plumas y cajas rotas. A la hora del reparto, los muchachos decidieron quedarse una gallina cada uno. Las dos que sobraron se las entregaron a Juanito y a Antón, que ese día no habían podido salir con ellos, el primero porque estaba enfermo y el otro porque había tenido que ir a ver a su padre a la cárcel.

—¡Hala! Pues ya está. Un revuelto de huevos y pimientos con unas patatitas, y estos chiquillos

ya se llenan el buche.

—¿Vas a comprar pan?

—Mejor hacemos talo; ¹ queda un poco de la harina de maíz que nos dio nuestro padre.

—Poca va a ser.

—Se reparte lo que haya, y listo.

Escuchó el sonido gutural de la niña y volvió a la habitación. Observó el capazo, se sentó en la cama y empezó a deshacer los lazos, las sábanas y los encajes que lo adornaban. Pensó que la sastra, además de trajes de faena, era muy diestra confeccionando prendas tan delicadas. El ganchillo del embozo era un trabajo meticuloso y perfecto, además de bonito. Ella no tenía esas manos, tampoco le gustaba la costura. Se manejaba con la aguja justo para salir del paso. Lucía no sabía cortar vestidos, blusas o pantalones, Dios no le había dado ese don, y encargaba la ropa a Carola, la modista de su calle. Por eso admiraba tanto la buena labor que tenía en las manos. Deshizo todo el ropaje del capazo con intención de lavarlo. Nunca en su vida hubiera metido a la niña en un moisés usado sin haberlo pasado antes por agua y jabón, por muy limpio que estuviera. Solo sus manos o las de su hermana garantizaban la pulcritud a la que ella aspiraba. Al levantar el colchoncillo para retirar la funda de algodón vio un papel de estraza. Lo cogió, lo desplegó y empezó a leer: «Ya ve que en mi casa no podemos hablar. La Falange me ha metido a esta mujer en el taller. Tampoco sé de qué quiere hablar, pues lo pasado, pasado está, y mientras no digamos una palabra, todo irá bien. Pero si se queda más tranquila nos vemos esta tarde a las siete en el bote. Pasaremos a la otra orilla».

Después de despedir a su vecina, Elvira se quedó con Rosario Cárdenas en el taller. Había traído consigo el pedido detallado de uniformes. Ambas se pusieron a planificar el trabajo. Manuel prefirió que fuera su esposa quien tratara mano a mano con la falangista, porque a él le producía mareos su sola presencia. Además, Elvira era una mujer muy lista que sabría aguantarse el disgusto y dirigir el barco con acierto. Así que el sastre se refugió en la oficina a la espera de las decisiones que ellas adoptaran. Elvira se mantuvo toda la mañana aparentemente tranquila, aunque la visita inesperada de Lucía la había puesto muy nerviosa. ¿Qué querría ahora esa mujer? ¿No le había dicho que todo debía continuar igual? ¿No significaba eso que debían seguir aparentando ser simples conocidas? Una relación más estrecha podría despertar habladurías, y los chismorreos nunca traían nada bueno.

Rosario Cárdenas le explicó primero cuántos uniformes de faena se necesitaban; después exigió unos plazos de entrega que a Elvira le parecieron una locura; y finalmente le indicó qué precio le pagaría por cada uno de ellos. Un robo en toda regla. La sastra dudó si negociar o no el montante de la factura. En parte por amor propio, en parte porque llevaba en las venas el arte del regateo, en parte porque le parecía un abuso, pero sobre todo porque la sumisión absoluta le pareció poco creíble en una mujer de negocios, tanteó una subida. Lo hizo con inteligencia, sin discutir ni levantar la voz, y para su sorpresa logró el compromiso de la falangista de que llevaría a la Comisión de Suministros una propuesta algo más favorable a los intereses del taller. Jugar la

baza sentimental del sustento de los hijos y el argumento pragmático de que era necesario pagar adecuadamente a las empleadas para no perderlas fueron vitales en el careo. Se guardó para sí la existencia de un mayorista de telas que podría abastecerles de unos tejidos de basto algodón a precio más competitivo que el que se había puesto sobre la mesa. Que la falangista no hubiera venido imponiendo el nombre de un suministrador de tejido podría salvarla del aprieto financiero al que parecía abocada. Lo que no tenía tan claro era si su mayorista de confianza sería capaz de traer género a Bilbao, ya que la guerra continuaba en Cataluña y los telares más importantes estaban en Barcelona.

Después de la reunión no le quedó más remedio que llamar a Manuel para que supervisara los patrones de costura. El experto en ese asunto era él, y tendría que tragarse la bilis compartiendo mesa con la falangista para que la familia siguiera adelante en tiempos de adversidad.

Elvira creyó, equivocadamente, que una vez definido y aprobado el programa de trabajo, Rosario Cárdenas se marcharía a otros quehaceres. Manuel salió del taller en dirección al almacén de telas de Bilbao para formalizar el pedido, pero la falangista se quedó con Elvira mano sobre mano.

—¿Se va a quedar usted?

—¡No me estará echando! —respondió airada.

—Por Dios, qué cosas dice. Pensaba que, como hasta mañana no podemos empezar con el pedido, igual quería usted aprovechar el tiempo para otras cosas.

—Desde hoy mi sitio es este. Y aquí me quedo mientras el taller esté abierto. Quiero ver los trabajos que están haciendo las chicas y conoceros un poco mejor a todas vosotras.

Las tres empleadas que cosían en ese momento dos trajes de ujier para el ayuntamiento se miraron entre ellas. No les hacía ninguna gracia que una flecha las estuviera vigilando a todas horas. Rosario se acercó a sus puestos para hacerles toda clase de preguntas. Ellas contestaron con monosílabos. En pocos minutos se enteró de si estaban o no casadas, si habían pasado por el altar, si tenían hijos, cuántos y de qué sexo y edad, si sus maridos estaban en el frente o habían vuelto a casa, dónde vivían, si sabían leer y escribir. Tuvo la delicadeza de no hacerles pasar el apuro de responder en qué bando habían luchado sus hombres. Por eso Elvira imaginó que todos los datos allí recogidos irían a parar a los oídos de algún falangista que se encargaría de descubrir afiliaciones políticas. Julia, la más joven, miró a su jefa, que descubrió el miedo en sus ojos. Conocía el motivo: el marido de su pupila había sido concejal socialista y seguía defendiendo la República desde el frente de Barcelona, adonde llegó atravesando primero la frontera con Francia. Esos antecedentes la ponían en una situación comprometida; otras hermanas, novias y esposas de políticos de izquierda eran interrogadas, torturadas y algunas hechas prisioneras. La sastra le hizo un leve gesto con la cabeza, indicándole que se tranquilizara. La joven se sintió amparada. Su jefa no era un dechado de alegría, resultaba más bien un poco huraña, pero era una mujer inteligente y de mucho carácter, y seguro que de alguna manera la ayudaría a salir del apuro, en caso de que fuese necesario.

Como cada día, Elvira compaginó el taller con sus tareas domésticas. La incómoda presencia de la falangista no iba a romper su rutina. De ella dependía que sus hijos comiesen, se lavasen y estuvieran seguros. Era un alivio contar con la ayuda de su abnegada hija Manuela, que ya tenía doce años y se manejaba muy bien en la casa, pero limpiar, comprar, cocinar y vigilar a sus hermanos era demasiado para una niña. Ignacio, a sus dos años, correteaba sin parar, y Javier, de cuatro, era un muchacho inquieto y aventurero que no tenía una idea buena. Hacían falta más de dos ojos y más de dos manos para manejar la situación.

Cuando subió a su piso rezó para sus adentros pidiendo que la falangista no la siguiera a la casa. Solo le faltaba que esa urraca metiera las narices en sus fogones. Puso orden en la comida, permitió a su hijo Alberto salir a jugar a la pelota con otros niños del barrio y castigó a Javier por protestar. El chiquillo también quería dar patadas al balón, pero Elvira no se fiaba de él, acabaría perdido en la calle. No era la primera vez. «¡Qué pájaros tiene este niño!», solía quejarse a Manuel. Y su marido se reía porque el chiquillo le hacía mucha gracia. «Nos sale artista o científico —le respondía—. Un tío tan despistado solo puede dedicarse al pincel o al microscopio. Aunque con el salero que se gasta ¡igual se nos hace cómico!» Entonces Manuel se reía de sus ocurrencias mientras ella le ponía cara de pocos amigos. El sentido del humor no era el fuerte de Elvira.

—¿Y usted dónde va a comer? —le preguntó a Rosario cuando volvió al taller.

—Por mí no se preocupe. Comeré cada día con unas compañeras del partido.

Elvira se quitó un peso de encima. Mientras estuvo poniendo orden en la casa llegó a pensar que tal vez la Falange había previsto mesa y mantel para la intrusa. Eso podría haberla matado.

—¿No me va a presentar a su prole?

A Elvira aquel interés la cogió por sorpresa.

—El mayor ha salido a jugar con otros niños, ya sabe la afición que le tienen a la pelota. Llamaré a mi hija Manuela para que traiga a los pequeños.

Así que, en un solo día, Rosario Cárdenas supo de la vida de las empleadas del taller, conoció a los hijos de Elvira y Manuel, fisqueó todo lo que pudo y soltó como quien no quiere la cosa más de una soflama falangista para hacer patria entre las mentes de las clases humildes y trabajadoras. Además de una presencia incómoda y peligrosa, la falangista resultó ser muy pesada.

A las siete de la tarde había bastante movimiento en el embarcadero de la ría. Tras una dura jornada de trabajo, como siempre que hacía calor, las gentes de Ibaya se asomaban a la orilla buscando la brisa del mar que llegaba suave a través del cauce. Esos soplos de aire fresco animaban el alma y despejaban temores mientras se recibía el atardecer entre conversaciones amistosas y paseos en grupo. Como la marea estaba alta, muchos muchachos del pueblo se lanzaban al agua desde el pretil en calzones y chapoteaban para refrescar sus cuerpos jóvenes y sudorosos. Las tardes que había bajamar aprovechaban para meterse en el fango, buscando lombrices que les sirvieran de cebo cuando fueran a pescar, o enredaban entre las rocas, con un

balde en la mano, apostando entre ellos quién lo llenaría antes de carramarros. Pasó el tranvía en dirección a Algorta, atestado de jóvenes de Bilbao que marchaban a la playa para dar unas patadas al balón y bañarse en las frescas aguas del Cantábrico, algunos en la parte trasera, sin pagar, mientras evitaban los poco certeros golpes del revisor, que, con un palo, trataba de hacerlos bajar del pescante trasero.

Elvira vio llegar a Lucía. La saludó desde lejos alzando la cara, pero inmediatamente se dio la vuelta, indicándole con el gesto que no debían conversar delante de los demás. Su relación había sido así hasta entonces y no pensaba cambiarla. El barquero fue cobrando a los clientes mientras se colocaban en los bancos de madera. Elvira y Lucía se sentaron separadas. El barquero anunció:

—Habrá que esperar un poco, hasta que pase el barco.

La ría de Bilbao recuperaba día a día su dinamismo. Durante el escaso año en que los vascos fueron capaces de oponer resistencia, la actividad de las fábricas estuvo prácticamente paralizada y la ría vivió aletargada, a ritmo lento, en una especie de duermevela que solo lograba despejar cuando por sus venas avanzaban los barcos militares, tan ajenos a su esencia comercial. Se despertó sobresaltada el 19 de junio por el sonido de las bombas que no paraban de caer y por el rugir de los motores de los barcos franquistas que avanzaban triunfales hacia la capital. Ese día el estuario mostró su cara más sucia, sus aguas y sus orillas embadurnadas de sangre y cadáveres a lo largo de su recorrido. La dramática estampa constituyó la rúbrica de un final y el prólogo de un nuevo comienzo. La actividad productiva se recuperó de manera inmediata en cuanto los nacionales «liberaron» la provincia en aquel mes de agosto de 1937. Las minas, los altos hornos y algunas empresas ya estaban produciendo de manera frenética. Por esa razón se veían grandes buques atracados en la orilla izquierda y grúas cargando y descargando mineral y mercancías. La industria consiguió sobrevivir a los bombardeos, y no por la mala puntería de los pilotos de combate, ni tampoco porque las oraciones de los empresarios fueran escuchadas desde las alturas, sino porque los nacionalistas pactaron con los vencedores para que sus fábricas no fueran derribadas.

Desde ese mismo verano las factorías de Vizcaya ya se habían puesto a alimentar de material al ejército de Franco. De sus instalaciones salían ahora balas, munición, manufacturas de hierro y acero para la construcción de cañones o vigas para el montaje de puentes. En los meses anteriores, gran parte de los industriales de la zona se cruzaron de brazos cuando la República y el Gobierno vasco les exigieron colaboración, pero tras la ocupación de Bilbao se pusieron inmediatamente a disposición de los alzados. Algunos empresarios lo hicieron con gusto porque comulgaban con el golpe; otros se frotaron las manos pensando en los beneficios económicos; unos pocos se equivocaron de bando y por ser republicanos sufrieron la dolorosa incautación de sus negocios; algunos, como Elvira, mantenían de momento la propiedad, pero se sentían sometidos so pena de represalias.

Muchos de los vecinos de la zona no alcanzaban a comprender el valor que para el ejército golpista tenía esa actividad renacida. Les podía el deseo de volver a esa aparente normalidad, y el

movimiento de la ría era la prueba palpable de que la vida regresaba a su cotidianidad. A los niños, las altas grúas, que extendían sus poderosos brazos desde el borde hasta el agua, les parecían tremendos dinosaurios de hierro. En la vertiente opuesta, los pesqueros de la Marinera llenaban de color el paisaje, produciendo un poético contraste escénico entre los gigantes caparzones de los navíos en reparación. El carguero al que había que dejar pasar era grande y muy nuevo; lenta y majestuosamente avanzaba hacia el mar mientras los vecinos de ambas orillas miraban embobados aquella maravilla de la ingeniería. Cada vez que uno de esos barcos descomunales era botado, los periódicos locales lo anunciaban, y cada botadura se percibía como un acto comunitario del que todos se sentían orgullosos. Después de tantos meses prestando su cauce a buques de guerra, el paso del navío alemán devolvía a la ría su esencia, la de un espacio imprescindible para la economía civil. O al menos eso creían los que aquella tarde miraban su paisaje. Dos remolcadores, encargados de dirigir con precisión de cirujano la operación de salida, flanqueaban el barco, cuyo nombre nadie fue capaz de pronunciar.

Durante ese rato de espera, Lucía escuchó gritar su nombre desde tierra. Se dio la vuelta y vio, con sorpresa, que una vecina la llamaba:

—¿Adónde vas tú en el bote?

—Pues dónde voy a ir, al otro lado.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en el otro lado?

Lucía pensó «y a ti qué te importa». Lo que salió de su boca fue otra mentira:

—Un recado para mi padre, ya ves.

Se sorprendió de la facilidad que estaba adquiriendo a la hora de improvisar una mentira, y eso en cierto modo la reconfortó; empezaba a sentirse un poco más fuerte. Vivir con un secreto peligroso le estaba descubriendo una faceta nueva de sí misma, la capacidad de inventar, interpretar y urdir planes ocultos. Para acudir a la cita con Elvira había organizado una actividad campestre que sus hijos no pudieron rechazar.

—Marichu, esta tarde te llevas a los críos a merendar a la fuente de hierro —anunció a su hermana a la hora de comer.

El manantial se llamaba así porque el agua que fluía arrastraba consigo gran cantidad de metal ferroso, tanto que el caño y las paredes estaban permanentemente teñidos de un color cobrizo. Las mujeres tenían aprendido de sus madres, y estas de las abuelas, que el hierro era beneficioso para el crecimiento y desarrollo de los niños, como la leche para los huesos y las sardinas para el cerebro, y por ese motivo tenían la costumbre de llevar a sus hijos pequeños a la fuente de hierro. El sabor del agua no dejaba indiferente a quien la probaba; algunos críos odiaban aquel gusto metálico, mientras otros la sorbían con verdadero deleite, como si de un refresco o una golosina se tratara. A Marichu le encantaba el regustillo mineral que dejaba en su boca, y disfrutaba observando a sus sobrinos meter la cabeza debajo del tubo, ya que mientras los veía beber imaginaba que sus huesos se estiraban y sus músculos se hinchaban. También le agradaba el ambiente de las campas alledañas: muchas mujeres con las que hablar y un griterío infantil que a

ella le sonaba a música celestial. De vez en cuando, si las vecinas que allí se reunían eran de confianza, se atrevía a cantar algunas de sus canciones; se emocionaba después, al recibir los aplausos de niños y mayores. Su voz era más clara que el agua que brotaba de la tierra, y su melodía tenía una cadencia perfectamente afinada que embargaba a los que la escuchaban.

Marichu y los niños se pusieron muy contentos con la idea.

—Y hoy os lleváis a Jone, que ya sé que la queréis lucir por ahí. Otra cosa: no se os ocurra llevar el chocolate que me dio doña Bárbara, que los otros niños no lo ven ni en pintura y no es decente ir por ahí dando envidia a los demás. Os coméis un trocito en casa, entre pan y pan, y a las campas os lleváis unas peras de la huerta.

Los niños asintieron con la cabeza. Hacía meses que no sacaban la merienda a la calle. A veces, su madre les daba alguna pieza de fruta para compartir con sus amigos. Ella sabía qué familias pasaban más necesidad; por eso, cuando jugaban con Fidel o con Lali les llamaba desde el balcón y les decía: «Hoy, de merienda, una manzana para cada uno, y les dais estas dos a los hijos de Encarnita».

—¿Y tú no vienes, ama? —preguntó Íñigo haciendo un mohín mimoso.

—No puedo, amante, tengo cosas que hacer. Otro día vamos todos juntos.

Marichu miró a su hermana con complicidad, pues pensaba que lo que la iba a tener ocupada y alejada de los niños sería algo relacionado con la liberación de su cuñado. Y se sintió importante por compartir ese secreto.

El barquero ayudó a las mujeres y a los niños a subir a tierra. Lucía siguió a Elvira a una distancia prudencial. Cruzaron las vías del tranvía que iba hasta Santurce y llegaron a la iglesia. Elvira se sentó en el banco de piedra del soportal trasero. No se veía ningún rostro conocido, así que indicó a su vecina que tomara asiento junto a ella.

—¿Qué quiere usted? —le espetó sin preámbulos.

Lucía se sacó un sobre del escote y se lo dio.

—He encontrado esto en la cartera del italiano. No se preocupe, que la he tirado. Es lo menos que puedo hacer. Este dinero le vendrá bien para sus hijos.

Antes de salir de casa, Lucía había devuelto al sobre todos los billetes. Una sombra de culpabilidad la había perseguido desde el instante en que decidió coger la mitad. ¿Cómo podía ser tan miserable? ¿A qué instintos bajos la estaba llevando la guerra?

—Pues se lo agradezco. Las cosas en mi casa andan bastante mal. Y ahora, encima, nos han metido a la Rosario esta. No sé qué va a ser del taller, pero le aseguro que los encargos de la Falange no nos van a sacar de la miseria. Al contrario, me parece que con semejante cliente los habituales van a salir espantados.

—¿Y qué les ha encargado la Falange, si puede saberse?

—Uniformes para la guerra. ¿Se da cuenta? ¡Nos obligan a colaborar con las tropas de Franco!

—¡Vaya por Dios! No se preocupe, que la gente ya sabe de qué pie cojea su familia. Ya entenderán que no queda más remedio. ¡Tampoco son ustedes los únicos!

—Ya veremos. ¿Qué más quiere?

—Todavía no han encontrado el cuerpo.

—No tardarán.

—¿Y qué haremos?

—¿Cómo que qué haremos? Pues nada, seguir como si nada hubiera ocurrido. Usted y yo somos simples vecinas: ni somos amigas ni hay motivo para que empecemos a serlo, así que no venga por el taller ni por casa. No era su costumbre, ni lo va a ser ahora. Nada debe cambiar. Y si no decimos nada, si no cambiamos nuestras costumbres, ¿quién va a sospechar?

—¿Y si nos vio alguien?

—¡No nos vio nadie! ¿O se encontró usted con algún vecino en el camino de vuelta?

—No, qué va, volví por las campas. No me crucé con nadie.

—¿Se da cuenta? Nadie sabe nada, y nadie va a saber nada. Ya se lo advertí: ni siquiera nuestros maridos. Y de irle con el cuento al confesor, ¡ni soñar!

—Mi marido está preso. Espero traerle pronto a casa. Descuide, que a él no pienso decirle una palabra.

Sin querer, Elvira puso un gesto de incredulidad, pero no dijo nada.

—¡Ni loca le contaría lo que nos ha pasado! Me moriría de vergüenza. No quiero que cuando me mire se acuerde de que otro hombre me ha tocado... Aunque nos haría mucho bien poder confesar con alguien de confianza.

Elvira agarró con fuerza el antebrazo de Lucía y acercó su cara a la de ella.

—¡Ni se le ocurra! Me lo debe. No olvide que yo le maté, no usted. Se traga usted la angustia, el sentimiento de culpabilidad y lo que sea, porque si nos pillan quien irá al paredón seré yo. ¿Lo tiene claro? —dijo en un susurro cargado de autoridad—. Jure por sus hijos que no va a decir «esta boca es mía».

—Lo juro. —Las lágrimas se le escapaban a Lucía de los ojos—. ¿Y cómo le puedo pagar yo lo que ha hecho por mí?

—No me debe nada. El fascista merecía morir. Un desgraciado menos.

—Tenía mujer e hijo —la informó Lucía con el semblante triste.

Elvira se quedó un momento callada, pensativa, con los ojos puestos en la lejanía, pero sin mirar.

—¿Y qué? ¿Acaso es por eso menos animal?

—No, solo que..., nada

—Pues eso. Que quede claro que el culpable fue él.

Las dos permanecieron unos minutos calladas. Un vacío de palabras llenó el espacio entre ambas. Finalmente fue Elvira quien rompió aquel largo silencio que sin embargo no las incomodó: ambas lo tuvieron ocupado con pensamientos cómplices.

—¿No estará su marido preso ahí? —preguntó señalando un barco varado a unos quinientos metros.

—No. Carmelo está en Castro. En un colegio que ahora es una prisión.

—Me alegro.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no sé si de ese barco va a salir alguno vivo. Cada noche, más bien de madrugada, dos barcazas cruzan la ría. En una viajan unos cuantos soldados, en la otra, cinco o seis cadáveres. Vienen de ese buque.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—¿Es que no ha oído nada? Mucha gente de Ibaya lo comenta por lo bajini. Mi marido y yo les hemos visto pasar por debajo de nuestra ventana. Acarrear a los muertos en camillas, tapados con una manta. Y me han dicho que los llevan al cementerio, pero allí no les dan santa sepultura, los entierran tras una tapia que no está consagrada. A los nacionales les resulta más fácil pensar que todos los republicanos son ateos; así se ahorran los funerales.

—No había oído nada. Como acabo de tener a la chiquilla he salido muy poco.

—Una vieja conocida de cuando yo servía en Bilbao me contó que a su hermano lo mataron en ese barco y que luego las autoridades se lo comunicaron por carta. Habían pasado más de quince días. Les dijeron que el cadáver estaba junto al cementerio de Ibaya. El hombre era socialista pero creyente, como hay tantos, y la familia reza por él en casa. Quién sabe, tal vez cuando toda esta locura termine puedan hacerle un funeral como Dios manda. —Elvira retiró sus manos del regazo y se levantó del banco—. Me tengo que ir a Gallarta. Tomaré aquí el tranvía. Lo dicho, como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Podremos vivir con esto?

—Dicen que con el tiempo todo se olvida. De momento, bastante tenemos con dar de comer a nuestros hijos. Ya se verá.

Lucía volvió al embarcadero. Miró el reloj de la iglesia y pensó que le quedaba tiempo para acercarse a casa de su cuñada María Pilar, la hermana pequeña de Carmelo. Se querían como amigas, como verdaderas hermanas, y cuando alguna de las dos tenía un problema acudía sin dudar adonde estuviera la otra. Para acompañarla hasta Castro no podía contar ni con su hermano ni con sus cuñados, y, desde luego, no estaba dispuesta a hacer pasar a su padre por una aventura semejante. Era palpable la escasez de hombres fuertes y fiables. La familia política de Lucía se había quedado temporalmente sin varones: la madre, Juliana, tan querida en Ibaya, había criado a sus retoños prácticamente sola; su esposo, Genaro Gómez, murió demasiado joven de una pulmonía. De puertas afuera, y sobre todo de cara a los niños, su suegra recuperó pronto la alegría, en parte porque tenía una sana inclinación para quedarse con lo bueno de la vida y en parte porque con tantas bocas que alimentar tampoco le quedó mucho tiempo para el lamento. Encontró trabajo como limpiadora en el colegio de monjas que se había instalado en Ibaya y tiró para delante. Más le costó disimular su dolor cuando en 1927, con treinta años recién cumplidos, se murió de tifus su hija mayor, Lali, la que había ido para monja de la Caridad. La guerra dejó a

Juliana sola con sus hijas Espe y María Pilar. Su hijo Juventino vivía en Málaga desde la época de Primo de Rivera, y Carmelo estaba en el frente.

En la familia de Lucía tampoco quedaban hombres, salvo su padre, cuya fortaleza había menguado de forma acelerada por la artrosis. Su querido hermano mayor, Sabino, y el marido de su hermana Mila estaban atracados desde hacía un año en un puerto de Noruega. «¡La primera vez que se enrolan en un barco, con la promesa de un buen salario y ganas de aventura, y estalla la maldita guerra!», clamaba Lucía contra el destino. El armador del buque bacaladero, como tantos otros, decidió no volver a España por miedo a perder el barco. El hijo de la Bruja, Venancio, quedaba descartado. Así que, a falta de hombres, el viaje lo emprendería junto a María Pilar, que no era una mujer precisamente valiente, pero había heredado la alegría de su madre, por lo que estaba segura de que su parlanchina compañía les serviría para hacer el camino más llevadero. Además, María Pilar tenía una amiga en Castro que no se negaría a proporcionarles un lugar donde dormir.

Urdir el plan para sacar a Carmelo de la cárcel, decidir los pormenores y tener una prioridad clara la alejaban de la congoja que seguía atosigándole la cabeza y el estómago. «¿Cuándo se me pasará este malestar? —se preguntaba—. Me cuesta palpar la realidad, sentirla próxima; es como si me fuera ajena. La ría, tan bonita esta tarde, la gente que me rodea, las conversaciones que oigo y no soy capaz de escuchar, todo me resulta distante.» Desde el embarcadero vio cómo la figura enjuta de Elvira caminaba ágil y erguida en dirección al tranvía. Hablar con ella no le había hecho tanto bien como esperaba. La mujer le seguía pareciendo un témpano de hielo, un muro infranqueable que la dejaba inerme y desvalida. No comprendía cómo después de la terrible experiencia vivida su vecina podía rechazar sus encuentros. ¿Acaso lo sucedido en el lavadero no constituía un lazo entre ambas? A Lucía le dolía tanta frialdad, y en esa frialdad atisbaba un resquemor, una acusación. «Lo veo en sus ojos: cuando me mira de manera huidiza, piensa que yo soy la culpable de su pecado y de su miedo. Porque ella también tiene miedo, aunque trate de disimularlo con esa seguridad, que no es tal, sino mero fingimiento. Fingir es lo que nos queda. Tal vez fingiendo logremos sobrevivir a esto. Pero no se fía de mí, teme que me vaya de la lengua. Por algo ha dicho que fue ella quien le mató y que en caso de saberse sería quien pagaría la pena. ¡Como si fuera a dejarla sola en semejante trance! ¡Ni por mis hijos lo haría! ¡No podría vivir con ese remordimiento! La sastra no me conoce, no sabe de mi lealtad, de mi eterno agradecimiento. No consigo hacerle ver que para mí ella es mi salvadora, la que me ha devuelto la vida, y que no habrá vida suficiente para pagar esta deuda. ¿Cómo podría convencerla de que no le voy a fallar? Solo me queda seguir sus órdenes. O sea, ignorarla. Por más que me duela, por más que pierda mil y una oportunidades de darle las gracias con mis torpes palabras, con mis gestos, prestándole ayuda o consuelo.»

Sin mirar ni una sola vez en la dirección donde Lucía esperaba la barcaza, Elvira subió al tranvía. No se daba cuenta del traqueteo de aquel vagón de madera ni de las voces de los viajeros, la mayoría jóvenes muchachas que parloteaban sin cesar. Sentada en el banco de listones, se

agarraba el estómago con los brazos, tratando de deshacer un nudo invisible que desde la víspera se le había instalado en el interior. La cabeza le seguía dando vueltas. Tenía miedo, un miedo que no quería confesarse a sí misma, mucho menos a Lucía. La mera visión de su vecina la ponía nerviosa. Su cara le recordaba la escena del asesinato, y por eso no quería saber nada de ella. «Cada cual en su sitio», se repetía. Aceptó el dinero del italiano: tenía la cartera escuálida y no encontraba razón para desperdiciar la oportunidad de freír varios huevos en vez de uno. Pensó que el orgullo y los miramientos no les iban a alimentar. Y luego empezó a darle vueltas a lo que había ocurrido en las últimas horas. «¡Quién me manda a mí ir al lavadero a horas tan tempranas!... Aunque si yo no hubiera aparecido, esa pobre mujer tal vez estaría ahora muerta. ¿Y si fue deseo de Dios? ¡Pero qué digo! ¡Blasfemo! Dios no pudo desear que yo levantara esa piedra. ¿Y quién la puso ahí, en medio del camino? ¡Tan grande, tan pesada! Me voy a volver loca, y no puedo. Debo mantener la cabeza fría; solo así saldré de este lío... Los males viajan en cuadrilla —se decía—. ¡Primero lo de la falangista, y luego lo del italiano! ¡Como si no fuera poca cosa lidiar a diario para conseguir el pan de los hijos! ¡Como si no hubiera sido suficiente soportar una guerra y superar el miedo de cada día!» Ahora que las bombas habían dejado de caer, ahora que su pueblo volvía a la paz —aunque se tratara de una paz ficticia, aunque fuera consciente de que iba a ser una paz maltrecha, conseguida a cambio de perder las libertades—, ahora que la gente recuperaba poco a poco la normalidad de lo cotidiano, a ella se le acumulaban problemas extraordinarios y el miedo se instalaba en su alma. ¿Y si la policía daba con ella? ¿Qué iba a ser de sus hijos?

Todos los pasajeros bajaron en la última parada. Elvira se quedó en su asiento mirando al infinito. El revisor tuvo que tocarle el hombro para avisarla de que el viaje había concluido. Desde Santurce hasta Gallarta cogió un pequeño y desvencijado autobús. Los dos últimos kilómetros, hasta el pueblo minero, los hizo andando. En Gallarta no le quedaba más familia que la señora Gracia, la buena mujer que la acogió cuando siendo niña llegó a Vizcaya y que era tía de Manuel. Sus suegros hacía años que habían muerto, y su cuñada Petra estaba ilocalizable. Gracia estaba sola en la casa. Al abrir la puerta se llevó las manos a la cabeza:

—¡Ay, Dios, qué alegría! —dijo mientras la aplastaba con su potente abrazo—. ¡Cuánto tiempo! ¡Mira que sois caros de ver!

Enseguida se pusieron al día. Viuda y con los hijos casados, Gracia vivía sola en la casa, aunque a veces recibía huéspedes esporádicos. La pena con la que cargaba la pobre Gracia era que habían fusilado a su último pupilo, un muchacho al que hospedó en su casa cuando se quedó viuda y con el que vivió los últimos años. Todo el mundo en Gallarta sabía que lo quería como a un hijo, tanto que los que se encargaron de darle la terrible noticia lo hicieron con la misma pesadumbre y solemnidad que si se hubiera tratado de su propia madre.

—Por ser del sindicato, ¡fíjate qué pecado!

—Lo siento, de verdad, no lo sabía, como ya no vemos a nadie de Gallarta —trató de disculparse Elvira, impresionada por la noticia.

—No te preocupes, mujer, con esto de la guerra todo se ha vuelto del revés. Dicen que murió

cantando *La Internacional*. ¿Te lo puedes creer?

Elvira se mantuvo en silencio, dejando que la mujer se desahogara.

—¿Qué sabrán ellos si murió cantando *La Internacional* o rezando un padrenuestro! ¡Si no hubo más testigos que los que le dispararon! Lo dicen para consolarnos a los allegados, para que creamos que murió como un héroe. ¡Y para qué nos sirven a nosotros los héroes! ¿Sabes tú para qué? Pues te lo voy a decir: para nada, hija, para acumular sufrimiento.

—Necesito ponerme en contacto con Petra.

—¿No sabéis dónde está? —preguntó Gracia con preocupación.

—¿No lo sabes tú?

—No, hija, a mí ya nadie me cuenta nada. Pero hay alguien que seguro que sabe algo. Yo te acompaño.

Salieron de la vivienda agarradas del brazo. Caminaban a paso lento. Gracia se había convertido en un cuerpo torpe, en el cuerpo de una anciana. Llegaron hasta un pequeño edificio situado al final de la cuesta. En el último repecho, la tía de Manuel perdía el aliento. Abrió una mujer.

—¿Qué os trae por aquí, Gracia y compañía?

—Buenas tardes, Clotilde. ¿Tienes sardinas para asar?

—Voy a ver —dijo la mujer dejando a ambas en la entrada.

—¿Sardinas? —preguntó Elvira confusa.

—Es como un santo y seña —le explicó Gracia—. Significa que queremos ver a los hombres. Los tiene escondidos en la bodega. Una tontería eso de las sardinas, porque si viene la guardia civil, tú me dirás si van a preguntar por sardinas o arenques. ¡Esos entran fusil en mano y a tomar por saco! Pero les gusta eso del santo y seña, ya ves.

Clotilde volvió y las acompañó al sótano. Cuatro hombres y una mujer las esperaban alrededor de una mesa de cocina con encimera de tablones.

—Buenas tardes, Raúl —saludó Gracia—. Esta es Elvira, la mujer de mi sobrino Manuel, cuñada de Petra. La está buscando.

—Pues aquí no está —respondió él secamente.

—Eso ya lo sé —contestó Elvira más áspera aún—, pero necesito que alguien la avise de que no se ponga en contacto con nosotros, mucho menos que se acerque por mi casa. Me han metido una falangista en el taller. Se llama Rosario Cárdenas, y creo que me la han mandado para tenernos vigilados, por ver si así dan con Petra, y, a través de ella, con Jesús López.

—Están en Barcelona. A salvo. Les haremos llegar el mensaje, no se preocupe.

—¿Y qué pasará con ellos si las cosas se ponen feas en Barcelona?

—Yo no me preocuparía. Para los líderes siempre se encuentra una salida. Francia, por ejemplo —dijo el hombre con retintín.

—¿Me tendrán informada sobre su paradero?

—Será mejor que no vuelva por aquí. Es peligroso.

—¿Y si hago yo de intermediaria? Podría ir a Ibaya, donde vive Elvira, con cualquier disculpa, y llevarles noticias —propuso Gracia.

—Está bien. Cuando sepamos algo, Clotilde irá a tu casa y te contará lo que haya. Pero mejor de palabra, sin mensajes escritos, no vaya a ser que te hagan un registro y te encuentren la carta.

—Lo memorizaré todo —respondió sonriente la señora Gracia, contenta por ser útil en algo.

—¿Qué tal lo lleva usted? —preguntó un hombre que llevaba bigote y al que le faltaban varios dientes.

—Poco a poco, Carlos, gracias.

—Fue un héroe, ya lo sabe.

—Eso dicen, sí —contestó Gracia con tristeza y resignación.

—Bueno, pues si es todo... —quiso acabar la conversación el que parecía el jefe—. Y usted tenga cuidado con la falangista esa. En estos casos lo mejor es ver, oír y callar. Y si se entera de algo que nos pueda interesar, se lo cuenta a Gracia. A las mujeres, falangistas o no, les gusta la cháchara, y a veces se descubren cosas.

A Elvira le sentó mal el comentario sobre el género femenino, pero se mordió la lengua; para qué iba a ponerse a malas con las únicas personas que podían informarle sobre Petra y Jesús.

—Si me entero de algo, lo sabrán. Guarden cuidado.

Volvieron a casa de Gracia. En el trayecto, Elvira pudo saludar a viejas vecinas; eso la animó. La tía preparó unas manzanillas y se sentaron en unos taburetes.

—¿Quiénes eran esos hombres? No los conocía.

—Llegaron a Gallarta después de que tú te marcharas. Son socialistas y sindicalistas, compañeros de mi pobre Rufino. Por eso dicen que fue un héroe: cuando lo apresaron no soltó ni media palabra. ¡A saber lo que le harían esos bestias de los nacionales! —Gracia sollozó un momento al pensar en su pupilo—. Dicen que no quisieron huir cuando llegaron los de Franco, que se quedaron a seguir la lucha y para ayudar a otros a salir del país. ¡Vete tú a saber! Igual no son tan valientes y lo que les pasó es que perdieron la ocasión de escapar corriendo y ahora están aquí escondidos, esperando una oportunidad para huir a Francia.

—¡No seas mal pensada! —protestó Elvira.

—Tienes razón, hija mía. He perdido la fe en todo, en Dios y en los hombres.

—¿Sabes algo de Dolores?

—¿De Pasionaria?

—Sí, de la misma.

—Está en boca de todos. Dicen que se ha liado con un hombre mucho más joven, diecisiete años más joven. ¡Nunca lo hubiera esperado de ella!

—¡Qué cosas! ¿Y el marido?

—Luchando, como todos.

—Serán habladoras. Los lances de amor no van con su carácter. Cuando la conocí me impresionó mucho su inteligencia, y también su simpatía.

—Es verdad que tiene un pico de oro, que sabe llevarse al huerto a la gente. Ha llegado más lejos que la mayoría de los hombres. Pero lo que dicen de ella debe de ser cierto. Al parecer, en el Partido Comunista están que trinan. Y no es que me parezca a mí bien que una mujer, encima casada, se líe con un mozo mucho más joven, pero me fastidia que si es el hombre el que se encama con una mocita ¡le aplauden por macho!

—En eso tienes razón. Siempre llevamos las de perder. A mí tampoco me parece decente lo que ha hecho Dolores, y tampoco me gustó que se hiciera comunista. Pese a todo, hay que reconocer que tiene valor. A veces pienso que se ha volcado tanto en la política para olvidar la pena de tantos hijos muertos.

—¡Quién sabe! Aunque me da en la nariz que esta Pasionaria nació con ganas de guerra y que ni una retahíla de hijos le iba a cortar las alas.

La temperatura era más suave cuando Elvira regresó a Ibaya. En el viaje de vuelta se sintió algo mejor; una cierta sensación de alivio la acompañaba, gracias quizás a la frescura del ambiente y a la certeza de que Petra recibiría el aviso. Al llegar a su pueblo, el estómago se le volvió a contraer cuando se acordó de que en cualquier momento iban a descubrir el cuerpo del italiano.

LA FUENTE DE HIERRO

A Marichu le costaba ascender la cuesta que conducía a la fuente de hierro. Hacía bastante calor, y encima tenía que ir empujando el carrito del bebé. Sudaba por el escote, por el cogote y por la frente, y sus mejillas eran como dos manzanas cubiertas de caramelo rojo. A pesar de la sofoquina estaba contenta, tanto que acompañaba su esfuerzo con un canturreo en voz baja. Volver a la fuente de hierro significaba el retorno a la normalidad. Sus sobrinos se habían adelantado, corrían monte arriba con las cabezas cubiertas por unos sombreritos de paja que les protegían del sol. Ella los miraba entusiasmada. Cuánto quería a esos niños. Observaba con ternura al bebé, sus delicadas piernecillas desnudas y sonrosadas. La emoción de la excursión se le empañaba a ratos a causa de una inquietud. Para Marichu la guerra supuso una liberación, decir adiós a la Bruja y a sus insultos. Ahora temía que la vuelta de Carmelo, que ella deseaba tanto como su hermana, significara el fin de su felicidad. No se atrevía a preguntar a Lucía qué iba a pasar con ella, si tendría que regresar al caserío paterno o si podría quedarse más tiempo con ellos. Viviendo con sus sobrinos era dichosa, a pesar del mal genio de su hermana y de lo mandona que resultaba. Ella sabía que Lucía la reñía porque la quería, como hacía con los niños.

Unos metros más adelante, Tere cogía flores silvestres con Íñigo mientras Adela y Telmo caminaban uno al lado del otro.

—La tía tendría que adelgazar un poco. ¡Fíjate cómo suda! —comentó Adela soltando una risita burlona.

—¡No te rías de ella! Y si quiere estar un poco gorda, que esté. Lo que importa es que es muy buena. Y muy divertida.

—¡Joé! Que no me reía de ella. Y ya sé que es buena y que ayuda a ama un montón. —La niña cogió una piedra y la lanzó—. Telmo, ¿tú crees que cuando vuelva nuestro padre de la guerra la van a enviar otra vez al caserío?

—Espero que no. A mí me gusta que viva con nosotros.

—Y a mí también.

Callaron un rato hasta que Adela volvió a hablar.

—Me parece que aita está en la cárcel.

Telmo miró a su hermana interrogante. No quería decir nada, ya que le había prometido a su madre guardar silencio.

—¿No me has oído? —Empujó a su hermano para que reaccionara—. Que está en la cárcel.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque escuché a ama contárselo a la tía. ¿Tú no sabías nada? —Telmo siguió callado—.

¿Crees que le van a dejar libre? Al padre de Cristina lo soltaron la semana pasada. ¿Y si no vuelve?

—Va a volver pronto, ama se ocupa de eso.

—O sea que tú sí sabías que estaba preso.

—Sí. Y también que ella lo va a traer. Me lo ha dicho. Pero no le digas que te lo he contado. Le prometí no deciros nada.

—¿Y por qué no nos lo quiere decir?

—Por si acaso, supongo.

—Por si acaso qué.

—Por si las cosas no salen bien.

—...

—Tranquila, que la madre es muy lista y lo traerá de vuelta.

—Y todo volverá a ser como antes.

Telmo hizo una pausa y en un tono triste añadió:

—Casi.

La niña le miró pidiendo con su gesto una aclaración.

—No sé, Adela. Me parece que las cosas no volverán a ser como antes. Esos falangistas me dan mucho miedo. Como dice ama, vamos a tener que andar con cuidado, chitón y a callar.

—Por lo menos no habrá más bombardeos.

—No, eso no.

Llegaron a la fuente de hierro, donde otras familias pasaban la tarde sentadas sobre mantas de cuadros o troncos de árboles caídos. Marichu obligó a los niños a beber agua. Luego ella se refrescó la cara y el cuello y tragó una buena cantidad del líquido ferroso, mojándose la pechera del vestido. Enseguida los chiquillos se pusieron a jugar con sus amigos. Ella se sentó junto a un par de mujeres. Todas admiraron al bebé y las preciosas sábanas del ajuar infantil. Hablaron de cosas intrascendentes, de los asuntos propios de una tarde veraniega de asueto, de lo bonito que estaba el cielo, de las vistas magníficas que tenían desde la atalaya, de quién estaba encinta o de quién se hacía acompañar por un muchacho. Ninguna habló de la guerra, ni de los presos, ni de los disgustos, ni de los miedos, ni siquiera de los precios abusivos de la compra. Luego conversaron sobre cocina y compartieron algunas recetas de platos inventados por la fuerza de la necesidad, hechos con sobras de otros días. Como la sopa de migas de mantel, a base de restos de pan negro y de verdura, pellejos de las cebollas o puntas mustias de los puerros. La clave estaba en poder añadir algunas especias, como el comino o la pimienta, o alguna planta aromática, como el laurel o el perejil.

Jone se despertó. Antes de que se pusiera a llorar, Marichu la sacó del capazo, la tapó con la sabanita de hilo, la apoyó sobre su pecho abultado y comenzó a entonar una nana en vascuence.

Haurtxo ttipia seaskan dago

Zait iduri aingerua, lo.

*Haurtxo ttipia seaskan dago
Zait iduri aingerua, lo.
Ene maitia, ene pottolo,
Egina guzu, lo!*

*[El niño está en la cuna
durmiendo como un ángel.
El niño está en la cuna
durmiendo como un ángel.
Mi querido (amor), mi gordito,
¡Duerme!]*

La escena la interrumpió la llegada de Merichel, una vecina del caserío de Tasio. Se sentó junto a ellas y, sin siquiera mirar a la niña, utilizando un tono de voz muy bajo, les preguntó:

—¿Sabéis lo que ha pasado hoy?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado muerto a un militar italiano en el lavadero viejo. Lo encontraron mi tía Cecilia y otras dos. Medio hundido en la pila grande. ¡Hay un revuelo que no veas!

—¿Se ha ahogado en el lavadero? —preguntó incrédula una de las mujeres.

—Pues eso no lo sé. Los alguaciles han ido por allí, los de la Falange también, y venga a hacer preguntas a las mujeres.

—¿Y a ti quién te ha ido con el cuento?

—¿Es que no escuchas o qué? Ya te he dicho que mi tía estaba allí, y ¡no veáis el susto que tiene encima! ¡La pobre! Que va a lavar la manta del abuelo y se encuentra un muerto.

—¿Y qué han hecho los guardias?

—Se han llevado al muerto. Y han venido un juez y el médico. Mi tía les ha oído decir que el soldado tenía un golpe muy gordo en la cabeza.

—Pues ya verás como detienen a alguien.

—¿Y por qué van a detener a alguien si se ha caído a la pila? —preguntó inocentemente Marichu.

—Pues porque tienen que echarle la culpa a alguien. ¿O no sabes cómo se las gastan ahora? Yo que tú dejaría de cantar nanas en vascuence. No les gusta.

—Es que no conozco ninguna en castellano.

—Yo te canto una, y así te la aprendes.

*Duérmete, niño, duérmete ya,
que viene el coco y te comerá.*

—¡Tú estás loca! No le cantes eso a la niña, que se va a asustar. ¡Pues vaya canción!

—Es que no me sé otra.

—Pues mejor le canto «Estas son las mañanitas que cantaba el rey David».

—¡Hala, pues empieza a entonar, que menudo puchero está poniendo la criatura!

Mientras las mujeres entonaban en susurros la canción popular, un grupo de tres soldados apareció por la campa. Se hizo el silencio. Todos los congregados se callaron de repente, incluso los niños cesaron sus juegos para observar a los intrusos. Merichel le dio un codazo a Marichu, que, ensimismada como estaba mirando a la pequeña coger el sueño, no se había percatado y seguía con la canción del rey David. Uno de los militares se acercó al grupo de muchachas y en un castellano mezclado con un fuerte acento italiano le dijo a Marichu:

—*Buona sera, bella.*

Todos contemplaban la escena, incluidos sus sobrinos. Marichu se puso colorada.

—Buenas tardes.

—*Dolce bambina* —dijo él señalando a Jone—. ¿Duerme?

—Sí, acaba de dormirse.

—Claro, con su *belísima* voz. Cantas muy bien.

—Gracias —contestó Marichu todavía más colorada.

El soldado se dio cuenta de que todos les observaban, así que gritó a la concurrencia:

—*Che succede!* ¡Es que no puedo hablar con las muchachas!

Hombres, mujeres y niños bajaron inmediatamente la vista y volvieron a sus quehaceres, menos Telmo y Adela, que siguieron pendientes de la escena, aunque no alcanzaran a escuchar la conversación. Los niños tenían miedo de que la tía estuviese en un aprieto, y además sentían vergüenza. No sabían qué hacer para impedir que el intruso siguiera hablando con Marichu.

—Seguro que tus amigas tienen que saludar a alguien. *Certo?*

Las chicas se levantaron y dejaron a Marichu sola con el hombre. Los otros soldados esperaban en la fuente bebiendo agua. Ella se quería morir. Sentía que todos sus vecinos la observaban por el rabillo del ojo.

—*Signorina*, hace días que no la veo con su bolsa de verduras. ¿Ya no va al mercado?

—Solo cuando hace falta.

—*Es molto agradabile* verla con su cesta.

Marichu no dijo nada. Miró al bebé, tratando de cobijarse en su carita. Recordaba al soldado italiano. De hecho lo llevaba en la mente todos los días desde que la semana anterior la piropeó y trabó conversación con ella. El muchacho no era guapo. Ni siquiera era alto, pero era el primer hombre que se había fijado en ella. Después de gritarle *bella signorina* desde su puesto, le pasó el cazo a un compañero. El soldado formaba parte de un grupo de voluntarios del cuerpo fascista que cada mediodía repartía comida justo en la calle donde estaba la casa de su hermana. Los italianos tenían instalado su campamento al final de la estrada, en el descampado que daba a las vías del tren, y repartían entre los civiles lo que les sobraba del rancho. Casi siempre eran los niños los que se ponían a la cola con una escudilla en las manos, aunque en ocasiones el hambre era tan insoportable que algunos viejos dejaban de lado su orgullo y esperaban pacientemente a

ver si les quedaba algo. A Marichu le daba mucha pena ver a tantos críos desherrapados haciendo fila frente al perol de patatas, con sus platillos apoyados en el vientre, sus zapatos ajados y sus caras apuradas, mientras sus madres esperaban escondidas en los soportales, agazapadas en su vergüenza. Miraba a los niños y pensaba en sus sobrinos y en la suerte que tenían de disponer de algo de comida a diario, gracias a la huerta y a la generosidad del jefe de su cuñado. El italiano, que no debía de tener más de veinte años, se acercó a Marichu, que iba cargada con un cesto de vendeja:

—*Madonna!* Es usted como un rayo de sol. ¿Me permite que la ayude?

Y sin más le arrancó la cesta y se la colocó en el antebrazo.

—Yo puedo sola.

—Seguro, seguro, pero no me va a negar el placer de su compañía. Solo hasta la esquina. *Di accordo?*

Marichu no supo qué hacer. Le gustaba aquel hombre, pero era el enemigo, y seguro que si su hermana se enteraba la reñiría, y con razón. ¿O ya no lo era? La guerra había acabado para Ibaya. ¿Seguían siendo enemigos esos soldados que ayudaban a los más miserables? Tampoco quería montar un escándalo en medio de la calle, y el joven era insistente. Así que accedió. Qué hombre más charlatán. Qué zalamero y qué gracia tenía cuando se atoraba con el español. Al día siguiente se repitió la escena, solo que esta vez ella acudió adrede a la hora del reparto y se dejó acompañar un trecho más largo. Después ya no volvió. El miedo a la reprimenda de su hermana pudo más que su atracción adolescente.

—No me has dicho tu nombre —le dijo él acucillado junto a ella en la fuente.

—Marichu —contestó sin mirarle a la cara.

—Es un nombre *difficile per me*, pero bonito, de veras. Yo soy Roberto, Roberto Ravioli, para servirte.

Marichu no contestó, sentía los ojos de sus vecinos puestos sobre ella.

—¿Has tenido un buen día? —El soldado insistía en conversar.

—Sí, gracias.

—¡Suerte la tuya! Para mi compañía hoy es un mal día.

Roberto esperaba que ella le siguiera la charla. Como se empeñaba en su silencio, él continuó.

—Sí, mal día, malísimo. Un compañero ha muerto. De mala manera. Ahogado.

—Lo siento —dijo Marichu de forma mecánica—. ¿Era su amigo?

—No. Le conocía poco. Pero, bueno, un joven valiente ha muerto, y eso es una lástima. Le han encontrado unas mujeres en el lavadero, dentro del agua.

—¿Se ha ahogado en el lavadero? —Marichu se hizo la sorprendida. Si podía sacar alguna información del italiano, tal vez los demás la verían con ojos menos acusadores.

—Puede que sí, puede que no. Están investigando. Parece que estaba borracho —le confesó el soldado acercando su boca al oído para que nadie escuchara, gesto por otro lado innecesario, ya

que todos los parroquianos se encontraban suficientemente lejos para no poder seguir la conversación—, pero yo creo que lo han asesinado.

—¿De verdad? —Marichu hizo la pregunta con el mismo tono que emplearía un niño inocente, como si no se hubiese dado cuenta todavía de que en la guerra se matan los unos a los otros y de que los odios se mantienen por mucho que unas tropas se hayan proclamado vencedoras.

—*Veritá*, Marichu. ¡Qué bello suena tu nombre al pronunciarlo! El soldado tenía un golpe muy *forte* en la cabeza, como si le hubiesen pegado con un palo, con una *pietra* o con la culata de un fusil. Eso dicen los compañeros que lo han trasladado.

Marichu sintió un gran alivio cuando uno de los soldados que estaba apoyado en la fuente llamó a Roberto.

—¡Eh, Roberto, *venite!*

—*Ciao, bella*. Ya nos veremos.

—Agur¹ —dijo Marichu, y se mordió la lengua.

LA CARTA

No parecía agosto. Por la mañana había caído una tromba de agua en Portovenere y las nubes del cielo enfriaron de golpe el ambiente. Renata tendía la colada en los cordeles que atravesaban la cocina de pared a pared, mientras su pequeño caminaba torpemente, apoyándose en los barrotes del corral construido por el abuelo Lorenzo. Necesitaba tener la ropa seca para plancharla antes de colocarla en el interior de la maleta. En pocos días embarcaría junto a sus padres rumbo a América, y su estado de ánimo era una extraña mezcla de temor e ilusión.

Desde que Berto hubo partido a la guerra de España la alegría devolvió a Renata una belleza sonrosada. Se sorprendía a sí misma cantando o riendo por cualquier tontería, retomó la olvidada costumbre de pasear sin rumbo junto a sus vecinas y, sobre todo, volvió a saborear el cariño y las caricias de sus padres, que se desvivían por ella y por su hijo. Al principio, su felicidad recuperada se vio enturbiada por las visitas de su suegra, que no la dejaba en paz, y que, siguiendo las indicaciones de su hijo, pretendía controlar cada minuto de su existencia. Pronto acabó el martirio. La ausencia de Berto le dio fuerzas para recuperar su aplomo y poner a doña Francesca en su sitio. No levantó la voz aquel día, pero le dejó las cosas muy claras:

—Mire, doña Francesca, yo no tengo nada contra usted, pero no quiero tenerla en casa a todas horas. Necesito seguir con mi vida y criar a mi hijo.

—O sea, ¡que no soy bienvenida!

—No he dicho eso. Solo que me dé un respiro.

—Ya, ya. ¡Pues no creo que a mi hijo le guste el desprecio que me haces! ¡Ya verás cuando regrese de España! Se lo diré todo. ¡No me voy a callar! ¡Ni hablar! ¡No le va a gustar nada!

Renata tembló ante aquella reacción desmedida y trató de apaciguar los ánimos. No lo consiguió. A partir de entonces estuvo en boca de todos lo mala nuera que era; ya se encargaba doña Francesca de hacer correr por ahí toda clase de falsedades que Renata ni siquiera se molestó en refutar. Las opiniones de la gente del pueblo eran inamovibles: los que simpatizaban con los fascistas creerían a la suegra a pies juntillas; el resto no se dejaría embaucar. Renata contaba a su favor con el enorme respeto que los vecinos sentían por su familia, mientras que la vieja Sandrini siempre había sido poco apreciada. De hecho, en Portovenere no se entendía que una mujer tan agria como Francesca hubiera podido parir un muchacho tan noble. Es verdad que algunos empezaron a recelar de su bondad cuando él abrazó el fascismo; otros, por el contrario, le consideraron además un héroe.

Liberada del acoso de la mujer, que no cesó de echar pestes sobre la muchacha, Renata se dedicó a disfrutar de su libertad, aunque a ratos su alegría se ensombrecía. Ocurría cuando

pensaba en el regreso de su marido. Las cartas que le llegaban desde el frente eran escasas y tardías, de contenido intrascendente. Ninguna noticia sobre los avances de la guerra, ninguna información sobre la situación en España, como si quisiera escatimar noticias a Lorenzo. Berto solo preguntaba por el pequeño Claudio y por su madre. Ni una palabra de afecto, ni un *amore* ni un *ti amo*. Mejor, porque a Renata ese tipo de palabras le hubieran dado asco. Ella le respondía con la misma frialdad; le contaba los progresos del niño y se reservaba cualquier comentario sobre su suegra. Tampoco incluía frases de amor. Hacía más de un mes que había recibido la última. En ella, por primera vez, le decía en qué parte de España se encontraba: en Bilbao, una ciudad del norte que habían «liberado» con facilidad, y en la que los italianos habían tenido una actuación brillante, demostrando ser más bravos que los alemanes, por mucho que estos se pavoneasen con sus impolutos uniformes y sus cabellos rubios. En esa última carta, Renata empezó a vislumbrar lo que le esperaba a su vuelta. Una frase, de construcción gramatical muy sencilla, encerraba un significado cargado de futura violencia: «Me he enterado de que te has portado mal con mi madre. Ya hablaremos tú y yo».

En la misiva también la avisaba de que su batallón estaría en Italia en septiembre, que se quedaban hasta después del verano para poner un poco de orden y ayudar en las tareas de reconstrucción. Al leer este párrafo, un agudo dolor de estómago la atenazó. «Berto vuelve pronto. Berto vuelve a casa», se repetía a sí misma aterrada, dándose cuenta de que los meses transcurridos solo habían sido un paréntesis de dicha en medio de su amarga existencia. Se metió la carta en el escote, cogió a Claudio en los brazos y, despavorida, salió en dirección a la casa de sus padres. Hizo el camino percibiendo, como si fuera real, el fétido aliento de Berto a su espalda, notando como en una alucinación las garras del lobo sobre sus hombros.

Lorenzo y Anna se asustaron al verla entrar en ese estado, tanto que la abuela le arrebató al chiquillo de los brazos para evitar que madre e hijo se desplomaran.

—¿Qué te ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a tu marido? —le preguntaron al unísono.

Una corriente pesada succionaba su garganta hacia dentro, con tal fuerza que impedía que de su boca brotara una sola palabra, así que se limitó a extraer el sobre de su blusa y entregárselo a su padre. Anna, impaciente, inquirió a su marido:

—*Madonna!* ¿Qué dice la carta?

—Es de Berto. Dice que está en Bilbao, una ciudad del norte de España. No la conozco, pero es una ciudad muy rica, con muchas fábricas y minas... —Anna le interrumpió.

—¡Ay, Lorenzo, no me cuentes ahora cosas de tu país! ¡Vete a lo importante!

—Dice que después del verano vuelve a casa. Eso dice.

—¿Nada más?

—Nada más.

Y entonces los dos progenitores se quedaron mirando a su hija, preguntándose por la razón de ese ataque de angustia. Sabían que no era feliz en su matrimonio, pero desconocían la verdadera causa de su infortunio, y por eso su reacción les parecía desmedida. Lorenzo habló:

—Nena, tú ya sabías que Berto regresaría a Portovenere. —Se quedó pensativo un instante y añadió—: ¿O en el fondo tenías la esperanza de...? —No pudo terminar la frase. Su hija le interrumpió.

—Sí, padre, de que moriría en la guerra.

—¡Por Dios, hija mía! ¡Qué maldades se te ocurren! —exclamó Anna escandalizada.

—Veamos, Renata, ¿quieres contarnos algo que no sepamos? —intervino muy sosegadamente el padre oteando ya mares más profundos.

Cuando Berto anunció su marcha al frente de España, Renata estuvo decidida a confesar a sus padres la verdad más amarga de su matrimonio. Pensaba entonces que de esa forma se sentiría ligera, liberada y sincera. Pero después de decirle adiós en la estación de ferrocarril experimentó una sensación de felicidad tan grande que no tuvo fuerzas para empañar su nuevo estado de ánimo. Y, más tarde, ni en sus continuas visitas a la casa paterna, ni durante los paseos serenos en familia, ni cuando disfrutaban de alegres comidas alrededor de su mesa encontró el momento idóneo para la confesión. Contarlo en voz alta suponía rememorar las escenas humillantes. Y lo fue dejando hasta esa tarde de junio de 1937. Su padre la miraba expectante, estrujando la misiva entre sus manos ásperas. Su madre acariciaba la cabeza de su nieto en una especie de movimiento circular automático e inconsciente, uno de esos meneos que hacemos los seres humanos para amortiguar el miedo, el dolor o la incertidumbre. Finalmente, Renata soltó a trompicones, en un discurso cargado de mocos, respiraciones entrecortadas y sollozos, la verdad de su dramática convivencia con Berto. Y no ocultó ningún detalle, habló sin rubor de las violentas escenas en el lecho conyugal, de los zarandeos a los que se había visto sometida, del desprecio que la anulaba.

Anna abrazaba al niño con fuerza mientras lágrimas de horror corrían por sus mejillas. Lorenzo hacía lo mismo con su hija. Aunque Berto volviera a Portovenere y la pesadilla se reanudase, al menos ella había hallado un poco de consuelo sacando a la luz su secreto.

—¿A qué clase de madre se le escapa algo así? —sollozaba Anna.

—¡Joder, Anna, qué ciegos estuvimos! —se reprochó Lorenzo.

Renata se apartó bruscamente de su padre y les gritó a ambos.

—¡Ni se os ocurra sentirnos culpables de nada! ¿Me habéis entendido? ¡El único culpable es ese maldito hijo de puta que tengo por marido!

—¡Renata! ¡No hables así delante del niño!

—Lo siento, madre. —La muchacha volvió a sollozar—. Solo Berto es culpable. Y también yo..., por cobarde, por no haberle hecho frente.

—¿Y cómo pensabas hacerle frente tú sola, mi niña? —Lorenzo volvió a abrazar a su hija.

—Las mujeres a las que les pasa lo que a ti solo tienen una salida —pensó Anna en voz alta—. Solo les queda escapar.

Y entre la sentencia que pronunció la señora de Acosta un mes antes hasta la tarde en que colgaba jubones y baberos húmedos para plegarlos horas más tarde en un baúl, los tres recorrieron un largo calvario de decisiones y trámites.

—Buscaremos una solución, hija mía. —Así despidió Lorenzo a Renata, cuando, ya calmada, esta dijo que tenía que volver a su casa.

La solución llegó de la mano de quienes nunca le habían fallado: sus propios padres. La noche de la revelación filial, Lorenzo y Anna se mantuvieron despiertos. Tomaron las riendas del asunto y establecieron un plan para que su hija pudiera huir. Al principio solo pensaron en la marcha de Renata y el niño, pero cuando todo estuvo proyectado, Anna preguntó a Lorenzo:

—¿Y si nos vamos nosotros también? Ya nada nos retiene aquí.

Lorenzo la miró. Un fulgor de ilusión emanó de sus pupilas.

—¿Aguantará tu corazón un viaje tan largo?

—Aguantará lo que le echen, cara mía. Por volver a estar juntos, este soporta lo que sea — contestó el español señalándose el pecho con la mano.

Al día siguiente fueron a casa de su hija para explicarle el plan que tan minuciosamente habían trazado por la noche. Lorenzo viajaría inmediatamente a Génova para enterarse de cuándo salía el primer barco rumbo a América y de cuánto costarían los billetes. Si con sus ahorros no llegaba para el pasaje, venderían el huerto a un primo de Anna que, desde siempre, había mostrado interés por él. No regatearían, se conformarían con lo que valían los pasajes y un poco más para sufragar el viaje desde el puerto de destino a la región donde vivían sus hijos. No podrían ceder el terruño a nadie que no fuera de la familia. Necesitaban garantía de que su huida se mantendría en secreto, no fuera que doña Francesca acabara enterándose y abortara el plan: le hubiera bastado llamar a su sobrino fascista para impedir la marcha de Renata y el niño. Cuando tuvieran comprados los billetes enviarían un telegrama a Marco y a Pietro a la Argentina avisándoles de su llegada.

Mientras sujetaba las mudas con pinzas de madera, canturreaba feliz, imaginando el momento en que volvería a abrazar a sus hermanos y conocería a sus esposas e hijos. ¡Qué buenos eran sus padres! Les estaría eternamente agradecida. A su avanzada edad, un cambio de vida debía de ser enormemente difícil. Su madre iba a abandonar por primera vez el pueblo que la vio nacer y que cobijó años de felicidad; su padre tendría que pasar otra vez por la tristeza del emigrado, cerrando además con esta empresa la posibilidad de retornar a su añorada España. Lorenzo demostraba que, a pesar de sus años, la aventura le sentaba bien, tanto que volvía a ser el hombre valiente y decidido que un día dejó Galicia a hurtadillas. Para embarcar necesitaban pasaportes. Tras meditarlo mucho, prefirió que su hija y su nieto viajaran con pasaporte español: el libro de familia demostraba el origen gallego de la muchacha. Debido a la guerra, los consulados y las embajadas españolas eran un caos administrativo, y él estaba seguro de que ningún funcionario iba a preocuparse por el padre de la criatura. A través de un amigo, Lorenzo consiguió que le atendiese un muchacho de Córdoba, recomendable, según se decía, para cuestiones irregulares. El funcionario, que lo mismo podía ser republicano que nacional, mostraba tanta desidia por su trabajo que miraba los papeles de Lorenzo a la vez que ojeaba el periódico.

—¿Y esta criatura no tiene padre?

—No, señor —respondió Lorenzo poniendo un gesto de aparente vergüenza.

—¿Y la partida de nacimiento?

—No tenemos. Nos daba mucho reparo inscribirle solo con el apellido de la madre. Y el padre se fue a la guerra antes de reconocerle. Pero tenemos el papel del médico, ahí dice dónde y cuándo nació.

—¡Ay, las gallegas, las gallegas..., se ganan la fama a pulso! —susurró el otro mientras Lorenzo optaba por hacer oídos sordos al insulto—. Está bien. Haremos una cosa: le doy el libro de familia a su hija y les hago los pasaportes. Pero el apellido del chiquillo será el de la madre, ya me entiende. Y que conste que lo hago porque son gallegos, que si no, otro gallo cantaría.

«Porque somos gallegos y porque mi amigo te ha untado a base de bien», pensó Lorenzo.

Solo quedaban tres noches para la partida del barco. Los preparativos tenían a Renata muy ocupada en la casa. Su emoción por la huida era tan intensa que ni siquiera le importaba pasar la última noche en el muelle, esperando que a las seis de la madrugada la pasarela de acceso al buque les diese la bienvenida.

Alguien llamó a la puerta. Renata se frotó la humedad de las manos sobre la tela del delantal y abrió. Un soldado esperaba en el umbral en posición de firmes. A la muchacha le dio un vuelco el corazón; tal vez el soldado venía a anunciarle el regreso inmediato de Berto. ¿Y si no le daba tiempo a coger el barco? El soldado, poco más que un crío, le preguntó:

—¿Señora de Berto Sandrini?

—Sí, la misma.

El militar le entregó un sobre, se dio la vuelta y regresó con paso marcial por donde había venido. Temblorosa, abrió la carta. Era del ministerio y, en palabras muy escuetas, le anunciaban que su esposo había muerto en España, como un héroe, en defensa de la libertad. Trataban de consolar a la viuda escribiendo frases manidas como «ha sido un ejemplo para sus camaradas fascistas» o «Italia es acreedora de este servidor de la patria», y le explicaban que sus compañeros le rendirían honores en cuanto las tropas italianas volvieran definitivamente a casa. También le comunicaban que su cuerpo reposaba cristianamente en un cementerio de Bilbao, que debía ser así porque el ejército, de momento, no disponía de medios para repatriar el féretro. Y que en un futuro ya se vería.

Qué extraña sensación. La incredulidad se mezclaba con un cierto alivio y, sin embargo, la alegría no terminaba de aflorar. Sus plegarias se habían oído en algún recoveco del cielo y no era capaz de sentirse agradecida. Su inminente huida hacia América hacía innecesaria la muerte de Berto. Tendría que comunicárselo a su suegra. A pesar de que no la soportaba, le dolía. Ella también era madre y sabía que esa era la peor noticia que podría anunciarle a Francesca. Decidió esperar. Necesitaba tiempo para digerir la nueva realidad, así que terminó de tender la colada, encendió el fuego, se hizo un café bien cargado y se sentó a la mesa con el niño en brazos. «Ya no tienes papá —repetía a la criatura mientras le daba galletas de mantequilla para chupar—, pero me tienes a mí y a los abuelos. Tienes una familia, una buena familia. Estaremos mejor, ya lo verás. Total, ni siquiera te acuerdas de él. Yo me inventaré un padre nuevo para ti, verás su foto y

te diré que fue un héroe y un hombre bueno y cariñoso. ¡Para qué te voy a decir la verdad! ¡No ganamos nada con el resentimiento, y a ti te hará bien guardar la imagen de un padre bondadoso!» No había pasado media hora de la visita del soldado cuando la puerta volvió a sonar, esta vez con estruendo, en señal de alarma. «¡Ya se ha enterado doña Francesca, se habrá enterado!» Sin embargo, quien se hallaba al otro lado del portón no era su suegra, sino el primo de su madre.

—Tu padre se ha puesto muy malo, Renata. ¡Corre, hija, corre!

La joven cogió al niño en brazos y salió atropelladamente. Mientras avanzaba por la cuesta, casi sin resuello, fue interrogando al hombre.

—¿Ha llegado el médico?

—No lo sé, pero avisado ya está.

—¿Y qué tiene?

—No puede respirar. Tu madre gritó tanto por la ventana que la tía María la oyó tres casas más abajo.

El doctor lo estaba explorando cuando ellos llegaron. Su padre, acostado en la cama matrimonial, presentaba muy mal aspecto. La cara descolorida y unas terribles ojeras le imprimían una mirada triste y asustada. Parecía veinte años más viejo que la víspera. El aplomo de días anteriores y la gallardía renacida por la adversidad de su hija habían desaparecido. Lo que Renata tenía frente a sí era un hombre consumido, apagado, carente de fuerza. En ese momento se dio cuenta del enorme esfuerzo que Lorenzo había realizado el último mes, de que su egoísmo y su necesidad de verse liberada de la soga de Berto le habían hecho olvidar que el corazón de su padre ya no era joven. Miró a su madre, que se frotaba las manos nerviosamente, y su madre la miró a ella con sus ojos acuosos, y en ese cruce de miradas se dijeron que Lorenzo no soportaría un viaje tan largo.

El médico sacó a las mujeres de la habitación. Lorenzo ya respiraba mejor.

—Tiene el corazón enfermo. Muy enfermo. No podrá hacer esfuerzos, ni beber, ni comer grasas.

—¿Se curará? —preguntó Anna aferrándose a una débil esperanza.

—Mire, señora, lo que tiene su marido es un corazón cansado. Y eso no se cura.

—¿Se va a morir? —dijo aterrada la mujer.

—Todos vamos a morir —contestó el doctor agarrando el brazo de la madre—. Pero si lo que me pregunta es si su marido va a morir pronto, no lo sé, aunque sí le puedo decir que su vida pende de un hilo. En cualquier momento su corazón puede decirle «basta».

El doctor les dio unas pastillas y algunas indicaciones acerca de la alimentación y de hábitos saludables que Renata trató de memorizar, segura de que su madre, en el estado en que se hallaba, no sería capaz de retener. Cuando las mujeres se quedaron solas y Lorenzo concilió el sueño, fueron a la cocina, el cálido lugar donde en la mayoría de los hogares humildes se dirimen los problemas.

—No podrá hacer el viaje —dijo Anna secándose los ojos.

—Lo sé, madre, pero no te preocupes.

—Tendrás que viajar sola con el niño.

—No. No voy a dejaros solos.

—¿Quieres matar a tu padre? ¡Si no te marchas se me va a morir de impotencia y de pena!

—Lee, madre. Dios se ha puesto de nuestro lado.

Anna leyó la carta y se sintió culpable al ver que la alegría iba fluyendo por sus venas.

—Lo siento por su madre, pero me alegro por ti. Aunque sea pecado.

—Yo también me alegro. Quizás vayamos al infierno por esto. ¿Eh, madre?

—Quizás. Pero de momento tú eres quien se ha librado del infierno. Y eso me hace muy feliz.

—Lo único que me da pena es no ver a mis hermanos.

—¡Imagínate la pena que me da a mí, hija mía! Pero tú puedes ir. Empezar una nueva vida.

Tienes los pasajes. ¿Qué te retiene en este pueblo?

—¿Qué preguntas haces, madre! Yo me quedo con vosotros. Te ayudaré a cuidar de mi padre.

—Así que somos un lastre para ti.

—Madre, me gusta este pueblo. No hace falta ir lejos para empezar una nueva vida. La mía ha comenzado hoy mismo, y quiero teneros cerca para que la compartáis con Claudio y conmigo.

—¿Y qué me dices de tus hermanos?

—Dios proveerá, madre. En un futuro, ya lo verás...

DE CAMINO A CASTRO

Lucía caminaba algo rezagada por el estrecho sendero definido por matorrales de ortigas. Cuando los días eran soleados, desde allí podía verse la bahía, pero la mañana había salido gris, de un gris cenizo y tristón que deslucía las vistas. La niña, acunada por el movimiento de su madre al andar, dormía plácidamente en su regazo, envuelta en una tela gruesa que llevaba anudada alrededor del cuello. Empujar el carrito de Jone hubiera sido un engorro por aquellos andurriales, y de esa manera amortiguaba el peso de la criatura y los brazos se le cansaban menos. Por delante, su hijo Telmo y su cuñada María Pilar iban en amena conversación. Al niño le gustaba la cháchara divertida de su tía, que siempre tenía guardados en la manga chistes de aldeanos y cuentos increíbles. La escuchaba embelesado. A ratos reía a carcajadas, y a cada estallido de risa el macuto en el que llevaba unas mantas, una pastilla de jabón, ropa de recambio para el bebé y unos cuantos pañales se le escurría por el hombro hasta el antebrazo. María Pilar cambiaba constantemente de mano la cesta con víveres y agua. De momento, no habían comido nada y el canasto pesaba bastante.

Habían sido unos días de mucha actividad y de nervios, pero Lucía estaba satisfecha. A pesar de todo lo ocurrido, a pesar de que la angustia la seguía azotando, había logrado organizar ese viaje y estaba segura de que acabaría liberando a Carmelo. Con él en casa todo volvería a funcionar.

Salieron de Ibayá al amanecer y cruzaron la ría en barcaza. A Telmo le hubiera gustado tomar la barquilla del puente Colgante, la obra de ingeniería que le tenía maravillado, pero a causa de la guerra el transbordador estaba inservible. Y no debido a los bombardeos, que también lo alcanzaron en varias ocasiones, sino porque en junio de ese año lo destruyó el Batallón de Ingenieros del Ejército del Norte, cumpliendo la orden de inutilizar todos los medios que permitiesen a las tropas de Franco cruzar el cauce. La explosión lanzó el travesañ central a la ría, dejando ambas márgenes separadas. La intención de los republicanos era dificultar el avance de los nacionales. No sirvió de nada.

En dos ocasiones, antes de la guerra, subió Telmo a la mole de hierro, y la experiencia le maravilló, sobre todo sentirse colgado en la barquilla y observar desde esa elevada perspectiva los peces y los barcos, mientras poco a poco cruzaba el cauce en compañía de su padre. El muchacho tendría que esperar tres años para revivir esa sensación. El puente de Vizcaya, obra del arquitecto Alberto Palacio, era el primer transbordador de estructura metálica construido en el mundo y había sido inaugurado en 1893. Una muestra del poderío industrial, del triunfo de la tecnología de los hombres sobre la adversidad de la naturaleza, con sus cuatrocientos mil

remaches sobre piezas de acero y sus cuatro torres de cincuenta y un metros de altura. Aunque Lucía y la mayoría de las gentes del lugar desconocían estos y otros datos sorprendentes, todos se sentían orgullosos de la obra, contagiados por las alabanzas que se le hacían desde los periódicos y por el recuerdo que los viejos guardaban de su inauguración. Contaban que el día de su apertura había hecho mucho viento, pero que la construcción faraónica resistió bien las fuertes ráfagas. Decían también que constituyó todo un acontecimiento, que después de la misa, que se celebró a bordo de la barquilla, multitud de personas rompieron los controles y se lanzaron al interior, ansiosas por subirse. Fue tal la afluencia de público para probar el nuevo medio que hubo que mantener en funcionamiento el transbordador hasta el anochecer.

Cuando pasaron delante del puente destruido, un halo de tristeza embargó a los caminantes.

—¿Lo arreglarán algún día? —preguntó Telmo.

—¡Claro que sí, hijo! ¡No ves que hace falta! —contestó su madre solo por animarle.

Llegaron en tranvía hasta Portugalete y después cogieron un tren hasta Santurce. En este punto les tocaba ir a pie. No querían avanzar por la desvencijada carretera, por temor a encontrarse con incómodos controles militares, pero como temían perderse por caminos desconocidos, Lucía y Pilar optaron por avanzar entre senderos desde los que siempre se viese el mar. Al fin y al cabo, Castro era localidad costera, la primera de la provincia vecina. La mayor preocupación era verse sorprendidos en medio de una refriega, ya que, aunque los nacionales habían ocupado victoriosamente el territorio, aún quedaban grupos de milicianos en los montes, algunos tratando de huir hacia Asturias, otros con ganas de seguir la lucha por su cuenta.

La mujer miraba al cielo y rezaba para que no lloviese. Eso les retrasaría y dificultaría la marcha. Tenían por delante unas seis horas de caminata. Como una respuesta a su plegaria, unas nubes se separaron dejando pasar un luminoso haz de luz. Ella sonrió. Mirando hacia arriba dejó que el rayo le calentara las mejillas. Ese leve momento de felicidad se desvaneció de repente, como si el recuerdo constante de los hechos ocurridos en los últimos días le negase la posibilidad de disfrutar de cosas tan simples como un claro de sol en un día gris.

Fue al volver de casa de María Pilar cuando supo que el cadáver del soldado italiano había sido descubierto. ¡Y por boca de su propia hermana! No sabía qué le había alterado más, si el hallazgo del cuerpo en el lavadero o enterarse de que su hermana Marichu se hablaba con un fascista.

—¿Y a ti quién te ha contado eso? —preguntó Lucía.

Antes de que Marichu pudiera responder, su hija Adela destapó el pastel.

—Un soldado italiano, ama. Se ha puesto a hablar con la tía, y todo el mundo les miraba. ¡Qué vergüenza hemos pasado! Él venga a hablar con ella, y todos mirando.

—¿En qué estabas pensando? ¡Hablar con los italianos! ¡Habrás visto!

—Vino él. Yo no hice nada malo. —La muchacha trató de defenderse—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que montara un escándalo? ¿O preferías que me arrestaran? —Ya no pudo contener las lágrimas.

—Bueno, vale, igual no tienes culpa. Pero anda con cuidado, y recuerda que son el enemigo. Y otra cosa te voy a decir, Marichu, escúchame bien para que te quede muy claro. Dicen que a los italianos les gusta aprovecharse de las muchachas como tú, así que ni media palabra con esos. ¡Que no te vea yo tontear con ninguno!

La joven salió de la cocina entre hipos. ¡Pobre Marichu! Era una buena chica. Mientras ella viajaba hacia Castro se había quedado al cuidado de sus hijos y de la casa, y lo haría bien. Era especialmente responsable cuando la dejaba al cargo de las cosas. Cuando eso ocurría, se concentraba meticulosamente en los quehaceres y en las órdenes recibidas y, aunque seguía un ritmo mucho más pausado que el de su hermana mayor, no dejaba que nada se le escapara.

En la faltriquera llevaba algo de dinero y tres cartas de recomendación. No se había conformado con un solo aval para Carmelo, aunque llamar a tres puertas le hubiera supuesto comerse el orgullo tres veces. No le gustaba pedir favores, menos a quienes se encontraban por encima de ella.

La primera misiva venía firmada por el nuevo párroco, don José, rubricada con sello eclesiástico. Conseguirla le costó un disgusto. Ya antes de entrar a la sacristía el sacerdote le caía mal por su prepotencia y altanería, por comulgar con los alzados, por despreciar a los pobres, por no hablar más que del pecado y olvidar en sus homilías la caridad, el perdón o la justicia. Para cuando salió de la iglesia con la carta en la mano, el rechazo inicial tenía ya forma de odio. La ira la consumía por dentro, sobre todo porque tuvo que tragársela. No le quedó más remedio que aguantarse las ganas de soltar un improperio a ese malnacido que no merecía llevar sotana. Todavía entonces, avanzando por el sendero, al acordarse de don José, le subían sudores por el pecho que solo conseguía mitigar rumiando insultos dedicados al sacerdote.

—¿Y tú qué quieres ahora? —le espetó el cura nada más verla de pie, con la cría en brazos.

—Buenas, don José. Es que mi marido está preso en Castro y me han dicho que si usted me da un certificado de buena conducta cristiana lo puedo traer de vuelta a casa.

—Ya, ya... —dijo él sin pedirle siquiera que se sentara—. ¿Y quién es tu marido si puede saberse?

—Se llama Carmelo Gómez, padre.

—¿Un rojo?

—No, padre, estuvo con un batallón de gudarís. Es un buen cristiano.

—Eso habrá que verlo. ¿Estáis casados como Dios manda o sois de esos que se juntaron con ese demonio de ley de matrimonio civil?

—Como Dios manda, por supuesto. —Lucía notó que los colores le subían por las mejillas.

—Lo veremos. —El cura llamó al sacristán y le pidió el registro.

—En ese registro no creo que aparezcamos. Nos casamos en la otra parroquia, pero traigo aquí los papeles.

El cura cogió el certificado eclesiástico y lo miró pausadamente, como estudiando su autenticidad.

—¿Y esa criatura está bautizada?

Lucía tragó saliva, esperando que la cólera no se le apreciara al responder.

—Usted mismo la bautizó, al día siguiente de nacer. Yo no pude venir porque me encontraba muy débil. Un amigo de la familia hizo de padrino, y mi suegra hizo de madrina.

Sin contestar, el párroco abrió otro libro.

—¿El nombre de la chiquilla?

—Juana Gómez.

—Aquí está.

El sacristán, que llevaba toda la vida trabajando en la parroquia, sintió lástima de Lucía e intervino en su favor.

—Don José, yo conozco a esta mujer y también a su marido. Son muy buena gente y siempre vienen a los oficios. Él es además un hombre caritativo. Él y su madre, la señora Juliana, una mujer que no escatima en limosnas, y eso que son gente humilde.

—Está bien, Luciano. Te creo. Pero esta mujer debe saber que su marido se equivocó de bando y que tendrá que pedir perdón a Dios por ello. Ningún cristiano debió nunca colaborar con los rojos. Claro que estos nacionalistas lo enredaron todo y enredaron a muchos católicos. Supongo que tu marido estará entre esos hombres engañados por los políticos, como ese tal Aguirre. Y por algunos curas, que todo hay que decirlo. Y ya sabéis a quién me refiero. Redactaré esa carta de recomendación, pero dile a tu marido que no lo merece, que lo hago por caridad cristiana y porque hoy me has pillado blando, que bien sabes tú que llevar una criatura tan pequeña en brazos ablanda a cualquier hombre. Y le dices también que haberse juntado con los enemigos de Dios y de España bien le debía valer la cárcel y que ya se puede ir confesando, porque si no Dios no le va a perdonar. Y que a partir de ahora se ande con cuidado, a ver con quién se junta, porque a él y a todos los que son como él los voy a observar con lupa. Así que los domingos, a misa, y tú a rezar el rosario. Espero, por vuestro bien, que cuando quede libre, venga a presentarse ante mí, que ya tendré yo unas palabras con él.

—Gracias, padre, Dios le bendiga —eso fue lo que dijo, mientras le deseaba un «¡ojalá te mueras!».

En un momento, el cura escribió una nota, la firmó y le puso un sello. Al entregársela a Lucía, insistió:

—Cuando salga de la cárcel, dile que se presente y que no me falte a misa.

—Aquí estará. No se preocupe, que él es cumplidor y viene a la iglesia con gusto.

Una vez fuera sintió la necesidad de sentarse en un banco del parque. La escena en la sacristía la había dejado exhausta. Necesitaba recobrar la serenidad y calmar la cólera que aceleraba el flujo de la sangre por sus venas. Se refugió en la mirada de su bebé para reprimir unas lágrimas de impotencia. Por primera vez en su vida se había tenido que tragar el orgullo, su seña de identidad, barrida de un plumazo por un cura cruel.

La segunda puerta a la que llamó estaba reservada al servicio. La casona de don Evaristo de

Landry era la casa de sus sueños. Tenía una fachada en la que combinaban a la perfección la piedra, las paredes impecablemente blancas, las ventanas de cuarterones y la carpintería lacada en verde botella. Lo que más le gustaba a Lucía era el amplio mirador que presidía el centro de la delantera principal, donde una extensa gama de plantas y flores recibía la luz a borbotones y, de paso, alegraba la vista de los que hasta allí se acercaban. La mujer, de nuevo con la niña a cuestas, atravesó la verja, pero, en lugar de seguir el camino ancho que daba al porche de la entrada, se desvió por un sendero de gravilla para llegar a la zona de servicio. Nunca se le hubiera ocurrido llamar a la puerta principal. Ella sabía muy bien dónde estaba su sitio y, de hecho, los señores nunca le indicaron que hiciera lo contrario. Golpeó la aldaba, aunque la puerta estaba entornada. Magdalena, la cocinera, sacó la cabeza y, nada más verla, le dio un abrazo, cuidando de separar su abdomen del cuerpo de Lucía para evitar aplastar al bebé.

—¡Qué alegría, Luci! ¡Nos traes a la niña! ¡Amali, Paqui, que ha venido Luci a enseñarnos a la niña!

No fueron más que cuatro meses los que Lucía sirvió en la casa, el tiempo que Paqui estuvo en cama con un tobillo roto. Fue justo antes de casarse con Carmelo. Guardaba gratos recuerdos de aquella época: de las amenas conversaciones alrededor de la mesa de la cocina, de las risas de las mujeres mientras limpiaban la plata o planchaban la ropa, de la buena comida que se servía cada día. ¡Hasta del uniforme de doncella que tanto le favorecía! También de la distante amabilidad de la señora, doña Bárbara, de los niños que invadían la cocina cada dos por tres y de la hermosura de las cosas que la rodeaban y que ella limpió y pulió con esmero, incluso con deleite, ya que su belleza exigía que se las tratara con amor.

Después de los besos y los aspavientos de alegría, de pasarse a la niña de unos brazos a otros y de tomarse juntas un café con pastas, Lucía consiguió decir:

—Tengo que hablar con el señor y la señora.

El servicio estaba acostumbrado a no preguntar y, aunque se tratara de una antigua compañera, de una persona de su clase social que accedía por la puerta de servicio, tampoco en esta ocasión preguntaron. La discreción la tenían marcada a fuego.

—Voy a ver si pueden recibirte —dijo la gobernanta.

Al rato volvió con doña Bárbara.

—¡Lucía, qué alegría! ¿Puedo ver a la niña?

—Buenas tardes, señora, claro que puede verla. Se llama Jone.

—Es preciosa, enhorabuena. Creo que quieres hablar con el señor y conmigo.

—Sí, señora. Pero si ahora les viene mal...

—No, qué va. Sígueme hasta el salón. Si lo prefieres puedes dejar a la niña al cuidado de Amali.

Dejó al bebé en brazos de la rolliza Amali y siguió a doña Bárbara hacia la parte noble de la casa. El olor a madera encerada, a rosas y a lavanda impregnaba la atmósfera. Lucía creía flotar. Sintió de nuevo el tacto mullido de las alfombras orientales bajo sus zapatos, y pensó que de los

ricos envidiaba sobre todo la belleza de las cosas que les rodeaban, más que la buena comida o la fila de sirvientes. Si ella pudiera tener algún día un solo mueble como aquellos, lo cuidaría como si de un tesoro se tratase y lo desgastaría de tanto frotar. Al verla entrar, don Evaristo de Landry se puso de pie.

—Me alegro de verla, Lucía. ¿Trae noticias sobre Carmelo?

—Sí, señor, de eso mismo vengo a hablarle.

Empequeñecida una vez más ante la nobleza de la sala y el porte de sus interlocutores, pero sin la sensación de humillación que le había hecho experimentar el cura, explicó el motivo de su visita.

—Está bien, no se preocupe; tardaré un poco en redactar el escrito, quiero hacerlo bien.

Evaristo de Landry se sentó tras una mesa de caoba inglesa sobre la que yacía, solemne, una escribanía de cuero verde repujado en los bordes, y extrajo una hoja con membrete. Antes de que cogiera la pluma, Lucía dijo lo que sabía que esperaban de ella:

—Si les parece, puedo aguardar en la cocina.

Tal vez lo había aprendido en los meses que estuvo en la casa, o quizás lo llevaba en sus genes de mujer humilde, ni siquiera pudo barajar otra posibilidad: habría sido una impertinencia quedarse ahí parada y obligar a los señores a «invitarla» a irse a la zona de servicio. Sobre todo porque el señor había expresado claramente: «Tardaré un poco», y en el lenguaje de las diferencias sociales el sintagma solo tenía una traducción posible: «Puedes retirarte», frase que en ese momento no quisieron pronunciar. Lucía no estaba ya a su servicio y ellos no la habían reclamado.

Más incluso que llamar a la puerta de la sacristía le costó pedir ayuda a Alfredo, el jefe local de la Falange y antiguo amigo de Carmelo, con quien llevaban años sin tratar a causa de sus diferencias ideológicas. Lo hizo a la hora de la cena, con Jone en brazos y su preciosa hija Teresa agarrada a su mano. ¿Por qué le costaba tanto pedir ayuda a Alfredo? ¿Acaso no habían sido amigos en los años de juventud? Odiaba pedir favores al enemigo. Estaba convencida de que así alimentaba la sensación de triunfo y dominio de quienes les habían arrebatado la vida; además se sentía herida en su honor al asumir, por el bien de su familia, la mansedumbre de los derrotados. Sobre todo la dominaba la incertidumbre —¿cómo respondería Alfredo a su petición?—, ya que, aunque recordaba los buenos momentos vividos con la pareja, desconocía hasta qué punto el uniforme azul y el nuevo cargo habrían mudado el carácter del hombre.

Fue Carmen quien abrió, impecable con su vestido verde, sus zapatos de piel de medio tacón, un moño primorosamente peinado hacia la nuca y unos pendientes de cristal que le animaban la cara. Al verla tan preparada pensó que iba a salir.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, mujer. Si habíamos quedado en que vendrías al anochecer.

—Es que como estás tan arreglada.

—Desde que Alfredo es jefe local nunca sé si va a venir a casa acompañado de alguna

autoridad. Por eso prefiero estar visible.

—¿No está en casa?

Carmen se agachó a besar la mejilla de Tere y observó complacida el rostro del bebé.

—Tienes unas hijas preciosas. Alfredo ha salido, pero vuelve en cosa de diez minutos. Ha bajado a un recado. Pasa y espéralo.

—¿Vendrá con alguien más?

—¡No, qué va! Si acaba de estar aquí y me ha dicho que hoy cenaríamos solos. Estaba a punto de ponerme una bata y unas zapatillas. Ha bajado a la botica a comprar un calmante. Últimamente le duele mucho la cabeza. ¡Pasa, pasa y siéntate! Tere, cariño, ¿quieres ir a jugar con mi hija Chelo? Tiene una muñeca muy bonita. ¡Chelo, Chelo! ¡Ven, que ha venido una amiguita a jugar contigo!

Mientras Carmen acompañaba a Tere a la habitación de su hija, Lucía se quedó sola en el comedor. Era una estancia acogedora, aunque, para su gusto más sencillo, un poco recargada. Demasiado mantelito de ganchillo y demasiadas fotografías sobre las paredes enteladas en verde. Estaba muy limpia, y los sofás de cretona resultaban muy cómodos. A Lucía le chocó que sobre la repisa de la chimenea compartieran espacio una fotografía de José Antonio Primo de Rivera y otra de la basílica de Begoña, iglesia venerada por los nacionalistas, tanto que fue allí donde juró fidelidad al País Vasco el propio presidente Aguirre. Al concentrarse en la imagen se dio cuenta de que entre las personas que aparecían estaba el mismísimo Franco. Así que era verdad que el general había estado en Begoña a finales de junio.

—¿Le has hablado ya de lo de Carmelo?

—No te preocupes. Hablé con él nada más estar contigo. Seguro que puede hacer algo. Si no puede él, ¿quién va a poder? —contestó la amiga con una sonrisa conciliadora.

Lucía no dijo nada, aunque pensó que una cosa era poder y otra, querer. Carmen se dio cuenta de que su amiga estaba pasando un verdadero trago y trató de aliviar la situación.

—Yo no me olvido del favor que me hiciste en la guerra.

—¿Qué favor?

—Cuando me compraste el jarabe para la niña. Nada más llegar a casa aquel día se lo conté a Alfredo, llorando como una tonta, ya ves, y entonces me dijo que eras una buena amiga. No creo que lo haya olvidado.

—Pero ¿no estaba entonces por Burgos?

—¡Qué va! Lo tuve escondido todos esos meses en el ático. Cuando vinieron a buscarlo, dos veces vinieron: una, los milicianos, y otra, los de Aguirre, tuvo que meterse, encogido, en un armario al que habíamos hecho un doble fondo. Si lo pillan, lo matan. Cuando el alzamiento, no le dio tiempo de ir al frente. Lo ha pasado muy mal, pobre hombre..., como todos, los de un lado y los de otro, y yo con un miedo que no veas.

Lucía pensó: «Pero vosotros habéis ganado la maldita guerra y nosotros seguiremos pasándolo mal». Sin embargo, se guardó las palabras en un baúl de frases no pronunciadas que acabaría

llenando durante los largos años de dictadura. Para entonces Lucía ya había comprendido que en el futuro el silencio iba a ser un valor seguro.

—Quiero que sepas, Lucía —siguió hablando Carmen—, que no os va a faltar de nada. Y que cuentes conmigo. Comida, ropa, medicinas, lo que necesites. Vienes y me lo pides. Y que Teresita venga a jugar con Chelo cuando quiera.

—Te lo agradezco, pero me conformo con que Alfredo me escriba un certificado de buena conducta para Carmelo. Ese papel me lo devuelve a casa. Y con él a mi lado ya no voy a necesitar nada más.

Al poco rato volvió el jefe local de la Falange. Al verlo, la mujer tembló. Su mera presencia le recordó el incidente con el italiano. El hombre se sentó con las piernas cruzadas en su butaca de orejas y se sirvió una copa de coñac. Imponía mucho con su uniforme azul y sus flechas rojas. A Lucía le pareció que el atuendo, tan temido en la calle, resaltaba sin embargo su figura. Y ese pensamiento le dolió como un pecado. No hubo palabras recriminatorias por parte del camisa azul, no hubo desplantes ni brazos alzados. En un momento se acercó a Jone y le acarició la mejilla, y le dio la enhorabuena por el retoño. Si no hubiera sido por la fotografía de Primo de Rivera, las banderitas españolas y el uniforme militar, aquella escena habría parecido una reunión de amigos bien avenidos.

Alfredo le entregó el papel en un sobre lacrado con un membrete de la Delegación Provincial. Lucía se levantó con la intención de dar las gracias y salir de allí rápidamente. Él quiso añadir algo más.

—Un momento, Lucía.

«Otra vez lo mismo —pensó ella—; otra vez tendré que soportar la humillación de un sermón, como el del cura; otra vez me va a recordar que Carmelo merece estar en la cárcel, que se ande con cuidado y todo eso. Solo para dejar bien claro quién manda aquí y para meterme el miedo en el cuerpo.»

—Quiero darte las gracias por lo que hiciste por mi hija.

—No fue nada.

—Pues fuiste la única que no le dio la espalda a Carmen, ya ves. Y eso no se olvida.

Lucía se mantuvo en silencio, esperando.

—Por cierto, Lucía, que o los rojos cometieron un error al escribir la fecha de alistamiento de Carmelo o el suyo fue uno de esos reclutamientos que aquellos bárbaros hicieron indiscriminadamente en las calles y en las fábricas. Porque, desde luego, la fecha no corresponde con el llamamiento a su reemplazo.

«No pienso confesarte que fue voluntario, si eso es lo que esperas, para luego quitarme este certificado y hundirme en la miseria», pensó Lucía con el corazón acelerado, y contestó:

—De eso no entiendo. Llegó un día a casa y dijo: «Me tengo que ir», así, sin más.

—Esta carta sacará a Carmelo de la prisión. Si no tiene más cuentas pendientes que haber luchado con los gudarís, claro. Y este papel es un salvoconducto por si te paran en un control. De

todos modos, si tienes algún problema, si te ponen algún reparo, me llamas a este teléfono. —Le dio una tarjeta de Falange.

Salió de la casa con sus hijas. Mientras bajaba las escaleras pensó por un momento que tal vez el falangista conocía el dato de que Carmelo había ido al frente como voluntario —en algún papel debía quedar constancia de ello—, pero prefirió ignorarlo y que, en realidad, le había regalado la coartada para justificar, en caso de duda de las autoridades militares, su pronta incorporación a filas. ¿Era posible ese comportamiento para un camisa azul? ¿Para uno de los jefes? O Alfredo seguía convencido de que la militancia de Carmelo no era sincera, sino más bien una simple estratagema para ganarse el respeto de la familia de Lucía, o tenía un corazón más grande del que nunca hubiera imaginado.

De todos modos eso ya no importaba. Tenía tres valiosos avales, nada menos que de la Iglesia, la Falange y un potentado de la industria. Si no traía a su marido libre, nadie lo conseguiría.

Salió a la calle con renovado optimismo, pensando que, a pesar de todo, Carmen y Alfredo eran buenas personas, que siempre lo habían sido, pero que las diferencias políticas y la guerra les habían cambiado la manera de verse los unos a los otros, como las herencias distorsionan la relación entre hermanos, generando desconfianzas y recelos cancerígenos. Le dolía en el alma que las cosas acabaran así. Era consciente de la fuerza atroz de las diferencias en un país que acababa de librar una cruenta guerra civil. Por eso, a pesar del favor recibido, seguiría sospechando de cualquiera que llevara una camisa azul, aunque fuera un viejo amigo.

El sendero se hizo más angosto en el tramo que discurría entre árboles y arbustos. Una voz de hombre gritó al grupo:

—¡Alto!

Las mujeres y Telmo se quedaron quietos. Al ver el fusil apuntando hacia ellos se pusieron muy nerviosos.

—¿Adónde van? —preguntó uno de los hombres.

Lucía reconoció el uniforme y se sintió un poco aliviada, aunque no las tenía todas consigo. Eran milicianos, y parecían más asustados que ella.

—A Castro, a ver a mi marido, que está preso.

—Está bien —respondió el hombre bajando el arma—. Vayan con cuidado, y no dejen que la noche les caiga encima. Es peligroso.

Pasado el susto siguieron adelante, acelerando el paso. Al rato tuvieron que parar la marcha. Telmo necesitaba orinar. Ellas le dejaron alejarse un poco en dirección a los árboles, donde el muchacho podría zafarse de las miradas de su madre y de su tía. Sabían que a su edad esas cosas dan mucho reparo. Se estaban riendo de las vergüenzas del niño cuando dos soldados, con uniformes italianos, aparecieron con sus cañones apuntando hacia ellas. El grito estremecedor de ¡alto! silenció en seco el jolgorio.

—¡Ay, cuñada, que nos van a matar! —exclamó Pilar abrazándose a ella.

—*Isilik!*¹ —le mandó callar Lucía en su lengua materna.

Los dos hombres empezaron a hablar entre ellos gesticulando exageradamente con las manos, pero por más que trataba de traducir sus aceleradas palabras era incapaz de entender una sola frase. Su castellano resultaba demasiado pobre para encontrar afinidades con el italiano. Su mente, además, se concentraba en un único pensamiento: su hijo Telmo. «Que no vuelva, Señor, que no vuelva, que vea lo que pasa y eche a correr.» Tampoco Pilar entendía una palabra, apenas oía los sonidos que salían de la boca de los militares, ahogados por sus propios sollozos.

Uno de los italianos le habló al otro y empezó a caminar, observándolo todo minuciosamente, como si estuviese buscando algo o a alguien. ¿Habían sentido la presencia del chico? Las dos mujeres temblaron. Pilar quiso abrir la boca, pero, de nuevo, Lucía la calló. «¡Isilik!» Menos mal que la niña seguía dormida.

¿Qué poder de atracción maléfico tenía ella con los italianos? ¿Qué broma del destino la había llevado a enfrentarse por segunda vez a los soldados de Mussolini? ¿Cuántos había desplegados en la zona? Era obvio que no tantos como nacionales, y con estos, de momento, no había tenido ningún encontronazo. «¿Qué querrán de nosotras? ¿Será lo mismo que la otra vez? ¿Es que no hay uno solo de estos hijos de Roma que respete a las mujeres?» A Lucía le resultaba imperdonable que Dios la abandonase en esos momentos, después de tantos esfuerzos, después de haberse tragado el orgullo como un sapo venenoso. La similitud de la situación con lo sucedido en el lavadero de Iyaya no podía ser casualidad. ¿Era esa la manera que tenía Dios de hacerle pagar la muerte del otro italiano? ¿A manos de un compatriota y en circunstancias similares? Y si era así, ¿dónde estaba la justicia divina?, ¿por qué Dios la culpaba a ella de un acto cometido por la mano de Elvira? ¿Se estaba volviendo loca! ¿Cómo había sido capaz de pensar, aunque solo hubiera sido por un leve instante, que era su vecina quien en todo caso debía ajustar cuentas con Dios! ¡Ninguna debía pagar por aquello, el italiano había muerto para salvarla a ella! Y si Dios no estaba por medio, ¿sería verdad que el destino está dibujado de antemano y que, por más que tratemos de burlarlo, siempre nos encuentra?

El soldado que parecía estar haciendo una inspección de los alrededores regresó solo. Telmo seguía sin aparecer. O además de orinar se había escondido para otros menesteres o el chiquillo ya había huido, pensó su madre. El militar más joven, moreno y con barba de varios días, dejó de apuntarlas con el arma y se acercó a Lucía. Aterrorizada, se levantó del tronco sobre el que estaba sentada y abrazó con fuerza a la niña. Se imaginó que la agresión sufrida unos días antes en el lavadero volvería a repetirse. Pero nadie vendría ahora a protegerla. No era posible que la buena estrella la visitase de nuevo. El soldado se puso frente a ella y metió la mano en el bolsillo. Ante la mirada desconfiada de las mujeres sacó un paquete de tabaco arrugado, encendió un pitillo y, muy tranquilo, pero sin moverse de su sitio, volvió a entablar conversación con su compañero. El tono elevado de sus voces y los gestos de los fascistas las mantenían en guardia.

Jone empezó a quejarse con el gemido apenas audible de un recién nacido que necesita comer. Lucía tenía muy claro que no pensaba sacar el pecho delante de aquellos hombres. No debía hacer nada que les calentase la entrepierna, ni siquiera mostrar un centímetro de su seno lechoso.

Los italianos dejaron de hablar entre ellos y empezaron a preguntar a las mujeres. Ellas no entendían lo que querían. El del pitillo se acercó más a Lucía. María Pilar sollozaba, convencida de que iban a arrebatar a la niña de los brazos de su madre y de que allí mismo las iban a violar. «Que no nos maten —rogaba Lucía—, que mis hijos me necesitan.» «Dios te salve, María, llena eres de gracia», rezaba aterrada la cuñada. El italiano extendió la mano hacia la niña. Lucía la apretó aún más contra su pecho y entonces el soldado apartó su garra ennegrecida y sonrió. ¿Le había parecido una sonrisa tierna? El hombre se llevó la mano a la guerrera y, en ese instante, aparecieron los milicianos. Uno de ellos disparó a la espalda del italiano, que cayó de bruces a los pies de Lucía. El otro, desprevenido, fue apresado por los otros dos. Las mujeres lloraban y gritaban horrorizadas, incapaces de moverse de su sitio. Telmo corrió a abrazar a su madre. Al ver desde los matorrales que unos italianos apuntaban a su madre y a su tía corrió como nunca antes lo había hecho hasta el lugar donde hacía un rato habían visto a los milicianos.

Al desplomarse, el italiano dejó caer aquello que buscaba dentro de su chaqueta. No era otra pistola, como los milicianos pensaron, sino una fotografía. Con lágrimas en los ojos, recordando el horror de días pasados cuando el fascista se desplomó muerto sobre ella, Lucía se agachó para tomar con delicadeza la imagen. En el reverso leyó, con cierta torpeza, una frase en italiano que se le quedó grabada en la memoria como la marca de un hierro incandescente: «*Carlo, la mia vita, questa è il vostro figlio. 13 di giugno di 1937*». En ese momento el soldado le habló. No estaba muerto: la herida le había alcanzado un hombro. Lucía se alegró de que siguiera vivo. No habría logrado sobreponerse a otro cadáver. Por eso, al oír su débil voz, al ver sus jóvenes ojos abiertos y sus párpados en movimiento, sintió un gran alivio. Efectivamente, el inesperado encontronazo con los fascistas era obra del destino, pero no para obtener venganza, sino para congraciarse con el mundo. Aquel lance inesperado compensaba aquella muerte con este renacimiento.

—¿Vais a matarlos? —se atrevió a preguntar Lucía, dispuesta a defender la vida de los italianos.

—¿Os han hecho algo a vosotras?

—No, nada, solo nos han retenido. No sabemos qué querían, como no les entendemos.

—Entonces no los fusilamos, ¿eh, Pucheros?

—No, *pa* qué. Mejor nos los llevamos como rehenes, y luego los cambiamos por un par de compañeros presos.

—Saca el botiquín, a ver si puedes taponar el hombro de este. Habrá que atarle las manos por delante, que con la herida por detrás no va a poder ser.

Lucía se acercó al soldado herido y le entregó la foto de su mujer e hijo. En señal de agradecimiento, él inclinó la cabeza. Lucía le sonrió. Durante un rato, hasta que se les pasara el susto, los milicianos insistieron en escoltar a las mujeres por caminos más difíciles pero más seguros, alejados de las rutas habituales.

LA DETENCIÓN

La presencia de la mujer de la Sección Femenina en el taller le quitaba el sueño. Y cuando eso ocurría, Manuel no paraba de pensar. Asuntos diversos se agolpaban en su cabeza, discurrían sin orden, aparecían y desaparecían sin lógica, impidiéndole el descanso. Elvira dormía a su lado hecha un ovillo y roncaba levemente. Viéndola así, incluso parecía tierna. Últimamente echaba de menos los gestos de afecto, las palabras de cariño y los abrazos que imaginaba en otras parejas. Se había casado con una mujer extremadamente seria y fría. Y él la había elegido, a pesar de ello. Cuando la conoció en la zona minera, Manuel carecía de aplomo. A pesar de ser un joven guapo, el accidente que le condenó a una cojera permanente le transformó en una persona insegura, un chaval muy tímido ante las chicas, un hombre convencido de que ninguna mujer bella se fijaría en él. Incapaz de bailar en las romerías sin miedo a hacer el ridículo, delgado debido a la falta de trabajo físico, sin la labia que otros desarrollaban en un afán por compensar defectos visibles, lo último que Manuel deseaba era dar pena. Y en aquellos años de juventud, si una chica guapa le dedicaba una palabra amable, o le rozaba en el hombro, o le invitaba a bailar, él interpretaba, erróneamente, que la muchacha le tenía lástima por su condición de lisiado.

Así que, al compás de su crecimiento corporal, fue desarrollando un caparazón protector que le convirtió, inconscientemente, en un hombre caracol, uno de esos que se desliza por la vida lentamente, sin hacer ruido, tratando de pasar desapercibido y blindado sentimentalmente de posibles rechazos. Y entonces conoció a Elvira, que no le pasó un brazo por el hombro, que no le sacó a bailar, que no tuvo palabras compasivas con él, que no era guapa, ni alta, ni esbelta, ni presumida. Su singularidad le atrapó como un imán. Nunca había conocido a una mujer más inteligente. Ella no hablaba por los codos, sino que reservaba las palabras para decir cosas interesantes. Estaba llena de ideas, de esperanza, y ese fulgor de mujer luchadora le acabó cautivando. Primero fueron amigos, después, novios, y finalmente se casaron. Se unieron en esa relación el compañerismo, la confianza, una idea común de la vida y el afecto. La pasión, no. A él no le hacía falta. La pasión la necesitaban cultivar aquellas mujeres que no poseían el poder de la inteligencia, para suplir sus carencias, para atrapar a los hombres por la vía del instinto. A él le bastaba la mente clara de Elvira, su capacidad de trabajo, su valentía para afrontar los tropiezos de la vida. Lo supo desde que, pasado un tiempo de conocerse, ella le narró su infancia, alejada de sus padres, su decisión de salir del pueblo para labrarse un futuro, su paso por la servidumbre en una casa de ricos. El carácter de su amiga estaba forjado de penurias y soledades, pero era tan endemoniadamente lista que supo sacar provecho de cada experiencia, llenando a espaldas su particular alforja de conocimientos. Además, leía mucho y le gustaba estar al corriente de la

actualidad. No era algo común entre las muchachas que él conocía. Vio claro que Elvira era el tipo de mujer que, en el fondo, todos acaban deseando como compañera, solo que él lo había descubierto siendo muy joven, mientras sus amigos, cegados por las calenturas de la mocedad, únicamente tenían la vista puesta en el tamaño de los pechos o en la lozanía de las mejillas. Entonces, ¿por qué añoraba ahora otro tipo de mujer, un ser más cálido en las formas y en la expresión? «Debe de ser la guerra —meditaba—, esta maldita guerra que nos debilita, que nos ha hecho permeables al miedo.» Pero ¿cómo expresarle a Elvira su angustia por los nuevos acontecimientos? Ella, tan fuerte, rechazaría su flaqueza. Y él se quedaría sin el consuelo de un beso cálido y sin el refugio de un abrazo apasionado o de un pecho sobre el que llorar.

En esas interminables horas en vela, Manuel se preguntaba qué vio Elvira en él. Aunque nunca lo reconociera en voz alta, era evidente que la inteligencia y la fuerza interior de su mujer eran superiores y que bien podría haber aspirado a otro compañero, a alguien que estuviera más a la altura de su clarividencia y de su afán de superación. No imaginaba Manuel que Elvira se fijó precisamente en su varonil atractivo, que destacaba por encima del defecto en sus andares. Sus ojos negros, grandes y brillantes, su tez morena, su pelo oscuro, sus orejas pequeñas y bien pegadas, su frente despejada, la boca carnosa y los dientes alineados y blancos le hacían parecer más un actor de cine que el hijo de un minero. Y este atractivo resultaba aún mayor porque su inseguridad lo alejaba de la vanidad propia de los guapos, haciendo congeniar la belleza exterior con un corazón limpio. Elvira no hubiera elegido a Manuel únicamente por su cara perfecta, pero al descubrir que detrás de esa mirada penetrante había un hombre honrado, bueno, sencillo y muy trabajador, decidió que debía ser suyo. De no ser por la pierna tesa de Manuel, Elvira nunca habría podido aspirar a ganarse el favor de alguien tan bien parecido, porque ella era muy poca cosa: el espejo le devolvía la figura de una mujer de escasa estatura, de piernas cortas, de constitución estrecha, sin más atractivo que unos ojos grandes y vivaces. Su baza estaba en su carácter fuerte y en su cerebro, justo las cualidades que el muchacho más valoró.

Manuel no estaba seguro de si fue su compañera quien le contagió el afán de superación o si, simplemente, planteó la posibilidad de quedarse con el taller de Manuel Jauregui para demostrarle que estaba a su altura. A veces pensaba que había aceptado la propuesta más por Elvira que por él mismo. Que le hubiera dado igual quedarse para siempre como empleado, que de hecho le resultaba más cómodo, pero que quería ofrecer a su mujer una prueba de arrojo, porque ella era lista y él no quería quedarse atrás. Sí, seguramente, fue ese orgullo de macho el que le llevó a meterse en un berenjenal que le habría quedado grande de no haber contado con su apoyo. Ella llevaba las cuentas, ella perfilaba la negociación con los bancos, ella decidía a quién se contrataba, ella se enfrentaba a los empleados, mientras que él se ceñía a lo único que sabía hacer: dibujar, cortar y coser. La única cosa que tenía que ver con el árido mundo de los documentos la hizo mal y le valió un disgusto con Elvira: el contrato que el señor Jauregui firmó no pasó por el notario y, a su muerte, la viuda cambió de idea, haciendo valer sus derechos como heredera. La cantidad estipulada le pareció escasa, y a los Jiménez no les quedó más remedio que

recurrir a la Caja de Ahorros para solicitar un préstamo. Aunque habían ahorrado varios años para disponer de efectivo, a la hora de la compraventa el montante resultó insuficiente. Elvira le reprochó la desidia a la hora de pasar por el registro.

—Me fiaba de ellos —fue su disculpa.

—¡Mira que te insistí! Te pregunté más de cien veces a ver cuándo pensabais pasar por el notario. Y tú, claro, para callarme, me mentiste y me dijiste que todo estaba hecho.

—Tienes razón. Pero ¿qué nos queda si no somos capaces de confiar en la gente?

—Lo que nos queda ahora, Manuel, es pasar por el aro y pagarle lo que pide. Si podemos, claro.

—Podremos. Pediremos un préstamo al banco.

—Está bien. Eso haremos. Pero al banco vamos juntos, no vaya a ser que te engañen otra vez. Que tú por no discutir eres capaz de aceptar lo primero que te ofrezcan. —A Manuel esa observación le dolió en lo más profundo—. Y esperemos que esta puñalada de la viuda te sirva para aprender eso que decía mi abuelo, que no te fíes ni de tu padre.

Aquel momento fue el más crítico para la pareja. El resquemor se instaló entre ambos durante muchos meses —ella no perdonaba la incompetencia de su marido, él no olvidaba sus reproches—, hasta que el dinero llegó, se firmó la compraventa ante notario, acudieron al Registro de la Propiedad para comprobar que todo había quedado legalmente zanjado, y la buena marcha del negocio les demostró que el crédito podía pagarse. Lo que les quedó claro con aquel revés fue que salir de pobre no es tan fácil, que uno no puede creer en los golpes de buena suerte que caen gratis del cielo, que toda mejora requiere un esfuerzo, a veces titánico. Había llovido mucho desde entonces, y las aguas habían vuelto a su cauce. Después de aquel error garrafal, Manuel optó por ceñirse a los asuntos del negocio que conocía bien y dejó a Elvira las cuestiones administrativas. Sin embargo, esta retirada voluntaria le carcomía por dentro. Se sentía un cobarde ante su esposa: al encerrarse en la mesa de corte había tirado la toalla. Le dolía que Elvira, en ningún momento, hubiese cuestionado este repliegue voluntario. El matrimonio regresó a su rutina, pero en noches como esta el reconcomio retornaba sin permiso. Sobre todo ahora que Elvira parecía vivir en un mundo aparte. ¿Qué le pasaba a su mujer que estaba como ida, ausente, que funcionaba como una autómatas, cumpliendo sus obligaciones a toque de reloj, pero perdida en sus pensamientos y alejada de él como nunca antes lo había estado? Manuel la prefería enfadada, arisca como ninguna. Su malhumor y el desdén que la acompañaban formaban parte de su difícil carácter. La Elvira de los últimos días le parecía una desconocida, un cuerpo andante que más que vivir levitaba entre la casa y el taller, sumida en oscuros pensamientos que él no acertaba a adivinar.

Elvira roncaba solo aparentemente. Emitía de forma acompasada un suave quejido esperando que Manuel, al que sabía despierto, no la atosigara con preguntas. ¿Qué te pasa? ¿Qué te preocupa? ¿Por qué no duermes? ¿En qué piensas? No estaba dispuesta a escuchar otra vez esa retahíla de preguntas a las que contestaba siempre con la misma mentira: «La mujer de la Sección Femenina, qué otra cosa me iba a pasar». Y aunque era verdad que la presencia de la falangista la

incomodaba y la preocupaba, no era la causa de su desvelo. El verdadero motivo de su actitud distante era lo sucedido en el lavadero. Al principio, Elvira no imaginó que pudiera afectarla tanto, pero, a medida que pasaban los días, el miedo fue creciendo contra su voluntad. Durante las primeras horas, más que el temor a ser descubierta, la acompañó la duda de si había hecho lo correcto o no, y el dilema que se planteaba una y otra vez era si el rencor de los vencidos habría guiado su acción. El recuerdo del cadáver ensangrentado se mezclaba con una sensación de culpa a la que trató de neutralizar con toda la artillería de su lógica. Tras la aparición del cadáver en las aguas del lavadero, la culpabilidad se quedó agazapada y silenciosa en una esquina de sus pensamientos, dejando paso al pavor. Tenía miedo, un miedo tan grande que le impedía pensar con claridad. Si la descubrían lo perdería todo, y esa posibilidad no entraba en sus planes. Debía permanecer fría, no cometer un solo error. Y pensaba, pensaba tanto que parecía ausente. Enfrentarse con la vida diaria, aparentar normalidad y, sobre todo, ver la cara de Rosario en el taller le costaba mucho. Pero no le quedaba otra si quería salir indemne de ese trance. A veces deseaba creer que, aunque se descubriese la autoría, ningún tribunal podría condenarla. Ella simplemente había defendido a una mujer. Enseguida se desmoronaban sus falsas esperanzas: la justicia de los nuevos tiempos no era tal, y los jueces la sentenciarían de inmediato por el mero hecho de que el muerto era un soldado italiano. Por mucho menos habían quedado teñidas de sangre las paredes del cementerio.

El miedo y la necesidad de aparentar normalidad la quemaban por dentro. ¡Cuántas veces había sentido la tentación de confesar su pesar al bueno de Manuel! Él la comprendería, le ofrecería consuelo y, seguramente, la eximiría de culpa. Estaba decidida a tragarse ella sola el dolor. Por un lado, no quería cargar sobre los hombros de su esposo semejante peso; por otro, en el caso de que la policía les interrogara, cuanto menos supiese, mejor. En el fondo desconfiaba de él, no porque fuera a delatarla, sino porque, bajo presión, pudiera cometer un error y decir algo inapropiado que acabaría destapando la verdad. Además, si confesaba a Manuel lo ocurrido, le convertía en su cómplice, y ella necesitaba que se ocupara de los niños en el caso de acabar en prisión.

Esa noche, aparentando dormir, Elvira no sabía que al día siguiente una noticia alteraría aún más su estado de ánimo. Mientras en su dormitorio los pensamientos desvelaban a ambos cónyuges, una partida de la guardia civil arrestaba a un hombre. Se llamaba Ramiro Alsasua, un anarquista muy destacado, natural de Santurce, quien, viéndose acorralado, no opuso resistencia.

EL DILEMA

Le hubiera gustado volver a Ibaya con Carmelo del brazo, pero no pudo ser. Cuando llegaron a Castro se alojaron en casa de la amiga de María Pilar y, a la mañana siguiente, se acercó hasta la cárcel acompañada de sus hijos. En la puerta del edificio, un colegio antiguo con la fachada de piedra, de robusta y poderosa arquitectura, reconvertido provisionalmente en prisión, había muchas mujeres, niños y ancianos manteniendo una fila ordenada. Todos venían a lo mismo, a preguntar por los suyos, a rogar a los guardias permiso para ver a sus maridos o hijos. Cuando se abrió la cancela, el soldado que custodiaba la entrada fue preguntando a los congregados el nombre del preso. Buscaba entonces en una lista escrita en un cuaderno e informaba a cada uno. Algunas mujeres se dieron la vuelta, llorando. «Tampoco está aquí», oyó decir Lucía a una. «No me dejan pasar, que me lo tienen aislado», comentó la que había ocupado el puesto anterior en la cola.

Lucía dio el nombre de su marido. Y cuando el soldado le dijo «puede pasar» sintió un enorme alivio. La dejaron entrar con Telmo y con Jone hasta una amplia sala desangelada en cuyas paredes se habían colocado unos bancos de madera, donde aguardaban otras personas, todas con cestos de comida y ropa en el regazo, todas tan nerviosas y amedrentadas como ellos. Desde un escritorio de madera, de esos que usaban los profesores en las clases, dos soldados iban llamando a los familiares. Uno de los militares apuntaba el nombre en un registro y el otro revisaba los capazos, las bolsas y los bolsillos de los visitantes. Cuando le llegó el turno a Lucía, el militar más joven, que se mantenía de pie y hacía la inspección de enseres, le sonrió. Ella se esforzó por parecer amable y educada en las formas.

—¿Nombre? —preguntó el que estaba sentado sin dejar de mirar sus papeles.

—Lucía Elejalde —respondió ella con un cierto temblor en la voz.

—¡El tuyo no, el del preso! —respondió de malas formas el funcionario levantando los ojos de la mesa, mirándola con desprecio y dejando que su negro y descuidado mostacho bailara al son de sus resoplidos.

—Usted perdone. Se llama Carmelo Gómez y es mi esposo. ¿Puedo verle?

—Un momento. No me metas prisa, ¡joder!

El soldado revisó un montón de papeles. A Lucía el personaje le dio asco: además de ser un maleducado, estaba sucio. Las gotas de sudor le resbalaban desde las sienes hasta las mejillas, el pelo era ralo y grasiento, en la camisa se apreciaban dos manchas enormes a la altura de los sobacos y las uñas las tenía rodeadas de padrastrós.

—Sí, podrás verle unos minutos. Pero los críos esperan aquí.

—¿No puedo ir por lo menos con la niña? ¡Es que no la conoce todavía!

El que la había sonreído, y que en ese momento se disponía a revisar las bolsas de vituallas, tocó el hombro del compañero; este lo miró y adivinó sus buenas intenciones.

—Mira que sois pedigüeñas las vascas. Está bien, pero solo el que llevas en brazos. El chaval que se siente a esperar en un banco. Que si no, la sala se vuelve un gallinero. ¡Hala! Marchando.

—Usted perdone. —El militar la miró con hartazgo—. Es que traigo conmigo unos avales para ver si pueden enviar a mi marido a casa. Y no sé a quién debo entregárselos.

—¡A ver esos avales! —El soldado alargó la mano en dirección a Lucía dejando ver la amplitud de la mancha de su camisa.

—Está bien —dijo el funcionario tras leer las misivas del cura, de don Evaristo y del delegado de Falange—. Cuando acabe la visita pasas a ese despacho y hablas con el sargento. Pero no te hagas ilusiones.

Efectivamente, la sala de encuentro parecía un gallinero. Los abrazos, los lloros, los gritos y las conversaciones se mezclaban en el aire haciendo rechinar los oídos. Se apreciaba claramente que la habitación, de amplias dimensiones, había sido anteriormente un aula, pero desvestida para el nuevo uso, con los pupitres amontonados en una de las paredes, el sonido reverberaba de tal forma que multiplicaba el tono de las palabras. Olía a sudor y a humedad. En la tarima, no tanto tiempo antes destinada al profesor, vigilaban dos hombres con el fusil en la mano, y en la pizarra alguien había escrito en letras muy grandes y con signos de exclamación: «¡Viva España! ¡Una, grande y libre!». El crucifijo presidía, junto a un retrato de Franco, la pared principal. Lucía recorrió la estancia con la mirada, buscando impaciente a Carmelo, mientras acunaba a la niña en sus brazos. Una puerta se abrió. Escoltado por un soldado que era poco más que un chiquillo, apareció su marido. Había adelgazado mucho y llevaba unas ropas de trabajo sucias. Le sonrió con una sonrisa tan amplia como cuando, de novios, quedaban en la plaza de Ibayá para echar unos bailes. Antes de abrazar a su mujer, miró a la niña. Sin poder impedirlo, Carmelo se puso a llorar. Era la primera vez que Lucía le veía llorar. Aunque a ella también se le hizo un nudo en la garganta, consiguió contener sus propias lágrimas.

—Es preciosa, tan guapa como tú —dijo él acariciando la mejilla de Jone.

—Cógela.

—No, que estoy lleno de piojos.

—Los recién nacidos no cogen piojos. ¡No ves que casi no tiene pelo!

Lo dijo con tanta seguridad que Carmelo la creyó. Lucía pensaba revisar la cabeza de su hija nada más salir de allí. Le impresionó el olor acre, mezcla de orín, comida y sudor que envolvía a su esposo, pero lo soportó sin poner un mal gesto ni hacer el más leve comentario. Probablemente, él ya ni siquiera se daba cuenta de la fetidez de su cuerpo. A Lucía ese pensamiento la entristeció. Empezaba a forjarse una imagen de la inmundicia, del hambre y de la enfermedad que debían de reinar en el interior de la prisión. El hombre tomó a la niña en sus brazos y la acunó con ternura, como tantas veces había hecho con sus otros hijos. Algo inaudito en alguien que, a la vuelta de la

fábrica, no olvidaba lavarse las manos. Enseguida abrazó a Lucía. Finalmente se sentaron en el banco donde había dejado la cesta.

—Te traigo algo de comida y unas mudas limpias. ¿Cómo te tratan?

—Bien, bien. No te preocupes por mí.

—¡Es que estás tan delgado!

—Ya sabes que como en casa no se come en ningún sitio —respondió Carmelo con una sonrisa ocultando la realidad de un rancho escaso que muchas veces apenas probaba. Al igual que otros presos, solía compartir su ración con los que se encontraban más débiles.

—¿Cómo te las has arreglado para llegar hasta aquí?

—Desde Santurce vinimos a pie. Me han acompañado tu hermana María Pilar y Telmo, pero al pobre no le han dejado pasar a verte. ¡Tiene un disgusto que no veas! Nos alojamos en casa de Inmaculada.

—Le das un beso de mi parte a Telmo en cuanto salgas. Y no le digas que estoy tan delgado. ¿Y cómo se te ocurre venir caminando? ¡No ves que es peligroso!

—¡Qué exagerado eres! No nos ha pasado nada. —Lucía de momento no pensaba confesar el encontronazo con los milicianos y con los italianos. Carmelo tenía bastante con lo suyo. Ya tendría ocasión cuando estuvieran juntos en Ibaya.

—La vuelta la hacéis de otra manera. Le dices a Inma que te busque transporte. ¡Nada de volver andando! ¡Prométemelo!

—Está bien. No te apures. Hablaré con Inma. —Lucía acarició el antebrazo de su marido—. Pronto estarás en casa. Mira lo que traigo. —Sacó del bolsillo las tres cartas.

—¡Vaya! Has pedido ayuda a Alfredo. No me hace ninguna gracia.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que desaprovechara esa oportunidad? Su aval es el más importante de los tres.

—¿Qué te pidió a cambio?

—¡Nada, por Dios, Carmelo! Ni siquiera se lo pensó. Él te aprecia.

—Que no se crea que por este favor voy a ser su perrito faldero.

—Olvídate de eso y piensa que en pocos días estaremos juntos.

—No las tengo todas conmigo. Pero, en fin, si con tanta recomendación no salgo...

—¡Se acabó la visita! —gritó un militar abriendo la puerta.

Cuando Lucía, junto con el resto de familiares, se encaminó hacia la salida, empezó a llorar. El dique que había logrado retener su caudal de lágrimas se rompió de golpe. En su llanto se mezclaban el disgusto de haberle visto tan desmejorado, la impotencia de no poder seguir con él un poco más de tiempo, el temor a que los avales no sirvieran y la angustia de no poder contarle la verdad. ¿Cómo iba a poder seguir ocultando la muerte del italiano cuando volviera a casa? ¿Qué tenía más valor, la sinceridad marital o la deuda contraída con Elvira? Al final del pasillo, por el que desfilaban sobre todo mujeres, Lucía se recompuso. No quería que Telmo la viera hundida.

Pidió permiso para entrar en el despacho del sargento. Este, más amable que los anteriores, le

indicó que se sentara. Recibió las cartas de la mano temblorosa de Lucía y las adjuntó a una carpeta con la ficha de Carmelo.

—Es todo —dijo el sargento.

—¿Puede usted decirme cuándo saldrá? —El deseo de saber era mayor que el miedo que le inspiraba la situación.

—Las cosas de palacio van despacio, señora. No soy yo quien decide. Se tiene que reunir la comisión.

No quiso preguntar más, aunque el sargento no le había dado ni una pista. Cuando ya estaba de espaldas y se disponía a abrir la puerta, el militar, que había leído los avales y sabía que estos resultarían irrefutables, le dijo:

—La comisión se reúne cada lunes. Haga cuentas.

Así que el lunes Lucía se despertó muy nerviosa. Desde que regresaron del pueblo santanderino en la camioneta de un albañil, sus hijos y su hermana Marichu la acompañaban cada día a la iglesia. Ese lunes les tocaría ración doble: misa matinal y rosario por la tarde. Esperaba que Dios influyera en los miembros de la comisión, aunque su plegaria tenía más de superstición que de fe verdadera. Lucía siempre había confiado sobre todo en el esfuerzo de los hombres y de las mujeres, y menos en los favores divinos. Pensó que era mejor estar a buenas con el Altísimo, no fuera que después de tanto denuedo para conseguir los certificados se sintiera desairado y acabara dando al traste con todo.

Ese lunes, al regresar de la parroquia, Lucía desfilaba por la calle, orgullosa de sus niños. Con las ropas bien limpias y planchadas, las coletas en su sitio, sin una hebra de cabello fuera de lugar, marchando ordenadamente a su lado, tan guapos y sanos, le parecía obvio que los demás la tenían que envidiar.

—Mira quién viene por ahí —la avisó su hermana.

—¡Vaya por Dios!

Su madrastra, canasto en brazo y andares altivos, iba directamente hacia el grupo. No podían evitarla y se pararon a saludarla. En las pocas palabras que cruzaron el aire cálido del verano se tornó gélido.

—Muy buenas, familia —saludó Casilda con sorna—. ¿Ya sabes algo de tu marido?

—Volverá pronto.

—Eso dice tu padre. Y espero que sea verdad, que esta hace falta en el caserío —contestó la mujer refiriéndose a Marichu.

La muchacha miró al suelo, no quería encontrarse con los ojos de la mujer que la trataba como a un despojo. Al pensar en regresar al hogar paterno se le hizo un nudo en la garganta. Lucía no dijo nada, aunque en ese mismo instante decidió que Marichu se quedaría con ella, que era su responsabilidad velar por el bienestar de su hermana menor y que así se lo haría saber a su padre. Carmelo la apoyaría.

—Voy a la tienda, a ver si puedo comprar algo de aceite, y luego me acercaré a La Temple a

llevar a vuestro padre la comida.

—Pues le da un beso de nuestra parte y le dice que se pase por casa cuando tenga tiempo. Los chiquillos tienen ganas de verle —respondió Lucía.

—¡Sí, sí! ¡Que venga a vernos! —gritó Íñigo, el más pequeño.

—Pues nada. ¡Hala! A seguir bien —se despidió la tercera esposa de Tasio Elejalde.

Cuando la perdieron de vista, Lucía comentó a su hermana:

—¿Te has dado cuenta de que ni siquiera ha mirado a Jone?

—Ni les ha dado un beso a los críos. Esta mujer no tiene corazón —añadió Marichu—. Cuando pienso en volver al caserío me entran ganas de llorar.

—Una cosa te voy a decir, hermana. No vas a volver. Te quedas con nosotros, que a mí me haces más falta que a ella.

Aunque tal y como lo expresó parecía que el deseo de Lucía de mantenerla en casa obedecía a su propio interés, Marichu supo que en el fondo pretendía protegerla de Casilda. Se sintió reconfortada y agradecida.

—Carmelo va a volver. ¿Tú crees que querrá tenerme con vosotros? ¿Y qué dirá aita?

—Carmelo estará encantado, sabes que siente debilidad por ti, y no te apures, que de nuestro padre me ocupo yo.

Al pasar junto a la mercería escucharon a un par de vecinas hablar de una detención. A Lucía se le activó la alarma cuando les oyó decir «por lo del soldado italiano ese». No se contuvo. Se plantó frente a ellas, aunque solo las conocía de vista, y, sin apenas levantar la voz, preguntó:

—¿A quién dicen que han detenido?

—A un tal Ramiro Alsasua. El hijo de Higinia, la sardinera de Santurce. Dicen que es un anarquista.

—Mal lo tiene el muchacho —añadió la otra—. Parece que lo vieron merodeando por el bosque del lavadero y que ha matado al italiano.

—¿A qué italiano? —preguntó Lucía.

—Mujer, pues a ese soldado que se encontraron muerto en el pilón. ¿No te habías enterado?

—Sí, sí, mi hermana me lo contó.

—La pobre Higinia debe de estar fatal. Al chaval le espera el paredón. Te lo digo yo, que estos no se andan con chiquitas —añadió la más vieja en un susurro—. Claro, es lo que tiene meterse en líos.

—Y su mujer..., ¡qué calvario también para ella! —metió baza Lucía solo por enterarse de si el hombre tenía familia.

—Casado no está, menos mal —explicó la más joven—. Cuando íbamos a comprarle las sardinas al embarcadero, Higinia, tan dicharachera, siempre andaba preguntando por una moza casadera para el muchacho. «¡Que es muy guapo, y no lo digo por ser su madre!», reía constantemente. «¡Un culo inquieto!», decía siempre entre risas.

—Pues pocas risas le van a quedar a partir de ahora —sentenció la otra.

Lucía regresó a casa con la familia. En lo que quedaba de trayecto no dijo una palabra. La angustia volvía a encontrarse en su corazón; no podía quitarse del pensamiento al anarquista que iba a pagar por un crimen no cometido. Ni ella ni Elvira habían previsto esa posibilidad. ¿Cómo habían sido tan ingenuas de creer que la policía no buscaría un culpable? ¿Cómo no se habían dado cuenta de que el nuevo régimen no podía permitirse dejar indemne un crimen contra los suyos? ¿Qué debían hacer ahora? ¿Qué tenía que hacer ella? ¿Qué era lo correcto? ¿Denunciar a Elvira para librar al anarquista de una sentencia injusta, en la esperanza de que las autoridades entendieran lo sucedido? No lo comprenderían, y eso supondría que su vecina acabaría fusilada, y ella probablemente también, o al menos en prisión. ¿Era justo dejar a sus hijos y a los hijos de Elvira sin madre? ¿Qué pesaba más: las familias de ambas o la justicia para con ese hombre al que ni siquiera conocían? Los pensamientos siguieron runroneando en su interior mientras se dedicaba a las tareas diarias. Como cada mañana, organizó el trabajo.

—Marichu: lo primero pones a cocer unas patatas con verdura y luego me acompañas a hacer las camas. Adela y Tere: pasáis el polvo a los muebles. Telmo, tú a la huerta. El baño ya lo limpio yo, que lo quiero hacer a fondo.

—¿Y yo qué hago, ama? —preguntó el pequeño Íñigo.

—Puedes jugar en la cocina.

—¡Es que quiero ayudar!

—Está bien. Te voy a dar el juego de café de alpaca, y la tía te va a enseñar a sacarle brillo. Lo tienes que hacer con mucho cuidado. Ahí sentadito, en la mesa de la cocina. Y te pones un delantal, que si no te manchas.

El chiquillo celebró el encargo dando saltos de alegría. Mientras Marichu pelaba las patatas y daba indicaciones al crío sobre cómo frotar la jarra para que saliese el brillo del metal, se retiró a su habitación para dar el pecho a la niña. Sentada en la cama, oía el trajinar de la casa, las niñas hablando mientras pasaban el polvo, la radio puesta en la cocina, Íñigo dando gritos de emoción al verse reflejado en la tetera. Los sonidos cotidianos contrastaban con la negrura de sus pensamientos. El nombre de Ramiro Alsasua se le había incrustado en el cerebro. No era libre para tomar una decisión. Tenía que volver a hablar con Elvira. ¿Conocería la noticia? Juntas valorarían mejor la situación. De todas formas, la esposa del sastre era quien más tenía que perder, tanto como la propia vida. Más tarde, mientras dejaba a Marichu canturreando una melodía popular que le hacía más llevadera la aburrida tarea de estirar sábanas y colchas, fue hacia su hija Tere, de cinco años.

—Cariño, ¿sabes dónde está el taller del sastre?

—Pues claro.

—Entonces, como ya eres mayor, me vas a hacer un favor. Te voy a dar un paquete para la mujer del sastre. Se lo llevas luego.

—¿Y qué hay en ese paquete?

—¡Mira que eres preguntona!

La niña se quedó muda ante la respuesta airada de su madre, quien, al percatarse de la reacción de su hija, trató de quitarle hierro al asunto.

—Es un secreto que debes guardar. Dentro hay una carta. Es de alguien que conocen y que está escondido —mintió la madre—. Nadie debe saberlo. ¿Te das cuenta de lo importante que es lo que te estoy pidiendo? ¿Sabrás guardar el secreto?

—No diré nada a nadie. Pero a nadie, nadie, ni siquiera a la tía, ni a mis hermanos. Ni siquiera a aita cuando vuelva —respondió la niña muy solemne.

Teresita se sentía importante con el encargo. La chiquilla, de naturaleza callada, era la mejor garantía de discreción. A pesar de su corta edad, había comprendido que a causa de la guerra se debía guardar silencio, y que ese silencio era vital para muchas personas. Su amiga Mila le había contado que algunos padres estaban huidos o escondidos. Teresa imaginó que la niña se refería a su propio padre, ya que no había vuelto de la guerra, pero no dijo nada porque eso era lo que había que hacer. «Ver, oír y callar», les repetía su madre cada vez que salían a la calle.

Los niños fueron a jugar después de comer. Con la radio como fondo sonoro, por la tarde Lucía estuvo lavando ropas menudas en la pila de la cocina mientras su hermana planchaba sábanas y manteles. El calor de la plancha le hacía correr gotas de sudor por la frente.

—Para un poco, mujer, que te vas a ahogar. Estás toda congestionada.

—Es que planchar en verano da mucho calor.

—Anda, coge a Jone y sal un rato a la huerta. Que os dé el aire a las dos. Pero ponte a la sombra, ¡no vaya a ser que te dé una insolación!

Lucía aprovechó la ausencia de Marichu para redactar la nota que Tere iba a llevar a Elvira: «Tenemos que hablar. La espero mañana al otro lado, donde el otro día, a las ocho de la tarde. En el mismo banco».

A las siete fueron juntos al rosario. A la vuelta, los niños se quedaron un rato con sus amigos. Teresita dejó de jugar a las ocho y cuarto. Cogió el paquete que le dio su madre y, siguiendo sus indicaciones, salió por la puerta trasera para evitar las preguntas de sus amigas y de sus hermanos. Aquello parecía una auténtica aventura, y ella, una heroína de verdad. Se acercó hasta el taller de los sastres por la estrada lateral. Tocó el timbre. Un niño, más o menos de su edad, abrió la puerta. Se quedó allí, pasmado, mirando a la niña, sin decir nada. Era muy guapa, tenía un pelo precioso y llevaba un vestido muy limpio. No la había visto nunca. Seguramente jugaría por otra calle.

—¿Está tu madre? —preguntó Teresa con un hilo de voz.

—¡Madre, madre! —gritó el crío girando la cabeza hacia el interior de la casa.

Elvira se acercó a la entrada.

—¿Qué quieres? —dijo a la niña con cierta brusquedad.

—Mi madre me ha pedido que le entregue este paquete.

—¿Y quién es tu madre? —preguntó Elvira, aunque imaginaba de quién se trataba.

—Soy la hija de Lucía Elejalde y de Carmelo Gómez. Me llamo Teresa —añadió mirando al

niño.

—Está bien. Muchas gracias, niña —la despidió Elvira.

Cuando Teresa ya se iba, orgullosa por lo bien que había hecho el recado, pero un poco incómoda a causa del recibimiento de la señora, que ni siquiera la había invitado a pasar —su madre nunca habría dejado fuera a un niño que viniera con un encargo—, la puerta de la sastrería volvió a abrirse. La cara del niño se asomó y le gritó:

—¡Eh, tú, niña! ¡Yo me llamo Alberto!

La hija de Lucía se dio la vuelta. Solo le dio tiempo a ver la cara del crío retirándose, cobarde, hacia el interior. Ella sonrió y pensó: «Qué niño más tonto».

A los ojos de los demás y de su propia familia, el martes era un día como otro cualquiera. Había salido nublado, y la temperatura había bajado de repente, hasta el punto de que se hizo necesario un jersey sobre los hombros. Fueron de nuevo a misa, limpiaron la casa, cocinaron, escucharon la radio y a mediodía recibieron la inesperada visita del abuelo.

—¡*Aitite, aitite!*¹ —exclamaron los niños emocionados al verle.

—¿Me dais de comer? —dijo Tasio rodeado de sus nietos.

El hombre besó a sus hijas y a los críos. Tomó en brazos a Jone un rato y preguntó por Carmelo.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Delgado, pero bien.

—¿Lo soltarán?

—Eso espero. Llevé tres cartas de recomendación.

—Que sepas que me enfadé mucho cuando me enteré de que te fuiste hasta Castro tú sola. ¿Para qué está tu padre?

—¿Y qué ibas a hacer? ¿Faltar al trabajo? —dijo Lucía ocultando que la razón por la que no le había pedido que la acompañara había sido su salud. No deseaba que se sintiera viejo.

—¡Hubiera pedido permiso!

—Pues ya está hecho.

Cuando Tasio se iba de vuelta a la fábrica, Lucía le acompañó a la salida.

—Aita, tengo que pedirte algo. —Él la miró expectante.

—Quiero que cuando vuelva Carmelo, Marichu siga con nosotros. Me hace falta aquí.

—Bueno —contestó el padre sin que se le escapara el verdadero motivo de la petición—. Si es lo que ella quiere, por mí está bien.

Al regresar a la cocina, Lucía anunció.

—La tía se queda a vivir con nosotros.

—¿Para siempre? —preguntó Telmo mientras Marichu y los niños daban saltos de alegría.

—Hasta que se case y tenga su propia casa.

El abrazo que le dio su hermana por poco la tira al suelo. Un rato después, Lucía metió al bebé en el carrito y salió a dar un paseo. Compró el periódico. Sobre la detención aún no se decía

nada. Se dirigió entonces a la plaza, donde las noticias corrían veloces. Si había novedades sobre el anarquista, ese era el lugar indicado para conocerlas.

Al atardecer, Elvira y Lucía se encontraron al otro lado de la ría a la hora convenida. La bruma espesa que venía del mar oscureció el cielo, y la humedad se incrustaba en el pelo y en la ropa. Había posibilidad de galerna, así que debían darse prisa antes de que el tiempo acabara por revolverse y los botes tuvieran que quedar varados en la orilla.

—Supongo que me ha citado por lo del anarquista —dijo Elvira sin siquiera saludar.

—¿Qué vamos a hacer?

—¡Y yo qué sé! No hago más que darle vueltas. ¿Imagina lo que me espera si confieso?

—Es terrible, terrible...

—¿Sabe qué es lo que más me frena, más incluso que el miedo a morir? Mis hijos. Qué va a ser de ellos.

—Mire, Elvira, me he enterado de cosas. Por eso quería hablar con usted. El hombre tiene más causas pendientes. Antes de lo del italiano ya lo buscaban por haber matado a dos guardias civiles, y dicen que fue él quien puso la bomba en las vías del tren de Baracaldo. Lo van a fusilar de todos modos.

—No sé qué hacer. No quiero que nadie pague por algo que hice yo.

—Que hicimos ambas —puntualizó Lucía—. Yo no pienso ir al cuartelillo a decir ni media palabra. Y usted tampoco. Nuestras familias dependen de esa decisión.

—¿Cree que no lo sé? No dejo de pensar en este asunto, y me está matando. Usted parece tenerlo claro. Yo no estoy tan segura de poder acarrear con este peso el resto de mi vida. ¡Maldita guerra!

—¡Pues no le queda más remedio!

—No tiene que preocuparse. —Elvira la miró con dureza—. Si tengo el valor de confesar, no diré su nombre. Quédese tranquila: con que pague una ya es bastante.

—¿Y cómo cree que voy a poder vivir sabiendo que usted me salvó la vida y que además pagará por ello? ¿Y cómo está tan segura de que la guardia civil no le va a tirar de la lengua? ¿Es que no ha oído hablar de sus métodos? Acabará confesándolo todo. No me haga esto, Elvira, por favor, no me haga esto. ¡Aprenderemos a vivir con ello! Dicen que el tiempo todo lo cura.

Elvira recogió sus brazos bajo el pecho, como protegiéndose del frío, aunque en realidad con el gesto trataba de serenarse. Su fuerza interior, la que creía imposible de socavar, se estaba desmoronando, mientras que la de su vecina parecía crecer. ¡Qué paradoja! Ella, que había temido que Lucía fuera blanda, era quien se deshacía, con la misma facilidad que la nieve al calor de la mano. Y aquella era una sensación desconocida. Se recompuso, se levantó y dijo como despedida:

—Tengo que pensarlo. Mandaré a mi hijo Alberto con un paquete. Será cosa de un par de días. Le diré que es un encargo. Dentro habrá una nota.

Lucía dejó que Elvira cogiera el primer bote. Luego volvió ella sola a Ibayá. Hasta encontrarse con su vecina no había visto las cosas tan claras. La duda la había perseguido desde que conoció

la detención del anarquista, pero al expresar en voz alta sus pensamientos la cabeza se le aclaró por completo. De pronto, la lógica se impuso a sus escrúpulos morales: si el hombre iba a ser sentenciado de todos modos a causa de otros delitos, de qué servía que ellas, y por ende sus familias, tuvieran que pagar por la muerte de un asqueroso italiano que merecía morir. Lo que le preocupaba era la integridad de Elvira. Era una mujer tan fuerte como una roca, tan dura como el hierro de las minas, tan rígida como el acero, tan cortante como el cristal. Y ahora era precisamente esa robustez la que se le podía poner en contra. Si la sastra se empeñaba en mantener sus principios morales por encima de cualquier cosa, de cualquier peligro, de cualquier injusticia que pudiera cometerse, acabaría confesando; si alguna mujer contaba con el aplomo necesario para dar semejante paso era ella. Y si eso sucedía, Dios no lo quisiera, aunque ella quedara libre de toda sospecha, tampoco podría seguir viviendo aplastada día tras día por tan pesado remordimiento. Sin noticias de Carmelo, con cinco hijos a los que alimentar y con las sombras del italiano y del anarquista persiguiéndola, el mundo le parecía, más que nunca, ese valle de lágrimas del que tanto hablaban los curas.

LA VISITA MÁS DIFÍCIL

Al llegar a casa, Elvira se encontró a Manuel y a los niños construyendo una *goitibehera*¹ en el patio.

—No me hace gracia que los críos se monten en ese cacharro. Puede ser peligroso.

—Tendrán cuidado, no te preocupes. Tienen que divertirse, y parece que se ha puesto de moda este verano. ¡No veas cómo bajan los chavales las cuestras del cementerio! —respondió él sin dejar la tarea—. ¿Y tú dónde has estado?

—De paseo —mintió Elvira.

—¿Tú de paseo? ¿No dices que es una pérdida de tiempo, que las piernas están para que te lleven a algún sitio y no para deambular?

—Y lo sigo creyendo. Pero últimamente me duelen las rodillas, y el boticario me dijo que lo mejor era moverlas, caminar a paso ligero. Y eso he hecho.

—¿Y ahora te molestan menos?

—Por Dios, Manuel, que no es cosa de una vez. Hay que hacerlo a diario. Aunque me parece a mí que no me va a durar mucho el empeño. Si tienen que doler, que duelan. Me voy a preparar la cena.

Manuela siguió a su madre a la cocina. Le gustaba más trastear entre cuchillos y pucheros que observar a su padre cómo montaba los rodamientos del juguete. Sentada a la mesa, la niña comenzó a extraer guisantes de sus vainas; lo hacía con sumo cuidado para dejarlos sobre la gastada encimera de mármol blanco. No tiraría las cáscaras, con ellas prepararían una crema verde. Como era habitual, acompañaba su labor con la cháchara, narrando a su madre los pormenores de la tarde. Que si se había encontrado con una amiga, que si un niño se había hecho una herida profunda y ella le había acompañado a casa, que si Alberto y Javier se habían peleado, que el pequeño Ignacio se había pasado media tarde durmiendo. Ese anochecer, las palabras de su hija resbalaban por los oídos de Elvira, quien, abrumada por su dilema, se enteraba solo a medias y atendía con monosílabos automáticos las explicaciones de Manuela.

Mientras sofreía un poco de cebolla arreció de pronto la galerna. El viento silbaba tras las ventanas con una fuerza soberbia. Goterones de lluvia veraniega golpeaban los cristales. A Elvira le pareció un llanto desgarrador, como el que sentía ella por dentro. Manuel entró a trompicones con Ignacio en brazos y el resto de sus hijos siguiéndole, todos empapados. Venían cabizbajos, esperando una buena reprimenda por no haberse refugiado a tiempo. Para su sorpresa, la mujer no dijo nada.

—Poneos los pijamas —ordenó el padre—, y tú, hija, cambia al pequeño, no vaya a ser que

coja un catarro.

Se dio cuenta de que su mujer volvía a estar ausente. Otra vez. Demasiadas veces en los últimos días la había sorprendido inmersa en ese aislamiento que no sabía si era premeditado o si surgía de manera involuntaria. Estaba preocupado, pero no le comentó nada. Fue al dormitorio, se cambió de camisa, volvió a la cocina y se sentó a la cabecera de la mesa esperando la cena. Después de que Manuela y su madre fregaran los platos encendió la radio. A pesar de los llamamientos que la Dirección General de Comunicaciones del Gobierno vasco hizo durante la guerra instando a los ciudadanos para que entregaran los aparatos radiofónicos, Manuel, como otros muchos, se negó a depositarla y la mantuvo escondida. Solo la sacaba por las noches, cuando Ibaya reposaba en medio de un silencio oscuro, de unas calles más vacías que nunca, de una nebrura tenebrosa, y la escuchaba en su habitación a un volumen muy bajo. Ahora que la guerra había concluido en su tierra, ya no necesitaba esconderla. La tenía casi todo el día en funcionamiento, aunque para disfrutar del entretenimiento tuvo que proveerse de una licencia en Telégrafos, donde debió personarse con una solicitud, en la que especificó la marca del aparato, la serie, la numeración y la cantidad de válvulas que llevaba, además de pagar diez pesetas de tasa que le dolieron más que si hubiese recibido un par de guantazos en la cara. Como las emisoras que le interesaban eran las clandestinas, no le quedaba más remedio que enchufar la Ericson al amparo de la noche y, al hacerlo, las noticias lanzadas desde Rusia entraban en su hogar con sigilo, para que ellos las escuchasen con la misma fe con la que un seminarista recibía la palabra de Dios.

Moviendo el dial con el tino de un experto en cajas fuertes, un poco hacia la derecha, otro poco a la izquierda, y tras saturar la estancia de ruidos estridentes sin sentido, al final sintonizó Radio Moscú. Puso el volumen muy bajo y acercó la oreja derecha al altavoz con el fin de escuchar a aquel lejano locutor que tenía acento argentino y que lanzaba hasta las ondas españolas noticias sobre la marcha de la guerra. Manuel, como tantos otros republicanos, creía que las informaciones procedentes del extranjero eran más fiables que las que emitían las emisoras confiscadas por las tropas de Franco. A Elvira también le gustaba escuchar la radio, una afición que aprendió de su marido, amante pionero del invento desde que en sus inicios aparecieran los instrumentos de galena. Si en alguna postura le parecía Manuel un hombre interesante, era precisamente cuando lo encontraba inclinado hacia el receptor, la oreja apoyada en la tela de los altavoces, la mirada concentrada en la escucha, el cigarrillo ardiendo en los labios. Solía sentarse frente a él. Entonces ella le acompañaba aproximando a su vez la cabeza al aparato, las caras muy cerca la una de la otra, mirándose y compartiendo las emociones que les provocaban las noticias sobre su país desgarrado y dividido. Pero esa noche Elvira no tenía ganas de radio. La emisora de Moscú no hablaría de algo tan poco trascendente en la coyuntura de una guerra civil como la detención de un anarquista en Ibaya. Si se hubiera tratado de un dirigente comunista, seguro que la noticia se escucharía por las ondas. Para el resto del mundo el destino de Ramiro Alsasua no importaba.

—Estoy cansada. Me voy a la cama.

—¿No vas a escuchar Radio Moscú?

—Hoy no. Ya me contarás mañana qué han dicho.

Elvira fue a dar las buenas noches a sus hijos. Alberto leía un viejo cómic de TBO mientras su hermano Javier, tumbado a su lado, le tiraba del brazo tratando de ver los dibujos. Ignacio dormía plácidamente, totalmente destapado, en su camastro.

—No discutáis, que el pequeño se ha dormido. A ver si lo vais a despertar —les advirtió Elvira, sin levantar la voz, mientras arropaba al benjamín.

—Es que este es un pesado que no me deja leer.

—¡Pues déjame por lo menos ver los dibujos! —protestó Javier.

Elvira cogió de la estantería otra revista infantil y se la dio a Javi.

—Toma, lee esta y deja en paz a Alberto.

—¡Esa también es mía, me la ha prestado mi amigo Pedro! —respondió enfadado Alberto.

—Se la dejas, y no hay más que hablar. Y dentro de cinco minutos quiero ver la luz apagada.

En su minúscula habitación, Manuela leía un libro de Elena Fortún.

—¿Qué lees? —preguntó su madre.

—*Celia en el mundo*.

—¿Es bonito?

—Está bien, es de una niña que vive con su tío mientras sus padres están en París. Acabo de empezar, me lo ha dejado Pili.

—Dicen que los libros de Celia son muy entretenidos.

—A mí me encantan, aunque son un poco infantiles. Pero me ha dicho Pili que cuando termine uno que se titula *Mujercitas* me lo presta. Es de cuatro hermanas que tienen que vivir en medio de una guerra.

—¡Vaya! Muy apropiado, ¿no te parece?

—Sí, aunque la guerra es en otro país, en América.

—Es una suerte ser amiga de la hija del maestro. ¡Te deja tantos libros! Debes cuidarlos bien.

—Como a un tesoro.

—Enseguida apagas la luz. Dame un beso, hija.

Elvira se fue a su dormitorio, se desvistió y se puso un camisón de verano. Cogió un ejemplar de la revista *Estampa* que aguardaba en su mesilla de noche. A Elvira ya no le gustaban las novelas, le interesaba más la realidad. Y a falta de prensa política se entretenía hojeando las publicaciones ilustradas que hablaban de todo un poco, desde reportajes sobre lugares dignos de ser visitados hasta estrenos culturales, pasando por entrevistas o recetas de cocina. Esa noche esperaba que el repaso de la actualidad más intrascendente la alejara del insomnio.

Consiguió dormirse hasta que Manuel, ya de madrugada, se metió en la cama. Al mover las sábanas para deslizarse junto a su mujer, Elvira se despertó.

—¡Vaya! Te he despertado —se disculpó Manuel—. Otra vez tenemos apagón.

—No te quejes, que hoy la electricidad ha durado bastante.

Había tratado de dejar a un lado el asunto que la preocupaba, pero, una vez desvelada, en medio de la oscuridad y con el sonido incesante del viento como fondo, el dilema retornó con más fuerza, estrujándole las sienes, quebrándole la cabeza. Dio vueltas en la cama durante horas. Manuel roncaba serenamente a su lado. Poco antes del amanecer se levantó, cogió una palmatoria con una vela y se dirigió a la cocina. Estuvo un rato sentada a la mesa, haciendo dibujos imaginarios sobre el mármol, pensando. Cuando los madrugadores rayos del sol empezaban a entrar por la ventana, tomó una decisión. Si la hubiera adoptado en medio de la noche, probablemente le asaltarían dudas al despertar. La noche trastoca la percepción de las cosas: lo difícil parece imposible, los miedos se trasmutan en pánico. La claridad del día, sin embargo, devuelve a cada objeto, a cada idea, a cada temor, su auténtica dimensión. El riesgo de su resolución era enorme, pero lo asumía con la certeza de que también era inevitable, tan inevitable como la luz del alba que se filtraba por los cristales.

EL REGRESO

«¡Otra vez, la puerta!» Lucía llevaba toda la mañana atendiendo al sonido de su aldaba. La habían interrumpido en sus tareas más veces de las que su escasa paciencia podía soportar. Primero, su hermana Mila, sin más motivo que saludar a la familia y tomarse una infusión de achicoria, sustituto de un café inexistente en las estanterías del ultramarinos y apenas visible en bares, tabernas y restaurantes. Casi se habían acostumbrado a prescindir de aquel aroma y aquel sabor tan familiares. La guerra les fue preparando para los sustitutos. En medio del caos bélico aceptaron como algo coyuntural que los establecimientos públicos solo pudieran servir café en días alternos por orden gubernativa. Y de ese preludeo que fue la guerra pasaron al primer acto de una dictadura en la que la escasez reinaba a sus anchas desde hacía tanto tiempo que los días, no tan lejanos, en que era natural tomarse un café o hacerse un bocadillo empezaban a recordarse como una nebulosa. Después de Mila vinieron dos amigas de Adela, que la llamaron para jugar al truquemé. Y la sorpresa del día fue la visita, a mediodía, de un italiano al que Lucía no había visto nunca.

—*Buongiorno* —dijo el soldado quitándose la gorra militar y exhibiendo una fantástica sonrisa.

—Buenos días —respondió secamente—. ¿Qué quiere?

—Muchos *bambinos*, y yo traigo comida para todos.

—¿Y eso por qué?

—Como *non ti piace* que tus *bambinos* hagan cola para el rancho, he venido yo a *sua* casa. — Lucía se imaginó que Marichu estaba detrás de esa inesperada visita; si no, ¿por boca de quién más podía saber ese que ella impedía a sus hijos guardar fila para el almuerzo de los voluntarios?

—Mis hijos ya tienen comida —respondió altanera.

—¿Y cordero? ¿Comen también cordero? —preguntó el muchacho dirigiendo sus dedos a la boca en un ademán muy latino—. Porque lo que traigo es un estofado con patatas.

El italiano abrió la cazuela de hojalata, dejando que el aroma invadiese la estancia. Justo en ese momento apareció Marichu, quien al verlo en la puerta se puso colorada. Lucía captó al instante que ambos se conocían y, conteniendo un ataque de rabia, aceptó el regalo. El cordero era una tentación, y desairar al italiano tampoco le convenía.

—Es usted muy amable. A los niños les gustará, pero, de verdad, no hace falta que se preocupe por nosotros.

—Mañana creo que habrá algo de pescado. —En un gesto entre simpático y de complicidad le guiñó un ojo—. Intentaré traer un poco.

Cuando el italiano se hubo marchado, Lucía arrastró a su hermana del brazo hasta su habitación. Allí podría regañarla sin que los niños fuesen testigos. Como siempre, y antes de que pudiera empezar a hablar, Marichu ya estaba moqueando.

—¿Qué te dije yo de los italianos? ¿Eh? ¿Qué te dije? ¿De qué conoces a este?

—Es el de la fuente.

—¡Vaya por Dios! O sea, que te ves con él.

—¡Que no, Lucía, que no! Solo que se ha empeñado en traer comida a los críos. Como él es uno de los que la reparte...

—No es la primera vez que viene a casa, ¿verdad?

—Los días que estuviste en Castro nos trajó comida —confesó Marichu mientras se sonaba los mocos—. Luego le dije que te ibas a enfadar, y me prometió que no volvería.

—¡Para que te fíes de las promesas de estos italianos! ¡Mira si ha vuelto! ¡Menudo descarado!

—Pero la comida está buena.

Lucía se separó de su hermana y abrió el puchero. Metió la nariz dentro y aspiró profundamente. Una sensación de placer le recorrió el cuerpo.

—Y que lo digas, Marichu. Este cordero huele como los ángeles y no le vamos a hacer ascos.

—¿Entonces?

—Pues, si se empeña, que siga trayendo el rancho, pero tú no abras la puerta. Y cuidadito, hermana, que con mil ojos te voy a vigilar. De este fresco no me fio ni un pelo. Y además, ¿qué va a pensar el vecindario si te ven con él? ¿No te dije que son el enemigo?

Marichu se volvió compungida a sus quehaceres. ¡Si su hermana supiese que mientras estuvo de viaje se vio a diario con Roberto! ¡Cómo le gustaba su extraña forma de hablar, la cadencia de sus frases, las sílabas arrastradas, y esa manera de rozarla como quien no quiere la cosa y que a ella le ponía los pelos de punta! Debía ser obediente, si no, Lucía se arrepentiría y la devolvería al caserío. Aunque esta vez su hermana no tuviese razón: no conocía al soldado, que era bueno y divertido y la trataba como a una princesa.

Mientras disfrutaban del guiso, en el que más que trozos reales de carne abundaban las patatas con regusto a cordero, volvió a sonar la aldaba. «¡Qué día, Señor mío!», exclamó Lucía en voz alta. Con mucho brío, limpiándose la boca con el mismo delantal, fue hasta la entrada.

Cuando abrió solo pudo exclamar «¡ay!» y se agarró a Carmelo como una lapa, le rodeó los hombros con sus brazos y le llenó la cara de besos. No deseaba desprenderse de su calor, entre otras cosas, porque las lágrimas le habían inundado las mejillas en un llanto torrencial, una explosiva mezcla de alegría y tensión acumulada a lo largo del verano. Carmelo le agarró las manos y la apartó de su pecho con suavidad.

—Deja que te vea, mujer.

Lucía se limpió la cara con el delantal. En una muestra de coquetería se desanudó el lazo que lo sujetaba a su cintura y se lo quitó.

—¡Qué delgado estás, madre mía de mi vida!

—Ya me lo dijiste en la prisión.

—¿Te han dejado libre del todo?

—Eso dice este papel.

—Pues enseguida vas a engordar. Ven a comer, ya verás qué guiso tenemos, para chuparte los dedos.

Cuando Carmelo entró en la cocina se produjo un auténtico jaleo. Todos los críos querían abrazar a su padre a la vez, querían contarle cosas, hacerle preguntas, subirse a sus piernas. Marichu lloraba y reía compulsivamente. Mientras el padre saboreaba las patatas, un instante que recordaría el resto de su vida, Lucía trajo a Jone en brazos para que su marido la besara en la frente.

—¡Menuda hermanita guapa que tenéis! —dijo a los niños tratando de evitar el llanto.

—¡Por fin todos juntos otra vez! —exclamó Telmo mientras elevaba los brazos en señal de triunfo.

—Sí, hijo. Mañana esta casa volverá a ser la misma de antes —respondió el padre con satisfacción.

—No, aita —dijo Teresita tratando de meter baza entre sus hermanos mayores—. No va a ser lo mismo, porque la tía se va a quedar a vivir con nosotros. ¿A que sí, ama?

Marichu miró a su cuñado expectante.

—¿En serio? ¡Pues menuda alegría que me dais!

La muchacha se puso a reír nerviosa y, a continuación, se lanzó al cuello de su cuñado, lo estrujó con un potente abrazo y le plantó un beso en la cara.

Carmelo había vuelto. Por fin. Después de tomar un baño, le dejaron echar una buena siesta en su confortable cama. Su mujer y su cuñada se afanaron por mudarle las sábanas, estirarlas bien y rociarlas de agua de colonia. El aroma a lavanda, el embozo planchado, la blandura de la almohada devolvieron a Carmelo una serenidad perdida durante los meses de guerra y cautiverio. La casa se mantuvo en silencio sin necesidad de que Lucía lo ordenase. Todos adoraban a Carmelo, todos querían verle de nuevo un poco gordo, sin ojeras, con su tez reluciente y su pelo bien cortado. Y sabían que el sueño repararía parte de su trastocado aspecto. De nuevo el ruido de la aldaba y Lucía, con Jone cogida a su teta, corriendo a la entrada, suplicando que el intruso sonido no despertara a su hombre. Para cuando llegó, Teresa ya había abierto y hablaba con un crío más o menos de su edad. Oyó parte de la conversación.

—A mí me gusta más jugar con niñas —decía ella.

—Supongo, pero mi goitibehera les gusta a todos, a los niños y a las niñas.

—Bueno, igual me acerco esta tarde a la cuesta, pero con mis amigas, y puede que hasta con mi hermano Telmo.

—¿Y tú quién eres? —interrumpió la mujer la conversación.

—Soy Alberto, el hijo de Elvira, la del sastre. Me ha mandado para que le entregue este paquete.

A Lucía le dio un vuelco el corazón. Bajo ese papel de estraza, anudado con un cordel, se hallaba la respuesta. Y su futuro.

—¡Ah, sí! Los hilos que le encargué —mintió—. Por cierto, Tere, eso de la goitibehera no me gusta nada. Puede ser peligroso.

—¡Que yo no pienso montarme, ama! Solo quiero ver cómo se caen los chicos.

—Si quieres, puedes venir ahora conmigo —dijo con soltura el niño.

La madre pensó que el chiquillo tenía demasiado desparpajo para su tímida hija. Aunque, tal vez, aquel chisgarabís podría espabilarla un poco.

—¿Puedo, ama?

—Vete, anda, vete. Pero que te acompañe Adela, y prométeme que no os vais a subir a ese trasto.

La niña le dio un beso a su madre y se marchó con Alberto y con Adela, que les siguió rezongando. Teresita se sentía feliz de tener un nuevo amigo.

Cuando los niños hubieron salido, Lucía guardó el paquetito en el bolsillo del delantal y dejó a Jone en la cocina al cuidado de su hermana. Se fue al baño, y allí, sentada sobre la taza del váter, desanudó el cordel con las manos temblorosas. Leyó la escueta nota, escrita con una letra pulcra. La dobló y se puso las manos sobre las mejillas tratando de controlarse. «No es posible, no es posible —pensó—; la alegría de tener a Carmelo en casa no me ha durado ni un día. ¿Es que esta maldita pesadilla no va a terminar nunca?»

EN EL EMBARCADERO

A primera hora de la mañana, Elvira fue hacia el embarcadero, donde las sardineras de Santurce se situaban para mostrar su mercancía fresca. Cada día, si había habido pesca, el paisaje de la ribera se animaba con el desfile de esas mujeres alegres y descaradas que vendían su género a gritos. Algunas, por costumbre, caminaban descalzas por la orilla de la ría, con sus delantales arremangados y un pañuelo en la cabeza sobre el que cargaban sus anchas cestas. Marchaban en un difícil equilibrio, con una mano en la cintura y la otra moviéndose al compás de sus piernas. Al amanecer, las sardineras de Santurce esperaban desde un altozano la llegada de los barcos a puerto, y si traían el retel alzado, bajaban deprisa a la dársena porque la señal indicaba que la faena había ido bien. Entonces, en grupos, se dirigían hacia Bilbao, aunque algunas se quedaban en los pueblos ribereños a colocar su pescado.

A Ibaya no siempre venían las mismas sardineras, así que Elvira no estaba segura de poder encontrarse con la madre del anarquista. Era probable que se hubiera quedado en casa a causa del disgusto por la detención del hijo. De todas formas, alguna de sus compañeras podría darle señas de dónde encontrarla. Como había llegado demasiado pronto y aún no se veía a las pescaderas ni se escuchaban sus gritos, Elvira se sentó en el pretil. Estuvo repasando mentalmente qué le iba a decir y cómo afrontaría el asunto. Le asaltaron un millar de dudas. Como para aferrarse a su decisión, apoyó con fuerza las palmas de las manos sobre la piedra. Un padrenuestro se coló en sus pensamientos, una oración de súplica con la que pedía la comprensión de la mujer, su beneplácito y su perdón. Había bajamar. Un ancho lodazal revestido de piedras cubiertas de verdín se extendía por ambas márgenes. Elvira vio un recipiente de hojalata abandonado en una esquina, lo cogió, bajó las escaleras del embarcadero, se quitó las alpargatas, se arremangó la falda y pisó el fango. Algunos hombres buscaban gusanos entre la arena reblandecida para utilizarlos como cebo. Otros levantaban las rocas esperando sorprender a los carramarros. Los niños preferían rascar la piedra para desprender los magurios. La actividad de la bajamar en Ibaya se había incrementado desde la guerra. Más que nunca era entonces fuente codiciada de alimento, vitaminas y calcio para condimentar los guisos. La mujer se unió a sus vecinos en la búsqueda del marisco, una actividad que detestaba. El tacto del fango en sus pies hundidos le resultaba repulsivo. En un rato pescó cinco carramarros, que guardó en la lata con un poco de agua. Si no conseguía media libra de arroz, al menos servirían para preparar un caldo. Cesó la tarea cuando escuchó a lo lejos el inconfundible grito de «¡Sardina *freskue!*!». ¹ Dos orondas mujeres se acercaban por el paseo muy airosas. Al llegar al malecón depositaron sus cestas planas sobre el pretil. Elvira salió del lodazal, se limpió los pies con el delantal y se calzó las

alpargatas. Todavía nadie se había hecho eco de la llamada de las pescaderas, que hablaban entre ellas mientras esperaban a sus clientas. Una de ellas era Higinia, que, muy seria, escuchaba a su amiga.

—Hay que tirar para delante, mujer, no queda otra. Tienes más hijos.

—Mira que se lo advertí, no sé cuántas veces le dije que se dejara de líos de política. Y ya ves, ahora me lo van a matar.

—No te adelantes, que todavía no lo han juzgado.

—¿Y qué esperas, que me lo van a dejar libre?

La otra sardinera calló. Era inútil negar la evidencia. Elvira se acercó.

—¡Vaya! Nuestra primera clienta del día. Pues, por ser la primera, si me llevas una docena de sardinas, te regalo una pieza más —dijo la sardinera.

—Más de media docena no voy a coger. No anda el bolsillo para gastos —contestó Elvira.

—Está bien... Te voy a poner las más gordas, para que veas qué generosas somos las de Santurce.

Mientras la sardinera escogía el pescado y lo envolvía en un papel de periódico, Elvira consiguió que su boca preguntara a la más fuerte:

—Usted es Higinia, ¿verdad?

—Para servirle.

—Necesito hablar un momento a solas con usted. —Con esa sencilla frase había roto la barrera. Ya no podía echarse para atrás. Su decisión empezaba a adquirir forma de realidad.

—¡Jesús, María y José! —exclamó la otra—. ¡Menudos misterios!

—Cállate, Carmina, y cuídame la cesta, que ahora vuelvo.

Las dos mujeres se apartaron, bajaron por la escalera y se sentaron en un peldaño.

—Usted dirá.

—Me he enterado de lo de su hijo —la sardinera la miró, pero no dijo nada—, y hay algo que le debo contar.

—¿De mi hijo?

—Sé que su hijo no mató al italiano.

—¿Y cómo está usted tan segura?

—Porque lo hice yo —confesó Elvira a bocajarro. Le hubiera gustado ser más sutil, adornar la frase de otra manera, hacerla menos desgarradora, restarle dureza, triturarla en pedacitos para digerirla mejor. Una vez pronunciada, temió que Higinia se pusiera a gritarle ¡asesina! o que llamara a los guardias. Simplemente, se la quedó mirando.

—¿Por qué lo mató?

—Porque estaba violando a una mujer.

—¡Menudo hijo de puta! ¿Pues sabe lo que le digo? Que está muy bien lo que ha hecho. ¡Sobran cabrones en esta mierda de país para que vengan los de fuera a jodernos más! —Elvira no dijo nada durante un rato hasta que recuperó el valor.

—Si le digo la verdad, a veces dudo de que hiciera bien. Pero esa es mi penitencia. Mi problema ahora es otro, y es que a su hijo le acusan de algo que no hizo y que puede pagar muy caro.

—Ya... ¿Y usted piensa entregarse, no es eso?

—Sería lo justo. No podría vivir con semejante carga. Una cosa es matar a un violador y otra cargarle el muerto a otro.

—¿Tiene usted familia? —Elvira la miró extrañada.

—Un marido y cuatro hijos.

—Este hijo, Ramirito, no me dio nietos, ni siquiera se casó. Se metió en política y se jodió la vida, y, de paso, la mía también. Mil veces le dije que se equivocaba, que lo que tenía que hacer era acompañar a su padre en la *txalupa*² y quedarse en casa y dejarse de pistolas y de revoluciones. Dónde se ha visto que un pescador se haga anarquista. Eso es asunto de mineros y obreros del metal. Pero ya ve, vale más lo que cuentan unas octavillas y unos sermoneadores que los consejos de una madre. —Elvira miraba al suelo mientras la sardinera hablaba—. Y ahora se va a ir derecho al paredón, por asesino.

—No si yo me entrego a los guardias —dijo la sastra temblándole la voz.

Para sorpresa de Elvira, Higinia soltó una carcajada exagerada, una risotada tan desgarradora que la sobrecogió.

—¡Pobre ilusa! ¿Se cree usted que si se entrega va a salvar a mi hijo? ¿Sabe usted cuántos cargos tienen contra él? Pues, para que se entere, le acusan de cuatro asesinatos, de haber puesto una bomba en las vías del tren nada más entrar los nacionales y de ser anarquista. ¡Casi nada! No sé cuánto de todo eso es verdad, igual han exagerado, qué sé yo. Lo que tengo muy claro, señora, es que da lo mismo que les vaya a los guardias con el cuento. A Ramiro me lo van a fusilar de todas formas. —Se echó a llorar en silencio. Inmediatamente se secó las lágrimas con el delantal.

—Cálmese, mujer —le pidió Elvira mientras le acariciaba tímidamente el brazo.

—Yo no niego que sea anarquista, eso está a la vista —continuó la mujer secándose las lágrimas y los mocos con la manga de la blusa—, pero acusarle de cuatro asesinatos en medio de una guerra ¡es para morirse de risa! ¡Y hay tantos como él! Antes de la guerra también hizo de las suyas. Dicen que puso una bomba casera en un almacén, y sabe Dios qué haría en la revuelta de Asturias, que allá se fue este atolondrado a hacer su revolución, y claro, lo detuvieron como a tantos, y luego lo soltaron. No la voy a engañar: dio alguna paliza a los fascistas, pero seguro que no mató a nadie, no hasta que estos hijos de puta montaron la que montaron. Y en la guerra, ya se sabe... Así que no vaya a los guardias, deje que mi hijo cargue con la muerte del camisa negra ese. Al menos morirá con una buena acción a sus espaldas. Usted tiene familia, y a él un asesinato más o menos no le va a cambiar el destino. Vaya usted tranquila.

—¿Tiene derecho a visitas?

—Creo que me dejarán verle la semana que viene.

—¿Y no podría ir yo?

—¿A santo de qué? —La sardinera parecía molesta.

—Para contarle a él lo que le he contado a usted.

—Usted no puede entrar. Ni falta que hace. No es de la familia. ¿No le basta con mi palabra? ¿Qué más quiere?

—Necesito que él me diga que debo seguir callada. Si no, no viviré tranquila.

La sardinera suspiró cansada, como hastiada por la insistencia de Elvira.

—Está bien. Si es lo que quiere... Ya se lo cuento todo cuando le vea, si al final me dejan entrar. Búsqueme aquí, de hoy en ocho días, y le traeré noticias. Pero no vaya a los guardias, no sea tonta. No cometa ese error. Piense en sus hijos, que no tienen culpa de esta cochina vida que nos ha tocado.

—Gracias —dijo Elvira mientras Higinia se levantaba del escalón.

La sardinera la miró, se fijó por primera vez en lo menuda que era la mujer y le dijo:

—Es usted muy valiente. Y más honesta que la mayoría de la gente. Otra en su lugar se habría callado como una muerta. Gracias por intentar salvar a mi hijo.

Cuando Elvira se fue con su paquete de sardinas en la mano, Higinia se quedó muda, sin ganas de cháchara. Su compañera enseguida se dio cuenta de que esa jornada iba a ser como un funeral. Las compradoras se acercaban, ella envolvía mecánicamente el pescado, cobraba y guardaba las monedas en el bolsillo del delantal. A medida que el pescado salía de su cesto, la vacilación acudía a sus pensamientos. Cuantos menos peces quedaban, más dudas la asaltaban. Empezó a meditar sobre la conversación que acababa de mantener con Elvira. Se había precipitado. Tal vez no debía haberse comprometido a guardar el secreto. ¿Y si los militares apreciaban su delación y conmutaban por ello la pena de muerte a Ramiro? ¿Qué estúpida creencia le había hecho cerrar una posible vía de salvación? ¿Con qué derecho le negaba ella a su propio hijo, carne de su carne, la posibilidad de defenderse? Intentaba contrarrestar esos titubeos tratando de convencerse a sí misma de que había tomado la decisión más justa, la que exigían esos tiempos turbios y difíciles, la que debía prevalecer entre los vencidos, entre los más miserables, entre los que más sufrían. Esa era la solidaridad por la que tanto había luchado su hijo, aunque hubiera seguido la vía equivocada. Se le mezclaban en la imaginación el rostro angustiado de aquella madre valiente y el de su hijo cuando no era más que un niño cándido y bueno. A Higinia le parecía increíble que la vecina de Ibayá hubiera tenido tanto valor. Sin duda Ramiro habría alabado esa entereza, ¡y algunos decían con la boca muy abierta que las mujeres eran el sexo débil! Elvira era una prueba fehaciente del coraje femenino. No era más que una madre como ella, sin títulos universitarios, sin cargos políticos, una hembra que sufría por los suyos, que había perdido la guerra y quizás la esperanza. ¿Qué debía prevalecer? ¿La más que remota posibilidad de reducir la condena de Ramiro, o la libertad de una mujer sin culpa? Su clienta podría haberse callado y llevarse a la tumba aquel secreto, olvidarse del sufrimiento de Ramiro y del de su madre. En cambio... Aun a riesgo de pagarlo con la cárcel o el paredón, o cuando menos con su ira de madre herida, se había confiado. ¿Quién merecía más la vida, Ramiro o Elvira? En otro mundo libre tal vez no hubiera

tenido que elegir, pero en esa España cruel que le había tocado vivir no le quedaba otra que escoger: en esa balanza imaginaria, ¿quién debía pesar más: una madre que defendió a otra y que fue valiente entonces y lo era ahora, o su hijo, un muchacho de ideas nobles, pero que había llegado a disparar un arma varias veces para imponer sus creencias?

Las preguntas rebotaban en su cráneo. La cabeza parecía que le fuera a estallar. La cesta estaba medio vacía. Aun así, se levantó de repente y avisó a su compañera:

—Me marchó. Tengo que ir a casa.

—¿Y qué vas a hacer con lo que te queda en la cesta?

—Me lo vendes tú si puedes. Ya haremos cuentas.

No podía cargar ella sola con esa responsabilidad. Tal vez se había equivocado; quizás la falta de sueño, la congoja con la que se había levantado y la sensación de derrota absoluta que la embargaba desde que supo de la detención de Ramiro la habían llevado a encarar el asunto como una cobarde. Si existía una posibilidad de salvar a su hijo, su obligación como madre era aprovecharla. Tenía que hablar con Isidoro.

OCHO DÍAS DESPUÉS

Aunque tanto el pescador como la sardinera creían, en lo más profundo de su ser, que ni siquiera la confesión de Elvira libraría a su hijo del pelotón de fusilamiento, se agarraron a esa circunstancia como quien colgado de un precipicio se aferra a una rama endeble que sobresale de una roca y que, seguramente, no soportará el peso del despeñado. Sin embargo, no delataron a la mujer de inmediato, no querían cometer un error garrafal para que al final los dos acabaran delante del paredón, así que no se precipitaron a la hora de adoptar una decisión que habría de marcarles para siempre. Ambos sabían que no lograrían seguir con la normalidad de sus vidas aun consiguiendo el beneficio para Ramiro, pero en ese caso cargarían con la penitencia. Por eso, antes de convertirse en chivatos tenían que asegurarse de que los jueces, a cambio, conmutarían la pena de muerte. ¿Cómo saberlo? Eran unos pobres pescadores que no habían ido a la escuela, que desconocían los entresijos de la administración militar, a quienes el asunto les quedaba grande. Se veían a sí mismos como un par de insectos diminutos que suben una montaña muy alta por la que transitan monstruos calzados con unas inmensas botas que les pueden aplastar. Durante dos noches solo consiguieron dormitar a ratos y, debido al cansancio acumulado, se les fueron marcando las ojeras como surcos oscuros, violáceos, que les hundían el rostro como se les hundía el alma.

Tras darle muchas vueltas al asunto, a veces a punto de tirar la tolla y dejar la cosa como estaba, a veces decidido a llegarse hasta el cuartelillo de la guardia civil, Isidoro salió a primera hora de la mañana del tercer día hacia la Santa Casa de Misericordia. A pesar del agotamiento que le aplastaba los hombros y empequeñecía su figura ya desgastada, anduvo a paso ligero. Cruzó las puertas de rejas negras y desfiló por los pasillos de grava del gigantesco jardín que rodeaba los edificios neoclásicos de la residencia. Aunque era temprano, algunos viejos ya estaban en el parque para recibir los primeros rayos de una mañana que se prometía soleada. Más que un jardín, los terrenos que rodeaban la casa de beneficencia constituían un auténtico vergel, un pulmón verde en mitad de la ciudad, con magníficos árboles de muy variadas especies que daban sombra y servían de cobijo a miles de pájaros cantores. En La Misericordia vivían niños y ancianos sin recursos, recogidos de la miseria, al cuidado de las Hijas de la Caridad. Además de un lugar donde vivir, los huérfanos disponían de una escuela y de talleres de aprendizaje, gracias a la generosa donación de Luis Briñas Mac Mahón, el filántropo bilbaíno que también patrocinó el hospital de Santa Marina. Los ancianos recibían atención médica, alimento y compañía. Y todos disfrutaban de ese parque increíble donde crecían sin medida tilos, magnolios, palmeras, secuoyas, enredaderas adheridas a la piedra y setos de diversos tipos, y donde el ambiente se refrescaba con las fuentes ornamentadas, en cuya base los parterres de flores rompían la

monocromía verdusca del paisaje. Isidoro contempló el lugar, pero no percibió, como otras veces, el esplendor de la finca. Su mente estaba ocupada con el asunto que le había llevado hasta allí. Subió la escalinata de piedra y preguntó a la monja que estaba en el mostrador de la entrada.

—¿Alejandro Casamatjó?

La monja le sonrió. Le gustaba que los viejos amigos visitaran a sus ancianos, que se pasaban la mayor parte del tiempo sumidos en la tristeza de su soledad, muchos de ellos preguntándose qué habían hecho en la vida para acabar en un asilo. Esperó en el recibidor con la boina estrujada entre sus manos. Se había lavado a conciencia para eliminar cualquier resto de olor a pescado, e Higinia le había planchado la ropa para ir a la capital. Sin embargo, la extrema pulcritud del recinto le hizo sentirse inseguro. Diez minutos después, la misma monja, joven, pálida, sonriente, llegaba empujando una silla de ruedas. Sentado sobre ella, tapando con una manta gris el vacío de unas piernas amputadas, estaba Alejandro, el Baku. A sus sesenta años parecía tener ochenta. Las monjas le permitieron mantener la barba larga y cana porque él las engañó contándoles que ocultaba una cicatriz tan fea que los niños al verla se ponían a llorar. Y su súplica les llegó al corazón:

—Hermanas, ya me han quitado las dos piernas, ¿no me quiten también mi barba!

Le llamaban el Baku porque no se conocía en toda Vizcaya un seguidor de Bakunin más entusiasta. Más que una ideología revolucionaria, el anarquismo constituía una religión, su religión, la que le inculcó su padre. Llegó desde Barcelona cuando tenía poco más de veinte años, con la misión de captar seguidores, de convencer a los obreros de que la vía de la revolución era la única posible. Fue él quien encandiló a Ramiro. Los que le conocían no comprendían que un anarquista pudiera haber terminado acogido en un asilo de beneficencia a cargo de una orden religiosa. Menos aún, que él hubiera aceptado. Cuando perdió las piernas mientras trataba de poner una bomba en las vías del tren durante la revuelta de Asturias de 1934, no le quedó más alternativa. O eso, o pudrirse debajo de un puente. Tras pasar por una prisión hospital, recibió el indulto, lo montaron en un tren y lo devolvieron a Sestao. Y se encontró solo. La portera de la casa en la que vivía tuvo que echarle por decisión del propietario, y no hubo nadie que quisiera hacerse cargo de la renta. Inservible para la causa, con el habla debilitada debido a un infarto cerebral, con el carácter agriado, blasfemando a todas horas, insultando a sus camaradas como si ellos tuvieran la culpa de su desgracia, estos le dejaron a su suerte. La portera se apiadó del viejo y lo dejó en la Casa de Misericordia, sin tener muy claro que las Hermanas de la Caridad quisiesen hacerse cargo de un anarquista tullido. Las monjas no pusieron reparos en recibir a esa alma descarriada que, ya en vida, había comenzado a vivir su penitencia, un infierno particular en el que las hogueras adoptaban la forma de una silla de ruedas y un habla casi incomprensible.

—¿Quién eres tú y qué cojones quieres? —El anarquista tardó casi un minuto en pronunciar esa frase.

—Soy el padre de Ramiro. Le han condenado a muerte.

Isidoro le explicó los cargos que había contra su hijo, le contó la confesión de Elvira y le

preguntó que si él creía que existía alguna posibilidad de que le conmutaran la pena de muerte si otro cargaba con el asesinato del soldado. Alejandro, el Baku, escuchó con atención. Como sabía que las palabras se le iban a atorar, pidió a una de las monjas una pizarra y escribió su opinión con una frase contundente: «A tu hijo no le libra ya ni el tato».

Cuando Isidoro leyó la sentencia insistió.

—O sea, que no hacemos nada.

Y el otro puso en mayúsculas: «NADA. SE LO VAN A CARGAR IGUAL».

El día convenido, Higinia y Elvira volvieron a encontrarse en el muelle. La semana había sido un infierno para la mujer del sastre. Imaginó que la madre del anarquista se arrepentiría, imaginó que el muchacho le pediría que la denunciase, se agarraría a la más mínima esperanza y la delatarían en poco tiempo. Se pasó los días temblando cada vez que sonaba la puerta, segura de que dos guardias civiles llegarían, fusil en mano, para arrestarla. Y se arrepintió muchas veces de haberse confesado.

—¿Y bien? —preguntó sin poder disimular su ansiedad.

—Dice mi Ramiro que esté usted tranquila. Que es una mujer con mucho arrojo y que con gusto carga él con esa culpa.

—¿De verdad, lo dice de verdad?

—¡Por estas! —contestó Higinia besándose el muñón sobre el que quedaron depositadas algunas lágrimas—. Y si le digo la verdad, no esperaba menos de mi Ramiro. Será anarquista, pero tiene muy buen corazón. ¡Tan grande lo tiene que le ha llevado a estar donde está!

—¡Dios le bendiga! ¿Cómo lo ha encontrado? —se interesó Elvira.

—Delante de mí y de su padre aparenta estar entero, pero yo sé que está acojonado. ¡Ay!, perdone por la expresión.

—No se preocupe, no me ofende.

—Pues eso, que sabe lo que le espera. Y solo tiene veinticinco años. Pero tiene esas ideas tan metidas en la cabeza, está tan convencido que no se arrepiente de nada de lo que ha hecho. Solo le cabrea haber bajado la guardia y haberse dejado coger. ¡Lo que más me revienta de todo esto es que Ramiro estaba buscando la manera de salir para Francia! ¡*Koitadu*¹ mío!

—No sé qué decir, Higinia. Me parece terrible todo esto. Pensar que yo podría estar en su misma situación... No sé cómo les voy a agradecer lo que han hecho por mí.

—¿Y qué hemos hecho, si puede saberse? ¿Qué mérito tiene? ¿Acaso ganábamos algo destapando la verdad? —Higinia calló unos segundos; se quedó observando cómo pasaba un barco—. De todos modos, sí hay algo que puede hacer por él. ¿Es usted creyente?

—Sí.

—Yo también. Si no le cuesta mucho, rece por su alma. Si Ramiro sabe que le estoy pidiendo este favor, me reñiría: no quiere ni ver al capellán. Voy asumiendo que va a ser fusilado más pronto que tarde, pero necesito pensar que no va a ir al infierno.

Elvira se mantuvo en silencio. El dolor y la entereza de la mujer la tenían sobrecogida.

—Dios tendrá en cuenta que en el fondo solo quería un mundo más justo. ¿No le parece?

—Seguro —contestó solo por consolarla.

—Recemos las dos por él; cuantos más recemos, mejor, para darle un empujoncito hacia el cielo, ¿eh?

—Le juro que cada día de mi vida tendré a su hijo en mis oraciones.

Elvira volvió a su casa con una extraña tranquilidad. Había obrado correctamente, y el fantasma de la cárcel se alejaba para siempre. Pero el hecho seguía ahí, como la cicatriz que se deja notar cuando nos escuece y que modifica el aspecto de nuestra piel por más que tratemos de disimularla. Mientras andaba aceleradamente, con los brazos recogidos bajo el pecho, sin percatarse de lo que la rodeaba, asumía la certeza de que la muerte violenta del italiano y la ejecución del anarquista las llevaría tatuadas en la mente. Los dos episodios, que formaban uno solo, serían los monarcas absolutos en el reino de sus recuerdos. Tendría que aprender a vivir con ello, tendría que luchar cada noche cuando ambos rostros la visitaran. En mala hora había visto la cara de Ramiro en el periódico. Su rostro se le había adosado a la frente. A pesar de esa terrible certeza, resultaba reconfortante desprenderse de ese miedo pegajoso que la había acompañado durante los últimos días. Por fin retomaba su vida. Aunque fuese ya una vida diferente. A partir de entonces lidiaría con lo cotidiano, una cotidianidad tan paradójica que incluía una falangista espionando en el taller, una despensa casi vacía, una radio clandestina, continuos apagones de luz y mucho miedo cada vez que los camisas azules se le cruzaban por la calle y elevaban el brazo mientras saludaban con un «¡Arriba España!». A pesar de todo, la serenidad iba impregnando poco a poco su ser, acompasando por fin el ritmo de su corazón, despejando la bruma de su cabeza. Lo que no sabía Elvira era que el sosiego que entonces afloraba y la acunaba desde lo más profundo había sido posible sin el consentimiento del condenado. Ramiro Alsasua iba a morir, acribillado junto a la tapia de la prisión, sin saber una sola palabra.

Septiembre de 1937

LUCÍA

Septiembre iba devolviendo a Ibayá la extraña y difícil rutina de los vencidos, que se movían entre la tranquilidad de saber que en el pueblo no caerían más bombas y el hastío por una guerra que continuaba en otros frentes. Mientras en Vizcaya se retomaba una normalidad aparente, en Madrid y en Barcelona el ejército republicano seguía resistiendo. El fin de la guerra no les devolvía la vida anterior, pero los ibayatarras iban adaptándose poco a poco y en silencio a la nueva situación. Algunas estampas regresaron, como la de los basureros con sus escobas de paja y sus carritos limpiando las desvencijadas aceras, la de los serenos uniformados que circulaban entre las sombras como capitanes generales de la noche, o la de los niños de zapatos desconchados o alpargatas repasadas, a rastras del brazo de sus madres camino de la escuela. Otras cosas, empero, habían desdibujado el panorama de antaño. Aún se veían las heridas que los aviones italianos y alemanes habían infligido a algunas casas, en cuyos muros derruidos jugaban ahora los chiquillos. Algunos de estos recuerdos visuales de la guerra empezaban a ser reconstruidos, y tanta actividad rehabilitadora confería a Ibayá un paisaje ajeno. Resultaba conmovedor observar a los voluntarios, que se afanaban, carretilla en mano, por devolver a la villa su antiguo aspecto, el de la paz. Y en ese afán no había distinciones políticas: juntos se arremangaban hombres que habían acudido con frecuencia al batzoki con otros que aplaudieron el desfile de la Victoria. El espectáculo se hacía menos grato al viandante cuando, en cada recodo, aparecían uniformes militares y camisas azules, que se exhibían chulescos, con aire marcial, soltando improperios a cualquiera cuya conducta les pareciera poco acorde a sus gustos, moral e ideología. El pueblo cambió su fisonomía de manera especial el 13 de julio, cuando en toda la provincia se celebraron misas para recordar el primer aniversario de la muerte de Calvo Sotelo, el protomártir de la «cruzada». Una estética amenazadora vistió los balcones, engalanados fúnebremente con trapos blancos decorados con los emblemas que las autoridades falangistas entregaron a cada vecino. Los comercios permanecieron cerrados por orden gubernativa, con sus crespones negros colgados en la puerta, las calles vacías, las persianas a medio cerrar y la iglesia abarrotada de seguidores del régimen, muchos de ellos foráneos, y de vecinos que acudían solo por el temor a ser señalados.

La idea de lo cotidiano, en septiembre de 1937, no era igual a la que tenían las mismas personas tan solo un año antes. Por ejemplo, se empezaba a ver ya como algo natural y definitivo que en las estanterías del ultramarinos y del economato faltaran alimentos tan habituales como el azúcar o el café. Pasado el verano, los ojos fueron acostumbrándose también a la marcial estética urbana, la de los murales, que rezaban consignas franquistas, recogían llamamientos exultantes

para que los niños se animaran a engrosar las listas de la organización juvenil falangista de los Pelayos, reproducían la imagen impresa del caudillo o alentaban a la delación como un deber patriótico. Antes había más ruido de voces. En septiembre ya se habían habituado a pronunciar las palabras justas. Antes estaban todos. Ahora faltaban algunos. En Ibayá empezó a hablarse del antes y del ahora. La línea divisoria era la maldita guerra.

Desde la entrada de las tropas nacionales, la iglesia también había cambiado, y no solo porque el párroco fuera nuevo y detestable, sino porque en sus naves no cabía un alfiler, de tan concurrido como estaba el templo los domingos por la mañana. No era que, a semejanza de la parábola bíblica, hubiera surgido milagrosamente una recua de hijos pródigos; la razón de tanto aforo se debía al miedo: creyentes y descreídos acudían sin falta a los oficios para no ser objeto de la insidia del cura, para no dar que hablar, para no destacarse, para limpiar la imagen propia y evitar una delación sacerdotal. En unos pocos días, los aldeanos y los obreros se dieron cuenta de que salían airosos de la quema aquellos que no eran señalados, y de que el cura tenía el brazo acusador más largo. Por eso, lo mejor era pasar desapercibido. Aunque les reventase, los ateos ocupaban regularmente su lugar en el banco eclesial y salvaban la hora de la misa ensimismados en sus propios pensamientos, respondiendo mecánicamente a la liturgia. Era el precio a pagar por zafarse del asedio de las autoridades, que habían decretado que todo el mundo pasara por el aro del catolicismo autoritario y pudibundo.

Como era jueves por la tarde, la mayoría de los congregados en el templo eran mujeres. Al rosario de las seis solo asistían algunos ancianos. Los hombres que no seguían luchando en los frentes de España trabajaban a esa hora en las fábricas. Si se hubiese podido observar el interior de la parroquia desde una toma cenital, se habrían apreciado, en la mitad izquierda del plano, pequeñas motitas oscuras perfectamente alineadas, como un tablero de damas en la zona de las fichas negras. Las cabezas femeninas, recatadamente cubiertas con mantillas de encaje, configuraban esta parte del encuadre, mientras que la otra mitad resultaba más caótica y vacía, ya que solo se notaban los bultos diseminados de unas pocas cabezas de hombre, la mayoría calvas.

Hacia la mitad de la zona femenina se sentaba Lucía. Sobre su regazo estrechaba las cuentas de su rosario de piedras blancas. La nave se hallaba en silencio, a la espera de la entrada de los monaguillos y del cura, cuya voz monótona iba a dirigir la triste letanía; de vez en cuando, una tos imprudente rompía la quietud, y, como por contagio, a esta solía seguirle otra, y así sucesivamente hasta atravesar como una ola todas las filas.

Desde que recibió la última nota de Elvira no olvidó presentarse diariamente en la iglesia, unas veces a la misa matinal y otras al rosario. Si podía, se adelantaba al oficio y llegaba unos minutos antes. Desde niña le reconfortaba la quietud de los templos cuando estaban vacíos. En ellos se refugiaba, ya fuera para rezar en la intimidad o, sencillamente, para poner en orden sus pensamientos. El olor a incienso, la temperatura agradable que guardaban las piedras de los muros, la tenue luz de la estancia y la visión de las enternecedoras figuras del Cristo y de la

Virgen con el niño en brazos la sosegaban. Esos ratos robados a la horas de trabajo funcionaban como un bálsamo para su impulsivo carácter.

Había sido de las primeras en llegar, pero, en lugar de ocupar las primeras filas, como solían hacer las beatas, se sentó más atrás. Estuvo reflexionando sobre el último año transcurrido, contabilizando la cantidad de cosas que le habían ocurrido en tan corto periodo de tiempo. Probablemente nunca en lo que le quedaba de vida volvería a conocer un curso con tantos acontecimientos seguidos y tan extraordinarios. Pero la guerra es lo que traía, una descomposición de la rutina, un flujo constante de imprevistos, de sorpresas, la mayoría desagradables.

La guerra estalló el 18 de julio de 1936 y con ella llegó la primera separación y la primera congoja. A su hermano Sabino y a su cuñado Jesús, el marido de Mila, el golpe de Estado les sorprendió faenando en aguas del mar del Norte. Durante un tiempo se quedaron atracados en un puerto de Noruega. El armador dio orden de que el barco no regresara. No quería correr el riesgo de que fuese torpedeado en aguas del Cantábrico o incautado por el Gobierno vasco para ser reconvertido en buque de guerra, como ya le había ocurrido al Vendaval. Cuando ambos decidieron zarpar en el buque bacaladero, ella pensó que estaban locos. ¿Qué necesidad tenían de enrolarse en semejante aventura cuando en Ibayá no les faltaba trabajo? Decían que el salario era muy sustancioso, aunque Lucía sospechaba que las ganas de conocer mundo habían pesado más. Sin embargo, se guardó su opinión; si sus mujeres no ponían reparos a semejante desatino, no iba a ser ella quien protestara, aunque no le pareciera juicioso y el tiempo le diera la razón. ¿Cuándo regresarían a su tierra? Las últimas noticias datadas en el puerto de Stavanger anunciaban que por fin partían, pero no en dirección a casa, sino a Terranova, y de ahí a América. Y por esos mundos de Dios debían de andar los cuñados.

Al disgusto de esa separación se sumó la marcha de Carmelo, que la dejó para irse a luchar con un batallón de gudarís. Y, más tarde, su embarazo, lleno de sobresaltos a causa de los bombardeos; en junio el alumbramiento de Jone y, enseguida, la entrada de los nacionales. Y la primera gran injusticia: la detención del párroco Aurelio. En el mismo mes, cuando las secuelas del parto aún le molestaban, conoció la detención de Carmelo y tuvo que ponerse a buscar los avales. Y en medio de todo ese furor sufrió la violencia de un ser despreciable en un lavadero de ropa. Y observó la muerte en primer plano, y a raíz de aquello comenzaron las secretas entrevistas con Elvira, su salvadora. Y, sin resuello, emprendió el viaje a Castro, que no fue fácil y que la enfrentó de nuevo al miedo. Finalmente, Carmelo regresó, y Marichu se quedó a vivir con ellos. Con Carmelo en casa las cosas iban volviendo a su sitio. En un intento de recobrar los gestos habituales, una tarde fueron al cine, recientemente reabierto, y se gastaron dos pesetas en la entrada doble para reírse un rato con las ocurrencias de Buster Keaton, al que todos conocían como Pamplinas. Les empujaba el afán por dejar atrás la guerra, y por la misma razón, tras unas horas de descanso, su marido se presentó en la fábrica al día siguiente de su llegada. Agradeció a don Evaristo su recomendación para sacarle de la cárcel y la entrega del jornal en su ausencia. Llegó a un acuerdo con el patrón para devolverle el anticipo con horas extras y para pagarle la

máquina de etiquetado, que seguía esperando en el almacén como un canto a lo que pudo haber sido un gran negocio.

—No te preocupes, Lucía —le decía Carmelo—, que esta máquina empezará a funcionar en cuanto las cosas se normalicen un poco.

Ella no veía el futuro tan claro. Y eso que Carmelo ya había iniciado gestiones con posibles clientes y tenía la esperanza de que la pesquera de Ibayá contratase en pocos meses sus servicios.

Le costó volver a sentirse cómoda en los brazos de su hombre. Y se cumplió lo que tanto temió durante su ausencia. Sentir el cuerpo varonil de Carmelo sobre el suyo le recordó irremediablemente la embestida violenta del italiano, pero hizo de tripas corazón, ejerciendo por primera vez en su vida marital el arte del disimulo, con la esperanza de que el tiempo la curaría y de que, a fuerza de obligarse, acabaría disfrutando de nuevo. En esas estaba en el mes de septiembre y se sentía esperanzada. A medida que las noches se sumaban, el rechazo iba desapareciendo y su ánimo crecía. Sin duda llegaría el día en que la imagen del italiano tumbado sobre ella desaparecería para siempre. No había dicho a su marido una palabra de lo sucedido en el lavadero de Ibayá. Se lo había jurado a Elvira y se lo había prometido a sí misma. Si quería recuperar la normalidad, debía mantener limpio el mantel de su biografía. Por mucho que Carmelo la comprendiese, la imagen que él tenía de ella cambiaría irremediablemente, y aquella era una mácula que, por más que se frotara, no se podría borrar: el paño estaría teñido para siempre. Mantener el silencio no le resultaba fácil. En más de una ocasión temió que las palabras se le escaparan de la boca; tan grande era su desconsuelo, tan necesitada estaba de soltar lastre. Se aguantó, a pesar de que la pareja se había jurado, y hasta entonces había cumplido, un pacto de mutua sinceridad y de absoluta confianza. Lucía, con su mutismo, creía estar traicionando a su marido. La guerra también le había cambiado a él. Muchas veces encontraba a Carmelo con la mirada perdida, tan ensimismado como ella en sus propias reflexiones, como ahogado en el fondo oscuro de sus recuerdos. Una vez Lucía le preguntó:

—¿En qué piensas?, que estás aquí, pero no estás.

—En nada, mujer, cosas mías.

—Cosas de la guerra, supongo.

—En nada te digo, que son cosas mías.

—¿Es que no vas a contarme nada? ¿Vas a guardártelo todo?

—Hay cosas de las que es mejor no hablar. Se entierran para que no nos hagan daño y ya está. Es hora de pasar página —respondió Carmelo levantándose de la silla para dar por terminada la conversación.

Así que el mismo Carmelo le dio motivos para reafirmarse en su silencio. Además, qué necesidad había de añadir más desdicha a un hombre que, a la vista estaba, había sufrido en la guerra mucho más de lo que aparentaba. Imaginaba Lucía que los recuerdos de Carmelo tendrían que ver con los compañeros muertos, con la visión de la sangre y de los cuerpos despedazados, con la inmundicia de la cárcel, con la tortura, con las lágrimas de los presos, con las

humillaciones vividas. ¡Si supiera hasta qué punto ella también había conocido en sus propias carnes la ignominia y la violencia!

Tal vez Carmelo tuviera razón. Tal vez para seguir adelante había que dejar de hurgar en los dramas vividos. Pero costaba desprenderse de ellos. Menos mal que sus hijos, con sus preguntas, con sus demandas, con sus cantos y sus palabras les sacaban de sus ensoñaciones. De no haber sido por los niños, de haber vivido Carmelo y ella solos, el silencio se habría instalado entre ambos como el muro de una fortaleza y, con la fuerza devastadora de una serpiente de siete cabezas, los recuerdos dolorosos habrían acabado engulléndoles.

Lucía se decía a sí misma que había sufrido un empacho de italianos. Hasta la guerra no había conocido a ninguno, y ahora tenía tres rostros latinos en su haber. Estaba convencida de que eran una raza detestable, aunque, a decir verdad, de los tres que conoció solo uno merecía en justicia dicho apelativo. Sin embargo, aquel la marcó de tal manera que se fraguó en su cabeza un estereotipo difícil de deshacer: violentos, mujeriegos, engañadores y rufianes. Tuvo que lidiar con otro italiano, el pretendiente de su hermana, que parecía un muchacho amable, pero del que tampoco se fiaba por ser napolitano. Gracias a Dios, el siervo de Mussolini ya había regresado, junto a sus compañeros, a su querida Italia. Así que, al menos, esa cuestión estaba finiquitada. Pero el año convulso no daba tregua y, como los sucesos parecían empujarse unos a otros para tener cabida en semejante escenario de agitaciones, el joven anarquista, hijo de la sardinera de Santurce, iba a ser ejecutado esa misma madrugada, provocándole un hondo pesar.

Al oír las bisagras de la pesada puerta lateral, Lucía volvió la cabeza. Se fijó largamente en la figura femenina que acababa de entrar. Vestía de gris oscuro, con falda hasta media pantorrilla, una discreta chaqueta de cuello redondo que le daba cierto aire germánico, medias negras y zapatos oscuros que se ataban en el empeine con una cinta y un botoncito lateral, sin más ornamento que el anillo de casada, la mantilla de encaje y el rosario enredado entre los dedos. Elvira pasó junto a ella para sentarse unos bancos más adelante, pero no se fijó en Lucía, o no quiso fijarse. A esta le costaba creer que un cuerpo tan menudo, de tan escasa altura, de apariencia tan frágil e inocente, pudiera contener a una mujer excepcional que, aparte de poseer un carácter fuerte, marcado por la determinación y la terquedad, escondía un valor que ya quisieran para sí muchos hombres.

No le extrañó encontrarse con Elvira esa tarde. No era la primera vez que a lo largo del verano habían coincidido en misa o en el rosario, pero aquel jueves estaba segura de que la hallaría en la oración vespertina. El periódico y la radio locales lo habían anunciado a bombo y platillo: Ramiro Alsasua iba a ser ejecutado en el patio de la cárcel de Larrinaga. Cuando por la mañana leyó la noticia en el diario que el quiosquero colgaba con pinzas a modo de reclamo, no podía salir de su asombro. Cada día muchos presos eran ajusticiados, algunos tras pasar por un tribunal, otros sin previo aviso. Por lo general, como mucho se incluía una nota breve en las páginas interiores, de tal modo que quienes tenían familiares o amigos presos rebuscaban a diario, columna a columna, el nombre de su reo, por si este hubiera recibido el paseo sin que nadie les

hubiera avisado. Sin embargo, de vez en cuando, las autoridades escogían a un condenado a muerte y anunciaban su ejecución por los periódicos y las emisoras oficiales, con el ánimo de dejar bien sentada la mano férrea del nuevo régimen y de intimidar a los demás. Ramiro Alsasua había sido uno de los elegidos para el ensañamiento público. Y de qué manera. Con fotografía y grandes titulares. En la imagen publicada se veía a un hombre joven, delgado y malgastado por la vida y las penurias. Seguramente, los tipógrafos escogieron esa instantánea porque creían ver en ella la expresión de la maldad; sin embargo, Lucía, que no conocía personalmente al penado, solo pudo ver en el rostro en blanco y negro un fondo de humanidad derrotada. Y sintió por el joven más lástima de la que nunca pudo imaginar. Tal vez porque fuera anarquista, quizás porque se le acusaba de haber matado a un valeroso miembro del ejército italiano, quién sabe si porque su pobre madre era muy popular debido a su profesión, el caso fue que el pobre Ramiro sirvió para la propaganda, y esa madrugada el patio de la cárcel iba a ser testigo, junto a muchos de sus compañeros, de su muerte. O tal vez el destino jugaba a su favor, pues de otra manera ni Elvira ni Lucía se habrían enterado de la ejecución hasta días después de que hubiese ocurrido. «Debe ser cosa de Dios que este infeliz aparezca en los papeles —pensó Lucía mientras estrujaba las cuentas del rosario—. Dios ha querido que lo sepamos para que recemos por Ramiro, para que suframos con él.»

Desde que el hijo de Elvira se acercó una tarde de agosto hasta su casa, esta vez con una caja de baberos para Jone, rezó sin faltar un solo día por el hijo de la sardinera, cumpliendo así el deseo de su salvadora. Al conocer que finalmente Elvira no se delataría, respiró tan hondamente que casi se desmaya, experimentó una maravillosa sensación de fluidez, un vaciamiento interior que la hizo liviana, y se dijo a sí misma: «A empezar de nuevo, lastres fuera». Tras haberse desprendido de golpe de la angustiada incertidumbre que la acompañó durante días, prometió hacer como Elvira y acudir diariamente a pedir a Dios por el alma del que se había convertido, por circunstancias de la vida, en su benefactor. Así que no cabía esperar otra cosa: la víspera de la ejecución, ambas asistirían a las oraciones.

Lo que no comprendía Lucía era la cerrazón de su vecina, que seguía evitándola. El argumento de que resultaba imprescindible mantener las distancias a fin de no ser descubiertas ya no servía. Ramiro Alsasua había sido declarado culpable. ¿Por qué se negaba entonces a recibir su sincera amistad? A Lucía le hubiera gustado tenerla como amiga. Aunque arisca y recelosa, apreciaba en ella su inteligencia y su fortaleza. Sin duda, era una mujer extraordinaria. Y tenían cosas en común: ambas eran madres, con hijos de edades parecidas, vivían en el mismo pueblo, compraban en la misma tienda, acudían a la misma iglesia y odiaban a los falangistas. A ninguna de las dos les gustaba el cotilleo ni las habladerías, eran discretas, serias, amantes de la vida familiar y trabajadoras. ¿Qué le disgustaba tanto de su persona? ¿Acaso no creía, como ella, que juntas podrían superar más fácilmente una experiencia tan dramática? Lucía recordaba la primera vez que la vio, muchos años atrás. Se fijó en ella porque el carro en el que iba montada tuvo que pararse para dejar paso a la gente que celebraba con algarabía la fiesta de su patrono. Aquel día,

Elvira le devolvió la mirada y lo hizo con un gesto de disgusto. ¿Se acordaría su vecina de aquel lejano primer encuentro? ¿Era posible que esa primera impresión tuviera más fuerza que lo vivido últimamente? ¿Tan tozuda era que no pensaba darle otra oportunidad? ¿No se acordaba del día del bombardeo, cuando se quedó con el niño extraviado de la sastra hasta que esta apareció? Con lo que le hubiera gustado a Lucía tener una amiga de verdad, sobre todo desde que perdió la amistad de Carmen por culpa de su marido, que se metió a la Falange. Claro que contaba con su hermana Mila y con su cuñada Pilar, pero ambas eran de la familia y, en fin, no era lo mismo.

Se había topado con un muro bajito pero infranqueable, y no le quedaba más remedio que resignarse y olvidar lo sucedido en la soledad de sus quehaceres cotidianos, cuando, como rayos de tormenta seca, le asaltaban las imágenes del lavadero. Si eso ocurría, su cuerpo se paralizaba, dejaba el trapo a un lado, la cuchara de palo suspendida en el aire, la escoba quieta, la pastilla de jabón escapándosele de la mano, el embozo de la sábana a medio colocar. Se alegraba de que no le sucediera estando acompañada. Sus hijos, su marido o su hermana le habrían preguntado si le pasaba algo. Y habría tenido que hacer el esfuerzo de inventar alguna patraña estúpida. De cualquier forma, y a pesar de recibir tanta indiferencia, se juró a sí misma que, si Elvira la llamaba para lo que fuese, se presentaría sin demora.

ELVIRA

Le conmovió ver que Lucía también estaba en la iglesia, pero inmediatamente se sintió indispuesta, así que aceleró el paso hasta encontrar un asiento libre en la cuarta fila. Al poner la vista en el altar, donde el Cristo sufría clavado en su cruz y desde donde la Virgen María la observaba como una madre comprensiva, se le fue aliviando la desazón. Seguramente su vecina se había enterado de la terrible noticia por el periódico, y con su presencia demostraba ser una mujer de palabra. Cuando comenzase la oración, al hacer la señal de la cruz, al pronunciar el credo, al practicar el acto de contrición, al declamar el avemaría, el gloria y el padrenuestro, y cuando el cura fuese desgranando los misterios, ambas, cada una desde su banco, rezarían por el mismo motivo, compartiendo la misma petición, el mismo secreto. La certeza de esa silenciosa comunión le provocaba la sensación de que estaban solas en la iglesia y de que el resto de los feligreses eran meros figurantes que orarían ajenos a su común desvelo.

No podía evitar que le gustase Lucía. Al principio no le agradó. Al principio le pudo la mala impresión que aquel rostro femenino y sonrosado le produjo el día que la vio por primera vez desde el carro de sus enseres. Fue la primera mirada con la que se topó en Ibayá, y ciertamente la incomodó. Luego, tras el terrible suceso del lavadero, desconfió de ella. Temió que su aparente debilidad y su miedo desmesurado acabaran por llevarla a cometer un fatal error que la conduciría irremediamente a la cárcel por asesinato. Se equivocó, y lo reconocía. Lucía había demostrado tanta entereza y coraje como ella misma. A pesar de ello, le era imposible superar el rechazo absurdo que le provocaba su presencia. Cada vez que se la encontraba por la calle o en el colmado, algo irracional gritaba desde su interior, como si una herida interna se desgarrase, devolviéndole el pus de la memoria. Porque en cuanto la tenía enfrente regresaba, como si fuese real, la sangrienta escena de violencia que practicó contra aquel individuo. Todo se le volvía rojo y, a veces, hasta sentía náuseas. Lucía y su pesadilla caminaban de la mano. El maldito fascista italiano las había unido irremediamente, pero, como si se tratase de una maldición, las había condenado también a vivir de espaldas la una de la otra. Elvira no deseaba entablar amistad, al menos no de la manera en que lo anhelaba Lucía, pero llevaba muy mal el hecho de que fuese su propio cuerpo quien le negase el libre albedrío. No creía mucho en la amistad entre mujeres, y, aunque reconocía que Lucía era una mujer de gran valía, no pretendía traspasar la frontera que se había impuesto en sus relaciones con el vecindario. Opinaba que las confidencias fuera de las cuatro paredes de la propia casa nunca llevaban a nada bueno. Y todo se debía a que no se fiaba de sus congéneres, actitud lógica en alguien que pensaba que las mujeres hablan más de la cuenta y la mayoría tienen dos caras. Conversaba sobre asuntos banales con unas y con otras, de cosas tan

nimias como el tiempo, el precio del aceite o los trucos para cuidar las plantas. Además le convenía mantener estas buenas formas, ya que todas ellas eran clientas potenciales que algún día podrían tener la necesidad de encargarse un traje de comunión o de boda, o uno para el Domingo de Ramos. Hasta el momento, una barrera invisible le impedía mantener con Lucía incluso estos diálogos tan poco comprometidos. Por eso la evitaba. Quizás, de manera inconsciente, también se daba cuenta de que su vecina buscaba su amistad, y esa demanda silenciosa era causa añadida a su rechazo.

Mientras esperaba la entrada del cura, quien por cierto se estaba demorando, Elvira se sumergió en sus pensamientos. Si lo sucedido en el lavadero de Ibayá había sido resuelto, al menos en lo respectivo a las posibles consecuencias penales, otros asuntos seguían complicándole la existencia y algunos se iban resolviendo. Como lo de su cuñada Petra, a quien alguien de Gallarta avisó para que desistiera de ponerse en contacto con ellos, con el fin de que la pareja de socialistas no corriera peligro y para evitar a la familia de Ibayá la presión de las autoridades o las preguntas indiscretas. Hacía tres días que Manuel había visitado su pueblo minero. Ya nadie quedaba en la que fue su casa; sus padres habían muerto mucho antes de la guerra, y su hermana se hallaba lejos con Jesús, por eso iba por allí muy de vez en cuando, solo por ver la cara a algunos viejos conocidos y por visitar a su tía Gracia. En esta ocasión acudió, además, por orden de Elvira:

—Tienes que ir a Gallarta, a ver si alguien sabe algo de tu hermana.

—¿A quién crees que debo preguntar? Ya no me fío ni de mi sombra.

—Tú simplemente déjate ver. Hazte notar. Que se sepa que andas por allá. Que si alguien tiene noticias, ya se encargará de hacértelo saber.

—¿Y no crees que quien las tenga vendrá hasta Ibayá a contárnoslas?

—Pues no lo creo, ya ves. Que ya me encargué yo de que se enterasen de que tenemos a una de la Sección Femenina metida en el taller. ¡A ver quién se va a meter en la boca del lobo!

Un solo vino en la taberna de Juanchu y las noticias ya le llegaron a Manuel.

—¡Qué bueno por aquí, Manu! —le saludó un vecino de la casa en la que se había criado.

—¡Qué alegría, Pancraccio! ¿Cómo te va la vida?

—Va, que no es poco. Oye, por cierto, que he visto a la Valeria, que dice que pases a darle un abrazo, que hace mucho que no te ve.

Al oír ese nombre, Manuel supo que había noticias. No tenía trato con la tal Valeria, la viuda de un militante socialista, quien desde la muerte de su marido en 1932 se hacía pasar por beata para no despertar sospechas entre los guardias y así poder servir mejor a la causa obrera. Con el alzamiento, su condición de meapilas le valió como coartada para hacer de correo entre los militantes socialistas.

La carta estaba escrita con la primorosa letra de Petra. Aunque no había nada comprometedor en su contenido, Manuel la quemó después de leerla. Con la llegada de Rosario Cárdenas, el hombre sentía angustiosamente que los ojos de la Falange estaban puestos en él y esperaba que en

cualquier momento entraran a trompicones en su casa para registrarla. Si eso ocurría, mejor que no supieran que mantenía el contacto con su hermana. Se alegró mucho de que el inesperado embarazo de Petra, del que tenía noticia en ese mismo instante, hubiese hecho recapacitar a Jesús. A su juicio, se había comportado como un hombre, como un marido, aunque todavía no lo fuera, y había hecho lo que tenía que hacer: enviar a Petra a Francia por los Pirineos y dejarla allí a salvo. Su hermana le contaba que vivía en Céret, una villa que estaba muy cerca de la frontera, tanto que en la ciudad había una Puerta de España. Decía que aquello le gustaba, que era muy bonito, de aire muy puro, y que, aunque le faltaba el mar, vivía rodeada de verde, del verde de los bosques y de las vides. Que abundaban los frutales, sobre todo los cerezos, y que estaba deseando que llegara la primavera para verlos en flor. Optimista, como siempre, añadía que tal vez no le diera tiempo a conocer el despertar de las flores. Si la República aplastaba a los golpistas antes de mayo, ella regresaría enseguida a Bilbao. No mencionó la posibilidad de perder la guerra. «Europa nos va a ayudar, ya lo verás», le explicaba convencida. Jesús se había quedado en Barcelona «a cumplir con su deber», y ella aprendía francés gracias a la mujer que la había acogido, una panadera francesa que estaba enviada con un catalán del Alto Ampurdán. «Así que me voy a poner muy gorda, hermano, con tanto panecillo blanco y tanto bollo para desayunar.» Se despedía con un beso para cada sobrino, otro para Elvira, otro para él y un «¡Viva la República!».

¡Qué alivio sintió Elvira al conocer el paradero de su cuñada! La echaba de menos, sobre todo ahora que sabía que estaba embarazada por primera vez a sus treinta y siete años, tan añosa y tan sola en la vecina Francia. Cuando Manuel le contó lo de la panadería, Elvira imaginó esos manjares en la boca de sus niños y en la suya propia, untados en un buen café con leche no aguada. ¿Y si se fueran todos a Francia? Manuel no daba crédito a lo que oía de labios de su cabal esposa.

—¿Cómo vamos a irnos a Francia? ¡Ni que fuera tan sencillo salir de España! ¡Y nada menos que con cuatro criaturas!

—Ay, Manuel, que era solo un decir, un pequeño sueño.

—¡Cojones, Elvira, que me desconciertas! ¡Que no eres tú mujer de ensoñaciones!

—No digas palabrotas, y menos delante de mí. Ya sé que no es bueno perderse en fantasías, pero mencionar esos bollos y ponérseme la carne de gallina ¡ha sido todo uno!

Con la carta de Petra desapareció una de sus preocupaciones. Otras seguían quitándole el sueño. En primer lugar, las penurias por las que estaban pasando. A la deuda no abonada por el ejército republicano se sumaba la carencia en el pago por los trajes de faena que la Falange había incluido en el contrato. La Caja de Ahorros les había otorgado un préstamo para adquirir las telas, y no porque el crédito fluyera a mansalva, sino porque ya se encargó el jefe de la Falange de hacer llegar al director de la sucursal la orden pertinente. Así que debían dinero al banco por la adquisición del negocio y por la compra de material para el taller. Y no entraba en la casa un solo real. Esperaban con impaciencia la llegada del primer pagaré, hacerlo efectivo en la ventanilla y poder ir a la tienda a pagar las deudas que Araceli apuntaba con lápiz en su libreta azul.

Manuel estaba deseando que Rosario abandonase cada tarde el taller. En cuanto se iba por la

puerta, salía al balcón trasero para conectar la corriente directamente de la toma general, sin que pasara por su contador. Hasta ese momento los niños tenían prohibido encender una sola bombilla, y si por lo que fuera no era posible hacer la trampa, tiraban de velas, que eran más baratas que abonar la factura a la compañía eléctrica. Cada vez que Manuel salía a enganchar el invento, Elvira se ponía muy nerviosa: pensaba que en una de esas forzadas posturas que adoptaba para alcanzar el cable, subido en parte a la barandilla del balconcito, podría estrellarse contra el pavimento del patio y aplastarse los sesos; pero también se preocupaba porque alguien acabara denunciándoles, por más que su marido asegurara que los tres vecinos que tenían el balcón en su campo de visión hacían exactamente lo mismo, pues para algo les había enseñado él el truco.

La comida no les llegaba. Le dolió en el alma enviar a sus hijos a la cola de los italianos. Cuando las tripas rugen, no hay orgullo que valga. Manuel y ella no iban, se aguantaban el hambre si llegaba. No estaban en edad de crecer, y con unas pocas verduras y unas patatas iban tirando. Con eso y con lo que les regalaba la ría en bajamar. Hasta que se reabrió la escuela la primera semana de septiembre, sus hijos mayores se acercaban, en compañía de medio Ibayá, a los lodos y a las rocas, con un retel cada uno y una cesta de pesca. Siempre cogían alguna pieza, aunque, por lo general, no daba más que para condimentar un caldo. Cuando la marea estaba alta pescaban con caña. La tarea requería una destreza que ellos no tenían, por lo que la mayoría de las veces no pescaban más que un par de durdos, mientras se desesperaban viendo cómo los pescadores más experimentados eran capaces de capturar lubinas y lenguados.

Con la llegada de la falangista al taller, y tras atenuar su ira, Elvira llegó a pensar que tal vez tuviera la buena intención de traer comida para los críos. En Ibayá no había comedor del Auxilio Social, pero sí había niños desnutridos. Rosario Cárdenas vivía en Bilbao junto a otras compañeras de partido que, según le había contado, llevaban la «encomiable labor» de dirigir un comedor social para menores. No le hubiera costado nada traer cada día un pucherito al taller, como gesto de la caridad cristiana que tanto predicaba o por ganarse el afecto y la confianza de la familia. Ni una sola vez lo hizo. Manuel pensaba que seguramente la Cárdenas estaba esperando que ella se lo pidiera.

—¡Pues va lista! —respondía airada Elvira—. Ya pueden seguir haciendo cola donde los italianos, que yo a esa, ¡ni agua!

Rosario Cárdenas era como una garrapata adherida a la piel, un parásito en el taller, un bicho incómodo y muy cargante, como la mosca que va a la mermelada en la hora del desayuno, como el mosquito que baila sobre la cabeza del durmiente impidiéndole el sueño. Hablaba por los codos y en un tono muy alto, rompiendo la quietud que hasta su llegada fue característica de la sala de confección. Cuando no aguantaba más, Elvira subía al despacho a desahogarse con su marido. La víspera, sin ir más lejos, la sacó de sus casillas con sus comentarios.

—¡No soporto más a esta mujer! ¡Madre mía de mi vida! Todos esos discursitos que nos suelta como que no quiere la cosa van a acabar por dañar mis oídos. Para oír tantas estupideces casi mejor si me quedo sorda del todo.

—A ver, qué os ha soltado hoy —respondió pacientemente Manuel, a quien, si no fuera por la amenaza que suponía la afiliación política de la intrusa, esa situación le hubiera hecho gracia.

—¡Pues no dice que el fin de la mujer es servir de complemento al hombre! —explicó Elvira indignada.

—Eso lo dicen también los curas.

—No en el mismo tono. Y espera, espera, que ahora resulta que Dios os ha hecho más inteligentes y creativos. Que es un dato objetivo, y que las mujeres lo tenemos que aceptar con resignación. Y que por esa superioridad vuestra nosotras estamos a vuestro servicio. ¿Dónde crees que lavan el cerebro de esa manera?

—¡Joder, Elvira! ¡A ver si al final me van a gustar estas de la Falange!

—¡Que no digas palabrotas! Y no bromees con esto, que es muy serio. ¿Has pensado qué futuro le espera a nuestra hija si estas brujas imponen sus ideas?

—Para eso tienen que ganar la guerra...

—Ya. Pues eso —zanjó Elvira la conversación mientras salía por la puerta con el semblante sombrío, guardándose para sí su opinión. Manuel aún creía en el milagro de la ayuda exterior. Ella presentía que la República hacía aguas.

Solo por perder de vista a la falangista, Elvira rezaba para que la guerra terminara definitivamente. Se aferraba a la idea de que, acabados los combates, su taller ya no sería útil a los nacionales. Solo entonces recuperaría el control de su negocio, y estaba dispuesta a levantarlo mano a mano con Manuel. Pero mientras tanto convivía con el enemigo. Al margen de sus cansinas peroratas propagandísticas, le preocupaba el poder de la fascista. Y el acoso al que sometía a Julia, su empleada más joven. Pronto supo Rosario Cárdenas que el marido de su pupila había sido concejal socialista.

—Oye, Julia, qué callado te lo tenías, ¿eh? —le dijo de sopetón una semana después de su primera aparición por el taller.

Julia la miró sin comprender.

—No me mires así, mujer. No te hagas la tonta, que ya sé lo de tu marido. ¡Nada menos que un concejal socialista del ayuntamiento de Sestao!

El miedo apareció en los ojos de la joven, que se mantuvo prudentemente callada.

—Habrás recibido alguna visita, supongo.

—¿A qué se refiere? —preguntó incrédula Julia.

—¡Ay, hija, que pareces boba! Pues de quién va a ser, de las autoridades.

—Una noche vinieron a casa, sí. Pero yo ya les dije que no tenía nada que ver con las actividades políticas de Carlos.

—Carlos, eso es, Carlos Hernández Madariaga, para ser exactos. No te apures, mujer —las lágrimas empezaron a deslizarse por las mejillas de la costurera—, que ya sé que tú no tienes nada que ver con eso. Y quédate tranquila, que ya no volverán a molestarte. —La falangista hizo una pausa—. ¿Has recibido carta de él recientemente?

—En abril llegó la última.

—Desde Barcelona, supongo.

—Sí —respondió Julia buscando la mirada protectora de su jefa.

—No creo que recibas ninguna más —añadió Rosario haciéndose la misteriosa.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Ay, Julita, Julita! Que yo lo sé todo, y de lo que no sé me entero. A tu marido le han hecho preso. Está en Burgos. Y otra cosa que no sabes, pobrecilla: lo cogieron mientras retozaba con otra mujer, su compañera de viaje.

Julia se quedó blanca, incapaz de responder, tratando de procesar toda la información que estaba recibiendo de Rosario, quien parecía disfrutar con las malas noticias.

—Su amante, al parecer. Eso dicen. No sé si te suena el nombre, Adela López, maestra, asturiana y socialista como él. Supongo que se conocieron en Barcelona y que los tortolitos se ofrecieron encantados a hacer de emisarios. Pero, ya se sabe, la lujuria hace bajar la guardia y les pillaron cerca de Aranda.

—No la creo —se atrevió a responder Julia con la voz quebrada.

—¡Oye, guapa! Que no es de mi agrado darte este disgusto. Si te lo he dicho es para que no vivas engañada, esperando aquí como una tonta a un hombre que no merece tu afecto por mujeriego y por rojo. ¿Es que no te has preguntado nunca por qué no te llevó con él? ¡Mujer! Abre los ojos. Le estorbabas en sus andanzas. Y otra cosa te digo: desengáñate, el hombre infiel suele serlo desde el principio. Ya habrá por aquí cerca alguna otra tonta que estará lloriqueando por él en las esquinas.

—¿Sabe en qué cárcel está? Quisiera escribirle y aclarar el asunto.

—Sí que lo sé, pero no te lo voy a decir. Si quieres escribirle, vas a la Delegación y te informas tú solita. No pienso ayudarte para que te rebajes. ¡Qué poca dignidad! Es por tu bien.

Las costureras no podían creer lo que oían de labios de la falangista. Cuánta hipocresía, pensaba Elvira, y cuánta soberbia. Miró a Julia, que había dejado de llorar y se había puesto muy tiesa. Con los ojos le indicó que se tranquilizara. Rosario no soltaba a su presa. Con sus palabras la zarandeaba, como el perro que sacude con sus fauces el cuerpo frágil de una perdiz, y disfrutaba ahondando en la herida.

—De todas formas, Julita, tú no estabas casada. Al menos, no ante Dios. Que es como decir que eres otra vez soltera. La nueva España no va a admitir esos pecaminosos concubinatos. ¡Faltaría más!

Con esa declaración, la mayor de las empleadas tomó en ese mismo instante la decisión de obligar a su hija y a su yerno a pasar cuanto antes por el altar. En contra de su voluntad, la pareja se había casado ante un juez en junio de 1936 y ya tenían un crío. Las cosas estaban cambiando mucho. Y debían andar con cuidado, no fuera que al final las de la Sección Femenina quisieran llevarse al niño.

—Casada no estás, ya lo sabes. Pero, claro, virgen tampoco. Rogaré a Dios para que

encuentres un buen hombre que haga de tripas corazón. Ahora..., que la cosa está difícil.

Elvira no aguantó más. Las crueles palabras de Rosario estaban hundiendo a Julia, que se había echado a llorar irremediadamente.

—Bueno, señora, ya está bien. Ya le ha dado la noticia. Vamos a dejarla, ¿no ve el disgusto que tiene la pobre?

Rosario Cárdenas se sentía tan triunfal que ni siquiera pareció ofenderse con las palabras de Elvira. Miró a Julia, que lloraba a moco tendido, se acercó a ella, la agarró suavemente del hombro y añadió:

—No llores, Julita. Mejor saber la verdad, ¿no crees? Esto es lo que pasa por liarse con un rojo, que te complican la vida. Tú tranquila, mi vida, que eres muy joven. Cuenta con nosotras, con la Sección Femenina. Podemos ayudarte, si pones voluntad de enmienda, claro.

Julia pensó en escupirle, tirarle de los pelos y zafarse de su abrazo. No hizo nada. El miedo que le inspiraba Rosario Cárdenas fue más fuerte. La mano de la falangista continuó durante un rato quemando su espalda. Elvira se apiadó de su empleada. Cuando Rosario Cárdenas se marchó al baño, le dijo entre susurros:

—No te creas nada de lo que te ha dicho. Quiere hacerte sufrir por ser la mujer de un socialista. ¿No ves que es mala? Yo me voy a enterar de qué pasa con Carlos. Y no me preguntes cómo. Pero a la Delegación ni te acerques.

Así que cuando envió a Manuel a Gallarta le encomendó también la tarea de preguntar por Carlos Hernández. No hizo falta esperar para conocer el paradero del concejal. Valeria, la falsa beata, conocía lo ocurrido; de hecho buscaba en esos días la manera de ponerse en contacto con Julia. Sentada en el banco de la iglesia, Elvira meditaba sobre qué le había molestado más: si confirmar el disgusto a su empleada o si tener que dar la razón a Rosario Cárdenas. Desde ese momento se le abrió otro frente: debía evitar a toda costa que la jefa de grupo de la Sección Femenina lograra convencer a Julia de su causa. La joven, que ya de por sí era de carácter débil, se encontraba en una situación de desengaño y desamparo tan grande que no era descabellado pensar que acabaría aceptando la supuesta ayuda que le ofrecía la falangista.

—¿Por qué no vienes conmigo a una de nuestras reuniones? Conocerás a chicas como tú, muchas han pasado por lo mismo, y se las ve tan felices ahora —la invitaba constantemente.

De momento, Julia había rechazado las invitaciones, pero si el acoso se intensificaba, tal vez por miedo, acabaría cediendo. Elvira se creía en la obligación de evitarlo a toda costa. Las de la Sección Femenina eran muy hábiles tocando la fibra sensible de las mujeres que se sentían solas. Las embaucaban poco a poco, les ofrecían una especie de cobijo solidario y palabras de consuelo, las engatusaban con meriendas, ropa nueva y toda clase de comodidades que tenían negadas en su hogar. Mezclando estas sutilezas con sus mensajes entusiastas eran capaces de convertir a muchas. Elvira había resuelto que ella iba a servir de contrapunto, que iba a ejercer una contraofensiva, que iba a ofrecer a Julia la fuerza y la lucidez que le faltaban. Meditaba entonces la idea de que el final de la guerra militar en Ibayá traía consigo otra guerra, la de las mentes. ¿Por qué ese interés

en mantener a Julita lejos de la influencia de Rosario? Elvira buscaba la respuesta a esa pregunta y se daba cuenta de que sentía un afecto especial por ella, probablemente porque había llegado al taller siendo casi una niña y llevaba muchos años con ellos. La había visto hacerse una mujer, tan reservada, tan silenciosa, tan aplicada en sus quehaceres, tan torpe a la hora de comprender las bromas de sus compañeras. ¿Qué había visto el socialista en una joven de tan poco carácter? A veces Elvira pensaba que lo que a Carlos Hernández le gustó de su empleada fue precisamente su docilidad. También la mayoría de los hombres de la izquierda preferían a las mujeres manejables; no había, en su opinión, gran diferencia entre ambos bandos. Pero no era únicamente el cariño personal hacia la joven lo que la afirmaba en su decisión de presentar batalla a la Cárdenas. En su fuero interno creía que de esa forma aportaba su granito de arena a la lucha contra los absurdos ideales que se iban a imponer a partir de entonces. Por su condición de mujer y madre de cuatro hijos no había luchado en el frente, pero ese hecho no la alejaba de la obligación moral de resistir, aunque su margen de maniobra fuese tan estrecho y tan doméstico.

Elvira dirigió su mirada hacia la puerta de la sacristía. Ni rastro del cura, que ya sumaba diez minutos de retraso. ¿Le habría ocurrido algo, o su tardanza era una muestra más del menosprecio que mostraba hacia todos ellos? Con rabia se dijo a sí misma que si entre los fieles se encontrara alguna autoridad, el párroco ya estaría allí, tieso como una vela. Al recorrer con sus ojos la panorámica de la nave vio a Felisa Ibáñez, sentada junto al pasillo, ubicación escogida con el fin de estirar su pierna dañada y apoyarla en un cojín que se había traído de casa, absorta en la contemplación de la imagen de la Virgen. Pobre mujer, pensó, al tiempo que recordaba el tormento interior que sufrieron ella y Manuel meses antes, hasta decidir qué hacer con sus hijos. Los chiquillos de Felisa estaban en Rusia. Los suyos, en casa.

Desde el mismo instante en que Petra vino a ofrecerles la evacuación de sus hijos a un país extranjero, Elvira, soslayando su modo habitual de proceder, antepuso sus sentimientos y su intuición a la lógica de la razón. Parecía más sensato enviar a los niños a un lugar seguro; además, Petra se desviviría por ubicar a sus sobrinos en una buena casa de acogida. Enviarlos en un barco significaba menos preocupaciones y menos bocas que alimentar. Cada vez que pensaba en esa posibilidad le venía a la mente la angustia que ella misma experimentó el día que se despidió de sus padres. Durante un bombardeo tuvo un momento de duda. Pasado el peligro, se recompuso y recobró la determinación. Cómo se alegraba ahora de su decisión, de su pelea con Manuel, que no tenía las cosas tan claras. De no haber actuado así, estaría en la misma situación que la pobre Felisa, rezando por recobrar a sus hijos, cuya fecha de retorno desconocía.

Petra no la convenció ni siquiera cuando le notificó que el Departamento de Asistencia Social había recibido en una semana casi mil setecientas solicitudes para la evacuación, esperando que el ejemplo de otros padres convenciese a su cuñada. De su boca siguió brotando el no. La primera salida tuvo lugar en marzo, cuando cuatrocientos niños embarcaron en el puerto de Bermeo con destino a Francia.

—Habrán más oportunidades —insistió Petra a su hermano.

La fuerza demoledora de la Legión Cóndor, la destrucción de Guernica en abril y las amenazas de Mola de arrasar Vizcaya extendieron el miedo entre la población. El Gobierno vasco organizó entonces las evacuaciones masivas. Muchas familias pasaban el día a las puertas de los refugios. El pánico era tan grande que algunas se dividían en dos grupos para evitar la muerte de todos sus miembros si una bomba llegaba a alcanzarles. Elvira no cedió ni siquiera en eso. Juntos afrontarían lo que fuera, incluso la muerte. A Elvira no le frenó únicamente el deseo de permanecer con los suyos, sino también el temor de que sus hijos conocieran la muerte en la soledad de un buque, entre gente desconocida. Ella sabía por las alocuciones de radio procedentes del bando nacional que las autoridades franquistas se oponían frontalmente a esta evacuación, escuchó sus amenazas de apresar los barcos y sus mentiras propagandísticas cuando afirmaban que los menores eran evacuados en contra de la voluntad de sus padres.

Petra le explicó que los niños eran inscritos en la sede del partido y que se podía elegir el destino: Francia, Gran Bretaña o la URSS. Pero por más facilidades que su cuñada le presentaba siguió dando el no por respuesta. A pesar de todo, le tocó vivir muy de cerca el éxodo. Precisamente, a causa de Felisa Ibáñez.

Conocía a Felisa. En tiempos de la República, cuando los pedidos del taller abundaban, la tuvo contratada. Elvira le acercaba los buzos de trabajo ya montados, y Felisa los pasaba a máquina en su casa. Le pagaba por pieza. En junio de 1937, uno de los hijos de Felisa llamó a la puerta del taller.

—Que dice mi madre que si puede usted pasarse por casa —dijo el niño con la frase bien aprendida.

La sastra salió al poco rato y se presentó en la vivienda. Se encontró a Felisa tendida en la cama, la pierna vendada y la cara llena de heridas.

—Me hirieron en el último bombardeo. Justo cuando me dirigía al refugio. Esta mañana he salido del hospital. Pero no te preocupes, no es para tanto.

—¿Quieres que me ocupe de los críos? —se ofreció Elvira.

—A los niños los cuida mi vecina. Quiero que me hagas otro favor. Tu cuñada Petra: ve a ver si me los puede embarcar para que sean evacuados. Dicen que están organizando muchos barcos.

—¿Cómo te vas a separar de ellos, mujer? —trató de convencerla.

—Lo tengo decidido, Elvira; después de lo que me ha pasado, lo tengo muy claro. No quiero que mueran, ni que me los dejen lisiados.

—¿Lo sabe tu marido?

—¡Qué va a saber! Si no sé ni si está vivo. He puesto avisos en la prensa por si alguien sabe de su paradero, pero no he recibido respuesta.

Como muchos otros, Felisa había publicado una nota bajo el epígrafe «Indagando paraderos», un espacio reservado para que las familias buscaran a los parientes cuyo paradero desconocían. Así encontró una de las mujeres del taller a su hermana, a la que la guerra había sorprendido en Hernani.

—Está bien, si es lo que quieres, hablaré con mi cuñada.

—En la cómoda de la entrada está la documentación de María y de Facundo. Se la llevas y que los apunte. —Como la madre no logró despojarse de su fe, por mucho que alentase los principios sociales del comunismo, puso a su hija el nombre de la Virgen, y su marido eligió para el chaval el del dirigente comunista Perezagua.

—¿Y qué destino eliges? Me ha comentado Petra que los padres podéis decidir a qué país mandarlos.

—Lo mismo me da, que elijan ellos. Pero que me escriban en cuanto lleguen para saber dónde los han recogido y qué tal los tratan. Seguro que van acompañados por maestros y enfermeras, ¿verdad?

—Por lo que me cuenta Petra, todo está muy bien organizado. Les dan bien de comer y siguen enseñándoles. Algunos se van a quedar en campamentos, y otros irán a casas particulares de buenas gentes que se apiadan de ellos.

—Dile a Petra que se asegure de que no los separan. Que tienen que estar juntos todo el tiempo.

Ese mismo día Petra les asignó un barco, el Habana, que saldría el 13 de junio con cuatro mil quinientos niños rumbo a Burdeos. Entregó a Elvira una cartulina para cada uno, que debían prenderse en el pecho. En ella aparecía un número, su nombre y el país de destino.

—¿Rusia? ¿Les vamos a mandar a Rusia? ¿No dices que ese barco va a Burdeos?

—Claro que va a Burdeos, pero es la primera parada. Desde allí los reparten a otros países, uno de ellos es Rusia. Los hijos de tu amiga embarcarán en otro buque. Mira, aquí pone el nombre: el Sotnay, y partirán hacia la ciudad de Leningrado. Mira, Elvira, sé que Rusia queda lejos, pero se apuntaron tarde y ya no quedaban plazas para Francia ni para Inglaterra. Además, ella te dijo que le daba igual el país de destino.

A Felisa no pareció importarle.

—Ahora te voy a pedir otro favor, Elvira, el último. Yo, en este estado no puedo acompañarles al puerto. Quiero que los lleves tú. Petra estará allí, ¿verdad?

—Sí, mi cuñada ayuda en la organización.

—Pues eso, quién mejor que vosotras dos para aseguraros de que los embarcan donde les corresponde. Seguro que Petra encontrará algún maestro que los cuide de forma especial.

—Está bien, yo los llevaré —se comprometió. Aunque no tuviera ganas de ver un escenario de despedidas, tampoco podía negarse.

De vez en cuando, las caritas asustadas de María y de Facundo le venían a la cabeza. Iban agarrados de la mano, con sus pequeñas maletas de cartón, en las que la madre había colocado sus abriguitos de paño y sus botas de invierno, porque en Rusia hacía frío hasta en verano. No lloraron en el puerto, a pesar de que las escenas resultaban desgarradoras. Chiquillos gritando que no se querían ir, madres sollozando, hombres escondiendo la cara mojada por el llanto. Palabras repetidas una y otra vez: a los mayores, «Cuida de tus hermanos», a los más pequeños, «No te

separen», y a todos ellos, «Portaos bien». Palabras de aliento y esperanza: «Veréis qué bien os dan de comer», «Pronto volveremos a estar juntos». Palabras pronunciadas con angustia: «Escribid mucho», «No nos olvidéis en vuestras oraciones». La marabunta de gente congregada en el puerto fue impecablemente organizada. Maestros, voluntarios como Petra y personal sanitario se encargaron de que los niños subieran ordenadamente al barco. En procesión, como patitos que entran al agua, fueron ascendiendo por la pasarela, donde los marineros les saludaban alegremente como si se fueran a un crucero de excursión. Una mujer, desolada, pedía que acogieran a sus hijos. No estaban inscritos. Al final, un jefe de la expedición se apiadó de la madre y les hizo los papeles allí mismo. Eran tres críos de no más de cinco años que parecían debatirse entre la envidia que les daban los niños que sí tenían la tarjeta en la solapa y el temor a separarse de su madre. Fueron los últimos en subir al buque. Alzaron la pasarela. El barco emitió un rugido que a Elvira, mientras veía las manos alzadas en gestos de adiós, le pareció un profundo lamento. Si había mantenido alguna duda sobre su decisión, se disolvió totalmente esa triste mañana. No habría podido resistir la despedida ni la incertidumbre que asoló a los familiares en cuanto el Habana zarpó rumbo a Burdeos.

El cura apareció por la puerta y se situó en el altar. «Apliquemos este rosario por el triunfo de la causa de Dios y de España y por la rápida pacificación de los pueblos», comenzó diciendo sin pedir disculpas por el retraso. Al escuchar esta proclama se avinagró el espíritu de muchos de los asistentes. Elvira y Lucía, como los demás, se tragaron la bilis, dejaron de lado sus divagaciones y se centraron en el rezo. En sus pensamientos fluía constantemente un nombre, Ramiro Alsasua, el anarquista que por pagar su pecado se iba a convertir en su mártir particular. Moriría en pocas horas, como tantos otros. En un amanecer más, jóvenes de un bando y de otro mancharían de sangre tapias y pavimentos. Y tan solo dos días después de la ejecución, por la ribera de la ría, se escucharía gritar a Higinia, con lágrimas en los ojos, «Sardina freskue».

Mayo de 1940

RENATA

Sobre la mesa camilla reposaba la carta con matasellos de España. Renata miraba abstraída el papel, aunque de vez en cuando sus ojos se posaban en su hijo. Sentado sobre la alfombra, Claudio se entretenía haciendo construcciones con fichas de madera. Cuánto había crecido. A sus cuatro años era más alto que la mayoría de los niños de su edad, y más serio; pasaba las horas con juegos tranquilos y solitarios, dibujaba con lápices de colores, levantaba torres, resolvía rompecabezas. Le gustaban los libros. Era tan grande su deseo de aprender a leer que Renata había comenzado a enseñarle las letras y algunas sílabas. El curso siguiente iría a la escuela primaria, y a ella le parecía que, si empezaba con algo de ventaja, se sentiría más seguro. Desde la muerte de Bruno, caído en la guerra de España, su obsesión era sacar adelante a su hijo y darle un futuro mejor. Claudio era un niño despierto y muy observador, y a juicio de su madre esas eran cualidades propias de los más inteligentes. Se había empeñado en darle estudios, y soñaba que llegaría a ser alguien importante. Para lograr sus metas tenía claro que debían abandonar Portovenere.

En el pueblo no le quedaba nadie. El corazón de su padre solo aguantó seis meses más después del primer infarto. Su madre mandó esculpir una imagen de san Lorenzo en la lápida e inscribir una rúbrica que decía: «Lorenzo Acosta: amado esposo, padre generoso y gran español». Desde su muerte, Anna Bernardi pareció un alma en pena; ni siquiera los cariños de su nieto la consolaban. Cada vez más silenciosa, más apática, Anna se fue abandonando a la melancolía en una especie de proceso de renuncia que se manifestaba en su propio cuerpo: cada vez más menguado, más encogido, los ojos sin brillo, la cara demacrada. Renata asistía impotente a este implacable derrumbe y, por más empeño que ponía para que saliera de ese estado, Anna no vencía al desconsuelo. Al contrario, cada día era peor. «Lo superará —le decían—, es el duelo que hay que pasar.» Renata no comprendía la reacción de Anna y se movía entre la compasión y el resentimiento. Sentía una pena profunda por ella, por verla dolorida, agrietada y descompuesta. A medida que pasaba el tiempo, la impotencia la llevó a abrigar momentos de rabia contra la mujer, que no tenía derecho a abandonarles a ella y a Claudio. Siempre había sido como un alcázar, una mujer valiente y luchadora, ¿cómo era posible que se dejase llevar por la pena? ¿Es que su hija y su nieto no eran razones suficientes para recobrar la ilusión de vivir? Además de ir al médico, que no supo dar con una medicina adecuada, Renata recurrió a todas las estrategias posibles: caricias, besos y mimos, recriminaciones, gritos y lamentos, palabras razonadas, argumentos lógicos y sentimentales. No sirvieron de nada. Como un pajarillo, se murió de pena seis meses después de su marido. Desde entonces, ella y Claudio estaban solos.

Renata lloró mucho la muerte de su madre. Se juzgó muy mala hija por haberla reñido y le pidió perdón frente a la tumba un millón de veces. Al enterrarla se dio cuenta del enorme poder que en ocasiones puede tener el amor. Un poder extraordinario y peligroso que presenta dos caras: la constructiva, que regala la felicidad del compartir, y la aniquiladora, que destruye a quien lo sostiene. Su madre había amado tanto a Lorenzo que llegó a olvidar su identidad, y al morir él ya no se encontró en ningún sitio, tan extraviada en el mundo como el perro lazarillo que pierde a su amo y ya no sabe para qué le sirven los ojos. Cómo iba a culparla si ella misma estuvo a punto de caer en el abandono cuando el mar se tragó a Bruno.

Seguían viviendo en la casa de Berto, a pesar del empeño de su suegra porque se fueran a vivir con ella. Nada más lejos de sus intenciones. Aborrecía a esa mujer que se pasaba el día hablando de su difunto hijo como si se tratara de un santo y que seguía teniendo accesos de cólera. Ni siquiera su avanzada edad, su decrepitud y su inestable salud consiguieron ablandar a Renata. Hacía un año que la anciana se hallaba en silla de ruedas. Ella cumplía lo justo con sus deberes de nuera, dejando la mayoría de las veces a las tías de Berto el cuidado de la enferma. Esa conducta le valió las críticas del vecindario, pero ella siguió en sus trece. Primero eran su hijo y ella misma. La señora de Sandrini no se merecía sus desvelos. Dijeran lo que dijeran los demás.

La carta la miraba desde el mantel estampado de la mesa. Podía ser una solución a sus plegarias. Desde la muerte de sus padres venía cavilando la forma de salir de Portovenere, de empezar una nueva vida en otro lugar, más grande, más cosmopolita, con más oportunidades para ella y para Claudio. Con la pensión de viudedad vivían humildemente, tenían lo justo para comer y vestirse, pero no le llegaba para ahorrar. No heredó de sus padres más que algunos muebles. El huerto lo habían vendido años atrás a un primo para pagarse los pasajes del fallido viaje a Argentina. La casa tampoco era de su propiedad. Pensó en pedir ayuda a sus hermanos, tal vez ellos tendrían dinero suficiente para costear dos pasajes a la tierra prometida, pero las cartas de América se habían distanciado con el tiempo, y la última, en respuesta a la noticia de la muerte de Anna Bernardi, resultó desalentadora. En ella su hermano Pietro le contaba lo que no había sido capaz de confesar a sus padres: hacía años que él y Marco ya no se hablaban. Al principio todo había marchado bien, hasta que, según su versión, la esposa de Marco empezó a meter cizaña. Su hermano no explicaba en qué había consistido el enfrentamiento. Renata pensó que en el fondo de la disputa debía de estar el maldito dinero, sustancia diabólica que pudre las relaciones fraternales más sólidas. Pietro también revelaba que nada había sido fácil en el país que les acogió, que no dejaban de ser unos italianos que se ganaban la vida como podían. Juntos abrieron un negocio de venta de licores al detalle —calificado de muy próspero en las viejas cartas—, pero, tras la riña entre hermanos, lo vendieron y se repartieron el dinero. Ahora él trabajaba de empleado en un restaurante italiano. Marco había emigrado a la Pampa, de donde era oriunda su esposa. No sabía nada más de él. Renata tuvo entonces la certeza de que nunca viajaría a Argentina. No quería ser testigo de esa ruptura. Además, después de tanto tiempo, tal vez la recibirían más como una carga que como una bendición. Al fin y al cabo, qué sabía ella de sus

hermanos mayores, que emigraron siendo muy jóvenes y habían formado sus propias familias con mujeres de las que sabía aún menos. Una vez más, Argentina le daba la espalda.

Cuando se enteró de la verdad de Pietro y Marco se alegró de que el intento de viaje transoceánico en compañía de Anna y Lorenzo se hubiese malogrado. ¿Cómo habrían reaccionado sus padres al ver que sus hijos, a los que habían educado en los ideales de lealtad y amor fraternal, no se miraban a la cara? Era preferible que hubieran muerto en la ignorancia, sumidos en la ilusión de que habían triunfado, codo con codo, al otro lado del océano.

Con la idea de labrarse un futuro mejor lejos del pueblo, Renata pensó que la solución pasaba por buscarse un trabajo que le permitiera ir ahorrando. Pero hasta que el niño empezase el colegio esa idea era inviable. No tenía tiempo para compaginar un empleo con el cuidado de Claudio y, desde luego, no estaba dispuesta a dejar a su hijo a cargo de su suegra ni de sus tías. Así que tenía decidido empezar a trabajar en septiembre, tal vez en el campo, quizás en el puerto, o, con un poco de suerte, como empleada en una de las tiendas de Portovenere. Todavía no entendía cómo había sido capaz de contarle estos planes a la madre de Berto, que, como era de esperar, puso el grito en el cielo.

La carta le ofrecía una nueva oportunidad. España era un destino deseado, un lugar que siempre quiso conocer, un país que sentía como propio por todo lo que su padre le había relatado. Al fin y al cabo, por sus venas fluía sangre gallega. Miraba a Claudio y se preguntaba: «¿Y si nuestro futuro está en España? Coger ese barco significará decir adiós a Portovenere y perder de vista a la abuela. Sería curioso que recorriéramos tú y yo el mismo camino que hace tantos años hizo mi padre, pero en dirección contraria y con más comodidades». Poco a poco, la idea fue cobrando fuerza en su interior. Como si el papel tuviera el poder de contagiar la ilusión y la esperanza, acariciaba los márgenes, y al contacto de la carta se iba convenciendo de que esa aventura era posible. La invitación, con membrete oficial, solo hablaba de una breve visita a España. Rozó con más empeño la hoja y volvió a leer el texto. A medida que avanzaba por las líneas, se fue persuadiendo de que tenían que ir a España y de que, una vez allí, ya se las arreglaría para que la tierra de su padre acabara cobijándoles. «A veces lo que no se planifica es lo que mejor resulta —se decía—. Yo planifiqué una vida con Bruno, y se malogró. Luego planifiqué una existencia sosegada junto a Berto, y resultó la gran estafa de mi vida. Tal vez es tiempo de dejar que el destino decida, y es probable que esta carta sea una señal.»

Se oyeron las campanas de la iglesia, un sonido familiar que le agradaba, como el trino melódico de los pájaros en primavera cuando, apoyados en el alféizar de la ventana, la despertaban de la siesta. Eran los placeres que no olvidaría, los que guardaría entre sus recuerdos, como el romper de las olas en la playa o el bufido de los barcos al llegar a puerto, como el olor de las flores en mayo o el de la leña quemada en diciembre. Trataría de guardar únicamente las imágenes amables de Portovenere y alejar para siempre las sombras de los días desdichados. Otros sonidos y otros olores la aguardarían a más de mil kilómetros. Dejó la carta sobre la mesa. El sortilegio se había cumplido. Una luz nueva brilló para Renata. Si hubiera

estado acompañada de otra persona, esta se habría dado cuenta de que su rostro estaba mudando a un semblante renacido, más bello que nunca, los ojos brillantes, el color de la emoción tiñéndole las mejillas. Era aquella la expresión de una energía interior renovada, creciente, de una dicha que manaba desde la esperanza, desde la ideación de planes y proyectos aún por definir, como si su vida a partir de entonces fuera un lienzo blanco, recién estrenado, que esperaba ser pintado de colores vivos. España dejaba de ser tierra de nostalgia y morriña y pasaba a ser el perfil de su futuro. En el cuaderno de su vida aún immaculado ella escribiría con la pluma de su empeño, y por sus páginas habrían de desfilan rostros nuevos, nombres que aún no sabía pronunciar, lugares todavía desconocidos, costumbres que debería aprender y vivencias inimaginables.

Cesó el tañido de las campanas que llamaban al rosario vespertino. Ella no pensaba ir, no era su costumbre, y menos desde que tenía a Claudio. Se asomó a la ventana y observó el cielo. Las nubes que habían ensombrecido la mañana empezaban a disiparse, dejando en el cielo invitadores espacios de azul. La llegada del sol primaveral había hecho subir la temperatura. Las aves, contentas, se empeñaban en lucirse con sus cantos. Era como si su alegría tuviese un efecto contagioso en la naturaleza, como si el azul del cielo quisiera mostrarle su acuerdo abriéndose paso entre los nimbos grisáceos, como si los pájaros aplaudiesen su determinación con su particular concierto.

Se agachó junto a Claudio. Después de alabar la bonita construcción que pretendía ser un fabuloso castillo con almenas rojas y murallas verdes, le propuso:

—¿Nos vamos a la playa un ratito?

—¿Podré hacer allí un castillo de arena?

—Claro. Coge la paleta del carbón y ese bote de hojalata. Así te resultará más fácil construir las torres.

—Voy a hacer también un foso. Y lo voy a llenar de agua. ¿Me vas a ayudar?

—¡Pues claro, vida mía! Me encanta hacer castillos de arena. De niña bajaba muchas veces con el abuelo Lorenzo hasta la cala, y él siempre me ayudaba.

Bajaron la cuesta agarrados de la mano. A Renata le producía un placer inmenso caminar así con Claudio, percibiendo el tacto suave e infantil de su mano regordeta, pellizcando con delicadeza los hoyuelos de sus nudillos, sintiéndose imprescindible. Ya llegaría el día en que dejaría de necesitarla, en que se avergonzaría de sus arrumacos, en que volaría del nido hacia otros brazos femeninos. Mientras tanto, ella respiraría con profundidad el olor de su hijo y se deleitaría con la ternura de su piel.

En la playa no vieron a nadie. Muchas mujeres estarían en el rosario, y otras en el puerto, esperando la llegada de los pesqueros. Cuando hacía buen tiempo, los vecinos de Portovenere tenían por costumbre acercarse hasta la cala para disfrutar de la puesta de sol. El estrecho arenal todavía tardaría en llenarse de familias. Esa era la soledad que buscaba Renata. Miró a la derecha, a su roca, el santuario desde el cual solía hablar a su amado, al muchacho que murió ahogado en medio de una tormenta y que se llamaba Bruno. No trepó hasta la roca por miedo a que

Claudio la siguiera y pudiera lastimarse. En cambio, se acercó a la orilla, se descalzó y dejó que las frías aguas del Mediterráneo le acariciaran los pies. Mirando en dirección al horizonte volvió a hablar a Bruno como si lo tuviese enfrente, capaz de recordar cada pliegue de su rostro. Para conseguir que los rasgos de su novio se le fijaran permanentemente tuvo que librar una dura batalla contra la traidora memoria. El tiempo tenía el poder maléfico de desdibujar la cara del ser amado. Por ello se obligó a mirar con detenimiento, cada día, la única fotografía que guardaba de él. Estaba bellissimo, con su sonrisa llena de vida, con una mirada profunda y cautivadora que iba dirigida a ella, porque fue Renata quien le sacó la instantánea, con la cámara del tío de Bruno, un viajero del mundo que guardaba tomas de todos los sitios por los que pasaba y que, de visita en Portovenere, hizo fotos a todos los que se lo pidieron. El tío Francesco le enseñó a usar la máquina, y Bruno posó para ella. Aquel día se divertieron.

«Allá donde vaya estarás conmigo, Bruno —expresó Renata con el pensamiento—. Voy a ser feliz, te lo juro. Pero ayúdame, dame fuerzas. Cada vez que me asome al mar, a este Mediterráneo nuestro o a cualquier otro, pensaré en ti. Porque fuiste lo más importante de mi vida, la razón de mis momentos de mayor felicidad. Sigues ahí, mirándome por algún agujerito, entre las olas y el cielo. Lo sé porque te percibo, te veo cuando miro a lo lejos, más allá de la espuma. En la línea del horizonte se me aparece tu cara, sonriendo, como en la foto que te hice. ¿Te acuerdas? ¡Qué guapo eras!»

—¡Mamá, mamá! —gritó Claudio desde su castillo.

Renata abandonó a Bruno y se dirigió hasta el chiquillo.

—¿Qué pasa, hijo?

—¡Que se me derrumba la muralla! ¿Me ayudas o qué?

ELVIRA

La muchacha, que ya había cumplido los quince, comenzó a toser. Se colocó un pañuelo blanco de hilo sobre la boca, se agarró el pecho con la mano izquierda y bajó la cabeza. Elvira le acarició el antebrazo y le golpeó la espalda para mitigar los espasmos. Miró a Manuela, que bajo la mantilla negra parecía más pálida y más delgada, y observó, alarmada, que sus ojeras se habían pronunciado como cavernas moradas. Hacía una semana que el cuerpo de su hija mostraba signos de debilidad, de una salud enfermiza. Dirigió la vista a los bancos de los hombres y vio a Manuel, rodeado de sus hijos varones, que las observaba con el semblante preocupado. En su cruce de miradas se cerró un acuerdo: no esperarían más; por más terca que se pusiese la niña, acudirían al médico, costara lo que costara.

La iglesia estaba abarrotada. Era 23 de mayo y, en Ibayá, como en cada rincón de España, se celebraba el día del Corpus Christi. La parroquia era un punto de encuentro y un escaparate que mostraba cómo cada familia iba sorteando los tiempos. Algunos iban saliendo de las penurias poco a poco, y esa ventaja se podía apreciar en el vestuario. Quienes tenían un salario fijo habían recuperado la costumbre de comprar a sus hijos vestidos y zapatos nuevos para el día de Ramos, y, a fin de aprovecharlos, los lucían también en misa. Sin embargo, la mayoría continuaban con sus ropas remendadas y calzaban zapatos heredados y remachados por arriba y por abajo.

El taller de los Jiménez empezaba a recibir con cuentagotas pequeños pedidos de algunas empresas; sin embargo, casi todas las industrias tenían otras prioridades, y renovar la ropa de trabajo no se encontraba entre ellas. Además, muchas fábricas decidieron que el vestuario se lo pagara cada empleado de su propio bolsillo. Las familias obreras preferían zurcir los buzos, los pantalones y las camisas de faena a meterse en más gastos. Elvira y Manuel no rechazaban ningún encargo, ajustaban los precios al máximo. Para la festividad de Ramos confeccionaron media docena de vestidos de niña, todos de color blanco, que sus clientes les pagarían a plazos. En los años del hambre, muchas madres de Ibayá que disponían de algunos ahorros para adquirir ropa nueva preferían ir a Bilbao, en parte porque pensaban que los sastres de la villa eran mejores, y en parte porque era la manera de que nadie se enterara de lo que se gastaban.

Frente a los alardes y pavoneos de épocas pretéritas, la miseria y el hambre eran tales que en el pueblo se evitaban los signos de ostentación y, de hecho, los vestidos recién estrenados eran mucho más sencillos que los de antes de la guerra. Los bordados resultaban caros y demasiado llamativos. Desde la instauración del nuevo régimen se impusieron rápidamente los ideales del ahorro y la austeridad, en parte por las penurias económicas, pero también como una forma de vida promovida por el estado nacional-católico. El exceso estaba mal visto en todos los ámbitos

de la vida. La gente de la calle tenía que ahorrar en palabras, lo que llevaba al dominio del silencio. El lenguaje es pensamiento, y a los ojos del Gobierno el pensamiento resultaba peligroso. Frente a esta frugalidad impuesta en las bocas de los ciudadanos proliferaba el exceso de los discursos, de las proclamas políticas y de los artículos periodísticos de la prensa adicta, la única que existía, que llenaba sus columnas de párrafos farragosos, metáforas grandilocuentes y signos de exclamación. La austeridad se manifestaba también en el vestir, en los colores neutros y apagados de los trajes y en los escotes recatados; en las muestras de afecto, relegadas a la intimidad del matrimonio, prohibidas antes de pasar por el altar; y en las diversiones cada vez más sosas, menos espontáneas. Lo espontáneo era signo de libertad, y la libertad había muerto arrollada por los militares. Esta mentalidad cicatera se traducía en las leyes que regían el país, una única religión, un único idioma aceptado, un único partido... Había que ser austero incluso a la hora de quedar con los amigos. Los grupos también eran sospechosos y estaba prohibido juntarse más de tres personas sin permiso de la autoridad competente. La sobriedad y el espíritu de sacrificio se vendían como características consustanciales y exclusivas de los españoles, bastiones de la virtud en un mundo corrompido por el ateísmo. A fuerza de meter miedo en el cuerpo, esta idea se fue extendiendo como una mancha de aceite, como un gigantesco tul negro que hubiera sido confeccionado cosiendo todos los velos de misa que había en España, bajo el que quedaban ocultos los anhelos, las voces críticas y las pasiones.

El vestido de Manuela también era recatado y muy bonito, de color malva, con falda plisada, cuello a la caja y cinturilla de terciopelo, una labor sencilla y de excelente tejido. Manuel trajo el retal de los almacenes Abadía para que Elvira se hiciese un traje nuevo, pero en cuanto esta acarició la suavidad de la tela llamó a su hija para tomarle medidas. Mientras Manuela llegaba hasta el taller, el padre protestó.

—¡Si he traído la tela para ti!

—¡Deja, deja! ¿Para qué quiero yo estar guapa? Ni soy guapa ni lo voy a conseguir por mucho que me vistas como a una reina. La niña sí que va a estar preciosa con esta tela. Va a tener un Domingo de Ramos como las demás. Yo me voy a arreglar el vestido de la boda, que lo tengo ahí muerto de asco. Tendré que sacar un poco de los costados, que se me han anchado las caderas. Aunque con lo que he adelgazado desde que empezó esta miseria volverá a entrarme, te lo aseguro. Y va a parecer nuevo: le voy a cambiar el cuello. Tengo por ahí unos restos de batista que voy a ribetear a ganchillo, y voy a subir un poco el dobladillo, que ahora se lleva algo más corto.

—Vas a parecer un año —refunfuñó Manuel.

—Te equivocas, marido, voy a parecer una señora. Y si parezco otra cosa, me da igual.

—O una gobernanta —masculló el marido, molesto por el desaire.

—¡Pues eso, lo que tú digas! —respondió Elvira con la boca torcida.

—Ya le echaré yo un vistazo a ese viejo traje. A ver si le cambio un poco el corte y le doy un aire nuevo. Que tú te conformas con cualquier cosa —cedió él finalmente.

Manuel no contaba con un jornal fijo, así que lo que ingresaban lo administraba Elvira con mucho tino. Nunca sabían qué les depararía el mes siguiente. Tenían gastos a los que hacer frente: había que pagar a las empleadas —que dejaron de cobrar un salario fijo y empezaron a recibir una cuantía variable en función de las horas contabilizadas— y les quedaba mucho capital que devolver al banco para levantar la hipoteca del edificio, además de que cada día debían poner un plato en la mesa.

Pasado el acceso de tos, Manuela miró a su madre y le sonrió mientras se secaba los ojos, que se le habían humedecido a causa del esfuerzo. Para Elvira era, sin lugar a dudas, una muchacha preciosa. «Gracias a Dios» había heredado los rasgos de su marido. El rostro de la joven, sin embargo, no era el de una mujer especialmente guapa, aunque tenía la candidez femenina de los quince años y una melena negra y rizada, espesa y brillante, que cuidaba con esmero y de la que Elvira se sentía especialmente orgullosa. Lo más destacable era su figura, construida sobre un cuerpo alto y estilizado, aunque desde las últimas semanas la delgadez iba cobrando aspecto de fragilidad. Dos días antes, Elvira le dijo que tendrían que ir al médico, pero la niña se negó.

—Madre, eres un poco exagerada —le respondió mientras ahogaba otro acceso de tos—. Si no es más que un catarro que pasará solo.

Justo cuando el público se puso en pie para recibir al párroco, que ya se colocaba en el altar mayor, Matías se aproximó al banco donde estaban su cuñado Manuel y sus sobrinos. Elvira le miró con desaprobación. «Este hombre, siempre tarde», pensó. Sin embargo, estaba contenta de tenerle cerca otra vez. Llegó por sorpresa, sin aviso previo, un par de meses antes. Fue el pequeño Javier quien abrió la puerta.

—Madre, que hay un señor que dice que es mi tío Matías.

Elvira salió corriendo y se encontró con su hermano mayor, al que no había visto desde que abandonó Tobal de la Sierra. Ya no era un muchacho, sino un hombretón de casi cuarenta años, pero lo hubiera reconocido en cualquier parte, no solo porque conservaba el pelo sin canas y seguía delgado, sino sobre todo porque mantenía la misma mirada y esos hoyuelos que se le hacían en las mejillas cuando sonreía.

—Por el amor de Dios, ¿qué haces tú aquí?

Matías sonrió y abrazó a su hermana.

—Me he venido una temporada a trabajar a las minas.

—¿Y tu mujer? —quiso saber Elvira, que conocía los pormenores de la familia a través de dos o tres cartas que regularmente recibía cada año.

—Se me murió el mes pasado. Te mandé una carta, pero no te habrá llegado —dijo con el semblante triste—. Luego te cuento.

Matías conoció a sus sobrinos y a su cuñado. Contó que en el pueblo la miseria era grande y que como allí nada le retenía había tomado la decisión de trabajar, de momento, en las minas. Con el tiempo, y si salía algo mejor, se colocaría en una fábrica. Más tarde, cuando los niños se hubieron acostado, Matías explicó lo ocurrido.

—Desde la muerte del crío parecía como muerta en vida. ¡Pobre Paloma! Cuatro abortos seguidos, y para una vez que el embarazo le dura los nueve meses, el crío se nos muere por asfixia.

—Tuvo que ser terrible para ella..., y también para ti —dijo Elvira tratando de imaginar el calvario sufrido por la pareja.

—No te lo puedes imaginar. Yo hubiera tirado la toalla después del tercer aborto, pero Paloma quería ser madre a toda costa. Era su mayor ilusión. Cuando el bebé nació muerto, ya no volvió a ser la misma. Se me puso triste, cada día más triste, apenas comía, deambulaba por la casa como un fantasma, no hablaba. Y cayó enferma. En tres meses se murió.

—Sabía que había perdido al niño y que estaba enferma, pero no que fuera tan grave.

—El médico dice que se murió de debilidad, por no comer. Que en cuanto cogió un catarro su cuerpo no supo hacerle frente. Paloma se murió de pena, de eso estoy seguro. Y te juro, Elvira, que no pasa un día en que no me culpe por ello.

—Y tú, ¿qué podías hacer?

—¡Algo más! Podría haberla llevado a un sanatorio, o haberla sacado de Tobal para que empezara a ilusionarse con una nueva vida. ¡Cualquier cosa! Pero me quedé observando impasible su tristeza, esperando como un tonto que la vida misma se la quitara. Me he tenido que marchar porque allí no aguanto más. Todo me recuerda a ella, y lo peor es que me acuerdo solo de los dos últimos meses, cuando más encerrada estaba en sí misma. Tengo que hacer un esfuerzo para volver a verla de muchacha, tan guapa y sonriente, tan llena de vida.

La mayor parte de las cosas que le contó Matías ya las conocía, pero su hermano le aportó algunos detalles. Le explicó, por ejemplo, que su padre había tenido un bonito detalle con los abuelos maternos, encargando una lápida con una inscripción muy poética.

—¿Cómo están?

—¿Los padres? Mayores, cómo van a estar, que tienen ya sesenta años. Madre anda mal de los huesos, y a padre eso del tabaco le está matando. Azucena, que parece que va para vestir santos, les cuida bien. Dejaron la casa de La Fresca y ahora viven en Tobal, en casa de los abuelos. Así están más cerca del médico. Los demás van de vez en cuando a visitarles, con los críos, y eso les da alegría. ¡Ya sabes lo niños que son! Me dan muchos recuerdos para ti; les gustaría tanto que fueras a verles un día...

—Ni que fuera tan sencillo. ¡Pues menudo viaje!

—Madre pensó que irías al entierro de los yayos o a alguna de las bodas.

—¡Que no es tan fácil! Con los niños, el taller y todo esto... La vida nos arrastra, Matías. Lo que no puede ser, no puede ser. ¿Por qué no vienen ellos?

—Por lo mismo, y porque son mayores, supongo.

—Bueno, pero tú estás aquí, y yo estoy contenta de tenerte cerca. Gracia va a cuidar muy bien de ti, pero si necesitas algo, lo que sea, aquí está tu familia. Y espero que vengas cada domingo a vernos.

Y desde entonces los días festivos iban juntos a la misa de Ibaya, comían en familia y por la tarde echaban una brisca. Los niños adoraban al tío Matías, que, a falta de hijos, disfrutaba de sus sobrinos, jugaba con ellos, los subía a hombros, se tumbaba en el suelo del patio para lanzar las canicas y les contaba unos chistes muy graciosos. Elvira nunca hubiera imaginado que la presencia de su hermano le pudiera hacer tan feliz. Y solo pensaba en la manera de sacarlo de la mina, que no era vida para nadie, y de buscarle otro empleo más cerca de su casa. También le hubiera gustado encontrarle una novia, pero hacer de celestina no iba con su carácter. Elvira rumiaba otra idea: si lograba que Matías sacara el carnet de conducir, su futuro podría cambiar. Para ello necesitaba un vehículo en el que poder practicar. Ella sabía de uno, el del marido de Araceli, la del ultramarinos. Después de la guerra, el comerciante recuperó su vieja camioneta Ford de la sección de decomisos, y desde entonces la tenía parada. No sabía conducir, y le daba miedo aprender. Para colmo, había escasez de gasolina. El vehículo había sido asunto de su socio, pero estaba refugiado en Francia y no podía volver. Elvira ya había tanteado a la tendera.

—Ahí la tiene, en la cochera, muerta de risa —le explicó Araceli en la trastienda—. Cuando la gente empieza a tener dinero en el bolsillo, la pongo a la venta, ¡vaya que sí!, aunque mi marido no quiera, que dice que la tiene que guardar por si regresa Eduardo. ¡Será iluso este hombre! Si el pobre Eduardo se va a quedar en Po por los siglos de los siglos. ¡Qué remedio! ¡Y gracias! Que si le pillan no sé lo que hubiera pasado.

Sin duda, la camioneta constituía una oportunidad para Matías. La cabeza de Elvira no paraba de dar vueltas al asunto. Barajaba varias posibilidades: que su hermano se asociase con Amancio para montar un servicio de transportes; que Matías le pagase al tendero un alquiler por la Ford y se dedicase a hacer portes, o que simplemente le contratara como chófer. Tampoco descartaba la idea de que Manuel y su hermano se unieran en el asunto de la camioneta; no estaba de más poner los huevos de la economía doméstica en varias cestas, aunque esta posibilidad exigía la dura tarea de convencer a su marido. Antes de nada, su hermano tenía que obtener el carnet, y para eso debía ahorrar y aprender a conducir.

Manuela le pegó en el hombro, y con la cabeza le indicó que en la tercera fila se encontraba Julita, su empleada. Durante unos días no había ido al trabajo. Estaba enferma del estómago. Su presencia en misa probaba que ya se había recuperado. A veces pensaba en Julita como la perfecta candidata para su hermano viudo, pero después descartaba esas ocurrencias. No iba con ella entrometerse en los asuntos de los demás, y eso que su empleada era otra vez una mujer soltera. El Gobierno de Franco anuló su matrimonio civil con Carlos Hernández, de quien ya no quería saber nada. Le gustaba Julia por su discreción, por su timidez y porque desde que recuperó su soltería no había mostrado ningún empeño en buscarse otro hombre. Durante los seis meses que la falangista estuvo incordiando en el taller, Julia lo pasó mal. A todas horas Rosario Cárdenas la atosigaba con la Sección Femenina. Quería ganarla para la causa. Julia se resistió como pudo, guardando silencio, centrándose en el trabajo y poniendo mil y una disculpas para no acudir a las reuniones a las que cada día era invitada.

—No se te ocurra ir —le advertía Elvira cuando se quedaban solas.

—Que no, Elvira, que no voy con esa —contestaba ella con escaso ímpetu.

Durante aquellos meses, el calvario de la muchacha pareció no tener fin: a las malas noticias que recibió de su marido se le sumaron los comentarios malintencionados de Rosario, y a estos le siguió la insistencia de la falangista para reconducirla por el buen camino. Cada mañana iniciaba su perorata con alguna frase lapidaria de Pilar Primo de Rivera. También le traía revistas, panfletos de la Sección Femenina, invitaciones para el teatro o el cine, para acudir a cursillos de cocina, para realizar ejercicios espirituales, para ir de excursión o para hacer obras de caridad, y no paraba de explicarle la importancia de la gimnasia o del recato en el vestir. En el taller, la voz chillona de Rosario Cárdenas fue el estridente fondo sonoro que acompañó sus horas.

El día que la falangista trajo el último sobre con el importe de la factura de los uniformes y se despidió, todos respiraron aliviados, y Julia volvió a ser la misma. Recuperó la alegría, incluso superó el trago de su fallido matrimonio. La semana anterior a ponerse enferma, Julia había recibido una carta de Carlos, la primera desde su detención. En ella le contaba que estaba preso en la cárcel de Porlier, en Madrid, y que le habían ofrecido trabajar en la obra del Valle de los Caídos para redimir parte de su condena. Necesitaban expertos dinamiteros, y él era uno de ellos. También le explicaba que le pagarían cincuenta céntimos diarios a él y dos pesetas a su mujer, pero que como la nueva legislación no reconocía el matrimonio civil, y por tanto ella no tenía derecho a cobrar, se le había ocurrido pedir permiso para que el cura les casase en la prisión. Así ella recibiría el jornal. En la carta no encontró Julia ni una sola referencia a su infidelidad, ni tampoco una palabra de amor; aquel papel parecía más una solicitud administrativa que la epístola de un marido del que no había tenido noticias en tres años. ¿A qué venía acordarse de ella ahora? ¿Pretendía pagar su falta haciéndola beneficiaria de esa miseria de jornal? ¿Qué se había creído? Todo eso le había dicho, iracunda, a Elvira, quien vio con asombro cómo la muchacha mostraba un arrojado desconocido. El dolor de la ausencia y de la traición se transformó en rabia. Ese cambio le sentaba bien. Con el tiempo superaría la cólera hasta llegar a la indiferencia, y cuando eso ocurriera, más pronto que tarde, Julia podría comenzar una nueva vida. Esa misma noche, la costurera respondió a Carlos: «Soy soltera, tengo trabajo y soy feliz; déjame en paz».

El cura dijo «*Dominus vobiscum*». El misal de Elvira cayó al suelo junto al zapato de su compañera de banco, que se agachó para recogerlo. Hasta ese instante, Elvira no se había percatado de quién se sentaba a su lado, pero al entregarle el librito sagrado sus miradas se cruzaron y la mujer le sonrió. «¡Vaya por Dios! —pensó Elvira—, si es la mujer del cabo de la guardia civil.» ¿Había cierta complicidad en esa sonrisa o eran solo imaginaciones suyas? «Probablemente ni me ha reconocido», pensó la sastra. Conoció a la esposa del guardia un aciago día en el cuartelillo, meses atrás, justo el martes de la semana de Navidad. Aquel fue un mal trago. Alberto recibió un buen castigo, estuvo dos días encerrado en la casa y se perdió la gran nevada. Las calles estuvieron atestadas de niños gritones y felices que hicieron muñecos, se tiraron por las cuestas con tablones y se golpearon unos a otros con bolas húmedas, frías y blancas. A Manuel y a

Elvira les dio mucha pena que el crío, que todavía no había cumplido los diez años, se perdiera el festín. Y en su fuero interno se alegraron de que en las campas aledañas la nieve resistiera otras dos jornadas más para que pudiera disfrutar un poco con la novedad. Lo que no imaginaba Elvira era que el castigo lo sufrió también Tere, la hija de Lucía, que se pasó los dos días esperando que su amigo apareciera para tirarle una bola de nieve. Les dio mucha lástima, pero su conducta exigía una sanción a la medida, por mucho que su intención hubiera sido loable. Era necesario que aprendiera que en la nueva España había que andarse con ojo.

Fue precisamente Julia la que les avisó. Había dejado el taller para irse a comer cuando vio que el hijo de su jefa y otros cuatro críos eran llevados al cuartelillo.

—¿Adónde los llevan? —se atrevió a preguntar al guardia.

—¿Conoce usted a estos golfos?

—A este lo conozco.

—Pues avise a sus padres, que se pasen por aquí.

—Yo soy el hijo de Bernardo, el zapatero —gritó uno llorando.

Y los demás fueron vociferando, desesperados, el nombre de sus padres, esperando que Julia les avisara. Corrió hasta el taller para avisar a Manuel y a Elvira, y luego fue buscando a las otras familias, que se congregaron en las oficinas. En el fondo, todos los progenitores se sintieron orgullosos de la osadía de los chavales, aunque mantuvieron el ceño fruncido delante de los guardias y reprendieron a sus hijos. La mujer del cabo, que andaba barriendo las oficinas en ese momento, medió a favor de los niños. Mientras pasaba la escoba por las esquinas, metía baza en el asunto sin parar de limpiar: «Travesuras de chavales. ¡Una buena reprimenda y *arreglao!*», dijo varias veces mirando con aires de complicidad a las madres allí reunidas. Finalmente, para evitar que los llevaran ante el juez, las familias se comprometieron a pagar una multa.

Alberto y sus amigos se habían acercado a las vías del ferrocarril a jugar al hínque. Cerca de ellos se encontraba otro crío al que no habían visto nunca. Al paso de un tren, el desconocido empezó a hacer movimientos con los brazos, y varias mujeres se pusieron a lanzar sacos y cestas de comida por las ventanas del vagón. Eran las estraperlistas, a las que el niño avisaba con sus aspavientos de que en la siguiente estación esperaban los guardias para un registro. Patatas, pimientos, manzanas, sacos de café, chocolate y otras maravillas se desparramaron por la tierra. Alberto y sus amigos no se lo pensaron: en uno de los sacos fueron introduciendo todo lo que encontraban entre la hierba. El niño trató de impedirlo.

—¡Eh, vosotros! ¡Que eso no es vuestro! ¡Dejadlo ahí!

—Que te crees tú eso —contestaron mientras echaban a correr.

Como la mercancía pesaba mucho, se pararon a descansar debajo de un roble.

—¡Qué contentos se van a poner en casa! —dijo uno de ellos.

—¡Hay chocolate! —exclamó con los ojos extasiados el más pequeño.

—Tenemos que repartirlo bien. Vamos a hacer lotes, y cada cual luego a su casa.

En eso estaban cuando apareció una pareja de la guardia civil.

—¡Vaya, vaya! —dijo el cabo frunciendo el bigotillo—. ¿Qué tenemos aquí?

Intentaron escapar, pero la voz de «¡alto o disparo!» los detuvo en seco. Los policías recogieron la comida, la metieron de nuevo en el saco y se los llevaron a la comisaría. Y los padres fingieron vergüenza ante la autoridad, aunque entendían que lo que sus hijos habían hecho era la consecuencia lógica del racionamiento y de los abusos de los estraperlistas, de la miseria y la escasez en la que vivían. Era la picaresca del pobre, que no tiene más remedio que ingeniárselas para sobrevivir y aprovechar las oportunidades que se presentan. La intención había sido buena, pero el peligro resultaba extremo, y además no estaba bien coger lo ajeno. Así se lo explicaron a Alberto, quien no estuvo de acuerdo con el castigo ni con la reprimenda. Al fin y al cabo lo que acababa de hacer no difería mucho de lo que hacía su padre cada noche con la toma de electricidad, pero escuchó en silencio, con la mirada gacha, mientras pensaba que a la siguiente oportunidad tendría más cuidado. En el fondo, lo que más les dolió a los muchachos fue que el saco se lo quedaran los guardias y que los hijos de estos estuvieran merendando el chocolate que ellos consideraban suyo. La recompensa a su hazaña vino después de las vacaciones, cuando en el patio del colegio sus compañeros les felicitaron tras cantar el *Cara al sol* en la cotidiana izada de la bandera. Incluso algunos estudiantes de los cursos superiores les llamaron valientes, y ellos se hincharon de orgullo. Tanto que no les importó que el cura, delante de toda la clase, les llamara pecadores, golfos y ladrones y les mandara como castigo copiar cien veces durante el recreo la frase «No volveré a robar porque el hurto es un pecado».

Elvira observó a su hijo Alberto en la fila para comulgar. Iba como un angelito, delante de su padre, con las manos unidas bajo la barbilla en señal de recogimiento. Recordó entonces la primera comunión del niño. La hizo en la primavera de 1938, un miércoles, junto a sus compañeros de clase y otros niños de las escuelas públicas. Aquel día lo bañó, le restregó con fuerza la mugre que se le acumulaba entre las uñas y detrás de las orejas, le arregló las patillas con las tijeras de la costura y le puso un pantalón nuevo, de franela gris, que había confeccionado Manuel aprovechando las perneras de uno de sus pantalones de domingo. El niño se quejaba de que le picaba la tela y de que tenía hambre.

—Pues no hay desayuno que valga, que hoy vas a comulgar. ¿O quieres cometer pecado mortal?

—No, madre, pero tengo hambre —respondió mientras se rascaba los muslos.

—Luego desayunaremos con tu padre, y más tarde iremos a Gallarta, que Gracia te quiere ver.

Mientras Manuel se quedaba a cargo del taller y su hermana iba al colegio, Alberto tomó la primera comunión en una iglesia llena de madres y niños pequeños. Los hombres tenían que trabajar y no podían asistir al evento. Después de la misa se acercaron a la casa para que Manuel le felicitará. Elvira les preparó unas tostadas de pan negro. A media mañana se acercaron hasta Gallarta, donde la tía Gracia lo esperaba con varios obsequios: dos pesetas, una tableta de chocolate y unos tebeos nuevos.

Tras repartir a los feligreses el cuerpo de Cristo, la iglesia se envolvió en un silencio absoluto. Todos se pusieron de rodillas, en oración, pero Elvira se distrajo observando por el rabillo del

ojo a sus hijos varones, tan pequeños que en esa postura la carita no les llegaba al reposabrazos. Aquel recogimiento, aquella seriedad imitada de los mayores, le hizo gracia.

—*Oremus* —dijo el cura y todos se levantaron.

Al acabar la liturgia, mientras se iban descolgando los bolsos de las perchas, se doblaban los misales y se guardaban los rosarios, el cura dijo que antes de dar su bendición final les tenía que leer un aviso. Cuando Elvira oyó la noticia se quedó lívida. Nunca hubiera imaginado que eso podría pasarle a ella.

LUCÍA

Por unos segundos, mientras observaba a Carmelo y a los niños inclinados hacia el suelo, con la cabeza baja, buscando conchas, piedras curiosas y cristales pulidos por las olas, la guerra, los miedos, la angustia y la miseria parecían no haber existido nunca. Lucía se había quedado sentada sobre la arena cuidando los jerséis y mirando el mar, una inmensidad de agua tranquila y esmeralda. El día del Corpus había amanecido soleado y fresco, un auténtico regalo de la naturaleza en tiempos de escasez.

Después de la misa, la familia tomó el tren hasta Algorta para ir a la playa. Los niños descendieron deprisa la pronunciada cuesta que daba a la bahía, ansiosos por llegar. En el arenal y en el paseo muchas personas disfrutaban del aire primaveral. Al observar el panorama desde lo alto, Lucía pensó que aquella era una estampa engañosa que ocultaba el hecho de que, tan solo un año antes, España había vivido la guerra, un cuadro trampa que escondía la realidad de sus terribles consecuencias. Se deshizo de estas reflexiones, decidida a hacer como el resto: tratar de vivir los momentos dulces del presente. Se situaron en el lado derecho de la playa, cerca del puerto de pescadores. En el otro extremo, donde estaba el balneario, había demasiada gente, la mayoría residentes de Neguri, el barrio de la gente rica. La familia se encontraba más a gusto en la zona de las rocas, donde, si había marea baja, podían entretener a los niños buscando carramarros o quisquillas. Allí se divertían, rodeados de personas que se parecían más a ellos. Sin embargo, Lucía no podía evitar sentirse atraída por ese otro paisaje humano que componían las familias pudientes.

Sobre el acantilado se alzaban majestuosamente los palacetes, todos ellos rodeados de verdes jardines bien cuidados. La mayoría eran construcciones de piedra, de enormes dimensiones, de estilo montañés, en cuyas fachadas se abrían amplios ventanales que miraban a la bahía del Abra. Por caminos empedrados bajaban a la playa las niñas, empujando los carritos ingleses de los bebés y arrastrando niños primorosamente vestidos con sus trajes de marinero, sus falditas de organza o muselina y sus zapatos de charol. Buscando el favor de la brisa marina, hombres y mujeres se sentaban en las sillas de playa dispuestas para ellos sobre la arena, protegiéndose del sol con las sombrillas de rayas, mientras leían el periódico y charlaban animadamente. En la orilla, algunos se refrescaban los pies, dejando que la espuma blanca del mar les acariciase la piel.

Lucía acusaba una punzada de envidia. Deseaba para los suyos el bienestar de las clases pudientes. No envidiaba el lujo que les rodeaba, pero sí la tranquilidad de una vida sin preocupaciones, la felicidad de una existencia de fresqueras atiborradas de quesos, embutidos o

latas, y la paz de un mundo repleto de comodidades. Estaba convencida de que aquellas señoras y sus sirvientas ni hacían cola en las tiendas ni necesitaban llevar la cartilla de racionamiento en el bolso. Seguro que en sus despensas no faltaban la mantequilla, el aceite, el chocolate o el jabón. Para Lucía era un calvario comprar exclusivamente lo que les era asignado. Ella, que había hecho suyo el dicho de «más vale que sobre a que falte», se veía ahora cara a cara con un país de miseria, ingeniándose para hacer el puchero más atractivo a base de ingredientes baratos, cocinando platos nuevos con restos de carne o de tocino, con espinas de pescado, devolviendo un hueso de pollo a una olla de agua para dar sabor a un caldo de verduras. Por eso era la abundancia lo que más envidiaba de las señoras de Neguri. La necesidad de la gente de su clase era tal que los maravillosos trajes, lazos y mantillas que exhibían no llamaban tanto su atención como los pastelitos que comían sus niños o los aperitivos que las doncellas llevaban a los señores. Le maravillaban sus casonas, pero no creía que pudiera ser más feliz entre aquellas nobles paredes que en su propia casa; admiraba las telas de sus trajes como quien admira una obra de arte, sin el más leve deseo de colgarla en su salón. Pero cuando pensaba que aquellos niños ricos comían lo que se les antojaba y que cada mañana saldrían de paseo oliendo a colonia y a jabón de rosas o jazmín, caía en la cuenta de lo grandes que pueden ser las injusticias sociales. El resto de su estilo de vida no la atraía mucho, si bien, como a la mayoría, le provocaba curiosidad. Por ejemplo, ella no habría sido capaz de vivir con toda una recua de doncellas y mayordomos, demasiados ojos ajenos hurgando en su intimidad, ni habría dejado el cuidado y la educación de los niños en manos de extraños. Disfrutaba con su prole, incluso con sus llantos y juegos ruidosos, y por nada del mundo renunciaría al placer de sentirlos cerca cada minuto.

Carmelo era como un crío cuando estaba con sus hijos. Le gustaba jugar con ellos, hacer castillos de arena, llevarlos en volandas, pegar patadas a la pelota y correr. Lanzaba gritos de júbilo cuando alguno atrapaba un cangrejo o despegaba un caracolillo de la piedra húmeda y verduzca. No era un hombre que contara cuentos o historias, eso se lo dejaba a Lucía, pero sabía congeniar con los chiquillos a través de los juegos. La niña de Marichu, la pequeña Fina, una criatura gordita de dos años, le seguía como un perrito faldero. Adoraba a Carmelo y demandaba más que ninguno de sus propios hijos una caricia o un beso. Al mirarla con los brazos extendidos reclamando a su tío que la cogiera «aúpa», Lucía pensó que al final el disgusto del embarazo de su hermana había sido una bendición. Tal y como predijo su marido.

Poco antes de la Navidad de 1937, Lucía se encontró a Marichu llorando desconsoladamente. Y a las preguntas de su hermana, entre sollozo y sollozo, entre mocos que caían y que la muchacha se iba limpiando con el delantal, confesó su embarazo. Lucía tuvo que contar hasta veinte para no saltarle a la yugular, pero se dio cuenta de que no era momento para abroncarla. Al fin y al cabo el asunto no tenía solución y el desconsuelo de su hermana requería otro tratamiento.

—¿Quién es el padre? —logró decir.

—Roberto —contestó Marichu hipando.

—¿Qué Roberto?

—El italiano.

—¡Acabáramos! —exclamó Lucía sin poder contenerse—. ¡Mira que te lo avisé!, que no te fiaras de los soldados. ¡Pero claro, para qué me ibas a hacer caso! —Al instante se dio cuenta de que estaba dando alas a su rabia y suavizó el tono—. Entonces, ¿de cuánto estás?

—De más de tres meses.

—De casi cuatro diría yo. Los italianos se marcharon a finales de agosto. Marichu movía la cabeza en señal de afirmación, sin atreverse a mirar a su hermana a los ojos.

—¿Has sabido algo de él? ¿Te ha escrito al menos una carta?

—No. Pero me dijo que me quería.

—¿Y tú le creíste? —contestó Lucía en un tono más duro del que hubiera deseado.

Marichu comenzó a sollozar. Estaba claro que al disgusto por su embarazo se sumaba la pena de no tener noticias de su amado, de sentirse engañada.

—Bueno, bueno, no llores más —se apiadó Lucía—. Seguro que te quería entonces, pero ha vuelto a su país, y las distancias, ya sabes... ¿Tienes sus señas? ¿Sabes dónde vive?

—No sé nada —respondió Marichu derrotada.

—Pues tendrás que tener a esa criatura tú sola.

—¡Voy a ser madre soltera, Lucía!

—¿Y qué? ¡Ni que fueras la primera!

—No se lo digas a Carmelo, por favor.

—¡Qué bobadas dices! ¡Cómo no se lo voy a decir! ¿Y qué hacemos el día que te pongas de parto? Tiene que saberlo cuanto antes. Yo hablaré con él.

—Me mandará a vivir con la Bruja. Ya no me querrá en vuestra casa. Soy una vergüenza para la familia. Y una carga.

—Anda, mujer, sécate las lágrimas, límpiate los mocos, y ya veremos qué pasa.

A Lucía le hirvió la sangre durante toda la mañana. Le hubiera gustado encararse con el italiano, se habría desfogado con su hermana a base de gritos, habría pegado mil patadas a la pared, pero la gaseosa se la guardó dentro. En aquel momento, un arrebató de cólera solo servía para satisfacer su necesidad egoísta de sentirse un poco aliviada. Por el contrario, incrementaría la ansiedad y el disgusto de Marichu, a quien por su falta de luces le correspondía una culpa menor.

¡Qué comprensivo se mostró Carmelo! Eran esos gestos de generosidad los que incrementaban el amor que Lucía sentía por su esposo. «Guapo no es —solía decirse a sí misma—, pero a bueno no le gana nadie.» Después de conocer la noticia, no tardó un minuto en acercarse a la cocina para abrazar a su frágil cuñada y decirle:

—No te apures, Marichu. Lucía y yo te ayudaremos a criarlo. Te quedas con nosotros y ya se encargará tu hermana, que menuda es, de acallar las malas lenguas. Y ya sabes, ¡la cabeza bien alta!

A partir de ese momento, Marichu comenzó otra vez a cantar con su voz melodiosa mientras

barría o planchaba. Se miraba la tripa abultada con emoción y orgullo, y dejó de importarle lo que pudieran decir sus vecinos de Ibaya. Iba a ser madre, y tenía una familia que la quería. Una auténtica fortuna para alguien que solo aspiraba a sentirse amada.

Marichu no había ido a la playa. Había preferido ir de visita a casa de su hermana Mila, sobre todo por estar con su padre, al que adoraba, a pesar de que este sí le soltó un buen sermón cuando supo lo de su embarazo. Era lo que cualquier muchacha podía esperar. Pronto se le pasó el enfado a Tasio. La cólera que invadió a Casilda contra la hijastra provocó en el hombre una defensa encarnizada de su hija. Y, unos meses más tarde, un nuevo disgusto hizo que el embarazo de Marichu quedara en segundo plano. Fue algo tan inesperado y doloroso para su orgullo de hombre que en su interior no cupo más resentimiento que el que acumuló contra su esposa. Estando Marichu de seis meses, Casilda abandonó a Tasio. La Bruja se fue sin más, sin derramar una lágrima, sin importarle el daño que pudiera hacer, estirada, altanera, retadora. Aunque no iba a echarla de menos, sintió su marcha como una humillación, imaginándose en boca de todo el mundo, señalado por la calle, vapuleado como un pelele. Y solo. Y mayor. Los hijos de Casilda ya no vivían en el caserío: Venancio consiguió casarse pasada la treintena con una muchacha de Santurce. Irene, que se había quedado para vestir santos, buscó trabajo en una fonda de Bilbao. Y la más pequeña de sus hijas, Vicenta, acababa de celebrar su boda con un jardinero de uno de los palacetes de Neguri. Allí vivía su pequeña, en la casa del guarda, ayudando en la cocina de la mansión. Un buen trabajo, y alimento asegurado.

—Dice que está harta del caserío y de mí —explicó el padre—, que se va con el hermano a Maestu, a vivir con él en la casa parroquial.

—¿Y al cura le parece bien que su hermana abandone al marido? —preguntó Mila.

—¡Y yo qué sé! ¡Vete tú a saber qué le habrá contado esa! ¡Vaya elección que hice con Casilda!

—La peor, aita, la peor —contestó Sabino.

Después de aquella tarde, los hermanos se reunieron y acordaron que no dejarían a su padre vivir solo en el caserío. Se quedó con Mila, porque tenía más espacio en la casa y porque su marido se pasaba meses seguidos navegando. Así que el hombre recogió sus pertenencias personales —los muebles eran del propietario del caserío— y repartió entre sus hijos los objetos que había ido acumulando a lo largo de su vida. En un par de días, el padre se sintió feliz con el cambio. Todos sus hijos, salvo Vicenta, vivían en Ibaya. Ninguno había muerto en la guerra, ninguno había sido preso. Sabino, el primogénito, y su yerno volvieron de los mares de América en cuanto la navegación se hizo más segura. El primero juró que nunca más volvería a embarcar. El marido de Mila, a pesar de la experiencia de su primer viaje por mar, le cogió gusto y siguió viajando de puerto en puerto.

La pequeña Jone se acercó caminando con los pies descalzos y las manos llenas de arena. Se sentó al lado de su madre.

—¿No quieres jugar más? —le preguntó mientras le acariciaba el pelo.

—Es que tengo ganas de hacer pis.

—Pues vamos detrás de esa roca grande que hay allí, ¿la ves?; yo te tapo.

Se fueron hacia la roca agarradas de la mano. Cómo le gustaba a Lucía sentir los delicados dedos de la niña entrelazados con los suyos. Era maravilloso sentirse necesitada. La guerra le había quitado muchas cosas: la libertad, la sensación de seguridad, el aceite de oliva, el pollo y el jabón de rosas, pero no había podido arrebatarse el amor de los suyos. Habían pasado tres años desde que las tropas de Franco entraron en Bilbao, y nada había vuelto a ser lo mismo. Pero aunque el puchero hubiera menguado, aunque la luz se cortara muchas veces a lo largo del día, aunque la radio fuese mucho más aburrida y aunque en la calle reinara el silencio, ella seguiría poseyendo el tesoro de su familia. No podía quejarse, se decía. Aunque no fuera una mujer rica de Neguri, su situación era mejor que la de muchas otras personas. Carmelo conservaba su empleo y traía regularmente un jornal. Ciertamente, parecía que el salario, en lugar de crecer, mermara: el coste de la vida se incrementaba y resultaba inevitable acudir regularmente al mercado negro para adquirir productos vetados en los comercios habituales. Pero disponían de una entrada de dinero fijo, y la etiquetadora, aquella máquina del demonio, empezaba a dar sus frutos. Todavía no eran muchos los encargos recibidos, pero sí suficientes para ir pagando al patrón los plazos y guardarse en la hucha un poco de calderilla. De momento no podían contratar a un operario. La máquina la ponía Carmelo en marcha después de salir de la fábrica. El hombre trabajaba unas doce horas diarias, caía desplomado sobre el colchón, pero era fuerte y joven, y aquel artilugio le hacía feliz. Estaba lleno de proyectos: en cuanto pudieran contratarían un obrero para hacer rendir a la Paca, como familiarmente llamaban a la máquina; entre sus planes estaba también el de ofrecer a los clientes diseños de etiquetas más modernos, más artísticos, que llamaran más la atención.

—El director del banco me ha hablado de su sobrino; tiene solo dieciséis años, pero dice que es un dibujante de primera. A veces le publican dibujos en las revistas y, según Ruiz, podría hacerme algunos bocetos. Siendo tan joven y un simple aficionado, saldrá barato. Le he dicho que le hable de nuestra empresa, a ver qué dice el chaval —le comentó una noche a Lucía y, al adivinar lo que significaba el gesto contrariado de su mujer, añadió—: Tranquila, que a ese solo se le paga por encargo, no te apures. Un día de estos me acerco a su casa a hablar con él y con sus padres, y que me enseñe lo que hace.

Ese día había llegado. Por la tarde, el artista, que se llamaba Víctor Ellacuria, le recibiría en su casa de la calle Somera de Bilbao.

Colocó a Jone las braguitas blancas y se acercaron a la orilla para lavarse las manos. Madre e hija se quedaron unos minutos sintiendo el agua fría en sus pies. En cuanto Jone escuchó la voz de su hermano gritar «Un, dos, tres, carabín bon ban», salió corriendo hacia el grupo. Aquel era el juego que más le gustaba, probablemente porque era muy espabilada a la hora de mantenerse tan quieta como una estatua y, en consecuencia, ganaba la mayoría de las veces. Carmelo se acercó hasta la orilla junto a Lucía. Se pusieron de espaldas al mar para controlar a la prole.

—Vaya día —comentó él sudando.

—Bonito de veras. Lástima que por la tarde te tengas que ir a Bilbao. Podríamos haber aprovechado para dar un paseo por el monte.

—¿Y por qué no vienes conmigo? Luego nos acercamos a la cervecera de Basurto y pasamos el rato.

—¿Y qué hacemos con los críos?

—Que se queden con Marichu. ¿Qué me dices?

—Ya veremos, después de comer te digo.

—Te veo mustia, Lucía. ¡No me digas que sigues dándole vueltas a lo de Irene!

—¡Qué va! Bueno, a ratos. —Se alegró de que Carmelo creyera que su mutismo se debía al asunto de su hermanastra y no al anuncio hecho por el cura unas horas antes, así que siguió alimentando esta creencia—. Me da pena que haya terminado así, no es mala la mujer, pero ahora..., no sé. Y luego, que me da rabia estar en boca de todo el mundo. Primero lo de Marichu, luego lo de la separación de mi padre, y ahora lo de Irene. Desde que acabó la guerra, en el pueblo se escuchan más chismorreos sobre mi familia que noticias de fundamento.

—¡No exageres! Que la gente tiene otras preocupaciones, como llenar la olla a diario o evitar una palabra fuera de lugar. Y si no, mira qué ha pasado con lo de Marichu. ¿Acaso la desprecian?

—No creo. Saludar, la saludan, y muchas vecinas son cariñosas con ella. Claro que mi pobre hermana es tan corta de luces que algunos por ese motivo le perdonarán la falta. Pero ¡qué sabemos tú y yo de lo que comentarán a nuestras espaldas!

—¡Te preocupas demasiado, Lucía!

—Es que lo de Irene es muy gordo. Y al fin y al cabo es mi hermanastra. ¡Menuda mancha para la familia! Lo de la pobre Marichu es una pequeñez, algo que les ha pasado a muchas otras y que seguirá pasando. ¡Pero lo de esta! Eso no lo he visto yo en ninguna familia normal. ¡Si se entera mi padre le da algo!

—Pues recemos para que no se entere.

El asunto de Irene lo conoció Lucía por boca del mismo Carmelo un par de semanas antes. El hombre llegó a casa y se llevó a su mujer del brazo hasta el dormitorio. La sentó en la cama y le dijo:

—Lo que te voy a contar no te va a gustar nada, pero tienes que saberlo. Es sobre tu hermana Irene.

—Hermanastra, si no te importa. Habla, qué pasa.

—Un compañero, cuyo nombre no puedo revelarte porque está casado, me ha dicho que la pasada noche del sábado estuvo en las Cortes, ya sabes, en la zona esa de Bilbao donde... —El hombre no encontraba las palabras.

—Donde están los burdeles y las putas, habla claro, Carmelo, que no soy una señoritinga.

—Bueno, pues eso.

—¿Y qué clase de amigos tienes tú que andan por esos andurriales?

—Lucía, ese no es el asunto. Y no te voy a decir quién me lo ha contado, no te empeñes en

tratar de sonsacarme. Lo importante es que el hombre entró en una de esas casas y se encontró con Irene.

—¿Qué dices? ¡Por Dios! Si era una mosquita muerta que no había conocido novio alguno. ¿No estaría tu amigo borracho y la confundió con otra? O la fonda está por ahí y entró por otro motivo en la casa. Igual para pedir sal, ¡yo qué sé!

—Que no, Lucía. He indagado, y otros también la han visto.

—¿Y se acostaron con ella por dinero?

—Ninguno se acostó con ella, al menos eso dicen. Comentan estos bestias que cuando pagan las prefieren más jóvenes, que para viejas ya tienen a sus mujeres.

—¡Serán...!

—Lo dicen ellos, mujer, no yo, así que no te enfades conmigo. Y conste que son solo un puñado de degenerados, que la mayoría de mis conocidos son buenos padres y esposos. No vaya a ser que ahora, con lo que te he contado, te vayas a creer que todos los hombres de Ibaya andan de puterío. Que sepas que ninguno de ellos está entre los que consideramos amigos. A ver si cada vez que veas a los de mi cuadrilla vas a pensar si será este o aquel el que anda de fulanas.

—Pues me alegro de que no hagas migas con esa gentuza.

Aquella noche Lucía no dejó de darle vueltas al asunto. Se preguntaba cómo Irene, que había crecido y vivido bajo el dominio de su madre, alejada de los chicos, sin ningún atisbo de coquetería, podía haber acabado en un lupanar. Para creerlo tendría que verlo con sus propios ojos. Ahora sí que la familia Elejalde iba a estar en boca de todo el mundo: aunque los hombres corrían el riesgo de airear sus desmanes al revelar la noticia, alguno se las ingeniaría para desvelar el pastel sin delatarse. Era una noticia demasiado succulenta para guardarla en el armario.

Por eso, una mañana se acercó a la poco recomendable calle de San Francisco. Pensó que por ser lunes la actividad del barrio de La Palanca gozaría de cierta normalidad cotidiana, que los clientes reservarían el vicio para las noches del fin de semana, protegidos por la oscuridad de las calles. No le gustó el barrio, a pesar de que, tal y como ella había previsto, se respiraba un ambiente tranquilo, con mujeres cargadas de cestas, niños que jugaban a canicas en cuclillas y hombres que fumaban a las puertas de las tabernas. Entró en una panadería.

—Buenos días. Estoy buscando a un familiar. Se llama Irene, tiene cuarenta años y trabaja o trabajaba en la fonda Primavera.

—Lo siento, no la conozco —dijo la tendera—, pero la fonda Primavera está en la calle Cantalojas.

Se presentó en la pensión. Le abrió la propietaria, una mujer mayor, muy maquillada, que utilizaba un tono de voz elevado, como si estuviera un poco sorda, pero que resultó ser muy amable. La invitó a sentarse con ella en el comedor y la convidó a una taza de achicoria.

—Su hermana de usted trabajó aquí limpiando las habitaciones de mis huéspedes. Lo hacía bien, muy detallista y hacendosa. Con la muchacha que tengo ahora me paso el día chillando. Es

descuidada, y yo soy de las que cree que por muy pobres que sean mis huéspedes se merecen un cuarto limpio como el que más.

—O sea que ya no trabaja aquí.

—Pues no. Mire, hizo amistad con la Cubana, propietaria de una casa de esas, un burdel, ya me entiende. Y con ella se fue. La he visto alguna vez por la calle, muy maja conmigo, aunque tiene fama de arisca.

—Y se dedica a... —Lucía no quiso pronunciar la palabra.

—¡Ay, señora!, eso no lo sé, ni pregunto ni me importa. No se vaya a creer ese cuento de que todas las patronas somos unas cotillas.

—¿Y sabe usted dónde está esa casa?

—Sí, muy cerca de aquí. Suba la calle y tuerza a la derecha en el segundo cruce. Verá una taberna. La Habana se llama. Dicen que la Cubana es de padre gallego y madre cubana, una mestiza. El burdel estará cerrado, pero la taberna está abierta desde por la mañana.

Los clientes del bar miraron a Lucía cuando entró. Al otro lado de la barra había una mujer, toda la cara pintarrajeada, con los labios rojos y el pelo revuelto.

—Aquí no suelen entrar las mujeres. ¿Qué quiere? —le preguntó mientras secaba un vaso.

—Busco a mi hermana Irene.

—¿A la jefa?

—No sé si es jefa, pero me han dicho que trabaja aquí.

—Pues espere usted un momento, que voy a buscarla al piso de arriba. Y vosotros no me molestéis a la visita, que es la hermana de la Faiga.

Antes de que la tabernera saliera por la puerta trasera, Lucía le dijo:

—¡Oiga! Dígale a mi hermana que no pasa nada, que en la familia todos bien. Que solo vengo de visita, no vaya a ser que se alarme.

¿Irene, jefa de un burdel? Lucía no entendía nada y se sentía incómoda en el lugar. Si Carmelo supiera que estaba allí, rodeada de hombres, bajo el techo de un prostíbulo, la agarraría por los pelos y la llevaría a casa. Pero estaba decidida a saber por boca de su propia hermanastra qué hacía en semejante antro. Y si podía, trataría de llevarla consigo a Ibayá. Aquel no era lugar para nadie en su sano juicio, mucho menos para una mujer de aldea con una educación cristiana. «Tal vez Irene se sintió despreciada por los Elejalde», pensó mientras un sentimiento de culpabilidad empezaba a rondarle. Por ser hija de Casilda, ni ella ni sus hermanos le dieron nunca una oportunidad, la rechazaron desde que entró en el caserío la primera vez. Y la verdad era que la hermanastra nunca fue mala como su madre. Era hora de mostrarse generosos.

La chica de la barra abrió la puerta e indicó a Lucía que la acompañara. Subió las escaleras de madera hasta el primer piso, detrás de aquel trasero respingón e insolente. Entraron en un saloncito abigarrado, de amplias dimensiones, por cuyo espacio se distribuían sofás y sillones de terciopelo, unos verdes y otros rojos, con los reposabrazos desgastados. Había un piano de pared. A cada lado de las ventanas colgaban unos cortinones verde botella que estaban recogidos y

dejaban entrar la luz grisácea de Bilbao. Siguiendo las indicaciones de la camarera, se sentó a esperar en uno de los sofás, muy al borde, muy tiesa, con las manos asiendo el bolsito que había apoyado sobre las piernas. Durante esos breves minutos de soledad se dedicó a analizar la estancia: estaba limpia y ordenada, pero se apreciaba un desagradable olor a tabaco. En las paredes colgaban algunos retratos femeninos, ninguno de ellos indecente: uno mostraba a un grupo de cubanas bailando, otro a una sugerente muchacha gitana, el más grande era una escena de *ballet*. El salón le resultó algo triste. Era la acumulación de detalles ajados lo que ensombrecía el cuarto: algunos desconchados en las partes inferiores de la pared, justo donde se unían los tabiques con los rodapiés, la escasa calidad de las manillas de las puertas, que estaban pintadas a brocha, la pobreza del aparador, o los puntos salidos en los mantelitos de ganchillo que adornaban los reposacabezas de los asientos. La nota más alegre se encontraba en los coloridos dibujos florales de la alfombra, pero no lograba compensar la tristeza de los tonos dominantes. Irene entró con una bandeja que posó sobre la mesita baja.

—Supongo que te apetecerá tomar un café —le dijo a modo de saludo.

—¿Café... café? —preguntó incrédula.

—Del bueno, ya verás.

Irene sirvió dos tazas. El aroma que creía perdido acarició de nuevo la nariz de Lucía. Añadió un poco de leche y se sentó en el sillón de enfrente.

—¿Cómo me has encontrado?

—La dueña de la fonda me dijo dónde vives ahora.

—¿Y a qué se debe tu visita? La Cuchi me ha dicho que no hay emergencias familiares.

—Todo está bien en Ibaya. Me han dicho que tu hermano también está bien.

—¿Entonces?

—Quiero que vengas conmigo, con nuestro padre —dijo de sopetón, como una orden imperiosa.

—¿Has venido de salvadora? —preguntó Irene ofendida—. No necesito que vengas aquí a salvarme de no sé qué. —Hizo una pausa. En un tono más conciliador añadió—: Aquí vivo bien, contenta. Y además, desde que mi madre se marchó, en el caserío ya no pinto nada.

—¡No digas eso!

—¡Ay, Lucía, Lucía! Siempre queriendo arreglar la vida de los demás. ¿Qué te crees? ¿Que no supimos siempre mi hermano y yo que sobrábamos en esa casa? ¿Que no nos dábamos cuenta de que nos mirabais como intrusos? ¿Que no pensamos más de un millón de veces en marcharnos?

—¿Y qué os lo impidió?

—Mi madre, que es mucha Casilda ella, que nos ha tenido bien agarrados, por las pelotas. Si te digo la verdad, ni yo me lo explico.

—O quizás no estabais tan mal con mi padre.

—Puede. Tasio es un buen hombre. Pero qué quieres que te diga: mi madre se largó, yo soy una mujer hecha y derecha, vieja casi... No tenía sentido seguir en Ibaya.

—Eso lo entiendo, sí, llevas razón. Pero vivir aquí..., eso no me cabe en la cabeza.

—¿En un burdel, quieres decir? —Lucía asintió con un movimiento de cuello—. ¿Crees que soy puta? No soy puta, hermana, qué va, se me pasó el arroz.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Algo peor —respondió misteriosamente Irene apoyándose en el respaldo y sonriendo con descaro.

—¿Qué puede haber peor?

—¿De verdad lo quieres saber? —Lucía asintió—. Pues mira, te lo voy a contar. Yo trabajaba en la fonda, limpiando, eso ya lo sabes, y un día conocí a la Cubana. Luego te la presento. En realidad, se llama Belinda, un nombre poco usual para nosotros; así que se quedó con la Cubana. A mí me llaman la Faiga. Me lo puso la jefa; significa «boca grande». Belinda tiene unos años más que yo. Ya ves, dos viejas que se hacen amigas. Y me trajo a su casa.

—¿Y qué haces aquí?

—La ayudo con el negocio, con las chicas, con el manejo de la casa.

—¿O sea que no eres...?

—Putá, Lucía, di la palabra, que no muerde. No, no soy puta. ¿Qué hombre iba a querer venir con una cara pasa como yo?

—Siempre fuiste una mujer guapa, como tu madre.

—¡Qué dices, ni sombra de ella! De todos modos, eso me da igual. Ahora estoy bien.

Las interrumpió el sonido de la puerta. Una mujer alta, fuerte, vestida con una bata estampada muy chillona, de tez oscura, con unos ojos enormes sobre los que se posaban amplias arrugas de expresión y en cuyos párpados destellaba una exagerada sombra azul, entró saludando efusivamente.

—¿Cómo estás? Lucía, ¿verdad? Bonito nombre. A una de mis chicas la llamamos Lucy, ya ves. Es chévere, ¿no es cierto, Faiga mía? —Acto seguido le plantó dos besos en la cara a Lucía, dejándole rastros de carmín en las mejillas. La Cubana se sentó al lado de Irene, muy pegada a ella.

—¿Ya te contó?

—Sí, señora.

—Bueno, bueno, qué valiente —le dijo a la hermanastra besándola efusivamente en los labios.

Lucía se dio cuenta entonces de dónde venía la generosidad de la Cubana para con su hermanastra. Y sintió un sofoco y una gran vergüenza.

—Yo se la cuido, pierda cuidado, mi reina —añadió la mulata mientras rodeaba con sus brazos los hombros de su amante—. Es un amorcito, un verdadero amorcito. Y tranquila, que no la voy a dejar que se meta en la cama con ningún cliente. ¡Ja, ja, ja!

Lucía miró a Irene interrogativamente. Esta, sin apartar los brazos de la Cubana, le dijo:

—Nunca me gustaron los hombres. —Lucía se puso de pie—. ¿Te marchas?

—He visto suficiente —respondió su hermana secamente—. Y no me acompañes, conozco el

camino.

—Pues ya sabes dónde estamos. A ver si nos haces algo de propaganda entre los hombres de Ibaya —contestó la Faiga provocando en la Cubana una sonora carcajada.

Cada vez que recordaba aquella visita, las mejillas se le subían de tono. La vergüenza regresaba con la misma intensidad. Su hermanastra era una *madame*, la concubina de una señora de la mala vida con la que se metía en la cama. Se imaginaba a ambas toqueteándose en aquella casa de perdición y se le agriaba la saliva. ¿Cuánta gente lo sabría? ¿Llegaría algún día a oídos de su padre? ¿Y de Casilda? Mejor que no se acabara enterando; era capaz de presentarse en el barrio de San Francisco y traerse a su hija de los pelos. O tal vez no, pensaba Lucía. Quizás ni siquiera le importara. Si hasta entonces nadie le había importado a la Bruja, qué le hacía pensar que podría preocuparle el destino de Irene. ¿Acaso no se había marchado del caserío justo cuando se encontró a solas con Tasio, envejecido y con el corazón delicado? ¿No tenían razón Lucía y sus hermanos al pensar que la huida vergonzosa de la mujer se debía a la mala salud del hombre, a que no estaba dispuesta a cuidarlo en su vejez? Fue el mismo hermano cura de Casilda quien les hizo jurar que estarían unidos en la salud y en la enfermedad. Parecía que esas sagradas palabras no iban con ella.

El golpe moral recibido durante aquella visita fue tan grande que Carmelo pensó que la mirada ausente y preocupada de Lucía se debía a ello. Cómo iba a imaginar que la desazón de su mujer en esa mañana del Corpus había surgido como una tempestad en el momento en que el párroco dio la noticia a los feligreses: la viuda del italiano muerto acudiría a Ibaya en el aniversario de la liberación para participar en los actos de homenaje a los combatientes extranjeros que lucharon al lado de Franco.

Junio de 1940

A BORDO

En las últimas noches solo había conseguido dormir a ratos. La víspera la había pasado en vela. No le faltaban motivos. Hubiera sido una proeza conciliar el sueño con los rumores que se oían aquí y allá. Sin embargo, su mente se mostraba más lúcida que nunca; la emoción de la aventura que estaba a punto de emprender la mantenían alerta. A su lado, el niño emitía suaves ronquidos de placer bajo las sábanas blancas. Al levantarse, con el alba, Renata extendió un chal sobre el cuerpo menudo de Claudio. Las mañanas todavía eran algo frescas; por nada del mundo hubiera dejado que se resfriara antes de emprender el viaje. Las maletas esperaban su nuevo destino, pacientemente, bajo la cama.

Fue a la cocina. Su prima Nicoletta aún no estaba levantada. La casa, envuelta en un profundo y agradable silencio, parecía un santuario de paz que iba inundándose de luz al compás del amanecer genovés. Hizo café y sacó unas magdalenas del armario. Sentada junto a la mesa, Renata seguía dando vueltas al asunto: no entendía la locura emprendida por el ayuntamiento de Ibayá. Era desmedida, fuera de toda lógica, absolutamente absurda y solo comprensible desde la óptica delirante del franquismo. Ella sabía mucho de fanatismos. Italia respiraba el aliento del fascismo y sufría las soflamas, los lemas, los discursos, las increíbles y multitudinarias puestas en escena del Duce y del partido. España, por lo que conocía a través de la prensa que le seguía llegando a nombre de su padre, y por lo que decía la radio oficial italiana, se había convertido en un Estado muy parecido al suyo, en un país hermano. Así y todo no conseguía salir de su asombro cada vez que pensaba que el alcalde de un pequeño pueblo de España había decidido costearle todos los gastos del viaje para participar en un homenaje a los soldados extranjeros muertos en la Guerra Civil. ¿Por qué ella? Creía que estos actos de fervor patriótico se organizaban para dar protagonismo a personalidades de renombre, no para centrar la atención en mujeres como ella, que no tenía más mérito que ser la viuda de un voluntario sin graduación. De todos modos, no se lo pensó dos veces y nada más recibir la invitación envió su respuesta. Utilizó deliberadamente un lenguaje con tintes de estilo fascista, no fuera que los españoles dudaran de su idoneidad. En su misiva pidió a sus anfitriones que la dejaran viajar con su hijo. Deseaba que llevara un ramo de flores a la tumba de su valeroso padre. Sabía que eso les gustaría, que con ello les proporcionaba una bonita foto para la prensa y que no podrían negarse. Acerca de la posibilidad que le ofrecían de repatriar el cadáver de Berto a Italia prefirió dar largas: no pensaba regresar a Portovenere, pero tampoco le interesaba desvelar su intención. Cuando estuviera en tierra española ya se le ocurriría algo para afincarse definitivamente. Renata era consciente de que ni ella ni Claudio les importaban realmente a los políticos de Ibayá, de que ella y el niño serían utilizados como burdos

instrumentos de folklore propagandístico. Aunque la idea no le agradaba, le pareció un precio barato por huir.

Pocos días después de aceptar la invitación se presentó en su casa un funcionario español. Era un hombre serio, cuyo estrecho bigote y su triste traje gris le conferían un aire siniestro. No mostró ni media sonrisa. Su buena educación le resultó incómoda, fría y distante. Traía consigo, dentro de una pobre carpeta marrón, los billetes del barco y una serie de indicaciones sobre el viaje. El 10 de junio a las tres de la tarde zarparían desde Génova con destino a Barcelona, donde tenían reservado alojamiento en un pequeño hotel de la Rambla. Dos días más tarde tomarían un tren nocturno que les conduciría a Bilbao, y allí serían recibidos por la esposa del alcalde, quien con sumo placer haría de anfitriona. Su llegada a Ibaya estaba prevista para el día 14, cinco días antes de la fiesta. Las autoridades prometían agasajarla con rutas turísticas a los pueblos más bonitos de la provincia, con visitas guiadas al museo de Bellas Artes y a la basílica de Begoña, amén de algunos encuentros con miembros destacados de la Sección Femenina que le mostrarían *in situ* su «encomiable» labor en comedores sociales y talleres femeninos. Estaba claro que las autoridades de Ibaya deseaban sacar el mayor rendimiento posible a su original inversión publicitaria exhibiendo a la viuda y al niño. El aburrido funcionario le advirtió de que su estancia en España sería recogida por los medios de comunicación, y que por ese motivo debía dejar en manos de la esposa del alcalde las indicaciones sobre su vestimenta, «para ofrecer una buena imagen, ya sabe», y seguir a pies juntillas sus consejos sobre lo que debía decir a los periódicos y a las gentes del pueblo que se acercaran a saludarla. Renata estaba dispuesta a ser la diana de miles de ojos. Si jugaba bien sus cartas, acabaría asentándose en la tierra de su padre.

Desconocía, desde luego, cómo se había fraguado el descabellado proyecto, y no imaginaba que la iniciativa había partido de otra mujer, la esposa del jefe local de Falange y por ende alcalde del municipio. En abril, Alfredo Cortázar llegó a casa tras una reunión con las autoridades locales y le comentó a su mujer que estaban preparando los festejos para celebrar el día de la liberación.

—Además de lo que se organice en Bilbao, el jefe provincial quiere que se haga algo especial en cada municipio.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Dicen que una misa en la plaza y una ofrenda floral a los caídos en Ibaya.

—Muy original no parece —comentó Carmen.

—Es que no se nos ocurre nada. Llevamos dos horas discutiendo, y no se ha dicho nada interesante.

Cenaron, hablaron de otras cosas y se fueron a la cama. Cuando Alfredo ya estaba roncando, Carmen, que seguía en vela, le despertó.

—¡Ya lo tengo! —exclamó al tiempo que su marido se incorporaba asustado.

—¿Qué dices, mujer?

—Que se me ha ocurrido una idea que al jefe provincial le va a entusiasmar. Vas a quedar

como un señor, ya verás. —Su marido terminó de incorporarse y la miró con interés—. Mira lo que te digo: hacéis un homenaje a los extranjeros caídos en Ibaya, te traes a una de sus viudas, la paseas por aquí y por allá, se celebra una misa especial... ¿Qué te parece? Yo podría hacer de anfitriona, enseñarle todo, presentarle a las mujeres de tus jefes, a las de la Sección Femenina, a las de la Adoración Nocturna... —Carmen ya se imaginaba felizmente enfrascada en un torbellino de preparativos.

—Para, para, no cojas carrerilla..., que te embalas y no paras.

—¿Qué me dices? ¿Es buena idea o no?

—No me parece mal. Mañana hablamos más despacio, ahora vamos a dormir.

Antes de comentar nada al resto de responsables políticos, el alcalde sacó tres sobres del archivo municipal, cada uno de los cuales correspondía a uno de los extranjeros muertos en Ibaya durante la guerra: Hans Müriel, veintidós años, natural de Berlín, abatido mientras sobrevolaba el pueblo con su avión Heinkel He 45 en abril de 1937; Lucio Savatinni, veintiocho años, napolitano, caído ese mismo año en una emboscada mientras atravesaba los montes llevando un mensaje a sus superiores; Berto Sandrini, de Portovenere, veintinueve años, asesinado en el lavadero municipal por un anarquista un mes después de la caída de Bilbao. Los tres habían dejado viuda e hijos. Con los informes sobre la mesa de su despacho, Alfredo Cortázar empezó a cavilar sobre cuál de las tres viudas sería la idónea. Decidió descartar a la alemana: el viaje desde Berlín iba a resultar más costoso y prácticamente imposible debido a la situación de guerra en la que estaba inmerso Hitler. Así que optaría por alguno de los soldados de Mussolini. Cogió el teléfono y llamó a su amigo Ricardo, un camarada de Madrid que tenía muy buenos contactos con el fascismo italiano. En quince días tenía sobre su mesa dos nuevos sobres, en cada uno de los cuales se detallaba la vida personal y familiar de los dos muertos. Leyó sus biografías y los informes internos del partido fascista italiano, favorables en ambos casos, aunque le llamó gratamente la atención que Berto Sandrini estuviera emparentado nada menos que con un capitán *squadrista* y que su suegro fuera español. No se hablaba de la posible afiliación política de este último, pero al conocer el dato de que había emigrado a Italia siendo un niño, dejó de lado sus suspicacias. En ambos expedientes se incluían algunas fotos familiares: en la estampa de boda de Lucio Savatinni se veía a una mujer robusta, de cejas pobladas y gesto contrariado, un rostro que disgustó al falangista. Tampoco su marido era un Adonis, con su nariz prominente y aguileña y su estrechez de hombros, impropia de un soldado. Según constaba en el informe, se trataba de un atleta, cuyos buenos tiempos en carrera le habían hecho idóneo para ejercer labores de mensajero de campo. Alfredo terminó de convencerse de que la viuda de Sandrini era la candidata ideal cuando vio su foto: una mujer joven, muy atractiva y de rasgos suaves. A poco que su esposa Carmen la vistiera y la peinara adecuadamente para la ocasión, se vería muy bien en las fotos de prensa. Y además era muy probable que hablara español. Con la viuda de Sandrini le había tocado la lotería. No se le ocurría mejor símbolo que el de Renata Acosta para escenificar la unión entre dos naciones amigas.

Nicoletta apareció en la cocina, enfundada en su bata y arrastrando las zapatillas. Saludó a su prima, a quien había cobijado en su casa de Génova a la espera del barco. Puso la radio. Las primas se miraron con preocupación. El locutor, al igual que en días precedentes, hablaba de la necesidad de que Italia participara abiertamente en la guerra europea y anunciaba un discurso del Duce para esa misma tarde. Las emisiones radiofónicas de las últimas jornadas preparaban a la población para recibir la tremenda noticia.

Renata temía que la entrada de Italia en la guerra, como aliada de Alemania, acabara desbaratando sus planes. Si Mussolini anunciaba en el discurso la declaración de guerra, ¿obtendría el barco permiso para zarpar?, ¿lo requisarían para uso militar? En tal caso, sus sueños, sus esperanzas, sus ilusiones se verían otra vez rotos, como cuando se frustró su viaje a Argentina. ¿Estaba condenada a quedarse de por vida en Portovenere? ¿Qué les iba a ocurrir a ella y a su hijo en un escenario bélico? Ahora más que nunca necesitaba salir del país, huir del miedo, del horror y de las bombas. Aunque los fascistas quisieran hacerles creer que la guerra era pan comido y que los aliados serían vencidos gracias al poderío militar de Alemania e Italia, estaba segura de que un conflicto en el que participaban tantos países había de resultar, necesariamente, largo y sangriento.

Nicoletta apagó la radio y exclamó:

—¡La que se nos viene encima! No he pegado ojo pensando en que si entramos en guerra llamarán a Mario a filas.

—Tu marido va a cumplir cuarenta. Será de los últimos —trató de consolarla Renata—. ¿Sigue en la cama?

—Sí, pero no tardará en levantarse. Tampoco ha pegado ojo. Me parece que toda Italia ha estado esta noche en vela.

—Hasta mi suegra habrá estado despierta. Por la emoción. Las veces que he tenido que oírle decir que Italia tiene que luchar codo con codo junto a Hitler, ya ves.

—¡Vaya con la vieja!

Aunque la relación de Renata con la madre de Berto se había distanciado mucho, la víspera de emprender el viaje se acercó con Claudio hasta su casa. No le había comunicado a nadie que pensaba viajar a España, menos a doña Francesca; no quería que tratara de mover sus influencias para apuntarse al periplo, tampoco deseaba que sus familiares y amigos le pusieran pegas, ni que en el vecindario se hablara del asunto. Sabía que una noticia así provocaría muchos comentarios, que se magnificaría su importancia hasta el punto de que al cura podría ocurrírsele organizar una despedida colectiva con misa, pancartas y banda de música. No estaba dispuesta a ser el centro de atención. Cuando llamó a la puerta de su suegra, traía muy elaborado lo que iba a decirle.

—Vengo a decirle que mañana salgo de viaje a España, con el niño, a ver si me dejan repatriar el cuerpo.

—¿Mañana? ¿Y cómo no me lo has dicho antes?

—Ha sido todo muy rápido. Hoy he recibido los billetes.

—¿Y con qué has pagado el pasaje y la repatriación? ¿No vendrás a pedirme dinero?

—No, doña Francesca, no vengo a pedirle nada, solo a despedirme. Los pasajes me los han pagado los españoles. Es que van a hacerle un homenaje a Berto en el pueblo donde murió y quieren que Claudio y yo vayamos.

—Ya, ya..., y te lo has tenido bien guardado para que yo no me apunte, ¿verdad?

—Ya le he dicho que todo ha sido precipitado. Además, en su estado, no creo que sea conveniente una travesía en barco.

—Lo que es conveniente o no para mí lo decido yo. Pero bueno, ya está hecho. Vamos a dejarlo. ¿Cuándo vuelves?

—Aún no lo sé. El homenaje es el 19 de junio, y luego habrá que hacer papeles para traer el ataúd.

—Pues más te vale hacer bien las cosas, que ya sabes cuánto deseo tener su cuerpo en nuestro cementerio. Ya me encargaré yo de que le hagan un entierro con honores militares.

Mientras las mujeres hablaban, el niño las miraba sentado en el suelo, captando la tensión que flotaba en el ambiente. No le agradaba su abuela, tenía un tono de voz fuerte y autoritario que le intimidaba y, lo que era peor, cuando le besaba la mejilla, el bigotillo de la vieja le pinchaba. No le gustaba tampoco su silla de ruedas, desde la cual le daba órdenes constantemente: «Claudio, acércame el ovillo», «Claudio, un vaso de agua». Le confundía que su abuela hubiera olvidado que en italiano, según le había enseñado su madre, la gente educada utilizaba el «por favor». Apenas recordaba a su otra abuela, pero Renata colocó una fotografía de sus padres en la mesilla de noche y le contaba lo buenos y cariñosos que habían sido y lo que le habían querido. «¿No te acuerdas, mi vida, de cuando la abuela Anna te subía a sus piernas y te contaba cuentos?» El crío contestaba por complacer a su madre: «Un poco, me acuerdo un poco». Había olvidado a sus abuelos; en cambio, rememoraba de vez en cuando una estimulante sensación de placidez al evocar, de forma borrosa, su cabecita sobre la mullida superficie de un pecho blando que se movía al compás de la respiración de su dueña y que le llevaba irremediamente al sueño.

Renata se libró pronto de doña Francesca aduciendo que tenía que preparar el equipaje. Claudio tuvo que besar a su abuela antes de irse, volviendo a sentir la repugnancia de aquel negro bigotillo. La madre de Berto se sintió feliz al pensar que los restos de su hijo pronto estarían en el panteón familiar y que, algún día, los suyos yacerían junto a él.

Mario, el marido de su prima, se fue a trabajar. Ellas bajaron al mercado con el niño. En la calle se apreciaba bastante inquietud, y en los puestos de venta se formaban colas más largas de lo habitual. Los rumores sobre la guerra despertaban la alarma en los hogares de Italia. Muchas amas de casa se afanaban por adquirir víveres para varios días, como si ese escaso acopio les fuese a durar una eternidad.

A las dos de la tarde, Renata, Claudio, su prima y el marido de esta ya estaban en el puerto. Encontraron el barco con la pasarela bajada y las bodegas todavía abiertas. Los estibadores seguían cargando enormes cajas de madera. No era un barco demasiado grande. Se trataba de una

nave de uso mixto, transportaba mercancías y pasaje, y a todas luces se veía que por su aspecto quedaba muy lejos del lujo de los cruceros. Mario se acercó a uno de los marineros.

—¿Pueden subir a bordo los pasajeros?

—Sí, entreguen los billetes al sobrecargo, arriba, en la pasarela.

Mario y Nicoletta les acompañaron. Mostraron los billetes y los pasaportes. Al leer el nombre de Renata, el marinero se dirigió a ella.

—Señora —dijo el hombre—, tengo un telegrama para usted.

Renata abrió el papel, de espaldas a todos, lo leyó y comentó a sus familiares:

—Nada importante: las autoridades españolas, que nos desean buen viaje. —Era mentira. Lo que decía el telegrama era que debido a la inminente entrada de Italia en el conflicto entenderían que quisiera renunciar al viaje y que esperaban su respuesta vía telegráfica—. Necesito enviar respuesta.

—Si me dicta el texto, con mucho gusto yo mismo le encargaré al radiotelegrafista que envíe la contestación, señora.

El marino, un hombre amable y sonriente, sacó un lápiz y una libreta y apuntó el mensaje escueto que le dictó Renata: «Llegaremos según lo previsto».

—¿Hay algún peligro? —preguntó Mario.

—Bueno... —dijo el sobrecargo—. Yo no me preocuparía demasiado. —Y revolviendo cariñosamente el pelo de Claudio añadió—: Los italianos todavía somos neutrales, pero de todas formas nos escoltará una corbeta.

—¿Somos muchos pasajeros? —quiso saber Renata.

—Sesenta, señora; la mayoría, españoles. Hasta ayer solo se habían cubierto la mitad de las plazas, pero hoy hemos recibido muchas peticiones. Todos quieren volver a su país. Es natural..., tal y como están las cosas.

El sobrecargo llamó a uno de los mozos de cubierta y le pidió que acompañara a los pasajeros a su camarote. Permitió a Nicoletta y a Mario acceder al interior para despedirse; sabía cuánto le gustaba a la gente de tierra conocer los entresijos de un barco como el Estella y le complacía regalar ese pequeño placer a los desconocidos. El camarote era estrecho, unas sencillas literas para dormir y un minúsculo baño sin ducha. Un ojo de buey dejaba filtrar la luz, pero estaba situado tan alto que solo se podía ver el agua desde la cama superior. El grumete les explicó cómo llegar hasta el restaurante, donde les servirían la cena a las siete. Preguntó a Renata si debía avisar al cocinero para que preparara algún plato especial para el niño.

—¿Tienen pasta?

—¡Cómo no, señora!

—Entonces no hay problema. A Claudio le encanta la pasta de cualquier manera.

Antes de despedirse y bajar del barco, las primas se abrazaron. Nicoletta conocía las intenciones de Renata y era consciente de que tal vez nunca más se volverían a ver.

—Me gusta este barco —le dijo—. Son todos muy amables, es una buena señal.

—Eso pienso yo también —contestó Renata abrazándose a su prima para ocultar las lágrimas.

—Escríbenos, y no solo por Navidad, ¿eh?

—Lo prometo. Gracias por todo.

Cuando el matrimonio desembarcó, Renata sintió una punzada de angustia y se sentó sobre la litera baja. Cuando empezaba a ensimismarse en sus pensamientos, el niño la rescató:

—¡Ay, mamá, que quiero hacer pis!

A las seis y cuarto de la tarde los altavoces instaron a los pasajeros para que acudieran al restaurante. Al entrar en la estancia, de decoración muy austera, vieron al capitán de pie sobre una tarima.

—Damas y caballeros, el Duce acaba de anunciar que Italia ha entrado por fin en guerra.

Renata rezó para sí: «Que no demos la vuelta, Dios mío, que no demos la vuelta». Sus plegarias fueron escuchadas. El oficial añadió:

—En pocas horas arribaremos al puerto de Marsella. Si alguno de ustedes desea regresar a Italia, podrá tomar allí un buque con destino a Génova. El sobrecargo les informará de lo que deben hacer. El Estella sigue rumbo a Barcelona. Y ahora, si quieren escuchar el discurso del Duce, pondré la radio. No teman perderse nada: Unión Radio Italiana lo repetirá a lo largo de toda la tarde.

Los pasajeros se sentaron alrededor de las mesas, que ya estaban vestidas para la cena, y mirando al altavoz como si les pudiera devolver la imagen altiva del líder, escucharon la alocución de Mussolini en silencio, algunos con preocupación, otros con el semblante triste, unos cuantos con gesto de euforia.

En una memorable reunión, la de Berlín, dije que, según la ley de la moral fascista, cuando se tiene un amigo se va con él al fin del mundo. Esto hemos hecho y esto haremos con Alemania, con su pueblo, con sus maravillosas fuerzas armadas. En esta vigilia de un acontecimiento de alcance secular volvemos nuestro pensamiento a la majestad del Rey Emperador que, como siempre, ha interpretado el alma de la patria. Y saludamos unánimes al Führer, jefe de la gran aliada Alemania.

Italia, proletaria y fascista, está por tercera vez en pie, fuerte, brava y compacta como nunca. La contraseña es una sola, categórica e imperativa para todos. Ya recorre e inflama los corazones de los Alpes al océano Índico: ¡vencer! Y venceremos. Para dar finalmente un largo periodo de paz con justicia a Italia, a Europa, al mundo. Pueblo italiano, corre a las armas y demuestra tu tenacidad, tu ánimo y tu valor.

—Menos mal que hemos cogido este barco —dijo a Renata una de sus compañeras de mesa—. De haber esperado un día más, tal vez no hubiera podido regresar a mi país.

—Hemos tenido suerte —respondió la viuda de Sandrini.

—¿Es usted italiana? —preguntó la española al notarle el acento.

—Sí, de Portovenere.

—¿Y por qué viaja a España? —A Renata no le gustaba la gente tan curiosa; aun así,

respondió.

—Tengo familia.

—Pues tiene usted mucha suerte. Nosotros sabemos lo que es la guerra, y créame, no se la deseo a nadie. Hágame caso y quédese con sus familiares. Las cosas allí no están nada fáciles..., pero al menos ya no hay guerra.

«Eso lo tengo claro. Con guerra o sin guerra, España es mi destino», pensó Renata Acosta.

EL ENCUENTRO

Los más madrugadores pudieron disfrutar de un amanecer espectacular que dio paso a uno de esos raros días en que Ibaya se despertaba sin una sola nube. La perfecta conjunción de un cielo azul, rabiosamente limpio, y de un sol enérgico provocaba una luz tan intensa y brillante que incitaba, irremediamente, a dejarse llevar por una corriente de generosa alegría. De alguna manera, el buen tiempo contrarrestaba los malos recuerdos que evocaba la patriótica celebración. El ayuntamiento y muchas casas del centro exhibían con orgullo la enseña roja y gualda de España, expuesta sin rubor en los balcones, más grande y arrogante cuanto más ancho fuera el mirador. Otros prefirieron instalar trapos con los colores verde y blanco del escudo municipal. Se conmemoraba, para alegría de unos y tristeza de otros, la «liberación» de Bilbao, y todos estaban obligados, de una forma u otra, a participar de los actos festivos. La banda de música despertó a los vecinos entonando marchas militares bajo las ventanas, mientras los niños, en sus casas, protestaban bajo las sábanas por ese estruendo que no les dejaba dormir en un día sin escuela.

El ayuntamiento se había encargado de anunciar el programa de la fiesta mediante carteles adosados a las paredes y a las farolas, y con un aviso, realzado con un corondel, en la primera página del boletín municipal; en las homilías de las últimas semanas el párroco instó a los feligreses a formar parte activa en los actos de Bilbao y de Ibaya. Los alumnos de las escuelas esperaron exultantes el gran día, y no por una acusada inclinación patriótica, sino porque la efemérides marcaba también el inicio de las vacaciones estivales. La ilusión infantil era tan grande que apenas les importó realizar —bajo mandato de sus maestros e indicación de la Dirección de Juventud— un trabajo extra para honrar el glorioso triunfo nacional, con la promesa de que los mejor valorados serían expuestos en los soportales del consistorio. Mientras los hijos recortaban, pegaban, dibujaban y escribían afanosamente en las mesas de sus cocinas, muchos padres mantenían el gesto contrariado: sus niños y niñas iban deglutiendo la versión oficial de aquel momento histórico, sin atreverse ellos a llevar la contraria al profesor, no fuera que la criatura se metiera en un lío. Desde el final de la guerra, las familias vencidas vivían una terrible contradicción: se sentían incapaces de transmitir a sus hijos sus propios valores por miedo a las consecuencias, pero a la vez temían que la educación oficial los convirtiera en unos adultos afines al régimen y contrarios, por tanto, a sus ideales. No se daban cuenta de que los niños tienen abiertos de par en par los cinco sentidos, ni de que, aunque en sus hogares no se hablara de política, percibían tonos, miradas y gestos que les revelaban mucho más que cualquier discurso elaborado.

La conmemoración del 19 de junio se celebraría en Ibaya por la tarde. No podía ser de otra

manera. Las autoridades locales tenían que estar por la mañana en los actos de Bilbao: misa de campaña junto al Sagrado Corazón y un desfile militar que presidirían todos los jefes de Falange desde unas gradas dispuestas junto al Palacio de la Diputación. En comparación con la celebración de 1939, los actos oficiales de 1940 iban a resultar más austeros. En esta ocasión no se contaba con la presencia del caudillo y las autoridades aprovecharon su ausencia para recortar los gastos. Como no pensaba desperdiciar las posibilidades propagandísticas del aniversario, la Falange instó a los ayuntamientos a prolongar la celebración por la tarde. A falta de presupuesto, la mayoría de los alcaldes se conformaron con una ofrenda floral y un concierto de marchas militares; otros cambiarían el nombre a una calle, que dejaría de llamarse Itsasbide, Erribera o Mendi Goikoa para lucir el apellido y cargo de algún militar, como General Mola; en algunos pueblos decidieron inaugurar placas conmemorativas por los vecinos «caídos por Dios y por España», y hubo dos que levantarían el paño que cubría sendas esculturas de Franco y José Antonio. La que sin duda se llevaría el mayor halago sería Ibaya, que no solo iba a sustituir el nombre de la calle Bernat Dechepare —autor del primer libro escrito en euskera— por el de General Dávila, sino que además iba a contar con la presencia de una de las viudas en el homenaje a los tres soldados extranjeros muertos en su suelo: responso por la tarde, inauguración de una lápida recordatoria en la capilla del cementerio y merienda-cena popular en la plaza. Cada vecino tendría que llevar su comida y su silla, y el ayuntamiento obsequiaría con un vaso de vino de garrafa a cada asistente.

«Ya ha llegado el día», pensaba Lucía mientras colgaba la colada en el huerto. Un día temido que le había dado muchos quebraderos de cabeza desde que el cura anunciase en la misa del Corpus la visita de Renata Acosta. Lo mismo le ocurría a Elvira, quien tampoco iría a los festejos de Bilbao y se quedaría, como Lucía y tantos otros, toda la mañana metida en casa para no delatar su falta de asistencia. En la capital no las echarían de menos, pero el responso de la tarde resultaba inevitable. El cura observaría con lupa a los feligreses, y con su memoria selectiva tomaría nota de quiénes habían faltado al oficio. Para colmo, a Elvira no le quedaba más remedio que pasearse por la plaza: el trabajo de Manuela había sido seleccionado y sería exhibido, a su pesar, en el ayuntamiento.

Ambas sabían que la presencia de la italiana no constituía ningún peligro, ya que el caso estaba cerrado. La viuda se habría conformado con la versión oficial. ¿Por qué iba a sospechar que las cosas ocurrieron de otra manera? ¿Por qué iba a pensar que la muerte de su marido no fue a causa de la guerra, sino obra de dos infelices? No era eso lo que las preocupaba, sino el hecho de ver su rostro, de cruzar con ella una mirada. Su presencia en Ibaya les parecía una nueva broma del destino, como si la Providencia no quisiera dejarlas descansar y enterrar para siempre el suceso más terrible que habían vivido. Era como devolverles de nuevo al pasado siniestro, obligarlas a revivir aquella aurora de 1937, mostrarles de cara sus consecuencias más duras. Para ahondar en la herida, la viuda llegaba con su hijo, una criatura de cuatro años a la que ellas habían dejado sin padre. Sin duda, el soldado se comportó como un monstruo, pero, en ocasiones, Elvira y Lucía se

preguntaban atormentadas si no habría sido la misma guerra, que cambia a las personas y las envilece, la que habría llevado a Berto Sandrini a cometer aquel acto violento e impúdico. ¿Y si antes de la guerra fue un buen esposo y un padre ejemplar? ¿No pudieron defenderse de otra manera, darle una oportunidad? Entonces, abrumadas por estas dudas, hacían un esfuerzo para volver en sí, y se decían que el soldado estaba borracho y que tenía una fuerza descomunal; en tal estado podría haberlas matado y, probablemente, si le hubieran dejado con vida, las habría buscado para que no lo delatasen ante sus superiores.

De todas formas, ni en sus peores sueños hubieran imaginado que tres años después habrían de conocer a la viuda y que se verían obligadas a rendir homenaje a aquel villano. Cada una por separado decidió que, en cuanto acabara la ceremonia, se volvería rápidamente al cálido refugio de sus cocinas, sin perder tiempo en saludos y parabienes; quizás así, y amparadas entre la muchedumbre, no tendrían que encarar la mirada de la italiana, quien en tales circunstancias mostraría seguramente un semblante triste, tan compungido que las haría sentirse como criminales. ¿Acabaría de una vez por todas tan prolongada agonía? ¿Sería esta pantomima organizada por la Falange el fin definitivo? ¿Les dejarían archivar para siempre el maldito secreto?

En los días previos, las autoridades prefirieron no pasear a la italiana por las calles de Ibayá. Nadie la había visto en persona; la mujer de Alfredo Cortázar la tuvo muy entretenida. Se trataba de una estrategia pensada por el alcalde: resultaría muy productivo crear expectación entre los habitantes de Ibayá, que así hablarían más del homenaje, y por ende de la fiesta, y que asistirían en masa a la iglesia, aunque solo fuera por curiosidad. Ya se había encargado Carmen de que su sirvienta, Angelines, fuera por ahí hablando de Renata. A la muchacha le encantaba ser el centro de atención, y, desde que la italiana llegó al pueblo, cada día la rodeaban otras mujeres acosándola a preguntas. Hasta los oídos de Elvira y Lucía llegó la noticia de que se trataba de una mujer joven y guapa, muy simpática y amable, que vestía muy bien, que resultaba muy fina y que sabía hablar castellano con un acento gracioso. Nadie se podía figurar que el mismo día en que se apeó del tren, desaliñada a consecuencia del viaje, Carmen la tomó del brazo y la llevó a una tienda de confección para comprarle un par de vestidos nuevos, unos zapatos de tacón y un bolso. Y que lo mismo hizo con el niño, a pesar de sus protestas.

Lucía y Elvira habrían preferido que la viuda hubiera sido tosca, fea y adusta, como si estas cualidades pudieran mitigar su sentimiento de culpabilidad, como si una mujer de rudos modales fuera más insensible al sufrimiento, como si una fisonomía desagradable garantizara una mayor facilidad para sobrellevar los envites de la vida.

Cuando Renata pisó la estación de Bilbao, Carmen fue a su encuentro, acompañada de un chófer vestido con uniforme de Falange.

—¿Renata Acosta, viuda de Sandrini? —preguntó emocionada y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, señora. Y él es mi hijo Claudio.

—¡Qué guapo! ¡Y qué bien habla usted el castellano! Da gusto. —Como Renata la miraba

interrogante, la mujer del alcalde reaccionó—. ¡Ay! Usted perdone. ¡Si no me he presentado! Me llamo Carmen, soy la esposa de don Alfredo Cortázar, el alcalde de Ibaya. Se hospedaré en nuestra casa, y le voy a enseñar, encantada de la vida, todos los sitios bonitos de por aquí. Antes de nada —Carmen se puso un tanto solemne—, déjeme darle el pésame.

—Gracias, Carmen. Tengo problemas para usar el tú y el usted, me vas a perdonar.

—¡No hay nada que perdonar! Yo te enseñaré. Y si quieres, entre nosotras, nos tratamos de tú. ¿Te parece?

Carmen observó el aspecto de Renata: sin duda era una mujer bella, pero se la veía cansada; además llevaba la cara sin un ápice de maquillaje, colorete o barra de labios, lo que le confería un aire campesino. Carmen no se maquillaba mucho, al contrario. En la Falange no estaba bien visto que las mujeres aparecieran pintarrajeadas, pero sí les recomendaban mejorar su aspecto con un leve toque rosáceo en las mejillas y algo de carmín en los labios: esos detalles les daban clase y aumentaban su atractivo en sociedad. Renata tenía un bonito pelo oscuro brillante, pero su moño era demasiado sencillo, al igual que su vestido. Sin embargo, lo que más disgustó a la alcaldesa fueron sus zapatos planos, que afeaban sus piernas. El medio tacón refinaría sus andares y embellecería sus pantorrillas, que resultaban un poco redondas. «Es un diamante en bruto —pensó Carmen complacida—. Mi tarea será pulirlo.»

El chófer se encargó de acarrear el equipaje. Las dos mujeres le siguieron. La esposa del falangista resplandecía de felicidad: la italiana le había producido una grata impresión y tal vez lograra establecer con ella una bonita amistad. A Carmen le faltaban amigas. Echaba de menos la compañía de Lucía; esta se resistía a reiniciar la relación por las diferencias políticas de sus respectivos hombres. También era consciente de que la mayoría de las mujeres que ahora la rodeaban estaban con ella por interés. Carmen no había encontrado una amiga de verdad en su nuevo círculo; las falangistas le resultaban falsas y perfeccionistas, las esposas de los políticos y funcionarios del régimen mantenían, al igual que ella, un nivel de corrección social tal que impedía traspasar la frontera de lo que sus maridos esperaban de ellas. La alcaldesa era una mujer del pueblo, una mujer hecha en la calle, entre rayuelas y tabas. Cumplía sus funciones a la perfección, pero añoraba una conversación íntima con una amiga. Tal vez Renata, que como saltaba a los ojos también provenía de un ambiente humilde, pudiera ser esa añorada confidente. Al menos durante el tiempo que se quedara en España.

A la mujer del jefe de Falange le apuró hablar a la italiana de la necesidad de hacerse con un atuendo más apropiado, era una sugerencia que le resultaba insultante; para su sorpresa, su invitada se mostró encantada.

—Son cosas del protocolo, ya sabes —se disculpó Carmen.

—No te preocupes, ya me avisaron. Y, además, ¡a qué mujer no le gusta verse guapa! Se ve que tú tienes buen gusto, y yo seguiré tus consejos de mil amores.

El chófer las dejó en una peluquería, donde le cortaron un poco la melena antes de hacerle un bonito moño ahuecado en la parte superior, adornado con unas peinetas de carey. Luego fueron a

una tienda de ropa y allí Renata se probó media docena de vestidos, mientras Carmen la observaba feliz sentada en una silla y el niño dormitaba sobre un diván. En la misma calle había una zapatería y una mercería, y enseguida la viuda se vio crecer cuatro centímetros subida a unos zapatos de tacón y pudo lucir sus piernas torneadas dentro de unas medias de verano. A juicio de Carmen, el cambio resultaba espectacular.

—Estás guapísima. ¡Si hasta voy a tener celos por lo guapa que eres!

Durante esos días Renata se sintió contenta. Carmen no era la mujer que había sospechado, no resultaba estirada ni agria, no parecía la esposa de un jefe de la Falange. Fascismo y falangismo eran la misma cosa, y el recuerdo de las fascistas que conocía, muy especialmente el de su suegra, le hizo imaginar que la mujer del alcalde sería arisca y mandona como aquella, de hablar despectivo, cotilla, fanática y rencorosa. Lejos de ello, Carmen ni siquiera hablaba de política, y cuando se refería a la guerra, a la española y la que se libraba en Europa, sus únicos comentarios tenían que ver con el sufrimiento de las familias, en especial el de las madres.

—A veces pienso, Renata, que si las madres gobernáramos el mundo, ya no habría guerras, ¿no te parece?

Acompañadas únicamente del conductor y de sus respectivos hijos, visitaron la playa de Ereaga, la preciosa ermita de San Juan de Gaztelugache, el castillo de Butrón y otros lugares que destacaban por su belleza. Según el protocolo, seguidas por los fotógrafos de la prensa local, realizaron un recorrido guiado al museo de Bellas Artes, rezaron en la basílica de Begoña, vieron la Casa de Misericordia, compartieron labor en el ropero para pobres y visitaron un colegio del Auxilio Social. Cada día se recogió en la prensa alguno de estos actos. Renata leyó lo publicado con estupor, aunque un deje de vanidad la llevó a recortar y archivar cada noticia en una carpeta.

Elvira deseaba que el 19 de junio desapareciera rápidamente del calendario, pero la soledad de la casa hacía que las horas pasaran con lentitud. Por la mañana, Manuel, su hermano y los niños tomaron el tren a Bilbao. No tenían nada que celebrar —el año anterior se perdieron los festejos de buen grado—, pero Matías se empeñó en ir.

—Pues a mí ya me gustaría ver el desfile —comentó el domingo anterior—. No he visto ninguno.

—¿Y qué te crees que es? —le preguntó su hermana un poco airada.

—Imagino que será un espectáculo, con el armamento, la música, los saludos, las banderas y todo eso. ¿Os animáis? Vemos la marcha militar y luego nos tomamos algo en una taberna.

—Conmigo no contéis —respondió Elvira—. Vosotros haced lo que os venga en gana.

—Bueno, cuñado, a mí toda esa parafernalia no me gusta, pero si tanta ilusión te hace, te acompañaré. No vaya a ser que te pierdas por ahí con tanta gente, que Bilbao es grande y tú eres muy de pueblo —dijo Manuel en broma.

—¡Nosotros también queremos ir! —gritaron los niños.

—¿Qué gritos son esos, por Dios? —les riñó Elvira mientras servía la sopa—. A ver si aprendemos a pedir las cosas con un poquito de educación. —Los niños bajaron la mirada—.

¿Qué pintáis vosotros en Bilbao?

—Pues se van con su padre y con su tío a pasar la mañana. Ven el ambiente, se toman un mosto... —contestó Matías mirando a sus sobrinos con una sonrisa de complicidad.

—Y tú, Manuela, ¿también quieres ir? —preguntó la madre a su hija.

—No me importaría, y así vigilo a estos mocosos.

—Si vas tú, me quedo más tranquila, que de estos dos —señaló a Manuel y a Matías— no me fio mucho. Lo mismo se les pierde algún crío.

—Entonces, ¿tú no vienes?

—Ni hablar, me quedo preparando la comida bien a gusto.

Aunque no le hacía gracia que su familia participara en unos festejos que ella sufría como un insulto, no pudo negarse, sobre todo por Matías, que era muy bueno con todos ellos, tanto que se iba a llevar a Manuela a Tobal de la Sierra ese verano. Esperaban que el clima seco mejoraría su asma. Matías acababa de dejar la mina, ya no aguantaba más aquel penoso trabajo que lo deslomaba, y decidió trabajar los meses de estío faenando en el campo. Le gustaba recoger la fruta del valle y cosechar el trigo en agosto. Luego, en septiembre u octubre, si las cosas salían según lo planeado, volvería a Ibaya. La idea era tratar de vender su casa de Tobal para adquirir el camión de Amancio, aunque este todavía no tuviera claro si venderlo o no. Matías y Elvira esperaban que Araceli, la mujer del comerciante, acabara convenciendo a su esposo de la bondad de la transacción.

Cuando Matías anunció que dejaba la mina, Elvira estalló de alegría. Aquel trabajo destrozaba la salud de los hombres, y ninguna mujer lo quería para los suyos. Aunque a la mayoría no le quedaba más remedio que bajar al pozo para ganarse el sustento. Manuel y Elvira decidieron que, aprovechando el viaje de Matías, su hija iría a Tobal en verano; el médico lo había sugerido: mejorarían sus pulmones y regresaría más fuerte. No imaginaron el revuelo que la noticia habría de producir en el resto de la familia: todos los niños querían ir, no conocían nada más allá de los pueblos de alrededor, y llegaron a envidiar el asma de su hermana. De nuevo, el bueno de Matías medió en la negociación.

—¿Y por qué no vamos todos? ¡Nuestros padres se alegrarían tanto de veros!

—Tú estás loco, hermano. ¿Y qué hacemos con el taller? ¿Lo cerramos? ¡Ni que fuéramos ricos! Y además, ¿sabes lo que cuestan el tren y el autobús? Imposible. Que vaya Manuela contigo, y no hay más que hablar.

Se habló mucho del asunto. Elvira se sintió acorralada y tuvo que ceder. Matías y Manuel se las ingeniaron para solventar todas las dificultades. Su hermano empeñó el anillo de casado, ya no lo quería, y con el dinero obtenido pudieron costear el viaje. Manuel adelantó trabajo y afirmó que en verano no habría grandes pedidos y que sus costureras podrían apañárselas solas con los encargos menores. Sin embargo, no le hacía gracia dejar el negocio tanto tiempo. Al final llegaron a un acuerdo: irían a Tobal de la Sierra, pero se quedarían solo una semana, a lo sumo diez días. Manuela, sin embargo, permanecería en el pueblo hasta el comienzo del nuevo curso.

Así que esa mañana Elvira pensaba en el reencuentro con su familia, en la organización del viaje, en las tareas pendientes en el taller, y estaba segura de que no iba a ser capaz de disfrutar de sus primeras vacaciones. Estaría preocupada. Tampoco lograba desalojar cierto resentimiento hacia sus padres. Esos pensamientos se mezclaban con el ahogo que le producía conocer a Renata Acosta.

En el hogar de Lucía no había espacio para el silencio. A fin de evitar miradas acusadoras en la calle, Carmelo obligó a los chiquillos a permanecer en casa. Estos correteaban por el huerto disfrutando del sol. Aquella mañana, los sonidos familiares y alegres que tanto gustaban a la mujer en otros momentos la molestaban. Necesitaba algo de paz; cada vez que pensaba que iba a encontrarse cara a cara con la italiana le hervía la sangre. Y el ruido acrecentaba su disgusto. ¡Qué ganas tenía de que terminara la misa funeral! Volvería rápidamente a casa y se escondería en la cocina, esperando que la denostada visita de la viuda de su violador terminara de una vez por todas. No veía el momento de que Renata Acosta retornara a su país. Su sola presencia le devolvía la cara cobarde y enloquecida de Berto Sandrini. Era necesario que todo aquello terminara para que la normalidad regresara a su vida.

La iglesia y sus alrededores estaban abarrotados de gente. Cuando Lucía y Elvira entraron al templo, la viuda y las autoridades ya estaban acomodadas en la primera fila de bancos, adornados para la ocasión con estolas rojas y gualdas. Era el único banco mixto: por primera vez se habían saltado las normas del protocolo. El alcalde ocupaba un lugar entre su mujer y la viuda; al lado de Carmen estaba su hija, y junto a Renata y el pequeño Claudio, el alguacil y su esposa. El resto de autoridades, también en las primeras hileras de bancos, mantenían la separación de sexos. Al igual que los demás vecinos, al llegar, Elvira y Lucía dirigieron su mirada hacia la italiana. Gracias a Dios no podían verle más que la nuca. Con un poco de suerte, si lograban salir antes, no tendrían que afrontar su cara ni la del niño.

El oficio fue tediosamente largo. A los tres cuartos de hora que duró se sumó el discurso del alcalde, y, para disgusto de Lucía y de Elvira, la viuda subió al altar. Llevaba un papel que leyó con una voz dulce y melodiosa, con marcado acento italiano, un texto de agradecimiento tan farragoso y florido que necesariamente tenía que ser obra de algún funcionario.

Aunque su visión les contrajera el estómago, Elvira y Lucía tuvieron que reconocer que se encontraban ante una mujer bella. Su pelo moreno, peinado en un elegante moño, enmarcaba un rostro agradable y sereno, en absoluto insípido. Llevaba un traje elegante y sobrio, negro, y al igual que el resto de las feligresas se cubría la cabeza con una mantilla de encaje que acentuaba su tez levemente aceitunada, mediterránea. Muchas envidiaron desde sus bancos el corte impecable del vestido, la pulcritud blanca de sus puños de blonda y, sobre todo, sus relucientes zapatos de piel. Algunos hombres hubieran suspirado, pero se aguantaron. Cualquier sonido habría delatado su interés en semejante hembra. El hecho de que Renata fuera extranjera aumentaba, sin duda, su atractivo.

Llamó la atención que no se mostrara nerviosa mientras leía su discurso y la naturalidad con

que salió del aprieto las dos veces que su castellano se atoró. Se limitó a sonreír, cautivando con sus dientes a los presentes. Después de su intervención, bajó lentamente las escaleras, como en un desfile ensayado, lo que fue interpretado como un signo de delicadeza; no sabían los presentes que Renata no estaba acostumbrada a los tacones y que temía caer por las escaleras y hacer un ridículo inmenso. Cuando el cura dio su bendición, se acercó al banco de autoridades y con un gesto de la mano les invitó a desfilar detrás de él, por el pasillo central, mientras los demás esperaban de pie a que saliera la comitiva. Al pasar junto a Lucía, la esposa del alcalde inclinó la cabeza a modo de saludo y sonrió. La aldeana temió que la insistente Carmen quisiera presentarle a la italiana a la salida. Desde el final de la guerra, su vieja amiga no desperdiciaba la ocasión para ponerse a hablar con ella, como si al llegar la paz pudieran retomar sin más una amistad que para ella estaba herida de muerte. Una vez abierta la puerta principal, el resto de asistentes empezó a abandonar el templo. Lucía siguió arrodillada. Carmelo fue hacia ella. Al pasar frente al altar mayor se santiguó en señal de respeto y, cuando estuvo a su lado, le preguntó en un susurro:

—¿Qué haces? ¿No vienes a dar una vuelta?

—No, Carmelo, me quedo un ratito y luego voy para casa. Llévate a los críos para que jueguen un poco en la plaza.

—Mira que vamos a dar que hablar.

—¡No digas sandeces! —Incluso hablando en susurros el tono de Lucía resultó tosco—. Con que te vean a ti, a los críos y a mi hermana es suficiente.

Su hija Tere, que estaba a su lado, le dijo al oído:

—Ama, ¿puedo quedarme contigo? No tengo ganas de ir a la plaza.

—Está bien, pero después nos vamos a casa. Luego no me vengas con que te aburres.

Diez minutos después de que la iglesia se hubiera desalojado y tan solo quedaran algunas beatas murmurando avemarías y encendiendo velas a los santos, Lucía y su hija salieron asidas de la mano por la puerta lateral. Apenas se oían voces procedentes del exterior, lo que significaba que el barullo en torno a la viuda se habría trasladado ya a otro lugar, probablemente a la plaza del pueblo. Esperar en el interior le había servido a Lucía para eludir una más que probable presentación de la viuda por parte de Carmen. Conocía bien a la mujer del dirigente falangista. Era buena persona, y seguro que tenía en el pensamiento llamarla y presentarle a Renata Acosta como un signo de deferencia, como un detalle amistoso. Obviamente, Carmen no sabía lo que había ocurrido con el marido de la italiana, pero tampoco era consciente de que ese tipo de iniciativas ponían a su amiga en un compromiso. Codearse con las autoridades no estaba bien visto entre su gente, al menos de momento. Las heridas de la guerra seguían sangrando en los corazones de los vencidos. Al salir de la iglesia se quitó el velo: una de las horquillas se le estaba incrustando en la cabeza y le hacía daño. Metió el rosario, el misal y la mantilla en su bolso y volvió a coger a Teresa de la mano. Apenas quedaba una decena de personas hablando. Gracias a Dios, ni rastro de Carmen ni de la viuda.

Después de haber afrontado el rostro de la italiana, Elvira se sintió más tranquila. Ya había

pasado lo peor, no había ninguna probabilidad de que tuviera que verla de cerca, y ya se ocuparía ella de mantenerse alejada para no cruzar su mirada. Salió con Manuela entre el barullo de gente, con idea de pasar primero por casa para dejar los arreos religiosos y coger algo que llevar a la merienda comunal. En la escalinata se encontró con Araceli, la tendera, quien con su charla imparable la tuvo entretenida un rato.

—Guapísima es esta italiana. ¿No te parece, Elvira?

—Bueno, no la he visto de cerca.

—¡Pero, madre, si la hemos visto perfectamente! Araceli tiene razón, es una mujer muy guapa.

—No digo que no. La verdad es que tampoco me he fijado mucho.

—Pues mírala, madre, que está allí, con el niño de la mano. —Elvira se vio obligada a mirarla de nuevo.

—Sí es guapa, sí, os doy la razón.

—Tan joven, y viuda —añadió Araceli con un suspiro.

—Mujer, ni que fuera la única. Viudas hay un montón después de la guerra, tan jóvenes o más que esta —contestó Elvira arrepintiéndose al momento del comentario—. ¿Cómo va lo del camión?

—Poco a poco, usando la mano izquierda, ya sabes. Se trata de conseguir que mi marido acabe creyendo que la decisión de venderlo es suya, y eso requiere su tiempo. Tú no te preocupes, que ya me lo voy toreando.

—Eso espero, Araceli, que mi hermano se saca el permiso la semana que viene. Y no quiero que vuelva a la mina.

Lucía y Tere iban camino de casa por la calle trasera de la parroquia. Avanzaban sin apenas hablar; a la niña le gustaba pasear en silencio de la mano de su madre. Le agradaba sentir la aspereza de la mano adulta, la fragancia a flores que expelía su madre al andar, el gozoso tronar de sus tacones sobre el asfalto. Lucía se paró:

—Espera, hija, que se te ha soltado el cordón del zapato. No vaya a ser que tropieces y caigas.

Se agachó junto a la niña. Mientras anudaba el lazo sintió una mano sobre su hombro. Giró la cabeza hacia arriba y se quedó de piedra. Aquel encuentro resultaba inesperado y de lo más incómodo. Carmen, su hija y la viuda italiana con su niño le sonreían desde arriba. Para cuando se incorporó, Tere y su amiguita ya estaban celebrando el encuentro con infantiles aspavientos.

—Lucía, quiero presentarte a Renata Acosta. Lucía es una amiga de toda la vida.

—Encantada —respondió la italiana con una sonrisa que hizo sentir a Lucía mil veces más culpable.

No se dieron la mano, no era costumbre entre las mujeres, simplemente inclinaron la cabeza en señal de respeto.

—¿Qué le parece todo esto? —se le ocurrió decir a Lucía mientras trataba de evitar los ojos de la viuda.

—Magnífico. Me encanta, de veras, mi padre me habló mucho de España, y tenía razón. Es un

lugar maravilloso, de gente muy agradable.

—Oye, Lucía —intervino Carmen—. Mañana voy a dar una fiesta infantil en casa, en el huerto. Habrá chocolate con churros, y espero que traigas a Teresa. Es por Claudio, el chiquillo de Renata: el pobre lleva varios días entre gente mayor y ya es hora de que se entretenga un poco.

Lucía no encontraba una disculpa, la buscó pero no la encontró; la mente se le había bloqueado por la presencia de la viuda.

—¿Me dejas ir, ama? ¿Me dejas ir? —gritó la niña dando saltitos y juntando las manos en gesto de súplica.

«Esta niña, siempre tan callada, y ahora se me pone guerrera», pensó la mujer. Acorralada por la situación, dijo que sí, entre otras cosas porque no podía negarle a su hija una merienda con churros y chocolate. Luego tendría que vérselas con Carmelo, que desde que acabó la guerra hacía lo imposible por cortar de raíz esa relación. Por supuesto que su marido no sabía que Carmen le pasaba de vez en cuando, a través de su criada Angelines, huevos, sardinas y café. Ese asunto era cosa de mujeres. Carmelo quedaba al margen, no lo hubiera comprendido; claro que él no se encargaba de llenar el puchero. La ignorancia de lo que significaba dar de comer a una prole le permitía mantener su orgullo inalterable. Lucía, por su parte, ignoraba que Alfredo estaba al tanto de la generosidad de su mujer; de haberlo sabido, se habría negado a recibir sus paquetes de estraza. Carmen se lo había ocultado a su amiga. Conocía muy bien hasta dónde podía alcanzar su tozudez: admitiría los obsequios de la alcaldesa, pero se hubiera sentido ultrajada al recibirlos del falangista. Carmen, con total naturalidad, le planteó a su marido la cuestión de ayudar a la familia Gómez.

—Haz lo que quieras, yo no quiero saber nada; solo te pido que no lo vayas contando por ahí. A alguien le podría molestar —fue el único comentario que hizo el alcalde.

¿A quién podría molestarle? ¿A sus amigos? ¿Al resto de vecinos que también pasaban hambre? Seguramente a todos. Así que encargó a Angelines la tarea de entregar la mercancía, obligándola a jurar silencio absoluto, so pena de ser devuelta a su desolada aldea de Lugo. La amenaza realmente sobraba. El hecho de que su patrón fuera el jefe local de la Falange era razón suficiente para obedecer a pies juntillas; su uniforme azul y sus flechas le imponían de tal manera que se aguantaba como una heroína las ganas de irse de la lengua con los asuntos de la casa. Tal vez por eso, cuando su señora le dijo que podía hablar sobre la viuda en el mercado, se sintió pletórica: por unos días pudo dar rienda suelta a esa boca tanto tiempo cerrada.

Alfredo accedió a la generosidad de su mujer y no volvieron a tratar el tema, pero si por alguna razón se hubiera negado, Carmen se las habría ingeniado para salirse con la suya a sus espaldas. A la chita callando. Ya se había dado cuenta de que vivir bajo el mismo techo con un hombre de tanta responsabilidad, sometido a presiones e intereses, le exigía aprender a conducirse, en ocasiones, de forma sinuosa, a actuar en la sombra, sin hacer ruido. Era mucho mejor que enfrentarse a él. Siendo más fuerte y poderoso, tendría las de perder. La estrategia pasaba

entonces por la creatividad, la inteligencia y la discreción. Con el asunto de la excarcelación de Carmelo y la entrega de alimentos a la familia de este actuó abiertamente. Con lo de Mauricio, no.

El pobre Mauricio la había cortejado siendo muy jóvenes. Durante un tiempo a ella le gustó el muchacho, pero pronto dejaron de sentirse atraídos el uno por el otro. Sin embargo, aquella inocente experiencia le hizo profesar un afecto especial por su vecino. Cuando terminó la guerra, la esposa del entonces soldado republicano la llamó con un «chist» y la condujo a un callejón. Supo que Alfredo no ayudaría a escapar a su amigo a Francia. Además, comprendía que era pedirle demasiado. Ella se ocupó de todo. Fue lo más peligroso que hizo en su vida. Le entregó a su antiguo pretendiente un traje de la Falange, y con eso y un salvoconducto que ella misma firmó imitando la rúbrica de su marido, el primer amor de su vida logró huir a Francia en un barco pesquero. Se suponía que el falso falangista debía acudir a una reunión secreta en Bayona. Los pobres marineros se lo creyeron, aterrorizados con la presencia del fascista. Cuando Mauricio hubo desembarcado, se quitó la camisa y les gritó con el puño en alto:

—¡Viva la República!

El capitán comentó:

—¡Qué jodido, el tío!

Mientras las mujeres hablaban sobre la merienda, las dos niñas se decían algo al oído. Carmen las reprendió:

—¿No sabéis vosotras dos que es de mala educación hablarse al oído? ¡Cuentitos al oído son de viejas!

—Es que, mamá —dijo su hija Chelo—, me gustaría que viniera también a la merienda el amigo de Tere. ¡Es tan divertido!

—¿Qué amigo? —preguntó Lucía sorprendida.

—Alberto —respondió Teresa con cierta timidez—, el hijo del sastre. —Antes de que Lucía pudiera negarse se alzó la voz de Carmen.

—Pues claro que puede venir. Al niño no lo conozco, pero la suya es una buena familia. Y si a vosotras os hace ilusión, que venga. ¿Quién le va a avisar?

—¡Yo! —dijo Teresa con entusiasmo.

—¿Y tú, Lucía, vendrás? —preguntó Carmen esperanzada.

Lucía miró a la mujer del alcalde. En sus ojos esta pudo adivinar su enojo. Aquellas pupilas ya le habían respondido antes de que por la boca de su amiga asomara palabra alguna. Aunque con la mirada reprochaba su insistencia y el hecho de que la pusiera en un compromiso, la mentira que dijo Lucía resultó mucho más cortés:

—Ya lo siento: mañana me toca cuidar a mi padre. Anda flojo el hombre. Mi hermana Mila necesita un respiro de vez en cuando. No va a cargar ella con todo.

Las mujeres se despidieron. A Lucía se le quedó grabada la carita de Claudio, una imagen inocente que le hacía sentirse mal. Su cerebro mantenía un diálogo de locos. Se decía: «Habéis dejado a ese niño sin padre». Y se respondía: «Él se lo buscó». Y mientras ideas de este tipo se le

amontonaban, su hija, abandonando definitivamente su mutismo, no paraba de hablar de la fiesta a la que había sido invitada. Su madre la escuchaba como un fondo sonoro lejano, sin prestarle atención, hasta que la niña se paró en seco, estiró la mano de Lucía y le plantó cara:

—¡Ama! ¡Que te estoy preguntando a ver qué vestido voy a llevar!

—¡Ay, hija! No te había oído. ¡Pues cuál va a ser! El azul claro que heredaste de tu hermana. Es bonito y cómodo.

—Y me pondré una cinta en el pelo para estar más guapa.

—Claro, mi niña, serás la más guapa de la fiesta.

Al cruzar el umbral de su casa se tranquilizó. Había sido capaz de afrontar la situación, disimular el malestar del encuentro. Apoyada en la encimera de la cocina se le pasó por la cabeza que la penitencia a la que el Señor la estaba sometiendo se extendía demasiado en el tiempo. ¿No había sido suficiente sufrimiento lo acontecido en el lavadero? ¿No bastaba con el horror vivido? ¿Acaso no había cumplido ya una pena al desgarrarse por dentro con la ejecución del anarquista? Parecía que su vida se estaba convirtiendo en la antesala del purgatorio. Dios no solo la había castigado enviando a la viuda y al hijo del italiano a Ibaya con el fin de enfrentarla a la familia del muerto, sino que además una cuerda invisible las iba cercando a ella y a Elvira. Si en algún momento creyeron que solo verían a Renata Acosta de lejos, como quien observa desde la platea a un actor sobre el escenario, tan inalcanzable que parece irreal, se habían confundido totalmente. La cuerda imaginaria las tenía tomadas por la cintura y las apretaba, obligándolas a conocer más de cerca a la viuda. Lucía pensaba que la soga vengadora era tan real como la bombilla del techo. Si bien era cierto que por su relación con Carmen ella tenía muchas posibilidades de conocer de cerca a Renata Acosta, el hecho de que a las niñas se les hubiera ocurrido invitar a Alberto solo podía ser obra de una implacable mano invisible.

La ilusión de Teresa por pasar la tarde a solas con su madre se desvaneció: la merienda del día siguiente la había desbancado, y la niña sentía la necesidad perentoria de encontrar a Alberto.

—Estará en la plaza, como todos —dijo Lucía—. Vete si quieres. Luego buscas a tu padre y a tus hermanos y te quedas con ellos.

Mientras tanto, la familia de Elvira observaba con orgullo el trabajo de Manuela, colgado en la pared del soportal junto al resto de labores escolares. Desde luego, el tema no les gustaba: el día de la Victoria no era precisamente un asunto del que se sintieran orgullosos, pero la niña lo había dulcificado. En el mural aparecía una bandera española, como ordenaban las bases del concurso, pero era pequeña y apenas se notaba, gracias al poder de atracción que ejercía la estampa de la Virgen María que había dibujado con esmero al carboncillo, rodeada de figuras humanas que representaban a mujeres, niños y hombres agarrados de la mano. Había titulado su trabajo *El triunfo de la paz*. No aparecían militares ni enseñas falangistas, lo que agradó a sus padres. La niña era inteligente, pensó Elvira, porque bajo un motivo religioso había logrado colar una visión muy distinta de la liberación: la de las familias corrientes y trabajadoras, que recibieron con gran alivio el final de la guerra. Sin duda era la expresión de lo que su hija sentía. Tras observar los

trabajos de los demás alumnos, sus hijos se desperdigaron por la plaza. Al poco rato vio a Alberto hablando con la hija de Lucía. No le hacía gracia que entre los niños hubiese surgido esa amistad; con el tiempo eso le exigiría mantener un trato más estrecho con la familia, y la presencia de la aldeana la seguía poniendo nerviosa. Le disgustó más observar cómo la hija de la alcaldesa se unía con confianza a los niños, quienes inmediatamente se juntaron con otros para jugar al pillapilla.

Rodeadas de algunas vecinas, la esposa del jefe de la Falange y la italiana se hallaban sentadas en un banco, esperando que sonara la campana de la merienda. A Elvira le molestó la escena: mujeres que se creían más que las demás, esposas de hombres que medraban con los nuevos tiempos, babeaban en torno a Carmen y Renata, las adulaban con sus falsas sonrisas y parabienes. C cogió a Manuela del brazo y le dijo:

—Vamos, hija, vamos a echar un vistazo a la tienda de Cruz, a ver qué novedades tiene.

Renata sonreía a las mujeres que la rodeaban. Se daba cuenta de que algunas se esforzaban por caerle en gracia, convencidas de que se trataba de alguien importante, y la situación le pareció cómica: si supieran que la ropa y los zapatos se los había comprado Carmen; si conocieran sus orígenes y el pueblo de donde procedía; si estuvieran al tanto de las opiniones políticas de su padre; si la hubieran visto acobardada y vapuleada a manos de Berto... Probablemente no la habrían mirado a la cara.

LA MERIENDA

Cuando esa misma noche se dirigió a abrir la puerta de su casa no imaginó ni por un segundo que al otro lado iba a encontrarse con Elvira. A lo largo de los tres años transcurridos desde que mataran al soldado italiano, la sastra se había mantenido alejada. Al ver su gesto, el ceño más marcado de lo habitual, los labios prietos, supo el motivo de su inesperada visita.

—¿Se puede saber en qué estaba pensando? —le soltó enfurecida.

—Lo dice por lo de la merienda de mañana... —Lucía trató de cargarse de paciencia. No podía montar un número en su propia casa.

—¡Pues claro! Me ha venido mi hijo Alberto diciendo que mañana se va a casa del alcalde a comer chocolate con churros. Y que ha sido su hija la que le ha invitado.

—Son amigos. A mí tampoco me hace gracia el asunto, pero me vi acorralada por Carmen. No deje ir al niño y ya está.

—Sabe que no puedo hacer eso. Lo mismo su amiga Carmen se ofende. Y no nos conviene.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Por qué nos pasa esto? —Elvira parecía haberse calmado.

—No lo sé, pero estoy cansada. Mire, Elvira, vamos a tranquilizarnos, que vayan los críos, que se diviertan, y recemos para que la viuda se vuelva pronto a Italia.

—¿Y si no regresa?

—¿Y por qué no iba a regresar?

—Porque su país ha entrado en la guerra. ¿No lo sabía?

—Algo he oído, pero tampoco le he prestado mucha atención. ¡A ver si va a tener razón!

—Pues como la tengamos mucho tiempo por aquí a mí me va a dar algo. Solo pienso en perderla de vista. Me pone nerviosa verle la cara. —Lucía asintió con la cabeza, entendía el sufrimiento de su vecina—. ¿Va a ir mañana a casa del alcalde?

—No, me he inventado una excusa. Los niños irán solos.

—Quizás sería mejor que nuestros hijos no se vieran tanto.

—¿Por qué? ¿Qué culpa tienen ellos?

—¡Ay, mujer! Ninguna culpa, pero cuanto menos nos relacionemos, mejor.

—¡Ya está otra vez! ¡Menuda manía que le ha entrado! No sé qué le pasa, es usted retorcida, demasiado, diría yo.

—Piense lo que quiera. Para mí, cuanto más lejos esté de mi vida...

—Eso ya me lo ha dejado claro. Y creo que se lo he puesto fácil. Ahora, una cosa le digo: yo a mi hija no le voy a prohibir estar con su chaval. Usted verá lo que hace con el suyo.

—¿Y qué voy a hacer? ¡Pues nada! Aguantarme.

—Pues eso, que pase buena noche —la despidió Lucía enfadada.

Al entrar de nuevo en la casa se topó de bruces con Carmelo.

—¿Quién era?

—La mujer del sastre.

—¿Y qué quería a estas horas?

—Hablar de la merienda de mañana. Su chiquillo también va, y no le hace ninguna gracia.

—¡Normal!

—¡Ay, Carmelo! Que son niños inocentes. ¿Es que piensas meterles el odio en el cuerpo? ¿Te parece justo privar a la niña de Carmen de tener amigos solo porque es la hija de un falangista? ¿Dónde está tu caridad cristiana? ¡Por Dios, no te reconozco!

Carmelo se quedó callado. El rapapolvos que le acababa de echar su mujer había surtido efecto en su conciencia. Aun así, continuó la discusión.

—Ya, y también te permito que retomes tu amistad con Carmen y luego voy yo a ver al Athletic al palco de Alfredo Cortázar. ¡No me jodas!

—Límpiate esa boca sucia, que da asco. Que conste que tú no me permites ni me dejas de permitir. Si yo no ando con Carmen es que no quiero, no porque tú me lo prohíbas. Y mira lo que te digo: Carmen es una buena persona, y si no voy con ella es porque está casada con quien tú ya sabes y porque no me gusta la gente con la que se relaciona ahora. —Parecía que Lucía hubiera terminado de hablar. Empezó a caminar hacia la cocina, pero se dio la vuelta y, apuntando a Carmelo con el dedo, añadió—: Otra cosa: si algún día te veo con Alfredo en plan amigotes, la que se va a enfadar, y mucho, soy yo.

Mientras Elvira y Lucía rumiaban su malestar por la dichosa merienda en casa del alcalde, Renata planificaba cómo poner la puntilla a su plan para afincarse en España. Desde su llegada a Ibaya se había afanado por labrar con esmero, sobre la conciencia de Carmen, la idea de que volver a Italia resultaba demasiado peligroso. Lo que barruntaba esa noche era cómo plantearle su decisión de quedarse definitivamente y conseguir, además, que su anfitriona se sintiera obligada a echarle una mano. La italiana sabía que para vivir en España no necesitaba el beneplácito de las autoridades, ya que disfrutaba de doble nacionalidad, el problema era encontrar un trabajo y una casa. Alcanzar ambas cosas por sus propios medios iba a resultar una tarea ímproba. Necesitaba a Carmen. Se sentía optimista: la amistad que deliberadamente dejó surgir entre ambas sería su mejor baza. Renata pensaba que, por una vez, Dios estaba de su parte. Aunque desde que recibió las indicaciones del viaje se propuso ganarse la confianza de la esposa del alcalde aun cuando esta resultase más mala que una víbora, la realidad le había regalado una anfitriona que se dejaba querer y a la que había terminado por apreciar. No obstante, recelaba de Alfredo, un hombre de una corrección irritante, que la había traído por puro interés y que en el fondo deseaba perderla de vista. Rodeados de niños, mordiendo gustosamente un churro, le plantearía su decisión a Carmen y

le pediría abiertamente ayuda. Si no se la daba, ya se las arreglaría. Nada se le antojaba peor que regresar a Portovenere en medio de una guerra.

Tuvieron suerte. El sol lució la tarde de la merienda. A Claudio se le veía feliz, rodeado de varios niños algo mayores que a cada momento le hacían carantoñas y le involucraban en sus juegos. Para refugiarse del sol, Angelines dispuso la mesa bajo la parra. A petición de Renata, Carmen no invitó a otras madres.

—¿Sabes? Me alegro de que tu amiga Lucía no pueda venir mañana. Me apetece estar tranquila contigo una tarde —le comentó la víspera.

La mujer del alcalde se sintió henchida de emoción. Por fin tenía una amiga. Su invitada le había dejado claro el mensaje: no debía llamar a nadie más, así que Carmen avisó a sus amigas de que la fiesta era solo para niños: entre adultos, Claudio no se sentiría a sus anchas. En total se reunieron nueve chiquillos: seis niñas y tres niños, que recibieron con alborozo a Angelines cuando apareció portando una bandeja de churros. Mientras comían, Alberto y Tere se miraban de reojo, saboreando y relamiendo el azúcar con frenesí. En sus respectivas casas no había meriendas tan dulces, y sospechaban que, en cambio, el resto de los invitados estaban acostumbrados a esos manjares. Cuando los demás niños abandonaron la mesa, los dos amigos se quedaron. Angelines había prometido traer también unas pastas, y no pensaban desaprovechar la ocasión, por mucho que acabaran con dolor de barriga.

—Me ha pedido Alfredo que te diga que el miércoles de la semana que viene sale un barco de Barcelona hacia Génova. Yo ya le he dicho que todavía no has preparado lo de la repatriación del cadáver y que no sé si te va a dar tiempo.

Renata se alegró de que su amiga sacara el tema; sería más fácil para ella afrontarlo abiertamente.

—Mira a Claudio, ¡qué contento! —empezó diciendo Renata.

—Sí, y en pocos días ha aprendido mucho castellano.

—No me voy a Italia, Carmen. Por mi hijo, no me voy.

—¿Por la guerra?

—Por la guerra, sobre todo. Llevo dándole vueltas a la cabeza y creo que mi sitio está aquí. ¿Qué me queda en Italia? Nada. Mis padres, muertos; mi marido, muerto; mis hermanos, en la Argentina... Recuerdos tristes, eso es lo que me queda.

—¿Y la madre de tu marido?

—Le queda poco tiempo de vida.

—¡Vaya por Dios! Lo tienes decidido, ¿eh?

Renata asintió con la cabeza.

—No sabes cuánto me alegro. Te he tomado mucho cariño y me gustará tenerte cerca.

—A mí también, Carmen. El problema es que necesito un trabajo y una casa. Y no sé cómo están las cosas por aquí. Aunque supongo que después de una guerra habrá mucho que hacer.

—Tienes la pensión de viuda, ¿no?

—No es suficiente, y quizás no me la envíen a España, no lo sé. En Portovenere me llegaba para vivir porque la casa apenas me costaba nada. Aquí tendré que pagar un alquiler. He pensado que tal vez podrías encontrarme algo, no sé, como sirvienta, o como costurera. Lo hago bien.

—¡Calla, mujer, calla! ¿Qué te vas a poner tú a servir? ¡Con lo lista que eres y la clase que tienes! Ya te buscaré yo algo. Quédate tranquila, que yo me encargo.

Fue mucho más sencillo de lo que había imaginado. Se quedaría en Ibayá, y Carmen le buscaría un trabajo. Solo temía que el alcalde se opusiera.

Diciembre de 1941

LUCÍA

Durante toda la jornada el cielo se mantuvo nublado, como si una gruesa techumbre gris, que impedía pasar un solo rayo de sol, se hubiera instalado sobre montes y tejados, manteniendo a Ibayá en una melancólica penumbra. De vez en cuando, una fina lluvia, que los lugareños llamaban «sirimiri», se despegaba de las nubes para empapar las calles, para adherirse a la ropa y entristecer el alma de los transeúntes. Mientras caminaba del brazo de Carmelo, Lucía pensó que aquella meteorología adversa era el escenario más idóneo para un día tan triste. Como autómatas negros y silenciosos, muchos vecinos se acercaban a la iglesia vestidos de luto, hablando en murmullos, doloridos por la desgracia ajena. Al matrimonio le seguían sus hijos mayores, Telmo, Adela, Teresa e Íñigo, que caminaban cabizbajos, conscientes tal vez de que la vida es un hilo frágil que puede romperse en cualquier momento del camino, sin importar el trayecto recorrido. Habían dejado en casa a Jone con Marichu y la hija de esta; las criaturas eran demasiado pequeñas para aguantar en silencio un funeral. Decidieron llevar a Íñigo, el menor de los chicos, de siete años. Siendo alumno de catequesis, tenía que ir acostumbrándose a todas las ceremonias religiosas.

Al llegar al pórtico, Carmelo se soltó del brazo de su mujer para acercarse a un mendigo que estaba sentado sobre un cartón, con la mano extendida, tratando de llamar la atención de los parroquianos.

—Será mejor que te marches de aquí —le dijo Carmelo poniéndose de rodillas a su altura.

—¿Y eso por qué? —preguntó airado el indigente—. ¿Porque lo dices tú?

—No. Pero al párroco no le gusta.

—¡No te jode! —añadió el viejo, que desprendía un agrio olor—. ¡A ningún cura le gusta!

—Pero este os la tiene jurada. El hombre que estuvo en este sitio la semana pasada está ahora en los calabozos. Lo denunció don José. Le aplicaron la ley de vagos y maleantes. Y a ti con más motivo.

—¿Lo dices porque soy gitano?

—A don José no le gustan los gitanos; es triste decir esto de un sacerdote, pero es así. Yo solo te aviso.

—¡Cago en la...! —gritó enfadado el mendigo mientras se ponía en pie.

—Toma, cómprate algo de comer. —Carmelo le entregó una peseta.

—Gracias, majo, Dios te lo pague.

El coche fúnebre estaba aparcado a la puerta. Al verlo, Lucía notó que su estómago se retorció. Había una siniestra quietud en el ambiente, producto de una extraña y total ausencia de viento: ni

una brizna de brisa, ni el más leve soplo de aire, un raro fenómeno que no solía acompañar a un día tan aciago. La atmósfera en aviesa calma, el automóvil negro, los trajes de luto, el cielo oscuro, la lluvia pegajosa, la quietud de los árboles, la inmovilidad de los objetos..., todo ello configuraba un paisaje de una profunda tristeza. Como una metáfora del horrible año que habían pasado. La muerte de la muchacha se le antojaba a Lucía el colofón más terrible de ese 1941 de hambre, frío y desolación. Creyeron que tras la guerra, hundidos en la miseria de un país destruido, solo les quedaba comenzar a subir la cuesta, que nada podía ser peor que vivir bajo las bombas. Aguantaron las penurias de 1940 con la esperanza de que a partir de entonces solo cabía mejorar, poco a poco, paso a paso, pero la dureza del año siguiente les devolvió a una realidad mucho más terrible. Cerradas las fronteras de España, sumida Europa en una guerra descomunal, paralizada gran parte de la producción agraria, con las industrias a medio gas, el país se vio abocado a pasar hambre, frío y enfermedad. Y de todas las enfermedades, la tuberculosis era la más temida y también la más escondida.

Al ver a la multitud congregada en la nave, Lucía se preguntó cuántos de los presentes sabrían a ciencia cierta que Manuela había sido una víctima más de la tisis. Probablemente, solo unos pocos seguirían pensando que la chiquilla había muerto de un asma que degeneró en neumonía; quizás algunos preferirían creerlo porque les resultaba una amenaza demasiado terrible la certeza de que la peste blanca llamaba a la puerta de niños y adolescentes. La mayoría sospecharía que la familia, como tantas otras, prefirió enmascarar la causa ante el vecindario para evitar ser señalados. Entonces la tuberculosis se ocultaba como un mal vergonzoso. Todavía muchos la asociaban al alcoholismo, a la promiscuidad sexual, a la falta de higiene, a la pobreza. Y además, al tratarse de una enfermedad contagiosa, la familia quedaba estigmatizada. A Lucía no le extrañaba que hubieran querido disfrazarla. Ella supo la verdad meses antes, por su hija Tere.

—Ama, ¿la gente se muere de tuberculosis? —le preguntó un día la niña sin venir a cuento y acercando la boca a su oreja para que nadie pudiera oírla.

—Muchos sí, hija, pero otros se curan. ¿Por qué lo dices?

—Es que Alberto me ha dicho que su hermana tiene tuberculosis, que está muy malita en la cama, pero que no diga nada, que no le dejan, que si le preguntan tiene que decir que tiene neumonía; como es asmática...

Lucía se quedó lívida. Dos ideas le pasaron a la vez por la cabeza: que Elvira tenía que estar sufriendo mucho y que debía mantener a Tere alejada de esa familia para evitar cualquier riesgo. No sabía cómo afrontar el asunto con su hija, pero su amor de madre le decía que debía protegerla.

—Pues si le han dicho a Alberto que debe guardar el secreto, no te debió contar nada. Y tú, calladita a partir de ahora. Para nosotras, como si tuviera neumonía.

—Ya lo sé, ama. Alberto me lo dijo porque me lo encontré llorando. Y por una neumonía no se llora.

—No te creas, una neumonía es también algo muy grave.

—Bueno, es igual; el pobre lloraba, y cuando le pregunté qué le pasaba me lo dijo. ¡Me dio mucha pena!

—Deben de estar sufriendo mucho. —Lucía tomó aire antes de preguntar—: ¿Y Alberto tose?

—No tose, ni una sola vez le he oído toser. —La niña se dio cuenta de lo que rondaba por la cabeza de su madre—. Tranquila, ama, que ya me ha explicado todo lo que hacen para evitar ponerse enfermos. Casi nunca le dejan entrar a la habitación de Manuela. Entran los padres, y se tapan la boca, y llevan unos guantes que les dieron las monjas.

—Bueno, está bien. Pero si oyes toser a Alberto me lo dices.

Desde aquella conversación, que Lucía recordaba con claridad, habían pasado ocho meses. En todo ese tiempo no fue a visitar a la niña y solo se encontró con Elvira en un par de ocasiones. La primera vez que se cruzó con la sastra, esta no se paró. Salía de la farmacia y a paso ligero tomó el camino hacia su casa. La segunda vez, en pleno verano, consiguió abordarla.

—¿Qué tal su hija?

—Poco a poco, el verano le sienta bien. Parece que la neumonía va remitiendo, cada vez tose menos, pero le va a costar mucho recuperarse.

A Lucía le hubiera gustado decirle que sabía la verdad, que con ella podía desfogarse, que hablar sinceramente podría ayudarla a sobrellevar el asunto. Decidió callarse. Si Elvira no quería reconocerlo, no iba a ser ella quien la pusiera en una situación incómoda.

—Ya sabe dónde estoy —dijo a modo de despedida—. Si necesita algo, no tiene más que pedirlo.

Por una vez la sastra le sonrió, pero fue una sonrisa amarga. Cuando se quedó sola, Lucía se prometió a sí misma que cuando oyera a alguna mujer insinuar que lo de Manuela era tuberculosis defendería la versión de la neumonía y diría: «¡No veis que la niña es asmática! ¡Queréis ver demonios donde no los hay!». Era lo menos que podía hacer.

Desde el banco en el que se había acomodado vio entrar el séquito. El ataúd, de triste madera de pino, lo acarreaban el marido de Elvira, el hermano de esta y otros familiares que no conocía y que debían ser de Gallarta. Detrás, los niños avanzaban cabizbajos, sorbiéndose los mocos, portando una pequeña corona de flores blancas. Teresa agarró con fuerza la mano de su madre: al ver a Alberto tan afligido se sintió muy apenada. Acomodaron el féretro frente al altar. Los niños depositaron la corona sobre la caja y tomaron asiento en la primera fila. Don José comenzó la misa, pero Lucía no pudo seguir en el misal las palabras dichas en latín, perdida como estaba en sus pensamientos. Nunca iba a olvidar ese día, ni ese año de penuria. Estaba deseando que pasaran las navidades, que llegara 1942, y rezaba para que el nuevo curso fuera el comienzo de una vida mejor. Hubo sin embargo un momento en que las palabras del cura, subido ya al púlpito y de cara a la asistencia, le llamaron la atención, le golpearon los oídos como tambores hirientes, como bombas criminales, como insultos brutales. El sacerdote hablaba en castellano de los gusanos que corrompen el cuerpo mientras el alma sube al cielo. Una corriente de odio le calentó la sangre hasta tal punto que le subió un sofoco y empezó a sudar. ¿Cómo podía hablar a la familia

en esos términos? ¿Es que no se daba cuenta de que la imagen que deseaban llevarse de Manuela era la de una muchacha de dieciséis años y no la de un cadáver en putrefacción? ¿Por qué tenía que resultar tan cruel, tan sórdido, tan inhumano?

De forma voluntaria hizo un esfuerzo por hacer oídos sordos al sermón y se ausentó de la realidad aferrándose a sus cavilaciones. A lo largo del año había acudido a varios funerales. En enero murió su suegra. Le dolió mucho, pero su marcha era una secuencia lógica de la vida. Se fue como había vivido, sin dar trabajo a los demás, sin convertirse en una carga, víctima de una gripe que la pilló baja de defensas. Juliana comía poco, y en tiempos de escasez apenas se metía de vez en cuando un puré a la boca; prefería dar lo suyo a sus nietos. «Estos tienen que crecer», decía cuando su hija insistía para que acabara el plato.

Meses más tarde le tocó el turno a su padre. El corazón le dejó de latir una mañana mientras subía la escalera de la casa de Mila. Cayó rodando por los peldaños, dejándose la vida en una postura incómoda, despatarrado sobre la madera pulida de tanto frotar; casi sesenta años de existencia barrida en un segundo. Lucía, al igual que sus hermanos, experimentaron de nuevo la orfandad. Aunque eran adultos, se sintieron otra vez como niños desamparados. Sobre todo Marichu, que lloró desconsolada al conocer la noticia y se pasó varios días deambulando por la casa, atada a un pañuelo calado de lágrimas, abrazando a cada rato a su hija, su consuelo.

Cuando murió Tasio, Lucía volvió por segunda vez al barrio de San Francisco para dar la fatal nueva a su hermanastra Irene. Carmelo quiso acompañarla: esos lugares no le parecían seguros para una mujer decente. Lucía le cortó el paso:

—Es asunto mío, no necesito que vengas.

La realidad de esa negativa fue que no deseaba que Carmelo viera con sus propios ojos las vergüenzas de su hermana. La entrevista fue muy breve.

—Lo siento mucho. Era un buen hombre.

—Creo que tu madre debe saberlo, pero prefiero que seas tú quien se lo diga. El funeral será mañana a mediodía, en la parroquia del barrio alto.

—Espera aquí, la llamo ahora mismo por teléfono.

Irene salió de la salita en la que ya había estado una vez. Lucía se quedó sola entre aquellos muebles extraños, pensando en su padre, a quien ya echaba de menos. ¿Por qué le venían a la mente los recuerdos de su infancia? ¿Por qué las imágenes que se proyectaban en su cerebro eran todas de juegos, fiestas y risas? Ni la vida de su padre ni su propia niñez fueron fáciles. Al contrario, la muerte prematura de su madre y las dificultades propias de una familia pobre no les permitieron demasiados ratos de felicidad. Sin embargo, parecía que su memoria se hubiera empeñado en albergar únicamente esos momentos dulces. Enseguida regresó la hermanastra.

—Mañana estará en el funeral. Sale ahora mismo.

—¿Y tú? ¿Vendrás?

—No. Lo siento. Mi madre sabe lo que hago, y no quiero enfrentarme a ella. Además me ha dejado bien claro que no quiere verme.

—¡Pero si tú no te dedicas a eso!

—Eso da igual. Vivo aquí, con otra mujer, que además regenta un prostíbulo. Es lógico que os avergoncéis de mí.

—¿Y por qué no lo dejas?

—Porque me importa un pito lo que mi madre o cualquiera de vosotros piense de mí. Aquí vivo a gusto, aquí me quieren y me respetan. —Irene dio el asunto por zanjado y cambió de tema —. Las cosas están difíciles para todos. Bastante tenemos con sobrevivir.

—¡Y que lo digas! Me vuelvo loca para tener bien alimentada a la tropa.

—Si supieras lo que se ve por aquí: muchachas que llaman pidiendo trabajo por un plato de cocido, mujeres casadas que vienen a lo mismo, y hombres alcoholizados que no tienen fuerzas ni para acostarse con una puta. ¡Da asco tanta miseria!

—Llegarán tiempos mejores, Irene.

—Supongo que no piensas venir de visita.

—Supones bien. Ya sabes lo que opino.

La Bruja llegó al funeral como si de una reina se tratara, acompañada de su hermano el cura. Y su presencia molestó tanto a Lucía que durante el oficio no soltó ni una lágrima.

—¿A qué viene esta? —preguntó a su marido—. Debe creer que va a heredar algo; si no, para qué iba a estar aquí.

—Pues se va a llevar una sorpresa. Tu padre no tenía nada, y el sueldo se lo pasó a tu hermana mientras vivió con ella.

—Yo me alegro. ¡Pero mírala! ¡Si hace como que llora! No he visto mujer más falsa en toda mi vida.

En el funeral de su padre, Elvira se acercó a Lucía a la salida y le dio el pésame. Aunque solo respondió el esperado «gracias», su presencia le valió más que todas las condolencias recibidas. Fue un gesto bonito que hablaba de la grandeza de esa sastra antipática. Ahora iba a ser ella quien tuviera que dar el pésame a la familia. A Elvira no podía dárselo: no había encontrado fuerzas para acudir al funeral de su hija.

Contaba los días que faltaban para que 1941 se cayese del calendario, en la inocente esperanza de que 1942 no podría ser peor. Y en medio de tanta necesidad ella no tenía derecho a quejarse. Era verdad que la máquina etiquetadora llevaba meses parada por falta de pedidos, pero al menos tenían seguro el jornal de Carmelo, que ciertamente cada vez daba para menos, habida cuenta de los desorbitados precios del mercado negro al que necesariamente había que acudir, dadas las carencias del racionamiento. Aunque tenían trabajo, y Carmen, la esposa del alcalde, a quien por ser parte de la oficialidad parecía no faltarle de nada, le fue dando, hasta que se marchó de Ibayá, bolsas de comida. En 1941 Lucía hizo algo que nunca hubiera imaginado: puso una cerradura a la despensa para evitar que los niños cogieran comida fuera de horas. El racionamiento al que se veían sometidos se trasladó a su propio hogar. Cada vez que uno de sus hijos le preguntaba entre

horas si podía comer algo, Lucía contestaba con un no rotundo, mientras el monosílabo se le clavaba a ella como una puñalada.

Tiempos duros, tiempos difíciles, de mera supervivencia. Peor se presentó aquel año para la familia del sastre. La enfermedad de Manuela les fue consumiendo el alma y la cartera. Por boca de su hija Teresa, Lucía intuía que en esa casa se pasaba hambre de verdad.

—Las medicinas son caras, ama. Y no les da para ir al estraperlo a comprar comida.

Desde que supo de esa situación, cada vez que podía escatimar algo de lo que le regalaba Carmen, se lo pasaba a Teresa.

—Esto se lo das a Alberto, pero que no diga en su casa quién se lo ha dado.

—¿Y eso por qué?

—Porque podemos herirles en el orgullo, hija. Son gente honrada, y a la gente honrada y trabajadora no le gustan las limosnas. Que diga que se lo ha dado alguna de la Sección Femenina.

La situación de 1941 en Ibayá resultaba tan miserable que las falangistas abrieron un local de beneficencia en los bajos de lo que en su tiempo fue la sede del partido nacionalista. Cada vez que Lucía pasaba por allí y veía la larga cola de niños —solo podían acudir a comer los menores—, se le desgarraba el alma. Más de una vez vio a los hijos de Elvira. Le chocaba, sin embargo, que ni siquiera la penuria pudiera con las travesuras de los chiquillos, que mientras esperaban su turno jugaban a canicas en el suelo o se pegaban patadas en sus delgadas espinillas.

Al ir a comulgar, una mujer se desplomó. No era la primera vez que ocurría. La debilidad soporta mal los sitios cerrados llenos de gente. El médico del pueblo acudió de inmediato a socorrerla. Como la señora no salía de su desmayo, la cogieron entre dos y la sacaron fuera. El cura no hizo ningún comentario, como si la miseria, el hambre y la enfermedad de los pobres no fuera con él. Se limitó a callar el rumor de voces y a pedir compostura. Entonces las vio. ¿Qué hacían ellas allí? Hacía un mes que Carmen se había ido a vivir a Bilbao a una casa más lujosa en plena Gran Vía. Alfredo, su marido, dejó el puesto de alcalde tras ser nombrado jefe provincial de Propaganda. ¿Y la italiana? ¿Qué hacía la italiana en el funeral de Manuela? ¿Con lo tranquila que se quedó el día que se marchó de Ibayá! Entonces recordó la merienda infantil a base de churros con chocolate en casa del alcalde. Allí conocieron a Alberto, el hermano de la difunta. Por eso estaban en el sepelio. Tenían un pequeño punto de unión con la familia de la sastra, razón suficiente para asistir al funeral de la niña. Lucía cambió la dirección de su mirada y comenzó a pensar cómo evitarlas después de misa. Lo que no imaginaba era que una nueva sorpresa del destino la esperaba a la salida.

ELVIRA

Gracia entró en la habitación con una tila. La pena arañándole por dentro, la impotencia rasgándole la piel, porque por más que se ocupara de Elvira, tumbada en la cama con la cara hinchada de tanto llorar, no encontraba la manera de ofrecerle un poco de consuelo. Desde que el día anterior vio a su hija exhalar el último suspiro, un llanto irrefrenable salió de su garganta, una tempestad contenida a lo largo de los meses de enfermedad se desencadenó con toda su fuerza. Le faltaba el aire, se ahogaba en su congoja, quería parar y no podía. Ella, que había sido siempre una mujer fuerte, una fortaleza inexpugnable, un muro de hormigón frente al que chocaban las emociones, se estaba desmoronando como un castillo de naipes. Obediente, con la mirada ida, el pelo desgredado, los ojos hinchados como bolas y las manos temblorosas, se bebió la tisana a pequeños sorbos. Ni con hierbas ni sin ellas podría dormir. Solo un golpe certero que la dejara inconsciente le devolvería un rato de bienestar. Pero nadie se lo iba a dar, y ella no tenía fuerzas. Descansar era ya un verbo imposible. Cuando cerraba los ojos doloridos imaginaba a Manuela dentro del ataúd, cubierta más tarde por la tierra del cementerio. Entonces le daban arcadas. El dolor se manifiesta de muy diversas formas, y todas, absolutamente todas, iban tomando el cuerpo de la mujer. A ratos las lágrimas, a ratos los gritos, a ratos el silencio, a ratos las náuseas y el mareo, y todo el tiempo una angustia feroz enquistada en el estómago.

Habían luchado por la niña hasta la extenuación, se habían dejado todos sus ahorros en medicinas inútiles, en médicos incapaces, en ofrendas a los santos. Para nada. Para que la nada se instalase en la casa. Sus hijos pagaron con su delgadez la llegada de la maldita tisis a su hogar; buenos chicos que se conformaron con medias raciones y que asumieron sin poner malas caras la vergüenza de acudir al comedor social. Todo era poco para su hermana: «Dale mi leche», «de traigo esto o aquello», «yo no tengo apetito», insistían mientras sonaba de fondo el rugir de sus tripas huecas. Cómo habían sido tan ingenuos al creer que una buena alimentación salvaría a Manuela de las garras inclementes de la muerte. Todos los esfuerzos fueron vanos. Nada la salvó... Y ya no estaba, no era, no existía.

Gracia se sentó en una silla junto a la cama. No dijo nada. Elvira exigía llevar su profundo dolor en silencio, un dolor tan agudo que se hubiera quitado allí mismo la vida, de haber tenido fuerzas. En algunos momentos de mayor lucidez, tras pasar por su cabeza estos pensamientos destructivos, se sentía mal al percatarse, casi con sorpresa, de que tenía más hijos a los que cuidar. La verdad era que desde la muerte de Manuela ni siquiera en los rostros tristes de los niños hallaba una pizca de consuelo. Eran buenos chicos. Sin embargo, ella, en su desesperación, llegó a pedir a Dios que escogiera a otro, tal vez al más pequeño, al que menos tiempo llevaba

con ellos, a aquel que había dejado un rastro más tenue en sus vidas. Manuela era su primogénita, su única hija, la niña de sus ojos, su pasión. De inmediato se arrepentía y le pedía al Señor, le exigía, que no se llevara a ninguno. Dios no quiso oírlo.

Mirando la pared, donde estaba colgado un crucifijo, maldijo a Dios por hacerle pasar una pena más honda que un pozo sin fin. Desde que Manuela fue diagnosticada de tuberculosis, por su cabeza rondó la descabellada idea de que se trataba de un castigo divino: la más terrible sanción que se le puede aplicar a una madre por un pecado. Y su pecado, estaba segura, fue matar a aquel soldado italiano, indecente y borracho. El Señor la vio desde el cielo y supo que había arrojado la piedra con odio, con saña, con ánimo de quitarle la vida. Dios y ella lo sabían. Lucía, aunque presencié la agresión, no se dio cuenta, o tal vez creyó que le había dado con más fuerza de la deseada a causa de la tensión. En su fuero interno, Elvira supo que aquel fatídico amanecer quiso vengar sobre el cráneo del fascista a los vencidos, a los que como ella sufrían con la derrota, a los que pasaban hambre, a los que tuvieron que enviar a sus pequeños al extranjero, a las viudas, a los huérfanos de la guerra, a los que lloraban, a los mutilados, a los presos, a los ejecutados en la pared de un cementerio, a los que se tragaban las palabras, a los humillados, a los insultados, a los incautados de sus bienes, a los que se quedaron sin trabajo, a los depurados, a las mujeres violadas, a los que perdieron su casa por una bomba, a los torturados, vapuleados, golpeados, azotados, sacudidos y maltratados. A todos ellos quiso vengar estrellando sobre la cabeza del violador una piedra cargada con su mortal furia. Por eso Dios le había arrebatado a Manuela, su tesoro máspreciado. «¿No podías haber esperado a que me muriera yo y me llevaras directamente al infierno?», le preguntaba en sus monólogos delirantes. Elvira escondió la cabeza bajo la almohada para volver a llorar. La vívida conciencia de que a partir de aquel día iba a vivir enfadada con Dios y con el mundo, amargada, envejecida de golpe, con la mirada melancólica puesta permanentemente en el pasado, perdida en la añoranza, en la carencia, en el vacío que había dejado Manuela, le hizo derramar otra vez un torrente de lágrimas.

Los médicos se equivocaron: el asma de Manuela los confundió, por lo que tardaron en hacerle un diagnóstico acertado. Entonces ya tosía sangre. Recordaba aquellas vacaciones de 1940 en Tobal de la Sierra, cuando la niña mejoró con el clima seco del valle burgalés. En su baúl de experiencias agradables guardaría aquellos días, sobre todo la sonrisa de su hija corriendo por los campos verdes y metiendo los pies en el arroyo. El viaje fue tortuoso, todos subidos a la camioneta del tendero de Ibaya, con su hermano al volante, cargados de maletas de paja y cartón prestadas por los vecinos. Los baches hacían saltar a los niños, que viajaban en la cartola del vehículo, junto al equipaje, y disfrutaban con el vaivén, aunque más tarde se quejaron de los dolores en el trasero. Pararon unas cuantas veces a comer bocadillos de pan negro bajo la sombra de un árbol, mientras se enfriaba el cansado motor del camión. Elvira viajaba delante, entre su hermano y Manuel, nerviosa por el reencuentro familiar después de tantos años. Y un poco enfadada. El esfuerzo del viaje se lo compensaba la felicidad de los chiquillos y de su hermano y, sobre todo, la esperanza de que el clima mejoraría el asma de su niña.

Llegaron a Tobal con el camión renqueando, agotado y echando humo. Sus padres y todos sus hermanos les esperaban a la puerta de la casa que fue de sus abuelos y que ella habitó hasta hacerse una mujer. La estampa de toda la familia dispuesta en fila le recordó a Elvira los días en que llegaba con la señora Angustias Aranzadi a la casa de Francia y los empleados aguardaban a los veraneantes bajo la escalinata de la entrada. Solo que su familia no iba tan primorosamente ataviada.

No fueron malos días aquellos de Tobal, aunque Elvira pudo percatarse de que la lejanía la había apartado definitivamente de los suyos. Su vida nada tenía que ver con la de ellos, y no conseguía que el cariño que un día sintió por sus hermanos pequeños volviera a aflorar. Se habían convertido en unos adultos extraños, ni mejores ni peores que ella, simplemente extraños. Por qué no le había ocurrido lo mismo con Matías, se preguntaba. Porque Matías y ella habían convivido más tiempo y desde pequeños se sintieron muy unidos. Porque Matías había llegado a Ibaya, a su encuentro, y lo había hecho con una naturalidad que le faltaba al resto. Sus padres no parecían extraños cuando le hablaban, pero estaban tan viejos que cada mañana, al encontrarlos en la cocina, necesitaba un rato para cerciorarse de que esos ancianos eran los mismos que le dieron la vida. Su madre se interesó mucho por su vida en Ibaya, por el taller, por sus vivencias en casa de doña Angustias. Elvira le contó todo lo que quiso saber, pero a pesar de aquellas largas conversaciones no logró disipar el resquemor que le nació en la infancia. Al contrario, cuando observaba a sus hermanas haciendo carantoñas a su madre, pensaba que aquella complicidad le había sido arrebatada. No se puede edificar una relación tan estrecha desde la distancia, mucho menos reconstruirla con unos pocos días de convivencia estival. Aquellas escenas de cariño las observaba como una intrusa. Entonces, el rencor por aquel abandono bienintencionado, pero abandono al fin y al cabo, resurgía y levitaba, aunque sin manifestarse.

Sin embargo, la tristeza que siendo una niña sintió al verse desplazada de su casa no era comparable a la que sentía con la muerte de Manuela.

—¿Sabes lo que le dije a Manuel cuando nació la niña? —Gracia dejó la labor sobresaltada.

—Dime, qué le dijiste —preguntó con dulzura mientras le secaba una lágrima con delicadeza.

—Le dije...: mira, Manuel, mira a esta criatura. ¿Te das cuenta de que a partir de ahora nuestra felicidad no va a depender de nosotros, sino de lo que le ocurra a ella? Eso le dije, ya ves. Y mira si tenía razón que mi felicidad se ha ido por el váter desde que la niña enfermó.

—Lo sé, lo sé. —Gracia no sabía qué decir.

—Mientras estaba enferma, pobrecita mía, nos quedaba la esperanza. Ahora ya no queda nada. Solo un dolor tan grande que no sé con qué armas combatirlo.

Los chiquillos disfrutaron mucho durante aquellas vacaciones en el pueblo. Volvieron con más peso y con la tez morena, y protestaron y gimotearon el día que tuvieron que regresar. A la vuelta condujo Manuel, aunque aún no había obtenido el permiso. Su cuñado le había enseñado a hacerlo, y se le daba bien. Gracias a Dios no se toparon con ningún control de la guardia civil. De haber sido así, les habría caído una buena multa y les habrían confiscado el vehículo. De todos

modos, por si acaso, tenían preparada una coartada con la esperanza de ablandar a los agentes. Dirían que el pequeño, al que habían aleccionado bien sobre su actuación, se encontraba muy enfermo, que parecía contagioso, y que lo llevaban a un hospital. La ausencia de controles les evitó la representación. Antes de que comenzara el curso escolar, Matías y su sobrina regresaron a Ibaya en tren. Manuel y Elvira fueron a recibirles. Al verla bajar tan lozana, tan fresca y sonriente, sus padres experimentaron un gozo más grande que si les hubiera tocado el gordo de Navidad.

Matías logró vender la casa al maestro del pueblo, que a punto de jubilarse decidió quedarse en Tobal. Como tenía que abandonar la residencia que le proveía el municipio, andaba buscando algo a un precio asequible. Fue más sencillo de lo que imaginaron convencer al propietario del camión de que se lo traspasara a Matías. Este se pasó una semana recorriendo almacenes y fábricas para ofrecer sus servicios. Pronto encontró clientes, y en cuanto pudo alquiló un piso muy pequeño cerca de su hermana, adonde iba a comer cada domingo.

Viéndola tan bonita y sana, ¿cómo iban a imaginar que la salud de Manuela se iba a resquebrajar en Navidad? El primer esputo sangrante lo tuvo, precisamente, en Nochebuena. Al ver el pañuelo de batista manchado de sangre, Elvira miró a Manuel con ansiedad, y con la mirada le conminó a acudir con ella al baño. Metió el pañuelo en el lavabo, lo mojó y luego lo tiró al cubo de la basura. Se lavó frenéticamente las manos mientras le decía a su marido:

—Esto no es asma, Manuel, no es asma.

—Habrà que llevarla al médico.

—Mañana es fiesta, pero pasado nos vamos al dispensario Ledo.

El centro de salud estaba situado en una céntrica calle de Bilbao y funcionaba desde 1915 para atender a los enfermos que tenían síntomas de tuberculosis. Un médico muy amable auscultó a la muchacha, le hizo muchas preguntas y finalmente decidió que para mayor seguridad había que hacerle una radioscopia de tórax. El resultado fue como un mazazo para toda la familia. Inmediatamente, la ingresaron en el sanatorio de Santa Marina, especializado en el tratamiento de la tuberculosis. Al dejarla allí, a Elvira le pareció que traicionaba a su hija, que la abandonaba entre extraños que no sabrían darle la atención afectuosa y desinteresada que recibía entre los suyos. Pero transigió y aguantó dos meses de ausencia, con la única esperanza de que Manuela recobrará las fuerzas y, con ellas, la salud. A finales de febrero regresó con mejor aspecto. Los doctores la avisaron de que podría recaer, de que era necesaria una buena alimentación, variada y abundante, para que la enfermedad no volviera a abrirse camino en su cuerpo deteriorado. También le dieron una serie de pautas para evitar el contagio. Y las siguió al pie de la letra. Fue decisiva su obsesión por la limpieza y por obedecer las normas dictadas por las autoridades sanitarias para que ninguno de sus hijos, ni su marido, ni ella misma, cayeran víctimas del bacilo de Koch, pero inútiles para evitar que la tisis anidara para siempre en los pulmones de su hija, asesinándola sin piedad, poco a poco.

Desde que volvió del sanatorio, Manuela quedó aislada en su habitación, agarrada a una escupidera sobre la que depositaba sus esputos contaminados. Una enfermera religiosa, que

visitaba la casa regularmente, enseñó a Manuela a limpiar la bacinilla y a taparse la boca con un pañuelo cuando alguien asomaba por la puerta. Cada mañana, Elvira, que durante esos meses infernales abandonó el taller limitándose a llevar las cuentas por la noche, frotaba los suelos frenéticamente con agua y lejía, como le habían indicado, y hervía el camisón y las sábanas. Los pañuelos que usaba la niña iban directamente al fuego. Limpiaba las úlceras que brotaban en la piel de su hija protegiéndose las manos con unos guantes, y fregaba los platos, los cubiertos y los vasos que utilizaba la enferma en una pila aparte, antes de hervirlos en un puchero.

Todos esos quehaceres resultaban agotadores, no solo por la cantidad de tiempo que le llevaban, sino porque era un esfuerzo añadido estar todo el día pendiente de que nadie se saltara las reglas en esa casa llena de niños.

En el aislamiento de la joven no fue tan estricta. Le resultaba cruel mantenerla todo el día sola. Por eso a ratos dejaba que sus hermanos entraran a entretenerla, sentados en una silla a cierta distancia, con la boca tapada para que no respiraran el mismo aire que su hermana, no fuera que algún maldito bichito hubiera escapado al control de una higiene radical. Manuela leía mucho. Su padre empezó a pedir a sus amigos novelas y biografías en préstamo. Por poco tiempo. Al ver los primeros ejemplares en la habitación de la enferma, la monja que la visitaba les alertó de que el papel era otro vehículo de contagio. Lo más difícil fue mantener el secreto.

—¿Qué tal la niña? —preguntaban los clientes o vecinos.

—Pues sigue muy débil.

—¿Y no se la puede visitar?

—De momento, no; se fatiga mucho. Tiene ataques de asma cada dos por tres. Cualquier visita la altera. Necesita reposo total.

Creían que con estas mentiras engañaban a los demás, al menos eso querían pensar. Nadie insistió en ir a verla: la mayoría sospechaba que la peste blanca había anidado ese invierno en la vivienda del sastre. Las idas y venidas a la farmacia no hacían sino corroborar el mal que guardaba la casa. Todos los remedios anunciados, vitoreados como salvación del enfermo de tuberculosis, fueron adquiridos por Elvira: fósforo ferroso, el famoso jarabe Hipofosfitos Salud, que se vendía a más de cinco pesetas el frasco, aceite de hígado de bacalao..., reconstituyentes que prometían la curación a partir de un aumento de peso generado por sus componentes. También compró las sales de oro. En contra de lo prometido, el bacilo presentó batalla hasta ganar la partida.

Aquella enfermedad que se acababa de llevar a su hija terminó también con sus escasos emolumentos. Lo que entraba se escapaba por el camino indecoroso del mercado negro o frente al mostrador de la botica, tanto es así que, en su desesperación, trató de contactar con la señora Angustias para pedirle un préstamo. Pero ya no residía en Bilbao. Elvira se dio cuenta de que, de vez en cuando, llegaban a su casa alimentos que ella no había comprado ni encargado. Los traían sus hijos, y mentían sobre su procedencia. Ella sabía que eran donaciones de sus vecinos e

imaginó que entre los pequeños paquetes que de vez en cuando le entregaba Alberto estaba la huella de Lucía. Prefirió callar, no era momento para el orgullo.

Resultaba paradójico que a medida que la muchacha empeoraba estuviese más y más bella. Como una de esas plantas que antes de morir florecen, como la mariposa que habiendo sido larva extiende sus alas multicolores antes de decirle adiós a la vida, como el canto del hermoso cisne moribundo. Tosía mucho, emanaba sangre con cada esputo y, sin embargo, mostraba una preciosa mirada brillante y unos pómulos sonrosados como el terciopelo que contrastaban con la palidez del resto de su piel. Eran los efectos de una fiebre que no remitía ni con paños húmedos ni con analgésicos. Y cuando dormía, presa del agotamiento, se asemejaba ya más a un ángel que a un ser de la tierra.

Elvira volvió a sollozar y a esconder el rostro bajo la almohada, tratando de ahogar su dolor. Entonces oyó ruidos. Eran Manuel, sus hijos y el resto de familiares, que regresaban del entierro. «Ya está —pensó Elvira—, se acabó. Solo me queda el recuerdo de su sonrisa, de su olor, de su cara de ángel, de su bondad, de sus bonitos dibujos. No quiero recuerdos, lo que quiero es a mi hija, verla crecer, contándome sus cosas, compartiendo conmigo la cocina y el banco de la iglesia. Manuela se ha ido. ¡Dios mío, se me ha muerto!»

RENATA

Solo cuando vio entrar el féretro por el pasillo central, la felicidad de Renata se vio ligeramente empañada. Le dolía en la conciencia constatar que ni siquiera el sufrimiento ajeno mitigaba su estado de euforia. Desde hacía un par de meses salía con Paúl. El entusiasmo, la dicha y una placentera sensación de bienestar se apoderaron de ella, hasta tal punto que mientras el cura predicaba con su voz ceremoniosa, estudiada y alejada de las maneras de hablar de la gente corriente, necesitó un esfuerzo para reprimir esa sonrisa tonta que a cada momento asomaba por su rostro. Al enterarse de que asistiría al funeral de la niña, Paúl le dijo que la esperaba a la salida, que iba a presentarle a sus amigos más queridos, tan allegados que en su día le nombraron padrino de bautizo de una de sus hijas. Y eso solo podía significar una cosa: que la relación iba en serio, que la amaba sinceramente, que tras ese nuevo paso pronto conocería también a sus padres. Se notaba un poco nerviosa, algo insegura. Un cosquilleo le recorría el estómago; no paraba de estirarse la falda y de acomodarse el collar. Quería agradar a los amigos de su novio, que la vieran hermosa, que les cayera bien, que la juzgaran digna de ese vasco que le había devuelto la juventud.

Se encontraba en el funeral, rodeada de un ambiente triste y compungido, porque Carmen se lo había pedido. La muchacha muerta era la hermana de Alberto, aquel niño que estuvo una tarde comiendo chocolate con churros en casa de la alcaldesa y que se hizo buen amigo de Chelo. Se acordaba de Alberto, volvió a su memoria su rostro infantil, la boca desdentada y sucia de chocolate, los ojos muy abiertos ante las bandejas de los dulces, pendiente todo el tiempo de que Claudio se divirtiera y participara en los juegos de los más mayores. Y sintió una pena grande por el niño que a tan corta edad acababa de ver cómo la enfermedad se llevaba a su hermana mayor. Le impactó la noticia. Pensó en la madre de la difunta; se puso en su piel y, sin querer, imaginó lo que le supondría a ella ver morir a Claudio. La posibilidad le provocó un desagradable escalofrío y apartó de sí los malos pensamientos. Respondió a Carmen que desde luego iría con ella a la parroquia de Ibayá.

Hacía mucho que no iba por el pueblo. Carmen, su única amiga, vivía ahora en Bilbao, en un elegante piso ubicado en pleno centro y acorde al nuevo estatus de su marido, ascendido a jefe provincial de Propaganda. Incluso durante el tiempo que Carmen siguió residiendo en la aldea, las amigas preferían quedar en la capital, porque así Renata no tenía que tomar un tren, y porque para Carmen cualquier disculpa era buena con tal de salir de Ibayá. Aquellas tardes de asueto solían merendar en un café, iban al cine o a ver escaparates, unas veces en compañía de sus hijos y otras veces solas. De vez en cuando, Renata dejaba a Claudio con Justina, la portera de su finca, que los

adoptó como si fueran su familia. Justina tenía más de sesenta años y era soltera. Una mujer limpia y hacendosa, que mantenía la portería al día y que era muy querida por los vecinos. Siempre estaba dispuesta a echar una mano con los críos y a hacer favores a los inquilinos. Al ver a la italiana sintió como un flechazo; la extranjera viuda, de mirada dulce y voz suave, se le presentó como la hija que nunca pudo tener por no hallar hombre dispuesto. Y desde ese momento se desvivió por su bienestar.

Desde que llegó a España la suerte se le plantó de cara. Carmen fue su ángel de la guarda y puso todo su empeño en lograr que el deseo de Renata de afincarse en el país se cumpliera. Habló con Alfredo, quien por no oír a su mujer activó sus contactos hasta conseguir que a la italiana le concedieran un estanco. No resultó difícil convencer a los de incautaciones: al fin y al cabo se trataba de una viuda de militar, la viuda de un héroe que había combatido al lado de los vencedores. El establecimiento llevaba cerrado desde que sus propietarios tuvieron que huir a Francia. Ya había sido requisado, pero, hasta que Alfredo se interesó por él, nadie en la administración lo había reasignado. El acuerdo resultó muy beneficioso para Renata, quien no podía creer en su buena estrella. El inmueble, que consistía en un local a pie de calle y un pequeño piso en la trastienda que daba a un patio interior de vecinos, se lo entregaban por un alquiler irrisorio. Pactaron una concesión a veinticinco años que Renata firmó loca de emoción. La idea de estar tras un mostrador, atendiendo al público, le agradaba mucho, y se veía muy capaz de llevar el negocio. Además, no tendría que desatender a Claudio. La expendeduría y el piso estaban comunicados, así que podría cuidar al niño, vigilar el puchero y dispensar puros, cigarrillos, picado, sellos, sobres y lo que hiciera falta.

Solía ver a Carmen los sábados por la tarde, cuando echaba la persiana. El resto de la semana estaba ocupada atendiendo a sus clientes, la mayoría hombres que compraban el tabaco de liar, los fósforos y los sobrecillos de papel, enamorados de la belleza y el acento cantarín de la estanquera. Enseguida tuvo una gran cantidad de parroquianos fijos, a los que le gustaba regalar un poco de conversación. Uno de ellos era Paúl.

No recordaba cómo, pero un día salió a relucir el nombre de Ibaya y ambos se liaron a hablar. Paúl vivía cerca del estanco, a tan solo dos calles, con sus padres ya mayores. Tenía casi cuarenta años y no estaba casado.

—Es que he estado muchos años navegando. Así es difícil echarse novia formal —se disculpó, aunque la verdad era que había abandonado la mar quince años atrás.

La explicación aclaró las dudas de Renata, quien no comprendía que un hombre como aquel pudiera seguir soltero, sobre todo teniendo en cuenta que en 1941 los varones en edad de merecer conformaban un grupo más bien escaso, ya que muchos habían caído a causa de la guerra y otros continuaban encarcelados o exiliados. Más adelante, al conocer la verdad de su historial, ella se reiría de aquella mentira que le había disipado algunos miedos. No era especialmente guapo, pero sobresalía por su elevada estatura y su corpulencia. Tenía bastantes entradas en el pelo. Su frente despejada, que brillaba bronceada, le confería un aspecto de hombre serio y formal. De ojos

grises y pequeños, de pelo castaño oscuro en el que anidaban ya algunas canas, y con una dentadura que conservaba todas sus piezas, la cara de Paúl le inspiraba confianza. Explicó a Renata que después de dejar la marinería encontró trabajo en una fábrica de Ibaya. Que estaba contento, que ganaba un buen jornal y que había hecho buenas amistades en el pueblo. Ella le contó lo del homenaje a su esposo y sobre los días que pasó en compañía de Carmen.

Paúl empezó a visitar el estanco varios días por semana. Unas veces compraba tabaco para él, otras decía que se lo había encargado un amigo, otras iba con la disculpa de necesitar un sello. Renata sabía que el hombre se sentía atraído por ella. Como también le gustaba, le dio todas las pistas necesarias que una mujer conoce para hacerle entender que estaba dispuesta a salir con él. El hombre cada vez se presentaba más tarde en el local, a punto de echar el cierre, esperando que la mujer terminara su jornada para proponerle ir a dar un paseo. Pero cuando llegaba el momento no se atrevía. Así que una tarde ella salió del mostrador y, con una sonrisa abierta, como mofándose de él, le dijo:

—¿Qué? ¿No me llevas a pasear?

Desde entonces se veían todos los días. Cuando, por primera vez, se atrevió a cogerle cariñosamente la mano, Renata creyó morir de felicidad. Por fin regresaba aquel estremecimiento que recordaba haber sentido de joven cuando Bruno le acariciaba el pelo o la abrazaba.

Paúl y Claudio congeniaban de maravilla. El chiquillo era de trato fácil, y su novio tenía buena mano con los niños.

—Tengo sobrinos, y eso me da ventaja —le explicó riendo.

Mientras se arrodillaba para celebrar la consagración, Renata tenía la mente puesta en la idea de que la presentación a sus amigos había de ser el preludio de una oferta de matrimonio. Un padre para Claudio y un esposo y amante para ella. Resultaba paradójico que la felicidad se le regalara a ella en medio de una España hambrienta y desolada.

La misa terminó. Acompañada por Carmen, fue hasta donde estaba la familia de la difunta. Ambas se acercaron a Alberto para darle un beso de condolencia. El niño no lloraba y, muy serio, como un hombrecito, con la lección bien aprendida, les dio las gracias por venir. Luego Carmen estrechó la mano del sastre y le dio el pésame.

—¿Te quedas por fin? —preguntó al ver que el chófer la esperaba con la puerta del vehículo abierta.

—Sí, Carmen, ya te he dicho que Paúl me espera.

—¡Ay, Renata, querida! ¡Qué enamorada te veo! Espero que sea para bien, y a ver si algún día me lo presentas.

—Descuida, cuando menos te lo esperes.

Caminó hacia el pórtico lateral del edificio donde había quedado con Paúl. «Pero cómo no tiene frío este hombre», se preguntó Renata. Era invierno; la humedad se notaba hasta cuando se respiraba. Sin embargo, su novio estaba allí de pie, luciendo una camisa blanca que llevaba un

poco remangada, exhibiendo sus brazos morenos, sobre uno de los cuales colgaba la chaqueta. Le pareció más guapo que nunca. La sonrisa bobalicona volvió a asomar a su rostro.

—¿No tienes frío?

—Aquí no corre aire. Y llevo una muda de algodón por dentro.

—¿Y tus amigos?

—He quedado con ellos en una taberna. Tomaremos un caldo.

Renata lo miró extrañada.

—No te preocupes, mujer, que es una taberna a la que acostumbran a ir las mujeres de Ibayá. Y además estará la mujer de mi amigo, tú tranquila. —La agarró de la mano. Mientras lo hacía le dijo en euskera, sin apartarle la mirada—: *¡Nire italiar polita!*

Se soltaron las manos justo antes de entrar al bar. Era un establecimiento de ambiente ameno donde hombres y mujeres compartían mesas y aperitivos. Al fondo, sus amigos les esperaban. El rostro de ella le resultaba familiar; no recordaba de qué. Era una mujer guapa, bajita, de aspecto muy limpio. Su marido, que al lado de Paúl parecía más pequeño de lo que realmente era, tenía una cara simpática, una barriga algo pronunciada y estaba casi calvo. Sus ojos pequeños y vivarachos le hicieron pensar que se hallaba frente a un hombre listo, y su apretón de manos le inspiró confianza. La esposa se levantó un poco rígida, o eso le pareció.

—Renata, estos son mis amigos... Carmelo y Lucía.

Abril de 1942

RENATA

La señora Justina estaba hecha un manojo de nervios y azuzaba a Renata para que se empezara a vestir. La pobre mujer no entendía la tranquilidad de la novia en el que iba a ser uno de los días más importantes de su vida, el que a ella le hubiera gustado tener y no tuvo. El chiquillo correteaba por la sala en calzoncillos, muy contento: ser protagonista le hacía mucha ilusión, aunque su único papel en la ceremonia fuera el de llevar las arras. Algunos niños le habían dicho en el colegio que entregar la bandeja de monedas era cosa de niñas, pero a él no le importaban esos comentarios, convencido de que eran producto de la envidia.

Como cada día, la italiana madrugó, y después de desayunar tranquilamente se puso a limpiar la casa. Desde su vivienda, la portera oyó el trajín y salió de inmediato a ver qué pasaba; al encontrarla con la cabeza envuelta en un pañuelo, el delantal y una escoba en la mano, se santiguó sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Alma de cántaro, pero si te casas hoy! No puedes ponerte a hacer limpieza el día de tu boda. ¡Si solo faltan tres horas para que te vengán a recoger!

—Por eso, doña Justina, porque faltan tres horas.

—Deja, deja. —Le arrancó la escoba de la mano—. ¿Y tu pelo, qué vas a hacer con tu pelo?

—Viene Conchi, la peluquera, dentro de un rato, para hacerme el moño. Ayer me lo lavé.

—¿Y el vestido? ¿Dónde lo tienes?

—En mi cuarto, colgado de la lámpara para que no se arrugue. —Se sentó en la butaca de cretona y cogió al niño en brazos—. No te pongas nerviosa, mujer, que es solo una boda.

—¡Por los clavos de Cristo! En toda mi larga vida no he visto novia igual que tú. Voy a ver el vestido, no vaya a ser que necesite un repasito de plancha.

—¡Si ni siquiera es un vestido de novia!

Sin hacerle caso, la portera pasó con confianza al dormitorio. La cama estaba hecha, la cómoda, recogida, y los muebles brillaban. Estaba claro que por la habitación ya había pasado la italiana con el plumero. Observó extasiada el vestido, que pendía colgado de uno de los brazos cromados de la lámpara. Parecía un conjunto de dos piezas, pero no lo era: el modisto decidió unir el cuerpo y la falda para que nada se saliese de su sitio. La falda, triangular y con vuelo, de color negro, llevaba unos motivos de ramitas de laurel en relieve y estaba confeccionada con una tela parecida a la seda. En contraste, el cuerpo era de crepé, en color crudo. El vestido estaba diseñado para marcar su fina cintura y no dejar nada a la vista, ni escote ni rodillas ni hombros, no fuera que el cura se pusiera de uñas y se negara a darle el sacramento. Desde luego, el sastre había logrado una pieza de muy buen gusto y exquisito corte a partir de un figurín de Balenciaga

que, de mil amores, le había pasado la peluquera. El modelo original del modisto guipuzcoano resultaba mucho más atrevido, ya que dejaba los brazos al aire y tenía un pronunciado escote en uve; sin embargo debía reconocer que los apaños del sastre para acomodarlo a las costumbres más recatadas de Bilbao habían sido acertados. Estaría guapísima y muy elegante.

No iba a ser una boda multitudinaria: no asistiría la familia de Renata. Era imposible que se trasladaran desde Italia, y no solo porque la guerra europea seguía su cruento curso, sino porque además el viaje superaba con creces sus posibilidades económicas. Tres meses antes supo por su prima Nicoletta que su suegra había fallecido, lo cual la libró de tener que dar explicaciones sobre su nuevo enlace. De todos modos, de haber seguido viva, tampoco le habría comunicado el acontecimiento a fin de evitar nuevos reproches y disgustos. Bastantes barbaridades había tenido que leer en la carta de respuesta que le envió la anciana tras enterarse de que no regresarían a Italia ni ella, ni el niño, ni el cadáver de su hijo. Fueron tan duras sus palabras que Renata tardó varios meses en volver a escribir y lo hizo más por pena que por gusto. Se trataba de una mujer enferma, en sus últimos días, y, aunque no sentía ningún afecto por ella, tampoco le haría daño enviarle algo de consuelo contándole cosas del niño. En las tres ocasiones en que escribió a doña Francesca la imaginó con el papel en las manos, sonriendo al observar las fotografías de Claudio. ¿Qué le costaba dulcificar los últimos días de la vieja? ¿Acaso no había sido ella misma un poco cruel apartándola de su nieto? ¿Qué más daba que fuera una vieja fascista, intolerante, egoísta y autoritaria? Renata suponía que en algún lugar de su corazón guardaría su porción de afecto y sensibilidad y que, aunque nunca hubiera tratado al niño con los mimos propios de una abuela, debía de quererlo por el mero hecho de ser el hijo de Berto.

Su contacto con Italia era su prima Nicoletta, que vivía asustada por la situación bélica. Renata solía meditar sobre el hecho curioso de que, siendo italiana y española, se hubiera librado de ambas guerras, y que eso debía de ser cosa del destino, que la quería compensar por los terribles años vividos bajo la tiranía de su marido. Tal y como predijo, el esposo de su prima no fue llamado a filas. Era un hombre de cuarenta años, y de momento el ejército de Mussolini contaba con un buen número de jóvenes. Pero, a través de sus cartas, la genovesa se mostraba preocupada: tenía miedo a los aliados, a los alemanes y a las mismas tropas italianas.

Se había librado de la guerra de chiripa, de una guerra que no comprendía. Estaba claro que la culpa era de Hitler —ya había avisado su propio padre del peligro de ese hombre bajito y con cara de mala leche que gritaba más fuerte que ningún otro líder— y de los propios alemanes que lo vitoreaban, lo mismo que hacían los italianos con el Duce. Aunque seguía sin comprender cómo un continente desarrollado, el más civilizado, podía meterse en semejante fregado sin importar a sus gobiernos las vidas de hombres, mujeres y niños que se dejaban por el camino. ¿Es que no habían aprendido nada de la guerra española? ¿No habían visto las fotografías de los bombardeos, de las ciudades asoladas, de los cadáveres amontonados? ¿No se daban cuenta de que la guerra solo traía muerte, miseria, hambre, enfermedades y desolación? A veces, cuando Renata paseaba por las calles de Bilbao, sola, embebida en sus pensamientos, observando el paisaje urbano en un

día gris, lluvioso y frío, le parecía que la guerra había avejentado a las gentes, que les había ahondado las arrugas alrededor de la boca y de los ojos: el sufrimiento padecido se marcaba de forma indeleble en la piel. Miraba a los mendigos, que salían corriendo de sus esquinas en cuanto veían un guardia a lo lejos, a las vendedoras ambulantes que tiritaban de frío en sus puestos, a las mujeres enlutadas —¡qué pocos vestidos de colores animaban la calle y las terrazas!—, a los niños corriendo con las botas rotas y las rodillas huesudas, a los viejos caminando torpemente con la cabeza gacha, las fachadas deslucidas, adornadas con misivas propagandísticas, los escaparates medio vacíos, los agujeros de bala marcados en algunos edificios como si fueran lágrimas de la contienda. Era el escenario de la posguerra. Cierto que cuando lucía el sol la perspectiva mejoraba, aunque se daba cuenta de que el sol producía un falso espejismo: en cada calle, tras cada ventana, el sufrimiento por lo pasado y por lo presente continuaba.

Y en medio de la desolación de un país que acababa de terminar una terrible guerra, que difícilmente podría sacar la cabeza fuera del agua, rodeado como estaba por otras naciones levantadas en armas, a ella le iba bien, mejor que nunca. Si la película *Casablanca* se hubiera estrenado antes, Renata, que era muy aficionada al cine, se habría sentido identificada con aquella frase que dijo Ingrid Bergman: «El mundo entero se derrumba, y nosotros nos enamoramos». La viuda se había vuelto a enamorar como una adolescente. Y el milagro había ocurrido en un momento de su vida en que ya solo aspiraba a poder sacar adelante a su hijo y vivir en paz. De hecho, cuando años más tarde, en 1946, se estrenó la cinta de Michael Curtiz, se estremeció en la butaca al escuchar aquella frase que parecía haber sido escrita para ellos dos.

Solo Conchi y doña Justina irían de su parte. En cambio, por parte de Paúl estaban invitadas unas veinte personas, entre familia y amigos. Ni siquiera Carmen asistiría. Su marido nuevamente había sido trasladado, esta vez lejos, a Salamanca, y Alfredo no le había dado permiso para viajar sola. Seguían en contacto, pero la distancia iba enfriando aquella relación que tantos beneficios reportó a Renata. Y no solo porque la mujer del falangista le abriera las puertas de su casa y le consiguiera el estanco, sino porque su compañía la hizo sentirse protegida y apreciada. La echaría de menos ese día. Carmen la ayudó en todo momento, incluso cuando decidió casarse. Renata temió que al contraer matrimonio las autoridades le quitaran el dispensario de tabaco. Por eso escribió a Carmen, que movió sus hilos una vez más y logró que su marido enviara un informe favorable para que la italiana pudiese seguir gestionando el negocio y habitando la casa. Solo tendría que mostrar la autorización de Paúl en calidad de cónyuge. De cualquier forma, Renata tuvo claro que, de haber sido necesario, habría prescindido de la expendeduría. Lo que más deseaba era casarse y darle un padre a Claudio. Le emocionaba que su novio no pusiera reparos a su trabajo —la mayoría de los hombres se negaban a que sus mujeres se dedicaran a otros asuntos que no fueran los puramente domésticos—: a él le gustaba verla detrás del mostrador, tal y como la conoció. Una tarde le dijo:

—Mira, Renata, si te quitan el estanco, pones otra cosa.

—¿Qué cosa?

—¡Qué sé yo! Alguna tienda que te guste. Una mercería, una librería, una tienda de jabones... ¡Lo que se te ocurra! Si tú puedes vender lo que te pongan por delante.

Renata se lo hubiera comido a besos. Esas eran las cosas que la tenían completamente enamorada. De todos modos, creyó que el asunto no sería tan sencillo como él lo planteaba, que alquilar una lonja, adecentarla y comprar el género no entraban en su presupuesto. Y mucho menos en una España racionada. No dijo nada por no quitarle al hombre la ilusión. De todos modos, la intervención de Carmen hizo innecesario buscar otra alternativa.

Paúl era un hombre sin dobleces; no le importó que Renata reclamara, una vez más, el auxilio de su poderosa amiga. Antes de escribir a Salamanca, Renata interrogó a su novio acerca de sus filiaciones políticas y su participación en la guerra. Necesitaba argumentos sólidos para convencer al jefe falangista; cualquier tropiezo con el régimen podría ponerles en apuros. Renata sabía que, a veces, era mejor no levantar la liebre, que si existía algo gris u oscuro en el pasado de las personas corrientes era preferible que su nombre no apareciera en la mesa de ningún jerarca. Si Alfredo tramitaba la petición y se enteraba después de que Paúl era desafecto, podría pagarla con ambos por haberle dejado en ridículo. Así que le pidió a su novio un informe detallado.

—Cuando estalló la guerra estaba en Burgos. No te voy a engañar, Renata: de haberme pillado en Bilbao, me habría ido con Carmelo y con los gudarís a defender mi tierra, pero, lo que es el destino, ya ves, el 19 de julio yo estaba en Burgos. Nada menos que en un cuartel de infantería. El chófer de La Temple y yo tuvimos que hacer viaje para llevar unas máquinas de pelar patatas. Teníamos que entregar varias en los cuarteles de Valladolid y de Burgos, instalarlas y enseñarles a usarlas. El caso es que estábamos en la cocina, trajinando con la máquina, y de repente llaman a todo el cuartel a formar. Nosotros seguimos a lo nuestro. Al rato vienen unos soldados con la cara mustia, preocupados, y nos cuentan que ha habido un golpe de Estado y que se quedan acuartelados. Pensamos el otro y yo: «Hay que acabar rápido, que esto se pone feo». Aquella era la última máquina. Al terminar, vamos adonde el sargento para que nos firme la entrega y nos dice: «¿Adónde creéis que vais?». Y nosotros, acojonados, que a Bilbao, a casa. Y va el tío, muy chulo, y nos suelta que de eso nada. «A ver, ¿cuántos años tenéis?», nos pregunta, y el otro y yo le decimos la edad. Entonces nos suelta el muy cabrón: «Muy buena edad para defender a la patria». Intentamos protestar, pero se puso farruco el tío y nos pegó un grito tremendo: «¡De este cuartel no sale ni Dios! ¡Cabo! Entregue a estos dos ropa, botas y un petate. Se quedan con nosotros». Y así fue. Nos hicieron cartillas militares nuevas, nos vistieron de uniforme y en septiembre nos mandaron al frente. El primer día en el cuartel no sabíamos ni con qué bando estábamos. Pronto nos enteramos de que nos había tocado hacer la guerra con los nacionales. Pasé mucho miedo allí en las trincheras, tanto que una noche le dije a Eustaquio, el compañero de La Temple: «Pégame un tiro, chaval, pégame un tiro». Y él, que me mira blanco, pero blanco blanco, me contesta: «No me jodas, Paúl, no me pidas que te mate». A mí por poco me da la risa mientras le aclaro: «No, joder, que no es eso. Mañana, cuando empiece el lío, nos apartamos un poco y me das en un brazo,

que me quiero ir para casa». ¡Y lo hizo, vaya si lo hizo! Y después va él y se mete otro tiro en el pie. ¡Hace falta ser tonto, que se podía haber quedado cojo! Nos mandaron para el hospital. Aquello era un caos tan grande que ni se fijaron de dónde podían haber venido los disparos. Como reyes nos trataron las enfermeras. Eso fue en la primavera de 1937, cuando aquí las estaban pasando canutas. Al día siguiente de que los nacionales entraran en Bilbao, Eustaquio y yo regresamos. No nos volvieron a llamar a filas. Así que, mira por dónde, haber luchado con los nacionales me ha servido para algo. Con este expediente a ti no te quitan el estanco.

Paúl le juró a Renata por lo más sagrado que nunca había estado afiliado a ningún partido político, que por ahí no le podían pillar, y que estaba bautizado, comulgado y confirmado, y que tampoco tenía antecedentes penales ni multas pendientes. Y que si ser el padrino de bautizo de la hija de un gudari era pecado, entonces también tendrían que repasar el historial de Alfredo Cortázar.

Sentada en la butaca, jugando con el niño al caballito, la italiana imaginaba la noche venidera, en la que por fin dormiría al lado de Paúl. La señora Justina se iba a llevar al pequeño con ella, a fin de que los tortolitos disfrutaran de un poco de intimidad. Su novio no se parecía a los hombres italianos, no era zalamero ni decía «te quiero» a todas horas; era como la mayoría de los vascos en sus relaciones de pareja: parco en palabras de amor, no se prodigaba en abrazos, besos o arrumacos cuando estaban en público, no la llevaba de la cintura, solo de vez en cuando la agarraba del hombro. Tal vez fuera verdad eso de que los vascos no entendían de pasiones. O tal vez —ella así lo suponía— la guardaran como oro en paño para los momentos más íntimos. ¡Era tan poco expresivo! Y sin embargo sus ojos, cuando la miraban, suplían la ausencia de sus manos entrelazadas. Cuando una tarde confesó a Justina su sorpresa por la manera en que los vascos trataban a sus mujeres, esta le respondió con un refrán:

—Atiende, italiana. —La llamaba así cuando tenía que explicarle algo que escapaba a su conocimiento de extranjera—. Dice el refrán que «hechos son amores y no buenas razones».

Le gustó la máxima, sobre todo cuando recordó las bonitas frases que en muchos momentos le dedicó Berto Sandrini antes de comportarse con ella igual que un animal. Ya le hubiera gustado un marido más escueto y menos brutal. Paúl la quería, aunque no se lo hubiera dicho con palabras. Estaba segura por cómo la miraba, por cómo hablaba de ella ante sus amigos, por cómo le facilitaba la vida en las cosas del día a día y por cómo trataba a Claudio. Y tenía el convencimiento de que esa noche le diría que la amaba, cuando estuvieran bajo las mismas sábanas, con el rostro oculto por la oscuridad del dormitorio. El amor que se adivinaba en el rostro de Paúl fue el mejor aval con que contó Renata cuando le presentaron a los padres, hermanos, primos y amigos. Todos la aceptaron de inmediato. Ella se dejó querer. A falta de familia propia, esta le abrió los brazos y ella los recibía con agradecimiento. Solo una persona se le resistía y no sabía por qué: se trataba de la esposa de Carmelo, el gran amigo de Paúl. No entendía que Lucía quisiera tanto a su novio, hasta el punto de nombrarle padrino de su hija Jone, y que con ella fuera tan fría. No habían discutido, ni nada parecido, pero Renata se daba cuenta de

que no le gustaba. Cuando se encontraban por la calle, la mujer se mantenía distraída, ajena a la conversación, como queriendo escapar, y siempre ponía alguna disculpa para no sentarse con ellos en una terraza a tomar algo. No siempre lo conseguía. A veces Carmelo se empeñaba tanto en estar con sus amigos que Lucía se veía obligada a transigir. Entonces se mantenía erguida y contestaba con poco más que monosílabos. A pesar de todo, era correcta, y por tanto no podía reprocharle nada.

—Le caigo mal —le dijo un día a Paúl.

—¡Bobadas!

—Oye, tú, no te hagas el tonto. ¿Acaso es tan estirada con el resto?

—No, la verdad es que no. —Tuvo que reconocer que Lucía se mostraba particularmente distante con su novia—. No sé. No le has hecho nada. Igual te trata así porque eres extranjera.

—O sea, que estás de acuerdo en que no le gusto.

—No te conoce bien.

—Ni me deja.

—Dale tiempo.

—Le caigo mal, ¿a que sí?

—¡Ay! A veces te pones pesada de verdad. ¿Qué quieres que te diga, que sí? Pues sí, eso parece. No le des más vueltas. Esta Lucía es muy suya, y lo mismo te tiene celos.

—¿Celos? ¿Por qué?

—Porque eres más guapa y más joven. Y ella siempre fue la más guapa de Ibayá. ¡Qué sé yo! Esas cosas retorcidas que a veces se os pasan a vosotras por la cabeza.

—O sea, que soy más guapa, ¿eh? —Renata se puso melosa y juguetona.

Carmelo y su mujer irían a la boda, y, desde luego, su antipatía no le iba a amargar la celebración. No se llevarían bien, pero estaban condenadas a mantener una relación cordial: sus maridos eran amigos, y Paúl era también el padrino de Jone y ejercía como tal. Le había escuchado varias veces relatar por qué había acompañado a la niña a la pila bautismal: Carmelo estaba preso cuando nació la niña, y, al enterarse del acontecimiento, Paúl se presentó en casa de los Gómez. Vio a la niña y se emocionó mucho, por lo bonita que era, porque en sus brazos la criatura abrió los ojos por primera vez y porque le daba lástima que su amigo se estuviera perdiendo un día tan grande. Con la niña apoyada en su hombro le dijo a la madre:

—Luci —la llamaba así cuando quería pedirle un favor, y solo él se atrevía a hacerlo—, me gustaría ser el padrino de esta *potxolada*.¹

Y, según contaba, a Lucía se le escaparon unas pocas lágrimas, en parte de agradecimiento, y en parte de tristeza.

Conchi entró en el salón presumiendo de su bonito vestido y llevando en el brazo una canasta con útiles de peluquería.

—¿Dónde está esa novia? —preguntó con tono cantarín.

Sonriendo, Renata se levantó. Era hora de empezar a tomarse en serio el día de su boda.

ELVIRA

La habitación, en silenciosa penumbra, recordaba a un santuario. Era un dormitorio austero: una cama individual de caoba lisa, vestida con una colcha blanca de ganchillo que la propia Elvira tejió años atrás; en la pared desnuda del cabecero solo había un objeto, una benditera de la Inmaculada Concepción; en el tabique opuesto brillaba, pulido por la cera, un bonito tocador con espejo sobre el que reposaban, inertes e inútiles, unos objetos de aseo (el peine de alpaca, una cajita de cristal y un atomizador de bola que guardaba un tercio de agua de colonia). Y entre aquellas cosas destacaba el retrato de Manuela vestida con ese espantoso uniforme de colegio que era como un hábito de monja. Desde aquel marco de madera repujado la niña sonreía a la paloma que se había posado, descarada, junto a su pie. A un lado de la cama, el enorme armario de tres cuerpos guardaba todavía la ropa y los libros de la difunta. Sobre la almohada, la muñeca de trapo a la que llamaban Penélope parecía triste en su soledad y abandono. La ventana apenas dejaba pasar un poco de la claridad matinal. La persiana estaba entornada, haciendo que los tamizados rayos de luz proyectasen sombras heridas sobre la estancia.

Al borde de la cama estaba sentada Elvira, recogidos los brazos sobre el regazo, la espalda encorvada, una postura tensa que la hacía parecer más pequeña. Como si estuviera aguantando un dolor de estómago. La cara sonriente de su hija la miraba desde el retrato. Ella no podía quitar la vista; esa visión le producía una pena tan grande que necesitaba agarrarse a sí misma para no desfallecer. Habían pasado cuatro meses desde el entierro y, en contra de lo que le dijeron amigos y vecinos, el tiempo no curaba la herida. Al contrario, cada mañana, al tomar conciencia de que su hija ya no estaba, se sentía desangrar y necesitaba un rato para recomponerse y continuar con su vida, aunque fuera como un alma en pena. No percibía la vida, la vivía desde la lejanía de una mente apegada al dolor y enrabiada con el destino. Hacía la limpieza, la comida y el resto de quehaceres como una autómatas y respondía a las preguntas de sus hijos y de su marido prácticamente con monosílabos.

Los sueños que afloraban en las horas nocturnas no la ayudaban a salir de la caverna en la que estaba irremediamente sumergida. Esa noche, Manuela había vuelto a aparecer: estaban las dos en la playa, descalzas, caminando por la orilla, hablando animadamente; la niña, sin parar de mover los labios, riendo, sana y feliz. Entonces Elvira veía que el mar se hinchaba, como si de sus aguas, antes azules y de pronto negras, se elevara la panza de un monstruo. Al ver el peligro trataba de coger la mano de Manuela, pero esta saltaba y brincaba tan alegre que la mano se le escapaba una y otra vez. Era una escena lenta, angustiada; la madre queriendo asir a la muchacha para arrastrarla fuera de la orilla, sin lograrlo, mientras el agua se abultaba más y más hasta

convertirse en una ola descomunal que se transformaba en un gigantesco techo abovedado y las sobrepasaba. Manuela desaparecía en un instante bajo el manto asesino del mar. Elvira, milagrosamente, quedaba en la orilla. Se despertó sudando y con el corazón agitado, muy aturdida. Un momento para recuperar la conciencia y descubrir, un amanecer más, la terrible realidad de que su hija estaba muerta.

No había habido festejos en la casa durante las últimas navidades. Elvira abandonó su fortaleza y se quedó en la cama, sin importarle que fuera Nochebuena o Natividad, sin ánimo para pensar en sus otros hijos. Manuel y Matías se ocuparon de preparar una pobre cena y de dirigir las oraciones al niño Jesús. Fueron unas veladas tristes, silenciosas, no solo porque Manuela ya no estuviera, sino también porque la madre yacía en su cuarto, perdida en su dolor.

Los hombres no sabían qué hacer con Elvira, el bastón del hogar se estaba desmoronando ante sus ojos y no había nada que pudiera sacarla de su desvarío. Manuel miraba a sus hijos cada mañana y sentía lástima por ellos. Él también lloraba a escondidas la pérdida de su hija mayor, pero mantenía la cabeza lo suficientemente fría para darse cuenta de que era su responsabilidad permanecer entero si quería sacar adelante a la familia. El 6 de enero los niños se levantaron cabizbajos y sin ilusión, incluso el pequeño Ignacio, quien a sus seis años aún creía en Melchor, Gaspar y Baltasar. Sus hermanos, conscientes de lo que pasaba en la casa, le avisaron días antes:

—Oye, chaval, igual este año los Reyes no pasan por aquí —le dijo el mayor.

—¿Por qué? ¡Si yo he sido bueno! —respondió con los ojos como platos.

—Porque estamos de luto. Puede que por las casas donde se ha muerto alguien no pasen los Reyes, por respeto.

Al chiquillo la idea no le pareció justa. Pensaba que sus majestades de Oriente tenían que pensar sobre todo en los niños como ellos, en los que estaban tristes. Pero no dijo nada. Él también echaba de menos a su hermana.

Los hijos de los sastres nunca encontraron grandes regalos bajo la figura del niño Jesús, pero cada año sus padres se las ingeniaban para construirles algún juguete o comprarles algún libro, aunque fuera de segunda mano. Aquella mañana del 6 de enero de 1942 se acercaron a la sala convencidos de que no habría paquetes con lazos.

—¡Sí que han venido! —gritó Ignacio loco de contento.

—Chist —le apremiaron los demás para que dejara de gritar, conscientes de que la casa debía mantenerse en silencio.

Matías y Manuel se habían pasado dos noches seguidas construyendo juguetes de madera. El hermano de Elvira era un hombre habilidoso con la gubia, la lima y el punzón, y el esposo tenía buena mano con las pinturas. Fabricaron un automóvil para cada niño: uno de carreras con el número diez para Ignacio, un deportivo rojo y sin capota para Javier y una furgoneta verde para Alberto. Las puertas y el capó no se abrían, pero en el interior de los dos coches deportivos introdujeron sendas figuritas en posición de sentado que se podían extraer del asiento. Las ventanas de la furgoneta no tenían cristales, pero Manuel dibujó sobre ellas las siluetas de los

viajeros. Las que sí se movían, para deleite de todos, eran las ruedas, fabricadas también en madera, de forma que los tres vehículos podrían competir sobre la alfombra y aparcar en el garaje que los adultos habían construido con una caja de madera. No era gran cosa, pero el letrero que anunciaba GARAJE y la pieza de madera que asemejaba a un surtidor de gasolina con un cable que hacía de manguera despertaron la imaginación de los críos.

—¡Esto no lo sacamos a la calle! —exclamó el mayor—. Seguro que algún chaval nos lo rompe.

—¡Yo se lo quiero enseñar a mis amigos! —protestó Javier.

—Pues los traes al patio y que lo vean —sentenció su hermano.

El jolgorio tuvo lugar en ausencia de Elvira, que ni siquiera se percató de que era 6 de enero.

—¿Vas preparando algo de desayunar para estas fieras? —preguntó Manuel a Matías—. Yo voy enseguida.

El hombre entró en su dormitorio, donde Elvira seguía arrebujada bajo las mantas, ajena a lo que ocurría a su alrededor.

—Escúchame, Elvira —dijo en un tono más duro del que hubiera deseado—. Hoy es día de Reyes, y tus hijos están ahí fuera esperando para enseñarte los regalos.

—¿Quién los ha comprado? —Elvira se fue incorporando poco a poco.

—Los hemos hecho tu hermano y yo con nuestras manos, pero eso es lo de menos. Tienes que levantarte, tienes que sobreponerte, no podemos seguir así. Los niños te necesitan. Debemos llevar nuestro dolor de pie, trabajando, sacando a estos hijos y el taller adelante. No puedes hundirte. Llevas muchos días en la cama, sin apenas comer, sin hablar, sin abrazar a tus hijos. Esto se tiene que acabar. Y se va a acabar ahora. —Manuel levantó un poco la voz al decir esto último.

—¿O sea que no tengo derecho a sufrir? ¿Eso me estás diciendo?

—¿Y yo? ¿No tengo derecho yo a sufrir? ¿Y tus hijos? ¿Acaso crees que nosotros no estamos tristes, que no nos duele? ¡Vaya si nos duele! —Manuel se puso a llorar como no lo había hecho hasta entonces y, derrotado, se dejó caer sobre la cama, al lado de su mujer.

Ella lo miró con asombro. Una corriente compasiva le recorrió el alma. Acarició la mejilla de su esposo, y mientras una lágrima recorría lentamente su propia cara le besó en la frente. Entonces se levantó, se puso una bata gruesa porque hacía frío, se enfundó unos calcetines gordos de lana y se puso las zapatillas. Antes de abrir la puerta del dormitorio dijo:

—Vamos, marido. A seguir viviendo esta vida, que ni es vida ni es nada.

Desde aquella mañana de Reyes, Elvira comenzó a hacer sus labores, a bajar de vez en cuando al taller, a ocuparse de sus hijos. Todo cuanto hacía le costaba un esfuerzo inmenso, y los demás notaban que ponía más empeño que ilusión. Manuel se fue dando cuenta de que, si bien Elvira nunca había sido una madre especialmente cariñosa, el trato que dispensaba ahora a sus hijos era muy frío: evitaba sus besos y sus abrazos, sus zalamerías y sus juegos. Se limitaba a darles de comer, a vestirles, a velar por su seguridad y su higiene y a preguntarles por el colegio. El hombre no comprendía que ella rechazara de esa manera a quienes habían de ser el único antídoto de su

pesar, los que eran carne de su carne. Achacó su comportamiento al duelo y decidió darle tiempo, convencido de que en unos meses superaría el trauma y volvería a ser la misma madre refunfuñona y mandona, pero cálida a su manera, que él y sus hijos conocían y amaban. Lo que no sabía era que las entrañas de su esposa habían enviado una orden a su corazón, instándole a que se pusiera la más espesa de las corazas, so pena de volver a sufrir con la misma intensidad. Quien no ama no sufre. Y aunque Elvira no era consciente de este proceso, su familia sí fue percibiendo cómo la piel, los ojos y las palabras de la mujer se iban helando poco a poco. Estaban destinados a quererla desde la distancia que ella misma se imponía.

Esa mañana del mes de abril, sentada sobre la cama mullida de Manuela, pensó, una vez más, que Dios la había castigado, y que lo había hecho con saña. Y también se le pasó por la cabeza que si lo de la italiana no era obra de Dios, entonces un duendecillo malvado estaba haciendo de las suyas. Si no, a qué obedecía que la viuda se hubiera decidido porque Manuel le confeccionara ese vanidoso vestido de actriz de Hollywood para su boda. Ni siquiera vivía en Ibaña, y en Bilbao había muchos modistos que se lo podrían haber cosido. Cuando en junio de 1940 la vio en el homenaje al soldado muerto creyó que ahí terminaría todo. Y sin embargo el maligno duende ideó una estúpida merienda en casa del alcalde adonde fue su hijo Alberto en compañía de la italiana. Cuando se enteró de que esta se quedaba en España se atragantó. Una garrapata se había instalado en su vida y no sabía cómo desprenderse de ella; días más tarde, una vecina le contó que le habían puesto un estanco en Bilbao. Entonces empezó a sentirse aliviada.

Los quince kilómetros que separaban sus vidas no parecían suficientes. Elvira no vio a Renata en el funeral de Manuela, pero pronto supo de su presencia. Se lo dijeron Alberto, Matías y Manuel, y además una larga lista de personas se lo comunicaron con el mismo entusiasmo que si le hubieran dicho que en el funeral de su hija había estado el sah de Persia. Ninguno sabía lo desagradable que le resultaba a ella la visión de la viuda, lo que removía en su caja de los truenos. Más ahora, que Manuela había sido enterrada y que la italiana no hacía sino recordarle la razón oscura de su muerte. Pasando casi todas las horas del día encerrada en casa y viviendo la italiana en la capital, se convenció de que las probabilidades de volver a coincidir eran remotas. Buena prueba de ello era que nunca se había cruzado con las sirvientas con las que compartió trabajo en la residencia de los Aranzadi. Por qué iba a ser diferente con la italiana fascista. Por eso lo del duende malévolo. Solo una mano negra y maquiavélica podía haber hecho que Renata Acosta llegara una tarde hasta el taller con un figurín de moda bajo el brazo.

—Y esta ¿a qué ha venido? —preguntó alterada a Manuel.

—Es la novia del hombre que vino el otro día, ese que conoce a tu hermano. También quiere hacerse aquí el vestido.

—¿Y eso por qué? Nosotros somos un taller de ropa de faena. ¡Qué empeño les ha entrado a algunos en creer que esto es una casa de modas!

—Elvira, ¿a qué vienen esos reparos? Deberías estar contenta. Estos encargos nos salvan la semana. ¡Ni que nos sobraran pedidos! ¡Buenas están las cosas para andarse con remilgos!

Elvira no le respondió. Qué sabía él de sus remilgos. Lo que tenía claro era que la decisión de la italiana no era fruto de la casualidad. La mano negra la había empujado hasta allí para hacerle la herida más profunda, para provocar un terrible escozor en su corazón. Y tendría que soportarlo.

En realidad, todo había sido mucho más sencillo. Matías conocía a Paúl de cuando le tocaba hacer portes para La Temple con su camión. Una tarde, tras cargar una máquina, se pusieron a fumar un pitillo. Paúl le contó que se iba a casar y que estaba tan contento que pensaba hacerse un traje a medida.

—Pues yo sé quién te lo puede hacer a buen precio aquí, en Ibaya.

—¿Ah, sí?

—Yo soy el cuñado del que tiene el taller de costura, ese que os hace los trajes de faena.

—Hombre, pero una cosa es hacer ropa de faena y otra una chaqueta y un pantalón para un novio.

—Es que mi cuñado antes trabajó en una sastrería, tiene muy buena mano, sabe la hostia del asunto; este año le han encargado varios vestidos de comunión. Desde la guerra, lo del taller no funciona como debiera. Y se busca la vida como puede, o sea, como todos. Lo que te garantizo es que te va a resultar más barato que en cualquier sastrería de Bilbao.

Paúl pensó que estaría bien hacerle el encargo a un conocido. Y si, como aseguraba Matías, le salía a mejor precio, todos ganaban.

—Bueno, pues me acompañas al taller y ya veremos.

Elvira no estuvo presente durante la visita de Paúl. Coincidió con una de esas tardes que necesitó esconderse en la habitación de Manuela para tratar de recuperar su olor. El novio de la italiana se convenció a los cinco minutos de que se hallaba ante un buen profesional, por el entusiasmo con el que le habló del negocio, por las ideas que fue aportando, por la terminología desconocida y técnica que utilizaba y, sobre todo, porque pudo tocar la suavidad de una pieza de tela gris marengo que el sastre le propuso para su traje.

—En realidad, ya te habrá dicho mi cuñado que yo estos encargos solo los hago a veces, si el taller me da un respiro. Cuando voy a comprar a los almacenes las telas baratas para los obreros y veo una pieza como esta a buen precio, no me resisto, la compro y la guardo. Al final siempre acabamos usándola. Recuerdo una tela magnífica de color malva, con la que confeccioné un vestido para mi hija... —La cara de Manuel se ensombreció al recordar a la niña, pero hizo un esfuerzo por continuar—. Quedó precioso, y también me la vendieron a precio de saldo.

—Supe lo de tu hija, te acompañé en el sentimiento.

—Gracias.

—Supongo que tal y como está la cosa, el taller funcionará a medias —comentó Paúl.

—La verdad es que la cosa va regular. El año pasado fue terrible. Este parece que vamos un poco mejor: algunos viejos clientes empiezan a asomar la cabeza. Para el mes que viene tenemos apalabrado un pedido para una tienda que vende ropa para las chicas de servicio, pero hasta que

no sea firme, no empiezo. Así que, tranquilo, que si te decides, por mí tendrás el traje listo el día de tu boda. Y vas a ir como un pincel, te lo aseguro. Además, que tienes buena planta.

A Paúl le resultó muy agradable el sastre de Ibaya y se lo comentó a Renata.

—He oído hablar de esa familia —le dijo su novia—. Uno de sus hijos estuvo merendando con Claudio en casa de la alcaldesa. Un crío simpático. ¡Pero si el día que me presentaste a Lucía y a Carmelo yo salía del funeral de la hermana! ¿No lo recuerdas?

—Bueno, sé que fui a buscarte a la iglesia, pero no sabía que fuera el funeral de la hija del sastre.

—Pues ya ves. Pobre gente. Mira, me alegro de que les hayas encargado a ellos el traje de novio, que seguro que les viene bien, y ya han sufrido bastante. Por cierto, Conchi, la peluquera, me ha dado una revista de figurines de Francia para mi vestido.

—Pues enseñámela y elegimos, aunque estarás guapa de todas formas.

—¡Que te crees tú eso! El traje de la novia no lo puede ver el novio hasta llegar al altar, daría mala suerte.

—¡Entonces no me lo enseñes!

—Estaba pensando, Paúl, que tal vez ese sastre sepa hacer también trajes de mujer.

—¡Y tanto! Me dijo que le había hecho un vestido muy bonito a su pobre hija, la difunta, y su cuñado Matías, el que me recomendó el taller, me comentó que este año ha cosido varios trajes de comunión.

—Pues si confecciona trajes de comunión también podrá hacerme a mí el vestido, ¿digo yo!

—Y más barato que en Bilbao, eso seguro.

Cuando Renata llamó a la puerta de la sastrería venía con una revista bajo el brazo y acompañada de la peluquera. Fue Elvira quien abrió. Al ver a Renata en el umbral se le contrajo el estómago y un gesto de disgusto asomó a su cara. No podía creer que la viuda estuviera en su casa. ¿Qué querría ahora? ¿Habría descubierto algo sobre lo ocurrido en el lavadero? ¿Se habría quedado a vivir en Bilbao porque guardaba alguna sospecha? ¿Pero cómo? No era posible, el caso estaba cerrado. ¿Y si alguien las había visto esa fatídica madrugada y en su momento no quiso acudir a las autoridades? ¿Y si ese supuesto testigo se había ablandado al ver a la viuda y había decidido levantar la liebre? Sin dejarlas pasar de inmediato, preguntó arisca:

—¿Qué quieren?

Renata era más alta que Elvira, más guapa, y además había ido al taller muy arreglada. Esa imagen de poderío femenino ofendió aún más a Elvira, que, vestida con su bata gris y calzada con unas alpargatas planas, se sintió a su lado igual que una pulga frente a la abeja reina. En un instante construyó una idea nefasta de la extranjera: coqueta, vanidosa, engreída, aprovechada. Era guapa, desde luego no podía negarlo, pero su atractivo no decía nada de su alma. Eso le pareció a Elvira, mucho más cuando vio que Manuel se rendía ante la belleza de la viuda.

—Queríamos hablar con el sastre.

—El sastre es mi marido. —Al igual que un perro, dejó bien establecido su territorio. «Si esta

fascista se cree más que yo porque es más guapa, va lista.»

—Ah, mucho gusto, entonces usted es la madre de Alberto, ¿no es cierto? Conocí al niño en la merienda que organizó Carmen, la alcaldesa; un chiquillo estupendo. —Como Elvira no respondió, Renata, un tanto incómoda, añadió—: Siento mucho lo de su hija, de verdad, la acompaño en el sentimiento. El funeral fue precioso. Hubo mucha gente.

Cada vez que Elvira escuchaba de algún vecino la consabida frase le temblaban las piernas y el mentón y se quedaba como paralizada, a la espera de que las ganas de llorar se le pasaran. Por eso dijo:

—Pasen, ahora aviso a Manuel.

Dejó a su marido en compañía de las dos mujeres. Ella se quedó en el lado opuesto del taller, junto a una de sus empleadas. Desde esa posición observó con rabia cómo Manuel sonreía a la viuda mientras ambos hojeaban la revista. Odió a la italiana con todas sus fuerzas y sintió asco por el comportamiento estúpido de su hombre. En el fondo, pensó, es como todos: se casan con una mujer decente, pero anhelan una hembra de buen ver. Las despidió desde lejos, elevando la mano, mientras el sastre las acompañaba a la puerta.

Cuando el matrimonio se quedó a solas, él le explicó que la italiana quería hacerse su vestido de boda. Le enseñó el modelo de la revista. Elvira dijo:

—¿Qué se cree esta? ¿Una actriz americana? ¡Habrás visto, un vestido de cóctel para casarse!

—Es un modelo de Balenciaga. Y ella puede llevarlo. Tiene muy buena figura.

—Ya me he dado cuenta de cómo babeabas.

—No digas bobadas. ¿Es que te has vuelto celosa?

—No te equivoques: una cosa es estar celosa y otra darte cuenta de que tu marido es igual de imbécil que el resto de los hombres.

—¡Vaya por Dios! Ya la tenemos montada. En vez de alegrarte de tener otro encargo, te pones a insultarme. ¡Elvira, no te entiendo! ¡Tienes muy mala leche! —Esto último lo dijo tras cerrar la revista y marcharse en dirección opuesta.

Durante el proceso de elaboración del traje, Elvira no mostró el más mínimo interés por el trabajo que estaba haciendo Manuel, a pesar de que el hombre lo hacía emocionado. Aunque se basaba en un modelo elaborado por otro modisto, él debía darle un toque nuevo, y eran precisamente las modificaciones las que lo convertirían en una pieza única. Quién sabía si después de aquello no le lloverían más encargos. Elvira, a escondidas, observó y tocó las telas, miró los patrones y, cuando la pieza estuvo más adelantada y puesta sobre el maniquí de madera, se dijo a sí misma que su esposo era un verdadero artista. No quiso estar presente en ninguna de las dos pruebas que se hizo la novia y encargó el asunto a una de sus empleadas. Lo último que quería era volver a cruzar la mirada de la mujer a la que ella había dejado viuda.

Elvira se puso de pie y respiró hondo. Abrió el armario de Manuela y, lentamente, empezó a sacar la ropa. Cuando varias prendas cubrían ya la mayor parte de la colcha, entró Manuel, vestido de domingo.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendido.

—Saco la ropa de la niña. Ya es hora de disponer de esta habitación.

—Me parece bien: los tres chavales necesitan un lugar donde hacer las tareas del colegio.

—No estaba pensando en eso. Se me había ocurrido que mi hermano viniera con nosotros. Si nos paga el alquiler...

—Eso no va a pasar, mujer. ¿No ves que Matías tiene casa propia?

—Tal vez prefiera vivir con nosotros. Le saldría más barato.

—No creo, Elvira, no creo. —No quería decirle a su mujer que Matías se relacionaba en secreto con una mujer casada, una peluquera de Portugalete que no veía a su marido desde 1937. El hombre cumplía una pena de más de treinta años en una cárcel de Burgos.

—Pues se la podemos alquilar a otra persona. Eso nos ayudará a salir adelante.

—Que no, Elvira, que saldremos adelante sin tener que meter a nadie en casa. De momento es mejor que la usen los chavales. Un sitio para que estudien, así no te estorbarán en la cocina. Si más adelante nos vemos en apuros, la alquilamos. ¿Qué piensas hacer con todo eso? —preguntó señalando la ropa de la niña.

—No sé. —Elvira notó que se echaría a llorar en cualquier momento.

—¿Y si la guardamos en unas cajas hasta que decidamos qué hacer con ello?

—Los libros no los retiramos, que se los lleven sus hermanos. Solo la ropa... y la muñeca.

—Bueno, pues ahora dejas todo como está y te pones guapa, que nos vamos a Bilbao.

—A Bilbao ¿a qué?

—A la boda.

—¡Claro! Por eso te has puesto tú el traje de los domingos. Pues conmigo no cuentas. Yo no voy. Que no se me ha perdido nada en esa boda.

—Elvira, ¡que estamos invitados!

—¿Y desde cuándo se convida al sastre? Que yo sepa a quien se invita es al cura.

—Pues Paúl y Renata han invitado al cura, a la peluquera y al sastre, ya ves.

—Paúl y Renata, Paúl y Renata... —repitió con sorna—. Muchas confianzas te traes tú con los clientes.

—Elvira, Elvira, que no tengo ganas de bronca. Cámbiate y vamos.

—¡Que no voy! ¡Que estamos de luto, Manuel!

Manuel se quedó un instante callado, se apoyó en el tocador y dijo:

—Está bien. Estamos de luto y no debemos ir al convite. Pero no hay ninguna ley que nos prohíba acudir a la iglesia. Así que vístete y andando.

—¡Que no voy! Qué empeño te ha entrado. ¿Se puede saber a qué viene todo esto?

—Elvira, quiero ver a la novia desfilar con mi vestido. ¿Te parece tan raro? Me ha quedado precioso, y ella es como una modelo de París, lo va a lucir como una reina. Y quiero pedirle al fotógrafo que le saque una foto y que luego nos la envíe.

—¡Jesús, María y José, tú te has vuelto loco! ¿Y para qué quieres un retrato de esa mujer?

—Para guardar mi obra. He pensado ir haciendo un álbum con mis creaciones.

—Tú deliras, te has vuelto loco de remate. ¡Métete en la cabeza que lo que tú tienes es un taller de ropa de trabajo, no un local de alta costura! No creces, Manuel, no creces, sigues viviendo en sueños.

Manuel se quedó cariacontecido. Se recompuso, se incorporó y, mirándola muy seriamente a los ojos, le dijo:

—Puede que tengas razón, pero este vestido, la ilusión que he puesto en él, me ha ayudado a sobrellevar lo de Manuela. Y ahora te pido por favor que te cambies de ropa y me acompañes. Por una vez en tu vida trata de complacerme. —Manuel abrió la puerta del dormitorio. Mientras salía al pasillo se volvió a dirigir a ella con autoridad—. Te espero en la sala con los críos.

Elvira miró los vestidos desperdigados sobre la cama. En un susurro lastimero, mientras se sorbía los mocos y se retiraba las lágrimas de la cara, exclamó con un desgarró:

—¡Me cago en la madre del duende!

LUCÍA

Carmelo le acababa de decir, justo antes de salir, que hasta la novia lo iba a tener difícil para estar más guapa que ella. ¡Menudo zalamero! Como si no supiera ella la admiración que provocaba la italiana. Aun así le agradecía que siguiera dedicándole bonitas palabras. Para una mujer de su edad resultaba halagador y reconfortante recibir piropos, más cuando provenían de su marido; ello significaba que a pesar de la flacidez de su cuerpo, de esos pechos que más que nunca se sentían atraídos por la fuerza de la gravedad, de los incipientes cabellos blancos y de las arrugas de expresión, la seguía queriendo. Carmelo todavía la contemplaba como si fuera aquella muchacha radiante de su juventud, aquella a la que cortejó convencido de que, a pesar de su escaso atractivo físico, acabaría plegándose a sus encantos.

La novia de Paúl era preciosa y, en contra de lo que seguía creyendo su marido, no eran los celos o la competencia lo que provocaba su aversión. De todas formas, no estaba mal que Carmelo tuviera esa estúpida convicción. Ella había sido una muchacha bonita, pero con seis hijos a los que alimentar no tenía tiempo para detenerse a pensar si mantenía su atractivo de mujer. Jone, la hija que nació en la guerra, tenía ya cinco años y, aunque no era tan guapa como Teresa, exhibía una gracia que la volvía loca. El más pequeño, Julián, acababa de cumplir dos años y era de aspecto delicado, casi frágil, como si fuera a romperse, con sus piernecillas delgadas y su carita de susto. Pero nunca se había puesto enfermo. Sus hijos centraban toda su atención; no le quedaban ni tiempo ni ganas para preocuparse por seguir siendo una de las mujeres más guapas de Ibaya. Era una batalla perdida, un absurdo querer competir con las más jóvenes, que siempre le ganarían en lozanía y tersura. Esas tonterías eran para las damas ociosas o las pueblerinas insustanciales, adjetivo este último que le gustaba usar para definir a las personas con muchos pájaros en la cabeza. No obstante, cuando salían juntos, le gustaba acicalarse un poco, reminiscencias de una coquetería heredada de su madre.

El vestido azul marino, estampado con diminutos lunares blancos, se lo había prestado su hermana Mila y le sentaba bien. La tela tenía una bonita caída y disimulaba algunas redondeces surgidas tras sus embarazos, curvaturas que no casaban con tiempos de escasez.

—Menos mal que apenas comemos pan y azúcar —le dijo a Mila el día que se probó el vestido—, de lo contrario estaría como una ballena.

—No digas bobadas. ¿Qué quieres, si tienes seis hijos?

—¿Estar como tú? —le respondió mirando su delgada figura.

—Pues mira, entre tu preciosa cara y mi cuerpo delgado podríamos hacer una reina de las fiestas.

Las hermanas rieron; las ocurrencias de Mila y la manera de expresarlas actuaban siempre como un bálsamo.

Al entrar en la nave central vieron al sastre y a su mujer. Lucía sabía que estaban invitados, pero le sorprendió encontrar allí a Elvira: estaba guardando luto, y no la imaginaba pasando el trago de acudir a la boda de Renata Acosta. Si ella hubiera podido evitarlo, tampoco estaría allí. Aunque lo intentó y puso sobre el tapete todas las excusas posibles, Carmelo se enfadó mucho con ella.

—No sé qué te pasa con esta mujer, pero a la boda vamos a ir, como me llamo Carmelo. Paúl es nuestro amigo, es el padrino de Jone, y no le vamos a fallar.

—Oye, que a mí no me pasa nada con esa.

—¿Con esa? ¡Por Dios, que tiene nombre! A veces pienso que estás celosa de ella.

—¿Celosa, por qué?

—Porque es una mujer guapa.

—No digas bobadas.

—¿Entonces?

—Es la viuda de un fascista. ¿Te has olvidado de que los italianos vinieron a luchar con Franco? ¿Ya no te acuerdas de que lanzaron bombas sobre nuestra tierra y nuestra gente? ¡Qué pronto olvidáis los hombres!

—No te equivoques, mujer. Yo no olvido, pero Renata es la viuda de un fascista, no tiene culpa de lo que hiciera su marido, y ella no lo es.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho Paúl.

—Claro, como que se lo va a confesar a él. Ya sabrá la viuda de qué pie cojea tu amigo y, para pillarlo, pues le ha dicho lo que quería oír. Y, por cierto, mi amiga Carmen también es la mujer de un falangista, a ella la política ni le va ni le viene, y bien que te molestaba que hablara con ella. Parece que medimos a la gente con distinto rasero.

—No es lo mismo, Lucía. Carmen es la mujer de un jefe de la Falange con el que además acabé mal. No tiene nada que ver. Solo te pido un esfuerzo: vamos a la boda, por Paúl.

—Está bien —cedió finalmente ella—, iremos si es lo que quieres, pero no me pidas nada más. Con la fascista estaré correcta, y punto.

—¿Sabes, Lucía? Nunca hubiera imaginado que tu antipatía por Renata obedeciera a cuestiones políticas. Me has dejado de piedra. Y, por Dios, no la llames «la fascista».

—¡Qué exagerado eres! Tampoco soy tan arisca con ella.

—¿Que no? Si cuando nos encontramos con ellos pareces el palo de una escoba. A Paúl le tienes preocupado.

—Pues le dices lo que te he dicho hoy. A ver si lo entiende de una vez y deja de darnos la murga con su novia. ¡Ya está bien, hombre, ya está bien! ¡Como si no tuviera yo cosas más importantes en las que pensar!

Mientras esperaban la llegada de los novios, Lucía meditaba sobre el cúmulo de circunstancias extrañas que les habían llevado a ella y a Elvira a enfrentarse una y otra vez con el espantoso recuerdo de lo ocurrido en el lavadero. Tantos años tratando de olvidar lo sucedido y por una cosa o por otra la escena reaparecía, sin permiso, a través de la italiana. Si a Lucía le parecía que todo era producto de una broma macabra, qué pensaría la pobre sastra, que, tras empeñarse durante años en desairar su amistad, se encontraba ahora en la boda de la viuda del hombre al que mató por defenderla.

¿Qué sentía por Elvira? Si en algún momento profesó cierto aprecio por ella, desapareció en un momento indefinido, no de golpe, sino por el camino de un lento desvanecimiento. Agradecimiento sí, infinito, pero estima o amistad ya no. Su salvadora fue muy clara desde el principio. Lo ocurrido no significaba el inicio de nada; no quería inaugurar la senda de una relación más estrecha. Y por eso, y porque en consecuencia la esposa del sastrero siempre la trató con medida frialdad, la amistad murió antes de nacer. La misma táctica estaba empleando ella ahora con la novia de Paúl. Cuanto más lejos la tuviera, menos imágenes terribles volverían a su mente. No pensaba dejar que Carmelo cultivase una amistad que a ella le hacía daño, por más que, en su fuero interno, la italiana le pareciera una buena mujer, la persona que podría hacer muy feliz a su querido amigo. Eso no lo reconocería nunca, no iba a correr el riesgo de que Carmelo le tomara la palabra y se lanzara a compartir con ellos, un día sí y otro también, tardes de cine, la mesa de la merienda o los bailes de las romerías.

Fue sobre todo la deuda contraída lo que llevó a Lucía a llevar comida a la sastrería cuando Manuela cayó enferma. Y la pena. Y la empatía. Como madre, imaginó la rotura interna de Elvira por la muerte de su hija, casi percibió en su propio cuerpo la herida desgarrada, la falla supurante de sus entrañas; la vio partida en mil pedazos, desconchada, perdida en la oscuridad y en el vacío. En la iglesia la observaba detenidamente, entera de negro, consumida y encogida, y rezó por ella, para que su pena se fuese haciendo, día a día, más llevadera. Lucía desconocía la interpretación que Elvira hacía de la muerte de Manuela y, por tanto, no sospechaba que al dolor por la pérdida de la niña hubiera sumado la agonía de la culpabilidad. Una culpabilidad que, en su delirio, Elvira traspasó a Lucía, al pensar que si esta no hubiera ido al lavadero, si no hubiera nacido guapa, si hubiera sido más fuerte para defenderse sola, ella no habría tenido que matar de un golpe al indecente fascista, y Manuela estaría ahora leyendo tranquilamente en su habitación. Justo en ese momento se cruzaron la mirada. Lucía percibió con desagrado un ceño exagerado en el entrecejo de su salvadora y un gesto de disgusto tan marcado que contraía su boca. Aquel rostro transfigurado le provocó un escalofrío. ¿Era odio lo que había visto o era simplemente dolor?

Sonó el órgano. La melodía las devolvió a la realidad de la ceremonia. Por el pasillo central avanzó sonriente el novio, del brazo de su madre, que lucía una bonita mantilla y un traje gris perla. Se pusieron frente al altar, esperando a la novia, que apareció poco después, acompañada por su futuro suegro, quien hacía las veces de padrino, y seguida de su hijo Claudio, que portaba, orgulloso y en traje de marinero, la bandeja de las arras. Manuel sonrió satisfecho al ver el efecto

de su obra sobre el cuerpo de Renata: estaba maravillosa. El vestido ganaba en elegancia con todos los complementos que sabiamente la novia había aportado, como las medias negras transparentes, los zapatos de tacón, el collarcito de perlas, el moño bajo que le había peinado Conchi, los guantes de gasa y el ramito de flores que asía con fuerza. Un murmullo corroboró lo que el sastre estaba pensando. Renata desfilaba como una princesa.

Parecía como si las hadas buenas se hubieran confabulado para conjurar sus hechizos en perfecta sintonía, decididas a arropar a los novios el día de su boda. El cielo azul iluminaba Bilbao, embelleciendo la ciudad. Desde la perspectiva que les ofrecía la iglesia, la ría mostraba el brillo de sus aguas en marea alta. Por un rato, embelesados por la fiesta, fue como si la miseria hubiera desaparecido, como si la guerra no hubiera abatido la villa tan solo unos años antes. Una gabarra pasó junto al templo. El marinero saludó a los novios. El sonido del txistu y del tamboril, tocados por dos muchachos vestidos con el traje regional, emocionó a Lucía. La novia entregó su ramo a su cuñada más joven. El padrino repartió caramelos entre los chiquillos.

El hechizo se deshizo de golpe cuando, sin darse cuenta, Elvira y Lucía se encontraron reunidas en el mismo grupo de gente. Carmelo había arrastrado a su mujer hasta donde estaban sus amigos. De pronto aparecieron el sastre y su esposa para felicitar a la pareja. Todos se mostraban felices, todos menos ellas, que trataban de disimular la tensión. Verdugo, cómplice y víctima reunidas en el mismo círculo. Una estampa siniestra que quedó fijada para la posteridad cuando el fotógrafo les hizo posar a los seis en la escalinata. En la imagen, de la cual los retratados recibieron copia como obsequio de los novios, aparecían las tres caras sonrientes de los hombres, el rostro incómodo de Renata y las expresiones entre incrédulas y espantadas de Lucía y de Elvira.

Septiembre de 1942

LUCÍA

Las sábanas se agitaban endemoniadamente, empujadas sin orden por un vendaval de locos. Lucía intentaba hacerse con el control de la ropa tendida, pero, en cuanto desprendía una pinza de la cuerda, la tela enorme y reluciente en su blancura se retorció como si tuviera una rabieta. Odiaba desde niña los días ventosos; le resultaban incómodos. Desde la guerra le provocaban también una inquietud que rayaba el miedo. Cuando el viento sacudía con furia los árboles y los arbustos, se filtraba con osadía por las ventanas y atizaba las persianas sin clemencia, producía un sonido que le recordaba a los aviones de combate al sobrevolar Icaya. Y aunque ya no había guerra y ella sabía que era solo el ruido del viento, un escalofrío le recorría el cuerpo y le agriaba el carácter. A los niños les ocurría algo parecido: enjaulados sin permiso para salir de casa por miedo a que se desprendiesen tejas, cornisas o tiestos, con los oídos agotados por la queja del aire, revivían el pavor de los refugios y se ponían insoportables. Marichu trataba de calmarles con sus melodías tradicionales y sus cuentos demasiado infantiles.

Parecía imposible que solo media hora antes Icaya hubiera disfrutado de un día soleado y extremadamente quieto. El inusual bochorno cargado de humedad, que atosigó a los vecinos desde la víspera, no podía traer otra cosa que una galerna. Aunque así había ocurrido siempre, los habitantes del pueblo seguían haciéndose la señal de la cruz cuando de pronto, sin previo aviso, el viento se alzaba como un dios omnipotente. En pocos minutos, los papeles y las hojas se elevaban en remolinos, la ropa tendida se hacía un lío y el mundo se desordenaba ante sus ojos. Deprisa, las mujeres guardaban las macetas, recogían los manteles y los calzoncillos, las sayas y los trapos, y llamaban a los niños a gritos. La aldea se convertía en un páramo desértico en el que solo unos pocos se atrevían a asomar.

Cada vez que Lucía lograba bajar una sábana del tendedero, esta se agitaba, reacia a ser doblada, así que tuvo que ceder a la fuerza de la naturaleza e ir haciendo un ovillo con cada pieza. Más trabajo para la hora de la plancha. Las sillas de mimbre en las que, bajo la parra del huerto, ella y Carmelo pasaron un buen rato la noche anterior, se iban escapando como a hurtadillas, empujadas por las ráfagas de aire, mientras Lucía las miraba impotente, incapaz de atender a las dos urgencias a la vez.

Esas dos sillas, que compraron en la cestería Alonso, del casco viejo de Bilbao, simbolizaban su remanso particular, un solaz para el matrimonio en las escasas noches de verano que en Icaya hacía calor. El resto de las veces, cuando el frío, el rocío y la humedad ponían en peligro la salud y el bienestar, conquistaban para ambos la cocina y hablaban alrededor de la mesa de mármol. Era su momento del día. Los niños y Marichu, en la cama, y ellos, solos por fin; un rato reservado para

la pareja, para no hacer otra cosa que conversar, un poco de todo; más que nada, de los hijos. Si hacía calor, Carmelo le servía a Lucía una gaseosa fría; si el tiempo no acompañaba, a falta de café, hervía una achicoria. En ocasiones se bebían a sorbos una copita de vino dulce.

Los más de veinte grados que marcó el termómetro la víspera, bastante después de anochecer, les invitaron a buscar el frescor de la parra. Lucía le preguntó por el chico nuevo.

—Estoy contento con el chaval. Trabaja mucho, y ha conseguido algunos clientes. Además, tiene buenas ideas para el diseño de etiquetas. La verdad es que no para. ¡Es lo que tiene ser joven y trabajar a comisión!

Víctor Ellacuria había empezado a colaborar con Carmelo en 1940, cuando el dibujante solo tenía dieciséis años. El trabajo no le duró más que un par de meses, debido a que la situación en Europa mermó tanto la actividad industrial que la etiquetadora se quedó parada. En septiembre de 1942, Carmelo decidió que debía empeñarse más con la máquina, sacarle rendimiento, buscar trabajo debajo de las piedras. Volvió a visitar a Víctor, que acababa de cumplir dieciocho años, y le ofreció un puesto como agente comercial. Su cometido era doble: visitar todas las empresas de la zona para ofrecer el servicio de etiquetado y diseñar anagramas y frases publicitarias. ¡Quién mejor que él para acudir a los potenciales clientes, cargado como estaba de ideas innovadoras, de soluciones artísticas y de una labia prometedora! El sobrino del empleado del banco era bien parecido, no muy alto, pero sí espigado, y en dos años había adquirido un porte muy masculino. Lo mejor que tenía era su sonrisa, fácil, amplia y blanca. La oferta de trabajar a comisión le pareció bien: eso le concedía la necesaria libertad para seguir colaborando con revistas y periódicos bajo el seudónimo de Angelote.

—Pues a mí no me gusta este muchacho —comentó Lucía tras dar un sorbo a la gaseosa.

—¿Y eso por qué?

—La verdad, no lo sé. No me gusta, y ya está.

—Pues es un chaval muy educado, ¿no? Y simpático, también.

—Demasiado simpático y demasiado educado me parece a mí —contestó quisquillosa—. Este no es trigo limpio, Carmelo, y si no, al tiempo.

—La verdad —reconoció su marido— es que un poco cargante sí que es. Poco natural, ¿no? Aunque eso no quiere decir que sea mala persona.

—Yo no he dicho eso. No me da buena espina, y menos desde que le he visto tontear con Adela.

—¿Con nuestra Adela? ¡Si es una chiquilla de trece años!

—Pues por eso no me gusta que tontee con ella. Aunque de chiquilla le queda poco, Carmelo, que hace meses que se nos hizo mujer.

—¿Qué me dices? ¿Y por qué no me habías dicho nada?

—¡Anda este! No te voy a contar todas las cuitas de la casa.

—Mujer, todas no, pero que mi niña se ha hecho mujer...

—Es que ella no quería, le daba vergüenza que lo supieras, así que no le digas ni media

palabra. No hagas como mi padre, que cuando se enteró... ¡no va y me da la enhorabuena en medio de la cena! Yo tenía doce años y me puse roja como una manzana caramelizada. Mi hermano se moría de la risa: le di una patada tremenda por debajo de la mesa, aún debe acordarse.

—No le diré nada, descuida. —Carmelo se quedó pensativo—. Habrá que vigilar a Víctor, que ahora la niña ya es mayor.

—Pues eso, no le quites el ojo de encima, que esta Adela le hace ojitos a él también, la muy tonta. Estará encantada de que la corteje un hombretón de dieciocho años.

—Pues ese hombretón trabaja para mí, así que si quiere algo con nuestra Adela, más le vale esperar a que ella cumpla por lo menos los dieciséis. Ya se cansará, ya. —Carmelo miró al cielo—. ¡Acabo de ver una estrella fugaz!

Complacidos, ambos observaron la multitud de estrellas y la luna llena que iluminaba tenuemente el huerto.

—Parece mentira que bajo este cielo tan bonito se pueda sufrir tanto —comentó Lucía emitiendo un suspiro.

—Más están sufriendo en Europa, nosotros ya pasamos lo peor.

—Llevas razón: guerra no hay, pero muertos sigue habiéndolos —respondió la mujer.

—Muertos, y detenidos, y cárceles abarrotadas. Y miedo, mucho miedo.

—¡Qué lástima de país! Con lo bien que estábamos antes de la guerra. Porque, Carmelo, éramos pobres, pero teníamos toda una vida por delante, y muchas ilusiones, y estábamos seguros de que nuestra situación iba a mejorar, de que nada se nos iba a poner por delante. Y ¿qué tenemos ahora? Una tierra que agoniza, que pasa hambre y frío, que se muere de miedo. La gente ha perdido la esperanza.

—No todos, algunos quedan por ahí pegando tiros en el monte.

—¿Y para qué? Si no van a conseguir nada. Si por mucho que ellos quieran seguir luchando, los de abajo estamos ya sin ganas. Que solo miramos por nuestro pan de cada día. Que no nos quedan ni fuerzas. Que estamos hartos de tanto sufrimiento.

—¡Me acuerdo tantas veces de las partidas que jugábamos en el batzoki! Y de los que ya no están. Mira, ayer me acordé, no sé por qué, de Atanasio Bilbao, ¿le recuerdas?

—¡Cómo no me voy a acordar! Si de chiquillo me tiraba de la trenza.

—No sé por qué me vino a la cabeza. En Venezuela está, con la familia. Al otro lado del océano, sin poder regresar a su tierra.

—Yo me suelo acordar de Martina y de su hija Pili, las pobres, que las mataron en la cárcel. La pobre Espechu, la abuela, ha quedado para el arrastre, y no me extraña. Que eran socialistas..., ¿y qué? Yo nunca fui socialista, pero reconozco que siempre fueron buenas personas. ¿A santo de qué las tuvieron que matar? ¡Tanto sufrimiento, tanto sufrir para que vuelvan a mandar los de siempre! Ahora el enano ese de Franco, con su bigote ridículo, que se estira como un palo para parecer más alto y con esa voz de mujer... ¡Si parece un monigote! ¡Es tan ridículo!

—Todo lo ridículo que quieras, pero firma sentencias de muerte. Y nos tiene acojonados a todos.

—Ya lo sé, ya. A veces pienso que el enano es tan malo porque la otra, la Carmen Polo, no le deja mandar en casa. ¡Menuda pinta de marimandona y mala leche que tiene la generala!

—¿Sabes lo que más me revienta de esta situación, Lucía? No es el hambre, ni la falta de carbón, ni las restricciones de luz. Lo que más me jode, con perdón, es que tengamos que alzar el brazo cuando un cabrón falangista pasa por nuestro lado, o cuando tengo que leer en las paredes «Viva Franco», o cuando un guardia civil o un secreta me pide la documentación sin venir a cuento. Eso es lo que más me duele, que nos tengan atemorizados. Porque de lo otro, sin esta gentuza que manda ahora, salíamos enseguida, te lo digo yo, pero con estos hijos de la gran puta no salimos adelante, ¡qué va! Y si salimos no será por ellos, será porque trabajaremos el doble, el triple, por salarios de miseria. Porque nos empeñaremos, y ya está. Por nuestros hijos, mientras los nacionales se llenan los bolsillos a nuestra costa. —Lucía miró embobada a Carmelo. Nunca le había escuchado hablar así.

—¡Chist!, a ver si te va a oír algún vecino.

—¡Qué va! ¿De qué te crees que hablan en las otras casas? De lo mismo, de lo que no nos atrevemos a decir en público. ¡Como para atreverse! Si por menos de nada te hacen un registro. Y, si no, que se lo pregunten a Chufo, o a Peru Ormazabal, o a Benito. Les pusieron la casa patas arriba sin llevar ni una orden ni un motivo.

—¿Y por qué irían? —preguntó Lucía temiendo que la suya pudiera ser la siguiente.

—Me imagino que porque Chufo tiene un tío preso en Madrid, uno de la CNT. Solía decir de él que era la oveja negra de la familia, ya ves tú; y porque Peru perteneció al grupo de danzas del batzoki, y Benito cada vez que se emborracha grita «¡Gora Euskadi!».

—O sea, que cualquier día se nos presentan aquí.

—Espero que no, aunque con estos nunca se sabe.

Puesta de puntillas, en un difícil equilibrio, bamboleada por el viento agresivo, Lucía se peleaba con una de las sábanas. Minutos antes unas nubes negras y potentes habían surgido amenazadoras sobre su cabeza. Como protagonistas de una carrera de velocidad, los nubarrones se desplazaban rápidamente desde la costa hacia el interior, tras dejar una lluvia torrencial sobre playas y acantilados y un mar embravecido, revuelto y peligroso. El tiempo apremiaba, la lluvia empezaría a caer inclemente en cuestión de minutos. El mechón de pelo que se le pegaba en medio del ojo, extraviado de un moño descompuesto, y las faldas que se le subían indecentemente, dificultaban una operación que con mejor climatología resultaba tan sencilla y cotidiana que podía ejecutarla con los ojos cerrados. «¡Y Carmelo en el estadio San Mamés, a la intemperie!»

Víctor apareció en el huerto. Al salir, tuvo que sujetar la puerta con fuerza para que no fuese despedida por el aire. La cerró y vio a Lucía. Lentamente, avanzando con dificultad y lentitud, llegó hasta donde se encontraba la mujer de su jefe. A pesar del temporal, mostró su sonrisa.

—La ayuda, Lucía.

Entre los dos la tarea resultó más sencilla y lograron descolgar la colada. El muchacho cargó con el cesto, donde la ropa se arremolinaba como podía, refugiada de la tempestad entre el mimbre cálido. Entraron en la casa después de meter las sillas del huerto, que durante unos minutos esperaron su salvación despatarradas contra el muro. En la cocina, Víctor y Lucía trataron de devolver los mechones del cabello a su sitio. Ella le dio las gracias y trató de ser amable.

—Y con esta galerna ¿vas a ir a casa?

—No hay problema, el tren funciona, lo he oído pasar.

Adela, que había escuchado la voz del empleado, se acercó a la cocina.

—Ama, ¿tienes unas tijeras? —Su madre percibió la mirada de reojo que le lanzó la niña al muchacho y la sonrisa de este.

—¿Y para qué quieres tú unas tijeras, si puede saberse? —Lucía se arrepintió de utilizar ese tono.

—Como no podemos salir, voy a hacer algo de labor.

—Pues ¡hala! En el cajón de ahí. A ver si entretienes también a tus hermanos, que tu tía tiene que estar ya hasta la coronilla de contar cuentos.

—Bueno, yo me marcho antes de que se ponga a llover —dijo Víctor justo en el momento en que el cielo se desplomó y una cortina de agua tapó la vista de la ventana.

—Mejor si te dejo un paraguas. Mañana se lo das a Carmelo.

Cuando el dibujante abandonó la casa, se asomó a la ventana de la sala para ver la tromba de agua. «Como esto dure mucho tendremos inundaciones.» En Ibaya, por estar situado al borde de la ría, estaban acostumbrados a sufrir anegaciones cuando coincidían la marea alta y los grandes chaparrones. Por eso, en días como aquel, la gente se asomaba a las ventanas para observar con inquietud cómo las calles se iban llenando de charcos. Donde no había asfalto, como en la calle de Lucía, se generaba un barro infernal que duraba varios días. Entonces, después de haber cesado la lluvia, era cuando abundaban los enfados de las madres con los críos. Estos llegaban a sus casas con los zapatos y los bordes de vestidos y pantalones llenos de barro, y al entrar lo ponían todo perdido. Vio al dibujante caminar a cámara lenta, peleando con el paraguas, que iba a terminar roto por la fuerza del viento. Se disponía a correr la cortina cuando la vio. Llevaba unas botas de goma que le quedaban grandes. Una gruesa manta de lana negra le cubría su menudo cuerpo desde la cabeza hasta las rodillas. Caminaba con los brazos cruzados sobre el estómago, cogiendo con fuerza la tela protectora, encorvada hacia delante para poner resistencia al viento y al agua. Parecía una figurita de un belén, una pastorcilla diminuta y osada, empeñada en seguir su camino a pesar de la tormenta. Al verla cruzar la calle, Lucía supo que iba a llamar a su casa. No imaginaba qué querría de ella. Desde la boda de Renata y Paúl no se habían visto. Elvira se había mantenido prácticamente encerrada en la casa, y sabía, por la tendera, que seguía muy baja de moral. A fin de evitar que se mojara más, se acercó a la entrada a esperar que sonara la aldaba.

—¡Por Dios, Elvira, está usted empapada! Traiga, traiga, deme la manta y tome unas alpargatas.

—Gracias, he venido bien pertrechada. ¡Menuda galerna! Hacía tiempo que no veía cosa igual.
—Lucía la miró, tratando de adivinar el motivo de la visita—. No la voy a entretener mucho, pero tengo que hablar con usted, a solas.

ELVIRA

Cuando Elvira tomaba una decisión, trataba de ejecutarla de inmediato, como si temiera que al aplazarla sus argumentos acabaran desmoronándose. Por ese motivo, salió a la calle a pesar de la terrible tempestad. Hacía una semana que llevaba dándole vueltas a la cabeza al mismo asunto, y justo cuando la galerna empezó a golpear las ventanas de su casa lo vio todo claro. Tendría que hacerlo, no le quedaba más remedio, y solo podría ayudarla Lucía. Se puso una gruesa manta negra sobre la cabeza y unas botas de goma que usaba Manuel para achicar el taller cuando se inundaba, y salió de la casa. No tuvo que dar explicaciones a nadie. Ese sábado su familia estaba en Gallarta para hacerle una visita a Gracia y entregarle de paso una carta para Petra. La mujer del pueblo minero mantenía buenos contactos y sabía cómo hacer llegar la correspondencia a los familiares que vivían en el exilio. Manuel sufría por tener a Petra tan lejos, y desde que se declaró la guerra europea empezó a temer por su seguridad. Los alemanes habían invadido parte de Francia y, aunque la cuñada de Elvira residía en la llamada «zona libre», parecía arriesgado que continuase allí. ¿Y si los alemanes extendían su dominio por toda la geografía francesa? ¿Qué les ocurriría a los republicanos españoles? Franco y Hitler eran aliados, por mucho que en la prensa se hablase de la neutralidad de España en la contienda mundial. Los mismos periódicos del régimen anunciaron un año antes, a bombo y platillo, el envío de miles de voluntarios de la División Azul para luchar al lado del Führer. Y este no dejaría que los enemigos de Franco viviesen en paz bajo su régimen de ocupación. Favor por favor.

Los desvelos de Elvira por Petra se disiparon durante la enfermedad de su hija; tan preocupada estuvo a lo largo de aquellos meses que no le quedó espacio ni tiempo para inquietarse por nadie más. Y después, con la muerte de la niña, la suerte de los otros dejó de importarle. Bastante tenía ella con levantarse cada mañana y sacar fuerzas de algún lugar recóndito de su cuerpo para afrontar sus deberes como madre, como ama de casa y como responsable del taller. Desde que el día de Reyes salió de la cama no recayó en un estado de letargo autocompasivo, pero tampoco recuperó la ilusión, ni la más pequeña. Su vida fluía sola, en una cadencia sin altibajos, en la planicie de una existencia gris de simple supervivencia. Le habían repetido hasta la saciedad que el tiempo todo lo cura. Elvira no lo creía. Los meses pasaban lenta, cansinamente, y, a la vez que caían del calendario como losas de granito, su sufrimiento permanecía inalterable en su dimensión, aunque era variable en la forma. Así, el dolor aprendió a manifestarse de otras maneras, más sigilosas, menos evidentes: había abandonado el llanto; ahora sus ojos carecían de brillo, había desalojado aquella feroz angustia que apenas la dejaba respirar. A cambio, un rictus amargo se apoderaba de su semblante. De todos modos, no ponía voluntad en superar el duelo,

deseaba y se empeñaba porque se mantuviese hasta el final de sus días. Su deber de madre le decía que debía seguir viviendo con él. Sobreponerse sería como traicionar a Manuela, como abandonarla a su suerte. Por eso, el tiempo nunca le curaría la pena.

La indolencia con la suerte de Petra no era más que una de tantas. Obsesionada como estaba por la muerte de su hija, el resto de las cosas que ocurrían a su alrededor le parecían asuntos triviales. Ni siquiera el taller le interesaba, únicamente que hubiera suficientes encargos para permitirse ir a la compra y pagar las facturas. No compartía ya los sueños de Manuel. En vísperas del verano, y después de haber pasado un año muy difícil, con escasos y pobres pedidos, llegó una tarde a casa muy exaltado:

—El hospicio de las falangistas nos ha pedido uniformes para finales de agosto. ¡Para todos los internos! ¡Estamos salvados, Elvira, estamos salvados!

Elvira solo contestó:

—Bueno, eso nos da un respiro. Supongo que ahora dejarás esa chaladura tuya por la moda.

A partir de ese día no quiso conocer los pormenores del encargo, se negó a ver los bocetos que Manuel iba dibujando para el orfanato, ni siquiera se acercó a tocar las telas escogidas. Mucho menos le interesaban los diseños que el sastre hacía de vez en cuando para clientes particulares, a pesar de que en los malos tiempos les habían salvado de la más absoluta de las miserias. Elvira siempre creyó que esa vena artística de Manuel no servía para nada más que para alimentar su ego, que el futuro de la empresa no pasaba precisamente por la sastrería de encargo, mucho menos por diseñar figurines originales. Y si ya antes de morir Manuela estaba convencida de tener razón, a partir del momento en que la desidia se instaló en su alma, cada vez que el hombre le hablaba de alguno de esos encargos se ponía iracunda y acababa dando un portazo. En el fondo, Elvira no soportaba que Manuel pudiera entusiasmarse por algo, porque eso significaba que empezaba a olvidar a su hija.

Sin darse cuenta, fue reduciendo el uso del lenguaje a los asuntos cotidianos. El modo verbal que más utilizaba era el imperativo, ya que el idioma le servía, fundamentalmente, para la organización doméstica. «Sube la persiana», «abre la puerta», «vete a guardarme la vez en la cola del racionamiento», «quítate las botas, que están sucias», «saca los deberes», «límpiame la cara», «vete a dormir», «levanta, que son las ocho», «de eso no hables en la calle», «atiza el fuego», «ayuda a tu hermano con la cartilla de lectura»... No se percató de que aquellas otras frases pronunciadas antes de la muerte de Manuela —con cierta tacañería ya entonces, debido a su carácter— no volvieron a aflorar de su boca: «Un beso, cariño», «mi chiquitín meoncete, que los angelitos te guarden de noche», «qué guapo está mi niño», «mira cómo ha crecido el chaval»... Todas ellas dejaron de oírse en aquella casa, donde se quedó instalada para siempre una atmósfera enrarecida, un velo de tristeza latente que provocó una reacción defensiva entre sus otros hijos. Ya no invitaban a sus amigos a jugar a casa, no discutían delante de Elvira y empezaron a mantener con ella una prudente distancia. Le ofrecían la mejilla antes de salir para el colegio. Ella les besaba de forma automática, con apenas un roce de los labios. Se sentían

desdichados por partida doble: les faltaba su cariñosa y paciente hermana mayor y echaban de menos el calor de su madre. La coraza se ensanchaba en torno a Elvira, invadiendo cada rincón que pisaba. Se fue convenciendo de que no debía alimentar el amor por sus hijos más de lo imprescindible. Así sufriría menos frente a los reveses que le tenía reservada la vida. Casi no le quedaba más capacidad de resistencia; en consecuencia, debía estar prevenida. La coraza y el yelmo del soldado medieval se los colocó en el alma y en el corazón, a la espera de que en cualquier momento el enemigo destino decidiera golpearla de nuevo.

Encerrada en su voluntario pesar, apenas había salido a la calle en los últimos meses. Apenas había disfrutado de la familia. Apenas había vivido. Apenas gozó del amor marital. Rechazó a Manuel una y otra vez, mes tras mes, mientras él esperaba pacientemente a que la herida cicatrizase. Elvira no podía soportar sentirse feliz ni por un instante mientras su hija yacía muerta a causa de su pecado. Por eso no permitía que Manuel la rozara. Sabía que, si le dejaba hacer, claudicaría a la sensación gozosa del sexo y del ardor varonil, y eso significaría traicionar la memoria de su hija. Hasta que, una noche de julio, Manuel llegó un poco bebido. Se metió en la cama completamente desnudo y no tuvo fuerzas para atender a las razones de Elvira. Como hombre necesitaba desfogarse, como ser humano pedía el calor y el consuelo de su mujer. Ante la negativa de Elvira a hacer el amor se echó a llorar. Entre gemidos habló de la pena que sentía por la muerte de Manuela, de cuánto la echaba de menos, de cómo les había cambiado la vida.

—Ya no sé qué más hacer para devolverte la sonrisa.

Estaba cansado y se sentía triste. Y solo, muy solo. Sin pretenderlo, sin poder poner oposición, una fisura se abrió en la coraza de Elvira al constatar que Manuel compartía su sufrimiento, que no olvidaba a su hija, que la seguía echando de menos. Seguía la vida como si tal cosa, pero solo en apariencia. Qué verdad más grande la de aquellos que afirmaban que la procesión suele ir por dentro. Conmovida por la escena cedió a sus abrazos, ofreciéndole consuelo y consolándose ella misma.

A pesar del extraño paréntesis que supuso aquella noche, Elvira no cejó en protegerse con el pertrecho invisible de la frialdad. Dejó que su marido se acercara a ella de vez en cuando, en parte por deber marital, en parte para que se quedara tranquilo y no tuviera que volver a la taberna, en parte porque ella reponía fuerzas para seguir alimentando su férreo envoltorio. Lo que no imaginó fue que de aquellos escasos encuentros iba a quedarse preñada. Se suponía que él había puesto cuidado, que ya eran doctos en la materia y sabían cómo evitar la concepción. Algo falló. Dos faltas y unos pechos hinchados como bolas y doloridos eran signos demasiado conocidos como para negar la evidencia.

Cuando estuvo convencida de su embarazo, el mundo se le cayó encima. No estaba repuesta de la pérdida de Manuela, ni pensaba reponerse nunca, y se encontraba a las puertas de una nueva maternidad. Sus anteriores embarazos los recibió con una alegría contenida. La ilusión de traer un hijo al mundo encontraba siempre el freno de las dificultades a las que ella y Manuel se veían abocados por una situación económica endémicamente precaria. Sin embargo, deseó a cada uno de

sus hijos y sintió tan hondamente la pérdida de aquellos gemelos que tuvo en su vientre durante cinco meses que por mucho tiempo su cuerpo se negó a engendrar. ¿Cómo se había atrevido su organismo a violar su duelo, a entrometerse en su pena? ¿Acaso se suponía que un nuevo hijo podría reemplazar a su querida niña muerta? Eso le dirían cuando corriese la nueva por Ibayá y por Gallarta: la abrazarían exclamando que el embarazo era un regalo, una preciosa compensación para su desdicha. Ya había escuchado palabras de ese estilo dirigidas a otras madres que vieron morir a sus hijos. Ella nunca las pronunció, porque al mirarlas a los ojos descubría que el vacío del hijo muerto no lo iban a cubrir otros hijos, ni los que tenían ni los venideros. Tenía tan claro que no deseaba a ese niño que no le confesó la noticia a Manuel. Estaba tan segura de no quererlo como del hecho incontestable de que Manuela estaba muerta y enterrada, y lo estaba porque lo que sintió al saberse preñada no se parecía a ninguno de los sentimientos de duda o ansiedad que pudo experimentar en alguno de los otros embarazos. Lo que percibía era un sencillito pero rotundo rechazo hacia el ser que empezaba a crecer en sus entrañas. Y estaba convencida de que cuando el bebé naciera seguiría sintiendo lo mismo. ¿Se puede traer al mundo a una criatura a la que no somos capaces de amar? Eso se preguntó una y otra vez a lo largo de la semana. ¿Con qué derecho y para qué? ¿Para brindarle un mundo de infelicidad alimentado por el rechazo de la propia madre?

Cuando Manuel le dijo que irían a casa de Gracia se alegró. Necesitaba estar sola y tomar una decisión de una vez por todas, espacio y silencio para aislarse con sus pensamientos, ponerlos en orden y actuar rápidamente. En su fuero interno supo que la decisión estaba tomada. En realidad, no se había planteado ninguna alternativa, pero se le hacía imprescindible la soledad del hogar para establecer un plan de acción y terminar de convencerse de que la vía del aborto era la única posible en sus circunstancias. Manuel y los niños estaban acostumbrados a los desplantes de Elvira, a que no quisiese salir de casa, y no insistieron en que les acompañara. Los tres chiquillos se despidieron con un beso, con la mirada lánguida de los perros abandonados, sintiendo una vez más que la muerte de Manuela, de alguna manera, también había arrastrado a su madre.

Fregó los cacharros sin parar de pensar. Luego se sentó junto a la mesa, apoyó la cabeza en su mano abierta y siguió meditando mientras repasaba con la mirada el aspecto de su cocina. Debía limpiar los azulejos, aunque no tenía claro cuándo encontraría fuerzas para una limpieza a fondo. Observó el calendario colgado detrás de la puerta, un almanaque inútil: correspondía a 1941. No tenía intención de retirarlo. Era un regalo que le trajo Manuela el día que le dieron el alta en el sanatorio. Elvira dibujó el símbolo de la cruz sobre el 20 de diciembre, la fecha de la muerte de su hija, para que nadie en esa casa olvidara ese día, para que cada 20 de diciembre rezaran juntos una oración por ella y acudieran a misa y los niños pusieran un ramo de acebo en el sepulcro, para que no dejaran de besar la fotografía de la difunta. ¿Qué quedaba de la niña además del calendario? Como la mujer práctica que era —su estrecha economía tampoco le permitió ser de otra manera—, desalojó la habitación de la difunta. Ahora los niños tenían allí un cuarto de estudio, y ella un lugar para leer, zurrir y escuchar la radio por las tardes, sobre todo las piezas

dramáticas. Guardó, sin embargo, algunas cosas de Manuela: sus escasos libros, su rosario y su misal, su muñeca de trapo y un camisón, además de algunas fotografías. Todo ello metido en un cajón que de vez en cuando abría. Eso quedaba de Manuela; eso y el calendario de 1941 con una cruz pintada sobre la siniestra fecha.

Desvió la mirada de las paredes de la cocina y se concentró en la superficie de la mesa. Si decidía deshacerse del bebé tendría que actuar con rapidez. Cuanto más se tardaba en recurrir a una experta, más peligro se corría. ¿A quién acudir? No resultaba fácil para una sencilla ama de casa dar con un médico o con una comadrona dispuestos a practicarle un aborto sin riesgo de que las autoridades se enterasen. Había un doble peligro: podría morir en la operación o desangrarse poco después, y, en el caso de que la intervención fuese bien, existía el riesgo de ser descubierta y de que le aplicaran la Ley de Protección de la Natalidad, una norma que consideraba el aborto como un atentado contra la patria y que significaba una pena de prisión de seis años, amén de la vergüenza y el deshonor para toda su familia.

Barajó la posibilidad de acudir a Gracia, pero desconocía si entre sus contactos se hallaba algún especialista. No le quedaba otra opción que pedir ayuda a Lucía.

RENATA

El niño estaba en la fiesta de cumpleaños de un vecino. Ella pasaba la tarde escuchando la radio mientras planchaba. Con el calor sofocante, la tarea se le hacía cuesta arriba y algunas gotas de sudor recorrían lentamente su espalda y su escote. Llevaba un ligero vestido de verano, y se habría quedado desnuda si no fuera indecente andar por la casa en paños menores. Se dejó embriagar por la placidez de la música clásica hasta que a las seis cambió la rueda del dial y conectó con el estadio de San Mamés. Aunque a Renata no le gustaba el fútbol, escuchar el ambiente del partido le hacía sentirse más cerca de su marido, que, como tantas tardes de fin de semana, había ido con sus amigos a ver jugar al Athletic de Bilbao. Al principio, la italiana no entendió esa devoción por el equipo local. A pesar de que en Italia también existía una gran afición al fútbol, en su pueblo no había equipo, y los hombres no salían en masa, adornados con banderas y bufandas, a vitorear a nadie. Sin embargo, pronto se acostumbró y aceptó, como el resto de las mujeres, que ese pequeño espacio de ocio era vital para su hombre. Le resultó llamativo que también ellas compartieran la pasión por el Athletic, y entendió que si quería formar parte activa de la ciudad y de su gente tendría que sentir los colores como propios.

Antes de acabar el primer tiempo, una galerna descomunal invadió la ciudad. No se asustó — en su pueblo natal también se conocía el fenómeno—, pero una cierta tristeza se apoderó de ella al recordar que un viento maligno similar se tragó a su primer amor. Cuando las ventanas empezaron a golpear con fuerza subió al tercer piso, donde se encontraba Claudio. La vecina la tranquilizó: los niños estaban seguros dentro de la casa. Debido al mal tiempo, la madre del homenajeado había decidido suspender la salida al parque, donde en un principio iba a organizar unos juegos clásicos para entretener a los chiquillos, como el pañuelito, la carrera de cucharas o la competición de parejas con los pies atados. A cambio, la vecina, que era muy imaginativa y adoraba a los niños, había improvisado una búsqueda del tesoro por equipos. Quien a partir de las pistas depositadas en diversos rincones del piso hallara el premio se quedaría con él. Renata regresó más tranquila a su casa.

Por precaución metió dentro las macetas y cerró las persianas. El locutor anunció que el partido quedaba suspendido debido al mal tiempo. Renata pensó que Paúl regresaría enseguida y se puso contenta. Lo que le iba a decir le iba a hacer el hombre más dichoso del mundo. Recogió la ropa planchada y la metió con delicadeza en los armarios. Luego entró en el baño y se refrescó con agua y jabón de lilas. Se cambió el vestido por otro igualmente ligero y se peinó. Le gustaba estar guapa para él. Solo esperaba que llegase antes que Claudio. Quería darle la noticia a solas; al niño se la comunicarían juntos más tarde.

¿Qué cara pondría al saber que iba a ser padre? Renata estaba segura de que se volvería loco de contento. Habían pasado cuatro meses desde la boda. Paúl empezaba a inquietarse porque el embarazo no llegaba. ¡Tenía tantas ganas de tener un hijo propio! Su marido quería a Claudio, pero ella entendía que quisiera tener un vástago de su sangre. Cuatro meses no eran nada, pero el hombre se impacientaba. Esa semana Renata había cumplido su segunda falta, y las leves náuseas matinales que empezó a experimentar unos días atrás corroboraron su feliz diagnóstico.

A las ocho y media Claudio se presentó en la casa, con la cara encendida por la emoción, por el calor y por las horas de juegos, mostrando ufano tres lápices de colores. ¡Su equipo había dado con el tesoro! Doce pinturas que se repartieron entre los cuatro niños. Renata, viendo el sofoco del crío, lo metió en la bañera con agua tibia, mientras trataba de disimular su preocupación. ¿Dónde se había metido Paúl? ¿Le habría ocurrido algo a causa de la dichosa tempestad? Negros presagios le nublaron el pensamiento, ya que su marido tenía por costumbre regresar poco después de terminar el partido. Y habían pasado dos largas horas. Se había desvanecido la alegría de transmitirle la noticia. La preocupación se instaló en su cabeza. Un miedo irracional se apoderó de ella; sin poder ponerle freno revivió las escenas de angustia que, siendo muy joven, conoció en Portovenere el día que Bruno no regresó.

Estaba poniendo el pijama al chiquillo cuando alguien golpeó la puerta de la calle con fuerza.

—Quédate aquí —ordenó a Claudio.

—¡Policía, abra! —gritó una voz autoritaria al otro lado.

Temblando y temiendo las peores noticias abrió la cancela. Sin embargo, imaginó que por muy brutos que fueran los de la policía no notificarían una desgracia con esa violencia. Dos hombres vestidos con traje gris entraron muy tiesos y muy serios. Uno de ellos era bajito, gordo y con bigote. A Renata le recordó a Franco. El otro, en cambio, era delgado, con el rostro anguloso y una tez deslavada que le daba un aire entre enfermizo y vicioso. Los dos traían cara de malas pulgas.

—¿Es usted la mujer de Paúl Uralde Sotillo?

—Sí, señor.

—¿Extranjera? —preguntó el más delgado al escuchar el acento de la mujer mientras la inspeccionaba con descaro de arriba abajo.

—Italiana, de padre gallego —contestó aterrorizada mientras los dos policías miraban la habitación—. ¿Le ha pasado algo a mi esposo?

—Mire, señora, las preguntas aquí las hacemos nosotros. ¿Lo ha entendido o se lo tengo que decir en italiano? —respondió bruscamente el gordo—. Y ahora vamos a registrar todo esto. ¿Hay alguien más en la casa?

—Mi hijo. Estaba a punto de darle la cena.

—Pues tendrá que esperar. Dígale que venga y que se quede con usted mientras hacemos lo que tenemos que hacer.

Renata llamó al niño. Este, al ver a los dos hombres, preguntó:

—¿Qué quieren estos señores, mamá?

—¡Chist! —le indicó ella mientras lo cobijaba bajo sus manos.

Madre e hijo se sentaron juntos en una butaca y observaron incrédulos cómo los dos agentes ponían la casa patas arriba. Levantaron los colchones, sacaron todo lo que había en los armarios y en los cajones, pusieron boca abajo los jarrones, movieron los cuadros y hasta abrieron los portarretratos. ¿Qué buscaban? ¿Qué había escondido Paúl? Renata no comprendía nada, solo que la inmensa alegría experimentada unas horas antes se había desvanecido. También pensó, por un instante, que todo el sofoco que había soportado mientras planchaba no había servido para nada. La ropa yacía ahora arrugada por el suelo. La pregunta que resonaba en su cabeza como un eco era: «¿Dónde está Paúl?».

Media hora después los dos policías dejaron de desordenar las cosas.

—Aquí no hay nada que rascar —dijo el gordo al flaco.

—Entonces nos vamos, ¡digo yo!

Renata se levantó y miró a los policías. No abrió la boca porque tenía miedo, pero en sus ojos se adivinó una pregunta. El que tenía bigote y acento andaluz le dijo:

—Su marido está detenido, en la comisaría.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Nada. ¿Qué coño va a hacer usted? Esperar, como todas, y poner en vereda a su hombre, que se la está jugando.

—Bueno, nos vamos —dijo el más delgado—, que aquí le queda una buena faena. —Se rio a carcajada limpia.

—Fernández, no seas tan cabrón —le respondió el gordo riendo entre dientes.

Cuando los agentes se fueron, unas lágrimas de impotencia empezaron a recorrer las mejillas de la mujer. El niño se abrazó a su madre. Estuvieron así unos minutos. Entonces decidió que, antes de recoger el desaguado, debía dar la cena a Claudio. Luego lo acostaría, llamaría a doña Justina y le pediría ayuda para poner orden. ¿O no debía hacerlo? ¿Debía esconder el hecho de que la policía había estado allí y de que Paúl estaba retenido en la comisaría? No hizo falta tomar esa decisión. En unos minutos volvió a sonar la puerta. La vecina había escuchado el alboroto de los policías y se había pasado la media hora de esa desagradable visita con la oreja apoyada en la puerta de su casa. Cuando oyó que se marchaban esperó un poco, por si se les ocurría regresar, y, tan pronto estuvo segura de que el portal estaba despejado, acudió a socorrer a Renata. Claudio se durmió, ya que estaba agotado por la fiesta de cumpleaños. Su madre y la vecina se quedaron poniendo orden. A la una de la madrugada dieron por terminada la faena. Justina volvió a su portería. Renata no se acostó en la cama, se quedó sentada en el sofá repasando calcetines, a la espera de que en algún momento su marido apareciera sano y salvo.

Eran más de las cinco de la madrugada cuando escuchó el ruido de la cerradura. Paúl llegó agotado, con la cara descompuesta, un labio partido y un moratón en la mejilla.

—¡Dios mío, Paúl! ¿Qué te han hecho?

—Pues lo que más les gusta hacer a estos hijos de puta, darme unas cuantas hostias.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Mira, italiana mía. —Paúl se dejó caer exhausto sobre el sofá—. A ver si te enteras de que en este puto país no hace falta hacer nada para que la policía te mate a hostias.

—No hables así, no digas palabrotas, por Dios.

—Renata, hoy no me pidas imposibles, que estoy muy jodido.

—Está bien, te traeré algo de cenar y luego me lo cuentas todo mientras te curo esa cara.

—Agua, lo primero tráeme agua.

Paúl no había mentido a Renata: los habían detenido sin motivo. Debido a la galerna, los aficionados tuvieron que abandonar el estadio. En la calle Pozas el grupo de amigos se encontró con unos compañeros de La Temple que estaban de celebración. Entraron en una taberna que estaba milagrosamente vacía y se pusieron a cantar. Empezaron a entonar unas habaneras, y de ahí pasaron a corear canciones en euskera. En ese momento pasó por delante del bar una pareja de secretas que al escuchar los cánticos entró al establecimiento, pistolas en mano. Les pidieron a todos la documentación y se los llevaron a comisaría, acusándoles de reunión ilícita. Los tuvieron retenidos en las dependencias policiales y les pegaron más por diversión y por dejar bien sentado quién mandaba allí que por tratar de averiguar algo. Los policías sabían que aquello no había sido más que una reunión de amigos.

—Les jode que cantemos en vascuence y que nos una el amor por el Athletic. Uno de los agentes se descojonaba de nosotros, diciéndonos que a ver qué nos creíamos, que teníamos un equipo de mierda comparado con el Real Madrid. Que estaba hasta los cojones de la chulería bilbaína y que si por él fuera mandaba al Athletic a tomar viento, que el equipo está lleno de desafectos al régimen y que a los bilbaínos nos sirve de tapadera para cagarnos en Franco. ¡No he oído tantas gilipollices juntas ni en los discursos del generalísimo! Luego nos han soltado sin más.

—Estuvieron aquí y lo pusieron todo patas arriba. ¡No sabes qué miedo hemos pasado! —le contó Renata.

—Lo sé, los muy cabrones vinieron a las cuatro de la mañana al calabozo y nos dijeron, descojonándose, que habían estado en nuestras casas. Y que habíamos tenido suerte, porque no habían encontrado nada, pero que anduviéramos con cuidado, que no nos perderían de vista.

—¿Vas a estar vigilado? —preguntó angustiada la mujer.

—¡Qué va! Eso se lo dicen a todos, para meternos el miedo en el cuerpo. Y además, aunque me vigilen, a mí no me van a encontrar nada. Eso ya lo sabes tú.

—¡Vaya susto, mi vida, vaya susto! —Renata retiró la bandeja y se dirigió a la cocina—. ¿Detuvieron también a Carmelo?

—¡Qué va! ¡Menuda suerte que tuvo el tío! Se había ido a comprar tabaco, y para cuando volvió ya nos llevaban. Se le quedó una cara de pavo que no veas. Supongo que no habrá pegado ojo. Mañana me acerco a Ibaya para que se quede tranquilo.

—Pues eso que se ha ahorrado su mujer.

—¡Y no sabes lo más cojonudo! Al salir, nos dejaron salir de dos en dos, yo me fui con Patricio, nos encontramos con un viejo que estaba como una cuba. Y no te jode que va y nos dice: «¿Qué, chavales, os ha tocado la china hoy a vosotros, eh? Hay unos nuevos ahí dentro, unos forofos del Real Madrid que os la tienen jurada. Esto pasa desde que empezó la liga: con cualquier excusa detienen a alguien en día de partido y se lo pasan de puta madre a su costa». Luego nos pidió dinero para comprarse una botella de vino.

Mientras Renata limpiaba las heridas a Paúl le anunció, por fin, que estaba embarazada. La emoción del hombre fue tan grande que se olvidó de su labio partido y se lanzó a besar a Renata, aunque no pudo.

—¡Joder, cómo duele! Tendré que esperar a que se cierre la herida para volver a besarte en condiciones.

LUCÍA

El lunes por la mañana Lucía acompañó a sus hijos al colegio. Primero dejó a Adela, a Teresa y a Jone a la puerta de las monjas. Iban vestidas con sus uniformes grises y su camisa azul, adornado el cuello con una lazada de topitos. Con semejante atuendo pasarían calor, pero no quedaba más remedio que seguir la norma de la indumentaria, lo cual por otra parte redundaba en beneficio de la economía doméstica, porque las niñas no necesitaban más que un traje para los días laborables, y con otros dos para el fin de semana iban cumplidas. Era el primer curso de la pequeña, quien, lejos de llorar como en su día lo hizo Teresita, se sintió feliz desde la primera jornada. El curso anterior, cada vez que despedía a sus hermanas por la mañana y las veía desfilar por la calle con sus libros y cuadernos bajo el brazo, repetía a su madre la misma monserga: «Yo también quiero ir al cole, que en casa me aburro». Y eso que con ella se quedaba su prima, la hija de Marichu, pero a ambas la jornada se les hacía eterna esperando a los mayores, aburridas de jugar a las muñecas y hartas de ver a sus madres cumplir durante horas con sus labores domésticas.

Un poco más allá estaba el colegio de los frailes. Sin entrar al patio, se despidió de Íñigo, quien, a sus ocho años, les estaba dando más de un quebradero de cabeza. Estudiaba poco y se olvidaba los deberes. En consecuencia recibía más de un castigo, que dependiendo del cura podía significar desde la copia de la misma frase quinientas veces hasta el golpe de la vara hiriente sobre la palma de la mano. A Carmelo y a Lucía les dolía que pegasen a su hijo, pero se aguantaban, no podían poner en cuestión las normas disciplinarias del centro y se limitaban a reñir al crío y a consolarle después. Se le revolvió el estómago cuando vio cómo los estudiantes se colocaban en filas, muy ordenados, muy disciplinados, en formación marcial, para rendir homenaje a la bandera española que yacía durmiente en el mástil hasta alzarse orgullosa al son del *Cara al sol*. Cada día, la misma historia. Poco les importaba a los curas lo que pensasen los padres sobre el asunto; ni siquiera, pensaba Lucía, se habrían planteado lo que opinaría Dios de toda esa parafernalia fascista. Se alegraba de que al menos sus hijas no tuvieran que pasar por ese trámite abusivo. Parecía un misterio que nadie hubiese hecho ver a las autoridades la indolencia del colegio de monjas en materia de exaltación patriótica, pero imaginaba que el hecho de ser de origen francés las eximía de algunas cosas. Telmo ya no iba a clase. A sus quince años había entrado en La Temple como aprendiz de la mano de su padre, y el chaval se veía como un hombre hecho y derecho. Llevar pantalones largos y trabajar en la fábrica era para él motivo de orgullo. Que la cara se le hubiera llenado de espinillas le parecía un precio muy barato por ser considerado casi un hombre. Y para acelerar el proceso de crecimiento había empezado a fumar, a escondidas, porque a Lucía lo del tabaco la sacaba de quicio, y no tanto porque pensase que era

malo para la salud, cosa que simplemente intuía por las toses repentinas de su marido, sino porque los cigarros dejaban muy mal olor en la ropa y en la casa. Ella, que se pasaba la vida buscando flores en primavera para aromatizar su hogar, no podía permitir que el vicio de los varones invadiera su casa de tufos nauseabundos.

Había dejado al pequeño Julián con Marichu, y sola, a paso acelerado, se encaminó a la estación del tren. No dio explicaciones a su hermana. Esta tampoco se las pedía. Aunque era poco espabilada, con los años aprendió algunas lecciones que le procuraban una mejor convivencia: le daba la razón en todo y hacía luego lo que le venía en gana; no le preguntaba adónde iba ni de dónde venía si no quería que le contestara con un «a ti qué te importa»; la escuchaba cuando se enfadaba como quien oye llover, a la espera de que el arranque se le pasara, y le dejaba un espacio para que estuviese a solas con su marido. Marichu seguía queriendo y admirando a su hermana mayor; no solo la tenía acogida a pesar de ser madre soltera, sino que sabía de buena tinta que la defendió frente a las malas lenguas de Ibaya.

Cogió un billete de segunda clase para Bilbao. Desde el andén se podía ver el tipo de público que viajaba en los vagones de primera, donde los asientos estaban tapizados y eran mullidos: algunas señoras de Las Arenas y de Neguri, con sus doncellas, pero sobre todo hombres trajeados que acudían a sus trabajos de médicos, abogados o notarios. Los automóviles no abundaban, y el racionamiento de la gasolina había devuelto a muchos al traqueteo del transporte público. Se sentó en uno de los bancos de madera que estaba libre. Junto a Lucía viajaba una vendedora de tabaco que llevaba en una cesta cajetillas y hebras de liar. Frente a esta, su compañera, una muchacha joven que, por lo que pudo saber a partir de la conversación que mantuvieron durante el trayecto, estaba aprendiendo costura en un taller de la capital. Lucía solía meditar sobre el futuro de sus hijas y, aunque era consciente de que probablemente acabarían siendo amas de casa como ella, solía soñar con que alguna le saliera espabilada y acabara siendo maestra o empleada de banco. No estaba convencida, sin embargo, de que ese futuro les fuera a garantizar mayor felicidad. Lucía observaba que la mayoría acababa dejando sus trabajos al casarse e imaginaba que una vuelta a las tareas del hogar y al cuidado de los hijos para una mujer de más mundo tendría que resultar frustrante. Desde luego, España no era un país adecuado para las mujeres independientes, aunque algunas lo consiguieran durante unos pocos años: antes de la guerra que se llevó por delante vidas, familias, matrimonios civiles y derechos. En su afán de protección, Lucía casi prefería que sus hijas carecieran de ambiciones, que tuvieran la suerte de encontrar un buen hombre que las dejara mandar en su casa, para que de esa forma, metidas en el círculo de la normalidad, tuvieran que enfrentarse a menos problemas. Aunque, si alguna de las tres era tan osada como para plantear en casa que quería ser maestra o empleada de banco, ella no se opondría.

Le gustaba el movimiento del vagón, incluso el olor especial de las vías. Cuando montaba en el tren de cercanías se entretenía observando la vista desde la ventana. Qué distinto era tomar el ferrocarril en dirección a Bilbao a cogerlo en sentido contrario. El paisaje que se veía desde el convoy que marchaba hacia la ciudad era feo, las casas construidas junto al vial resultaban muy

pobres, la ropa tendida y los desconchados de las fachadas mostraban la miseria como una herida abierta. En cambio, cuando se dirigía a las playas, el verde más limpio del campo parecía imponerse en una zona urbana, y los edificios, cada cual más suntuoso, con sus autos aparcados a la entrada, sus jardineros agachados en los parterres y los grandes ventanales de las fachadas de piedra hablaban de una vida sin apreturas.

Llegó a Bilbao sumida en sus pensamientos y con el corazón acelerado. Se había prometido a sí misma no volver a visitar a su hermanastra en ese antro de meretrices, pero no le había quedado otra opción. Nunca olvidaría la tarde de la galerna por lo que ocurrió con Elvira y por lo que le pudo haber pasado a Carmelo. Cada vez que pensaba que su marido estuvo a punto de sufrir la brutalidad de la policía se le ponía la carne de gallina. Y entonces sí daba gracias a Dios porque Carmelo le tuviera afición al tabaco: la necesidad de ir al estanco le libró por los pelos de una detención. No obstante, ninguno pegó ojo en toda la noche, pensando en la suerte de los amigos. El domingo, nada más salir de misa, Carmelo fue de casa en casa preguntando por ellos. Les habían liberado de madrugada y, aunque doloridos, todos estaban bien. Ni siquiera les ficharon. Sus amigos estaban convencidos de que habían sido utilizados como diversión en una tarde en la que, a causa del vendaval, la policía apenas tuvo trabajo, mientras los bomberos no daban abasto. El asunto les llevó a una discusión y, en parte, por eso tampoco pegaron ojo. La disputa le venía bien a Lucía: la mantenía alejada de la petición de Elvira.

—Vas a andar con pies de plomo, ¿me oyes? —le exigió Lucía.

—¿Y eso a qué viene? —Carmelo la miró sorprendido.

—Carmelo, Carmelo, que no me chupo el dedo. ¿Te crees que no sé que cada domingo de Resurrección vas a celebrar el Aberri Eguna?

—¡Mujer! ¡Si ya no se celebra!

—Ya, a otra con esas. En el caserío de Faustino Iturrigorri, mira si sé, y que viene el hermano de don Aurelio, el que también es cura. De Orduña, creo. No recuerdo su nombre, pero que es mucho más joven que el hermano preso y que os da misa y que cantáis el *Eusko Gudariak*, sin gritar, para no llamar la atención, y que uno de vosotros da un discurso, y que rezáis por los gudarís muertos. Todo eso lo sé yo, para que te enteres. Y que hasta ahora me he callado porque a mí también me hace ilusión guardar nuestras fiestas; pero que se va a acabar, como me llamo Lucía. Por tus hijos, que ya has visto cómo se las gasta la policía: tus amigos detenidos por nada. Así que si os pillan a vosotros, que Dios nos coja confesados.

Lo dijo todo de un tirón. Carmelo la miraba atónito. ¿Cómo era posible que su mujer supiera todo eso que él había mantenido en secreto? ¿Quién se había ido de la lengua?

—Hay una cosa que no sabes —dijo él riéndose.

—¿Qué cosa?

—Que el bacalao al pilpil lo hago yo.

Los dos se rieron. Se suponía que Carmelo no sabía cocinar, que nunca se había interesado por las cazuelas más que a la hora de degustarlas. Y ahora confesaba sus dotes culinarias.

—Eso sí que no me lo creo —respondió ella con el cuello estirado.

—Y alubias a la tolosana, y también se me da bien la salsa vizcaína. —Los dos rompieron a reír. Con lágrimas en los ojos ella logró preguntar:

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Pues porque la cocina es tu territorio. No quería invadirte. —Carmelo soltó otra carcajada y añadió—: ¡Joder, Lucía!, y porque eres capaz de tenerme todos los domingos cocinando para la familia.

Muertos de la risa se fundieron en un abrazo e hicieron el amor. Después, más relajados, retomaron el asunto.

—Ahora, en serio, dime cómo te has enterado.

—Mira, Carmelo. Primero, porque cada domingo de Resurrección te vas de comida; segundo, porque desaparecía el carnet del partido de la caja fuerte y la insignia con el *lauburu*,¹ y para colmo te llevabas el *mendigoizale*,² hiciera frío o calor. Hijo mío, estás tú como para despistar a la policía.

—Vale, vale, pero ¿cómo sabes que va el hermano de don Aurelio y que nos da misa?

—El año pasado os seguí. Me marché enseguida, antes de que te pusieras a hacer el bacalao, que eso sí que no me lo imaginaba.

A pesar de todas sus advertencias, Lucía estaba convencida de que Carmelo volvería a celebrar la siguiente fiesta de la patria vasca y que ella se haría nuevamente la tonta. Su obligación como madre y esposa era proteger a la familia, incluido su marido. A su vez admiraba la fidelidad de Carmelo a sus principios. ¿Qué otra cosa le quedaba al hombre en esa sociedad amordazada que dar vítores al Athletic desde las gradas de San Mamés y reunirse con sus compañeros nacionalistas una vez al año? Sabiendo que otros se tiraban al monte, lo de Carmelo era poco más que un juego.

Se encaminó briosa al barrio de San Francisco. Tenía que terminar cuanto antes: el encargo de Elvira le iba a costar una enfermedad. Cuando la vio caminar hacia su casa, con unas botas de goma y una manta negra, empujada como un fardo por la ventolera, no hubiera sido capaz de intuir ni por un segundo lo que iba a pedirle. Salió rápidamente a abrirle la puerta y la dejó pasar.

—¡Vaya galerna! —exclamó a modo de saludo—. No sé cómo se le ocurre salir con este tiempo. Pase, pase, que le dejo algo seco.

—No quiero entrar. Tengo que hablar con usted a solas.

Lucía se puso nerviosa. ¿Qué querría ahora la sastra? Tal vez fuera a pedirle dinero o a agradecerle los paquetes que le envió por mediación de Alberto y de Teresa cuando la enfermedad de Manuela, o a echárselo en cara. Elvira era una mujer imprevisible.

Se quedaron en el portal, una estancia que servía de entrada y aislaba la vivienda de la calle. Como el suelo era de losetas de cerámica, allí dejaban los críos los zapatos embarrados. Era un habitáculo pequeño, de paredes desnudas. El único mueble que había era un banco de madera, sobre el que ambas, en tensión, se sentaron para conversar. El banco tenía una historia curiosa que

a la familia le hacía gracia y cuya protagonista era Marichu. Dos días antes de San Juan, en 1938, los chiquillos de Ibaya lograron reunir algunas baratijas para hacer una hoguera. La recolecta resultó ardua. Dada la necesidad, los vecinos no querían desprenderse ni siquiera del papel, que guardaban con celo para sus cocinas de carbón. Los muchachos se las ingeniaron, sin embargo, para sisar algo de cada casa. Un grupo tuvo el valor de acercarse hasta la residencia de don Evaristo, el propietario de La Temple. El jardinero no les dejó pasar. Ellos no se amilanaron y esperaron a que el coche del caballero saliera. Durante dos horas se quedaron junto a la verja, matando el tiempo con varias partidas a las chapas. En cuanto vieron aparecer el automóvil, se pusieron delante gritando y haciendo aspavientos. El empresario, que ese día iba sin chófer porque le gustaba conducir, frenó y abrió la ventanilla.

—A ver, chavales, ¿qué pasa aquí?

—Don Evaristo —habló el hijo de uno de sus empleados—: Es que mañana queremos encender la hoguera de San Juan y nadie nos da nada para quemar. Igual usted tiene algo.

—¿Tú no eres el hijo de Pancracio Aguirre?

—Sí, señor, pero no le diga que he venido, porque me da una tunda de aúpa.

—Tranquilo, no le diré nada. Y ahora montad en el coche, que os llevo hasta el garaje. Veremos si Julianchu, el jardinero, os puede dar algo.

Los críos no podían creer su suerte. Aunque al final no se llevaran nada, el atrevimiento ya había merecido la pena. Por primera vez se habían subido a un coche de los buenos. Se sentaron en el mismo borde de los asientos de cuero, por temor a mancharlos, y en el minuto escaso que duró el trayecto hasta la puerta principal no dejaron de lanzar exclamaciones de admiración. Don Evaristo los miraba divertido por el espejo retrovisor. El botín fue suculento: algunas cajas de madera, cartones y un banco desvencijado y oscuro. Acarrearon su tesoro y lo depositaron, ufanos, en la incipiente montaña que había de ser quemada la noche siguiente. Delante de los demás exageraron su aventura, de tal forma que el viaje lo hicieron hasta el puente colgante. El hombre les explicó cómo se metían las marchas, y el jardinero los invitó a limonada. Antes de regresar a sus casas miraron complacidos el montículo de basura. Aquel banco oscuro terminó, sin embargo, en el portal de los Gómez. Ese mismo día, al anochecer, Lucía vio llegar a su hermana desde el mirador de la sala, tambaleándose con un enorme trasto bajo los brazos, roja por el esfuerzo.

—¿Qué haces con esto?

—Lo traigo para el portal.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo han regalado unos chavales. Lo iban a tirar a la hoguera. Estaba tan cansada que les dije: «Dejadme el banco, que se me han hinchado los pies». Y me lo dejaron.

—¡Ya, Marichu, pero una cosa es dejar y otra regalar!

—¡Frena, morena! —le gustaba decir esa frase cuando su hermana la interrumpía, siempre que no estuviera enfadada. La sonrisa de Lucía le indicó que era el momento propicio—, que me he quedado un buen rato viendo cómo echaban cosas y les he ayudado. Sentada en el banco les he ido

diciendo: Fulanito, vete a la pesquera, que algo te darán; Menganito, sé que la del colmado tiene la lonja llena de cajas, que te dé una de mi parte. Y así me he pasado el rato, yo tranquila, en el banco, dando órdenes, y ellos locos de contentos. Y como premio me lo han regalado.

—¡Y tanto que has pasado el rato, que no sabíamos dónde te habías metido! —Por el tono empleado, Marichu supo que aquello no era una reprimenda—. Y mira, está torcido. ¿No ves que tiene una pata más corta que la otra?

—¡Claro, así que me duele el costado! ¿Qué tal la chiquilla?

—¡Ay! Ahora te acuerdas tú de tu hija. Dormidita toda la tarde, más buena..., pero entra, entra, que enseguida te va a pedir la teta.

Aquel atardecer Lucía entró riéndose al imaginar a su hermana repantingada en el banco torcido, mandando a los críos, y luego cargando con su trofeo espantoso y pesado. El banco quedó bien gracias a Telmo, que puso todo su empeño en devolverle la postura y el color.

En ese mismo banco Elvira empezó a hablar, con el cuello hacia el suelo para evitar la mirada de su vecina.

—Estoy preñada. —Lucía no dijo nada, ni mucho menos le dio la enhorabuena. Estaba claro que la noticia le había supuesto un disgusto a la sastra—. Me voy a deshacer de él. —Entonces sí la miró, con unos ojos penetrantes, suplicantes y retadores.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí? —preguntó Lucía.

—Porque usted me va a ayudar.

—¿Qué dice! Yo no sé nada de eso. Alguien la ha informado mal. ¡Dios me libre!

—Su hermana.

—¿Qué hermana? —Lucía se sentía en mitad de una pesadilla.

—Irene. ¿No se llama Irene? La del burdel.

—No es mi hermana, ni una gota de sangre tenemos esa y yo en común. ¿Y usted cómo sabe eso?

—¡Ay, señora! Que en este pueblo lo sabe todo el mundo. Que no se nos escapa nada. Y usted haciéndose la digna.

Lucía se levantó para dar por terminada la conversación. Se sentía ofendida, no sabía si por el hecho de que su familia estuviera en boca de todo el mundo o por el insulto que le acababa de lanzar a bocajarro.

—Siéntese, por favor, y escúcheme. Su hermana, o lo que sea de usted, tiene que saber cómo solucionar una cosa de estas. No conozco a nadie más a quien recurrir.

—¿Lo sabe su marido?

—No.

—O sea, que es de otro.

—Tampoco.

—Pues no lo entiendo.

—Ni le voy a explicar mis motivos. El hijo es de Manuel, y no lo pienso tener. Me da igual lo

que piense de mí, es mi decisión y ya está.

—Pero me quiere meter en este lío. ¿No es eso? Sin importarle qué opino yo de semejante barbaridad.

—Acaba de decirlo: le parece una barbaridad. Ya está, ya lo ha dicho. ¿Se ha quedado más tranquila?

—¿Y por qué cree que la voy a ayudar?

—Porque me lo debes. —Por primera vez Elvira la tuteó, y lo hizo emitiendo apenas un susurro, la voz lánguida, cansada, la mirada otra vez fija en las losetas del suelo.

Lucía se quedó callada. Se lo debía. Sí, pero ese precio le parecía abusivo. Ayudar a matar a un inocente antes de alumbrarlo era demasiado.

—¿Y si me niego?

—No puedo tenerlo. No puedo, se me ha congelado el corazón, no lo quiero, no puedo tenerlo: nunca lo voy a amar. ¿No lo entiendes?

La explicación dejó muda a Lucía. De sus palabras se adivinaba un sufrimiento imposible de calcular. Era evidente que la muerte de Manuela había perturbado a la mujer del sastre. Y una madre trastornada podía ser un peligro para un bebé. Durante unos minutos ambas guardaron silencio, cada una sumida en sus pensamientos. Al final Lucía dijo:

—El lunes iré a ver a Irene. Sola. A la vuelta le contaré. —La mujer no cedió al tuteo. Elvira imaginó que la odiaba por lo que le estaba pidiendo.

Con el paso que llevaba, en pocos minutos se encontró frente a la puerta de la taberna. Estaba cerrada. En la callejuela lateral había un portal que tenía que dar a la vivienda de la Cubana. Golpeó la aldaba del primer piso.

—¿Y usted qué quiere? —le preguntó una mujer muy desagradable, de aspecto ajado, el pelo encanecido y suelto como el de una bruja.

—Busco la casa de la Cubana.

—Pues aquí no es. Enfrente. ¡Joder, que me ha despertado!

—Usted perdone —respondió Lucía sin poder reprimir un tono iracundo.

Le abrió Conchi, la que atendía el bar, medio tapada con una bata corta y brillante.

—Quiero ver a mi hermana Irene —dijo sin saludar.

—Pues pasa, mujer, pasa, que total ya has despertado a todo el vecindario. Ahora la llamo.

—¿También duerme a estas horas?

—¡Y yo qué sé! Voy a mirar.

Su hermana salió vestida y arreglada, pero en zapatillas. Tampoco saludó a Lucía.

—¿Qué pasa? —le soltó sin miramientos.

—Necesito que me ayudes.

—¿Yo? ¡Vaya por Dios, pues dinero no tengo!

—No quiero dinero, quiero otra cosa.

—¡Anda, alma de cántaro, siéntate! Para pedir favores sí que vienes a verme, ¿eh? —Lucía

estuvo a punto de irse. Se tragó el orgullo. Se sentaron en el sofá una al lado de la otra—. ¿Qué quieres?

—Un aborto. —Irene abrió los ojos de par en par, sorprendida—. No es para mí, es para una amiga. Seguro que tú o la Cubana sabéis arreglar esas cosas.

—¿Qué susto me has dado! ¡He pensado por un momento que la gran madre de Ibayá estaba dispuesta a abortar! —A Lucía no se le escapó la ironía, pero se calló—. Bueno, tenemos contactos. Depende de lo que tu amiga esté dispuesta a pagar.

—Costará mucho, ¿no? —preguntó Lucía como una niña sumida en la ignorancia.

—Depende de quién se lo haga. Conocemos a una mujer que lo viene haciendo desde hace años. Les mete unas hierbas o algo así hasta que expulsan el feto. Es barato, pero bastante arriesgado.

—¿Muy arriesgado?

—Mucho. —Irene miró a su hermanastra con lástima. En el fondo le daba pena ver a Lucía, tan ignorante, tan inocente, metida en ese lío—. Es menos arriesgado con un médico, pero sale caro.

—¿Hay médicos que practican abortos? —preguntó incrédula.

—¿De qué te extrañas, mujer? Hay médicos republicanos que ya no pueden ejercer y que tienen que comer, ¡digo yo! Este con el que tenemos trato además es de los que en 1937 estuvo a favor de hacerlo legal, como sacarte una muela, vamos. Por eso lo han expulsado del colegio de médicos.

—¿Y cómo lo hace?

—A ver si te lo explico bien. La muchacha se desnuda de cintura para abajo; él, no sé cómo, la dilata, le mete un aparato por ahí y hurga. Luego limpia los restos, y para casa. Es muy limpio y sabe lo que hace, eso te lo aseguro. —Irene hizo una pausa—. Claro, si hay complicaciones, tampoco estamos en una clínica. Seguro, seguro, al cien por cien, no es. Puede haber una infección, puede que sangre más de la cuenta, pero si pasa eso, mejor será estar con un médico que con una curandera, digo yo.

A Lucía se le revolvió el estómago. Luchaba por parecer serena, aunque al compás del relato su cerebro generó la imagen de un bebé aplastado y ensangrentado. Como si en el vientre de Elvira durmiera confortablemente una criatura con dedos, pies y pelo. Casi era capaz de dibujarle la carita.

—¿Dónde hay que ir?

—A ningún sitio; el médico este trata a domicilio.

—¿Eso no puede ser, Irene! Mi amiga no puede hacerlo en su casa, y menos en la mía.

La hermanastra la miró un breve instante con cierta ternura, luego torció la boca y frunció el ceño. Se incorporó y se dirigió a la puerta del pasillo.

—Ahora vuelvo, quédate aquí.

Regresó con la Cubana, quien no se había puesto más que un chal sobre el camisón, una prenda descocada que parecía una combinación rematada en el escote por una amplio encaje.

—Qué bueno volver a verte, Lucy. Aunque en estas circunstancias... No te preocupes, que te

vamos a solucionar el pastel, ¿verdad, mi Faiga? No es agradable esto de hacerse un aborto, pero ¡qué le vamos a hacer si no queda otra! Dos veces, dos, tuve que pasar yo por ello. Y salió bien todo, no te creas, pero se pasa mal. A las mujeres no nos gusta que nos metan cacharrillos metálicos por el coño, ni a las putas tampoco. Pero confía, *cuñaita*, confía. ¡Ay, Faiga! Que le he dicho *cuñaita*, ¡qué gracia!

Lucía solo pensó que la Cubana era una insustancial de tomo y lomo y que probablemente por eso solo había llegado a puta. Se mantuvo callada a la espera de respuestas concretas.

—Ya le he dicho a mi amor —siguió hablando la mulata mientras acariciaba amorosamente la mejilla de su compañera— que tu amiga puede venir aquí, le prestamos un cuarto. El doctorcito no pondrá pegas, que me conoce. De todo esto, ni una palabra a nadie, ¿entendido?

—¿Qué van a decir estas, por la cuenta que les trae! —respondió Irene.

—Ya, ya, eso ahora, pero un día les viene otra del pueblo con el mismo problema y me la traen también. Al final se monta aquí un dispensario y, claro, acabamos todas en la cárcel. ¡Y eso no, eso no! ¡Por mi mamacita que no!

Lucía miraba a la jefa del burdel absorta, incapaz de creer que se encontrara allí, negociando con una puta un aborto para una mujer que ni siquiera era su amiga. En contra de sus principios. Como pago por salvarle la vida.

—¿Y del precio?

—Hace seis meses me cobró más de cien pesetas por hacerle un aborto a una de mis chicas.

—¿Más de cien pesetas? ¡Jesús, María y José! ¡Eso es medio mes de sueldo!

—Pues es lo que hay, comadre. Cuéntaselo a tu amiga y nos mandas aviso.

—¿Cómo?

—Pues por teléfono. ¿No sabías que hemos puesto teléfono? Este es un burdel de mucho postín —dijo la Cubana—. Hablaremos en clave, no vaya a ser que la telefonista se cosque de todo. Si está de acuerdo tu amiga, dices: «¿Qué tal la Mari?», y si el médico está de acuerdo, yo te contesto: «Está bien, recuperada». Y si no hay trato con el doctorcito te contesto: «Sigue pachucha, la pobre». ¿Lo has entendido?

—Claro, no soy tonta.

—Pues eso. Y luego te digo: «El día tal, el que sea que el médico pueda venir, y la hora equis, pásate a visitar a la Mari». Así de fácil.

Lucía volvió a Ibaya hecha un manojo de nervios, mirando a todos lados, obsesionada con que la estaban vigilando y con un sentimiento de culpa inmenso.

ELVIRA

Diez días después de la visita de Lucía al burdel, Elvira salió de casa a las nueve y media de la mañana. Dejó hechas las camas y la comida, pasó el polvo a los muebles, barrió el piso y limpió las ventanas de la cocina. Necesitaba estar ocupada para que los remordimientos no desintegraran su decisión. Lo mismo que el fuego derrite el hierro volviéndolo incandescente, corría el riesgo de que su determinación acabase licuada entre las llamas abrasadoras de sus principios católicos. Durante toda la semana su cerebro trabajó con el mismo ímpetu que una lavadora en modo centrifugado: se devanó los sesos buscando la manera de hallar el dinero para pagar al médico y tuvo que construir una coartada que disculpase su ausencia durante horas.

Al final consiguió ciento veinte pesetas. Y para lograrlas cometió un pecado. Otro. El domingo fue a misa de doce y se adelantó a las beatas habituales para pasar la cesta por la bancada que ocupaban las mujeres. Pensó que la suerte la acompañaba. A la eucaristía se presentaron la esposa de don Evaristo, su madre y otras mujeres de la familia. Estas entregarían una buena propina para la parroquia. Mientras alargaba la canasta entre las feligresas, por el rabillo del ojo iba contando los emolumentos. Al pasar por la fila de las ricas damas las vio depositar, como si hubiesen fijado previamente el donativo, un billete de veinticinco pesetas cada una, cien pesetas en total. El resto de lo que entraba en la talega provocaba un ruido metálico al caer. Se trataba, sobre todo, de monedas pequeñas de aluminio de cinco o diez céntimos. Al terminar la colecta, un hombre, vestido como un sencillo trabajador, se le acercó desde el fondo y depositó, bien doblado, un billete de cincuenta. Un botín inesperado. Elvira pensó que debía dejar algunos billetes para no despertar sospechas y se guardó el que había dejado el desconocido: al no ser vecino de Ibayá y no ir vestido como un caballero, el cura, probablemente, no esperaría más papel que el de la familia Landry. Aun así, corría un riesgo: que el hombre fuese a alardear ante el párroco de su generosa dádiva, lo cual la pondría en un grave aprieto. Sin embargo, la imperiosa necesidad de recaudar la factura médica fue más fuerte. Y mientras ella se arrodillaba al fondo del pasillo central, aprovechando que en el momento de la consagración los feligreses cerraban los ojos y apoyaban la cara sobre sus manos, cogió las cincuenta pesetas y se las metió en el escote.

Sacó otras setenta pesetas con la vajilla de Sargadelos que le regaló doña Angustias y que guardaba sin estrenar en el armario alto de la alacena. Valía mucho más, pero no se lo pensó. En la operación apresurada tuvo la suerte de que Manuel no se encontrara en casa en el momento en que el comprador fue a llevarse el conjunto. Le dio pena desprenderse de ese lujo intocado, que no consiguió vender a nadie cuando la enfermedad de Manuela, aunque peor hubiera sido tener que empeñar el rosario de la niña.

Inventar una historia para ausentarse tantas horas de casa le costó más esfuerzo, sobre todo porque hasta que no tuvo el dinero en la mano se concentró únicamente en buscar vías de financiación. Después de la misa del domingo, que le valdría un nuevo pecado mortal, se puso a maquinar una patraña convincente. Finalmente se decidió por escribir una carta dirigida a sí misma, una invitación firmada por una de sus antiguas compañeras de trabajo de cuando la época de doña Angustias. Modificó su letra, añadió algunas faltas de ortografía y escribió los renglones algo torcidos, de forma que el conjunto resultaba convincente. Lo mismo que su perfecta interpretación.

—Mira lo que he encontrado en el buzón, ¿no te lo vas a creer! —le dijo a su marido mientras secaba los platos. Le entregó la hoja de papel.

—¿Y quién es Loreto?

—¡Anda este! No me digas que no te acuerdas de aquella muchacha de Extremadura que vino a trabajar a casa de doña Angustias el último año que yo estuve allí. —Manuel no se podía acordar, ya que la tal Loreto no existía.

—Pues no me acuerdo.

—Sí, hombre: una chica joven, que me volvía loca con su verborrea, que no sabía escribir, pero mira, parece que ha aprendido —siguió inventando Elvira.

—Ni idea.

—Hombre, creo que tú no llegaste a conocerla; era tan chica que no salía con nosotras.

—Parece que le ha ido bien. Casada con un viajante, ¿nada menos! ¿Vas a ir a verla?

—¡Qué va! Si encima la cita es por la mañana. Lo normal hubiera sido invitarnos a una merienda, pero ya ves, esa misma tarde salen para Burgos.

—Creo que deberías ir. A la muchacha parece que le hace ilusión verte, y podrás estar otra vez con tus antiguas compañeras.

—Es que no tengo ganas.

—Elvira, Elvira... —Manuel se acercó a su mujer y se apoyó en la encimera—. Te vendrá bien un poco de distracción, y ella se pondrá contenta. ¿Cómo habrá dado con nuestra dirección?

—¡Eso digo yo! —respondió Elvira sin saber cómo salir del atolladero—. Entonces, ¿crees que tengo que ir?

—Te pones de domingo, y el miércoles te presentas en la cafetería. Desayunarás bien, ya verás. Por lo que pone aquí, paga ella.

—Es que, si tuviera que pagar yo, no iba ni loca. —Se secó las manos con el delantal. Mirando a su marido añadió—: ¿Y si me pregunta por mis hijos?

—No tienes que contar nada que no quieras. Le dices que muy bien y la dejas hablar a ella.

Se inventó la coartada perfecta para ir a Bilbao un miércoles por la mañana, y si por alguna circunstancia se retrasaba, Manuel pensaría que el grupo de amigas se encontraba a gusto. Si en lugar de inventarse a Loreto hubiera usado el nombre de alguna de las viejas compañeras que conocía Manuel, existía la posibilidad, por muy remota que fuese, de que su marido acabara

topándose con ella y se descubriera el engaño. A la vuelta le diría que solo ella había acudido a la cita.

En cuanto se subió al tren, donde no encontró ningún asiento libre, el remordimiento regresó. Y para combatirlo se dijo a sí misma, una y otra vez, lo que venía diciéndose desde que tomó la decisión: que lo que llevaba en el vientre era solo un garbanzo. ¿Y qué es un garbanzo? «Todavía nada —se respondía—, nada de nada, casi una semilla, un pequeño bulto que ni siente ni padece, ni piensa ni toca, ni coge ni se mueve. Un garbanzo o una alubia son solo un proyecto, no un ser vivo y real, un garbanzo no tiene ojos, ni pestañas, ni sabe mirar. Si hubiera esperado más tiempo, entonces sí, entonces habría desarrollado brazos y manos, y cabeza, y sexo, pero no es el caso, porque se trata solo de un garbanzo. Una pieza extraña dentro de mi cuerpo, como quien tiene un diente de más, algo que se puede extirpar, como el apéndice, cosas del cuerpo humano carentes de vida. Lo mismo que me quito un grano de pus me quitan hoy este garbanzo, esta alubia tolosana, esta judía de León. No es un bebé, ni siquiera un feto, no debo darle ese nombre porque no lo es, porque si lo fuera estaría cometiendo un asesinato. A mí solo me van a quitar un garbanzo. Y ya está.»

Apoyada en la puerta del vagón, sudaba. Notaba que las gotas le asomaban por la frente y como una especie de torrente se deslizaban por el canalillo del pecho. Y eso que aquella mañana de miércoles de 1942 las altas temperaturas de primeros de mes habían caído en picado. El sol apabullante, que provocó más de una lipotimia a quien no supo guarecerse de su afilado cuchillo candente y que trajo aquella galerna inclemente, cedió al acoso de las nubes que se posaron sobre Ibaya y su comarca, dejando un velo de lluvia difuminada y pegajosa. El otoño se había adelantado. Los árboles, a causa del viento, se mostraban desnudos prematuramente, y las calles mojadas y el frío temprano aumentaban la sensación de miseria entre la gente y el infortunio de Elvira.

Por fin se bajó en Bilbao. Aunque de su brazo colgaba el único bolso que tenía, el dinero lo llevaba escondido en una faltriquera que se había cosido a la saya. Iba bien vestida: su mejor traje negro, falda con un poco de *godet* y chaqueta a la cadera. Un pañuelito morado protegía su escote de las miradas ajenas y licenciosas. Caminaba con prisa, a pesar de que tenía tiempo de sobra para llegar a la casa de la Cubana. Y a cada paso el garbanzo se le presentaba en su cabeza, a veces con ojos, a veces mirándola. Y ella hacía un esfuerzo y le decía: «Cállate, garbanzo del demonio, que no eres más que un bultito que me ha salido. No me voy a echar atrás».

Conseguir organizarlo todo les había supuesto a ambas un suplicio. No solo tuvo que robar en misa y engañar a su marido con la historia de la tal Loreto, sino que debieron maquinar encuentros entre ellas sin despertar sospechas. Lucía cruzó el bote a la otra margen de la ría para hacer la llamada de teléfono. Nunca hasta entonces había necesitado utilizar el aparato para dar un recado, y seguramente la operadora de la central que estaba junto al ayuntamiento de Ibaya enseguida le iría con el cuento a alguien. No quería tener que inventarse algo en el caso de que Carmelo le preguntara. Era mejor hacer la llamada al burdel desde un establecimiento donde la telefonista no

la conociera ni de vista. Luego tuvo que llegar hasta Elvira para darle las instrucciones. No quiso utilizar a su hija Teresita, la habitual correveidile de su madre en su extraña relación con la sastra: se estaba haciendo mayor y muy preguntona. Prefirió presentarse ella misma en su casa. Le abrió Manuel. Lucía pensó que era un mal presagio.

—Buenas tardes. ¿Está su mujer? —preguntó con total naturalidad, aunque se notaba nerviosa.

—Pase, pase, está arriba.

Lucía atravesó el taller y se encontró con Elvira en la cocina.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó Elvira entre el asombro y el enfado.

—Darte instrucciones. —El tuteo se había instalado definitivamente en sus conversaciones privadas. El asunto era demasiado sucio como para andarse con remilgos.

—Y cuando me pregunte mi marido, ¿a qué le digo que has venido?

—Eso tú sabrás. Yo bastante tengo con lo que me ha tocado.

—Está bien. —Elvira se dio cuenta de que su vecina seguía rabiosa por formar parte de aquello.

—Te lo traigo escrito. Luego, si quieres, te comes el papel. —Mientras Elvira leía rápidamente las instrucciones, Lucía le dijo—: Nos vemos en la estación, pero en la de Bilbao. Yo cogeré el tren anterior.

—De eso nada —respondió Elvira—. Voy sola —dijo de una manera tan cortante y autoritaria que Lucía se dio por vencida.

—Bueno, pues nada, que vaya todo bien. —Se dirigió a la escalera. Antes de iniciar el descenso, añadió con una mirada triste—: Estás a tiempo de echarte atrás. Hasta el último minuto puedes desdecirte.

Elvira se metió para dentro y resopló con fuerza.

No entendía cómo se había dejado el paraguas en casa. La llovizna caía con más intensidad; empezó a notar que su pelo se mojaba. Así que extrajo de su bolso un pañuelo y se cubrió la cabeza. Aceleró el paso, tratando de cobijarse bajo aleros y balcones, cruzó el puente de San Antón y pronto vio el bar La Habana. Siguiendo las indicaciones de Lucía, giró hacia la callejuela lateral. Supo que había acertado. En un portal, apoyada contra la puerta, tratando de esquivar el incómodo sirimiri, se hallaba su vecina de Ibayá. ¿No le había dicho con claridad que no viniera? ¡Entrometida mujer del demonio!

—¿Qué haces aquí? —le preguntó arisca mientras giraba el pomo de bronce con decisión.

—Acompañarte. ¿O creías que te iba a dejar sola en este trance? —Elvira no respondió—. El médico dijo que era mejor que alguien te acompañase.

—¿Y tú eres de las que siempre hace caso a los médicos?

—Eso depende. Este me metió miedo, ya ves. Cuando llamé para decir que vendrías sola, la Cubana me explicó que el doctor había insistido en que vinieras acompañada, que en el viaje de vuelta puedes marearte, y que, si eso pasa estando sola, lo lógico es que la gente te mande al hospital o al Cuarto de Socorro, y entonces se descubre el asunto, seguro. Y que no está dispuesto

a asumir más riesgos de los necesarios, y mucho menos por una cabezonería. Que si te mareas, pero vas conmigo, la gente no tendrá la tentación de llamar a nadie. Todo esto lo tuve que traducir de un lenguaje en clave. Cualquiera día me apunto a espía.

—Yo subo. ¿Te quedas aquí abajo?

—¡Qué dices! Si me estoy calando.

Nada de lo que le había dicho era verdad. Ciertamente el médico prefería que sus pacientes fueran en compañía de alguien de confianza, pero tampoco iba a ser la primera vez que practicaba un aborto a una mujer completamente sola. Lucía se encontraba allí porque en su conciencia no había otra cosa. Por mucho que estuviese en contra de la decisión de su vecina y por mucho que fuera pecado, abandonarla a su suerte le habría parecido una traición y un acto vergonzoso. La mujer ni siquiera le había dado las gracias, pero quería creer que en el fondo se alegraba de verla. Mientras ascendían por las escaleras se atrevió a preguntar por última vez.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—¡Qué cruz de mujer! Que sí, que voy a quitarme un garbanzo.

Era la primera vez que Lucía escuchaba esa comparación entre el ser incipiente que una mujer guarda en sus entrañas y la legumbre redonda y rugosa. Y, curiosamente, la imagen la reconfortó. Pensar en el minúsculo tamaño del embrión como si de un garbanzo se tratase dulcificó lo que para ella constituía, más que un pecado, un acto inhumano a los ojos de cualquiera. Hasta que Elvira le habló del garbanzo, Lucía siempre recreó la imagen de un ser minúsculo, pero completamente formado, con sus deditos, sus manitas, sus ojillos de pez, su cabecita pelona y sus orejillas, todo en miniatura. La idea del garbanzo la salvaba de sí misma. Golpearon la aldaba. La hermanastra las hizo pasar.

—El doctor está en la cocina, lavándose las manos. Me ha dicho que usted se vaya desnudando de cintura para abajo. Lucía, tú espera aquí. —Sin detenerse, invitó a Elvira a seguirla por el pasillo y la llevó a una habitación. En el camino se cruzaron con la mulata, quien al ver a la paciente la saludó.

—Muy buenas, yo soy la Cubana. Tómalo con tranquilidad, cielito, que estás en muy buenas manos con el doctorcito.

Elvira recordó que llevaba las más de cien pesetas cosidas a la saya.

—¿A quién tengo que entregarle el dinero?

—Ya pasará yo más tarde, cuando el doctor termine lo suyo —respondió la Cubana.

Elvira entró en la habitación, cuya única ventana daba a un patio interior, donde la ropa colgaba de las fachadas, mojándose sin remedio. Antes de que llegara el médico con sus bártulos, Irene le explicó lo que debía hacer y luego la dejó sola. Asomó la cabeza a través del visillo y vio cómo las mujeres de los pisos colindantes se afanaban por retirar la colada, gritándose las unas a las otras. Le hubiera gustado levantar la hoja para que entrara un poco de aire, pero pensó que era preferible mantenerla cerrada por si se le escapaba algún grito de dolor. Temblaba de miedo. No se fiaba del médico, al que ni siquiera conocía, y temía que algo saliese mal o que llegase a casa

chorreando sangre. ¿Y si Manuel tenía que llevarla al hospital por una hemorragia? ¿Qué sería de su familia? Ella iría a la cárcel, y ellos se morirían de vergüenza. Eso no podía ocurrir, pero invocar a Dios para que lo evitase significaba duplicar el pecado que estaba dispuesta a cometer. «Es solo un garbanzo, no te engañes; un garbanzo no tiene ojos, ni manos, ni siente, ni padece.» Se quitó la falda, la saya, las medias y las bragas; dejó el dinero escondido bajo la ropa; se tumbó sobre la sábana inmaculada de la cama y se tapó de cintura para abajo con otra tela de algodón. Asustada, frágil, apoyó la cabeza sobre unos almohadones y observó la estancia. No parecía el cuarto de una puta. No había cuadros de mujeres desnudas ni escenas de orgías, sino un crucifijo sobre el cabecero. La ropa de cama era sencilla, sin brillos ni sedas frías, ni siquiera se veía un aguamanil para las abluciones previas y posteriores al amancebamiento. «Decididamente —pensó Elvira—, en esta cama las prostitutas no trabajan.» Ese sencillo pensamiento la tranquilizó un poco.

Sentada en el mismo sitio de las visitas anteriores, Lucía se notaba nerviosa. Aquello tenía que salir bien. De complicarse, podría acabar en prisión, y, desde luego, ese destino no entraba en sus planes. Mucho menos sentirse responsable de la muerte de una vecina en un burdel de las Cortes. Por una puerta apareció el médico. Lucía lo había imaginado mucho mayor. Apenas era un muchacho. Delgado y desgarbado, desde luego era más joven que ella. Sin embargo, cuando se saludaron y vio mejor su rostro, pudo reconocer el cansancio y la derrota marcados en su cara, la ausencia de ilusión que irradiaban sus apagados ojos, la vejez prematura de su piel ajada. Aunque seguramente no pasaría de los treinta y cinco años. «Otra víctima —pensó Lucía—, otra víctima de esta España mojigata y acojonada.» Ella sabía que el médico había perdido su licencia por haber luchado en el bando republicano, pero aquel rostro cargado de sufrimiento le hablaba de otras penas.

—Buenos días, es hora de empezar, así que voy con la paciente. No tardaremos mucho. —Dirigiéndose a Lucía expresamente añadió—: Cuando termine, le daré algunas indicaciones a usted.

—¿Puedo entrar? —preguntó poniéndose de pie.

—Yo ayudaré al doctor —respondió Irene—. Tú mejor te quedas aquí con Belinda.

Cuando el médico entró, Elvira cerró los ojos con fuerza y ya no los volvió a abrir hasta que todo hubo acabado, como si al abandonar el sentido de la vista lo sucedido fuese a quedar en el limbo de los sueños, en los mapas de lo imaginado. No quería ver nada para no recordar, no deseaba percibir la mirada del doctor haciendo su trabajo, ni sus gestos, ni su pericia. Tampoco quería guardar en su nave de recuerdos las expresiones y las muecas de Irene a lo largo de la intervención. Mucho menos, la sangre. «Solo es un garbanzo, y este hombre me lo va a sacar. Un garbanzo amarillo y arrugado, inerte, que no siente ni padece. Y este médico lo va a extirpar. Me voy a casa sin garbanzo, lo dejo aquí. ¿Para qué quiero yo un garbanzo?» El médico le dio un jarabe. Enseguida se adormeció, aunque no pudo evitar ser consciente del momento en que este le dobló las piernas y se las abrió. Entonces le introdujo algo frío. Sintió dolor y un hilo de sangre

que le bajaba por la pierna. «Es un garbanzo y ni siente ni padece, es solo una legumbre amarilla y arrugada.» De lejos, escuchó una voz masculina:

—Ya está, ha sido limpio. Que duerma un rato.

En la sala, Belinda y Lucía esperaban. La dueña del local se levantó y fue hacia el aparador para servir un par de copitas de quina San Clemente, un vino dulce y empalagoso que, según decían, abría el apetito. Sin embargo, a la hija de Tasio Elejalde ese día no le iba a entrar un trozo de pan. Miró a la amante de su hermanastra mientras esta se movía. Pensó que tenía un culo gordo y salido y que no le veía el atractivo por ningún lado. Tal vez, de joven, su piel oscura y brillante, su acento cantarín y su desbordante sensualidad habrían resultado atractivos, pero ahora le sobraban carnes y le faltaban dos dientes. ¿Qué habría visto su hermana en ella? Dulzura, probablemente, pensó. Si algo tenía la Cubana era una sonrisa amable y una mirada limpia. Aunque a la legua se viese que era puta.

—¡Carajo! —exclamó Belinda—. Debo ir a la cocina, que aquí no me queda más que un culín. Con esto no nos llega ni para una chupada.

Cuando Lucía se quedó sola, percibió la escena como algo completamente ajeno. Todo le resultó irreal, fuera de contexto, una extraña pausa en su vida, un episodio desligado de su rutina que ni ella misma acababa de aceptar como propio. ¿Qué hacía ella en un piso de ramerías esperando una copa de quina y hablando con una fulana que encima era negra y estaba ennoviada con su hermanastra? ¿En qué cabeza cabía que una simple ama de casa, que no había hecho otra cosa que criar hijos, limpiar y fregar y acudir a misa y al rosario, estuviera sentada en un sofá espantoso, donde probablemente la noche anterior algunos hombres habrían retozado con jóvenes de la vida por unos cuantos duros? Le parecía increíble, fruto de alguna enferma fantasía, verse allí sentada, como si estuviera de visita, y que a pocos metros, encerrada en la habitación de un burdel, su vecina, a quien ni siquiera podía considerar su amiga, estuviera abortando a manos de un matasanos sin licencia. Era un gran paréntesis en su existencia, una mañana que no le pertenecía, sin sentido en el guion de su biografía, un absurdo en un mundo de reglas impuestas y de principios establecidos. ¿Cómo iba a recordar ese episodio, que era como una chirriante y dramática nota al margen en el cuaderno de su vulgar historia? ¿Cómo hacerlo encajar en el rompecabezas de su semblanza? Los nervios la atenazaban y la llevaban a observarse a sí misma desde fuera, como si estuviese en el patio de butacas de un cine y una actriz, de similar aspecto al de ella, estuviese interpretando un papel en una tragedia griega. No era ella; la mujer sentada en el sofá no podía ser ella. La planta había sido extraída del tiesto y se ahogaba fuera de su tierra abonada. La realidad, por muy estrafalaria que fuese, regresó de la mano de Belinda cuando le dio el vino. Aunque Lucía nunca bebía, cogió agradecida la bonita copa de cristal tallado. Necesitaba un reconstituyente, algo que aflojara su rigidez, e imaginó que el brebaje le haría bien. Muchas mujeres lo tomaban para los nervios. Comenzaron a hablar para restar tensión al momento.

—Pobre hombre, tanto estudiar para que luego no le dejen ejercer. Se le ve que ha sufrido —dijo Lucía refiriéndose al doctor—. Y solo por ser republicano. ¡Hay que ver! Ni que sobran

médicos en este país.

—Ay, *mijita*, además de republicano este escribió mucho, y eso fue lo que no les gustó a los de Franco.

—¿De política?

—¡Qué va! Este escribió en revistas de ciencia.

—¿De ciencia? —Qué tendría que ver la ciencia con el régimen, pensó Lucía.

—Es que en esas revistas hablaba del aborto, y decía que tenía que ser legal. Y de más cosas. Mira tú, defendía a las putas, decía que nos tenían que asegurar y hacernos revisiones médicas, y hasta legalizar el negocio. Por motivos de salud, no te creas, que él putero no era, pero hijo de puta como el que más.

—¡Jesús! No hable así, por Dios.

—No te asustes, mi reina. ¡Mira que eres fina! Que lo que te digo es verdad, tan cierto como que me llamo Belinda. El doctorcito es un hijo de puta real, o sea, que su madre se dedicó a chupar pollas para pagarle la carrera.

Lucía se incomodó por el vocabulario soez que usaba la Cubana. Siguió escuchando el relato.

—Maika la decían, pero en realidad se llamaba Sagrario. Una chica de Murcia a la que preñaron en el viaje cuando se venía para acá en un tren de mercancías. Era linda la muchacha. Como en su estado nadie le dio trabajo, se metió a puta. Yo la conocí cuando este tenía ya los cinco años, y ella su propio burdel. Nada más nacer el crío, ella se lio con un chulo que regentaba un piso allí, en la parte alta. La mujer tuvo suerte porque lo mataron en una pelea. Entonces la Maika se quedó con el negocio. Así pudo mandar al crío a hacer el bachillerato en un internado de Salamanca. Recuerdo que, alguna vez que fue a visitarlo, la muy golfa se vestía como una señora.

—¿Y qué hizo él cuando se enteró de la profesión de su madre?

—¡Si siempre lo supo! Entre putas se pasó la infancia. Quería mucho a su mamá. Y como se crio donde se crio, cuando se hizo médico se desvivió por ayudar a todas las putas del barrio. Menos mal que la madre murió en la guerra, que si lo viera ahora...

—¿Y vive de esto? —siguió Lucía preguntando; mientras conversaba no pensaba ni en garbanzos ni en bebés.

—¿El doctorcito? No, lucero. Trabaja de camarero por las tardes, con pajarita y todo. Pero de vez en cuando, y solo a gente de confianza, hace estos trabajitos. Nunca lo han pillado. ¿Y sabes qué? A veces pienso que la policía se lo huele todo, pero que hace la vista gorda porque les viene bien. ¿Pa qué quiere el régimen más hijos de puta?

Las dos miraron hacia el pasillo. Seguía vacío. Ambas estaban preocupadas, pero simulaban una naturalidad imposible en esas circunstancias. La mujer de Carmelo pensó que la tal Belinda estaría inquieta por si la cosa se complicaba y su antro se veía involucrado en un delito de esa magnitud. Podría significar el cierre. La Cubana retomó la charla.

—¿Te contó Irene nuestro proyecto? ¡Cada vez que pienso en este asunto, hasta las bragas se me mojan de felicidad! Mira que es lista tu hermana, más que un lince. —A Lucía nunca se le

hubiera ocurrido pensar que la hija de Casilda fuera lista. Escuchó con más atención, movida por la curiosidad, pero incómoda por el lenguaje barriobajero—. Vamos a abrir un cabaret. Te cuento el plan: verás como te vas a entusiasmar. Pues resulta que venden el local que está junto a nuestro bar. Y a buen precio. Lo compramos, lo unimos a la taberna y ponemos un cabaret, como en París, *mijita*, con escenario, y bailarinas, y un piano, y hasta una orquesta. Ya lo estoy viendo. —La Cubana puso los ojos en blanco y elevó los brazos como un predicador en trance—. Todo de terciopelo rojo, que da mucho empaque, y unas lámparas doradas o de cristal, como las de un palacio, y moqueta en el suelo, también roja, y cuadros muy grandes, de mujeres bellas. —Tras la descripción bajó a tierra y miró como una niña a su interlocutora—. ¿A que es una idea grande? «Habana Cabaret» lo llamaremos, *rechulo*, ¿eh?

—Pero eso costará mucho dinero —objetó Lucía.

—Un potosí, eso cuesta, un ojo de la cara, *pa* que tú me entiendas.

—¿Y cómo lo vais a pagar?

La Cubana soltó una sonora carcajada y escupió saliva sin querer.

—Tu hermana y yo somos como hormiguitas. Hemos ahorrado, y lo que nos falta nos lo presta el banco.

—¿Y os darán el crédito? —Lucía no salía de su asombro. Sin duda estaba aprendiendo mucho en ese paréntesis de su vida.

—¡Eso está garantizado! Uno de nuestros clientes habituales es director de una sucursal y anda encaprichado con la Conchi. ¡Y eso que él es un caballero, y ella una deslenguada! Son cosas que no se entienden. Y por la cuenta que le trae, nos dará el parné. ¡No ves que está casado!

—¿Vais a hacerle chantaje?

—¡Ni falta que hace! Mira, *cuñaita*, esto funciona así: hay como un pacto, sin palabras y sin papeles. Nosotras lo tratamos bien, y él nos trata bien a nosotras. Y así él viene por aquí tranquilo, se desfoga como macho, hace lo que no se atreve a hacerle a su santa esposa, y aquí paz y después gloria.

En ese momento, el doctor e Irene aparecieron por el pasillo. Lucía se levantó de un brinco y se dio cuenta de que tenía las manos húmedas y la cabeza abotargada. Con tanta conversación su cerebro parecía un panal de abejas zumbonas. Las palabras del médico la obligaron a volver en sí.

—La paciente está bien. Todo ha salido según lo previsto. Ahora debe dormir un par de horas. Entren de vez en cuando para ver si sangra. Para mediodía podrá volver a casa.

—¿Y si le pasa algo? —preguntó Lucía asustada.

—Tengo que ir a atender otro caso. Espero regresar dentro de dos o tres horas. No se marchen hasta que vuelva a examinarla.

—Entonces recibirá lo acordado —añadió la Cubana.

—Eso es. Voy a lavarme a la cocina.

Cuando el médico se fue, las tres mujeres se quedaron de pie en el salón, sin saber muy bien

cómo llenar el prolongado tiempo de espera.

—¿Nos tomamos otra copita? —preguntó Belinda.

—Yo prefiero ir a la habitación para estar con Elvira —respondió Lucía.

—Está bien, te acompaño —accedió su hermanastra—. Así nosotras podremos trajinar un poco en la cocina y organizar el día.

Al igual que a Elvira, a Lucía le sorprendió la decoración austera del cuarto y sintió cierto alivio al encontrarse en una estancia limpia, alejada de los tonos chillones y los motivos propios de un lupanar. Corrió un poco la cortina para curiosear y vio a algunas mujeres tras los cristales de las ventanas de los pisos cercanos, unas cocinando, dos en animada charla de balcón a balcón. Le pareció un lugar triste, sin vistas a la calle, un patio interior que a duras penas recibía la luz del sol en una mañana gris y húmeda. Le molestó la suciedad del suelo común, donde los papeles mojados se apilaban por efecto del viento en las esquinas sobre un terrazo viejo, oscurecido por el hollín acumulado.

Se sentó en un sillón orejero de cretona junto a la ventana. Con su bolso en el regazo observó a la mujer que dormía plácidamente boca arriba, el gesto sereno, el cuerpo relajado, la respiración acompasada. Sintió lástima por ella. ¿Qué terrible angustia habría desesperado a Elvira para decidir pasar ese trance? Le había confesado con una escueta pero contundente frase el motivo del aborto: «Se me ha congelado el corazón, no lo quiero», eso le había dicho, y desde entonces trataba de imaginar el sufrimiento, el agujero negro, la pesadilla que escondían las palabras de quien un día fue su salvadora.

Como estaba cansada, apoyó la cabeza en una de las orejas del sofá; luego cerró los ojos tratando de encontrar una calma que no llegaba. Durante un rato pensó en la extraña relación que mantenía con la mujer del sastre, que no era su amiga ni lo sería nunca, y no solo porque Elvira se hubiera negado a estrechar lazos y confianzas femeninas, sino porque sus caracteres resultaban irreconciliables. Y sin embargo estaba unida a ella más que a cualquier otra mujer. No habían pasado juntas más que momentos puntuales de su vida, muy espaciados en el tiempo, pero habían sido instantes tan decisivos que ambas biografías estaban ensambladas, de manera que la vida de la una no podría comprenderse ya sin el influjo de la otra. Primero, lo ocurrido en el lavadero; después, las conversaciones clandestinas para encarar el asunto; más tarde, el encuentro inesperado con la italiana; durante unos meses, la ayuda secreta que prestó a la familia del sastre cuando Manuela cayó enferma. Y ahora esto. El drama, el sufrimiento y el dolor constituían sus puntos de conexión. Nunca la alegría, ni la fiesta, ni la broma, ni la celebración. Una extraña relación donde imperaba el negro del miedo, de la duda, de la desconfianza, del ocultamiento. Y a pesar de que la desgracia las hubiese unido, esa misma desgracia les vetaba la posibilidad de conocerse plenamente. ¿De qué habían hablado a lo largo de los años? De nada más que no fuera la razón de su común infortunio. Por eso, en realidad, no sabían nada la una de la otra, y a la vez sabían más que cualquiera. Con estos pensamientos, sin pretenderlo, se quedó dormida.

Una hora más tarde, Elvira abrió los ojos. Como cada vez que se despertaba, lo primero que

vio fue la cara de su hija Manuela. El rostro se desvaneció enseguida para recordarle que la niña estaba muerta, para que de nuevo regresara una sensación de insondable vacío, una presión aguda en su pecho, un calor sofocante en la garganta. En una especie de ritual aprendido, en lo que ella llamaba el «protocolo de la compostura», cerró con fuerza los párpados, respiró profundamente y los volvió a abrir. Se fijó en Lucía. Pensó que le estaba robando un momento de intimidad. Su vecina estaba dormida y, aunque no podía acceder a sus sueños, le pareció que observándola invadía una parcela muy privada de su vida. Apartó la vista y pidió perdón por lo que había hecho. No se dirigió a Dios, sino a Manuela, quien en sueños le había recriminado el aborto, su incapacidad para amar a otros seres, el blindaje de su corazón, su negativa a recibir nuevos afectos. Cumplir con los que ya tenía le suponía un esfuerzo titánico.

Lucía se despertó. Al ver a su vecina con los ojos abiertos se enderezó en el sillón.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, dormir me ha sentado muy bien. —Empezó a incorporarse—. Podemos marcharnos ya.

—Aún no. Ha dicho el médico que esperemos su regreso, que quiere echar un último vistazo para asegurarse de que todo va como Dios manda.

—¿Y cuánto tardará?

—Por lo que ha dicho —respondió Lucía mirando su reloj de pulsera—, en menos de una hora estará aquí.

—¿Y qué hora es?

—La una. Yo creo que para las dos y media estaremos en Ibaya.

Durante unos minutos guardaron silencio, sobrecogidas por la penumbra de la habitación y la experiencia vivida. Sentada en la cama y con la espalda apoyada en varios almohadones, Elvira miró fijamente a Lucía.

—He soñado con Manuela. No es ninguna novedad: sueño con ella cada día. Pero hoy ha sido distinto. —Lucía la miró expectante—. Estábamos en el muelle de Santurce, abarrotado de gente. El buque La Habana estaba atracado. Por la pasarela iban subiendo los niños; miles de niños, no paraban de subir niños al barco. Vi claramente cómo subían los críos de Felisa y me decían adiós con sus manitas. Entonces Manuela salía corriendo y también subía a bordo. Yo trataba de llegar hasta ella y le gritaba que volviera, pero la gente no me dejaba avanzar y el barco zarpaba.

—Es un sueño triste —dijo Lucía.

—Pienso mucho en esos críos, ¿sabes? —Lucía no sabía de quiénes hablaba—. Su madre me pidió que los llevara a la evacuación. Están en Rusia y no les dejan volver. La madre está desesperada, como yo. Pero ella al menos puede vivir con la esperanza de verlos otra vez, aunque hayan crecido mucho.

Lucía no sabía qué decir y prefirió mantenerse en silencio. Estaba segura de que Elvira no buscaba palabras de consuelo, sino un particular desahogo. Su narración era más bien un monólogo; pronunciar en voz alta el nombre de Manuela parecía reconfortarla. No hubo tiempo

para más confidencias. La conversación no pudo proseguir. El doctor adelantó su visita, examinó a su paciente y le dio el alta.

Salieron a la calle. Caminaron lentamente bajo el paraguas de Lucía hacia la estación del tren. Cuando llegaron a la calle Somera dejó de llover. Durante el trayecto no hablaron de sueños, ni de lavaderos, ni de buques de evacuación, ni de hijos muertos, ni de pequeños garbanzos arrugados sin brazos. Estaban agotadas, abatidas, y solo hablaron de cómo llegar a Ibayá sin despertar sospechas.

Acordaron ir juntas hasta la estación y, una vez allí, viajar en el mismo vagón, en asientos separados. Lucía no quería perder de vista a Elvira, no fuera a marearse. Conversaban sobre ello en una de las calles comerciales del casco viejo cuando escucharon una voz femenina:

—¡Lucía, Lucía, espera!

No les dio tiempo a reaccionar. Renata abrazó a Lucía como si fuera su hermana. Esta se puso rígida. Elvira miraba la escena con asombro.

—¡Vaya, qué casualidad! Mi amiga Lucía y la sastra que me hizo el traje de novia. Elvira, ¿verdad? —Con un simple gesto de cabeza, Elvira asintió—. Os he visto desde el estanco — señaló hacia un escaparate—, y me he dicho: ¡tengo que saludarlas!

—Tenemos que coger el tren. Me he encontrado con esta vecina por casualidad. Las dos volvemos para Ibayá.

—Bueno, bueno, no os entretengo. Pero os voy a dar una noticia. ¡Es que estoy tan contenta! ¡Estoy embarazada!

—Enhorabuena —dijeron las dos al unísono con el semblante serio.

—Paúl está como loco. Dile a Carmelo que lo tenemos que celebrar.

—Se lo diré, descuida.

Las dos mujeres retomaron su camino. Volvía a lloviznar. Elvira no pudo contenerse:

—¿Sois muy amigas, verdad?

—No te equivoques, Elvira, nuestros maridos son muy amigos. Yo no puedo ni verla.

—¿Una broma del destino?

—Eso parece.

Las dos continuaron en silencio y las dos pensaron lo mismo: Elvira acababa de deshacerse de su garbanzo y la italiana recibía al suyo con alborozo.

Noviembre de 1953

ELVIRA

Encima del traje de madrina llevaba puesto el delantal. El vestido se lo había confeccionado Manuel. Muy sobrio, a su gusto, sacado de una bonita pieza de lana de bastante calidad. Teniendo en cuenta que diciembre estaba a la vuelta de la esquina, resultaba imprescindible llevar ropa abrigada. Cuando se quitara el mandil se pondría un abrigo recto, de paño negro, que contrastaría con el gris marengo del vestido. Como adornos solo se pondría una medalla de la Virgen de Begoña, su alianza de oro y el reloj que le regaló su marido por el día de su cumpleaños. Como si cumplir cincuenta y un años fuese motivo de celebración. Ni pendientes, ni pulseras, ni broches. No le gustaba la ostentación, deploraba los brillos de las piezas de joyería, y tampoco las poseía, aunque ahora pudiera permitírselo si no le importara pagar a plazos.

Habían superado los tiempos del hambre y la miseria. El racionamiento terminó, por fin, un año antes, y sintió como un acto de liberación el momento en que guardó la cartilla oficial en el cofre de las cosas inservibles. No eran ricos. Trabajaban con denuedo. Pedían permiso al cura para faenar los domingos, y este les dejaba hacer en función de su humor. Al compás del crecimiento económico e industrial de la zona consiguieron muchos y buenos clientes y, siguiendo su criterio de mujer práctica, se centraron exclusivamente en la ropa de trabajo y en los uniformes. Esos sueños locos de Manuel por la sastrería a medida quedaron olvidados y reservados para casos muy puntuales, como el traje de novia de Teresa o la ropa de fiesta para los de casa. El negocio ya era de su propiedad. El director del banco de Ibayá trataba a Manuel con respeto y deferencia. Sin embargo, ella siempre le advertía de que no se fiara, insistía en que debía velar por sus intereses, como hacía el banquero, que Ruiz no le iba a regalar nada y que se leyera el papeleo dos o tres veces, no fuera a engañarle. Elvira seguía encargándose de las cuentas del taller y tomaba decisiones sobre inversiones, precios y clientes, pero prefería que de las visitas al banco se encargara Manuel para hacer ver al mundo que era él quien llevaba la batuta. Tampoco hubiera servido de nada que ella se ocupara de los asuntos con Ruiz. Como mujer no tenía derecho a firmar nada y para todo le exigían la autorización de su marido. Eso la sacaba de sus casillas: no se acostumbraba a ser ciudadana de segunda clase. ¿Dónde estaba escrito que un varón, por el simple hecho de tener algo distinto en la entepierna, fuera más listo, más avezado en los negocios que una mujer? En esa sociedad que primaba al sexo masculino aprendió a andar con pies de plomo. Por eso dejaba que Manuel fuese solo al banco. Ya se encargaba ella, a su regreso, de revisar lo acordado y, en su caso, convencer a su marido de que debía volver a la entidad para renegociar créditos y pagos. Lo hacía con inteligencia, sin levantar la voz, sin llamarle la atención, como si él mismo hubiese descubierto los flecos que era necesario corregir.

—Ya sabes que cuando estás en casa lo ves todo de otra manera. Será que estás más tranquilo o que al explicármelo a mí se te aclaran las cosas.

Creía que, como el resto de los hombres, Manuel se sentiría humillado si alguien le quitaba la venda de los ojos y se topaba de bruces con la realidad de que él no era más que un sastre, un buen sastre que sabía organizar la parte de la producción, pero que desconocía el arte de contar y descontar, de hacer malabarismos para sacar un porcentaje mayor en cada pieza, de riesgos y acuerdos de pagos, de exigir cobros y de llevar la contabilidad. Elvira aprendió por instinto la destreza de hacer ver que aquello de lo que ella se ocupaba consistía únicamente en seguir sus órdenes y que las ideas innovadoras y el grueso del negocio eran cosa de Manuel. Lo que desde luego no imaginaba era que su marido era muy consciente de ese reparto de papeles, de que representaba un rol, el que se esperaba de él: el de quien lleva los pantalones. A ella poco le importaba el reconocimiento a su dedicación, solo aspiraba a no volver a ver los platos de su mesa casi vacíos, ni los zapatos de sus hijos llenos de agujeros.

Juntos lo estaban consiguiendo. Tras salir del colegio a los doce años, Alberto, Javier e Ignacio se sumaron al trabajo, primero como aprendices, para ir desempeñando, poco a poco, tareas de mayor responsabilidad. En los últimos meses le preocupaba el benjamín, quien, habiendo heredado las veleidades artísticas de su progenitor, hablaba de marcharse a Bilbao a montar una sastrería a medida especializada en señoras. La cuestión, todavía sin resolverse, estaba provocando enfrentamientos en el matrimonio. Manuel veía con buenos ojos la iniciativa, pero consideraba que a Ignacio todavía le quedaba mucho por aprender. En cambio, Elvira creía que era una locura abandonar un puesto seguro para lanzarse en soledad a un mundillo tan competitivo, menos aún cuando pretendía iniciar la aventura sin un nombre que lo respaldase. ¿Cuántos profesionales de prestigio, con muchos años a las espaldas, tenían sus sastrerías afincadas en la villa? Demasiados, argumentaba ella. ¿Y quién le va a dar a este, que no tiene ni apellido, ni relaciones, ni experiencia, un encargo? Manuel entonces le daba la razón, pero dejaba una puerta abierta al futuro y, mientras se esforzaba por enseñar a su hijo todo lo que él sabía, en secreto buscaba una buena sastrería donde colocarle para que aprendiera de un verdadero maestro.

Se puso a fregar los cacharros del desayuno. En la habitación aneja, en mitad de un jolgorio de hombres, Manuel ayudaba a sus hijos a anudarse la corbata. «¡Menudo jaleo por una boda!», pensaba ella. No estaba nerviosa ni tenía prisa. Las bodas no le gustaban, mucho menos la de su hijo, que había escogido a la novia más inapropiada, una muchacha que se creía la reina de Saba y que aspiraba a un banquete por todo lo alto. Menos mal que el padre de Teresa iba a correr con los gastos. Aun así, Elvira habría preferido una celebración más íntima, sin tíos, ni primos, ni amigos; habría bastado una sencilla merienda. Pero no, la moda imponía celebraciones con vino y grandes comilonas, como si las nuevas generaciones quisieran resarcirse de los terribles años del hambre. Algunas parejas hasta se iban de luna de miel. Su hijo y su futura nuera viajarían a San Sebastián. Eso sí lo pagaban los sastres.

No le hacía ninguna ilusión acompañar a Alberto hasta el altar y pasarse toda la misa sentada a su lado como un pasmarote, con todos los ojos de los invitados puestos en ella; observarían su vestido, lo criticarían, la mirarían de arriba abajo y la compararían con la madre de la novia, que sería la más guapa de la fiesta. Aunque, para marido guapo, el suyo, porque el pobre padrino era un hombre simpático, pero bajito y gordo. Esas comparaciones tampoco le importaban mucho. Solo quería pasar el trago, cumplir su función dignamente y quedar enseguida a la sombra. Lo cual, por otra parte, le iba a resultar difícil. Durante el banquete ocuparía una silla en la mesa presidencial, entre su hijo y su marido, así que de nuevo las miradas volverían a fijarse en ella cuando mordiera la carne o untara la mayonesa. Estaba claro que no iba a poder comer tranquila. Lo único que deseaba era que el festejo terminase cuanto antes, aunque, tal y como lo habían organizado los novios, la cosa iría para largo: según le habían contado, habría baile.

Manuel estaba encantado. Se le veía feliz, y le gustaba Teresa. No era mala chica, meditaba Elvira, pero no dejaba de ser la hija de Lucía. ¿Cómo no intuyó que esa amistad surgida en la infancia a fuerza de usar a los chiquillos como correos acabaría en un noviazgo? Si lo hubiera adivinado habría tratado de ponerle trabas, de impedir que el amor de niños creciera y madurara, ya que lo último que deseaba era convertirse en consuegra de la mujer que conocía sus secretos más íntimos. No sospechó nada, porque cuando Alberto y Teresa crecieron dejaron de verse unos años. No tenía ni idea de cuándo se produjo el reencuentro. De todos modos, de nada servía lamentarse: el asunto no tenía remedio. Si Lucía pensaba que por ese desafortunado enlace empezarían a congeniar, es que todavía no la conocía. Estaba decidida a que su relación con la familia Gómez Elejalde se limitara a saludarse cordialmente en la calle y a verse en las fiestas de cumpleaños, bautizos y comuniones de los nietos. Hasta que estos llegaran al mundo, su trato con la suegra de Alberto acababa ese mismo día.

No guardaba nada en contra de la madre de Teresa. Cuando lo del garbanzo, se portó bien, y cuando Manuela estuvo enferma fue un alma generosa. Pero seguía habiendo algo en ella que le disgustaba. Tal vez su porte orgulloso, quizás una sutil coquetería producto de los halagos recibidos, o puede que su marcado acento vasco y el uso de un lenguaje entremezclado de palabras en vascuence que la hacían sentir una extraña, una forastera, una maketa. Aunque, seguramente, la principal causa de su rechazo estaba en que supiera tantas cosas. Verla ya no le provocaba náuseas como le ocurrió después del suceso del lavadero, pero un intangible flujo repelente se interponía entre ambas. Y luego estaba la amistad de Lucía con la italiana; eso la irritaba. Si no le gustaba encontrarse cara a cara con su vecina, la simple visión de Renata, tan guapa, tan simpática, tan adorada por todos, tan embaucadora, le producía una especie de pánico escénico. Las pocas veces que la mujer de Paúl se cruzó en su camino se quedó paralizada. Renata no dejaba de ser la viuda del italiano al que ella mató con una piedra, por más que se hubiera vuelto a casar y se hubiera integrado en esa España tan gris como su propio vestido. Y verla con el niño que le nació de su segundo matrimonio, el que concibió al mismo tiempo que su garbanzo, le revolvió las tripas y le fustigaba el alma. Al encontrarse con la mirada dulce del chaval, el

garbanzo de su memoria se transmutaba en un ser con ojos, pies, manos y dedos, y entonces se sentía culpable, un ser despreciable, una rata de alcantarilla. La visión de Renata actuaba como un resorte para que afloraran los peores momentos de su vida, incluida la muerte de Manuela. En sus instantes delirantes pensaba que si la italiana hubiera impedido a su marido viajar a Bilbao nada habría ocurrido y Manuela seguiría viva, ya que solo cabía justificar la muerte de su hija como una respuesta airada de Dios. Estos pensamientos extraviados la poseían durante unos minutos, un angustioso lapso de tiempo que vivía como una tortura, una cadencia de lentos segundos que configuraban una pesadilla que le daba dolor de cabeza. Después se frotaba los ojos con fruición, un gesto con el que abría la puerta al mundo de la lógica. Entonces se esforzaba por inyectar a su cerebro una sobrecarga de realismo que extirpaba los desvaríos. Pero cuando volvía a ver a Renata Acosta, una chispa invisible encendía de nuevo su locura y su martirio. Por eso, la boda entre Alberto y Teresa no le hacía ninguna ilusión. Por eso no tenía prisa.

—Madre, ¿todavía estás fregando? —preguntó alarmado Alberto al verla con las manos llenas de jabón—. ¡Que llegamos tarde!

—¡Ay, hijo! Pues que esperen un poco. Terminó en un periquete. ¡No pensarás que voy a dejar la cocina de esta guisa!

—¿Y tú no crearás que voy a hacer esperar a Teresa?

—Enseguida estoy.

Alberto no discutió con ella, nunca lo hacía, así que se sentó en una silla para observar a su madre, esperando que su presencia acabara por incomodarla y se decidiera a ponerse en marcha. Teresa lo iba a matar, y su suegra se iba a poner como una loca. A veces, su madre le sacaba de quicio. ¿No podía conducirse como cualquier mujer normal y ponerse nerviosa el día de la boda de su hijo? ¿Por qué no le hacía ilusión su matrimonio? ¿Dónde escondía sus emociones? ¿Había sido siempre así y esos remotos recuerdos de una infancia cálida eran pura invención? Elvira nunca fue una madre como las demás, gallinas cluecas que abren sus alas para dar calor y olor maternal a sus hijos. Eso lo supo desde niño, pero a pesar de su escasa delicadeza se sintió amado y protegido por ella. Los arropaba en la cama, les leía cuentos, les curaba las heridas diciéndoles que debían ser fuertes; a veces los abrazaba y les hacía cosquillas. Sin embargo, en algún momento la dureza de su carácter se tornó piedra, roca de granito, muro inexpugnable al que ellos no podían acceder. Alberto estaba seguro de que la muerte de su hermana fue el detonante de tanta frialdad, una frialdad que a veces hasta le parecía forzada, como si Elvira estuviera reprimiendo con denodado esfuerzo sus afectos, sus emociones, sus alegrías y tristezas. Hasta sus enfados resultaban comedidos.

Los niños tienen el don de acostumbrarse a casi todo: al hambre, a las palizas de los maestros, a los pantalones que pican, a los piojos, a los cortes de luz, a la enfermedad metida en casa, al frío en las noches sin chimenea, a la muerte de una hermana, a la congoja de una madre. Se habituaron al carácter arisco de la madre, se aferraron a la idea de que los quería a su manera, de otro modo, quizá porque eran chicos y quería hacerlos fuertes. A veces Alberto trataba de contar las

ocasiones en las que había visto sonreír a su madre. Muy pocas tras la muerte de Manuela. Cuando ocurría, él se sentía el niño más feliz del mundo. Pensaba: «Ya está, se ha recuperado, volverá a ser la misma de antes, con su mal genio, su ordeno y mando, pero afectuosa en su medida». La ilusión duraba poco: pasado el momento, el hielo retornaba a su ser.

Desde su silla, impacientándose, la veía de espaldas, menuda, menguada, con el cabello ya cano y la mirada puesta en su tarea, tan concentrada, tan ensimismada. Se acostumbró a su desapego y, al igual que sus hermanos, lo fue asimilando como el producto natural de un proceso de crecimiento. Era ahora, tras haber conocido de cerca la vida familiar de Teresa, cuando se planteaba las verdaderas razones del aislado recogimiento en el que a menudo se sumergía su madre, del rechazo simulado a la oferta de caricias, de las pocas palabras de amor que les había dedicado. Elvira no lo hizo adrede, se dejó llevar por la corriente de un río confuso, traicionero y alborotado que le susurró: ponte una coraza, una coraza fría y metálica que proteja tu corazón dañado. Y se la amarró tan fuerte, la apretó tanto a su pecho que le negó la vida a su garbanzo. Eso no lo sabía Alberto. Como tampoco sabía que la mujer seguía sufriendo, a pesar de la coraza y a causa de ella. Al colocársela, arrastrada por la vertiente oscura del dolor y de la irracionalidad, a veces se sentía culpable de su incapacidad para cubrir de calor a los suyos.

—Madre, yo la ayudo, que nos están esperando.

—No hace falta, hijo, ya he terminado.

Alberto la observó mientras se desanudaba la cinta del delantal. Pensó en darle un beso, pero se contuvo. En su lugar, miró el reloj. Diez minutos tarde.

LUCÍA

El flamante coche negro de alquiler estaba finamente adornado con unos ramitos de flores que iban atados a las manillas de las puertas mediante unas lazadas blancas. A pesar de estar en invierno, el tiempo les estaba obsequiando con un día que, de momento, no amenazaba lluvia. Tampoco era una mañana que realzara la atmósfera jovial de la boda. El sol rara vez conseguía asomarse por algún resquicio entre las nubes y por tanto no había mucha luz, pero que en Ibayá no lloviera a finales de noviembre era todo un triunfo frente a la tozuda climatología. Los huevos que Marichu había llevado la víspera a las monjas clarisas parecían estar surtiendo efecto. El automóvil estaba aparcado en una bocacalle que daba a la iglesia, bien escondido para que los invitados y curiosos no cayeran en la cuenta de que a la novia le tocaba esperar. Marichu vigilaba en la esquina, esperando el momento de dar a Telmo la orden de salida en cuanto Alberto y su familia aparecieran en el pórtico. Gracias a que Carmelo había previsto la posibilidad de que el novio se retrasara, no fueron directamente a la parroquia, sino que se metieron en la calle lateral a inspeccionar el lugar. Dentro del automóvil, la única que no se mostraba nerviosa era Teresa. Carmelo, sentado en el asiento trasero junto a su hija, le agarraba la mano. En ese gesto no se sabía si trataba de consolarla o de calmarse a sí mismo. En la parte delantera, al lado de Telmo, Lucía despotricaba contra su futura familia política.

—¡Qué falta de respeto y educación! Empezamos bien.

—Tranquila, ama, que enseguida llegarán, ya verás —trataba de apaciguar su hija los ánimos.

—¡Solo faltaba que no se presentasen! Y da gracias a tu padre de que no nos haya visto medio pueblo haciendo el ridículo.

Nadie dijo nada más por temor a aguar aún más la fiesta. La tensión se apoderó del interior del habitáculo. Lucía se miró el vestido para cerciorarse de que no se estaba arrugando. A su juicio, era el más bonito que había tenido: más que gris, la tela parecía de plata, con unas finas rayas en negro y un escote en pico que dejaba a la vista su fabuloso collar de perlas, regalo de Carmelo. El abrigo, de un suave tono lila, le sentaba de maravilla, estilizaba su corta silueta y la hacía más delgada. Se había puesto un broche sobre la solapa, una mariposa de cristales blancos engarzada en plata. Sin duda, estaba más elegante que en las otras bodas de sus hijos, y pensó que su madre, la difunta María Inchausti, la miraría con orgullo desde el más allá.

Primero se casó Adela, muy joven, con tan solo diecinueve años. A pesar de las recomendaciones de sus padres, no pudo esperar más. Llevaba demasiadas primaveras soñando con hacerse mayor para gozar del amor de Víctor, el ayudante de Carmelo en el taller. Adela no era como Teresita. Adela era una mujer a la que no le gustaba destacar, que detestaba que la

observasen, que aborrecía estar en el punto de mira. Ya de niña odiaba que los extraños le dijeran lo guapa que estaba o lo que había estirado, y cada Navidad se negaba rotundamente a cantar una canción o a recitar una poesía para los mayores. Para eso estaba Teresita, que aunque de chiquilla fue muy callada, espabiló enseguida y descubrió un desparpajo de lo más gracioso. Su madre a veces pensaba que en ese cambio tuvo mucho que ver su amistad con Alberto. Seguramente, el temperamento introvertido y serio de Adela condicionó su boda con Víctor, una celebración a la que solo asistieron la familia de ella y los padres de él, que tuvo lugar en la sala de su propia casa, con escaso dispendio: la economía no estaba en 1948 para muchas alegrías. Que eligiera un traje oscuro, con el que parecía más una oficinista que una novia, respondía a su carácter, tan austero que en ocasiones rayaba en la mezquindad. Quizás, pensaba la madre, tan poco fasto no fue más que el augurio de un matrimonio fallido. El segundo en salir de casa fue Telmo, que se casó con una buena muchacha, Amalia, guapa como ella sola y pobre como pocos en Ibaña. La madre de su nuera limpiaba escaleras en varios vecindarios de Bilbao. El padre era un lisiado de guerra, manco desde el hombro, sin derecho a recibir una pensión del ejército por haber luchado en el bando equivocado. De vez en cuando, Juanito el de la taberna le dejaba recoger los vasos de la calle a cambio de unas pesetas, pero con un solo brazo su tarea era lenta y engorrosa. También Matías, el hermano de Elvira, le pagaba a veces unas perras por descargar sacos poco pesados del camión, y así se pasaba la vida el consuegro de Carmelo, mendigando trabajillos para engordar un poco el jornal de su mujer y sobrevivir a la vergüenza. Por eso la boda de Telmo, a la que Lucía asistió orgullosa como madrina, fue muy sencilla. Su hijo no quiso herir la sensibilidad de sus futuros suegros y, para evitarlo, no permitió que su padre se hiciera cargo del convite. Lo pagó él mismo de su bolsillo. Consistió en una agradable merienda bajo la parra del bar de Juanito, a base de morcilla, tortillas, pimientos fritos, croquetas y otros platos caseros. «Una hermosa celebración —valoró Lucía—, con los primos, los tíos y los amigos de las dos familias, como debe ser, porque las alegrías hay que compartirlas.»

Organizar la boda de Teresa había sido un calvario, y encima el novio llegaba tarde. «¿Y si no llega? ¿Y si se arrepiente? Les despellejo a la madre y al hijo», se gritaba a sí misma. Eran pensamientos que brotaban de la ansiedad de la espera. La verdad era que Lucía bebía los vientos por Alberto. Lo había visto crecer, le hacía reír con sus bromas de niño grande y trataba a su hija como a una princesa. No como el malnacido de Víctor, que desde el principio le dio mala espina. Para regocijo de su madre, Teresa quiso una boda moderna, un vestido blanco con velo de tul, un banquete al mediodía con mucha comida, una tarta de merengue de varios pisos, una orquesta de baile y una marcha nupcial que recibiese a los novios en el restaurante. Y como las cosas en 1953 iban bien y los ahorros estaban crecidos, Carmelo se plegó gustoso a sus deseos. Le sorprendió que los sastres no pusieran la más mínima objeción a su oferta de correr él con los gastos del banquete, pero si uno era echado para delante debía asumir las consecuencias. Ellos se encargarían de regalarles un viaje de cuatro días a San Sebastián, amén del vestido de Teresa.

La madre y la hija fueron organizándolo todo desde que los novios anunciaron su compromiso

en verano. Marcaron en el calendario el primer sábado de noviembre, pero en octubre, cuando ya estaba todo apalabrado, el párroco llamó a la puerta de su casa para darles una mala noticia: la boda debía ser pospuesta. Durante la primera quincena de noviembre iba a tener lugar la Santa Misión General del Nervión, y el obispado había pedido total disponibilidad de las parroquias para organizar los centros misionales. Ni bodas, ni bautizos, ni comuniones. Solo funerales, si no quedaba más remedio. Incluso se barajaba la posibilidad de decir adiós a los muertos en las mismas capillas del cementerio para no entorpecer la labor espiritual de los frailes.

Nunca olvidarían en Ibayá y en los alrededores aquellos quince días. Solo los más devotos, las más beatas y los meapilas disfrutaron de una tortura sin precedentes. Ibayá, Bilbao y los pueblos de la ribera del río se transmutaron en algo indefinible, en una atmósfera de irrealidad construida a golpe de imágenes religiosas, hábitos religiosos, abalorios religiosos, carteles religiosos, cánticos y proclamas religiosas, ceremonias diurnas y vespertinas, adoraciones nocturnas, salves a la Virgen, glorias a Dios y al papa, procesiones multitudinarias, misas multitudinarias, júbilos multitudinarios. Los trescientos fervorosos religiosos de la orden de los paúles que llegaron con la misión de recordar las verdades de la fe (como si desde 1939 no se las hubieran recordado día tras día) trajeron consigo una suerte de locura, donde el caudillo y Dios se mezclaban con la misma naturalidad con la que se añade azúcar al café, como si ambos formaran parte de un todo, la de esa España grande, unida y ultracatólica. Llevaron a la homenajeadá Virgen de Begoña como a un pelele de pueblo en pueblo, para arriba y para abajo, y muchos vecinos como Lucía interpretaron esos alardes como un robo descarado y ultrajante de un símbolo del catolicismo vasco.

Durante esos quince días no pudieron vivir en paz. Su rutina quedaba rota desde primera hora de la mañana, cuando los altavoces colocados en las paredes de los edificios rompían los tímpanos de los vecinos, que se despertaban sobresaltados bajo sus confortables sábanas. Los bafles llamaban al rezo, a misa, a la procesión, y a veces alargaban su perorata para explicar el significado de la misión. A ella, que soportó el suplicio de contar con uno de esos cacharros junto a su ventana, se le quedó grabada para el resto de sus días la insistente monserga:

La Santa Misión del Nervión —exclamaba algún cura desde el otro lado con una voz engolada y autoritaria— es una misión de redención, de regeneración espiritual y moral por los males que padece la humanidad; entre los más graves: la lujuria, el hambre insaciable de dinero, el afán excesivo de bienestar, de lujo, de diversiones que están socavando los cimientos de la familia.

Por el día, Lucía protestaba y daba grandes zancadas a lo largo del pasillo: «¡Ya estamos otra vez con la misma canción!». Aunque luego asistía a los actos religiosos: se hablaba de posibles represalias para los que no se dejaran ver. Ella, al fin y al cabo, era creyente, pero a aquellos que renegaban de la religión, viejos comunistas y militantes de izquierda, les tenía que salir pus por la boca de tanto aguantarse las ganas de pegar un grito o cagarse en lo más alto. Por la noche,

Carmelo y Lucía se lo tomaban a risa, como una manera de sobrevivir a ese mal sueño. Ella le decía imitando las monsergas:

—Lujuriooooooso, que eres un lujuriooooooso, no ves que lo dicen los misioneros estos.

—Y tú, mujer insaciable de dinero, que te gusta más que a un tonto un caramelo. ¡Pecadora!

—Ay, amante, que tanta diversión no es buena, que nos pasamos la vida de jarana.

—¡Vamos a quemarnos en el infierno como corderitos de Pascua! —se desternillaba él.

—¡Y no te olvides que socavamos los cimientos de la familia!

Luego, más serios, se indignaban.

—Que vengan estos a decirnos a nosotros que tenemos un afán excesivo de bienestar, ¡manda huevos!, con lo que hemos pasado mientras ellos tenían la barriga bien llena.

Por mucha indignación que les quemara por dentro, no les quedó más remedio que sufrir la quincena apostólica con más paciencia que el santo Job, soportar la infestación de sacerdotes y plegarias, contar los días y rezar, esta vez sí, para que la santa misión terminase pronto su tarea evangelizadora. Por eso, cuando a través de los mismos altavoces malditos escucharon al papa de Roma despedir a la misión, en una alocución radiofónica lanzada sin piedad al espacio aéreo de la comarca, les invadió una inconfesable alegría. Solo aspiraban a regresar a su rutina, a sus problemas cotidianos, a su lucha diaria, a los preparativos de la boda. Pío XII corroboraba que aquella riada de beatos se batía por fin en retirada. Y si el santo padre lo afirmaba, iría a misa. O eso creyeron. La verdad fue que las autoridades eclesiásticas se debieron emborrachar de éxito, hasta el punto de que, siguiendo la estela del milagro de los panes y los peces, alargaron el evento y dejaron que veintiséis conferenciantes siguieran dando la murga sobre deberes morales, profesionales y sociales a una población que estaba más que harta de sotanas y crucifijos.

Mientras tanto, los preparativos de la boda de Teresa y Alberto, dejados de lado. No se atrevían ni a hablar del asunto en la calle, no fuera que alguno de los siervos de la cofradía misionera se chivara de su afán de celebración en días de recogimiento. Como el resto de ciudadanos, fueron a rastras a las procesiones, al rosario y al vía crucis. Y el domingo, 8 de noviembre, más por curiosidad que por fervor, Carmelo y Lucía estuvieron de madrugada en la plaza del Arenal de Bilbao, orando en el rosario de la aurora. Se quedaron impresionados del gentío, de la multitudinaria aglomeración de fieles y no tan fieles, de las incontables antorchas que concedían a la plaza un aspecto entre íntimo y siniestro, de los miles de voces que salmodiaban al unísono las bienaventuranzas y los glorias. Vieron en la cumbre del monte Banderas, dominando la villa, la monumental cruz de hierro de treinta metros de altura, un alarde iluminado que les hizo sentir pequeños. Aquel domingo fueron a Bilbao por dos motivos: primero, para congraciarse con el cura, que inflado como un pavo salió seguido de sus parroquianos en el primer tren especial, pero, sobre todo, para ver con sus propios ojos la maravillosa estructura iluminada de la que tanto les hablaron sus hijos menores la tarde que regresaron de las concentraciones infantiles. Fueron con el colegio y, además de recibir la bendición del obispo Morcillo, les recompensaron con un

bocadillo de pan y chocolate que les supo a gloria, tal vez porque la merienda había sido bendecida.

La Santa Misión del Nervión supuso para la mayoría de los habitantes de la comarca una pesadez, un verdadero engorro. Para la familia de Lucía y para la de Alberto significó, además, retrasar casi un mes el evento. La última semana de noviembre no era época de bodas: anochecía pronto y estaba demasiado cerca la Navidad. Pero la santa Iglesia había hablado a voz en grito, y a ellos no les quedó más que resignarse.

Marichu comenzó a hacer aspavientos. La familia Jiménez acababa de llegar. Telmo arrancó el coche. Lucía se apeó. Le habían dicho que en las bodas de postín solo viajaban en el automóvil oficial el padrino, la novia y el chófer. Ella llegaría a la iglesia del brazo de su hermana, que ese día estaba casi tan guapa como ella.

RENATA

Tratando de cobijarse del frío en el pórtico de la iglesia, la italiana observaba el gentío. Los invitados y una gran cantidad de curiosos se arremolinaban alrededor de la parroquia esperando la llegada de los novios. Una boda era un acontecimiento en Ibaya, mucho más si la novia iba de blanco y llegaba en coche. Sus hijos correteaban. Paúl, tan guapo con su traje azul marino, su corbata a rayas y el clavel blanco en la solapa, no les quitaba ojo. Renata se dio cuenta de que algunas vecinas la señalaban con el dedo. No le importó, estaba acostumbrada a que su condición de extranjera siguiera despertando la curiosidad. Le gustaban las bodas. Constituían una disculpa maravillosa para ponerse guapa, en la mayoría de ellas solía organizarse un baile y tenían la virtud de alegrar a las personas por unas horas. Así que cuando Paúl le dijo que estaban invitados se llevó una agradable sorpresa.

Desde que la pareja contrajo matrimonio, la relación con Carmelo se había distanciado. Nació su hijo Rubén, Paúl cambió de trabajo, unos vivían en Bilbao, los otros en Ibaya, y las rutinas y las obligaciones les fueron arrastrando a cada cual por su lado. Al menos eso quería creer Paúl. Ella estaba convencida de que el alejamiento llevaba la firma de Lucía. Por más que se esforzó para resultarle agradable y digna de confianza, no fue capaz de ganarse su simpatía, y poco a poco el malestar, no manifestado pero apreciable en el ambiente, les fue plegando en retirada. Ni siquiera tuvieron ocasión de volver a verse con motivo del casamiento de los hijos mayores de Carmelo: lo celebraron en la discreción y en la intimidad y no convidaron a las amistades.

A lo lejos vio a los hijos de Carmelo: Jone, guapísima a sus dieciséis años; a Íñigo casi no le reconocía de tanto como había crecido, y en la esquina estaba Julián, que a sus trece años continuaba siendo muy poquita cosa. Un poco apartadas, hablando con la hija de Marichu, estaban Adela, su hija Rosa y la mujer de Telmo. Sentía lástima por la primogénita de Carmelo; también le dolía profundamente que todo lo que hizo por la muchacha no le sirviera para ganarse el afecto de Lucía. Eso, sin embargo, lo pensó después, cuando todo acabó y el río volvió a su cauce, a una vertiente amarga por la que la pobre Adela tendría que navegar y bracear a partir de entonces.

Era poco más que una niña cuando se casó con Víctor Ellacuria. Por más que Carmelo trató de convencer a los novios de que debían fijar su residencia en Ibaya, la pareja se empeñó en coger un ático de alquiler en el casco viejo de Bilbao. El padre no deseaba que su hija se fuera tan lejos. Su mayor ilusión era que todos sus vástagos se quedaran cerca.

—¡Pero aita! —dijo Adela—, si estoy a tiro de piedra.

—No te veremos todos los días —contestó él muy apenado.

Cuando se dio por vencido habló de nuevo con su hija.

—Acuérdate de que en Bilbao tienes a Paúl y a Renata. No dejes de visitarles, y, si necesitas algo, allí están para lo que quieras. Tienen teléfono en el estanco. Nos llamas desde allí.

No se lo confesaron a Adela, pero en el fondo ni Carmelo ni Lucía se fiaban de Víctor: primero, porque había algo en su carácter que les resultaba incómodo; segundo, porque dejó el taller para trabajar como dibujante en un periódico. No criticaron su salida del negocio, al contrario, les pareció bien que quisiera ser más independiente, y tampoco tuvieron problema para encontrar sustituto. Lo que no les convencía era la profesión que había elegido. A su juicio, trabajar en un diario era de «tarambanas», de hombres que salían por la noche, que se codeaban con gentes de baja estofa, con bohemios e individuos raros, con artistas de poco pelo. Y no les gustaba. Por eso preferían tener a la niña cerca; auguraban para ella muchas tardes, noches y fines de semana en soledad, con el corazón en un puño. De esos temores no le dijeron una sola palabra.

El matrimonio de Adela duró menos de cinco años. Al principio se la veía feliz, iba a menudo a casa de sus padres y la pareja comía en Ibayá todos los domingos. Se quedó embarazada a los cuatro meses. La noticia fue recibida con alborozo por todos. Las cosas empezaron a torcerse después de nacer Rosa. Renata sentía un afecto especial por Adela porque la visitaba regularmente. Unas veces compraba tabaco para Víctor, otras iba a usar el teléfono, de vez en cuando pasaba solo para saludar. Un día, cuando la niña tendría unos seis meses, apareció por el establecimiento, que en ese momento estaba lleno de clientes. Renata la vio y le dijo que esperara. La muchacha se quedó quieta en una esquina y finalmente se marchó. Aquel comportamiento la extrañó mucho. Unas semanas después se la encontró en la calle, más delgada, con ojeras y pocas ganas de hablar.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro, muy bien.

Al mirarla a la cara, Renata se vio a sí misma en Portovenere, de joven, con Claudio en brazos, muerta de miedo y de vergüenza. A la cara ajada de Adela, que cualquiera hubiera interpretado como una falta de sueño o algo de cansancio, se añadió una expresión solo reconocible por quien hubiera vivido lo mismo, una mirada tan relevante que la italiana supo inmediatamente lo que pasaba.

—Si te pasa algo puedes decírmelo.

—¡Que no me pasa nada! Qué empeño —respondió la muchacha enfadada.

—Algunas vemos en otras nuestra propia historia —dijo Renata antes de despedirse.

Estaba tan segura de que Víctor la maltrataba que se lo contó a Paúl.

—¿Qué hacemos? —le preguntó.

—No estás segura, no tienes pruebas, así que no vamos a meter las narices donde no nos llaman.

Era verdad. Nadie iba a creerla. Nadie sabía que Adela era su espejo, el que le devolvía los peores momentos de su biografía. Tampoco Paúl conocía esa parte de su vida. Cuando Renata llegó a España decidió empezar de cero y enterrar para siempre los recuerdos violentos. Tampoco

ahora le iba a confesar que Berto Sandrini la trató como si fuera basura y la apaleó como a una muñeca de trapo. ¿Qué podía hacer entonces? De momento, estar alerta.

Aquella frase que le soltó en la calle —«algunas vemos en otras nuestra propia historia»— debió de calar hondo en la cabeza de Adela Gómez. Dos semanas después la tenía en el estanco a la hora del cierre. Rápidamente echó la persiana y se quedaron a solas, en la penumbra de un local que olía a tabaco.

—¿Qué quisiste decir el otro día con eso de que ves en mí tu propia historia?

—Estuve casada en Italia, con un mal hombre.

—Víctor no es malo —respondió Adela a la defensiva. Renata se quedó callada, mirándola fijamente—. Pero a veces...

—¿A veces, qué?

—Llega tarde, dice que tiene que salir con los del periódico después del trabajo, a tomar unas copas para ganarse su aprecio. Y... viene bebido. —Adela empezó a llorar.

Renata la abrazó, la consoló como pudo, balanceando su cuerpo contra el suyo, hasta que la muchacha se recompuso.

—Él me quiere, me quiere mucho, pero beber le sienta mal.

—¿Qué hace cuando bebe? ¿Te insulta, te pega?

Adela no contestó, pero su mirada resultó elocuente. De repente, como si una fuerza interior la empujara, se levantó con la cara encendida.

—¿Qué te crees? Víctor no me ha puesto la mano encima, ni me insulta. Víctor me quiere, me quiere mucho.

Y se fue. Un mes después la vio pasar con un ojo morado.

—¡Adela! ¿Qué te ha pasado? —le preguntó alarmada.

—Me he dado con una puerta —respondió la hija de Lucía muy seria.

Renata volvió a hablar con Paúl. Este insistió para que no se metiera en causas ajenas mientras la muchacha no reconociera la situación. Tal vez prefería que no se supiera.

—¡Claro que prefiere que no se sepa! ¡No ves que le da vergüenza, que se siente humillada, que está muerta de miedo! —Renata no daba crédito a la desidia de su marido—. Me da igual lo que pienses. Esa muchacha necesita ayuda, y yo voy a ir a hablar con su madre. Nadie mejor que Lucía y Carmelo para sacarla de esa situación.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si realmente se dio un golpe con la puerta? —le respondió Paúl, que tenía miedo de que su mujer acabara malparada.

—No me equivoco, Paúl, ten por seguro que no me equivoco.

Los novios se estaban retrasando. La gente empezaba a cuchichear. Renata volvió a fijarse en Adela y observó en su cara un rictus de amargura, un gesto agrio que la afeaba, una expresión que se había adherido a su semblante tras su fracaso matrimonial. Qué calvario habría vivido la muchacha durante los años que convivió con Víctor. ¿Estaría agradecida o, por el contrario, le

guardaría rencor por haber descubierto su verdad? No lo sabía; desde entonces no la había vuelto a ver.

Sin embargo, Renata estaba al corriente de cómo se sucedieron los acontecimientos. Cuando se presentó en casa de Lucía para explicarle sus sospechas, la mujer de Carmelo la creyó, ocultó el disgusto y, sin darle oportunidad de ahondar más en la cuestión, le dijo:

—Gracias por venir. Ahora nos encargaremos nosotros de este asunto.

Les costó varios meses conseguir sacar a su hija de aquella casa. Primero hablaron con ella, que como un guiñapo trataba de quitar hierro al asunto, de minimizarlo, aunque sus lágrimas, el moratón en el ojo y su mirada perdida les confirmaran las sospechas de Renata. Ante la negativa de Adela, fueron a pedir ayuda a los padres de Víctor para que mediaran y reconvinieran a su hijo, pero se encontraron con la sorpresa de su incredulidad y de su cólera desmedida. Hasta que, un año antes de la boda de su hermana, Adela se presentó en Ibaya con una maleta, la cara hecha trizas y la niña en brazos. La acogieron con cariño, arrumacos y besos, y en solo una semana acondicionaron el ático para que pudiera tener un poco de intimidad. ¡Cuánto se alegró Renata de que Adela abandonara a Víctor! No fue fácil: una mujer no tenía derecho a dejar el domicilio conyugal, pero Carmelo movió Roma con Santiago, buscó testigos que corroboraran la violencia doméstica, los encontró entre el vecindario y se presentó en el obispado para solicitar el amparo de su hija. El tribunal eclesiástico, en vista de las pruebas, concedió la separación legal de Adela y la custodia de la niña. Claro que en la rápida actuación de la jerarquía eclesiástica tuvieron mucho que ver dos factores: la intermediación de don Evaristo de Landry y el suculento donativo aportado por la familia Gómez.

Sin embargo, el asunto no terminó con la decisión judicial. Eso lo supo Renata por el propio Paúl. Una madrugada llegó a casa cabizbajo, triste y avergonzado. Ella había pasado las horas mordiéndose las uñas debido a la tardanza.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Renata preocupada.

—Hemos hecho algo horrible.

—¿Quiénes habéis hecho algo horrible? —Se puso frente a él y le exigió que hablara.

Dos días antes (Renata no lo sabía entonces), Paúl había ido a casa de Carmelo. Alrededor de la mesa del comedor se encontraban el propio Carmelo, sus hijos, Telmo e Íñigo, y Alberto, el novio de Teresa.

—Tenemos que hacer algo —dijo su amigo.

Lo que se trató en aquella reunión de hombres fue cómo librar a Adela del acoso de Víctor, quien desde hacía tiempo rondaba la casa y la esperaba en la esquina. No asumía que lo hubiera abandonado, que se hubiera llevado a la niña, y no cejaba en su empeño de que regresara. A veces llegaba borracho, otras sobrio y penitente, pero en todas ellas acababa gritándole, sin importarle que las gentes les miraran, que ella llorara, que se sintiera humillada. Una vez Lucía consiguió que la guardia civil se lo llevara. La segunda vez que pidieron ayuda, el sargento les dijo, de malas maneras, que los asuntos domésticos no eran de su competencia. Por eso estaban reunidos allí.

Lucía estaba en la cocina sin querer saber lo que se cocía, pero deseando que tomaran cartas en el asunto y acabaran de una vez por todas con ese martirio. ¿Por qué llamaron a Paúl? Renata no lo sabía con certeza. Quizás porque Carmelo confiaba en él más que en ningún otro, tal vez porque era alto y fuerte. Todo esto lo supo la italiana la madrugada que su marido llegó a casa avergonzado. Y no era para menos. Lo que en esa reunión se decidió fue darle un buen susto a Víctor. Así que la noche de autos todos esperaron al dibujante a la salida del periódico, se informaron de que ese día le tocaba cierre y que, por tanto, no dejaría la oficina hasta las once. Aguardaron a que se quedara solo, le rodearon y le empujaron a un callejón. Recibió una buena paliza y no volvió a aparecer por Ibaya.

—Lo hemos pasado mal, Renata, no solo yo. No somos violentos, somos gentes de bien. Y verlo así, en el suelo, acojonado, recibiendo nuestros puñetazos... Ha sido terrible.

—Pues consuélate pensando en los golpes que le dio él a la pobre Adela.

Ni Lucía ni Renata pensaban que esa fuera la mejor vía para evitar el acoso del hombre, pero, a falta de otro tipo de protección, tampoco tuvieron alternativa. Los disculparon, los consolaron y se esforzaron por quitarles el sentimiento de culpabilidad que los devoraba.

Rubén y Claudio se acercaron corriendo hasta donde estaba su madre.

—Mamá, mami. ¡Que ya viene el coche!

Todos miraron al brillante automóvil acercarse lentamente. Alberto esperaba en la acera, agarrado del brazo de su madre. Lucía se aproximaba con su hermana Marichu hasta la zona de aparcamiento, dispuesta a recomponer el vestido de Teresa en cuanto se apeara del coche. La novia bajó. Un murmullo complaciente invadió la atmósfera. Adela sonrió por un instante, y Renata pensó que sus desvelos habían merecido la pena.

EL BANQUETE

La ceremonia religiosa no pasaría a la historia por su emotividad a causa de la cerrazón del cura, que no permitió que se tocara el órgano ni que cantara un coro de voces. Lucía pensaba que a don José, en el fondo, le fastidiaba la ilusión de la pareja por la celebración, y que para justificar su negativa ponía la estúpida disculpa de que la música distraía a los invitados del hecho sacramental. Su homilía tampoco ocuparía una sola línea en los anales de la oratoria ni en los recuerdos agradables de los asistentes. Al menos dio el plácet para que un fotógrafo tomase unas instantáneas en el momento del sí quiero, aunque a cambio exigió una suculenta donación. ¡Qué ganas tenía de ver cómo habían quedado las fotografías! Observaba a sus amigos y familiares bailar como peonzas en el salón nupcial. Se veía que disfrutaban de lo lindo. Probablemente, ninguno de ellos habría estado hasta entonces en una fiesta tan bonita, tan bien organizada, tan sumamente divertida. Los últimos años no dieron para muchos festejos, y los que hubo tuvieron que ser necesariamente muy frugales a falta de dinero y ánimo. Las cosas, poco a poco, empezaban a cambiar, ya era hora, y la boda de su hija Teresa inauguraría, con toda seguridad, una nueva etapa, más alegre, más liviana, de un gris algo más claro.

Desde la mesa en la que permanecía sentada disfrutaba mirando a los niños, a los jóvenes y a algunos casi ancianos moverse, unos con torpeza, otros con increíble destreza, al ritmo de un pasodoble. Carmelo, sentado a su lado, sin chaqueta, arremangado y con la corbata fuera de lugar, fumaba un puro enorme.

—Tira el humo para otro lado, que me estoy atufando.

Un poco achispado, el padrino acercó mucho su cara a la de su mujer y, con una sonrisa picarona, le preguntó:

—¿Bailamos tú y yo?

—Ya sabes que no me gusta bailar. Además, estos zapatos me aprietan un poco. ¿Por qué no sacas a una de tus hijas?

—A las tres las voy a sacar. Mira tú por dónde.

—Pues ¡hala!, que yo os miro.

Primero se emparejó con Jone, que se moría de risa viendo a su padre hacer el payaso. Lucía, al ir a coger la botella para servirse un poco de sidra, se dio cuenta de que Elvira también se había quedado sola en la otra esquina de la mesa. No le apetecía hablar con ella, pero pensó que los demás se extrañarían de ver a las consuegras separadas, como dos bobas, una en cada extremo, mientras el resto se partía los tobillos sobre el parqué. Así que agarró la botella y la

copa de cristal y se fue hacia ella. Al sentarse a su lado, Elvira la miró y luego volvió a dirigir la vista hacia la concurrencia.

—¿Brindamos por los novios? —le preguntó Lucía sirviéndole.

—No soy de beber, pero un día es un día —contestó la madre de Alberto.

—Pues eso, consuegra, que un día es un día. Bonita boda, ¿verdad? —dijo Lucía alzando la copa muy ceremoniosamente.

Bebieron un sorbo. Sin dejar de mirar a la pista, Elvira contestó:

—Un poco exagerada me parece.

—Mujer, es lo que se lleva ahora. Son otros tiempos.

—¿Otros tiempos dices?

—Sí, las cosas van mejorando, ya no es lo de antes. Dejemos que los jóvenes disfruten, ahora que pueden.

—Y para disfrutar ¿crees tú que hay que montar toda esta verbena?

—Si a ellos les hace ilusión, ¿por qué no?

«Esta mujer vive amargada —pensó Lucía—, pero más le vale no tratar de amargarles la vida a mi hija y a mi yerno. Que las haya pasado canutas, que se le muriera una hija y que hiciera aquella barbaridad no le da derecho a fastidiar a los que la rodean. Si ya me lo dijo Teresita: “Que su suegra es un poco rara, tozuda y mandona, que siempre está en contra de todo. ¿Ir al cine? Una tontería. ¿Ir de luna de miel? Una frivolidad. ¿Salir con las amigas? Una pérdida de tiempo”. Menos mal que mi Teresa tiene buen carácter y al final se la ganará, que si no...»

—Pues tu familia también se lo está pasando en grande —le comentó con cierto retintín—. La comida ¿te ha parecido bien?

—Demasiada cantidad, pero rica sí que estaba.

«Vaya, menos mal, en eso hemos acertado. Y dice que ha sido mucha cantidad, pero ¡si la que más ha comido ha sido ella, que la he visto rebañar los platos!»

—¿Y la tarta? ¿Te has fijado lo alta y bonita que era? ¿Con sus muñecos y todo?

—Me he fijado, Lucía —respondió cansada—. Todo ha estado muy bien.

Siguieron un rato calladas hasta que delante de ellas pasó Renata marcándose un baile con Paúl. La pareja les sonrió. El hombre, estirándose hacia la mesa, dijo:

—¡Esto sí que es una boda de categoría!

Elvira suspiró cuando el matrimonio regresó al centro de la pista.

—Es rara la vida —comentó Lucía.

Su compañera la miró fijamente, pero no dijo nada.

—Quiero decir que te has pasado casi veinte años tratando de evitarme y ahora estos hijos nuestros nos hacen consuegras.

—Como si una fuerza oculta tirara de las tres para juntarnos —dijo Elvira.

—Eso mismo.

—A mí no me hace gracia. Ver a la italiana me sigue poniendo de los nervios.

—Tampoco a mí me resulta divertido. Y con esa me pasa lo mismo. El destino es tozudo.

—Y cabrón. Que hace lo imposible para que no podamos enterrar algunos recuerdos —dijo Elvira sin dejar de observar a los bailarines.

—Hemos aprendido a convivir con ellos.

—Sí, amargándonos la vida.

—No exageres, mujer.

—¿Que no exagere? ¿Es que tú no piensas cada día en lo que pasó? —preguntó Elvira mirándola con intensidad.

—A veces, sí, sobre todo en sueños. Por el día me olvido.

—Yo no me olvido de Manuela. Hoy más que nunca me acuerdo de ella.

—Pero eso no tiene nada que ver con lo nuestro. Son desgracias que trae la vida. Te ha ocurrido a ti y a muchos otros —dijo Lucía posando su mano en el brazo de su consuegra.

Elvira no quiso responder a ese comentario. Para qué le iba a explicar que en ocasiones pensaba que lo de Manuela era una penitencia pagada en vida. No lo entendería.

—Debemos disfrutar de lo que tenemos. Hoy he ganado un hijo, y tú, una hija, mi Teresa. Te acabará gustando, aunque lleve mi sangre.

—¿Y quién te ha dicho que no me gusta?

Lucía le sonrió con maldad. Iba a contestar algo cuando ambas notaron que unas manos se posaban en los respaldos de sus sillas, trayendo consigo un agradable olor a lavanda.

—¡Qué boda tan bellísima!

Volvieron las cabezas a la vez, como en una perfecta coreografía, para toparse con la cara de la italiana. A ambas les recorrió ese desagradable escalofrío que les producía la visión de la guapa Renata.

—¿Puedo sentarme con vosotras? ¡Estoy molida de tanto bailar! ¡Mira, mira cómo bailan Carmelo y Adela, y Paúl ha sacado a la novia! —comentó un poco nerviosa mientras se sentaba.

Consiguieron seguir una conversación trivial mientras, dentro de sus cabezas canosas, fluían y se enredaban algunas reflexiones. Elvira pensaba que eran las reinas de la simulación, dos mentirosas por la gracia de la guerra, y le incomodaba sobremanera formar parte de ese atípico trío femenino. Tomó otro vaso de sidra, a ver si el calorcito de la bebida le ayudaba a sobrellevar el trance. Si ya sabía ella que esa boda no podía traerle nada bueno; si hubiera sido más que suficiente una merienda con los más allegados. Pero no, Teresa se tuvo que empeñar en ese despropósito, y por su culpa se encontraba celebrando el casorio al lado de la mujer a la que nunca quiso conocer y a la que nunca quiso tener cerca.

—Me encanta el vestido de la niña. ¿Ha sido obra de Manuel? El que me hizo a mí desde luego causó sensación. ¡Vaya mano que tiene su marido!

—Tiene mucho gusto el hombre, ya lo creo, ya —añadió Lucía por decir algo.

—Sí que tiene mano, sí, pero eso no nos da de comer. Lo nuestro son los trajes de faena.

Mientras participaba de la charla, Lucía se sentía culpable, porque a pesar de sus desaires, la

pobre Renata insistía en parecer agradable, en caerle en gracia. Mientras la italiana hablaba, la observó detenidamente y se dijo que era bellísima, incluso a su edad, que tenía una boca carnosa muy sensual que ya le hubiera gustado a ella, que algo debía de hacer para no enseñar una cana — estará teñida, pensó—, que, fascista o no, desde mil kilómetros de distancia se notaba su bondad. ¡Si supiera la maldad y la violencia que escondía su primer marido! Se llevaría un berrinche descomunal o no se creería una sola palabra. Un ardor le atizó el estómago. De nuevo las entrañas se rebelaban contra su secreto, la arañaban, la rasgaban y no le dejaban ser la persona que debía. ¿Qué hacían ellas tres bebiendo sidra sentadas a la misma mesa? Aquello no encajaba, seguía sin encajar por mucho que la vida se empeñara en ponerlas frente a frente. Una broma, una escena fuera de contexto, un cuadro surrealista, una pieza sin encaje, un destino de locos. Resultaba increíble, y sin embargo era real.

—¿Qué tal Adela? —preguntó Renata, pero en cuanto abrió la boca se dio cuenta de que tal vez había cometido un error. Quizás Elvira no sabía nada. Lucía apreció en su rostro un gesto de alarma.

—Tranquila, que en Ibayá todo el mundo lo sabe. Elvira no iba a ser menos. Está mejor, sigue triste, pero está mejor.

Ninguna dijo nada más sobre el asunto. Ahondar en esas cuestiones se consideraba feo, indagar o comentar los detalles sería visto por la madre de Adela como un severo ataque a su intimidad, como si alguien ajeno sacara al viento los trapos sucios de su familia. Así que siguieron observando a los bailarines, las tres calladas, rodeadas por un silencio íntimo. Desde la esquina el fotógrafo retrató al grupo: tres mujeres morenas, maduras, vestidas de boda, sentadas tras una mesa descompuesta, con restos de copas, servilletas, botellas y migas. Tres rostros femeninos con las huellas de la vida marcadas en la piel: el rictus amargo de Elvira, su ceño fruncido; la mirada preocupada de Lucía, su sonrisa triste; el optimismo y la esperanza en la piel tersa de Renata. Las tres pensando, mirando al frente, a algún lugar indefinido. «Ha pasado un ángel», iba a decir Lucía cuando llegaron Marichu y María Pilar a salvar la incómoda situación. Como eran unas cotorras, empezaron a atropellarse para hablar. La italiana pareció relajarse. Elvira aprovechó el momento y se levantó.

—Voy a saludar a unos de Gallarta —se disculpó.

—Y yo voy a echar un baile con mi marido —dijo Lucía.

Renata las observó y sospechó que se habían levantado de la mesa por ella. Marichu la despertó de su ensimismamiento.

—Renata, eres la más guapa de la boda con diferencia. Quitando a la novia, ¡claro!

Diciembre de 1978

El cortejo fúnebre ascendía en solemne lentitud por la cuesta que desembocaba en el cementerio de Ibayá; a su paso, los peatones se santiguaban. Lucía viajaba en el asiento trasero, junto a la ventanilla, muy pegada a su nieta Luci, que iba en medio. Le gustaba el Seat 132 que se acababa de comprar Alberto: era grande, de un intenso azul metalizado, un vehículo con prestancia, tan elegante que hasta tenía un salpicadero de madera genuina y un radiocasete en estéreo que su yerno no quiso encender porque estaban de luto. El coche simbolizaba para Lucía el triunfo de su familia. En los últimos años todos sus hijos se fueron haciendo con uno: primero llegaron los Seat 600 y los Renault 4/4; más tarde los cambiaron por otros modelos más amplios y modernos. Teresa se había sacado el carnet y se movía con un Mini muy coqueto de color verde botella con el techo blanco. Dos vehículos en una misma casa eran signo incuestionable del gran desahogo económico en el que vivía su hija. Cómo le gustaba subirse a aquel minúsculo coche y viajar hasta Bilbao con su Tere haciendo de chófer. El de Adela, un Citroën 2 Caballos de color beis, no le parecía tan atractivo, pero tenía el encanto de que su capota se abría, y por ese motivo resultaba ideal en días de excursión. No dejaba de sorprenderle que dos de sus hijas supieran conducir, como los hombres. En Ibayá no había tantas mujeres con permiso, mucho menos con auto propio, y esa singularidad le generaba una satisfacción muy grande, como si Teresa y Adela al volante simbolizaran las grandes gestas de las féminas independientes, la antesala de lo que acabaría consiguiendo la generación de sus nietas.

Mientras tocaba con deleite la fina tapicería de terciopelo, pensaba en cómo había cambiado su mundo. Sus hijos, que en su niñez pasaron las penurias de la guerra y de los años de racionamiento, enviaban ahora a sus hijos a la universidad, a colegios privados, a estudiar a Londres en verano. Si un adivino le hubiera pronosticado en los años cuarenta un desahogo semejante, lo habría denunciado por charlatán. Se sentía orgullosa de su prole y de Carmelo. La famosa etiquetadora, esa Paca que tantos quebraderos de cabeza les dio, fue finalmente una bicoca, el centro neurálgico de un negocio próspero, tanto que, por vieja y obsoleta, tuvo que dejar sitio a otras máquinas más modernas para montar una pequeña imprenta de etiquetas, folletos comerciales y carteles. Su marido nunca abandonó La Temple. Tener los huevos en varias cestas, decía, era garantía de seguridad, y, para quienes sufrieron los avatares de la posguerra, un jornal fijo constituía un tesoro de tranquilidad. El negocio familiar lo seguían llevando sus hijos varones. El más joven, Julián, que seguía soltero y sin compromiso a sus treinta y ocho años, y que obtuvo su título en la Escuela de Empresariales, dirigía el cotarro, mientras Íñigo seguía vistiéndose el buzo para llevar las riendas de la producción. Telmo, practicando el consejo de su padre,

permanecía en La Temple e iba al taller un par de horas cada tarde. Hasta que se atrevieron a contar con una plantilla suficiente de empleados, también sus hijas, Marichu, Fina y ella misma arrimaron el hombro empaquetando pedidos, cambiando tintas, barriendo restos, recortando papeles con la guillotina. Un logro colectivo.

Tampoco les fue nada mal a los Jiménez. En la década de los sesenta el taller de los sastres despegó. Bajo la batuta de los hijos de Elvira y aupados por el desarrollo del país, el viejo local murió para dejar paso a una nave muy grande en un polígono industrial. Vendían ropa de faena para todas las provincias. La fábrica iba viento en popa. Según le había contado Teresa, se iban a lanzar a la fabricación de buzos ignífugos para el cuerpo de bomberos. El éxito quedaba a la vista: Alberto y Teresa tenían dos coches, habían pagado a sus hijas una universidad privada y se acababan de trasladar a un lujoso piso del centro de Bilbao. Gracias a Dios, el resto de su parentela disfrutaba también de una economía holgada. Incluso Adela, tras un tiempo encerrada en casa a causa del drama vivido con Víctor, era la encargada de una de las tiendas de ropa de hogar más importantes de la capital.

Pedro, el nieto pequeño de once años, viajaba sobre los muslos de Teresa, en el asiento del copiloto. Menos mal que era un niño delgado; de haber sido entradito en carnes, su hija tendría las piernas machacadas. Fue un niño tardío. Se llevaba diez años con su hermana Luci, y doce con la mayor. Lloró mucho su hija a causa de aquel inesperado embarazo. Se sentía vieja, una madre añosa a sus treinta y cinco años, y sin embargo Pedrito la rejuveneció. Le hizo mucha ilusión a Lucía que le pusieran su nombre a la nieta mediana, aunque, para distinguirlas, a la muchacha la llamaban con diminutivo. Curiosamente, las dos se parecían mucho. Luci había cumplido veintiún años y era bajita como ella, de escaso pecho, con el mismo pelo negro y unos rasgos tan similares que la muchacha estaba cansada de oír cada vez que asistía a una boda, un bautizo o un funeral, cuánto les recordaba a la matriarca del clan en sus años de juventud. Estudiaba para abogada en la Universidad de Deusto. La abuela se la imaginaba como Perry Mason en un elegante tribunal vestida con un traje gris. La niña se llamó Lucía de rebote. En realidad, Teresa pensó ponerle el nombre de su madre a su primogénita, pero esta acabó llamándose Manuela por deseo expreso de Elvira.

—No me hace gracia que lleve el nombre de una muerta, ama —le comentó Tere, embarazada de ocho meses—. Además, me gustaría que si es niña se llamara como tú.

—Manuela es un nombre precioso. Y a tu suegra la vas a hacer feliz. ¿Qué te cuesta ser un poco generosa?

Su nieta Manuela, en el otro extremo de la butaca, llevaba la vista al frente. Se parecía a su madre, un poco rubia y de ojos claros, pero su ancha nariz, heredada de su padre, le restaba al rostro la dulzura angelical de Teresa. La muchacha estaba triste, no solo por el funeral, sino porque Raúl, su novio, se acababa de ir a Irlanda y no lo vería hasta dentro de unos meses.

Agarró la mano de Luci y le sonrió con dulzura. Al hacerlo se fijó en el contraste de las dos manos entrelazadas: la de la joven, tersa y suave; la suya, forrada por una piel transparente y

reseca de setenta y un años, acabada en unos dedos deformados a causa de la artritis, tanto que las dos alianzas de oro que llevaba en el dedo anular no le salían ya ni con jabón. Se le habían quedado encajonadas en la parte trasera del dedo, sometidas a la barrera infranqueable de su nudillo hinchado, como si su cuerpo hubiera querido evitar que las perdiera. Su anillo y el de Carmelo, el que llevaba consigo desde su muerte.

En días tristes como aquel pensaba que su vida se encontraba en la dolorosa fase de las despedidas. Demasiadas extremaunciones, demasiados adioses, demasiadas esquelas, demasiados funerales, demasiados réquiems, demasiadas tumbas llenas. La vida se escapaba como si fuese un chorro de agua que desemboca en un sumidero que succiona a los amigos, a los hermanos, a los primos, a los vecinos, a los conocidos, a los antiguos compañeros de estudio o de trabajo. Hasta que un día la alcanzaría para tragársela también. Como les alcanzó a ellos, a Carmelo y a Manuel, que murieron antes, que las dejaron muy solas a ella y a Elvira. Habían pasado ocho años desde la muerte de Carmelo. Sin embargo, le parecía que el tiempo transcurrido era muy breve. La culpa la tuvo el tabaco, eso dijo el médico cuando le diagnosticó cáncer de pulmón mientras se fumaba tan campante un Marlboro en su consulta. Una enfermedad dolorosa y lenta, tan largamente agónica que a Carmelo le dio tiempo a organizarlo todo para cuando no estuviera. La víspera de morir, postrado en la cama, tuvo unas horas de lucidez. Pareció revivir de repente. Lucía pensó en un milagro. Aprovechó la jornada para recibir de uno a uno a sus hijos, a Marichu y a Fina. Nunca les preguntó de qué hablaron, ni ellos se lo contaron. Le bastaba con guardar en su corazón el último rato, casi una hora, que compartió con él.

—Me estoy muriendo —le dijo con una sonrisa triste—, y no sabes cuánto me fastidia. Pensar que no voy a ver casarse a mis nietos... Menos mal que te vas a quedar al pie del cañón. Lo he dejado todo bien arreglado, no tienes más que hablar con don Nicolás, el notario.

Su mujer no dijo nada, sencillamente se hizo un hueco en la cama y se tumbó junto al moribundo, sobre la colcha impecablemente blanca. Carmelo le sonrió cuando sintió el calor de su costado femenino, cuyas curvas conocía de memoria, y pensó que la visión de su mujer resultaba mucho más agradable y cálida que la de la botella de oxígeno que le esperaba paciente al otro lado. Palpó la mascarilla para asegurarse de que estaba a su alcance en caso de necesidad.

—Estoy resignado, Lucía, pero me cabrea mucho morirme antes que Franco. —Carmelo hablaba con lentitud, en voz baja, ahorrando energías, pero su tono resultaba mucho más seguro que en días precedentes—. Hubiera dado lo que fuera por ver a ese cabrón en el ataúd. Mala hierba nunca muere.

Agarrados de la mano, ella con las lágrimas recorriéndole las mejillas, se mantuvieron unos minutos en silencio, disfrutando de su intimidad, saboreando el instante que no se repetiría.

—¿Te duele? —preguntó ella. En los últimos días, para evitarle unos dolores insufribles, le habían tenido que suministrar morfina, que lo sumía en un sueño profundo y lo alejaba de la realidad. A Lucía no le gustaba aplicarle la inyección: el enfermo perdía horas de lucidez, y ella

lo quería despierto, pero no hacerlo hubiera sido una crueldad. Ese día, sin embargo, no se había quejado.

—Ya ni siquiera me duele. Eso es que el cuerpo ha dejado de luchar.

—No digas eso —se enfadó Lucía.

—No niegues la evidencia, mujer. Tendrás que ser fuerte.

Lucía agarró la mano de Carmelo, respiró hondo y le dijo:

—Tengo que contarte algo.

—¿Momento de confesiones? —preguntó él.

Entonces Lucía comenzó a soltar a borbotones todos sus secretos: lo ocurrido en el lavadero, su relación con Carmen, su animadversión con Renata, la historia del garbanzo. Cuando estaba por la parte de la agresión, él trató de hablar:

—¿Te penetró?

—No me interrumpas, por el amor de Dios, deja que te lo cuente todo seguido...

Mientras lo hacía, su marido se mantuvo en silencio. Ella habló con los ojos cerrados, boca arriba en la cama, agarrando la mano del moribundo. No le hizo falta mirarle la cara. Conocía perfectamente los gestos que a cada revelación estaría poniendo él. Cuando terminó de contarle todo lo que llevaba guardado en su cofre inexpugnable, la habitación se quedó en silencio durante un rato prolongado. Carmelo necesitaba digerir la confesión. Por su mente agonizante se proyectaron las escenas de violencia que protagonizaron Lucía y Elvira en el lavadero; las vio corriendo asustadas de vuelta a casa, las vio hablando en el embarcadero a escondidas, las vio en La Palanca rodeadas de prostitutas, las vio rezando por el anarquista, las vio llorar de jóvenes y de viejas. ¿Cómo era posible guardar secretos tan pesados a lo largo de toda una vida? ¿Cómo era posible vivir con semejante carga?

—¿No vas a decirme nada? —preguntó Lucía con la garganta agarrotada. Carmelo cogió la mascarilla y se la llevó a la boca. No le faltaba el aire, pero lo hizo de manera instintiva, como si el oxígeno inhalado pudiera devolverle la fuerza de espíritu para afrontar una confesión tan desgarradora. Respiró hondo, se quitó la máscara e hizo un gran esfuerzo para inclinarse hacia su mujer y seguir la conversación mirándola a la cara.

—Entonces ese hijo de puta no te penetró.

—No, no lo hizo, ya te lo he dicho. Elvira llegó a tiempo. ¿Pero es eso lo único que te preocupa? —dijo ella fuera de sí.

—No, no es lo único que me preocupa, pero me alivia pensar que no lo consiguió.

Lucía siguió callada. No sabía qué pensar. ¿Por qué creyó que tras su espantosa confesión la reacción de Carmelo habría sido cobijarla en su pecho y preguntarle sosegadamente: «¿Te sientes mejor ahora?»? ¿Cómo llegó a imaginar que todo acabaría con una sencilla respuesta del tipo «Sí, mucho mejor»? En el fondo pensó que la debilidad del enfermo la eximiría de pasar por un trance más profundo de dudas, preguntas y reproches.

Carmelo tosió con fuerza. Se acomodó mejor sobre las almohadas, y en esa postura dejó de

toser. Soltó la mano de Lucía.

—Lo que me has contado es terrible, todo, desde el principio hasta el final —le dijo su marido con una voz muy seria—. Pensaba que tú y yo formábamos una pareja especial, una de esas parejas que se lo cuentan todo. Y mira por dónde, en el final de mis días me entero de que he estado al margen de todo lo importante, de todo eso que te ha pasado y que te ha marcado irremediabilmente.

—Se lo prometí a Elvira —trató de disculparse Lucía hecha un mar de lágrimas.

Entre las frases de uno y otro se producían enormes espacios de silencio, en parte por lo difícil de la conversación, en parte porque Carmelo necesitaba pausas más largas de lo habitual para recuperar las fuerzas necesarias para sacar las palabras sin dificultad.

—Me enorgullece tu lealtad, pero me duele mucho que prefirieses ser leal a otra persona más que a mí. Lo juramos, ¿recuerdas? Juramos no ocultarnos nada. ¿Pensabas que iba a irme de la lengua? ¡Si lo único que hubiera hecho es ayudarte a sobrellevar ese peso, aligerarte la carga!

Lucía seguía tumbada, boca arriba, incapaz de afrontar los ojos de Carmelo. Extrajo un pañuelo de debajo de la manga y se limpió las lágrimas antes de responder.

—Mil veces estuve a punto de hablar, pero no lo hice. Me acordaba de lo que le juré a Elvira. Y además, tú mismo, cuando regresaste de la cárcel, me dijiste que no había que remover el pasado, que para seguir adelante era necesario dejar atrás los malos recuerdos. ¿Me contaste tú algo de la guerra, del frente, de la cárcel? —le reprochó ella.

—Mira, Lucía, yo vi muertos y mucha sangre y escenas muy duras. Nada que fuera extraordinario en medio de una guerra. Si me hubiese ocurrido algo tan terrible en mis propias carnes, ten por seguro que te lo habría contado, porque nadie mejor que tú para ofrecerme consuelo.

—Eso tampoco lo sabes. Nunca sabemos cómo vamos a reaccionar ante hechos tan tremendos.

Los dos miraron al techo sin abrir la boca. Carmelo volvió a coger la mano de su mujer y le acarició la palma con sus dedos huesudos. Ella se acurrucó aún más junto a él. Con ese gesto, la tensión fue disolviéndose poco a poco.

—¿Y lo del aborto? ¿Por qué?

—No me quedó más remedio. Traté de convencerla, pero estaba trastornada por completo. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarla sola? Lo hubiera hecho igual, con peores medios. Quién sabe si no estaría muerta ahora.

—No todo el mundo vería tu colaboración como un acto de caridad.

—Cómo me juzguen los demás me da igual. Solo me importa cómo me juzgas tú.

Aquí Carmelo no hizo ninguna pausa, respondió de inmediato a su mujer:

—Lo hiciste porque eres buena. ¿Quién soy yo para juzgarte? Solo Dios tiene ese poder.

Ella se incorporó y lo miró directamente a los ojos.

—Crees que debo confesar, ¿no es eso? Descuida, lo haré a su debido tiempo.

—Eso me tranquiliza.

La conversación había terminado. Carmelo la besó. Deseaba congraciarse con el amor de su vida; no le quedaba tiempo. Si hubiese estado sano le habría dado muchas vueltas al asunto, se habría enfadado con Lucía por no haber confiado en él, habrían pasado una mala temporada. Le había dolido mucho su prolongado silencio, le había dolido que no confiara en él, que guardara su secreto, pero a las puertas de la muerte hubiera sido un desatino seguir enrabiado. La urgencia del momento, la visión clara de que su final estaba más cerca que nunca, la necesidad de morir en paz con Lucía, le hicieron reaccionar con rapidez y por eso fue capaz de ponerse enseguida en su lugar. Entendió de golpe muchas cosas, también el rechazo de Lucía hacia Renata. Qué ingenuo fue al pensar que se debía a unos celos de mujer.

—Fue la guerra, Carmelo. —Lucía se levantó de la cama con la sensación de que su cuerpo había dejado de pesar, de que sus piernas flotaban, de que su corazón estaba limpio y fresco.

Cinco años después, cuando se anunció que Francisco Franco había muerto, el primer pensamiento de Lucía fue para Carmelo: «Mira, Carmelo, el caudillo por fin ha estirado la pata. A este no te lo vas a encontrar en el cielo».

Manuel murió de un ictus fulminante, pero al menos tuvo la suerte de dejar este mundo con la satisfacción de que el dictador se había esfumado. Ese privilegio se lo concedió el destino por chiripa, sin darle apenas tiempo para saborear la noticia. Murió el 25 de noviembre de 1975, en plena semana de luto nacional, y a Lucía no se le ocurrió otra frase de consuelo que decirle a la viuda que al menos su marido había visto al generalísimo en un ataúd.

—No quiso celebrarlo, ni yo tampoco —le contó su consuegra—, pero se ha pasado los días mirando la televisión, creo que para convencerse de que por fin estaba muerto de verdad.

«Cuánto le costó al enano del bigote irse para el otro barrio», pensó mientras notaba que su nieta le acariciaba la mano. Recordó la imagen repetida cada Nochebuena a lo largo de los años que duró la dictadura: la familia sentada frente al televisor (que Carmelo compró a plazos en 1965), escuchando en silencio el aburrido y soporífero mensaje de Navidad, solo por el placer de buscar en aquella figura barriguda y en su peculiar voz nasal nuevos signos de envejecimiento, señales que les indicasen que su final estaba cada vez más próximo. Año tras año, Navidad tras Navidad, la misma estampa, pero el viejo se resistió más de lo deseado. «Este no dura ya mucho», decían desde finales de los sesenta. Y al año siguiente repetían la misma sentencia.

Por eso cuando en noviembre de 1975 Franco se puso muy enfermo y el príncipe Juan Carlos asumió provisionalmente la jefatura del Estado, nadie a su alrededor terminaba de creerse que se iba a morir. En su familia empezaron a pensar que el generalísimo había hecho un pacto con el diablo, que se iba pero no se iba, que ponía una pierna en el lado oscuro y la recogía de nuevo para socavar las esperanzas de millones de españoles asqueados de su régimen. Y cuando Arias Navarro, tan ridículo, tan fuera de su papel como presidente del Gobierno, llorando como un niño y con la voz entrecortada, anunció que Franco había muerto, Lucía se golpeó los muslos con las palmas de las manos y dijo:

—¡Ya era hora!

No lo celebró con champán; bastantes burbujas de alegría le recorrían el cuerpo, sumiéndola en dos sentimientos contradictorios: el alivio tantos años esperado y el temor a lo desconocido. ¿Qué iba a ocurrir a partir de entonces? ¿Sería verdad que la democracia estaba a la vuelta de la esquina? Ella no estaba tan segura, y eso que confiaba en la juventud del nuevo rey, tan moderno, tan viajado. No podría cruzarse de brazos si quería que su reinado durase años. Pero los viejos militares de la camarilla franquista parecían tan poderosos, tan reacios a dejar su mando. Y luego estaban los de la ETA, tan brutos que podían dar al traste con todos sus sueños si cabreaban a la Armada. A ver si sus generales se liaban la manta a la cabeza y volvían a sacar los tanques y las granadas, que menudos eran los ejércitos españoles de tierra, mar y aire.

En esa inquietud estaba aquella semana de luto nacional, harta de ver desfilar por la pantalla de su televisor a tantos fascistas que lloraban sin recato ni pudor y que alzaban el brazo frente al féretro de quien les amargó la existencia, cuando llamó Teresa.

—Mi suegro, que se ha muerto.

—¿Qué dices? —Bajó el volumen del aparato. En la pantalla, los adeptos al régimen avanzaban en riguroso silencio.

—De repente. Un ictus.

—¿Y eso qué es? —preguntó como si realmente le importara el motivo de su muerte.

—El cerebro, ama, que se le ha parado.

—¿Cómo está Elvira?

—Deshecha, imagínate.

Más que deshecha, la sastra se quedó como un guiñapo, arrebujada en su cama como cuando murió su hija de dieciséis años. Tan grande fue la tristeza que su nieta Manuela tuvo que cuidar de ella a lo largo de un mes. Todos se sorprendieron de su reacción, incluidos sus hijos, que nunca hubieran imaginado el apego de su madre a su padre.

—¿Qué sabréis vosotros de lo que se cuece en un matrimonio? —le recriminó a su hija Teresa un día.

—Es que no era muy cariñosa con él.

—Elvira no es cariñosa por naturaleza, lo lleva en los genes, pero a su modo se entenderían, digo yo. A las pruebas me remito.

—Alberto y sus hermanos no saben qué hacer.

—Hija mía, es bien sencillo. Elvira será más rara que una lechuga en un desierto, pero no deja de ser una mujer, como tú y como yo, ni más ni menos. Así que habrá que quererla, cuidarla y consolarla. Y darle tiempo, ¡coño! ¡Que se le ha muerto el marido!

El dolor no le duró tanto ni fue tan desgarrador y enfermizo como el que le provocó la muerte de Manuela. Siguió echando de menos a su compañero, pero su espíritu asumió mejor aquella despedida: aunque repentina, encajaba dentro de las leyes naturales.

«Y hoy le ha tocado a ella —pensó Lucía—, hoy enterramos a esta extraña mujer. Y me pesa mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Con ella se despide la parte que más ha marcado

mi vida.» «Tranquila, Elvira, que Dios no tendrá en cuenta lo del italiano porque fue un acto de grandeza, y, si de verdad es tan bueno como dice la santa Biblia, tampoco anotará en su libreta del debe lo del garbanzo, que por aquellos días tú no estabas en tus cabales. Tú te has ido y yo me quedo aquí para seguir diciendo adiós a los míos, a toda esta generación de viejos que vamos quedando medio lisiados, arrugados, torpes y con la cabeza hecha un lío. ¿Qué me queda en esta vida que ha sido más un valle de lágrimas que un paseo por el parque? Si la salud me acompaña, unos años de espectadora, de ver a mis nietos crecer, casarse y sacarse títulos universitarios... Como los señoritos de antaño. De emocionarme como una tonta cuando me pongan a mis bisnietos en brazos, con su rico olor a recién nacido, y recordar aquellos tiempos de maternidad, cuando éramos jóvenes y teníamos toda la vida por delante. Eso me resta, que no es poco. Y me queda Marichu, su compañía y su voz cantarina, y muchas horas de televisión, que es a lo que nos dedicamos los viejos. Me queda mucho más que a otros, que viven solos, abandonados a su suerte, como mi hermanastra Irene, pobre infeliz que se creyó la reina del Moulin Rouge y ha terminado babeando en un asilo.»

Elvira se murió de gripe, o más bien de una súbita gripe que la atacó inclemente, que la dejó sin sentido las últimas horas. Según le contó Teresa, Alberto se sentía culpable. No tendría que haberla dejado ir a votar la Constitución el día 6 de diciembre, cuando ya se la notaba débil, con unas décimas de fiebre. Pero ¿quién era el guapo que se oponía a sus deseos? No quiso entrar en razón.

—Un catarro no me va a impedir ir a votar. Llevo cuarenta años esperando este momento, así que no me vengáis con bobadas —les dijo enfadada.

El referéndum por la Constitución española, que dividió a los vascos, se presentaba para Elvira como una fiesta de inauguración. Una fiesta que no pensaba perderse por nada del mundo. Una fiesta que iba a celebrar pensando en Manuel y en Petra, su cuñada, que pronto volvería de Francia. Resultaba curioso que en la redacción de la nueva Carta Magna de la democracia hubiera participado Alfredo Cortázar en calidad de parlamentario de la UCD en las Cortes constituyentes. Aquel falangista subió como la espuma hasta alcanzar en la década de los sesenta una secretaría de Estado y, como era listo como el hambre, enseguida vio que su futuro pasaba por hacerse demócrata, al lado de jóvenes como Adolfo Suárez. Les chocó a los ibayatarras ver los carteles con su fotografía durante las elecciones de 1977. La mayoría sustituía sin querer el traje sastre de la imagen por la camisa azul que con tanta chulería lució antes y después de la guerra, y muchos exclamaban al ver el retrato: «¡Hay que joderse!».

Elvira se plantó a la puerta del colegio electoral antes de que abrieran. Quería ser la primera persona de Ibayea en introducir la papeleta en la urna, y esperó un cuarto de hora con un frío que se le metía en los huesos. Fue la segunda, según le contó a su hijo a media mañana, algo desilusionada: se le adelantó Felisa, la mujer que no volvió a saber nada de sus hijos que vivían en Rusia y que se quedó sola tras la guerra porque su marido murió mientras construía el

monstruoso Valle de los Caídos. Por eso le importó menos ser la segunda en votar: quien la había precedido también merecía el privilegio de meter su voto antes que nadie.

El cortejo fúnebre paró. Alberto aparcó a la entrada del cementerio mientras los empleados de la funeraria abrían la verja del recinto para dar paso a la furgoneta negra. Al bajarse del coche dio besos a todos, a sus hijos, a sus nietos, a los hijos y nietos de Elvira, a su compungido hermano Matías y a su mujer, aquella muchacha que se llamaba Julita y que trabajó muchos años en el taller de los sastres, a Fina, que llevaba su hábito de monja con un lamparón tan marcado que si la vieran sus alumnas del colegio se reirían de ella. El automóvil con las exequias comenzó a entrar por el camino de grava. Los allegados se pusieron detrás, en una especie de procesión silenciosa, algunos portando coronas de flores, todos vestidos de oscuro. Por un momento, las tristes reflexiones de Lucía dejaron de atormentarla, rodeada como estaba por los amores de su vida. Se puso al lado de Alberto y le dijo muy bajito:

—Estás muy guapo con este traje.

—Mi hermano Ignacio, que es un artista.

Efectivamente, el traje era impecable, de una tela maravillosa y con una hechura a medida digna de un embajador. Ignacio, empecinado como una mula, se hizo con el apoyo de su padre hasta conseguir abrir una sastrería en San Sebastián que, aunque especializada en moda femenina, suministraba por lealtad familiar todos los trajes de caballero a sus hermanos. También la falda y la chaqueta de su hija Tere eran obra suya, y por eso se la veía tan señora.

Para llegar al panteón de la familia Jiménez hubieron de pasar delante del sepulcro en el que reposaban los restos de Carmelo junto con los de Mila, Sabino y su cuñada Juana. Desvió la vista hacia la escultura del ángel que presidía la tumba, miró las lápidas, se santiguó y dijo en un susurro:

—Luego vengo a veros.

Cuando los congregados rezaban en perfecta comunión un padrenuestro y el féretro de Elvira era descendido por los enterradores, la vio llegar. Hacía años que había descubierto a quién le recordaban aquella cara y aquella figura: a la actriz Sofía Loren. Renata era más menuda y tenía los ojos claros, pero el corte de cara, el tono de la piel y sobre todo la boca carnosa y perfilada eran como los de la protagonista de *Dos mujeres*, esa dura película que le hizo revivir en el patio de butacas la escena del lavadero. Llegaba agarrada del brazo de Paúl, que empezaba a andar un poco encogido a causa de la edad. En los últimos veinticinco años su relación casi se había reducido a esporádicos encuentros en acontecimientos y celebraciones familiares. «Gané esta partida», pensó Lucía, y al momento se dio cuenta de que en ese distanciamiento tuvo más peso la propia rutina de la vida, las obligaciones, el cuidado de los hijos y el trabajo en el taller. Carmelo y ella apenas habían salido más que al cine, centrados en dedicarse a sus hijos. Cuando estos se casaron y Fina se metió a monja, les quedaron su nieta Rosa y su hija Adela, que siguieron viviendo en el ático de la vivienda familiar.

Terminó el entierro. Renata y Paúl se acercaron adonde estaban Teresa y Alberto.

—Lo sentimos mucho, de verdad. Acabamos de llegar de Santander, y al leer el periódico hemos visto la esquila. No hemos llegado al funeral, por eso estamos aquí.

Lucía saludó a la pareja y se fue a su panteón. Le gustaba hablar con sus muertos, llevarles flores y tener las lápidas y los ornamentos como la patena. Como si de esa forma sus seres queridos y añorados fueran a estar más cómodos en el más allá, en algún espacio parecido a lo que en la tierra era un hotel de cinco estrellas.

—¿Puedo acompañarte? —Renata se puso a su lado.

—Claro, mujer, recemos un avemaría.

La comitiva pasó detrás de ellas. Al rato se quedaron solas en el interior del cementerio. Los demás estaban ya al otro lado de la verja. Renata vio cómo Paúl la llamaba con la mano.

—Me voy, que mi marido me está esperando.

—Dile que te espere en mi casa, con Marichu y Adela. Tú y yo bajamos dando un paseo.

Dos mujeres mayores, vestidas de negro, bajaban la cuesta del cementerio con los brazos entrelazados. Eso es lo que vieron quienes se cruzaron con ellas. Dos mujeres que debieron de ser muy guapas en sus años mozos y que iban bien vestidas. Sin embargo, aquella escena cotidiana ocultaba a la vista de los demás un momento crucial. Lucía abrió su bolso negro de piel muy despacio. Primero soltó el cierre dorado, luego levantó la solapa con cuidado, abrió la cremallera del bolsillo interior y extrajo una fotografía.

—Toma, esto es tuyo.

Al entregársela acababa de abrir una puerta sin retorno. Durante todos esos años no supo explicarse por qué guardó secretamente el retrato, pegado en la trasera de un cajón, pero ahora se daba cuenta de que aquella vieja y ajada imagen era la llave que necesitaba para abrir su caverna. Sin el gesto de esa simbólica entrega las palabras tanto tiempo enmudecidas nunca hubieran conseguido brotar.

—¿De dónde la has sacado? —A Renata la cabeza le daba vueltas. Se desasió de Lucía y se paró en medio de la cuesta exigiendo una explicación. Con mucha calma, la viuda de Carmelo volvió a cogerla del brazo.

—Me va a costar mucho contarte lo que te tengo que decir. Déjame hablar, sin interrumpirme. Luego lloras o te enfadas o haces lo que te parezca.

Y como un punto y seguido se lo narró todo, dejando que el torrente de pesar que a lo largo de su vida había contenido por lealtad a Elvira saliera despedido, como si una presa abriera a la vez todas sus compuertas. Lo hizo con la serenidad que nos regala la edad, con la seguridad de que no hay nada que perder y mucho que ganar, sobre todo el perdón de los demás y el de uno mismo. Renata, que al ver su viejo retrato con Claudio en brazos se había quedado lívida, escuchaba con paciencia y en silencio aquella terrible revelación, y lo hizo arrugando la foto sin darse cuenta, soltando sobre la imagen la inmensa amargura que le provocaban las palabras de la otra. Al terminar el relato se quedaron quietas, la una frente a la otra, mirándose. La italiana extendió su brazo enlutado y posó su mano sobre la de Lucía. Sonrió con tristeza.

—Fue un mal hombre.

Y entonces ella a su vez abrió sus recuerdos opresores ante aquella mujer que nunca le tendió la mano pero que le mostraba ahora su verdad. El resto del camino lo hicieron calladas.

—Tal vez acabemos siendo amigas —dijo Renata mientras la viuda de Carmelo Gómez metía la llave en la cerradura del portal.

La noche comenzaba a caer sobre el pueblo de Ibayá. Se encendieron las farolas, dejando a la vista el charol de los charcos sobre el asfalto. El coche de un vecino aparcó junto a la acera. Se cerró una persiana. El olor de las fábricas expulsando sus humos enfermizos impregnaron el aire. La puerta se abrió y, al asomar la luz del interior, brillaron los ojos húmedos de Lucía.

—Tal vez.

AGRADECIMIENTOS

La memoria es un valor que debemos preservar. La memoria de nuestros padres y abuelos es una fuente de sabiduría que debiera guardarse en un cofre muy especial. La memoria nos permite aprender del pasado ofreciéndonos herramientas para no cometer los mismos errores. La transmisión oral de los recuerdos es una costumbre que, lamentablemente se va perdiendo: se pierden las canciones tradicionales cantadas en las sobremesas, se pierden las recetas culinarias de siempre, se pierden las anécdotas de nuestros padres.

Yo he tenido la suerte de pertenecer a una generación que disfrutaba de las batallitas de los abuelos. Esta novela surge de entonces. Mi abuela Lali y mi amuma Teresa solían contarme cosas de su infancia y de su juventud, y yo iba guardando para mí algunas de esas narraciones. Con ellas descubrí lo que es criar a los hijos en medio de una guerra y durante una dictadura, pasar hambre y tener miedo. A ellas, en primer lugar, les debo agradecer que despertaran en mí la pasión por nuestro pasado y que me nutrieran de relatos, algunos de los cuales inspiran capítulos de esta novela.

También a mi padre, medalla de oro en batallitas de su infancia y juventud, siempre contadas con gracia y desprovistas de dramatismos, por muy dramática que fuese su niñez en medio de una guerra y con poco que llevarse a la boca. A él le debo el haber conocido la Santa Misión del Nervión, que en su día me dejó sobrecogida y que incorporo en la novela.

Quiero agradecer al padre José Luis Ysern, afincado en Chile, dos cosas: una, el haberme aclarado mis dudas sobre la forma de dar misa durante la posguerra, y dos, su ánimo para que siguiera en este oficio de la escritura. No puedo olvidar tampoco los comentarios de mi hermana Elena, en especial los que me hizo sobre el capítulo que trata de la muerte de Carmelo, pasé con ella todo un vuelo a Lisboa discutiendo sobre cómo mejorarlo para que resultase más verosímil.

Y por último, gracias a ti, lector o lectora, que has escogido esta novela. Si he conseguido sumergirte en la azarosa vida de mis protagonistas tanto como lo estuve yo mientras la escribí, es que he cumplido, por esta vez, mi cometido.

Biografía



Susana López (Erandio, Bizkaia, 1963) es doctora en Ciencias de la Información por la Universidad del País Vasco y ha ejercido como docente en varias universidades españolas, por lo que gran parte de sus publicaciones son trabajos de investigación referidos al mundo de la comunicación, entre ellos una tesis doctoral sobre prensa y transición política.

El relato breve y la novela son los géneros literarios por los que discurren sus historias, y en su estilo destacan la fuerza y la complejidad de sus personajes. Fue galardonada con el Premio Iparragirre de relato por *Ausencia de madre*, una dramática historia de violencia intrafamiliar, y su relato sobre la guerra civil y la orfandad, titulado *La infancia usurpada*, alcanzó similar reconocimiento en el Certamen del Foro de la Memoria Histórica de Córdoba. Además fue finalista en los premios Bruma Negra de relato.

En el ámbito de la novela ha publicado *Vías muertas*, una interesante historia de intriga policial ambientada en el mundo rural.

<<https://www.instagram.com/susanalopez.perez>>

<<https://m.facebook.com/susana.lopezperez.140>>

<novelakhalil@gmail.com>

Notas

1. En las notas a pie de página se indicará el significado de las palabras vascas. Aita: «padre».

2. Apelativo despectivo que se aplicaba en el País Vasco a los mineros y obreros industriales procedentes de otras regiones.

3. Centro nacionalista vasco del PNV. Hasta 1936, la red de batzokis era extensa, y su labor política y cultural, muy activa.

4. Boina.

5. Madre.

1. Músicos que acompañan las danzas con el *txistu* (flauta recta de madera con embocadura de pico) y el tamboril.

2. Residuo de piedrecilla, arcilla y restos de mineral. En las minas de Vizcaya las mujeres (*txirteras*) lavaban la *txirta* para extraer las piezas más pequeñas de mineral.

1. Soldado vasco. Se refiere a los soldados que pertenecieron al ejército organizado por el Gobierno vasco de 1937.

2. Expresión típica del País Vasco que podría traducirse como «¡Ay, querido!».

3. Danza tradicional vasca de honor. Se baila a modo de reverencia.

4. Flauta recta de madera con embocadura de pico usada en el País Vasco.

5. Bailarín de danzas tradicionales vascas.

1. Torta aplastada que se hace con masa de harina de maíz sin fermentar, y se cuece sobre las ascuas.

1. Adiós.

1. Silencio.

1. Abuelo.

1. Carrito deslizador con el que juegan los niños, construido por ellos mismos con tablas y rodamientos.

1. Fresca.

2. Chalupa, embarcación pequeña, barca, bote.

1. Pobre, infeliz.

1. Relativo a pocholo, que significa «gordito», «hermoso», «bonito».

1. Símbolo vasco en forma de cruz.

2. «Montañero». Por extensión se aplica a la chaqueta vasca que se usaba tradicionalmente para ir al monte.

El silencio más noble
Susana López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Susana López, 2019

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Pascual Marin / Kutxa Fundazioia, Mujeres en los jardines de Alderdi Eder

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21421-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Los largos años de ausencia](#)

María Isabel Sierra Torrijos

[Como polvo de la tierra](#)

Miguel Badal Salvador

[Soldados a caballo](#)

Doug Stanton

[La hilandera de Flandes](#)

Concepción Marín Albesa

[El arquitecto](#)

Antonio Cavanillas

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

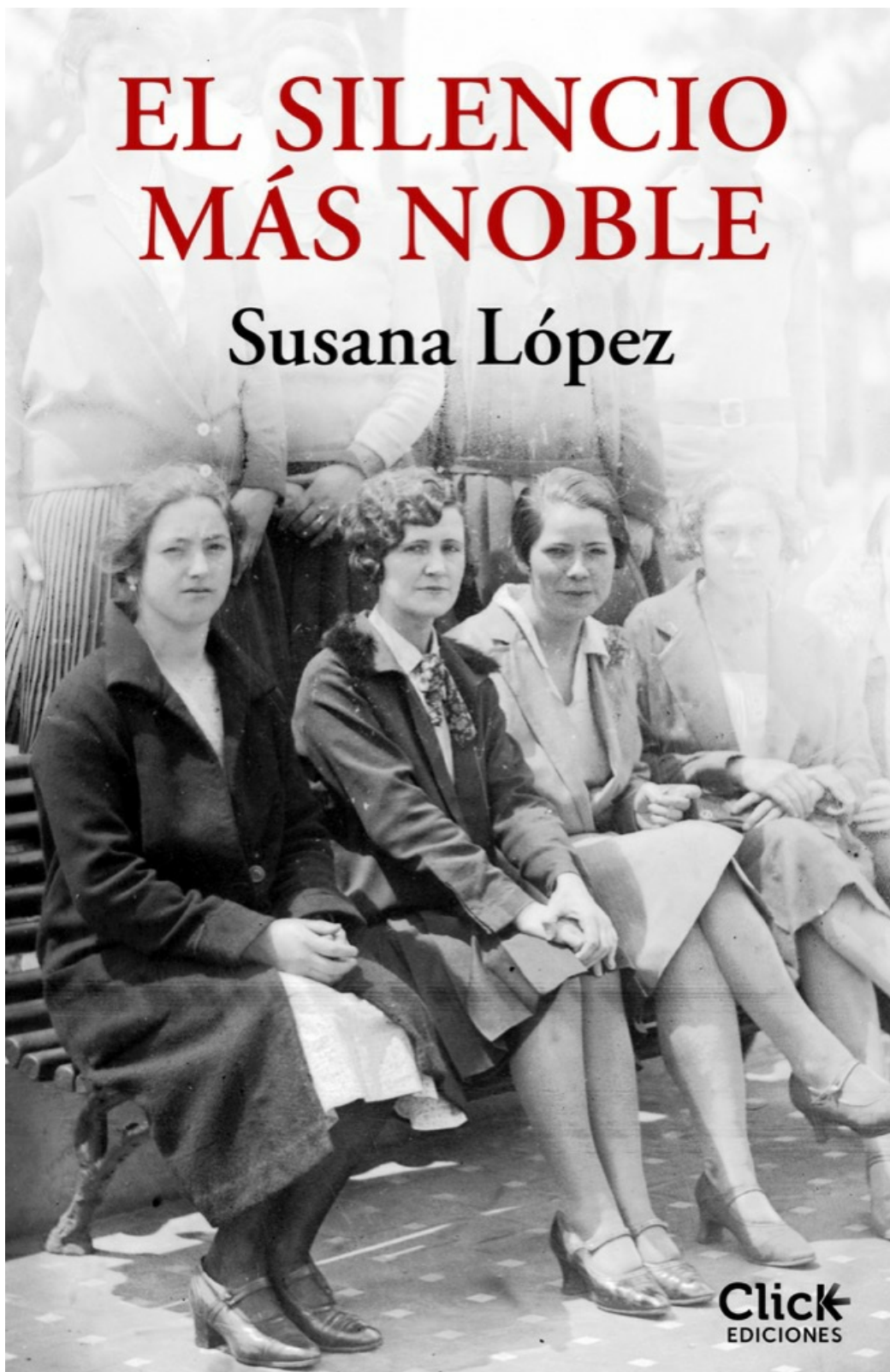


¡Síguenos en redes sociales!



EL SILENCIO MÁS NOBLE

Susana López



Click
EDICIONES